

# EL FUEGO

de la semilla en el surco



**Raúl Roa García**

Tomado de la edición de Letras Cubana, 1982.

Edición: Rodolfo Zamora Rielo  
Diseño de cubierta: Eloy Hernández Dubrosky  
Diseño interior: Julio Víctor Duarte Carmona  
Composición computarizada: Idalmis Valdés Herrera  
Corrección: Pilar Trujillo Curbelo  
Conversión a ebook: Grupo Creativo Ruth Casa Editorial

© Herederos de Raúl Roa García, 2008  
© Sobre la presente edición:  
Editorial de Ciencias Sociales, 2024

ISBN 978-959-06-2583-1

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO  
Editorial de Ciencias Sociales  
Calle 14, no. 4104, entre 41 y 43, Playa, La Habana, Cuba  
[editorialmil@cubarte.cult.cu](mailto:editorialmil@cubarte.cult.cu)  
[www.nuevomilenio.cult.cu](http://www.nuevomilenio.cult.cu)

[Volver al índice](#)

## ÍNDICE GENERAL

Roa y la dialéctica informal / 5

Liminar / 8

1 / 12

2 / 16

3 / 21

4 / 25

5 / 31

6 / 41

7 / 51

8 / 56

9 / 62

10 / 70

11 / 79

12 / 85

13 / 96

14 / 108

15 / 116

16 / 132

17 / 147

18 / 163

19 / 177

20 / 188

21 / 194

22 / 206

23 / 216

24 / 222

25 / 235
26 / 249
27 / 261
28 / 272
29 / 287
30 / 303
31 / 314
32 / 330
33 / 340
34 / 348
35 / 360
36 / 371
37 / 386
39 / 408
40 / 420
Anexos / 431
Rubén Martínez Villena. Semblanza crítica / 432
Una semilla en un surco de fuego / 436
I / 437
II / 442
III / 447
IV / 450
V / 458
VI / 479
Bibliografía / 509
Libros / 509
Publicaciones periódicas / 514
Índice onomástico / 519
Datos de autor / 534

## ROA Y LA DIALÉCTICA INFORMAL

Cuando en 1926 Raúl Roa (1907-1982) conoció a Rubén Martínez Villena (1899-1934), en los locales obreros donde se impartían las clases de la Universidad Popular “José Martí”, fundada por Julio Antonio Mella, quedó impresionado por el carisma de aquel joven poeta y dirigente político. Así surgió una gran amistad, pletórica de admiración y respeto, que inspiró tres textos de Roa sobre la vida y la obra de Rubén. Por primera vez, se reúnen en un mismo volumen, gracias a la anuencia de su hijo, Raúl Roa Kourí, alrededor del último de ellos, *El fuego de la semilla en el surco*, publicado póstumamente en 1982, que la Editorial de Ciencias Sociales pone hoy en manos del lector cubano.

El primero de estos textos, a la sazón también la primera valoración sobre la poesía de Villena, apareció en el “Suplemento Literario” del *Diario de la Marina*, el 2 de octubre de 1927, bajo el título “Rubén Martínez Villena. Semblanza crítica”. Escrito entre julio y agosto de 1927, nació al calor de la iniciativa de los amigos de Rubén —entre ellos Roa— de publicar su obra lírica después de una convalecencia hospitalaria del líder a causa de una pulmonía. El proyecto fue abandonado por el mismo Rubén tras una agria polémica con Jorge Mañach; sin embargo, la semblanza de Roa logró legitimar la poesía de Rubén destacando la hondura estética, humana y política que convertirían a Villena en uno de los líderes indiscutibles de las fuerzas progresistas de la época.

Con la muerte de Rubén, el 16 de enero de 1934, su hermana Judith Martínez Villena y su esposo, el poeta José Zacarías Tallet, retomaron el proyecto de 1927 de reunir la obra literaria del insigne revolucionario. El prólogo a este libro que llevaría por título *La pupila insomne* estaba a cargo de Enrique

Serpa, pero ante la enfermedad del entrañable amigo de la infancia de su hermano, Judith decidió encargarle a Roa su redacción. Otra vez el azar ponía a Roa frente al reto de ahondar en la estatura literaria e ideológica de Rubén y, desde su exilio en Tampa, escribió en 1935 “Una semilla en un surco de fuego”, especie de biografía valorativa a partir de correspondencia familiar y recuerdos personales, en el cual intercala escenas de la vida de Villena con las circunstancias económicas, sociales y políticas del momento histórico en que brilló el héroe. El propio título es una negación de aquella definición que se hiciera Rubén al verse como “una semilla en un surco de mármol”.

Todo esto condicionó que, ante la petición de Rolando Rodríguez en 1976 de un prólogo para una edición de las obras de Rubén que publicaría la Editorial Letras Cubanas, se empeñara en escribir *El fuego de la semilla en el surco* que traspasó los límites introductorios y se convirtió en el libro que dejó inconcluso por su repentina muerte.

A lo largo de los años, *El fuego de la semilla en el surco* ha sido objeto de varias definiciones. Para algunos, entre los que se incluía el mismo Roa, es una biografía de Villena y para otros posee del ensayo biográfico. Esto depende mucho de la percepción de cada uno, pues, como decía el intelectual ruso Mijaíl Bajtín, toda obra posee tantos significados como lectores se enfrenten a ella.

En este libro Roa se acoge a las libertades de creativas de las grandes biografías literarias y haciendo honor a sus influencias vanguardistas, logra concatenar la ficcionalización de circunstancias y personajes, con la fluidez ensayística, el oficio periodístico y el uso de una fraseología chispeante, henchida de agudeza y espontaneidad.

Raúl Roa fue un ideólogo que contribuyó a la instauración en Cuba de políticas culturales modernas. Por eso, además de biografíar a Martínez Villena, traza la biografía de toda una generación, de los desafíos de toda una época. Con una gran pericia, Roa inserta hechos e imágenes que lo convierte a él mismo en un personaje que somete a análisis su propia impronta, logrando un contraste entre el tiempo del narrador y el de la historia que cuenta, como si fuera un *alter ego* unas veces omnisciente y equisicente otras, gracias a la marea del recuerdo y al arte de amasar estrellas.

Cada vez se hace más necesario el estudio de la obra de Raúl Roa; por eso era una necesidad publicar los tres textos juntos para que el lector percibiera la evolución de un creador y de su ideario en tres etapas históricas diferentes. Por otra parte, este libro sale a la luz junto a *Raúl Roa: Imaginarios*, selección de la doctora Ana Cairo que reúne documentos de Roa, así como valoraciones de contemporáneos y estudiosos de su obra. Algo que coadyuvará a una interpretación más amplia y plural de su legado y del desarrollo del pensamiento político contemporáneo cubano. Sirvan sus obras para

entender, como el mismo diría, que “la dialéctica de la realidad puede más que la lógica formal de las presunciones”.

RODOLFO ZAMORA RIELO

## LIMINAR

El Ministerio de Cultura ha rendido con digno homenaje a Rubén Martínez Villena con la publicación de Poesía y prosa, dos volúmenes en que se conjugan hermoso recipiente y sustancioso contenido.<sup>1</sup>

Fue poeta y prosista de subidos quilates. Lo prueba la impresión póstuma de su labor literaria representativa y lo comprueba la abundante cosecha que ahora puede añadirse, gracias al hallazgo de versos inéditos o perdidos en revistas olvidadas y el acceso a su papelería política, rebosante de ensayos, artículos, documentos, manifiestos, declaraciones y cartas, conservada, durante muchos años, por Luis F. Alsina Jiménez. La escala entre prestigio intelectual y valimiento de escritura se corresponde, hoy como ayer, en relaciones exactas. Aún más: durante su ajetreado vivir ya se conocía y reconocía a Rubén como el poeta más relevante y la cabeza política más lúcida de su sazón. Insólitamente, la coincidencia era unánime.

Como le aconteció a Rubén Darío<sup>2</sup> al desplomarse José Martí de su fogoso bridón rifle en mano, la interrogante le asaltó a más de uno de alicorta perspectiva o sensibilidad parroquial: ¿qué altura cimera no habría conquistado el joven caído, de consagrarse a las letras, en vez de abdicar el privilegiado señorío para, inducido por irrefrenable impulso de su espíritu magnánimo y constitutivamente refractario a la injusticia, “servir en silencio y desde abajo” a los desheredados de la tierra?

---

1 Este título constituye, a mi ver, el más importante jalón de la Editorial Letras Cubanas, que dirige Pablo Pacheco. Puedo aseverar —testigo fui de la ardua empresa— que sus inmediatos ejecutores: Radamés Giro, Raúl Martínez y Ana María Muñoz se sobrepujan en sus respectivas encomiendas. Indispensable es consignar que, cuantos han contribuido a llevarla a cabo, pusieron idéntica pasión y esmero.

2 Rubén Darío: *Los raros*, Casa Editorial Maucci, Barcelona, 1905.



Sin duda, hubiera uncido las crestas más altas y, tal vez, gozado de sereno otoño entre rimas, libros y nietos; mas, en ese caso, el Rubén perdurable sería otro Rubén, si cargado de laureles legítimos, constreñido, en cambio, a proyección reducida en la gestación del tiempo nuevo que demandaba su patria desde las entrañas sangrantes.

Afortunadamente, desoyendo los arpegios aterciopelados de las musas y escuchando las voces ásperas de las masas, eligió otro camino, dándose a riesgosos deberes, severos sacrificios y apostólicas abnegaciones, sin que por ello sus notables y variadas dotes de escritor sufrieran mengua en el ejercicio del liderazgo comunista. Poeta y prosista se transfunden al revolucionario, infundiéndole a su brega política plenitud de sentido. Nunca fue tan genuino el poeta, tan eficaz el prosista, tan señera la calidad humana.

No es ocioso, por tanto, reiterarlo al aparecer la edición enriquecida de su poesía y prosa, en la que se adunan el afán de belleza, la vehemencia patriótica, la sed de horizontes, el latido humano, el clamor de justicia, la porfía sin tregua, el jadeo del gladiador herido y la esperanza intacta en el advenimiento del sueño soñado. La faceta dominante en la breve, intensa y fúlgida existencia de Rubén Martínez Villena es su contribución excepcional como guía, ideólogo, organizador y combatiente marxista-leninista del movimiento obrero, de la juventud removedora y del pueblo trabajador de Cuba. Encarnó él prototipo del intelectual revolucionario de su época, como José Martí lo fue de la suya en el mundo colonial y lo sigue siendo en el mundo neocolonial, que es su verdadero mundo, como lo corrobora Roberto Fernández Retamar en agudo, fuerte y rico ensayo. Rubén ocuparía, por eso, al morir, lugar eminente en nuestra historia.

No era la posteridad inerte del obelisco ni de la superposición enconchada de élites la que le aguardaba. Era la posteridad viva de quien proseguiría, como José Martí y Julio Antonio Mella, librando duelos y batallas después de muerto hasta completar la parábola trunca. Aquella llamarada arrolladora, detenida en pleno fulgor de su energía impelente, renació, con vigos inextinguibles, como ejemplo y conciencia, en la torrencera de desposeídos, discriminados y ultrajados, que le veían, sentían y recordaban como uno de sus dirigentes más sagaces, denodados y desprendidos.

Esa faceta de Rubén, cúspide y síntesis de su carismática personalidad, ha sido hasta ahora, sin embargo, la menos explorada y difundida. Se explica. La insuficiencia de fuentes y documentos que permitieran reconstruirla y valorarla obligaría a sus devotos exégetas y biógrafos a contentarse, diciendo cuanto sabían, con el pregón y el encomio.

Ese aporte ha sido, no obstante, valioso, y, en muy apreciable medida, los testimonios escritos u orales de algunos de sus más cercanos camaradas de lucha como Blas Roca, Fabio Grobart, Isidro Figueroa, Sarah Pascual, Leonardo Fernández Sánchez, Gustavo Aldereguía, Pablo de la Torriente Brau, Ramón Nicolau, María Villar Buceta, Blas Castillo y Juan Marinello,

de su fraternal allegado José Zacarías Tallet o de amigos entrañables como José Antonio Fernández de Castro, Regino Pedroso y Enrique Serpa. Con la publicación de Poesía y prosa, que abarca casi la obra completa —faltan artículos, manifiestos, mensajes, epístolas— es doble emprender la faena. Se dispone ya, cuando menos, de los componentes esenciales para totalizar la biografía que aún está por hacer. Propongo esa aleccionante y urgente tarea a los jóvenes comprometidos en la exhumación vivificada de nuestro pasado revolucionario.

Admiré y quise, sin tasa, a Rubén Martínez Villena, desde el primer día que lo conocí. No exagero: me magnetizó. A muchos les ocurrió igual.

Era yo entonces un jovenzuelo vibrante de inquietudes y disconformidades y él se enrumbaba ya, con paso firme y voluntad resuelta, hacia el vórtice de la tormenta revolucionaria. Fiel legatario de Mella, había revitalizado la Liga Antiimperialista y fortalecido la Universidad Popular José Martí. Inicialmente asesor jurídico de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, luchaba ya por las reivindicaciones de los trabajadores y la unidad de acción del movimiento obrero, desarticulado por la represión y debilitado por la influencia todavía devastadora de las concepciones anarcosindicalistas y reformistas. No demoraría en integrarse a su vanguardia revolucionaria, constituida por un puñado de infatigables combatientes que, con una dirección en crisis y aislados aún de las masas, se enfrentaban sin vacilaciones al terror gubernamental, a la campaña de calumnias de las clases dominantes, a la confusión ideológica sobreviviente en los sindicatos y a la parálisis que parecía invadir incluso a sectores pugnaces del pueblo cubano, intoxicado en buena parte por el sahumero delirante de la guataquería y el ditirambo orquestado de la prensa sobornada.

Conservo nítida vivencia de aquel primer encuentro con Rubén. Fue en umbroso edificio de La Habana Vieja, hogar de su hermana Judith y de su cuñado José Zacarías Tallet y sede del Colegio Hoyo y Junco y de la Biblioteca Falangón, dependencias de la Sociedad Económica de Amigos del País. Los exangües resplandores del crepúsculo se desleían en los vetustos espejos de la fresca sala.

Mella imponía, a primera vista, por su tipo apolíneo con talante antillano. La apostura de Rubén emergía de su ignición interna, como surge de brasas invisibles el ardor que estremece la escultura dionisiaca. De estatura mediana, cuerpo frágil, cabellera tempestuosa de reflejos entre castaños y áureos, palidez con leve tinte rosáceo, frente cogitabunda, nariz venteante, labios finos, mentón partido y manos elocuentes. Pero lo que más sobresalía e impresionaba de su estampa física eran sus ojos verdes transparentes y taladrantes, verdeazules a veces, ora rojo verdes, según los encandilara el entusiasmo o la indignación. Cuando abría los párpados de improviso, daba la extraña sensación de que se le fugaban un instante de las órbitas.

Fruiciosa ironía, sofrenada amargura o fruncido desdén irrumpía, en ocasiones, en la fluencia cordial de su sonrisa. Si grave de tono y sobrio a menudo en el trato externo, cuando se ganaba su intimidad, decididor y jovial. Conversador extraordinario, saltaba de un tema a otro con sorprendente maestría, hasta cautivar al interlocutor. Polemista temible: rendía o machacaba. Su poder de persuasión solía ser irresistible. Y, como luciéndole de oculta veta, siempre más preocupado por el prójimo que de sí mismo. En su espíritu múltiple entrechocaban acordes y contrapuntos sin deshilar la armónica urdimbre de la sinfonía.

Aquel día yo aludí a su poesía con fervor de catecúmeno. Acababa de leer, en el consultorio médico de Gustavo Aldereguía, una selección de sus poemas publicada en la revista Cuba Contemporánea. Me asombró que, con sutil disimulo, orillara el asunto. Andaba a punto de colgar la lira junto a su “muceta de doctor”.

Centró la plática en la ominosa situación del país y me habló, largo y tendido, de los deberes de la juventud estudiantil frente a la servidumbre colonial impuesta por el imperialismo norteamericano y la feroz dictadura de Machado, engendro y sustento de su rampante dominio. La disyuntiva era inexorable: complicidad o rebeldía. Sus anatemas y admoniciones destellaban como ascuas. Me incitó a ingresar como miembro en la Liga Antiimperialista y como profesor en la Universidad Popular José Martí. Esa misma noche, asistí a la reunión de la Liga... convocada en la Biblioteca Falangón.

Uno de mis primeros artículos fue una apología encendida del poeta y el hombre. Vertí, más tarde, en otro, mientras se velaba su cadáver, puño en alto, el dolor revolucionario de su temprana desaparición. Le dediqué después, a lo largo de los años, numerosos recordatorios y un incompleto esbozo biográfico y, ya triunfante la Revolución, evoqué los frutos radiosos fe la semilla que, en días anhelantes, sembró en un surco de fuego.

No me es factible ahora hacer lo que quisiera. Requiere un tiempo y una concentración que no dispongo. He tenido que escribir estas páginas antes o después de cumplir la intensa jornada cotidiana, ora en la noche profunda o en la rompiente amanecida, atento siempre a los reclamos imprevistos del deber. Me sentiría satisfecho, empero, si pudieran servir de preámbulo a un estudio mayor sobre la significación y trascendencia de la actividad de Rubén Martínez Villena como máximo conductor de la lucha antiimperialista, de la clase obrera y de las masas populares en una etapa fundamental del proceso revolucionario de Cuba.

R. R.  
La Habana, 1981.

“Ninguna huelga durará veinticuatro horas bajo mi gobierno”, rebuznaría Gerardo Machado, dando rudos manotazos sobre el límpido mantel, en el pantagruélico festín con que le ceban la egolatría banqueros y politicastros yanquis días antes del 20 de mayo de 1925, en que se agarró a la suprema mayordomía de la neocolonia como el macao a su valva. “Conmigo no se juega. A los estudiantes, periodistas y políticos que se me opongan los compro, los encarcelo, los deporto o los mato. Pero no tendré contemplaciones con los obreros ni con los comunistas”, dirá a su retorno, con dejo bestial, ante su corte de manengues, granujas, bufones y paniaguados. Se inauguraba en Cuba el ejercicio zoológico del poder, consustancial a los regímenes fascistas. Mella lo había anunciado: “Mussolini tropical.”

El 20 de marzo de 1930 la capital y Manzanillo amanecen paralizadas y varias ciudades de la Isla afectadas por una huelga general que, organizada por el proscrito Partido Comunista, ha convocado la ilegalizada Confederación Nacional Obrera de Cuba y dirige a cara descubierta Rubén Martínez Villena. No se formulan sólo reivindicaciones económicas y sociales en el pliego elaborado: se plantean, asimismo, fuertes demandas políticas. Ardía la atmósfera. El Centro Obrero de La Habana, puesto de mando de la audaz y puntual operación, era un hervidero. Veinticuatro horas después —lapso prefijado— los huelguistas retornaban, desafiantes, a sus centros de labor y sobre la cabeza de Rubén Martínez Villena pendía la orden de Machado de suprimirlo, donde quiera que se le hallase.

Una década atrás, el arrojado y diestro timonel de esa proeza arribaba a los veintiún años y la yema de sus desvelos era la poesía. Quizá semejante mutación incite, a más de uno, a recordar los prodigios de la leyenda o los mitológicos avatares de los antiguos titanes. Se extraviarían, indefectiblemente, en retórica selva de fantasmagóricas ramazones. Esta vez, Prometeo era de carne y hueso y la fantasía de los aedas incapaz de concebirlo. ¿Cómo habrían podido imaginarlo totalmente desentendido de los secretos inventados del cielo y sólo interesado en arrancar las injusticias reales, dimanantes de la sociedad fundada en la explotación del hombre por el hombre?

Sobra apelar a artificiosos ornamentos de lenguaje para dar cuenta de lo acaecido: el poeta dimitía, irrevocablemente, de seguir viviendo ensimismado en el verso, para volcar su vida a raudales, hasta la inmolación inclusive, en bien de los demás. Y, al abjurar de su progenie pequeño burguesa, puntal

oscilante del mundo feneciente, e incorporarse al proletariado, portador indolegable del mundo que nacía, ofrendábase a la emancipación de la clase social que, “por representar la pérdida total del hombre, sólo puede encontrarse a sí misma encontrando, de nuevo, al hombre totalmente perdido”.<sup>3</sup>

Mediante las antenas de la sensibilidad, la reflexión, el estudio y la experiencia, había descubierto que sólo entregándose a esa causa lograría cauce y norte “aquella fuerza concentrada, colérica, expectante”, que reclamaba, desde “el fondo sereno de su organismo”, una “función oscura y formidable”. Su “anhelo impreciso de árbol”, su “impulso de ascender hasta rendir montañas y amasar estrellas” y su afán de “crecer hasta lo inmensurable” asumían formas concretas. “Tu vida tendrá luz plena de mediodía”, habíale vaticinado el Generalísimo Máximo Gómez, acaso sobrecogido por los ojos resplandecientes y las precoces gravedades del infante. Si era cierto que su niñez había tenido un “esplendor de aurora”, algo “grande” que hacer “aquí” le reservaba la vida, como suplicara, con robusto acento, “el gigante” que anida en su pecho quebradizo.

Bastaría con accionar la manivela mágica de la máquina del tiempo para que se proyectase, en devenir, el proceso que explica la transfiguración de su destino. Y, a la postre, nos topáramos con Rubén Martínez Villena, caldeado el rostro por la fiebre, entrecortada la respiración, revuelta la melena, centelleante la mirada, vivaz el ademán, arengando a los trabajadores en la embravecida asamblea en que se acuerda ir a la huelga general el 20 de marzo de 1930.

¿Implica esa transfiguración que debemos escatimarle el tributo al poeta atormentado por el enigma enorme, el presagio de la burla final, la angustia inmotivada, la insuficiencia de la escala y el iris, el anhelo inútil, la obsesión de la muerte, la pérdida de la ruta que era suya y la incapacidad de expresar lo inexpresable? ¿No había Rubén abandonado voluntariamente la poesía, tachando incluso de vana y estéril esa etapa y proyección de su existencia?

Caer en eso sería exponente inequívoco de obtuso extremismo o de radical estolidez. Si el poeta y el revolucionario son uno y distinto en su actitud y expresión, quiérase que no, entrambos se funden en la unidad irreductible de una vida que, al cobrar dimensión heroica por el épico empeño que la absorbe, rezuma calidad plena por los cuatro costados. Ser revolucionario —sentenció Ernesto Che Guevara— es el más alto peldaño que puede alcanzar el hombre. Y a ese peldaño ascendió, entero y verdadero, el poeta Rubén Martínez Villena.

Transterrado en el revolucionario, hallaría éste insólita delectación en la trágica belleza de la lucha por una vida nueva, en que el hombre recupere su fertilidad enajenada por la cosificación capitalista, el canto múltiple se eleve

---

3 Carlos Marx y Federico Engels: *Ideología alemana*, s/n.

como surtidor que a todos vigoriza con sus exultantes melodías, los frutos exquisitos del arte tengan sitio en toda mesa y sus jugos, fragancias y colores sean regalo y ufanía del linaje humano, y la ciencia, desatada de antifaces y mercedes, escudriñe, abarque y domine los secretos de la naturaleza. Y, como podrá comprobarse en *Poesía y prosa*, la inflexión persuasiva, la rica fantasía, la aguda sensibilidad y el don expresivo del artista reaparecerán, con su impronta inconfundible, en el discurso, en la polémica, en el ensayo, en el artículo, en el manifiesto y en el epistolario del revolucionario.

Ahí está el poeta. Puntean su brote y floración el amor sublimado, la cuita consabida, el hambre de infinito, la primera crisis patriótica de conciencia, el buceo insaciable en las glorias del pasado, el encuentro deslumbrante con José Martí, la pasantía fecunda en el bufete de Fernando Ortiz, la decepción del aprendizaje universitario, las errabundas ensoñaciones de seráfica bohemia, los diabólicos escarceos de las tertulias literarias, la preparación colectiva de una antología de la poesía cubana moderna, la jefatura tácita del grupo heterogéneo de “los nuevos” (afines en su apetito de novedades y en la anhincada preocupación de dignificar el ejercicio de las letras), la desolación tremenda de la orfandad materna, la ensordecedora invasión del “campanario mudo” por voces informes que reclamaban el toque de rebato y la callada determinación de aventurarse “peñas arriba”, arrojando el abismo con “la mirada en la cumbre”.

Una visión cada vez más honda, expansiva, solidaria, dinámica y comprometida de su circunstancia le ha ido ganando, paulatinamente, en esa etapa contrastante y ascendente de su formación intelectual. Cada vez más, esa fuerza soterrada, poderosa y envolvente que le mantiene la pupila insomne, pugna por centrarse en una acción concreta y multiplicarse, indefinidamente, al servicio de una oblación que lo justifique y le trascienda. Y llegará el instante crucial en que repudie el balcón y ansie el palenque. Su congénita sensibilidad política —revelada en desgarrantes conflictos que sajan algunos de sus más burilados poemas— se va manifestando ya con el contorno preciso de una vocación irreversible.

A eso ha contribuido, en forma contundente, el espectáculo sublevante que ofrecía la porción de humanidad en que le toca vivir. Encendido de patriótica cólera juzga deber indeclinable repelerlo y acabarlo sin indulgencia ni transacciones. Estima traición a Cuba permanecer cruzado de brazos. En esa búsqueda de sí mismo, está a punto de aparecer el hombre de acción. No en balde comienza a percatarse ya de que, si “un grano de poesía” es capaz de “sazonar un siglo”, la poesía en acción puede transformar el mundo.

Menester es subrayar que Rubén no ha calado aún en las raíces profundas del drama que lo agobia, desasosiega y aguija. Creía que la inepticia, el descoco y la arbitrariedad de José Miguel Gómez, Mario García Menocal y

Alfredo Zayas —hondo respeto le inspira aún Tomás Estrada Palma— eran la causa fundamental de la aciaga situación a que había rodado la República. Creía, en consecuencia, que el modo válido de rescatarla era sustituir a los gobernantes incapaces, venales y arbitrarios, por gobernantes capaces, honestos y respetuosos de la Constitución. No puede todavía barruntar siquiera la solución efectiva.

Más acá y más allá de la óptica de clase, de la gravitación de la ideología dominante y de la influencia de la tradición, faltábale, por lo pronto, el conocimiento y manejo de una concepción científica que le proporcionara el abordaje del complejo sustrato de la sociedad neocolonial y las vías y métodos congruentes para modificarla. No abundaban tampoco, en aquellos tiempos, los que se habían asomado al marxismo o leído alguna página de Lenin. ¿Quiénes sabían, fuera de unos pocos con Carlos Baliño y Julio Antonio Mella al frente, lo que era el imperialismo y su papel decisivo en la conformación real de la falsificada historia de Cuba? ¿Y cuántos los que habían hurgado en las clarividentes prevenciones y previsiones de Martí?

Sin embargo, en el caso de Martínez Villena concurre un dato que lo singulariza y debe señalarse. La insobornable actitud de asco y reniego que adopta ante la “república prostituida” y su declarada decisión de combatirla a precio de vida —expresión significativa de impoluta pureza de conducta— constituirán un factor coadyuvante en la acelerada evolución de su pensamiento político. “Yo soy, ante todo, un hombre honrado”, se autodefiniría al elegir la escarpada opción de la lucha y el sacrificio. Nació así. Siempre lo fue.

1923: Fecha clave en la historia de la república mediatizada, año de acumulación, deslinde y desfogue.

Las contradicciones inherentes a la estructura subdesarrollada y dependiente de la sociedad neocolonial se han puesto de manifiesto con tanta claridad y agudeza que, por vez primera, aflora la conciencia de la necesidad de un cambio en todos los aspectos de la vida del país. Se escuchan requisitorias aisladas y diagnósticos sombríos. Proviene de gente culta de la clase media, desazonada por el atraso, la miseria, el analfabetismo, la insalubridad, el latrocinio, la corrupción y el desbarajuste imperantes, signos de lo que denominan “la decadencia cubana”, tema que ha venido suscitando el ponderado análisis de la revista *Cuba Contemporánea*. No faltan tampoco reproches verbales a la injerencia yanqui, cada vez más exigente y menos disimulada. Pero ninguno de sus personeros —incluso entendimiento tan afilado como Fernando Ortiz— hinca la quilla en el fondo. Ninguno ha reparado en las relaciones de dominación externa que configuran y detentan las internas de poder y de clase, venero de aguas negras de la alienación nacional. Ni, mucho menos, ha percibido que la recesión de 1920-1921, acentuada por la depresión mundial ocurrida en esos años, inicia el proceso de descomposición orgánica del régimen económico impuesto por esas relaciones.

“...con los pueblos sucede como con lo demás de la naturaleza —había enunciado Martí con patente sentido dialéctico—, donde todo lo necesario se crea, a su hora oportuna, de lo mismo que se le opone y contradice”.<sup>4</sup> Y eso es, también, lo que empezaba a acontecer ahora. En otra ladera de la topografía social cubana, la más ancha, expoliada y sensible, bullen ideas, anhelos, preocupaciones y rebeldías enderezadas a la búsqueda de expresión propia y soluciones nuevas, que se traducirían en ocurrencias que definen posiciones: el movimiento de reforma universitaria conducido por Julio Antonio Mella, las acciones crecientes de la clase obrera organizada, la fundación de la Agrupación Comunista de La Habana, la campaña de solidaridad con la recién nacida Unión Soviética, la insurgencia de Veteranos y Patriotas y la Protesta de los Trece. No es casual incidencia que, abanderando ésta, irrumpa en el escenario político Rubén Martínez Villena.

---

4 José Martí: *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 4, pp. 252-253.



Dos hechos caracterizan esta situación: el comienzo de la crisis del orden neocolonial y el vigoroso despertar de capas considerables del pueblo. Pero si el ansia genérica de mudanza es ostensible y la fraseología revolucionaria empenacha los pronunciamientos de algunos grupos avanzados o se desparra-rrama esporádicamente a voleo sin connotación precisa, tampoco existe, todavía, la vanguardia capaz de vertebrar y dirigir el descontento popular y el movimiento obrero. Están ya presentes, sin embargo, factores, elementos y condiciones que viabilizarían, pocos años después, al exteriorizarse la perturbación permanente en que ha caído el sistema, el acometimiento del magno quehacer.

Una imagen retrospectiva de la constitución de la sociedad cubana contribuiría a iluminar el trasfondo de ese proceso.

Encuétrase su génesis en la intervención militar del gobierno de Estados Unidos cuando precisamente se encimaba el triunfo de las armas mambisas y la subsiguiente mutación de la colonia española en neocolonia yanqui. Largamente madurada, esa intromisión inaugura, como señaló Vladímir Ilich Lenin, la etapa imperialista del capitalismo y la origina, en última instancia, el crecimiento impetuoso del capital monopolista en Estados Unidos, cuyas miras imperiales y dramáticos riesgos para Cuba y América Latina había denunciado Martí. Se alcanzaba así un doble objetivo secular: la incorporación de Cuba a la estrategia política, económica, diplomática y militar de ese país como pontón para ulteriores expansiones allende las Antillas y el control hegemónico de nuestro mercado y recursos, en parte ya, en las postrimerías de la pasada centuria, en manos de corporaciones yanquis.

Inmediato fue el desplazamiento político del Ejército Libertador mediante la disolución de la Asamblea del Cerro y de las fuerzas troncales de la nación por los antiguos sectores antinacionales, tradicionalmente alineados en el integrismo, el reformismo, el autonomismo o el anexionismo. La voluntad de ser libre del pueblo cubano, templada durante casi medio siglo de heroica y abnegada lucha, había sido despectivamente ignorada por Estados Unidos y España al suscribirse el armisticio y el tratado de paz, y afrentada sin embozo por los imperialistas al incrustar en la constitución la Enmienda Platt.

De la república democrática y progresista soñada en las bartolinas, los cadalsos y los maniguales —concebida en forma más generosa y previsoramente por José Martí y propugnada por el Partido Revolucionario Cubano— restaban solamente sus atributos formales: la bandera, el escudo y el himno. Si esclavitud ha desaparecido como institución, perdura la discriminación racial y, por ende, la proscripción de los descendientes de africanos a los menesteres más vejaminosos. Se desconocen los derechos de la mujer. Mediante la imposición, una base naval norteamericana se ha instalado en Guantánamo. Muchos curtidos patriotas, desconocidos por los que ahora escalarán el poder

espurio y la riqueza injusta a costa de sus hazañas y padecimientos, rumiarían en silencio el fiasco de la hermosa ilusión de ver su prole, algún día, levantarse y acostarse calzada, alimentada, educada, libre y digna. Un lacerante sentimiento de frustración invadió a las masas populares ha sumirlas, largos años, en el desconcierto, la pasividad y escepticismo. La válvula de escape de aquella atmósfera enrarecida y agobiante fue el choteo y la trompetilla, a la vez catarsis, autodefensa y desquite del inconsciente social rebelado.

Parafraseando la terminología de Antonio Gramsci,<sup>5</sup> los “intelectuales orgánicos” de la pequeña burguesía mambisa —Manuel Sanguily, Salvador Cisneros Betancourt, Vidal Morales y Morales, Enrique José Varona, Eusebio Hernández, Enrique Collazo, Esteban Borrero Echeverría, Juan Gualberto Gómez, Jesús Castellanos— presentan batalla en la prensa, en libro, en la Convención Constituyente y en el Senado, a los abogados de la reacción y del neocolonialismo. Reclaman la independencia absoluta, denuncian la conversión de Cuba “en una colonia mercantil de los Estados Unidos” y postulan una división excluyente entre los patriotas y los traidores. En aquella que debió ser coyuntura de combate popular por la supervivencia de la nación acogotada, eran la voz y la conciencia de las generaciones insurrectas. Las posiciones de clase anexionistas, antirrevolucionarias y autonomistas se expresan, con cínica crudeza, en dos obras disolventes y anticubanas: *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones de la idea de la anexión de Cuba a los Estados Unidos*, de José Ignacio Rodríguez, y *Cuba y su evolución colonial*, de Francisco Figueras.

La descomposición de la vanguardia mambisa, la incompreensión del papel político de las masas en las condiciones creadas por el neocolonialismo, la carencia de una teoría revolucionaria capaz de interpretar la realidad y de la herramienta apta para transformarla, la traición de la clase dirigente al Manifiesto de Montecristi y el mito de la fatalidad geográfica, hábilmente cocido en los laboratorios de propaganda del imperialismo, empezaban a surtir sus nefastos efectos. No tardaría en producirse el casamiento con la mentira, de que hablara Fidel Castro. Y, muy pronto, se haría visible que una parte del pueblo, sin éste percibirlo, reacciona, piensa y siente con los reflejos condicionados del modo de ser colonial.

Los dispositivos esenciales de la política de penetración, ordeño y vasallaje de la pujante y codiciosa fuerza emergente son la Enmienda Platt, el sedicente Tratado de Reciprocidad Comercial de 1903, los empréstitos, las inversiones y la independencia formal. Mediante la astuta y drástica manipulación de ese múltiple mecanismo, logra la temprana sumisión del grueso de las clases

---

5 Ver Antonio Gramsci: *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Editorial Lautaro, Argentina, 1960. (Tomo II de sus *Obras Escogidas*).

dominantes y la inercia cómplice del resto. Sobre poleas aceitadas marchará, a partir de la segunda intervención militar yanqui, el engranaje establecido.

El “poder nacional” —gobierno, parlamento, judicatura, prensa— opera bajo la sujeción inmediata de la oligarquía, instrumento dócil, a su vez, de la dominación imperialista, que le otorga jugosa participación en sus dividendos y márgenes y estaba constituida por los latifundistas, la gran burguesía industrial azucarera y la burguesía comercial española importadora, interesados por igual en el aseguramiento de la dependencia externa y del antidesarrollo nacional.

Esta trilogía cuenta en los centros de decisión política. Los presidentes de la república son hechuras de sus intereses particulares de clase y de los intereses generales del régimen neocolonial. Y, en directa consonancia con la solidez y pervivencia de éstos y aquéllos, ejerce las formas de mando que más le reditúan, desde el cacicazgo con levita hasta la tiranía cruel, pasando por la tribuna sobre un barrizal.

La burguesía industrial no azucarera, en agraz en los albores de este proceso y batida por el fuego cruzado del imperialismo y la oligarquía durante su posterior evolución, careció de arrestos suficientes en circunstancias propicias para actuar acorde con los intereses de la nación, aun cuando beneficiara los suyos. Alcanza, a duras penas, la calificación de remedo de burguesía nacional feudataria. Idéntica posición adoptaría, por su composición y características, aunque con ciertos resabios temerosos, la capa media de la burguesía agraria.

La oligarquía y sus apéndices asumirían una ideología reaccionaria y un estilo de vida que se traduce en mimética modalidad del *american way of life*: abolengos comprados, dispendios insolentes, clubes exclusivos, colegios privados, saraos rumbosos, ignorancia acicalada, casinos de juego, prostitución de alto copete, misa a las doce. Y, rindiéndole pleitesía, pululan en su periferia tribunos flatulentos, croniqueros cursis, poetastros envilecidos y escribas mendaces. Su arremetida contra la tradición revolucionaria, la cultura nacional, la identificación de la nación consigo misma, la conciencia de su propia situación y los valores éticos acumulados por el pueblo, se proponía disolver el sentimiento patriótico, sacralizar la dependencia a Estados Unidos e instituir un pensamiento político apologético de la estructura dominante de poder.

Cuba fue, en suma, la primera piedra de la protuberante arquitectura neocolonial del imperio norteamericano. La antinomia nación-metrópoli, detonante de la inconclusa contienda de liberación nacional, persistiría agravada por las condiciones interpuestas de subdesarrollo y conformación unilateral del desarrollo de las fuerzas productivas, con la consecuente deformación estructural y ulterior estancamiento de nuestra economía y sus subproductos políticos, sociales, culturales, psicológicos y morales.

La pequeña burguesía desempeñaría un papel importante en el proceso revolucionario de Cuba.<sup>6</sup> Numerosas capas urbanas de esa agrupación social orgánicamente movедiza —estudiantes, intelectuales, profesionales, intermediarios, vendedores, pequeños productores, artesanos, empleados— tuvieron y tendrían una participación efectiva en la batalla por la independencia nacional y el socialismo. Sus elementos más radicales actúan, resueltamente, en las vanguardias revolucionarias de 1868, 1895, 1930 y 1953.

Pero no será con las ideas insuficientes y tornadizas de clase de la pequeña burguesía con las que Fidel Castro emancipe a Cuba de la coyunda neocolonial y emprenda la edificación de la sociedad socialista. Fue con las ideas vivas de Martí y con las teorías de Marx, Engels y Lenin, que aplicó con singular fuerza creadora, enriqueciéndolas, a las condiciones concretas del país y de la marcha del mundo. Una parcela considerable de la pequeña burguesía urbana y rural, rompiendo con sus intereses, criterios, valores y sentimientos de clase, se sumaría a la revolución nacional liberadora y a su ulterior desarrollo socialista, abrazando la ideología revolucionaria y científica del proletariado. El reconocimiento, por sus capas más avanzadas, de la función de vanguardia de la clase obrera en la lucha de liberación nacional, y social, constituye un elemento de mucha monta en la época de las revoluciones antiimperialistas y proletarias.

---

6 Ver Carlos Rafael Rodríguez: *Cuba en el tránsito al socialismo, 1959-1963*, Editora Política, La Habana, 1979.

La clase obrera urbana y agrícola y un denso conglomerado de campesinos pobres constituirían la base de la pirámide social.

Con la introducción, alrededor de 1820, de la máquina de vapor en la industria azucarera, surgen en Cuba, conjuntamente, como en todos los parajes, el capitalismo y el proletariado, ponentes del nuevo modo de producción y del orden social que han impuesto las grandes revoluciones burguesas del Siglo de las Luces. El ritmo de evolución del naciente capitalismo fue lento: el régimen de relaciones de producción esclavista embrida o distorsiona su natural tendencia expansiva. Cuando el hollín de las chimeneas, el estrépito de los émbolos y la concentración de los trabajadores en los centros de explotación tonalizan el paisaje social de gran parte de Europa y de Estados Unidos, el capitalismo no ha sobrepasado todavía en Cuba su fase primeriza y, como consecuencia, la clase obrera es aún parva y anda dispersa y rezagada. Ni siquiera existe, propiamente, como “clase en sí”.

El curso del desarrollo plantearía a los grandes hacendados azucareros criollos la alternativa estructural de transformarse en núcleo de una poderosa burguesía nacional; la rehúyen, empavorecidos por el fantasma de una sublevación vindicadora de los barracones, y optan por injertar los métodos de producción y las innovaciones tecnológicas aportados por Revolución Industrial en el sistema de trabajo esclavista, originando, a la par, un antagonismo que apresuraría su extinción. A pesar de la contradicción objetiva de sus intereses con los de las clases dominantes españolas, que obstruían su expansión económica y le vedaban el acceso al poder político, la cumbre de la sacarocracia criolla ataría su suerte, como clase, a la del poder colonial.

Indistintamente integrista, reformista, autonomista o anexionista: enemiga siempre de la independencia.

La imaginación de la realidad suele ponerle rabo a la realidad imaginada. Aún estaba por suceder en Cuba lo que nunca antes se había visto: segmentos orientales y camagüeyanos de esa clase señorial, opulenta, ilustrada, tacaña y conservadora, prefieren patria sin patrimonio a patrimonio sin patria, abrazan y funden los ideales y los intereses de la nación en conciencia militante e integran, con el hacendado y poeta bayamés Carlos Manuel de Céspedes como adalid, la vanguardia revolucionaria que el 10 de octubre de 1868 arrastra a la lucha armada a los sojuzgados y desposeídos, en alianza con artesanos, intelectuales y pequeños burgueses de la ciudad y el campo, en pos de la

independencia absoluta y la abolición incondicional de la esclavitud, que comienza a ejecutarse en el acto mismo del alzamiento y se proclama en la Constitución de Guáimaro. Incineran su fortuna en la pira del patriotismo, soportan privaciones sin cuento y arriesgan continuamente su vida en el combate. Y, si proporcionan líderes eximios en la alborada de la epopeya, como Ignacio Agramonte, en el proceso de su evolución compartirán la suprema dirección política y militar de la guerra de liberación con hombres de origen humilde que, con su pensamiento y acción, como Máximo Gómez y Antonio Maceo, profundizan el contenido social del movimiento revolucionario.

El concepto de patria de los hacendados esclavistas de occidente se expresaba, por el contrario, en onzas y genuflexiones. Al tañir la campana de La Demajagua, sacrificaron, con mezquino egoísmo, los intereses de la nación a sus privilegios de clase, como harían, invariablemente, hasta ser barridos por la coronación victoriosa de más de cien años de lucha.

Si el proceso de formación del proletariado cubano<sup>7</sup> se enmarca en el esquema de monocultivo y dependencia externa impuesto por el desarrollo capitalista en toda colonia de plantaciones inserta en el mercado mundial, parece lógico que la primera organización obrera de clase surgiera entre los trabajadores asalariados de la industria del azúcar, eje de la economía del país y su único producto de exportación en ancha escala. Esa capa social se ha ido engrosando en cadencia con el aflujo de capitales, el progreso tecnológico y la centralización de la producción en las provincias occidentales, asiento de los ingenios más modernos o remozados. Lo ocurrido demostraría que la dialéctica de la realidad puede más que la lógica formal de las presunciones. Las condiciones sociales y los métodos represivos inseparables del sistema de trabajo esclavista —todavía preponderante a pesar de su declinación forzosa— eran un valladar infranqueable a la creación de sindicatos u organizaciones similares.

A consecuencia del montaje colonial de las relaciones capitalistas de producción y de la supeditación consiguiente de las fuerzas productivas, el proletariado fabril crece en tasa mucho más reducida y a compás del tardo desenvolvimiento de la industria urbana. Esta otra faz de la economía isleña avivaría su ritmo con la expansión de los transportes, el progreso de las comunicaciones telegráficas, el incremento del comercio exterior —subordinado ya básicamente al mercado norteamericano en el rubro del azúcar— y

---

7 Sobre la cuestión: Blas Roca: *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, Ediciones Populares, La Habana, 1960; *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, t. 1, y Fabio Grobart: “El movimiento obrero cubano de 1925 a 1933”, en: *Cuba Socialista* (La Habana) 6 (60): 88-119, agosto, 1966.

el desmoronamiento de la esclavitud, precipitado por la Guerra de los Diez Años y abolida legalmente en 1886.<sup>8</sup>

El primer sindicato obrero se organizó en Cuba en 1866: la Asociación de Tabaqueros de La Habana. Se inicia, con su fundación, el movimiento obrero y, con éste, la historia de la clase social a la que Rubén Martínez Villena ofrendaría su vida.

Segunda de la Isla por su tamaño, concentración y mercado, la industria tabacalera se desarrolla, desde temprano, sobre bases capitalistas. A partir de 1860 comienzan a proliferar las grandes fábricas y marcas famosas y, a la par, la dependencia de los pequeños productores y su inevitable transformación en asalariados.

El impulso asociativo que cuaja en el sindicato de tabaqueros de La Habana, difiere, sustancialmente, del que ha inspirado, años atrás, las sociedades mutualistas y gremios de artesanos y obreros, circunscriptos a la prestación de socorros recíprocos entre sus miembros, rasgo privativo de la prehistoria del proletariado. Movidos por la necesidad de contrarrestar la expoliación de los patronos —beneficiarios insaciables de los altos precios del “habano” en el mercado mundial—, los obreros tabaqueros se unen y organizan en defensa de sus intereses económicos inmediatos de clase. La conciencia de esa necesidad es lo que define la naturaleza del nuevo tipo de asociación y no la circunstancia de que se encauce en el contexto del interés común de explotadores y explotados y se invoque en sus manifestaciones la fraternidad, la misericordia y la filantropía. No es capricho del azar que vaya precedida de una vigorosa huelga contra la rebaja de jornal en las dos más importantes fábricas tabacaleras de La Habana, que obtuvo el apoyo del resto de los trabajadores del ramo en la provincia. Era, de fijo, la señal de la inminente aparición del movimiento obrero.

El promotor, organizador y dirigente del primer sindicato criollo fue el asturiano Saturnino Martínez, fundador de *La Aurora*, órgano oficioso de los tabaqueros y primer papel periódico de la clase obrera cubana.<sup>9</sup> Entre versículos del evangelio, rogativas a los propietarios y zalemas a las autoridades, las páginas de *La Aurora* exhortan a los trabajadores a cohesionar sus filas y organizarse. Aunque era antirrevolucionario convicto, bibliotecario de la Sociedad Económica de Amigos del País, miembro del cuerpo de voluntarios, asistente a las tertulias de Nicolás de Azcárate y adicto a la facción reformista que editaba *El Siglo*, su director libraría tenaz campaña en favor de “la lectura en las tabaquerías, la apertura de escuelas nocturnas

---

8 Ver Raúl Cepero Bonilla: *Azúcar y abolición*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971

9 El opúsculo *La Aurora*, de José Antonio Portuondo, es, sin duda, la más lúcida y documentada contribución sobre la génesis del movimiento obrero en nuestro país.

gratuitas para obreros, la fundación de cooperativas obreras de producción y el mejoramiento de las condiciones de vida y del trabajo de los obreros”.<sup>10</sup>

La rápida disolución del sindicato impidió ensanchar y profundizar la obra emprendida. Aunque constreñida por los férreos condicionantes del régimen colonial y tarada por la mentalidad residual de los gremios de artesanos entre los obreros y sus dirigentes, la Asociación de Tabaqueros de La Habana plantó la simiente del movimiento organizado de la clase obrera.

Exigirle labranza mayor equivaldría a demandar caimitos al mamoncillo. Ni los tabaqueros de entonces ni sus conductores entienden, ni podían entender, la causa social de su miseria y el por qué histórico de su explotación y, mucho menos, la forma táctica de mitigarlas o estratégica de suprimirlas. A despecho de su renombre en los medios obreros europeos, les era desconocido el nombre de Carlos Marx y no tenían noticia alguna del “fantasma” que hace años recorría Europa. Ignoraban, por supuesto, el nexo existente, en una nacionalidad sojuzgada, entre la cuestión social y la cuestión nacional, que en sí misma tampoco se plantean. Están desprovistos, en resumen, del grado de formación ideológica y de conciencia política indispensables para darle respuesta a los problemas de su tiempo, de su situación y de su clase. Se ceñirán, por eso, a ganarse dificultosamente la subsistencia en tanto dure la contienda armada que acaba de estallar. Muchos, en discordancia cada vez más aguda con el régimen colonial, acaban por arraigarse en el sur de Estados Unidos.

Sin embargo, mientras Saturnino Martínez, enemigo confeso de la independencia nacional, permanecía enquistado en sus ideas sociales rudimentarias hasta casi esfumarse de la escena, la historia —ese “viejo topo”, como la bautizó el autor de *El Capital*— prosigue su oscuro, terco y eficiente trabajo. Varios lustros más tarde, el núcleo emigrado de los pioneros de la lucha social formará en la vanguardia revolucionaria concebida, organizada y dirigida por José Martí.

---

10 Apoyando esta campaña, colaboran en *La Aurora*, entre otros intelectuales de la época, Luis Victoriano Betancourt, José Fornaris, Mercedes Valdés Mendoza, Francisco y Antonio Sellén, Alfredo Torroella y Joaquín Lorenzo Luaces. Los dos últimos, como anota José Antonio Portuondo, con “plena conciencia de poner sus talentos al servicio de una clase injustamente explotada”. Ver José Rivero Muñiz: *La lectura en las tabaquerías*, P. Fernández, La Habana, 1951.



En el período que transcurre entre la interrupción de la lucha armada por la independencia y su reanudamiento, gana bríos la voluntad de clase del proletariado fabril y se despliega en sindicatos, gremios y cooperativas.<sup>11</sup> Resurgió la Asociación de Tabaqueros de La Habana. Florecería el debate ideológico.

La fundación en 1885 del Círculo de Trabajadores señala el desalojo gradual de la orientación reformista por la conducción anarquista en las organizaciones obreras. Imbuidos de la retórica difusa de Proudhon y Bakunin —bodrio extremista de la ideología pequeño burguesa condimentado con ingredientes del socialismo utópico y del marxismo— esa nueva hornada de dirigentes, cubanos en su mayoría, sostenía íntimas relaciones con ácratas españoles emigrados y con Enrique Roig San Martín. No se atreverá, desde luego, a recurrir al espectacular expediente del atentado personal; mas introduce en la prédica social la noción revolucionaria de la lucha de clases. Sin embargo, su perspectiva teórica y su acción práctica no rebasan los encallejados linderos del economismo sindical y del abstencionismo político que, unido a su falaz cosmopolitismo, los desentiende completamente, durante años, de la cuestión nacional.

El Círculo... fue, no obstante, un agente activo de la unidad y organización del proletariado. Auspicia en 1887 sus primeras asambleas de clase. Cita en 1890 al primer desfile conmemorativo del Día Internacional de los Trabajadores. A su reclamo se efectúa, en 1892, el Congreso Regional de Obreros de la Isla de Cuba. El proceso de vertebración orgánica cristalizaría en 1899, a nivel insular, en la Liga General de Trabajadores de Cuba.<sup>12</sup>

Identificado con las tesis anarquistas, el Congreso deja constancia, empero, por una parte, de que “la clase trabajadora no emancipará hasta tanto no abrace las ideas del socialismo revolucionario”; y, por la otra, de que el socialismo “no puede [...] ser un obstáculo para [...] las aspiraciones de emancipación de este pueblo [...]”. Suscrita por Enrique Creci y Enrique Messonier, conocidos ácratas que se sumarían plenamente a la causa mambisa, esta declaratoria motiva la suspensión del Congreso. Ha habido, sin duda, un cambio cualitativo en actitud de los anarquistas ante la cuestión nacional.

---

11 Ver Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 1.

12 *Ibidem*, p. 76.

Al enterarse, Martí expresa su alborozo y su reconocimiento, inquietaba ya esa errónea y perturbadora desviación, que tendía a escindir la unidad revolucionaria del pueblo y a aislar a los obreros en la lucha que mantienen por sus reivindicaciones económicas y sociales, privándoles de apoyos concurrentes, riesgo acrecido con la influencia de los anarquistas en la Isla a difusión de sus ideas antipatrióticas en los medios obreros de La Florida, que entrañaba, objetivamente, un servicio a la dominación colonial y al movimiento autonomista. Martí respondería, por eso, a los dirigentes anarquistas, con tono ácido y precisiones rotundas, cuando aquéllos, abroquelándose un falso concepto de la solidaridad internacional de clase, denostan a los tabaqueros de Cayo Hueso y de Tampa por rechazar y reprimir la infiltración de obreros españoles con fines divisionistas y actividades de espionaje.

La tardía arribazón del marxismo a Cuba favoreció el auge y el predominio de las ideas anarquistas. Sin embargo, ya hacía muchos años que Pablo Lafargue, nacido en Santiago de Cuba el 15 de febrero de 1841, descollaba en el movimiento comunista europeo. Varias culturas, etnias y continentes confluían en su sangre. De francés girondino y de mulata dominicana, provenía por línea paterna; y, por la materna, de judío francés y de india taina. No obstante ese raro mestizaje, y de su temprano trasplante a Francia, donde estudió Medicina, Lafargue se ufanaría siempre de haber nacido en Cuba, de ser mulato y de hablar y escribir impecablemente el español.

Expulsado de París y acosado en Bruselas por sus ideas revolucionarias, impregnadas todavía de tufo proudhoniano, emigró a Londres, entabló amistad con Marx y casó con su hija Laura. Tradujo al francés el primer tomo de *El Capital*, militó la Primera Internacional, participó en la Comuna de París y logró escapar a Madrid. Durante su estancia en España, reorganizó la sección de la Internacional, contribuyó con Pablo Iglesias, Anselmo Lorenzo y José Mesa a la fundación del Partido Socialista y vertió a nuestra lengua el *Manifiesto Comunista* y algunos capítulos de *El Capital*. Retornó a Londres y, al morir Marx, se trasladó a París.

Expuso, con atrayente vivacidad y diestro dominio, en libros, folletos y discursos, los fundamentos del socialismo científico. Sostuvo fogosas controversias con revisionistas, posibilistas y neokantianos. De la cárcel salta al Parlamento, aupado por el voto de los obreros de Lille, sin renunciar a su condición de cubano. Abogó, tenazmente, por el derecho de su patria a la independencia absoluta. En su novelesco sepelio, un desterrado genial, entonces casi desconocido, levantaría la voz en representación del Partido Social-Demócrata Obrero de Rusia: era Vladímir Ilich Lenin.<sup>13</sup>

---

13 Raúl Roa: “Evocación de Pablo Lafargue”, en: *Cuba Socialista* (La Habana) 2 (6): 56-83, febrero, 1962, pp. 81-82.

El socialismo científico empezará a propagarse en algunas capas del proletariado habanero cuando atardecía la década de 1880. Enrique Roig San Martín, la más conspicua figura del movimiento social de esa época, divulgaba algunos conceptos de Marx y Engels en su leído periódico *El Productor*<sup>14</sup> y en la publicación cienfueguera *El Obrero*. Aunque de formación anarquista y, por tanto, con nebulosas nociones sobre el problema del estado y la posición de los trabajadores ante la política, la patria y la independencia nacional, Roig San Martín —certera observación de Fabio Grobart— estaba ya “en transición hacia el marxismo”.<sup>15</sup>

Batallador incansable por los derechos de organización, reunión y propaganda del proletariado, adversario intransigente de las tendencias reformistas en el seno del movimiento obrero, internacionalista consecuente, Roig San Martín denunció, a toda voz, como José Martí desde los propios Estados Unidos, el amañado proceso judicial que se incoa en Chicago a ocho obreros anarquistas con la finalidad preconcebida de ahorcarlos como un escarmiento. No retrocedió nunca ante amenazas y cautiverios. Se mantuvo siempre en su puesto de combate.

Las capas más avanzadas del proletariado y, principalmente, los obreros tabaqueros establecidos en Tampa y Cayo Hueso, constituyen el soporte inmovible del Partido Revolucionario Cubano, fundado y dirigido por Martí para organizar la nueva guerra de liberación nacional y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico. Por sus raíces sociales es una guerra del pueblo, por el pueblo y para el pueblo en su más amplia acepción. Su vanguardia personifica la conciencia y los intereses de la nación en una fase más madura de evolución del pensamiento y del proceso revolucionario. En lenguaje poético, ya Martí había externado el sentido ideal de la nueva lucha:

*Con los pobres de la tierra  
Quiero yo mi suerte echar.*

Si la revolución que propugna Martí no es, ni puede ser, una revolución socialista, a despecho de su simpatía por los obreros y de sus reproches al capitalismo norteamericano, tampoco se ajusta al clásico modelo de la revolución democrática burguesa. Es evidente que, por los cambios sociales acontecidos, su composición de clase y el afán que la anima de redimir de la miseria a los humildes de la ciudad y del agro, desborda ese modelo y ahonda el contenido de la lucha de liberación nacional, aunque sin desconocer las fronteras de la propiedad privada —la que justifica por la función social

---

14 Ver *El Productor*. [Recopilación de artículos.] Biblioteca Nacional José Martí, Departamento de Colección Cubana, La Habana.

15 Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, ed. cit., t. 1, p. 26.

que le tribuye— ni proponerse el establecimiento de un gobierno tendiente a abolir el dominio de la burguesía y crear una sociedad sin clases. Uno de los pivotes de su programa revolucionario es el proletariado, al cual otorga una posición preminente en la nueva sociedad, derivada del reconocimiento de sus derechos específicos y del trabajo como única fuente legítima e riqueza. En la estimativa política de Martí, el anatema es ara “la oligarquía pretenciosa y nula” y los que únicamente quieren que “haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, les cree, en premio de oficios de Celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante”; y el encomio para “la masa pujante —la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país—, la masa inteligente y creadora de blancos y negros”.<sup>16</sup>

Sin embargo, Martí asigna el papel dirigente de la revolución a la pequeña burguesía radical y el de reserva estratégica los campesinos, obreros agrícolas y esclavos manumitidos, fuerza revolucionaria espontánea por sus atroces condiciones materiales de vida y el sistema de opresión, discriminación y renta a que están sometidos; pero, con la divisa extraburguesa de erigir una república revolucionaria de hechura popular “Con todos, y para el bien de todos”, laica y generosa, sin distingos de raza ni de clase, “con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan”, y cuya ley primera y fundamental fuese el culto “a la dignidad plena del hombre”, ya plasmada en nuestra constitución socialista.

La misión antillana, americana y universal que encomienda la revolución, le confiere a Martí rango propio entre los protagonistas impares de la historia. Su pupila abarca, en un solo tiempo, el pasado, el presente y el futuro. Y, porque sabe que el presente es hijo de los elementos contrapuestos del pasado y el futuro, de las antinomias del presente, convoca la lucha armada para “bien de América y del mundo”<sup>17</sup> y para “asegurar la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio [...] de la familia de nuestros pueblos de América”.<sup>18</sup> “No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos —puntualizaba— se ha de componer la vida nueva de las Antillas [...]”.<sup>19</sup>

“...ya estoy todos los días [resume, fijando el verdadero alcance y dimensión de un pensamiento y de una obra que traspasaban el perímetro de su clase y de su tiempo americano] en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas

---

16 José Martí: *op cit.*, t. 4, p. 168.

17 *Ibidem*, t. 4, p. 93.

18 *Ibidem*, t. 2, p. 163.

19 *Ibidem*, t. 3, p. 142.

han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

”Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ése de Ud.<sup>20</sup> y mío—, más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los Imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

”Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David”.<sup>21</sup>

Y, con lúcida percepción de la magnitud histórica de su quehacer, se empuja sobre sus contemporáneos y lanza este, a la sazón, sibilino mensaje: “Estamos haciendo obra universal,”<sup>22</sup> “Quien se levante hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos.”<sup>23</sup>

No fue marxista, ni se propuso serlo. Ni tampoco era antisocialista y, por eso, dejaría abierto, en la república popular que ha concebido, el camino de la emancipación de los trabajadores, que están ya “amasando” un “universo nuevo”. Y si estudió el marxismo de veras —hipótesis aun por demostrar—, en su oceánica escritura disientirá, más de una vez, de conceptos cardinales del socialismo científico. Pero admiró a Marx con dejos de reverencia, precisamente por sus más altas calidades de revolucionario y de hombre. De él dijo: “Como se puso del lado de los débiles, merece honor [...]. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. [...]. Karl Marx estudió los modos de asentar el mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. [...] no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha.”<sup>24</sup>

Adelantado de las batallas antiimperialistas y sociales por venir en América Latina, Asia y África, José Martí fue el “dirigente orgánico” del pueblo revolucionario de Cuba en la compleja coyuntura histórica que le tocó vivir. Fue su intérprete, su voz y su guía. En frase lapidaria, lo caracterizó Fidel Castro: “Ha sido el más grande pensador político y revolucionario de este continente.”

---

20 Se refiere a Manuel Mercado —“yo tengo allá en México un amigo”—, a quien dirige esta carta inconclusa, fechada el 18 de mayo de 1895.

21 José Martí: *op. cit.*, t. 4, pp. 167-168.

22 *Ibidem.*

23 *Ibidem.*, t. 3, p. 143.

24 *Ibidem.*, t. 9, p. 338.

Carlos Baliño, primer “intelectual orgánico” del proletariado y fundador también del Partido Revolucionario Cubano, fue uno de los más diligentes y leales colaboradores de Martí, sin por ello abandonar sus ideas marxistas ni dejar de difundirlas. Con el candente martilleo de su periódico *La Tribuna del Trabajo*, le había ido fraguando a los tabaqueros el ideal de independencia en su conciencia de clase. El fino poeta Diego Vicente Tejera, socialista utópico y entusiasta colaborador de Martí, proclamaba ya en esos años, con sorprendente realismo, que “sería, pues, hacedero y altamente provechoso que, entre los futuros partidos que aspirarán [...] á modelar según sus planes la república cubana, figurase la clase obrera como partido independiente, con un programa limpiamente definido [...]”

Martí apreció, al unísono, el efectivo concurso de la clase obrera a la faena de la independencia nacional y sus legítimos afanes de redención social. Un día, exclamó: “¡juntos, pues, de una vez, para hoy y para el porvenir, todos los trabajadores!”<sup>25</sup> Y, otro día, repuso a Baliño: “¿La revolución? La revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas sino la que vamos a desarrollar en la República.”<sup>26</sup> De Baliño, estampó: “...redondo de mente y de razón. [...] pluma y lengua de oro [...] que sabe conciliar la libertad ardiente con la elevación que la acredita y asegura, que padece angustiado de toda pena de hombre”.<sup>27</sup> Fidel Castro lo precisó, no ha mucho: “Los luchadores por la revolución social estaban indisolublemente unidos a los luchadores por la independencia de la patria.” Está claro. La Revolución Cubana es una.

Diríase que todo estaba previsto y dispuesto para “una guerra rápida, unánime y grandiosa”. Sin embargo, las perspectivas de victoria son esta vez mucho más reducidas que en 1868 por las condiciones internacionales en que debía desarrollarse la lucha. Con la avidez, audacia y agilidad de un tigre joven, el imperialismo yanqui acaba de aparecer en la jungla de las potencias de presa. Y este hecho nuevo, no sólo va a incidir en la balanza mundial de poder, sino, también, a interponerse agresivamente en el camino de la independencia de Cuba con el amargo desenlace que pesó tantos años sobre nuestro pueblo.

---

25 Ibidem, t. 4, p. 244.

26 Carlos Baliño: *Documentos*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1964, p. 16 [nota 48].

27 Ibidem, pp. 11 y 12.

Fundado por Diego Vicente Tejera, el primer Partido Socialista cubano surgió en 1899, año en que, el 20 de diciembre, nace en Alquizar, rústica villa en tierra adentro de la provincia de La Habana, Rubén Martínez Villena. El mero marbete constituía un reto a la intervención militar imperialista y a la reaccionaria oligarquía criolla. Su manifiesto-programa, escrito por el cantor de “La hamaca”, trasluce, en pareja medida, la raíz utópica de sus ideas sociales y la clara percepción de los antagonismos del régimen capitalista, completado por una aguda anticipación de las peculiares características de la sociedad neocolonial. Combatido por la prensa burguesa y los anarcosindicalistas y reformistas adueñados de la dirigencia obrera, torpedeado por algunos politicastros escondidos en su dirección y la oposición cerrada de intelectuales de patriótica raigambre como Enrique José Varona, contaminados del antisocialismo spenceriano y escépticos en cuanto a la capacidad política del proletariado, el noble designio de Tejera tuvo una vida efímera. Similares motivos condujeron al fracaso del segundo partido obrero que intentó organizar en 1900.

Pero no sin que este socialista utópico e “intelectual inorgánico” de la clase obrera reafirmara, antes de retirarse de la liza, su “filiación y su fe”, en nítida visión del futuro: “¿Quién sabe? Acaso el Partido Socialista surja mañana con justísima razón y con vigor extraordinario. Cuba, según indicios harto elocuentes por desgracia, va a ser sometida a una explotación de distinto género, pero más dura para el cubano que la del pasado. El capitalismo —¡y un capitalismo extranjero!— se organizará en esta rica y virgen tierra de la manera más incontrastable y odiosa: la del *trust*.”

Entonces, cuando nuestros ferrocarriles, nuestros ingenios, nuestras vegas, nuestras fábricas, todo haya pasado a manos de ese capitalismo, tanto más exigente y soberbio cuanto se sentirá amparado en su explotación por poderosos gobiernos extranjeros, cuando los cubanos todos, proletarios y no proletarios, dependamos en absoluto de esos que todo lo tendrán y no seamos sino directa o indirectamente sus asalariados... ¡quién sabe! acaso el Partido Socialista aparezca como la fuerza salvadora, como el solo elemento cubano capaz de medirse con el monstruo y traerlo a capitulación.”

Falta todavía el estudio que reviva y enjuicie, con documentación de primera mano y la latitud que merece, la intensa actividad política y social de Diego Vicente Tejera. En su importante obra *Las ideas en Cuba*, Medardo

Vitier evoca, en trazos anexos, al militante martiano y al luchador socialista. Francisco Domenech ha contribuido a divulgar la vida y las ideas de Tejera en su libro *Tres vidas y una época*.

La instalación, el 20 de mayo de 1902, de una república contrahecha y sometida en un país depauperado, rotuló los surcos en que el veterano Carlos Baliño regará los granos de un partido independiente del proletariado. Se sucedían las huelgas por demandas económicas y sociales. No todas se ganan. Pero el espíritu combativo de los trabajadores no decae. Va creciendo la conciencia de clase. Prevalecen, sin embargo, las concepciones anarquistas y reformistas en la dirección sindical. Convencido de la perentoria necesidad de imprimirle unidad ideológica y proyección política al movimiento obrero, Baliño organiza en 1903 el Club de Propaganda Socialista, cuyo propósito es propalar el marxismo entre los trabajadores con la finalidad de reclutar prosélitos.<sup>28</sup>

En los artículos reunidos en su opúsculo *Verdades del socialismo*, en que enjuicia el programa del Partido Obrero, Baliño clava la flecha en el blanco: si este programa se aplicase íntegro “mañana mismo, el sistema de explotación capitalista quedaría en pie, y duraría muy poco el bienestar transitorio obtenido con esas reformas. (...) Todo lo que no sea socialización de los medios de producción, contenido en el programa máximo del Partido Socialista Internacional, deja al obrero a merced de la explotación burguesa más o menos atenuada”. Y al rectificar sus concepciones el Partido Obrero, aceptando el programa máximo y cambiar su nombre por el de Partido Obrero Socialista, Baliño ingresa en éste con los miembros del Club. Con la fusión en 1906 del nuevo partido con la Asociación Internacional Socialista, dirigida por obreros españoles provenientes algunos de las huestes peninsulares de Pablo Iglesias, nace, izando las banderas del marxismo, el Partido Socialista de Cuba.<sup>29</sup> Baliño será, por derecho propio, su máximo conductor.

El momento parecía propicio. Ya el 27 de septiembre de 1904, *La Voz Obrera* había definido, descarnadamente, la república mediatizada: “tenemos aquí el régimen de una oligarquía irresponsable que impone al pueblo su voluntad, pisoteando la Constitución y las leyes. Para esa oligarquía que, por asalto, se ha apoderado del poder, la clase acaudalada constituye la República y el país. [...]. Aunque [las clases trabajadoras] constituyen la inmensa mayoría, y la clase más útil y necesaria al país, ellas no forman parte del país, ni hay que tener en cuenta sus intereses.

---

28 Ver “Acta de fundación”, en: Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, ed. cit., t. 1.

29 Ver “Manifiesto del Partido Obrero Socialista de Cuba”, en: Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, ed. cit., t. 1.



”*La República cordial con todos y para todos* se la llevó en su corazón y en su alma excelsa el apóstol ejemplar que murió en Dos Ríos por la libertad y la ventura de este pueblo. No queda en pie sino la *República oligárquica, con los ricos y para los ricos*”.<sup>30</sup>

En las elecciones municipales de 1908, el Partido Socialista obtuvo en Manzanillo, bajo la jefatura de Agustín Martín Veloz (*Martinillo*), el tercer lugar en los escrutinios y eligió dos concejales. Con prensa y locales propios, el Partido extendería su radio de acción a diversas regiones de la Isla.

La aparición del Partido Socialista y las huelgas de los trabajadores contribuyen a perfilar el papel de la clase obrera como una fuerza capaz de encararse con el imperialismo yanqui y las clases dominantes en las condiciones de la sociedad neocolonial y reanudar, bajo su inspiración y sostén, la brega popular por la independencia absoluta. Afrontar y resolver la cuestión nacional debía ser su tarea básica y, por ende, el objetivo estratégico inmediato en la lucha social por las libertades democráticas, las reivindicaciones de clase y el socialismo. Fases de un mismo proceso, mientras no se lograra la emancipación nacional perduraría la explotación capitalista.

La conjunción de condiciones objetivas complejas y de obstáculos subjetivos adversos —inmaduro desarrollo de la conciencia política e ideológica del proletariado y de la dirección del Partido Socialista y la gravitación del enervante apoliticismo sindical y del miope economismo preconizado por anarquistas y reformistas— impedirán que la clase obrera asuma la función histórica que ya le incumbe.

El precario conocimiento del marxismo y su aplicación deficiente a las situaciones concretas, llevó al Partido Socialista a un progresivo aislamiento de las masas y, a la postre, a su consunción. No sólo ha perdido la oportunidad de encabezar la acción política por la independencia plena —no adopta actitud beligerante alguna frente a la creciente absorción de los recursos del país por el imperialismo norteamericano y contempla pasivamente su segunda intervención militar, ocasión pintada para haber movilizad el patriotismo del pueblo en defensa de la soberanía nacional— sino que casi da espaldas a las necesidades y a los derechos de la clase obrera, dejándola a merced de anarquistas y reformistas. Incluso apenas apoya ni dirige —excepción de la desatada por los obreros del alcantarillado— las huelgas ocurridas en ese tiempo, entre las cuales se destacan las denominadas de Los Aprendices y de La Moneda, propulsada ésta por los torcedores de tabaco.<sup>31</sup> Únicamente

---

30 “La república oligárquica con los ricos y para los ricos”, en: Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, ed. cit., t. 1, pp. 207-208.

31 Ver “La huelga de la moneda”, en: Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, ed. cit., t. 1; José Rivero Muñiz: *El movimiento laboral cubano durante el período 1906-1911*, Apuntes para la historia

en Manzanillo, el Partido Socialista se vincula a las masas y a sus luchas. En puridad, su aporte principal fue difundir las ideas generales del marxismo y contrastar las ventajas del socialismo con las desventajas del capitalismo.

En el estío de 1912, se matriculaba en el Instituto de La Habana Rubén Martínez Villena. Cursa su bachillerato cuando el tiburón José Miguel Gómez se engullía a dentelladas el tesoro público salpicando a su comparsa de majúas y se apercibía a ahogar en sangre el movimiento de protesta de los Independientes de Color, portavoz de los negros y mulatos exasperados por el desamparo económico, la burla de sus derechos y el menosprecio racial. La incipiente conciencia cívica del sensitivo y puro adolescente manifiesta su colérica repulsa replegándose en sí misma en enardecido soliloquio. Se sumergió en el estudio, la lectura y la ensoñación. Y, acaso sin saber por qué, mientras el catedrático se enreda en los verbos irregulares o recita las dinastías faraónicas, suele desafiar mares desconocidos en naves construidas por su fantasía: el poeta estaba en vuelta del Malecón.

En el horneo de la complejidad espiritual, moral y humana del mozalbate, contribuyen, decisivamente, el hogar y la escuela. De su madre, Dolores Villena —sobrina-nieta de Domingo del Monte— frágil, solícita, melancólica, recatada, imaginativa y tierna, y de su padre, Luciano Martínez, recio, probo, realista, empeñoso y locuaz, sorbería el niño los zumos de una formación, favorecida por dispares y complementarios factores genéticos, que le afina la sensibilidad, le disciplina la inteligencia, le fertiliza la fantasía, le educa la voluntad y le troquela el carácter. Rubén vivía entonces en la calle Falgueras, en El Cerro, en una casa propiedad de Enrique Barnet, quien rehusó generosamente cobrar su alquiler mientras Luciano Martínez afrontase tan agobiante situación económica. La amistad de Rubén y su familia con la de Barnet perduraría hasta su muerte.

Había aprendido a leer y escribir en un santiamén. En la Escuela Pública Número 37 —experimento pedagógico de ambicioso cariz social emprendido por Salvador de la Torre y Luis Padró—, compartiendo los bancos con párvulos de ojos lluviosos, ropa remendada, zapatos raídos y diverso pigmento, estudiará las primeras letras y despertarán sus dotes naturales de organizador y de líder al ser electo presidente de la república infantil que han ideado los directores del plantel. En las efemérides patrióticas o en las festividades de fin de curso, recitaba, con firme entonación, versos alusivos, o improvisaba intencionados discursos. Su ingénito espíritu de justicia y su orgánico sentido de solidaridad humana le granjean el respeto, la admiración y el cariño de los escolares. Era su juez más severo y su más indulgente amigo. Enrique

---

del proletariado en Cuba, Universidad Central, Las Villas, 1962 y Olga Cabrera: *El movimiento obrero cubano en 1920*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1969

Serpa, condiscípulo inseparable, evocaría esos días de Rubén en página de prístina belleza.

La aplicación, conducta y autoridad de Rubén se mostraban como dechado por profesores y alumnos, sin que, por eso, se le inflara la vanidad. Ni siquiera cuando al término del mandato recibió, por su ejemplar gestión cívica, una expresiva felicitación del secretario de Gobernación, general Gerardo Machado. Aquella criatura de inteligencia privilegiada, sensorio en carne viva, bondad inagotable y fuerte personalidad, era, la vez, un niño común. Las travesuras y entretenimientos típicos de la edad —trompo, pelota, papalote, quimbumbia, patín, chocolongo— le fascinaban tanto como los libros “serios” o los cuadernos de aventuras. Los timbrados blasones de su estirpe —descendía, por línea materna, del príncipe Juan Manuel de Villena, nieto de Fernando III el Santo y sobrino de Alfonso el Sabio, y su bisabuelo, en la propia línea, era el marqués del Real Tesoro— jamás asomarán por resquicio alguno. Su modestia era compacta. Alguna vez diría, con irónico regusto, a un compañero que se lo recuerda: “Demasiados títulos para un solo comunista.”

En 1914 explotan en Europa las tensas contradicciones entre los grandes monopolios rivales. Ha comenzado la primera guerra interimperialista. No es una pugna ideológica. Es una pugna de intereses. Los valores invocados que se debaten se tasan en cuentas bancarias. Las potencias en conflicto sólo aspiran a ensanchar sus imperios coloniales y sojuzgar los mercados.

Salvo Estados Unidos, que a última hora encabeza la coalición vencedora y se adueña de controles básicos de la economía mundial, sin apenas sufrir pérdidas humanas ni estragos materiales en su territorio, no hay pueblo que deje de sufrir privaciones y trastornos de diversa naturaleza. Vientos de revolución comenzarían a estremecer los palacios de la autocracia zarista al desplomarse el frente ruso y clamar soldados y obreros por paz, pan y libertad. Lenin está en acecho.

En Cuba, regida a cuero limpio por Mario García Menocal, mayoral de la oligarquía y palafrenero del imperialismo, los efectos de la conflagración se sentirán por partida doble: el delirio de las “vacas gordas” y la pesadilla de las “vacas flacas”. A la subida vertiginosa de los precios del azúcar, sucedió, en corto lapso, su descenso vertical. Mientras los monopolios norteamericanos y los hacendados azucareros hacían pingües zafras y el rastacuerismo de los nuevos ricos se soltaba los moños, los obreros de la industria azucarera apenas perciben unas migajas. Cuando el tamborileo embriagante de la “danza de los millones” se apaga, advendrían juntamente con el *crac* financiero y el pánico bancario, el desempleo, la rebaja de salarios, el hambre y la explotación despiadada para los trabajadores y la violenta reducción del nivel de vida para amplios sectores de la pequeña burguesía urbana y rural.

El proletariado fabril defiende, encarnizadamente, mediante huelgas y protestas, sus derechos y aspiraciones. Los obreros azucareros hacen acto de presencia en esa lucha, paralizando numerosos centrales. La represión fue implacable.

Mario García Menocal se reelegirá en el cargo mediante el fraude, la violencia y el apoyo yanqui. Su segundo período presidencial sería una prolongación aumentada del primero: se enriquece a manos llenas, ataca rudamente el movimiento obrero, pisotea las libertades democráticas, beneficia con sub-puertos privados a las empresas norteamericanas, apaña el pago en vales a los trabajadores de los centrales azucareros y fomenta el tráfico de braceros antillanos, con lo que acrece el infame comercio de esclavos que reedita de su antecesor. Tropas del imperio, acantonadas en las áreas cañeras de Oriente y Camagüey, cuidaban sus inversiones y sus privilegios.

En junio de 1916 se graduaba de bachiller Rubén Martínez Villena. No ha sobresalido como “filomático” en la acepción estudiantil del vocablo: ni pegón ni cobero. Simplemente, vence las asignaturas y obtiene buenas calificaciones. La Física, la Química y las Matemáticas compartirán su ávida curiosidad con la Literatura y la Historia; pero estas últimas acaban por seducirlo y polarizar su interés intelectual. Mas, como los resecos textos oficiales apenas le servían para enjugarse los labios, durante las noches abrevaba su sed devoradora en la Biblioteca Falangón.

El descubrimiento de José Martí —letra encarnada en acción— fue como si el sol se le volcase repentinamente en el pecho y le destellara en la sangre. Conviviría, madrugadas enteras, con Céspedes y Agramonte, Gómez y Maceo. De esas raíces ardientes floreció un conato de novela histórica. Y se nutrió su recóndita vocación por la vida heroica, como suma de las más puras y feraces virtudes al servicio de un empeño excelso.

En septiembre, Rubén Martínez Villena ingresó en la Universidad de La Habana, inscribiéndose en la carrera de Derecho. Meses antes había comenzado a laborar, como maestro auxiliar y alfabetizador voluntario, en la Escuela Hoyo y Junco.<sup>32</sup> Hijo de pedagogo, la enseñanza le atrajo siempre, como a Judith, la hermana dilecta, que consagró su breve existencia a difundir luz en el aula. Andando los años, Luciano Martínez ocupará la cátedra de Metodología Pedagógica en la Universidad de La Habana y Rubén la de Pedagogía Revolucionaria en la Universidad Popular José Martí y en los sindicatos obreros.

Aunque con instintiva reluctancia por los oscuros medros de la abogacía, Rubén entró en su primera clase universitaria lleno de ilusiones y dispu-

---

32 Al fallecer Luis Padró, su amado mentor, escribió Rubén: “...me enseñó a sentir y a pensar [...]. buen maestro es el que educa bien al par que instruye [...]. Ser buen maestro es un modo de hacer patria y ésta es de hijo la mayor grandeza. [...] a nosotros nos queda algo mejor y más grande: el ejemplo”.

tándole amistosamente un asiento de primera fila a Juan Marinello. Salió desencantado. Salvo en una que otra, parecida experiencia tuvo en las demás: retórica mohosa, conceptos petrificados, sensibilidad empedernida. Aquella Universidad era la antítesis misma de la que creyó encontrar: ni alto centro docente, ni manantial de cultura, ni voz representativa de la dignidad nacional. El intento precursor de Varona de sacarla del cascarón colonial, sincronizarla con el ritmo del tiempo, abrirla a los hervores del mundo y convertirla en taller de trabajo, había caído en el vacío.

Justamente, por aquellos días, comenzaba a agudizarse la crisis de descomposición de su propecta estructura, sorda a las inquietudes de la época y percutida de saber apolillado y de ciencia estereotipada. Había, sin duda, profesores inteligentes, enterados y disconformes y asimismo, estudiantes afanosos, sensitivos y alertas.

Al resultarle irresistible el chato y deletéreo ambiente, Rubén opta por acudir a la colina sólo a examinarse, lo que hizo hasta que se graduó de abogado en 1922, en que ya trabajaba como secretario de Fernando Ortiz. Cuando toma esa decisión, empezaba su bachillerato Julio Antonio Mella, el joven titán que prendería fuego a la carcomida armadura de la Universidad neocolonial.

En flagrante error de hecho incurrí yo, hace cuarenta años, al sentar que Rubén Martínez Villena había dirigido las protestas augurales de la rebelión estudiantil de 1923. Dije verdad, en cambio, cuando añadí más o menos que, al penetrar en el cogollo del problema, Rubén se da cuenta de que achacar los males docentes a factores endógenos y no enfocarlos como resultante del retrasado y podrido desarrollo de la sociedad cubana, era atacar la enfermedad por las ramas.

En su fugaz tránsito por el patio de los laureles, Rubén Martínez Villena sembró afecto y suscitó admiración entre los estudiantes que lo conocen y tratan. De entonces data su amistad con Juan Marinello, Carlos Azcárate, Andrés Núñez Olano y Nicolás Guillén, con quienes departía sobre la actualidad nacional e internacional y, especialmente, con pasión ardorosa, en torno a cuestiones literarias. Y, como todos son poetas, se leían sus versos y se comunicaban sus proyectos, aunque el poeta por antonomasia fue él, al punto que así le llamaban y es lo que era primordialmente, como lo registran, en sus memoraciones de aquellos años, Marinello, Núñez Olano y Guillén.

Esa estación lírica, opima en sonetos clásicos de inspiración amorosa o de patriótico arrebató, había sido precedida por puros ejercicios de versificación y la publicación en 1917 de las décimas que tituló “Peñas arriba”. De tono típicamente romántico, esas décimas poseen, sin embargo, valor inapreciable como documento humano. Impetran, con patético acento, un cambio radical de sentido en su vida y profetizan, dramáticamente su inmolación:

*Porque mi ser necesita,  
para seguir su camino,  
algún cambio en el destino  
bajo el que llora y se agita.  
Una pasión infinita,  
algo que acabe mi duelo,  
y que cumpliendo mi anhelo  
al abatir mi amargura  
¡me deje el alma tan pura  
como un pedazo de cielo...!  
Si ese cambio de mi vida  
por suerte se realizara,  
con qué júbilo gritara  
el alma desfallecida:  
—Emprende rauda subida,  
no importa que en tu carrera,  
en la zarza que te hiera,  
vayas quedando a retazos,  
porque tus mismos pedazos  
me servirán de bandera...*

El carillón del Kremlin saluda, con modulaciones inéditas, los resplandores de una era nueva que despunta en un cañonazo del crucero “Aurora”. Era el 7 de noviembre de 1917. El curso de la historia se bifurca, ese día, al tomar el poder la clase obrera en el antiguo imperio de los zares. La Revolución Socialista de Octubre consagra el genio político de Lenin y plasma en realidad las concepciones transmutadoras de Marx y Engels. El Partido Bolchevique ejecuta victoriosamente el frustrado asalto al cielo de los comuneros de París. La epopeya social más vasta y profunda de todas las edades tendrá por teatro la sexta parte del orbe.

El estampido de ese descomunal acaecimiento sacude el planeta. Cuba no es excepción. El eco multirresonante de la Gran Revolución perfora los contrafuertes neocoloniales que la aislan del mundo y a poco sus ideas y sus hazañas enfebrecen la imaginación e iluminan la conciencia de las capas más desarrolladas del proletariado, que manifiesta su firme y apasionada solidaridad con el poder soviético. Baliño —ahora al frente de la Agrupación Socialista de La Habana, de composición heterogénea y afiliada a la Segunda Internacional—<sup>33</sup> cursa, a nombre de los trabajadores cubanos, un mensaje de adhesión y asistencia a los obreros rusos. Corrían los días dra-

---

33 Ver “Declaración de principios de la Agrupación Socialista de La Habana”, en: Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, ed. cit., t. 1.

máticos de la intervención militar conjunta del imperialismo, de la escasez y el hambre. El mensaje trasmite “los ardientes deseos de los obreros de Cuba [...] de contribuir directamente con sus esfuerzos a consolidar la República soviét, la obra revolucionaria más trascendental que pueblo alguno haya realizado”. Y concluye de esta guisa: “Ayudad a Rusia, es un deber que el obrero no puede eludir.”

Internacionalismo y patriotismo se ensamblaban en sus palabras. Y, a partir de entonces, quedará planteada la lucha patriótica por la emancipación nacional con la lucha de clases por el socialismo. Baliño primero, y Julio Antonio Mella después, ambos identificados y unidos, simbolizan la confluencia de la revolución de Martí y la revolución de Lenin. La revolución de Fidel Castro será su síntesis cabal en una etapa superior de desarrollo.

En esos años cargados de gérmenes nuevos —período de gestación del gran viraje que se avecina— el movimiento obrero da considerables saltos organizativos y políticos. En plena ruina económica y financiera, que el capital monopolista norteamericano aprovecharía para remachar su dominio sobre la actividad bancaria y casi apoderarse de la industria azucarera, cundiendo el desempleo y la miseria, la Isla convulsionada por sucesivas huelgas parciales, se reunió en 1920 el Congreso Nacional Obrero,<sup>34</sup> que proclama a la Unión Soviética “faro de luz” y adopta la iniciativa de crear la Federación Obrera de La Habana, ejecutada el siguiente año. Entre los dirigentes electos descuellan, por su tradición combativa y sus ideas revolucionarias, los obreros comunistas José Peña Vilaboa y Alejandro Barreiro y el obrero anarcosindicalista Alfredo López, honesto y valeroso luchador de arraigadas convicciones unitarias, a quien Mella admiró al grado de llamarle maestro.<sup>35</sup>

El 30 de abril de 1922 se inaugura el Primer Congreso de la Federación Obrera de La Habana. Aboga por la unidad del proletariado, reafirma los principios de la lucha de clases y de la acción directa y excluye de la federación a los delegados que militen en los partidos políticos burgueses o tengan íntima relación con sus patronos. Sus acuerdos se traducirán en renovadas acciones de los trabajadores por sus derechos y reivindicaciones de clase. Apenas concluido aquél, Alfredo López, Alejandro Barreiro y José Peña Vilaboa anudarían sus esfuerzos para acelerar la integración de las organizaciones proletarias en una central sindical, requerida ya por el desarrollo y las perspectivas del movimiento obrero.

En el propio año 1922, a propuesta de Baliño, la Agrupación Socialista de La Habana rompe sus lazos con la Segunda Internacional reformista, proclama su adhesión a la Tercera Internacional Comunista y suscribe las veintiuna condiciones en que ésta define sus principios, su estrategia y su táctica. Pero la Agrupación..., incapacitada política e ideológicamente de

---

34 Ver “El congreso obrero de 1920”, en: *Ibidem*.

35 Ver “Alfredo López y la Federación Obrera de La Habana”, en: *Ibidem*.

transmutar en hechos sus acuerdos, provoca que Baliño y los socialistas revolucionarios se separen de ella y funden, el 18 de marzo de 1923, la Agrupación Comunista de La Habana, esperma fecundante de la primera vanguardia marxista-leninista del proletariado cubano.<sup>36</sup>

Compuesta la mayoría de su dirigencia por trabajadores de sólido prestigio y responsabilidad sindical, la Agrupación es factor actuante en el movimiento obrero, participa en sus luchas diarias, combate por la unidad de clase, denuncia la discriminación racial, enarbola los derechos de la mujer e intensifica la educación política de las masas. Agrupaciones semejantes aparecen en Guanabacoa, San Antonio de los Baños y Manzanillo y se forman grupos comunistas en Bayamo, Media Luna, Palma Soriano y Guantánamo.

La Agrupación de La Habana edita un periódico y mantiene relaciones con los partidos comunistas de México, Estados Unidos y España. Al fondear en la Bahía de Cárdenas el carguero soviético “Vatslav Vorowski”, envía a Julio Antonio Mella con un fraternal saludo de los trabajadores cubanos a sus tripulantes, que el audaz líder de la juventud revolucionaria les trasmite tras eludir la vigilancia de los sicarios de Machado.<sup>37</sup> En el periódico *Lucha de Clases*, Mella evocaría, en vibrante crónica que titula “Una tarde bajo la bandera roja”, su primer encuentro con el mundo nuevo en despunte. Autorizado, días después, el desembarco de los marinos soviéticos, como consecuencia de las resonancias del episodio y de la enérgica protesta del proletariado, Julio Antonio, en compañía de algunos camaradas, les entregará, en emotivo acto de identificación y amistad, una bandera cubana donada por el Congreso Constituyente del primer partido marxista-leninista.

Pero algo había acontecido, en aquella inquieta primavera, que empalma esta secuencia retrospectiva con la película que proyecta el devenir en la máquina del tiempo. Coincidiendo exactamente con la fundación de la Agrupación Comunista de La Habana, el 18 de marzo de 1923 el poeta Rubén Martínez Villena levantaba su primera palabra de protesta pública.

---

36 Ver Fabio Grobart: “El cincuentenario de la fundación del primer Partido Comunista de Cuba”, en: *El Militante Comunista*, La Habana, agosto, 1975, pp. 9-44.

37 Ibidem.



Sobrevino en el paraninfo de la Academia de Ciencias, entre cuellos de pajarita y aleteo de abanicos. Cercana al circunspecto edificio, patinado un tanto por los años, se erguía la aérea mole de la iglesia de la Merced. Beatífica modorra solía columpiarse a esa hora sobre los adoquines de la estrecha calle Cuba. Esta vez una bandada de pilluelos se divertía a costa de los enfurecidos mostachos y las iracundas blasfemias de los motoristas del tranvía eléctrico, ora zafando los troles, ya adueñándose de la campanilla, bien poniéndole los “nueve puntos” a la manigueta.

El auditorio, convocado por el Club Femenino en son de homenaje a la escritora uruguaya Paulina Luissi, resaltaba, a la vez, la presencia de la mujer cubana —presta ya a lidiar por sus derechos políticos y sociales— en la creciente reanimación de la vida cultural. Un claro síntoma del sentido removedor de la etapa que comenzaba.

La presentación de la visitante se había confiado al secretario de Justicia, Erasmo Regüíferos. Pero lo curioso del caso es que nadie parece advertido de la venal conducta del personajillo que provocará el sonado episodio ni de lo que estaba pasando en el país. La Universidad era una fogata de tales proporciones que sus pavesas chamuscaban a los más indiferentes. El descontento popular, acumulado durante dos décadas, asomaba por doquier. Huelgas porfiadas estremecían el subsuelo social de la Isla. Y, mientras el presidente Alfredo Zayas destronaba a Caco, rey de los ladrones, el procónsul yanqui, Enoch H. Crowder, metía en todo sus manos intrusas, como antes había manipulado, cazarmente, al sedicente “gabinete de la honradez”, tomándole el pelo a más de un calvo candoroso.

No insistiré en la anécdota. Baste recordar que, en el instante mismo en que Erasmo Regüíferos encaminábase, pavoneante, a la tribuna, se pusieron en pie Rubén Martínez Villena y sus catorce compañeros.<sup>38</sup> Días antes, el impudente funcionario había refrendado a cambio de tajada suculenta, el

---

38 José Manuel Acosta, José Antonio Fernández de Castro, José Ramón García Pedrosa, Luis Gómez Wangüemert, Alberto Lamar Schweyer, Primitivo Cordero Leiva, Félix Lizaso, Francisco Ichaso, Jorge Mañach, Juan Marinello, Calixto Masó, José Z. Tallet, Ángel Lázaro y Emilio Teume. Aunque la idea de la protesta surgió en el almuerzo con que festejaban, ese propio día, el éxito obtenido por Andrés Núñez Olano y Guillermo Martínez Márquez con la puesta en escena de su zarzuela *Las naciones del golfo*, ninguno de los dos estuvo presente. Como alguna vez lo dije y otros lo repitieron, me enmiendo la plana.

decreto de compra, por tres millones de pesos, del ruinoso ex Convento de Santa Clara, en retador escarnio a la opinión pública. El orador no pudo articular palabra. Rubén se la arrebató y, entre apóstrofes relampagueantes, restregó, en las arrugas temblorosas del despachado vejete, la repulsa y la protesta de la juventud cubana.

En la mesa de un cafetín aledaño al periódico *Heraldo de Cuba*, el propio Martínez Villena escribió a vuela pluma, y entregó a su jefe de redacción, el agudo escritor Miguel de Marcos, una declaración en que se exponía la razón y la finalidad del sucedido, que daba —según expresará más tarde— “una fórmula de sanción social y de actividad revolucionaria a los intelectuales cubanos”. “Nosotros, los firmados —aseveraba la declaración—, nos sentimos honrados y satisfechos por habernos tocado en suerte iniciar un movimiento que patentiza una reacción contra aquellos gobernantes conculcadores, expoliadores, inmorales, que tienden con sus actos a realizar el envilecimiento de la Patria.”<sup>39</sup>

El fogoso y regocijado líder de la acción precisaría, por su cuenta, a un reportero: “Esta protesta no será la última. Hemos decidido protestar contra aquellos que han violado la ley con escarnio, contra aquellos que han resucitado un pasado de ignominia [...]. Protestaremos, pues, públicamente también contra el doctor Alfredo Zayas, autor de ese decreto torpe e inmoral.”

Obedeciendo a su caballerosidad innata y a su firmeza de convicciones, Rubén le remitió una carta abierta a Hortensia Lamar, presidenta del Club Femenino, publicada dos días después del suceso. Pide excusas por la abrupta interrupción del acto y explica las motivaciones de su conducta. No había hablado a título personal. Era “el vocero de un grupo de adictos a la religión que profesaron en vida nuestros muertos”. “Yo no podía —arguye— hurtar el cuerpo, ¡aun a trueque de aparecer descortés o extemporáneo! en el momento en que acallar mi palabra podía parecer cobardía de ciudadano y traición de amigo. Hablar era para mí un deber de cubanismo [...]. Y para mí, señorita, mis deberes de cubano están por sobre todo. Creo que el hombre se debe primordialmente a la patria y a la madre. Los que como yo tienen la desgracia de deberse nada más que a la patria, a ella se deben doblemente.” Y, al reafirmar la necesidad inexcusable de que la decisión se llevara a efecto, Martínez Villena subraya la identificación de los protestantes con los ideales renovadores de la mujer cubana y el inquebrantable propósito que les anima de seguir protestando, empresa abierta a cuantos “quieran ser otra vez libertadores de Cuba”.

Apenas se difundió, la misiva se tradujo en una causa “por injurias”. No pudiendo abonarse la fianza señalada por haber desaparecido el juez de guardia, esa noche Rubén Martínez Villena durmió, por primera vez, en la cárcel.

---

39 *Heraldo de Cuba*, 19 de marzo de 1923, p. 9.

Acusados los protestantes del “delito de rebelión” por el fiscal de la Audiencia de La Habana —excepto los dos que no aparecen al pie del manifiesto—,<sup>40</sup> el juez de instrucción, Antonio García Sola, modificó la imputación, dictó auto de procesamiento por el “delito de injurias” y fijó fianza de mil pesos a cada uno.

El airado gesto de un grupo de jóvenes escritores contra la concupiscencia desmandada de un gobierno, sobrepasaba, con mucho, su ruidosa expresión externa. “En aquel gesto —dirá años después el historiador Ramiro Guerra— puede decirse que cuajó el ideal más alto de la revolución: libertad para pensar, para ser, para afirmar la personalidad. Hasta entonces habíamos dispuesto, en nuestro juicio, de una escala de valores pseudocolonial, a base de convencionalismos, de respeto, de cobardía, frente a lo insincero y falso; a partir de aquel momento tuvimos otra medida, llena de audacia y de juvenil insolencia, y al mismo tiempo, de elevada rectitud moral. Después de aquella tarde nadie se sintió seguro en la posesión de una reputación legítima. Cada hombre debía ser capaz de resistir los recios martillazos de la verdad.”

Era, a no dudarlo, la primera actitud colectiva, militante, riesgosa y responsable de los intelectuales en la república mediatizada.

Juan Marinello la ha caracterizado en su genuina significación y alcance: “La protesta de los trece tuvo, en lo más hondo, el significado de un hecho cultural, no importan sus consecuencias inmediatas ni el rumbo de muchos de sus integrantes. Y la circunstancia de que el líder de aquella protesta fuera, precisamente, el que habría de señalar después la postura más ambiciosa y más justa, está otorgándole una medida que nuestros mismos enemigos han tenido que admitir. Desde entonces acá, los escritores y los artistas han sentido sobre sí la responsabilidad de su postura política. La han honrado o traicionado, pero no han podido ignorarla ni eludirarla. Antes de la protesta de los trece los intelectuales tomaban dos posturas bien conocidas: o se entregaban a cantar estruendosamente las hazañas del pasado, o expresaban una honesta actitud discrepante y combativa hacia las frustraciones republicanas de un modo general y arbitrario, unas veces nacido en Ibsen y otras en Ganivet. Pero los nombres propios —ésos fueron los que resonaron por primera vez la tarde del 18 de marzo de 1923 en la Academia de Ciencias— no aparecían por ninguna parte. Y esos nombres propios sonaron, precisamente, en la boca de Rubén Martínez Villena.”<sup>41</sup>

El liderazgo intelectual y popular de Rubén empezó a incubarse en aquella ocurrencia. Su “Mensaje lírico civil” al poeta peruano José Torres Vidaurre,

---

40 Ángel Lázaro y Emilio Teume. Se abstuvieron de firmarlo, por temor aquél de ser deportado a España; por pertenecer éste a la masonería y ser Regüefeños Gran Maestre de esa institución.

41 Juan Marinello: “Homenaje a Rubén Martínez Villena”, en: *Contemporáneos; noticia y memoria*, Universidad Central, Las Villas, 1964, pp. 56-57.

resonancia lírica de la escaramuza, es una franca incitación de pro genie mambí:

*Hace falta una carga para matar bribones,  
para acabar la obra de las revoluciones;  
para vengar los muertos, que padecen ultraje,  
para limpiar la costra tenaz del coloniaje.*

La ardorosa arenga denota una lúcida comprensión del “peligro yanqui” y la necesidad de enfrentarlo con una perspectiva continental de raíz martiana, fertilizada por los manes de Simón Bolívar. La Protesta de los Trece fue el bautismo político de Rubén Martínez Villena.

El paso subsiguiente de Rubén fue la vertebración de los protestantes de la Academia de Ciencias en una agrupación que desaparecería casi al nacer: la Falange de Acción Cubana.<sup>42</sup> Apresuróme a aclarar, repitiendo textualmente a Tallet, que “en aquella época la palabra *falange* no tenía la connotación siniestra y peyorativa que para nosotros tuvo más tarde”.<sup>43</sup> Sus limitados e irreales objetivos —adecentar la vida pública mediante la educación cívica y el ejercicio efectivo del sufragio— la habían condenado a la inercia. Eran otras las raíces, las urgencias y los remedios.

El fundador y la mayoría de los componentes, espoleados por el afán de servir en cualquier forma, se sumarían al Movimiento de Veteranos y Patriotas, que clamoreaba de oriente a occidente su propósito de limpiar los establos de Zayas. No mucho antes, Rubén Martínez Villena había condensado su anhelo de redención nacional en esta grave locución: “Hora es de tener patria de verdad.”

Con anterioridad a su salida a la palestra cívica, la pléyade de jóvenes intelectuales que encabeza Rubén había asumido una actitud coincidente de pugnaz disconformidad en el campo de las letras, que sufren impresionante desmedro en los años subsiguientes a la imposición del régimen neocolonial. Bien dotada de aptitudes, sensible a las ideas y emociones de su época, receptiva en diverso grado a los reclamos de su circunstancia, consciente de los rigores técnicos de su oficio y en abierto pique con la prosa linfática, la poesía

---

42 Constituida en la Biblioteca Falangón, el 1º de abril de 1923, designóse primer director a Rubén Martínez Villena; segundo, a Juan Marinello. Integraban el cuerpo inicial de la organización, además de los protestantes de la Academia de Ciencias (excepto Emilio Teume y Ángel Lázaro), Enrique Serpa, Guillermo Martínez Márquez, Emilio Roig de Leuchsenring y Luis A. Baralt. Se acordó admitir como socios activos a Joaquín Martínez Sáenz, Conrado W. Massaguer, Alberto J. García, Alfredo T. Quílez y Pedro Martínez Fraga. Ver Juan Marinello: “Homenaje a Rubén Martínez Villena”, en: *Contemporáneos; noticia y memoria*, Universidad Central, Las Villas, 1964.

43 José Z. Tallet: “Reminiscencias de Rubén”, en: *Órbita de José Z. Tallet*, UNEAC, La Habana, 1969, p. 270.

melosa y la oratoria emperifollada muy en boga todavía, esa promoción, ampliada y fortalecida al fundarse el Grupo Minorista con la incorporación de otros escritores jóvenes y maduros y la arrestada legión de nuevos pintores, escultores y músicos, constituirá la vanguardia literaria y artística pequeño burguesa de la segunda generación republicana. Y, ya que al recurrir a tan consueto pie forzado estoy a punto de patinar sobre pista enjabonada, parece ineludible una digresión sobre el controvertido tema de las generaciones. Recordaré, a propósito, que su boga en Cuba la promovió la falaz y seductora versión de José Ortega y Gasset, pretenciosamente enderezada a sustituir el concepto de lucha de clases como fuerza motriz del proceso histórico.<sup>44</sup> Mi interpretación se fundamenta en los lúcidos apuntamientos de Marx y Engels en su *Ideología alemana*.

¿Quién medianamente enterado pone hoy en duda que la sucesión de generaciones, como dijera ambos hace más de un siglo, es uno de los elementos constitutivos de la historia? Se precisa, empero, añadir, a seguidas, que toda generación, apenas aparece en la sociedad capitalista, se escinde orgánicamente, como su antecesora o su sucesora, con las que coexiste, a causa de las dispares o contrapuestas condiciones sociales de clase y de las fluctuantes mudanzas ideológicas individuales o de ciertas capas de sus componentes. No se trata de unidades biológicas cautivas en estructuras inmutables, sino de formaciones históricas que abarcan, en un espacio temporal concreto, todas las estructuras de clase en sus relaciones y en su contexto.

Ninguna generación, por eso, inicia la faena a partir de su ombligo, a despecho de las muchas cabezas egregias con que cuenta. Estrenar la historia, cada un número convencional de años, es aventura excluida de las posibilidades humanas. Toda generación se encuentra inserta, indefectiblemente, en un sistema social de relaciones materiales y culturales dadas. Hereda, a la vez, la acumulación y el devenir del proceso que procrea la situación con que se topa y en la cual hace, simultáneamente, su vida con la generación anterior y la naciente. Las tres coexisten en una misma unidad de tiempo y, por tanto, su experiencia vital es común, aunque sus vivencias, sentimientos, ideas, conflictos y objetivos reflejan las diversas posiciones de las clases sociales. De ahí que el respectivo quehacer histórico de éstas y las soluciones que aportan a los viejos y nuevos problemas planteados, a veces circunstancialmente coincidentes, a menudo discordantes, estén condicionados por el

---

44 La más certera aplicación marxista del método generacional a la historia de las letras cubanas, débese a José Antonio Portuondo. Ver *La historia y las generaciones*, Santiago de Cuba, 1958. Sobre el mismo tema: Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro: *Ironía y generación*; ensayos, La Habana, 1937; Roberto Fernández Retamar: *La poesía contemporánea en Cuba*, Orígenes, La Habana, 1954 y Raimundo Lazo: “La teoría de las generaciones y su aplicación al estudio histórico de la literatura cubana”, en: *Revista Universidad de La Habana*, La Habana [112-114]: 40-81, enero-junio, 1954.

nivel de desarrollo de la lucha de clases y las ideologías políticas asumidas en el pleito generacional entre “jóvenes” y “viejos”, “personalidades” y “medianías”. A veces, milites de la generación cronológicamente jubilada, se incorporan a la tarea de sacudir o alterar las relaciones de producción prevalecientes y sectores de la nueva generación se pasan a las filas de los grupos o clases periclitantes, obstinados en represar el flujo del proceso. No hace falta buscar ejemplos fuera del contorno insular.

El aroma de poniente que exhala la macilenta actividad literaria de la república mediatizada cuando ésta se adentra en el nuevo siglo, contrasta con su vigoroso florecimiento durante la tregua beligerante que va desde el Zanjón hasta Baire. El ímpetu, la riqueza y el carácter orgánico del movimiento intelectual que precede y coadyuva a la reanudación de la lucha armada por la independencia, era la expresión madura de la conciencia “para sí” que la nación en forja adquirió en la guerra grande y de la conciencia “para los demás” que ha cobrado en la pelea ideológica que libran sus pensadores, prosistas y poetas con los engréidos y envarados voceros de las ideas momificadas del colonialismo español y sus corrientes residuales. Positivismo y hegelianismo, pragmáticamente adaptados a los fines antagónicos que se persiguen, marcan la línea divisoria de pensamiento entre la nación que porfia por sus fueros y la metrópoli que patalea por sobrenadar en aguas procelosas.

Este ciclo vivificante, iluminado por el genio político y literario de José Martí, se cierra al ser absorbidas las energías creadoras del pueblo cubano por la nueva empresa revolucionaria. La situación de los contendores ha cambiado radicalmente: “¡La razón, si quiere guiar —como señalara Martí— tiene que entrar en la caballería!” Es la hora del machete. Y unos, desde la tribuna del destierro, y otros, desde su cabalgadura de batalla en la llanura o en los asaltos cuerpo a cuerpo en la manigua, se baten al conjuro del grito de victoria: ¡Independencia o Muerte!

No pudo ser más acibarado el desenlace: emancipación de la corona española y república oligárquica enfeudada al imperialismo norteamericano. El despojo y usufructo del generoso sacrificio de sucesivas oleadas de cubanos generó un estado de frustración popular que quiebra la continuidad del desarrollo de las letras y los sume en una anemia progresiva, que es un síndrome del proceso de declinación general de la cultura en su quintuple dimensión de saber, creación, sensibilidad, conducta y derrotero. Esta profunda crisis de abatimiento espiritual se produce en el instante mismo en que el pueblo desilusionado está urgido de la enérgica afirmación de su tradición revolucionaria, de sus valores propios y de su conciencia nacional. Es uno de los corolarios, en suma, de los nuevos mecanismos de dominio, penetración, explotación, succión y deformaron del neocolonialismo, engranados a la estructura ortopédica de la colonia.

Ese cuarto menguante de las letras ocurría, paradójicamente, en un pueblo que cincuenta años antes había engendrado en José Martí, a la par que el revolucionario más radical del ciclo de los libertadores americanos, un pensador, prosista, poeta y tribuno de inusuales dotes y calidades. Su escritura era de raíces tan hondas, alas tan fuertes, ideas tan prolíficas, tonos tan singulares, fragancias tan alquitaradas, fuegos tan cegadores y perspectivas tan universales, que rebasó, con largueza, los confines históricos de su época. No resultaría inmoderado sostener que, desde el Siglo de Oro a acá, no ha surgido en lengua española, artista de la prosa que le pise los talones.

El penumbroso interregno se prolongaría hasta la segunda década de la nueva centuria. Los intermitentes centelleos irradiarán de valores consagrados de la generación anterior.

Sepultados el pensamiento revolucionario y la letra innovadora de Martí bajo la profusa hojarasca de sus panegiristas de aniversario. Varona y Sanguily, aunque absorbidos por sus deberes públicos, conservan la rectoría intelectual ganada con su obra pretérita, acrecida ahora moralmente por sus patrióticos consejos, advertencias y reconvenciones. Cultivan la prosa, con finiseculares atuendos, el elegante Enrique Piñeyro, el cuelliduro Rafael María Merchán, el abotonado José de Armas y Cárdenas y el versátil Esteban Borrero Echeverría. Sobresalen en el periodismo, cada vez más banal y acomodaticio, la sobriedad, fluidez y puntería de Jesús Castellanos y Manuel Márquez Sterling.

La muerte ha silenciado todas las voces cuajadas o promisorias de la lírica. En la oquedad sobrecogedora de la poesía cubana, apenas resuena la exaltación patriótica de Bonifacio Byrne y de Enrique Hernández Miyares, con angustiado dejo en aquél y elemental optimismo en éste. De uno y otro perduran todavía, más por su acento mambí que por su valor estético, el poema “Mi bandera” y el soneto “La más hermosa”. Y a tal grado se ha encallecido y avulgarado el sentido poético, que la sensibilidad delicada y el ritmo pegajoso de Federico Uhrbach —“subproducto fino, pero inerte, de la actitud esteticista de Casal”, a juicio de Cintio Vitier—<sup>45</sup> o el trémulo misterio de los barcos que pasan y los escalofríos crepusculares de René López, sólo los perciben muy contados jóvenes, hastiados de acordeones, calcos y ripios.

El tremendo desfase sufrido por la lírica cubana, en la propia coyuntura en que adquiriría proyección universal el movimiento modernista encabezado por Rubén Darío, la había retrotraído a los senderos trillados de Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor, no obstante haber sido Julián del Casal uno de los precursores de esa poderosa tendencia renovadora de las letras continentales, y José Martí quien se adelanta a propugnarla, reclamando para el verso y la prosa, junto con la condición y el peso, una concepción poética fraguada en

---

45 Cintio Vitier: *Lo cubano en la poesía*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970.



los hornos de la vida americana, que no sólo disiente de la estética formalista y de la temática postiza de aquélla y la sobrepasa, sino también del carácter sincrético y heterogéneo del fenómeno. El ilustre maestro dominicano Pedro Henríquez Ureña, a la sazón residente en Cuba, consigna el retroceso, con evidente desconcierto, en su primer libro, editado en la Habana en 1905,<sup>46</sup> y también lo consignará, más tarde, el avisado crítico español Enrique Diez Cañedo.<sup>47</sup>

La inevitable ruptura de la continuidad histórica de la literatura cubana en vísperas del Grito de Baire y la profunda crisis política, espiritual y moral desatada por el inesperado tránsito de la colonia española a la neocolonia norteamericana, impedirían que la poesía cubana recorriera plenamente, afirmándose con peraltados aportes, la órbita modernista. Como ha advertido Juan Marinello, “sus seguidores, los más valiosos representantes de nuestro Modernismo, llegan mucho después [...] cuando han cobrado vigencia elementos nuevos, perturbadores, que les impiden con la honda entrega a una sola manera, la obra de significación americana”.<sup>48</sup> Será el caso de los tres grandes “poetas encadenados”: Regino E. Boti, Agustín Acosta y José Manuel Poveda.

Si no les fue dado realizar esa obra, contribuyen, en cambio, con tres libros (*Arabescos mentales*, *Ala y Versos precursores*) al renacimiento de la poesía cubana. De las formas expresivas, delirios verbales, desmesuras imaginativas, ritmos desusados, gemas fascinantes y pura vocación lírica, de Boti y de Poveda, y de la música rubendariana, liso sentimentalismo y frescura vegetal de Acosta, se nutriría, en sus primeros pasos, la promoción posmodernista de Rubén Martínez Villena. No le serán ajenos tampoco el rigorismo parnasiano y la proclividad socializante del paisajista Francisco Javier Pichardo, y contemplaría siempre, con distante respeto, el rebuscado virtuosismo y la exquisitez modernista de Federico Uhrbach.

En relación directa con los intelectuales sobrevivientes de la generación mambí o en desvelado contacto con sus libros, irán formándose, poseídos de angustiosas desazones por el futuro incierto de Cuba, los escritores de auténtica valía de la nueva generación. Cuando empiezan a dar señales de vida propia, se han trazado ya un quehacer concreto: la redención nacional mediante la difusión de la cultura, la competencia en la administración pública y el ejercicio de la “virtud doméstica contra la ingerencia extraña”.

---

46 Pedro Henríquez Ureña: *Ensayos críticos*, Imprenta de E. Fernández, La Habana, 1905.

47 Enrique Diez Cañedo: *Letras de América, estudios sobre las literaturas continentales*, [El Colegio de México], México, 1944.

48 Juan Marinello: “25 años de poesía cubana”, en: *Literatura hispanoamericana; hombres, meditaciones*, Ediciones de la Universidad Nacional de México, México, 1937, p. 123.



Modesto el empeño, sin duda, y aunque de tono reformista y tomando el rábano por las hojas, coadyuvante del avance ulterior, en la esfera de la cultura, del proceso de liberación nacional. Constituiría, en cierto sentido, el correlato de clase, en la porción defraudada y descontentadiza de la pequeña burguesía ilustrada, de los incipientes intentos de organización de un partido independiente del proletariado. Las condiciones objetivas y subjetivas no daban margen, por el momento, para mucho más.

El cerco hostil tendido a esa minoría disconforme, en medio del estruendoso acompañamiento de versificadores trasnochados, escribanos rupestres, oradores gesticulantes y periodistas ramplones, es el tema, precisamente, de la novela *La conjura*, que acababa de publicar Jesús Castellanos, el incansable animador de la insurgencia, con el fraternal concurso de Max Henríquez Ureña, hermano de Pedro y, como éste, indisolublemente ligado a la historia de nuestras letras.

Comprendiendo que ni dispersos ni solos podría librarse el enfrentamiento, se apresuran a agruparse y a crear órganos propios de expresión: la Sociedad de Conferencias —réplica a la recién fundada Academia de Artes y Letras— y la revista *Cuba Contemporánea*. Ambas laborarán con ahínco, al unísono, en la múltiple tarea de revalorizar el patrimonio cultural cubano, exponer las nuevas corrientes literarias y abordar “los problemas administrativos, políticos, sociales, económicos y religiosos del país”.

Bajo la batuta respectiva de Jesús Castellanos y de Carlos de Velasco, esa patriótica empresa contó con el concurso activo o la adhesión de los valores más significados de la generación precedente y de los nuevos valores que emergían, como Emilio Roig de Leuchsenring, Dulce María Borrero, Julio Villoldo, José Sixto de Sola, Francisco González del Valle, Emilia Bernal, Carlos Loveira, Emilio Gaspar Rodríguez, José María Chacón y Calvo, Bernardo G. Barros, Miguel de Carrión, Arturo Montori, Luis Rodríguez Embil, Fernando Lies, Ramiro Guerra, Alfonso Hernández Cata, Federico de Córdova, Enrique Gay Calbó, Rafael Blanco, José Antonio Ramos, Medardo Vitier, Luis Felipe Rodríguez y Mariano Brull. La erudición, sensibilidad y maestría de Pedro Henríquez Ureña, dejan rastro perceptible en algunos críticos y ensayistas en ciernes.

Desde la publicación en 1906 de su libro *Los negros brujos* —método científico y molleja criolla— brillaba ya, por cuenta propia, Fernando Ortiz. Por su robusto talento, su vasta sapiencia, su curiosidad inagotable, su sensibilidad moderna, su personalidad polifacética y sus investigaciones antropológicas, etnográficas, jurídicas, lexicográficas, folclóricas, arqueológicas, históricas, sociales y culturales —síntesis palpitante de zonas ignotas de la existencia nacional— sería la figura más relevante de esa generación. A despecho de circunstanciales incursiones por los picarescos vericuetos

de la política vernácula, Ortiz es el gran alterador de la pequeña burguesía intelectual reformista de su tiempo. No es un despropósito considerarle el “tercer descubridor” de la Isla. El segundo había sido Alejandro de Humboldt.

Los criterios matrices de la promoción literaria de 1910 eran típicamente idealistas, y bastante elementales, por lo común, sus conocimientos filosóficos e históricos. Esto explica, en parte, sus limitaciones, despistes y vaguedades en el enfoque de las realidades concretas.

Si en la prosa pulida de más de uno resalta la huella gélida de José Enrique Rodó —traído y llevado en andas como el Próspero de Montevideo—, su influencia ideológica creó estado de conciencia en muchos. Cuando se alude a las desemejanzas y contradicciones entre la América “morena” y la América “rubia”, solía contraponerse el “espíritu alado” de Ariel al “materialismo rastrero” de Calibán. Ya era algo ese modo vicario de señalar. Pero hartos se ve que Martí seguía siendo un desconocido.

Ninguno de esos prosistas y poetas se aventuraría a la acción política junto al pueblo. Aunque la mayoría toma partido por sus ideas, se sitúan por encima de la contienda. Reducen su actividad civil a la letra impresa y a la tribuna bajo techo. Creían cumplir así con la misión crítica que se habían impuesto. No era un grupo de combate.

Tiempo de crisis profunda y, por ende, urgido de acción transformadora en todos los órdenes, encararían los poetas, prosadores y artistas de la generación de 1923. Acelerada por los antagonismos estructurales que la minan, las tensiones sociales que éstos engendran y el descontento nacional que provocan, con la paulatina toma de conciencia de la necesidad de cambio en las masas populares, la declinación de la sociedad neocolonial ha entrado en Cuba, antes que en ninguna otra parte en América Latina, en la primera fase de su etapa final. No se percibe todavía con claridad, pero en sus redaños comienza a librarse sorda, confusa y compleja batalla entre las fuerzas que sustentan el pasado y las que generan el porvenir.

Aunque tiene raíces propias y formas particulares de expresión, esa crisis es parte inseparable del proceso de mutaciones políticas, económicas, sociales y espirituales que ha desencadenado la Revolución de Octubre a nivel mundial. Asia se despereza, con ánimos renovados, de su siesta de siglos. Crepita la agitación en sensitivos parajes de África. La insurgencia popular mexicana, iniciada en 1910, inflama de esperanzas a las masas irredentas de América Latina. La burguesía europea, renegando de su ideología racionalista, se entrega, desesperadamente, a ritos esotéricos en busca de báculo y sosiego. Se populariza, entre los intelectuales reaccionarios, la “filosofía” del retorno. Un ruso fugitivo, ideológicamente desquiciado, pregonará, con solemnidad gregoriana, como única vía de salvación, la vuelta a la Edad Media. *La belle époque* ha concluido.

Las fuerzas anárquicas que multiplican el revoltijo intelectual en el ocaso del régimen capitalista se reflejan en la proliferación de tendencias, movimientos, escuelas y sectas artísticas y literarias: expresionismo, dadaísmo, futurismo, cubismo, ultraísmo, surrealismo. Sobremote común: vanguardismo.<sup>49</sup> En esa irrupción descoyuntada, insolente y aspavientosa se incuban, sin embargo, como ha subrayado José Carlos Mariátegui, los gérmenes de un arte nuevo, que desempeñará o no una función revolucionaria según el signo que, a la postre, prevalezca en sus creaciones.<sup>50</sup>

Graves arúspices conquistan la cima del pensamiento burgués. La necrológica profecía de Oswald Spengler constituirá el más impresionante intento

49 Ver Guillermo de Torre: *Literaturas europeas de vanguardia*, R. Caro Raggio, Madrid, 1975.

50 Ver José Carlos Mariátegui: *El artista y la época*, Empresa Editora Amauta, Lima, 1964.

de adulteración del sentido revolucionario de la época. La “decadencia de occidente” que anuncia el tramposo tudesco —fallecido en olor de santidad nazi— es una lujosa inversión antirrevolucionaria de la decadencia del capitalismo pronosticada por Marx. Si quisiera definir la situación real en términos metafóricos y parafraseando a Romain Rolland, diría que, frente al “alma desencantada” de la burguesía, se alza ya el “alma encantada” del proletariado. O traspuesto al lenguaje marxista: las leyes objetivas de la historia y el desarrollo del movimiento de liberación nacional y social han inscrito, en el orden del día, las revoluciones proletarias y antimperialistas. Y, como nada se da por añadidura en el planeta que habitamos, se avecinan largos años de luchas y sacrificios, flujos y reflujos, avances y reveses. ¿Se conoce algún régimen social de explotación que haya abdicado, graciosamente, sus privilegios y potestades de clase?

No sólo percutirán en Cuba los trastornos económicos que, en los inicios de los años veinte, sacuden el sistema capitalista y sus áreas subdesarrolladas y dependientes. Un ansia creciente de actualización, progreso y renovación, galvaniza, parejamente, las zonas más afectadas y alertas del pueblo cubano y, sobre todo, de la clase obrera y de la juventud intelectual y estudiantil. En vísperas de 1923 comenzaban a agitarse y confluír, por numerosos canalizos y serventías, las fuerzas raigales de la nación y las energías inmanentes de la vida, coartadas aquéllas y reprimidas éstas por las relaciones neocoloniales de producción, poder y cultura, espeso charquero de servidumbre, injusticia, corrupción, medro, miseria y atraso.

La dialéctica de ese proceso incuba y condiciona la actitud rebelde de los nuevos poetas, prosadores y artistas, espejo fiel de las oscilaciones de conciencia y sensibilidad, según las circunstancias, de su origen de clase. Por las relaciones peculiares de sus estratos más inquietos, porosos y avanzados con el pensamiento y la cultura y por su situación pendular en la estructura económica de la sociedad capitalista, la pequeña burguesía es, de todas las clases sociales que integran su mecanismo de dominación, la que, en determinadas coyunturas, está en más fácil disposición psicológica de adherirse a la corriente progresista o transformadora, e incluso parte de ella, en una crisis social revolucionaria, de abandonar a la burguesía y asumir las posiciones de clase y la ideología del proletariado.

En la época de las revoluciones burguesas y anticoloniales clásicas —primeras décadas del siglo XIX en América Latina— el carácter y los objetivos de los movimientos de liberación nacional estaban configurados por el dominio del capitalismo de concurrencia y por la voluntad política de la incipiente burguesía criolla de emanciparse de los obstáculos internos y externos que entrababan su desarrollo y hegemonía. Los factores subjetivos y objetivos actuantes eran distintos a los que definen y excitan los movimientos antico-

lonialistas y antiimperialistas en nuestro tiempo. Las ideas, los sentimientos y los intereses de la pequeña burguesía se identificaban biológicamente con las ideas, los sentimientos y los intereses nacionales que impulsaban la lucha patriótica por la independencia, dentro de un esquema democrático-burgués de base capitalista en desarrollo, con fuertes gravitaciones semif feudales.

En la época de las revoluciones socialistas y antiimperialistas, abierta por la Revolución de Octubre al romper el sistema capitalista de monopolio, la impulsión política de la pequeña burguesía en los países coloniales o neocoloniales débese, indistintamente, o a la par, a su comprensión teórica y moral de la dirección antiimperialista y socialista del proceso histórico, a la proletarianización económica a que se ve cada vez más arrastrada, sin otra perspectiva que desaparecer como clase y soldar su destino con el de la clase obrera y el mundo de plenitud humana que alumbra, y a la radicalización de su conciencia por la dinámica misma de los acontecimientos.

Semejante mutación no es, ni puede ser, un acto. Es, por naturaleza y definición, un proceso, si a veces brusco, siempre por etapas. Pero sujeto, también, a alternativas y retrocesos; y, cada etapa, con diferente nivel de contenido y parámetro, aunque el ritmo sea acelerado.

Cumplidamente lo demuestran los rasgos distintivos de la rebeldía de la promoción intelectual de 1923. En el dominio de las letras y el arte, zafarrancho a campo traviesa contra la óptica lugareña, la retórica altisonante, la crítica de bombos mutuos, el sentimentalismo mocosco, la canonización de los mediocres, la tiesura académica, la solemnidad fofa, la plástica litográfica y la música amerengada. Y, como contrapartida, apertura, sobriedad, médula, rigor, sensibilidad, creación, estimativa, responsabilidad. En la búsqueda de las propias raíces, el rescate, conocimiento y difusión de José Martí, constreñida a la sazón a la parcela de su papelería editada por Gonzalo de Quesada y Aróstegui, que apenas permite vislumbrar la imagen del revolucionario radical que concibe la independencia de Cuba como barrera de contención a la expansión imperialista norteamericana en América Latina y etapa necesaria del proceso universal de liberación del hombre. Y, en el ámbito político, la voluntad de participación renovadora en la maltrecha vida del país.

Salvo algunos hechizados por el embrujo de los preciosismos formales, como Ramón Rubiera o Andrés Núñez Olano, presentes ambos, sin embargo, en los pronunciamientos colectivos, la mayoría no rehuyó, a su varia manera —incluyendo a los de más rancia formación conservadora— el compromiso que entrañaba su oficio con la sociedad y con la época. Y, aunque las ideas sociales de los más avanzados serán populistas y no revolucionarias —las excepciones verifican la validez del aserto—, anhelan marchar con su tiempo y dejar huella en el tiempo. Anticipo el dictamen. Si en el batiente lírico constituirán una “generación puente”, como la definió Marinello, en

su trayectoria política quedarán en zaga de la capa más radicalizada de su propia clase, culminante en la postura revolucionaria de Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Antonio Guiterras y Juan Marinello.

La cuestión de los deberes y funciones sociales de la *intelligentsia* y de las relaciones del artista con su circunstancia era, por esos años, objeto de vivaz polémica en América Latina, que atesoraba rica y aleccionadora tradición al respecto, rubricada con la sangre de Martí. Ya en Europa había levantado candentes tolveneras entre los secuaces de los ismos en discordia. Aquella delirante batahola, que contribuyó decisivamente a desintegrar el espíritu del arte burgués, polarizó campos y deslindó posiciones: Maiakovski, comunista, y Marinetti, fascista, ambos futuristas, personifican la revolución y la reacción en el arte y la vida.

Horademos el cascabullo. Ni manifiesto ni pasquín. El arte revolucionario es la proyección estética de una emoción revolucionaria, nutrida en una ideología revolucionaria o en la realidad revolucionaria que vitalmente la sustenta. La innovación formal, la liberación de la fantasía y la elasticidad del lenguaje y el estilo son componentes del arte revolucionario; pero no constituyen su esencia. La esencia del arte revolucionario es su sensibilidad social y su comunicabilidad multitudinaria. Reducir el arte o la literatura a espacios vacíos, zarabandas geométricas, tetas cucurbitáceas, policromías herméticas, ceremonias de exorcismos o tiranías de lenguaje, puede ser una calaverada de la imaginación, una confesión de impotencia o un depravado juego ideológico, que pone de manifiesto, al deshumanizar el contenido de la obra literaria o artística, los estragos de la alienación capitalista en las expresiones estéticas de la cultura burguesa.

Mucho menos admisible era el hiato que se pretendía establecer entre el artista y su circunstancia, la dimisión de sus deberes civiles, el pregón del robinsonismo social y del artempurismo, que blandían los esteticistas enemigos de la revolución y de la vida. Aunque la creación literaria o artística es en sí misma un fenómeno sumamente complejo y difiere, por su sesgo misterioso, su aliento personal intransferible y su incompatibilidad con “las nivelaciones mecánicas” a que aludiera Lenin,<sup>51</sup> de otras actividades intelectuales, es una constante en la historia de la literatura y el arte que la torre de marfil, la evasión y la asepsia constituyan testimonios de disimulados reniegos o de actitudes concretas, cuyas reales motivaciones son, en ciertos casos, recónditos conflictos con los valores estatuidos por insatisfactorios, por nostalgia de los ya muertos, por temor o desconfianza a los que pugnan por derribarlos o por cortedad de visión. Sea como fuere, la realidad social es inesquivable para el hombre y sus obras.

---

51 Ver Adolfo Sánchez Vázquez: “Notas sobre Lenin y el arte”, en: *Casa de las Américas* (La Habana) 10(59): 106-115, marzo-abril, 1970.

Bástame ahora señalar que los rescoldos y ecos de la pendencia entre las vanguardias europeas, llegarían, tras morosa y, a veces, clandestina travesía, a nuestro continente. Con mayor tardanza, a las playas apartadas del trópico. No se pertenece en vano a la órbita del neocolonialismo, el subdesarrollo y la dependencia. Los cronómetros andaban entonces muy atrasados por estas latitudes. Sin embargo, media centuria después Cuba dará la hora adelantada.

Aguda controversia, atizada indirectamente por José Ingenieros y Alejandro Korn, había promovido la asendereada cuestión en Argentina. Vista ésta como se solía aún, el debate era abundante manadero de retóricas exhortaciones y desabridas reprimendas. Desde otro ángulo, apenas ya se recuerda que los egocentrismos pirotécnicos del prolífero colombiano José María Vargas Vila cosechaban deslumbrados adeptos en aquella porción de la juventud pequeño burguesa que se asomaba a la lucha social sin formación política ni literaria. No era infrecuente el panfleto antiimperialista de ese corte paranoico. He conocido algunos aprendices de revolucionario que lanzaban, como doctas sentencias, los cohetes verbales del autor de *Los césares de la decadencia* y *Ante los bárbaros*. Y, a más de uno, que lo proclamaba el novelista más original y el pensador más profundo de todos los tiempos.

Ese desvarío fraseológico desaparecerá con el desarrollo cultural, ideológico y político de los medios revolucionarios juveniles. Cuando visita Cuba en 1925, Vargas Vila desembarca y embarca inadvertido. En cambio, la juventud intelectual y estudiantil acudirá, ese mismo año, a rendirle homenaje a José Ingenieros, al tocar en La Habana el buque en que regresaba a Buenos Aires. Y en aquellos mismos días, aunque también ignorado por otras razones, exhibió su gigantesca silueta en las calles de la ciudad el poeta Vladímir Maiakovski; el genial autor de “La nube en calzoncillos”, registraría en uno de sus poemas cubanos “todo el vigor del trópico” y, asimismo, “el color brillante de La Habana, pero también todo el dolor de un pueblo condenado a morir entre las fauces de un imperialismo económico voraz”.

La porfía en torno a los deberes y funciones sociales de la *intelligentsia* y a las relaciones entre arte, revolución y decadencia, rebrotará con mayor fuerza, y la pondría en su punto, con criterio marxista y a nivel continental, desde su pugnaz sillón de inválido, el peruano José Carlos Mariátegui. Deben tenerse muy en cuenta las lúcidas precisiones de Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Aníbal Ponce y Juan Marinello sobre el tema.

Uno de los poetas jóvenes que más tempranamente impresionó y atrajo a Martínez Villena fue Regino Pedroso. Gustaba de sus fantasías orientales y de sus bellas parábolas, como Regino de los poemas hondos y bruñidos de Rubén. Supo un día que aquel refinado y musical evocador de princesas de leyenda, motivos aladinescos, desiertos vivificados por el “lento cabecear de los camellos” y dioses impasibles, era obrero metalúrgico. Quiso comprobarlo. Y tremenda fue su conmoción al sorprenderlo, sudoroso y jadeante, la musculatura tensa, los ojos encandilados, machacando el hierro con pesada mandarina. Las sutiles manos que tejían fulgores de piedras preciosas y delicados ornamentos chorreaban grasa.

—¿Con cuál de ellas escribes los versos?

Desde entonces, se verían a menudo. Una fulgente madrugada de otoño, ya al despedirse, Rubén le espetó —lo cuenta Regino:

—Me he pasado la noche hablando y tú no has dicho una palabra. Tienes que tener algo por ahí...

—Se refería a mis versos —confiesa Pedroso— que yo, tímido, no enseñaba a nadie.

—¿No has traído nada...?

—No.

E, insistió, tocándole los bolsillos:

—Llevas unos “camellitos”, estoy palpando las jorobas.

Y le sacó los versos del bolsillo; al leerlos exclamó:

—Ya éstos no son “camellitos”, ¡“son camellos”!<sup>52</sup>

Rubén lo invitó, con afectuosa pertinacia, a las tertulias nocturnas del grupo, que durante algún tiempo fue la forma predilecta de convivencia de los poetas, escritores y artistas más representativos de la nueva generación, pero Regino no asistiría hasta un año después. A veces, en las noches caldeadas, el coloquio era ambulatorio, bajo el frescor de los ramajes del Prado o Malecón arriba hasta el bullicioso parque Maceo o Empedrado abajo hasta la soledad cuchicheante de la Plaza de la Catedral y los soportales hospitalarios del Ayuntamiento. Solían anclarse, por lo general, en torno a una mesa del antiquísimo café contiguo al Teatro Martí. Testigo mudo de sus paliques fue, más de una ocasión, un banco desvencijado de la añosa plazuela del Cristo,

---

52 Ana Núñez Machín: *Rubén Martínez Villena*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 53.



caleta de recalada de Martínez Villena y de Tallet en sus girovagancias por la ciudad dormida, después de haber consumido los últimos cigarrillos en el Parque Central. Y, en las noches invernales, se refugiarían, invariablemente, en la Biblioteca Falangón, donde dilapidan retruécanos, desuellan reputaciones y discuten el proyecto colectivo de antología de la poesía moderna en Cuba que preparaban Fernández de Castro y Lizaso.

Al disolverse la Peña del Martí, fundada en 1920 por Rubén Martínez Villena, Enrique Serpa, Juan Marinello y Andrés Núñez Olano, se reanudó en la revista *El Fígaro*, que en medio de sus aprietos económicos mantenía incólume su reputación patriótica y literaria. Frecuentada por Rubén Darío en el esplendor de su genio lírico, seguía siendo la tribuna de Sanguily y de Varona.

A la nueva Peña se suman el pelirrojo José Zacarías Tallet y el alucinado Miguel Ángel Limia, se aparece y desaparece Regino Pedroso y se engancha Jorge Mañach, con cierto aire de superioridad doctoral cabalgándole en las gafas. Alejo Carpentier, un mozalbete que se ha enamorado de las letras, la música y la arquitectura mientras atendía rudas labores en el agro, suele bojearla con ingenuo azoro y vehemente curiosidad. Y, de esta Peña o de la anterior, serían huéspedes poetas transeúntes: los españoles José María Uncal, Ángel Lázaro y Julio Sigüenza, los peruanos José Torres Vidaurre y Alcides Spelucín, el nicaragüense Eduardo Avilés Ramírez y el venezolano Andrés Blanco, recién liberado de los grillos de Juan Vicente Gómez.

En la Peña de *El Fígaro* germinó la honda y edificante amistad de Rubén con Tallet, “poeta vergonzante” a la sazón. Cuando José Antonio Fernández de Castro los introduce, ambos se reconocen y exclaman a una:

—¡Eh! Nosotros fuimos ya presentados y nos hemos visto muchas veces en la calle.

No pudieron precisar, por el momento, dónde ni cuándo. Rubén lo recordará, exactamente, días después.<sup>53</sup>

De aquel encuentro fortuito sobrevivió un saludo ceremonioso al paso y la peregrina ocurrencia de Rubén de identificar a Tallet con un belga acriollado.

Una tarde, al salir juntos de *El Fígaro*, Rubén invitó a Tallet a visitar su hogar. Conoció a sus hermanas Judith y Esther y a su hermano David. La tierna remembranza de *Lolita* Villena, la madre adorable y adorada, recién fallecida, humedeció de tristeza la conversación. A partir de aquel día, se embasó todas las tardes en el caserón de Amargura y Compostela y se las arreglaba siempre para “hacer un aparte” con Judith. Coincidió, a veces, con Juan Marinello y Sarah Pascual. En sus largos coloquios en la Biblioteca Falangón, Rubén le reveló toda su “lírica escasa” y Tallet acabó por regar sobre la mesa un puñado de poemas manuscritos que, salvo Fernández de Castro, nadie conocía. Rubén no sólo incita al confundido poeta a publicarlos:

---

53 Ver *Órbita de José Z. Tallet*, UNEAC, La Habana, 1969.

esa misma noche, se brindará a Fernández de Castro y a Lizaso para redactar la nota crítica que encabezará la selección de sus versos en la antología.

Vívida huella imprimiría la poesía de Martínez Villena en la venidera de Tallet. Ninguna prueba más concluyente que el propio testimonio de éste: “hay poemas míos en los que es harto visible su influencia, aunque nadie lo haya señalado”.<sup>54</sup> El romanticismo negro de la “Canción del sainete póstumo” y del “Presagio de la burla final” y el humor antilírico de la “Defensa del miocardio inocente” se proyectan, con irónico visaje, en el prosaísmo sentimental de Tallet.

Mucho más profunda y decisiva que esta influencia puramente literaria de Rubén, fue la que ejerció sobre Tallet —transcribo sus propias palabras— “su fascinadora personalidad, extraordinaria a simple vista, su bondad infinita, su comprensión sin fronteras [...] un carácter de una reciedumbre nada común, de una inmovible firmeza de principios y de una voluntad adamantina como sólo se ven en los elegidos para guiar a sus semejantes”.<sup>55</sup>

En una de mis inolvidables conversaciones con él cuando estuvo recluido en la clínica del Centro de Dependientes, me confesó que uno de los instantes colmados de su vida afectiva fue aquel en que Judith contrajo compromiso matrimonial con Tallet. En Alquízar, un domingo de romería, entre palmeras y naranjales, había aflorado el secreto idilio. Rubén apadrina sus bodas con un musgoso frac de alquiler, visiblemente inquieto por estar demorando una reunión sindical citada a su instancia. Y apadrinará, asimismo, a petición de la hermana, el bautizo del vástago.

En las susodichas tertulias y en las reuniones de la Biblioteca Falangón, en las cuales se discutía con chispeante ingenio y pasión desbocada sobre literatura, arte, filosofía y política, Rubén funge de aglutinante de aquellos temperamentos disímiles en febril búsqueda de su propia expresión, contribuyendo, decisivamente, a mancomunarlos a veces en el ejercicio responsable, beligerante y renovador de su actividad intelectual y ciudadana.

No resistirán, por supuesto, a la tentación de leerse sus últimos engendros o los versos que improvisan entre tragos de cerveza, y tampoco a la de dar cuenta de sus lecturas recientes —mechando sus comentarios con alusiones a Cervantes, el Arcipreste de Hita, Jorge Manrique, Góngora, Calderón de la Barca y Gonzalo de Berceo— de escritores y poetas latinoamericanos (Darío, Silva, Sarmiento, Herrera y Reissig, González Martínez, Montalvo, Valencia, Lugones, Ñervo, Santos Chocano, Quiroga, Gómez Carrillo, Díaz Mirón, Rodó, Pedro Henríquez Ureña, González Prada, Vasconcelos, Alfonso Reyes, Blanco Fombona, Gabriela Mistral, Ingenieros) y españoles (Larra, Pérez Galdós, Valera, Ganivet, Unamuno, los Machado,

---

54 *Ibidem*, p. 267.

55 *Ibidem*, pp. 267 y 268.

Valle-Inclán, Baroja, Azorín, Gómez de la Serna, Juan Ramón, Ortega y Gasset) y de los traducidos de otras lenguas, preferentemente franceses (Rabelais, Hugo, Balzac, Musset, Rimbaud, Baudelaire, Leconte de Lisle, Maupassant, Flaubert, Mallarmé, Verlaine, Moréas, Villiers de L'Isle Adam, Gautier, Samain, Laforgue, Loti, Zola, Renan, France, Rolland, Barbusse, Valéry), rusos (Pushkin, Tolstoi, Gogol, Turgueniev, Chejov, Dostoievski, Andreiev, Gorki) y norteamericanos e ingleses (Poe, Emerson, Whitman, Thoreau, Twain, Lewis, Shakespeare, Byron, Shelley, Dickens, Wilde, Shaw, Joyce). Y si algunos, como Rubén, musitaban vaporosas melancolías de Rodenbach, quejumbres viriles de Leopardi o amarguras sonrientes de Heine, el “ruiseñor alemán que anidó en la peluca de Voltaire”, otros, como Lamar Schwyer, recitan feroces desplantes del prusiano Nietzsche o misóginos filosofemas de su compatriota Schopenhauer, interpolando de súbito venenosas ocurrencias sobre escritores del patio, como esta: “Lizaso acaba de terminar un libro que le asegura la inmortalidad. Se titula *Desde mi pesebre. Memorias de un luchador*.”

Desconocían aún, por esos años, la literatura soviética y los movimientos europeos de vanguardia. Pero ya había comenzado a inquietarles el viento tormentoso que soplabá en México y en China y simpatizaban, vagamente, con los ideales de emancipación humana proclamados por la nueva Rusia. A Tallet, Martínez Villena, Fernández de Castro y Pedroso les conmovía profundamente —haciéndoles concebir la esperanza de un mundo mejor e incitándoles a luchar por una Cuba distinta— el grandioso empeño de Lenin de construir la sociedad más avanzada del mundo en el país más atrasado de Europa.

En su férvida admiración por los cubanos que realzan las letras durante la pasada centuria, incluyen a Julián del Casal y Juana Borrero. Un sentido severamente selectivo rige su actitud ante los que culminan, maduran o florecen en su siglo. De sus predecesores inmediatos, aprovechan las innovaciones métricas, los ritmos audaces y los pruritos formales de Botí y de Poveda. No tienen a menos prodigarle alabanzas a Agustín Acosta, el último rubendariano de casta, el hermano mayor rezagado. Encarecen los poemas intimistas de Mariano Brull, las investigaciones sociales de Fernando Ortiz, la sátira política de Carlos Loveira, los ensayos traslúcidos de Francisco José Castellanos, los diagnósticos cáusticos de José Antonio Ramos, el lápiz genial de Rafael Blanco, los socarrones relatos campesinos de Luis Felipe Rodríguez y los estudios históricos y literarios de José María Chacón y Calvo, excepto el españolismo colonizante que destilan, con el refocilo subrepticio de Francisco Ichaso. Pero José Martí ocupa sitio aparte: es el arquetipo soñado y el guía supremo. Y a Sanguily y a Varona los exhiban

como modelos de escritura ancilar, patriotismo integérrimo y ética pública. Eran sus mentores cívicos.

¿A qué poeta genuino no le atormentó, alguna vez, la obsesión de expresar el “no aprendido canto” que anhelara fray Luis de León? La certeza de conseguirlo y la incapacidad de lograrlo fue experiencia compartida de los líricos más ambiciosos de esta promoción, y la ilusión y el trauma se transparentan, sobre todo, en Rubén Martínez Villena. Se inaugura el drama con el primer poema que destruye en la adolescencia y se clausura con el soneto “El campanario del silencio”, escrito en la madurez de sus facultades. Cuando aquella fuerza “concentrada, colérica, expectante”, que le exige y desvela con encarnizada persistencia, encuentre el singular empleo a que está vocada, el poeta se realizaría, cabalmente, en la entrega.

Estos jóvenes poetas y prosistas eran, paradójicamente, casi inéditos en plena ebullición creadora. No tenían acceso a los principales periódicos y revistas, monopolizados por la mediocracia letrada. Dicho sea de paso, Mañach, gracias a sus conexiones familiares con el alto comercio español y a sus flamantes pergaminos de Harvard, se calzaría una columna en el *Diario de la Marina*, que titula “Glosas”, en homenaje, probablemente, al catalán don Eugenio d’Ors y en la cual exhibe gracias y rigores de lenguaje. En esos duros tiempos, algunos, muy pocos, publicaban, de vez en cuando, en *Bohemia* y *El Fígaro*. Y otros, los más, se contentaban con ver acogidos sus versos, elaborados y recompuestos, en revistas de escasa circulación, como *Castalia* y *Chic*, *Arte* y *Smart*, *Atenea* y *Las Antillas*. Rubén es huésped bienquisto de sus páginas.

Aquella fue la época de su más rica vendimia: sonetos de arquitectura clásica (“Declaración”, “Ironía”, “Psiquis”, “El rescate de Sanguily”, “Jimaguayú”, “Máximo Gómez”, “27 de noviembre”, “Ofrenda a Amado Ner-vo”), asomo de inquietud social (“Carnaval”), combinación del alejandrino con heptasílabos, endecasílabos y octosílabos (“19 de mayo”), toque de levedad rítmica y romántica delicadeza que recuerda a Luis G. Urbina (“El rizo rebelde”, “Madrigal”), sonetos de porte modernista cargados de mostos nuevos fermentados con cepas de Darío, Herrera y Reissig y Luis Carlos López (“Celos eternos”, “El cazador”, “Fin de velada”, “Sinfonía urbana”, “El faro”, “Tempestad”, “Homenaje al monosílabo ilustre”, “La ruta de oro”, “Presagio de la burla final”). Uva impar de la cosecha: la “Canción del sainete póstumo”. No sólo será su creación más difundida y ensalzada. Constituye, por su tono y estructura, un giro radical en la poética de Martínez Villena. Pero no es su poema más importante, como tampoco lo sería la “Defensa del miocardio inocente”, según supuse otrora.

Ha traspuesto ya la estación modernista, aunque, como todos —incluso Tallet—, sin escaparse, enteramente, de las sutiles mallas del emperador hechizado de Metapa.

Inesperadamente, un día, José Antonio Fernández de Castro, tan atropellado y funambulesco como avisgado y generoso, valiéndose de su amistad con Emilio Roig de Leuchsenring, uno de los espíritus más inquietos y emprendedores de la promoción de 1910 y director literario de la suntuosa revista *Social*, que dirigía el caricaturista Conrado W. Massaguer, liberó de la forzosa interdicción a sus jóvenes camaradas de letras, y sus poemas, cuentos, crónicas y ensayos se abalanzan al encuentro del lector, en absurda mescolanza con frivolidades y alardes *up to day* para consumo exclusivo de ricachonas ociosas que ocultaban su carencia de sesos mediante llamativos peinados. Coincidentemente, la Protesta de los Trece los ha consagrado como intelectuales al servicio de los reclamos del pueblo y de la dignidad de la patria. Se reunirán, ahora, en el bufete de *Emilito*.

Aunque ninguneados por los incultos, pícaros o mandones alfabetos que usufructuaban indistintamente los gajes del poder dependiente y vistos con paternal condescendencia por sus colegas de la capital, los escritores y poetas de provincia también se irían concertando, movidos por la misma inquietud renovadora y la misma repulsa moral a su circunstancia. Manzanillo fue el centro más relevante de la actividad literaria en el interior de la Isla. Inspirado por el poeta y cuentista Juan Francisco Sariol, dueño de la imprenta El Arte y fundador de la benemérita revista *Orto* y de la biblioteca Martí, el grupo literario de Manzanillo se caracteriza por su entusiasmo, vertebración y continuidad. Bajo su égida se publican los *Versos precursores* de Poveda, algunos poemarios, prosas de Manuel Navarro Luna y los primeros relatos y novelas de Luis Felipe Rodríguez, ambos en la vanguardia de la pelea manzanillera por una literatura cubana entroncada con su tierra, con su tiempo y con la vida. Desde sus estelares miradores estéticos, Botí y Poveda los alentaban sin mezclarse en el tumulto, no obstante andar reñidos subjetivamente con la realidad, como es dable verificar en las cartas que se cruzan, reunidas y prologadas por Sergio Chaple.

Animado por Agustín Acosta, se constituiría en Matanzas un grupo semejante, que cuenta con el activo y disparejo concurso de Medardo Vitier, Fernando y Francisco Lies, Mariano Albadalejo, Miguel Macau e Hilarión Cabrisas, cuya fácil vena lírica le proporcionará la misma barata popularidad de que gozaran antes Gustavo Sánchez Galarraga y, después, José Ángel Buesa.

La avidez de aire nuevo que agita la provincia delata el sofocante tono de la vida nacional.

El 12 de agosto es un día dos veces memorable en la biografía de Rubén Martínez Villena: acuña, el de 1923, su decisión de lanzarse a la lucha política y registra, el de 1933, el cénit de su acción revolucionaria.

Veteranos de la independencia de diverso grado y origen social —distínguense soldados y clases por su indumento guajiro y su sombrero de guano— desbordan el Teatro Maxim aquella reverberante mañana estival. Los presidía el mayor general Carlos García Vélez, primogénito de Calixto García Íñiguez, el combatiente que jamás desensilló su honor ni envainó su machete. Una apremiante y justa necesidad los junta y enardece: exigir una ley que establezca el pago puntual y completo de sus mezquinas y negociadas pensiones.

Sin transición apenas, la temperatura política de la sala ha ido subiendo a nivel de caldera a máxima presión. Los discursos avientan bocanadas de fuego. Desfilan, en sucesivas arengas, las antiguas proezas y los nuevos infortunios, las esperanzas de antaño y las frustraciones de hogaño. Las andanadas empiezan a concentrarse sobre dianas retumbantes como truenos: el latrocinio, la concupiscencia, el nepotismo, la ineptitud, la insalubridad, la botella, la prostitución, el juego, la impunidad, el desempleo, el analfabetismo, el tráfico de estupefacientes, la amnistía de delincuentes profesionales, la venta de indultos, el desprestigio de los partidos políticos, la traición a los ideales de la revolución libertadora y, como personificación de ese monstruoso abanico de gangrenas, el presidente Alfredo Zayas. El saneamiento de la lotería —lodazal de sinecuras, fraudes y sobornos— y el repudio de la Ley Tarafa en trámite de aprobación —última trucumalla del zayato— se exigen también a grito pelado.

El vapor de la iracundia tornaba incandescente la atmósfera. Se había salido de madre el propósito original de la asamblea. Ya los oradores más sagaces y fogosos demandan el apoyo activo del pueblo y uno, el más osado sin duda, insinúa, entre aplausos y vítores, que el país está necesitando una revolución que descuaje las raíces e incinere las malezas podridas. Sin embargo, ninguno se ha atrevido a rozar la verdadera causa de los males que denuncian. Ni siquiera se menciona a Enoch Crowder, el notorio, entrometido y cínico embajador del imperio, huésped del acorazado “Minnessota”.

¿Complicidad consciente o inconsciente? ¿Ignorancia o visión deformada de la realidad neocolonial? ¿Torero pase de silencio o temor a malquistarse

con “el poderoso vecino que nos ayudó a obtener y garantizar la independencia”?

Debió de haber de todo un poco en las viñas de la heterogénea reunión.

Espuela clavada en los ijares del descontento popular, el llamamiento de los veteranos encabitará la sensibilidad patriótica y, en días, se transmuta en un movimiento de protesta cívica de dimensión nacional con el rubro de Veteranos y Patriotas y la jefatura de Carlos García Vélez. Con celeridad impresionante, se constituyen delegaciones en toda la Isla.<sup>56</sup>

Tras agitada vela de conciencia, en que sopesa los pro y los contra de los riesgos y ventajas que entrañaba dar ese paso, Rubén Martínez Villena resolvió, la misma noche del 12 de agosto de 1923, plantearle a los miembros de la Falange de Acción Cubana su obligación moral y su deber ciudadano de prestar apoyo a las peticiones acordadas en la asamblea del Teatro Maxim y al Movimiento de Veteranos y Patriotas. El pueblo se ponía en marcha y se impone marchar con el pueblo.

Vibrante de entusiasmo y ardido de fe, Rubén ha creído, con ingenuidad conmovedora, que el día de “tener patria de verdad” estaba en camino. Testigos de su pura y generosa exaltación, lo evocan despidiendo lumbres y tremante de ilusiones.

En inflamada asamblea, reunida el día 20 en el Teatro Maxim, Rubén ocupa la tribuna para leer, con aire radiante y tono dramático, la alocución que, escrita por él, la falange dirige al país. “El país entero se ha puesto en pie para repetir, con la energía y la desesperación de estos instantes [...], aquella catilinaria romana. “¿Hasta cuándo vais a abusar de nuestra paciencia?...”<sup>57</sup> —comienza diciendo el texto. Si esta intencionada alusión arranca fuerte salva de aplausos, la frase que pone término a la arenga provoca verdadero frenesí: “Estamos en presencia de una formidable revolución de los sentimientos y las ideas del pueblo y lo exhortamos a la acción fecunda, que se traduzca en hechos para impedir las afrentas a nuestra pureza de nación que quiere ser libre y digna.”<sup>58</sup>

Era el primer encuentro de Rubén Martínez Villena con las masas. La vital identificación de lenguaje y actitud anuncian al hombre en quien se fundirán, siempre, dichos y hechos, pensamiento y conducta.

---

56 Sin posibilidad ya de extraerle provecho a sus valiosas apreciaciones y rica documentación, me limito a consignar la aparición del libro *El Movimiento de Veteranos y Patriotas (apuntes para un estudio ideológico del año 1923)*, de Ana Cairo Ballester (Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1976). Ver Hortensia Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, t. 3. De consulta indispensable para conocer las distintas facetas de la república dependiente. Contiene agudos juicios y certeras observaciones de la compiladora.

57 *Heraldo de Cuba*, 21 de agosto de 1923, p. 2.

58 Ídem.

Convocado y presidido por el mayor general Carlos García Vélez, el día 29 de agosto se efectuó el acto de constitución formal de Veteranos y Patriotas. Las crónicas de la época dan cuenta pormenorizada del suceso.

No cabía un alpiste en la sala. Con sonoras muestras de solidaridad, una multitud de curiosos se ha ido agolpando en torno al enfebrecido recinto. Algunos jefes del Ejército Libertador acompañaban a García Vélez en el proscenio. Los mambises de fila y las capas populares están nutridamente representados. No faltan, por supuesto, sectores de las “fuerzas vivas”, ni pescadores en río revuelto, ni connotados bombines. Encabezada por Rubén Martínez Villena, la Falange de Acción Cubana está presente. Rubén encarna allí, como ningún otro, las ansias de renovación, honestidad, progreso, libertad, justicia y cultura que alientan la juventud y el pueblo cubanos.

ASAMBLEA MAGNA DE VETERANOS Y PATRIOTAS —vocea al día siguiente, en primera plana, un cintillo de ocho columnas. EL MAYOR GENERAL CARLOS GARCÍA VÉLEZ AL FRENTE DE LA REBELIÓN CÍVICA —reza otro. E informaba estotro: APROBADA POR UNANIMIDAD LA EXPOSICIÓN DE DEMANDAS AL CONGRESO.

En su proclama al país, publicada en el *Heraldo de Cuba* el día 1° de septiembre, la asamblea declara, solemnemente, la decisión de los conductores de este “movimiento eminentemente popular” de consagrar, a sus limpios propósitos, “todas sus energías, las viejas energías y el mismo ánimo de sacrificio que alentó a los precursores y mantenedores de los ideales de la Patria en sus luchas por la independencia”. Y, asimismo, advierte, con énfasis declamatorio, que “no hay lógica, ni patriotismo, ni prevención honrada que pueda llevarnos a pactos circunstanciales que no tengan por base remover y sustituir los cimientos podridos sobre los cuales se bambolea la República, restableciendo, con libertad de honda raíz y espíritu democrático, el predominio de la honradez sobre el pillaje en alza, y de la capacidad creadora sobre la ignorancia endiosada”.

“La Asamblea Magna de Veteranos y Patriotas —finaliza el documento— ha recomendado a los Cuerpos Colegisladores los doce puntos que a continuación se expresan:

Primero.— Derogación de la Ley de Lotería.

Segundo.— Evitar que llegara a adoptarse la que crea en nuestro país el monopolio ferrocarrilero [Ley Tarafa].

Tercero.— Promulgar una que fije el cobro puntual de los veteranos de la independencia.

Cuarto.— .. absoluta independencia del Poder Judicial.

Quinto.— Derogación de los preceptos del Código Electoral que dan voz y voto [...] como miembros natos, a los congresistas, gobernadores [...].



Sexto.— Votar una ley de contabilidad que impida disponer de los fondos públicos sin responsabilidades efectivas.

Séptimo.— Fijación de los límites de la inmunidad parlamentaria para evitar que se amparen en ella los autores de delitos comunes.

Octavo.— ... Ley que armonice el esfuerzo del capital y el trabajo garantizando los derechos preferentes del obrero cubano [...].

Noveno.— Abolición de las reelecciones presidenciales en la oportunidad de hacer modificaciones a la constitución [...].

Décimo.— Que la constitución de la República se reforme también en el sentido de conceder a la mujer cubana igualdad de derechos políticos para estas dos finalidades: ser electoras y elegibles.

Undécimo.— La no promulgación de leyes de amnistía por delitos comunes.

Duodécimo.— Que se desista de la aprobación de la Ley por la cual se le concede al Ferrocarril del Norte de Cuba, franquicia arancelaria, porque perjudica grandemente al Erario Público y a los industriales y comerciantes de Cuba.”

La cúspide del Movimiento de Veteranos y Patriotas era el Consejo Supremo Nacional, constituido por un presidente, seis vicepresidentes, un secretario general, un tesorero, un secretario de actas y un secretario de correspondencia, con los vicesecretarios de rigor y diez vocales. En concordancia con los cargos enumerados, lo integraban, respectivamente, Carlos García Vélez, Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Miguel A. Varona, Carlos Pérez Díaz, Lorenzo Nieto, Alejo Carreño, Oscar Soto, Juan N. Iznaga, Manuel Despaigne, Luis Mariano Silva, Gustavo Gutiérrez, Rubén Martínez Villena, Carlos Alzugaray, Juan Marinello, Rafael Manduley, Miguel Llaneras, Generoso Campos Marquetti, Max Henríquez Ureña, Enrique Thomas, Mario Boza, Luis Landa, Luis Argüelles, Alberto Acosta, Hortensia Lamar, Horacio Martínez Franqui y Orosmán Viamontes.<sup>59</sup>

La primera decisión del mastodóntico aparato fue nombrar treinta y seis presidentes de honor, que incluían, desde Carlos Mendieta y Federico Laredo Bru —futuros presidentes títeres de Fulgencio Batista— hasta el ya potencial líder comunista Julio Antonio Mella, pasando, entre otros tíos de pronóstico reservado, por Rogerio Zayas Bazán —futuro secretario de gobernación de Machado—, el terrateniente Carlos Zaldo y el banquero Porfirio Franca, futuro pentarca septembrista. No podía ser otra la subsiguiente decisión del consejo: delegar sus facultades en un comité ejecutivo de cinco miembros, presidido también por García Vélez e integrado por Soto, Despaigne, Gutiérrez y Alzugaray.

---

<sup>59</sup> *Heraldo de Cuba*, 15 de octubre de 1923, p. 1.

Basta con una simple ojeada a esa gruesa lista para percatarse de la preponderancia de elementos conservadores, oportunistas, logreros y pitiyanquis. Embaucado por sus promesas y bravatas, el pueblo los seguiría hasta el grotesco desenlace. Convencido de la justeza de su causa, con plena confianza en el temple, la honradez y el patriotismo de García Vélez y abrazado a las ideas liberales y democráticas clásicas, injertadas con la tradición mambisa y el Manifiesto de Montecristi, Rubén Martínez Villena tampoco cejaría en el empeño, aunque propugnando que la única vía para la consecución de una Cuba nueva, libre y soberana, era la lucha armada. Su instintiva sensibilidad revolucionaria iba por delante de su pensamiento político.

El carácter y los fines que su máxima dirigencia pretende darle a Veteranos y Patriotas están ya enunciados en la plataforma programática. Los cambios políticos, económicos y sociales que Cuba demandaba —fase primaria de la revolución nacional liberadora ya objetivamente en proceso de germinación— brillaban por su ausencia. Las medidas y reformas que preconizaba, bajo la consigna central de la regeneración de las costumbres públicas, algunas de tono progresista como el reconocimiento de los derechos políticos a la mujer y otras tan urgentes como indispensables —abolición de la reelección presidencial, derogación de la Ley de Lotería, cese de la impunidad parlamentaria, cobro regular de las pensiones de los veteranos, supresión de amnistías a delincuentes comunes, el derecho preferente de los nativos al empleo—, mantenían intacta la estructura de la sociedad neocolonial. Se soslaya toda alusión a la vejaminosa injerencia norteamericana en los asuntos internos del país. El documento, no obstante su retórica demoleadora y la amenaza de apelar a las armas que trasluce, constituye un eventual compromiso, con fines distintos o contrapuestos, de grupos y clases sociales afectados por la corrupción administrativa, la desorganización estatal y el descontento general existentes.

Si se abarca en perspectiva la trayectoria del movimiento, se advertirá que, desde sus comienzos, ha recibido el entusiasta respaldo de importantes núcleos de la pequeña burguesía urbana, de algunos hacendados, de numerosos colonos, de politiqueros a la intemperie, de millares de campesinos, de muchos gremios reformistas, de la Junta de Renovación Nacional —vocero de intereses capitalistas criollos que, estrujados por la oligarquía y los monopolios yanquis, forcejean por adquirir influencia política y ensanchar sus utilidades—, del Club Femenino y de la Federación de Estudiantes de la Universidad de La Habana. Con su aguda pupila de águila, Mella ha entrevisto las posibilidades imprevistas que pudiera generar la dinámica de aquel estallido de masas en una coyuntura de crisis nacional.

El proletariado organizado y sus dirigentes más radicales, que han ido impulsando con una política de “acción directa” el desarrollo unitario del

movimiento sindical desde rígidas posiciones de clase, se limitan, en cambio, a observar con cautela el fenómeno. No dejaré en el tintero las reflexiones que, al respecto, se me ocurren. Es incuestionable que, antes de tomar cualquier decisión, se imponía un riguroso análisis de la composición de clase de la alta dirigencia del movimiento y de las fuerzas económicas y sociales que condicionaban su naturaleza y propósitos. No era suficiente. Importaba, a la vez, sin oponerse a las fundadas exigencias de las masas populares de poner coto a la deshonestidad administrativa, esclarecer, desde fuera o desde dentro, el origen de esa excrecencia y desenmascarar la genealogía y los intereses de clase de sus beneficiarios criollos y extranjeros. Esa política era la única que hubiera podido contribuir a transformar el contenido y el alcance del movimiento popular, encajonado por sus conductores en el cauce del *status quo*. Empujarlo, en suma, hasta donde fuera dable, contra el gobierno putrefacto, el dominio imperialista y la explotación capitalista.

Efecto y no causa y, por ende, sólo extinguido con la abolición de las relaciones capitalistas de poder y propiedad que la engendraban, esa típica lacra de la sociedad burguesa llegó a alcanzar tan descomunales proporciones durante la república mediatizada, que en parte considerable del pueblo se arraigó antes, entonces y después, la creencia de que constituía la raíz misma del drama nacional. Era un error táctico, por tanto, omitirla o minimizarla. Parece razonable suponer que, en la pasiva actitud asumida por el proletariado como clase frente a la formidable movilización de masas que sustentaba a Veteranos y Patriotas, debió pesar el residuo de concepciones anarcosindicalistas en la dirección del movimiento obrero.

Volvamos al curso de los hechos. Presidida por el general Domingo Méndez Capote, la comisión designada por la “asamblea magna” entregaría, el día 1° de septiembre, la exposición de demandas al presidente de la República, Alfredo Zayas, y al presidente del Senado, Aurelio Álvarez, acogida por aquél entre muecas y chistes y, por éste, con desdeñoso ademán y mortificante sorna.

El día 2 de septiembre Rubén pronunció un discurso, en el Teatro Maxim, que acrecienta su prestigio y ascendencia. El exordio define, rotundamente, su posición de combate: “...no es posible usar de la palabra académica y serena cuando palpita en el pueblo la más honda protesta por la forma casi de burla en que fue recibida la comisión de la Asamblea de los Veteranos y Patriotas por el jefe de la nación y los presidentes del Congreso; es unánime la protesta contra la política de cocodrilo que está desenvolviendo el Gobierno. [...] aunque el presidente del Senado no lo crea, existe el ciudadano cubano, cansado de que lo desprecien y que es peligroso provocarlo”.<sup>60</sup> “Creo —aseveró— que la exposición entregada por la comisión a dichos señores será leída y rápidamente olvidada, pero que la Asamblea debe decirle

---

60 *Heraldo de Cuba*, 3 de septiembre de 1923, p. 2.

al pueblo todos los días: hoy hace tantos días que hemos levantado nuestra protesta contra las arbitrariedades que se están cometiendo por los Poderes públicos, sin ser oídos.”<sup>61</sup>

“Así como el general García Vélez declaró que no era testaferrero de nadie —prosiguió entre continuados aplausos— yo, por boca de la Asamblea quiero hacer constar que tampoco la Asamblea se prestaría a manejos tortuosos. En presencia de amigos del general Menocal y de parientes suyos, puedo hacer constar que, si Menocal fue un brillante libertador, en la paz administró pésimamente la República y eclipsó sus glorias de patriota, por lo que ahora sufre el desvío de su pueblo, justamente indignado.”<sup>62</sup>

Ovación cerrada. “Esos aplausos, ese tumulto de palmadas —puntualizó— constituyen, en verdad, el anticipo de cómo pueden resonar un día las bofetadas en el rostro de los gobernantes venales.”<sup>63</sup>

Y, tras de prender un cigarrillo y concentrarse un instante, concluye con estas palabras arrebatadas: “Creo que no es hábil hablar de la intangibilidad de los Poderes públicos que nadie ataca, sino por los procedimientos que usa. Ésa frase es una que viene repitiéndose desde la época colonial; ahora como entonces esos poderes carecen de majestad, si se han ocupado a base del soborno, del atropello, la compra de votos, y los que tildan de locos a los veteranos y patriotas, no saben que le otorgan un título de gloria, pues verdaderamente resulta muy honorable estar demente en esa forma, en donde los que presumen de cuerdos son los que llevan la República al pantano.”<sup>64</sup>

“Cuando los poderes públicos no cumplen los mandatos del pueblo ni dictan decretos de sana administración, lejos de llamarse poderes constituidos, se llaman poderes prostituidos.”<sup>65</sup>

Aunque los primeros mítines de Veteranos y Patriotas en la capital se efectúan mayormente en el Teatro Maxim, también se cobijaban en el Teatro Martí y en los cines Fausto, Imperio y Verdún. Uno de los pronunciamientos de Rubén Martínez Villena en el Cine Fausto causó enorme expectación: era un explícito llamamiento a la insurrección popular. Esa noche, en la tertulia de Manuel Sanguily —bastión de melancólicas disconformidades— todavía vibraban los ecos flamígeros de su discurso.

El día 4 de octubre, la tribuna se levanta en el Parque Maceo: la presión popular ha compelido a la alta dirigencia del movimiento a adueñarse de la calle. Apenas Rubén Martínez Villena empieza a hablar, las miradas de la concurrencia se clavan, relucientes, en el joven de verbo admonitorio, enér-

---

61 Ídem.

62 Ídem.

63 Este fragmento, aunque pertenece al mismo discurso citado, no apareció en la reseña del *Heraldo de Cuba*, sino en *La Noche* del 3 de septiembre de 1923, p. 2.

64 *Heraldo de Cuba*, 3 de septiembre de 1923, p. 2.

65 *La Noche*, 3 de septiembre de 1923, p. 2.

gico y veraz, que ha ido ganando la confianza y la admiración del pueblo por su lucidez, sinceridad y valentía. Su discurso constituye un ultimátum al régimen. La muchedumbre se encrespa enfervorizada cuando, encarándose frontalmente a Zayas y al Congreso, Rubén, con el índice erizado de centellas, les previene: ustedes “rectificarán de grado o por fuerza, de todas maneras o desaparecerán en el turbión que está formándose en la conciencia popular... Nosotros no tenemos nada, nada tiene el pueblo y en cambio estamos dispuestos a todo. A todo, inclusive a morir, manteniendo nuestro juramento de crear una patria honrada que no sea una afrenta y una vergüenza, sino un legítimo motivo de orgullo, como cubanos”.<sup>66</sup>

Al arreciar la agitación popular, la acción punitiva comienza a dejarse sentir. En los informes policíacos se acusa a Veteranos y Patriotas de estar urdiendo planes subversivos y se ejerce vigilancia sobre algunos de sus más destacados personeros. Anticipándose a la contingencia, el movimiento se había ya inscripto, el 5 de septiembre, como Asociación Nacional de Veteranos y Patriotas, en el Gobierno Provincial de La Habana, haciendo hincapié en su carácter legal y sus fines constructivos. La persecución impopulariza aún más al gobierno y amplía el apoyo a los perseguidos.

Zayas, aspirante todavía tapiñado a la reelección, y Crowder, el ladino procónsul, tratarían, cada uno por su cuenta, de penetrar o escindir la dirección del movimiento. Conocen ya, por sus respectivos sayones, que en su seno se libra intensa disputa entre los que preconizan el visto bueno de Washington, como Despaigne, el cabecilla del sumiso “gabinete de la honradez”, y los que sustentan una línea independiente, como García Vélez, Oscar Soto y Gustavo Gutiérrez. La actitud más radical la personifica Rubén Martínez Villena que, a la par, se opone a la interferencia yanqui y predica la acción insurreccional.

Con la calambrina subida de golpe, el gobierno decide torpemente prohibir toda reunión o asamblea de Veteranos y Patriotas fuera de su domicilio reconocido. Cunde y resuena la protesta. El Primer Congreso Nacional de Estudiantes, que se está efectuando en la colina rebelde bajo la presidencia de Mella, condena la medida. Zayas resolvió, a partir de ese instante, combinar la represión con el soborno.

---

66 *Heraldo de Cuba*, 5 de octubre de 1923, p. 15.

Días antes, cuando la popularidad de Veteranos y Patriotas sobrepasaba ya los cálculos más optimistas, se produjo, durante una asamblea en el Cine Verdún, una intentona de aprovechar esa euforia con fines electorales. Contando con el apoyo de los politicones y politiquillos del Consejo Supremo, Gustavo Gutiérrez solicitó la palabra y, de sopetón, planteó la conveniencia de fundar un nuevo partido político que, por sus ideas, procedimientos y dirigentes, encarnara la voluntad genuina del pueblo cubano. Sin duda ganaría, a sombreroazos, los próximos comicios.

Dejaré que Tallet, allí presente, refiera el epílogo: “El grupo de los ‘líricos’, como llamaba el doctor Gutiérrez a los más jóvenes que, en torno a Rubén, figurábamos en el movimiento, tembló. La asamblea parecía convencida. Pero Rubén, sin pérdida de tiempo, advirtiendo el peligro, pidió la palabra apenas terminó el orador y sin preparación alguna, sin conocer de antemano la intención siquiera de Gutiérrez, fue desmenuzando [...] uno a uno todos sus argumentos con aquella su palabra persuasiva y precisa. Y cuando concluyó sus razonamientos dijo que ya que se nos llamaba los ‘líricos’, quería terminar con unos versos y recitó la parte final de su conocida epístola lírico-civil, aquella que dice:

*‘Hay que dar una carga para matar bribones [...],  
para acabar la obra de las revoluciones.’*

”Huelga añadir que por aclamación la asamblea rechazó la moción del doctor Gutiérrez y sacó a Rubén en hombros.”<sup>67</sup>

“Esa intervención de Rubén decidió la participación activa de muchos de nosotros en el movimiento” —anotaría José Antonio Fernández de Castro, otro de los jóvenes asistentes.<sup>68</sup>

La tesis de la lucha armada se había aceptado, tácitamente, aquella mañana. Y, desde ese mismo día, Rubén fue el tribuno, el estratega y el organizador de la insurrección. Preocupado por la perspectiva de quedarse a la cola de los acontecimientos, el Comité Ejecutivo se apresura, inducido por García Vélez, a elegir también esa vía. La poderosa facción electorera y capitula-

67 *Órbita de José Z. Tallet*, UNEAC, La Habana, 1969, p. 272.

68 José Antonio Fernández de Castro: “Una ignorada aventura patriótica de Rubén Martínez Villena”, en *Bohemia* (La Habana), 26(12): 18-19, 55, 58, 61, abril, 1934, p. 19.

cionista, temporalmente vencida, optó por redoblar en la sombra su pérfida labor de zapa.

En un intencionado artículo que titula “El puente y el rosado”, que vio la luz por esos propios días, Rubén había expresado: “La esperanza que tuvieron algunos, de que el clamor público fuera oído, atendido y satisfecho, ha sido defraudada [...]. En ese sentido, la palabra ha sido inútil: ‘margaritas a cerdos...’ No hay que pedir peras al olmo. ¡Si se quieren peras, arránquese el olmo de raíz y plántese y cuídese debidamente el peral, que no negará el fruto al hombre que lo mereció como recompensa a su trabajo!

”¡A estas verdades llaman LIRISMOS los que no pueden comprenderlas; pero no por ello dejan de ser verdades: verdades como puños, amenazan y lastiman. Y a la decisión firmísima de no entrar en discusiones sobre el honor de un pueblo, se le denomina intransigencia...! La palabra, la sinceridad y la honradez, han estado siempre en descrédito entre los delinquentes...

”Medidas radicales que beneficien al mayor número posible de ciudadanos y extirpen de una vez los males mayores, eso queremos. Ésa es nuestra intransigencia, ése el único pacto posible entre el pueblo y sus gobernantes: que la honradez se imponga a la ignominia. [...]. Hace cerca de sesenta días que el pueblo está tronando. Vanamente. Los pigmeos se burlan de la tempestad. Hoy, la tronada es una advertencia, acaso una amenaza. Mañana, el rayo será justificado por la Historia.”<sup>69</sup>

Rubén Martínez Villena se consagra, enteramente, a la tarea que le dictan su patriotismo y su conciencia. Inflama las muchedumbres, crea grupos de choque, organiza la acción a escala nacional. Es un dinamo que renueva la energía en su propia actividad. El 22 de octubre, desafiando la arbitrariedad pragmática de Zayas, perora en Cienfuegos: “No hemos venido a hacer propaganda —dice— porque en Cienfuegos no es necesario. Hemos venido a ver cómo está la cosecha de corazones, para edificar con ella los templos nuevos, sobre las ruinas de los ídolos de tarro. Es inútil toda medida de represión. Inútil ese decreto que es escarnio de la justicia y de la Constitución. Decreto ilegal y ridículo. Gracias a él, Zayas, actual e inmerecido Presidente de la República, verá que en Cienfuegos le responden con su propia táctica, amoldándose a la letra de la Ley para burlarla. Él mandó ‘porque le dio la gana’ que se suspendieran todas nuestras reuniones; pero no puede impedir que se efectúen. Pero esto va tocando a su fin. Encima de la Ley está el derecho, el derecho inalienable, intangible, imprescriptible, sacratísimo y, en uso de ese derecho, nosotros utilizaremos las vías legales o no legales para conseguir que los falsos ídolos se derrumben, y cuando purguen en la cárcel

---

69 *El Universal*, 10 de octubre de 1923, pp. 1-2.

sus delitos y el programa de rectificaciones se implante, regeneraremos a Cuba y tendremos una República como la soñaron nuestros héroes.”<sup>70</sup>

Al ser detenido semanas atrás, con otros miembros del Consejo Supremo, acusados del delito de conspiración para la rebelión, había declarado a los periodistas: “La inconformidad de un pueblo no se puede neutralizar con medidas opresoras. La indignación, como la pólvora, estalla más fuertemente cuando se la encierra en límites estrechos.”<sup>71</sup>

El juez especial dispuso, por orden de Zayas, la libertad de los encausados, entre los que se contaban Juan Marinello, Mariblanca Sabas Alomá, Agustín Cebreco y Generoso Campos Marquetti, truhán de tomo y lomo en tiempos de Machado.

Con su proverbial matrería y asiática paciencia, Zayas maniobraba sobre aquel volcán, puesta la mira en la reelección presidencial. A pesar de los presagios de erupción, fiaba en que su táctica de uñas largas y cheque abierto redujera finalmente la lava regurgitante a refresco de champola. Era cuestión de tiempo. Sin perder de vista los movimientos del Consejo Supremo, se abocaría, por eso, a aplacar la furia de los monopolios azucareros norteamericanos perjudicados por la Ley Tarafa, cuestión que dividía la opinión pública en dos bandos encarnizados. La pedrea de la oligarquía era constante. Y, a sus abominaciones, le hacían coro los jornaleros, pequeños detallistas y traficantes que medraban en los bateyes de los grandes centrales.

Promovida por la Cuban Railway Company con el propósito de acaparar el transporte ferroviario, la Ley Tarafa, al obligar a esos colosales pulpos a depender de los ferrocarriles de servicio público, traía aparejado el desuso de sus vías privadas y de sus subpuertos, cobertura “legal” del contrabando de mercancías y equipos para sus ingenios y de la exportación del ochenta por ciento de la caña molida. En esta zaragata intermonopolios, Zayas y el Congreso se arrimaron a la Cuban Railway Company, mediante generoso y sonante reparto de dinero.<sup>72</sup>

En representación de los intereses afectados, Elihu Root, secretario de guerra de Estados Unidos durante la administración de Mac Kinley, mano ejecutora de la Enmienda Platt e imperialista recalcitrante, exigió, más de una vez, la intervención militar de su gobierno. De esa ocurrencia, desde luego, se aprovecharía astutamente Crowder para debilitar la posición de Zayas y entorpecer su reelección o derribarlo con un golpe de estado que alentaba la ambición presidencial de Carlos Manuel de Céspedes Quesada. Pero Zayas, más despabilado y perillán que Crowder, conjugará el problema con una nueva ley que, a un tiempo, salvaguarda los privilegios de la General

---

70 *El Universal*, 23 de octubre de 1923, p. 2.

71 *Heraldo de Cuba*, 21 de septiembre de 1923, p. 14.

72 Ver Leland H. Jenks: *Nuestra colonia de Cuba*, Editorial Palestra, Buenos Aires, 1959.



Sugar Company, la American Sugar Refining Company y la Cuban Cane Sugar Corporation y provee a la Cuban Railway Company de la base legal para consolidar su hegemonía ferroviaria al levante de Santa Clara. Y, a fin de que la jugada culminase en carambola por tres bandas, elevó el rango de la representación diplomática en Washington, nombrando embajador a Cosme de la Torriente, sempiterno chambelán de la Casa Blanca y autor de las leyes que habían triturado la banca cubana y española, y le encomendó la “patriótica misión” de gestionar la reintegración de la Isla de Pinos a la soberanía cubana. Con este gesto demagógico pretendía atraerse la simpatía electoral de la opinión nacionalista.

La tensión política iría aumentando con el declive del año. La agitación popular, la recaudación de fondos para la adquisición de armas y los preparativos insurreccionales, a cargo de Rubén, marchaban con ritmo uniforme. Paralelamente, Crowder intensificaba sus manejos. Hacia dos objetivos enfiló la acción envolvente que había concebido, después de acucioso análisis de la información de sus soplonos: mediatizar a Veteranos y Patriotas y subordinar a Zayas. Ya los intervencionistas, invocando la Enmienda Platt, le han pedido el relevo del presidente y la constitución de un gobierno a gusto y arbitrio de los intereses norteamericanos. El antiplattista intransigente de 1902, con impudor inaudito, le envía emisario tras emisario, para suplicar cooperación y apoyo, a tenor de las obligaciones contraídas por Estados Unidos de preservar la tranquilidad pública, la propiedad individual y la seguridad nacional. Un gran hermetismo rodeaba todavía esas artimañas.

En esos días cruciales, Mella se apareció, de repente, en el domicilio de Martínez Villena. Era la segunda vez que se veían. Mella había visitado a Rubén, en las vísperas de la apertura del curso universitario, en procura de su consejo sobre la rechifla con que proyectaba “honrar” al secretario de instrucción pública, Eduardo González Manet, si se atrevía a asistir al Aula Magna. En esta ocasión, el motivo de la entrevista era cambiar impresiones sobre la convulsa y enmarañada actualidad.

Si apenas habían tenido trato personal hasta entonces, ambos se apreciaban y admiraban mutuamente. A Rubén le habían impresionado el ímpetu revolucionario, las ideas audaces y el poder persuasivo de Mella; a éste, el talento brillante, el coraje a toda prueba y la pureza de intenciones de Rubén.

A medida que iba avanzando el diálogo, se fueron sintiendo más afines y cercanos, no obstante la disparidad entre sus concepciones ideológicas. Rubén le expuso, en lenguaje tachonado de patrióticos ardores, sus puntos de vista sobre los problemas planteados y la forma de resolverlos. La finalidad de la insurrección que preparaba era, justamente, cumplir el mandato traicionado de Martí.

Mella escuchó a Rubén con interés y respeto; pero, al tomar la palabra, no le escondió su carencia de fe en los máximos dirigentes de Veteranos y Patriotas y en las soluciones simplistas que proponían para resolver los complejos problemas del país. Y, sin ambages ni tapujos, le dijo, con su peculiar ceceo, cuanto pensaba:

—Mira, Rubén, la única forma de resolverlos de veras es mediante la conquista de nuestras riquezas, independencia y soberanía, que hoy detentan los banqueros de Wall Street y los políticos de Washington. El pueblo cubano nunca ha sido libre. Ayer, fuimos colonia del imperio español. Ahora, somos semicolonias del imperialismo yanqui. Es cierto cuanto denuncias y necesario cuanto reclamas. Pero la honestidad administrativa, el sufragio efectivo, la verdadera democracia, la igualdad racial, la educación del pueblo, el bienestar de los trabajadores, la justicia para todos, la soberanía nacional, son mitos, puros mitos, en nuestra actual sociedad...

Rubén intentó argumentarle, pero Mella se le adelantó:

—Ten en cuenta, además, que la era de la democracia burguesa está en proceso de disolución. La Revolución Rusa ha inaugurado la era del socialismo. La revolución que Cuba requiere, en los tiempos que corren, tiene que ser política, económica y social. ¿Que no es factible ahora? De acuerdo. Pero hay que prepararla y luchar por ella.

Y solía contar Rubén, que Mella no se dio respiro ni pausa hasta concluir:

—El mundo que está naciendo será el mundo de los trabajadores. A la clase obrera le ha tocado la hermosa misión de liberar a la humanidad de todas las injusticias, miserias, desigualdades, tinieblas y opresiones acumuladas durante milenios. A ella le corresponde también encabezar la lucha contra el imperialismo yanqui, en estrecho concierto con los intelectuales honrados como tú, la juventud estudiantil, los guajiros y todos los sectores esquilmados y sojuzgados o ciudadanos heridos en su sensibilidad humana por la explotación y el dominio extranjeros, en contubernio con los burgueses y politiqueros cubanos. Creí que se podía y debía aprovechar en favor de nuestra liberación nacional y social este potente brote de protesta popular y, por eso, la Federación lo saludó y, yo mismo, hablé en una asamblea ofreciéndole el apoyo de los seis mil brazos de los tres mil estudiantes universitarios. Tengo dudas serias de que pueda ser así. Esto puede acabar en tragicomedia. Sé que tú tratarás de impedirlo. Sin embargo, puede acabar en eso. Te digo francamente lo que pienso. Y, para decírtelo todo, Rubén, yo soy comunista.<sup>73</sup> Pero cooperaré personalmente contigo en los preparativos insurreccionales y permaneceré vigilante del sesgo que tome el proceso para

---

73 No solamente de ideas. Unos meses después, Mella ingresaría en la Agrupación Comunista de La Habana. Asombrosa fue la evolución de su pensamiento político y de su acción social. Recién matriculado en la Universidad, redactó y suscribió el pronunciamiento estudiantil contra la adjudicación, a Crowder del título de Doctor Honoris Causa, y a las

proceder de acuerdo con las circunstancias. Cuanto contribuya a ganarle terreno al enemigo, hay que apoyarlo, profundizarlo, radicalizarlo. En eso también veo claro...

Cuando Mella se fue, Rubén quedó sumido en hondas cavilaciones; pero aún tenía fe absoluta en sus ideas y propósitos, y prosigue, con mayor pasión y denuedo si cabe, la lucha emprendida, sin dejar de departir a menudo sobre el curso de la situación con Julio Antonio, cada día más escéptico.

El joven adalid, en trance de saltar definitivamente del aula al sindicato, había logrado, tras ardiente, concienzudo y arduo enfrentamiento con la pujante facción derechista, que las posiciones de izquierda se abrieran paso en el congreso estudiantil. No queda rastro en sus actas de la participación de Rubén. Al tanto de su desenvolvimiento sí estuvo, y envió a Mella su felicitación por la victoria obtenida.

El proceso del movimiento continental de reforma universitaria iniciado en Argentina en 1918<sup>74</sup> y su proyección en Cuba es harina sobada y eso me exime de machacar en el tema, al cual dediqué extenso estudio hace años.<sup>75</sup> No es ocioso recalcar, sin embargo, el significado mayor que revistió, no obstante sus vicisitudes y adulteraciones ulteriores, aquella mesiánica irrupción de la capa más consciente, vibrátil y madura de la pequeña burguesía estudiantil e intelectual latinoamericana. Constituiría, en suma, la búsqueda utópica de una salida nueva y propia a la cerrazón de horizontes y a las dramáticas afectaciones de su nivel de vida y licencias de clase a causa de los tremendos cambios, conflictos y desajustes originados en la estructura de la sociedad capitalista y, sobre todo, en su periferia subdesarrollada y dependiente, por el triunfo de la revolución proletaria en Rusia, la crisis general subsiguiente a la posguerra, el desplazamiento a nivel hemisférico del imperialismo británico por el yanqui y la penetración arrolladora de éste en el área del Caribe, mediante mecanismos ya establecidos o intervenciones militares.<sup>76</sup> Si las transacciones de clase en muchos casos y la represión brutal o el sectarismo ideológico en otros, quebrantaron o impidieron la unidad de la insurgencia estudiantil e intelectual con el emergente movimiento revolucionario del proletariado, fue, empero, para éste, rica cantera de dirigentes políticos ex-

---

protestas y manifestaciones populares que organizó se debió, básicamente, el fracaso de la abyecta zalema

74 Ver Gabriel del Mazo (comp.): *La reforma universitaria*, Ensayos críticos, Edición del Centro de Estudiantes de Ingeniería, La Plata, Argentina, 1941.

75 Ver "La revolución universitaria de 1923". Fuentes indispensables de consulta sobre la cuestión y sus ulteriores desarrollos: Olga Cabrera y Carmen Almodóbar: *Las luchas estudiantiles universitarias. 1923-1934*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975 y Erasmo Dumpierre: *Julio Antonio Mella, biografía*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

76 Ver Scott Nearing y Joseph Freeman: *La diplomacia del dólar; un estudio acerca del imperialismo norteamericano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

cepcionales y teóricos de fina penetración, que individualizo en Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, José Carlos Mariátegui y Aníbal Ponce. Su contrafigura histórica fue y sigue siendo Víctor Raúl Haya de la Torre, juliano, tartufo y sancho de farándula.

El Congreso de Estudiantes condensa, en sus acuerdos, la más alta impulsión revolucionaria del movimiento de reforma universitaria en Cuba. Basta con enumerarlos: autonomía universitaria, reforma docente integral, declaración de derechos y deberes del estudiante, creación de la Confederación de Estudiantes de Cuba, abolición de la Enmienda Platt, pronunciamiento contra la doctrina Monroe, denuncia del panamericanismo, reprobación del sistema capitalista, protesta contra los atropellos perpetrados por el imperialismo en los pueblos de las Antillas, América Central, Filipinas, Irlanda, Egipto, India y Marruecos, oposición a la injerencia norteamericana en los asuntos internos de Cuba, reconocimiento diplomático del gobierno soviético, saludo fraternal a la Federación Obrera de La Habana con votos por una perfecta unión de estudiantes y obreros con el fin de preparar la transformación del actual sistema económico, político y social sobre el principio de la justicia absoluta, campaña de alfabetización semejante a las emprendidas en la Unión Soviética por Lunacharski y en México por Vasconcelos, y exclaustación de la cultura.<sup>77</sup> El concurso del Grupo Renovación, que presidía Alfonso Bernal del Riesgo, fue decisivo en algunos momentos.

Pero el acuerdo de más envergadura política y proyección social del congreso fue, sin duda, la creación, a propuesta de Gustavo Aldereguía, de una universidad popular que constituyese el centro de convergencia del movimiento estudiantil y del movimiento obrero.<sup>78</sup> No fue una decisión ritual ponerla bajo la advocación de José Martí. Simbolizaba, precisamente, el nuevo sentido del proceso en desarrollo: libertad plena de la patria sobre el primado soberano de la justicia social.

El 3 de noviembre, la Universidad Popular José Martí inauguró sus actividades con una velada en el Aula Magna. La composición social de la mesa presidencial y de la concurrencia debió de ser motivo de escándalo para los profesores neolíticos y los alumnos aristocratizantes. Con Mella, Alfonso Bernal del Riesgo, Gustavo Aldereguía, Sarah Pascual y Leonardo Fernández Sánchez, compartían el estrado los líderes obreros Alfredo López y José Manuel Acosta, secretario general de la flamante institución. Ocupaba asiento, también, un estudiante peruano, Víctor Raúl Haya de la Torre. Numerosos obreros, con trajes de apéame uno o en mangas de camisa, reverdecían, con su animosa y fornida presencia, las marchitas colgadas y las secas paredes.

---

77 Ver Comisión Nacional de la UNESCO: *Julio A. Mella, documentos para su vida*, Comisión Nacional de la UNESCO, La Habana, 1964.

78 *Ibidem*.

Quizá parezca hoy chocante la participación de Haya de la Torre en este acto revolucionario. Fue tan natural como obligada en ese momento. Conductor del movimiento de reforma universitaria y de la lucha antiimperialista en el Perú, en las cuales había adquirido renombre y ascendencia continental, el futuro tráfuga acababa de ser deportado por el dictador Leguía y traía consigo un nimbo casi legendario. Se explica y justifica, igualmente, que Mella lo despidiera con estas hiperbólicas palabras: “Pasó entre nosotros, rápido y luminoso, como un cóndor de fuego marchando hacia los cielos infinitos. [...]”.

”Es el arquetipo de la juventud latinoamericana, es un sueño de Rodó hecho realidad, es Ariel.”<sup>79</sup>

A propósito de esta exaltada transustanciación, cabría referirse a una vuelta inesperada a Rodó, más “política” que literaria, en la promoción intelectual de 1923, y sobre todo, en sus combatientes más radicales. La influencia del vago son antinorteamericano de *Ariel*, acompañada con rítmicas añoranzas del “milagro griego”, y de la literatura estimulante de *Motivos de Proteo* —complejo vitamínico de Guyau, Emerson y Smiles— es bien ostensible en el Mella juvenil y en el joven Martínez Villena, que comparten, también, la admiración a Vasconcelos y el culto a Ingenieros. Dato curioso: se desconocía la campaña bolivariana y antiimperialista que libraba el argentino Manuel Ugarte. Ni se conoce, tampoco, el combativo libro *Contra el yanqui*, del manzanillero Julio César Gandarilla, quien señaló, acaso el primero, la proyección antiimperialista de Martí.

Las innumerables y contradictorias facetas de esa fase germinal del tiempo nuevo están necesitadas de un estudio cabal, dinámico y coherente, desde una perspectiva marxista, del proceso de la cultura cubana en su bifronte y entrelazado desarrollo de ideología de dominación e ideología de liberación.

Las clases de la Universidad Popular eran nocturnas. Se imparten en las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras, adyacentes al patio de los laureles. El perfume de los jazmineros penetraba por las ventanas. Más de quinientos alumnos acudían, cada noche, a las aulas. Unos, bastantes, aprendían a leer y a escribir. Otros, la mayoría, recibían conocimientos básicos de Gramática, Literatura, Ciencias Naturales, Historia, Geografía y Economía. Y todos, desde luego, irían sorbiendo, poco a poco, de labios de Mella, los jugos del marxismo-leninismo, que a la par de proporcionarles una idea clara y científica del mundo, la sociedad y la historia, los suple con las armas políticas necesarias para las grandes batallas revolucionarias que se avecinan. Las didácticas charlas de Julio Antonio sobre la problemática cubana son tan iluminadoras como agujoneantes. Aunque bien sabía éste que la función

---

79 Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *Julio Antonio Mella; documentos y artículos*, ed. cit., p. 76.

cardinal de la Universidad Popular José Martí era atacar el monopolio burgués de la cultura, en Cuba llegaría a constituir, como en ningún país de nuestra América, un sólido baluarte de la lucha de la clase obrera contra el reformismo, la reacción y el imperialismo.

No duró mucho esta fase de su activa y fecunda existencia: la progresiva descomposición moral y el retroceso ideológico del movimiento estudiantil inducirían a Mella a trasladar su campo de acción a los sindicatos.<sup>80</sup>

Mediaba el mes de noviembre cuando arriba a La Habana, en aparatoso viaje alrededor del mundo, el novelista español Vicente Blasco Ibáñez, barriga flatulenta de vaca lechera y vanidad esmerilada por la propaganda. La fraternidad Alpha lo invitó a dar una conferencia en el Aula Magna. Fue suspendida por la alta dirección estudiantil, a propuesta de Mella. Quien había escrito el procaz y reaccionario libelo *El militarismo mexicano*, editado a paga en Estados Unidos, y ha convertido su literatura en enervante o pintoresca mercadería disputada por Hollywood para incrementar sus ganancias a costa de las gesticulaciones y disfraces de Rodolfo Valentino, estaba moralmente incapacitado para platicarle a la juventud cubana. No sólo había traicionado su ideal republicano-socialista: mancillaba, juntamente, la pluma que escribió *La catedral*, *La barraca* y *El intruso*. “Los hombres que dirigen o les hablan a los estudiantes —sentenciaría Mella en fulminante declaración pública—, tienen que ser, como decía Díaz Mirón: ‘firmeza y luz como el cristal de roca’.”<sup>81</sup>

El repudio estudiantil a Vicente Blasco Ibáñez suscitó contrapuestas reacciones en los medios culturales. Rubén Martínez Villena se solidarizó con aquella severa lección de ética intelectual, que revivía la majestad y contundencia de un aforismo de Luz y Caballero.

---

80 Ver Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *Julio Antonio Mella; documentos y artículos*, ed. cit.

81 *Ibidem*, p. 74.

Extinguía el año entre chaparrones tropicales y “nortes” fragorosos. Una típica invernada criolla.

En la ciudad “alegre y confiada” se conspiraba a libre plática. Hasta *kon su ma*, le decía la prensa adversaria al Chino<sup>82</sup> y su plaga de tambochas. Ecos de ecos, sombras de sombras, reflejos de reflejos —como diría Augusto, mi “pariente” paraguayo—, miles de bolas rodaban, vertiginosamente, por las calles.

—Sí, chico. Me lo dijo un peje gordo que figura en la charada. No, no puedo decírtelo. Pero la candela me está ya quemando los dedos —profería uno, en un corrillo de Marte y Belona.

—¡Bah! Ni te ocupes. Oye lo que te digo. El Chino tiene que irse o lo van... sí, sí, con los cuatro gatos y María Jaén. Dicen que hasta durmiendo hace muecas —aseguraba otro, en la feérica esquina del pecado.

—Ven acá, viejo. ¿Tú te crees que “Cruder” va a aguantar tranquilito que los revoltosos y anarquistas se sanfinflen a Zayas? ¿Tú no sabes que este yanqui tiene al Chino cogido por la nuez y usa navaja de cuatro filos? ¡Ah, no comas caballito de queque! A ése no hay quien le corte la chiringa. Te lo digo yo, que jamo lo que está pasando como nadie. Oye, trágetelo en seguida: yo trabajo para “Cruder” —pontificaba aquél en un merendero del Prado.

—¡Subuso, compay! Esto no es de mentirita, como lo del cometa “Jale” o la chambelona. Cuidadito, que los huele huele andan en todas partes. ¡Mira, mira! ¿Ves ese mamalón que finge estar esperando el tranvía? Vive cerca de mi casa. Me consta que es de la jara, de esos que dan palo y goma a tutiplén —susurraba otro, en el sórdido cafetucho de Galiano y Trocadero.

Rubén Martínez Villena multiplicaba, por esos mismos días, sus quehaceres insurreccionales, no obstante que la salud empieza a fallarle. Un violento catarro bronquial había repercutido en sus pulmones. Era la concreción misma

---

82 Más que a sus facciones asiáticas, fue a su impassibilidad y paciencia orientales que debió Zayas ese mote popular, bastante difundido en nuestra América. Ocurrieron cómicas confusiones. Mencionaré, a propósito, una que dejó estupefactos a los delegados latinoamericanos al Congreso de la Internacional Sindical Latinoamericana, efectuado en Montevideo. En su discurso sobre la situación del movimiento obrero en Cuba, un delegado argentino, muy conocido, afirmó, con la enfática irresponsabilidad del que se las sabe todas, que en nuestro país la mayoría de la población era de origen cantonés y, por eso, había podido ser un chino presidente de la república.

del movimiento continuo. Recorría, casi a diario, en un fotingo resoplante, la provincia de La Habana. En Alquizar, su terruño natal, sacudió a los moradores, que se han tirado a la calle a recibirlo y escucharlo. Su primito Magoon, que lo adora, no le pierde palabra ni gesto. Puso en estado de alerta a Bejucal, San Antonio de los Baños y Güines. Varias veces visitó Matanzas. Y simultáneamente, colectaba fondos, presidía reuniones, redactaba circulares, distribuía tareas, reclutaba prosélitos y escribía proclamas clandestinas y artículos para la prensa.

El epicentro de ese huracán de actividades es la organización del alzamiento popular y la búsqueda de armas y explosivos. Hace algún tiempo le está rondando la idea de que un apoyo aéreo sería decisivo. Sin duda, la ocurrencia era excelente. Mas, ¿cómo viabilizarla si carecía de recursos para ello? Y, en vista de eso, decidió apelar a García Vélez. No sólo acogió con calidez el proyecto: se comprometió a adquirir los aviones y le confió la responsabilidad de preparar la operación. Sin embargo, algo que agregó, al despedirse, dejó bastante malhumorado a Martínez Villena:

—Me ocuparé también de contratar pilotos norteamericanos para que ejecuten el bombardeo. En Estados Unidos sobra gente que se presta a todo por dinero.

Honda resonancia tuvieron varios de los artículos que Rubén publicó en aquellas encrespadas postrimerías y, sobre todo, los que tituló “La revolución de 1923”, “¡En guardia!...” y “Sentencia de muerte”.

En “La revolución de 1923”,<sup>83</sup> el de mayor rigor expositivo y aliento literario, quiso fijar las causas antiguas, contemporáneas e inmediatas y los antecedentes y factores favorables de Veteranos y Patriotas. Atribuyó, básicamente, a “la ignorancia” y a “la impunidad”, el origen de todos los males que señalaba. Son —escribe— “como ramificados de un tronco duple”.

Con encendido patriotismo, ataca las execrables realidades heredadas de la colonia española y las nuevas generadas por la dependencia neocolonial, pero pasa por alto, en su brillante análisis, el origen profundo del desastre nacional. Se había opuesto, más de una vez, a la intromisión norteamericana en Cuba. Combatía, incluso, las posiciones intervencionistas en el Consejo Supremo. Pero no le ha convencido aún la tesis de Mella. Cree en la pureza y eficacia de la causa que defiende, aunque acaso rumie aquélla inconscientemente. Veía esas realidades con ojos todavía nublados por anacrónicas secreciones ideológicas. Sin embargo, su cándida identificación de esa “revolución” quimérica —flecha radiante disparada hacia las nubes— con la verdadera revolución que Cuba requería, denota que su instintiva sensibilidad revolucionaria se le está ya filtrando, sigilosamente, en la conciencia.

---

83 *El Universal*, 13 de noviembre de 1923, pp. 3 y 5.



El artículo “¡En guardia!...”<sup>84</sup> constituye una de sus críticas más mordaces del zayato y es, a la par, vibrante clarinada que convoca a la batalla.

Arrogándose el derecho que cualquier ciudadano tiene a ser ponente en el proceso que la opinión pública, constituida en supremo tribunal político, ha seguido al gobierno, en “Sentencia de muerte”<sup>85</sup> Rubén fundamenta, en catorce resultados probados y en siete considerandos, la sanción que propone y dicta. “FALLAMOS —concluye—: que debemos condenar y condenamos al actual Gobierno a la pena máxima, o sea a la sanción política ‘de Destitución’ por el pueblo, que debe, a ese fin, poner en práctica toda clase de medidas al objeto de ejecutar esa condena [...]”. Esta sensacional ocurrencia aguló los festejos pascuales del mandarín y su cúmbila.

En medio de la vorágine en que ha vivido durante el año que expira, Martínez Villena ha extraído tiempo para compilar un volumen de discursos de Fernando Ortiz y, asimismo, de cumplir sus tareas de secretario del infatigable polígrafo y próspero abogado. Cuando crecen sus obligaciones patrióticas, obtiene la venia de aquél para trabajar en el bufete en las tardes o en la prima noche. Inevitablemente, el diálogo ágil y pulposo se trenzaba entre ambos y, a veces, se diluye en tertulia, cuando irrumpen amigos ávidos de “últimas noticias”. En uno de esos fructuosos paliques, que versaba sobre oratoria y oradores, y en que todos coinciden en la crisis de prestigio que atravesaba la palabra en Cuba, Rubén concibió el proyecto que, con la anuencia conmovida de Ortiz, quien alta estima le tiene, llevaría rápidamente a vías de hecho. En el mes de julio aparece en las librerías *En la tribuna*.

En su espléndido prólogo, Rubén consigna el estado de envilecimiento en que han caído la oratoria y el orador en Cuba. “En Cuba —afirma— abunda el charlatán de feria, transformado en tribuno político. [...]. Se sufre así una epidemia oratoria; peligrosa, por cuanto el orador de barril, gesticulante y estridente, viene a ser considerado como indispensable en las poco frecuentes campañas de cultura o fiestas de la inteligencia; y la impreparación de los oyentes es parte a producir el error de confundir al ensartador de palabras huecas con el pensador o el estudioso, que eslabona ideas medulares y usa la palabra sólo como medio para exponer el resultado de sus pensamientos o de sus estudios.

”En Cuba [añade] hay actualmente, pocos oradores. La enorme cantidad de charlatanes no logra imprimir personalidad, timbre de escuela propia, de dicción distinta, que darían —siquiera fuera en la forma— un sello de originalidad a sus palabras. Por eso existe en esta clase un tipo de orador que se reproduce en todos, con la fidelidad que hay en la multiplicación de un solo *clisé*.” Y yendo ya más a fondo: “El abuso que se ha hecho de toda

---

84 *El Universal*, 28 de noviembre de 1923, p. 8.

85 *El Universal*, 17 de diciembre de 1923, p. 7.

esa palabrería insulsa como arma para engañar electores ignorantes, y la decepción frecuente que ha producido en los cultos la lectura de discursos que aplaudieron bajo la sugestión auditiva y visual del dicente, han traído, en incautos y conscientes, una justificada desconfianza en la *Tribuna*. [...]. Esto es doloroso: la palabra cubana en descrédito. Es casi una vergüenza para el pueblo [... que] escuchó el arrebato ordenado de la oratoria de Sanguily y dio en el mejor de sus hijos el primer orador de la América y acaso el más personal y formidable de los oradores de la humanidad.”

La oratoria de Ortiz reivindicaba, en parte, la tradición escarnecida. “El bloque de su maciza cultura —recalca Rubén— es lo que hay detrás de estos discursos, amenizados por espontáneos brotes de gracia latina. La solidez de sus ideas se aligera en alas de una exposición diáfana, espolvoreada de sal criolla. Porque Ortiz es acaso el más genuinamente cubano de nuestros oradores. Sus ocios pequeños y dispersos de explorador afortunado, le han permitido formar como jugando, en la selva filológica, su sabroso *Catauro de cubanismos*, de los cuales se hallan sembrados esos discursos. Sus imágenes son netamente cubanas; es nuestra flora y nuestra fauna y nuestro pueblo con sus costumbres y modismos, los que sirven para ilustrar hasta sus disertaciones académicas.”

Si la palabra “ha caído en descrédito —había advertido Martí— [es] porque los débiles, los vanos y los ambiciosos han abusado de ella”; pero, “todavía —añadió— tiene oficio la palabra [...]”.<sup>86</sup>

Esclarecer, fundar o redimir es el oficio de la palabra. ¿Y quién, sino precisamente Rubén Martínez Villena, habría de verificar, en aquellos mismos días y más aún en los posteriores de su liderazgo comunista, el aserto de Martí, devolviéndole su oficio y su autoridad a la palabra cubana? Si alguna contribuiría, decisivamente, a esclarecer, fundar y redimir, fue la suya.

Pero también hallaría tiempo para darle salida, honda y depurada, a complejos sentimientos que le agitan o atormentan. Rubén había cerrado su tallada producción literaria del año anterior con una joya de valor antológico: el cuento “En automóvil”.<sup>87</sup> Su primera aventura en el difícil género revelaba inusual maestría narrativa. Virgilio Piñera, que ha encarado la lírica de Martínez Villena con insólita superficialidad y gratuita irreverencia, no le escatimó encomios al sostener que este cuento “se emparenta con grandes narraciones como ‘El super-macho’ (Jarry), ‘El heresiarca y Cía’ (Apollinaire), con Alphonse Allais, con Xavier Forneret y también con Villier de L’Isle Adam y, por qué no, con Poe”.

Abriría el nuevo año que ahora agonizaba con “La pupila insomne” y “El anhelo inútil”, cuajadas cristalizaciones, en que, a la impotencia de engendrar el canto sin linaje, se asocia la obsesión metafísica de la muerte, tocada, como

86 José Martí: *Obras completas*, op. cit., t. 4, p. 230.

87 Ver *Chic*, diciembre de 1922.

dice Regino Pedroso, “del más humano estremecimiento”.<sup>88</sup> Esta obsesión es aún más punzante y turbadora en el miniado soneto “El enigma de la amante horrible”. En la “Insuficiencia de la escala y el iris” —otro soneto de fino engaste modernista— jadea el conflicto entre el ansia angustiosa de expresión colmada y la trágica certeza del vencimiento irremediable. Tentado por el misterio y el enigma, ha pretendido, vanamente, comunicar la sensación inefable. Imposible infundirle verbo, música o luz a la canción imposible.

“Paz callada” parece un romántico drenaje de mudas desesperaciones ante los reclamos de titánicas empresas en un ambiente espiritual de abulia, inercia, vulgaridad, fatiga, oquedad, intrascendencia. Eso pudo haber sido. O, también, trasunto del abscondito combate entre su generosa vocación poética de servicio y las exigencias enajenantes del egoísmo artístico en derrota. Esa pugna agotadora, tras de recluirse en la desolación inexpresable de sus versos volteando en el silencio, desemboca, con tempestuoso arrebató, en “El gigante”, conciencia relampagueante de su prometeico destino.

Las imágenes de estos sombríos, amargos, hirientes o agobiantes paisajes anímicos las proyecta líricamente Rubén cuando se ha entregado, en cuerpo y alma, a la lucha, a la vida, a la luz, a la música, a la ofrenda; alborada que anuncian los pareados estallantes de sol, pasión y esperanza del “Mensaje lírico-civil”. ¿Fenómeno de ambivalencia? Duelo irreconciliable, por el contrario, en una personalidad singular, desgarrada por las dos fuerzas que se disputan todavía el predominio: la fuerza que aherroja y la fuerza que libera, la fuerza que narcotiza y anula y la fuerza que despierta y levanta y empuja y se lanza por el mundo en pos de consonancias reales, magnos quehaceres, imposibles posibles. Aguda observación la de Cintio Vitier: “[E]l ‘imposible’ poético, pasando de la historia a la intimidad lírica como ya había sucedido en Casal, se empalma pronto en Rubén con el agónico tema martiano de las ‘fuerzas sin empleo’, provocando en las estrofas irruptoras de ‘El gigante’ la única resurrección que entre nosotros ha tenido el fuego de los *Versos libres*.”<sup>89</sup> Y, no menos aguda, la de Nicolás Guillén: “Para nosotros, los poetas cubanos, Martínez Villena tiene una significación sin otro paralelo que José Martí.”

No me percaté de ello cuando escribí el juvenil bosquejo biográfico para *La pupila insomne*. Lo vi, después, ya maduro, con asombrosa claridad. A todos los poemas tenidos por más importantes de Rubén se les merma la jerarquía interna y el vuelo trascendente al contrastarlos con esta egregia épica lírica.

---

88 Regino Pedroso: “Rubén Martínez Villena, el poeta y el hombre”, en: *Ahora* (La Habana): 4, 18 de marzo de 1934, p. 4.

89 Cintio Vitier: *Ese sol del mundo moral; para una historia de la eticidad cubana*, Siglo XXI, México, [c 1975], p. 116. Profesión de fe política de un cristiano revolucionario, en esta hirviente redoma relucen las dotes de escritor y poeta de Vitier.

Mientras el año viejo se iba disolviendo en la noche florecida de luciérnagas, un chicuelo voceaba, periódico en manos, a los transeuntes apurados:  
—¡Última hora! Lo que dice Villena. Lo que dice Villena.

Y esto era lo que decía: “Ya es tarde para engañar. ¡Y está llegando la hora de la ira!”

¡Año nuevo para el mundo! ¡Vida nueva para Cuba! —proclamaba Rubén Martínez Villena en un mitin relámpago que se efectúa en el parque de Bejucal, a principios de enero de 1924.

—¡Ataja! ¡Ataja! ¡A coger ese revoltoso! ¡Ataja...!

A punto de caer atrapado, engrampó el fotingo, que se abalanza por la carretera entre estruendosos bufidos y remolinos de polvo y deja atrás los trotones de la guardia rural.

En el escaso tiempo libre de que disponía, Rubén suele reunirse con viejos camaradas de musas y musarañas, como Enrique Serpa o Andrés Núñez Olano, en algún tranquilo café de la calle del Obispo. Al retornar a su casa acostumbraba a escurrirse en las librerías, donde ojeaba, con irrefrenable curiosidad, las novedades literarias.

En uno de esos ocasionales escapes, pocos días después de la jocosa aventura de Bejucal, *reconoció* a Asela Jiménez en Minerva, el comercio de libros más frecuentado por los escritores y poetas de su promoción. Un discípulo universitario, Antonio Pola, que la acompañaba, los presentó. Lírico episodio. Sus corazones, acaso impacientes por encontrarse antes de conocerse, latieron al unísono desde el primer instante. Sin duda, la flecha que les asignó Cupido, a que aludiera, en parejo trance sentimental, Antonio Machado, el poeta que, como dijera Osvaldo Dorticós, subió al pueblo sin rebajar la poesía. Asela sería el apasionado, tierno, desvelado y constante amor de Rubén Martínez Villena, con esta limpia y definitiva advertencia, dicha con sencillez y naturalidad: “Honradamente, yo no [puedo] ofrecer mi vida, ni mi tiempo, ni mi persona; ni siquiera mi pensamiento íntegro. [...]. Antes que nada me debo a la causa, por la cual no olvido que he jurado morir, si es necesario...”

El Consejo Supremo difundirá, por sus conductos secretos, la fecha del alzamiento y sus propósitos inmediatos: derrocamiento de Zayas, disolución del Congreso, destitución de gobernadores y alcaldes, gobierno provisional, depuración de la administración, convocatoria a elecciones. Se excluía, tras de intenso debate, toda participación de los cuerpos armados. Aunque García Vélez lo presenta como suyo, el verdadero autor del plan político era Martínez Villena, quien lo defiende, hasta obtener su aprobación, con intransigencia inexpugnable.

Trazaría, también, la estrategia militar a seguir: bombardeo de los objetivos militares de La Habana, asalto y ocupación del palacio presidencial y de los edificios públicos, total control de las comunicaciones, dominio de la ciudad por los grupos de acción. Similar esquema se envía a las provincias, con el consiguiente margen para adaptarlo a las circunstancias y recursos.

El armamento de alto calibre y los pertrechos acopiados en Estados Unidos, en cantidad suficiente para garantizar el éxito de la operación, se habían guarecido en un estorage de la ciudad de Wilmington, bajo la custodia de gente de “absoluta confianza”. Las gestiones finales para la distribución de los alijos las hizo el propio Martínez Villena con los enlaces clandestinos destacados en Cuba por los contrabandistas norteamericanos. Los aviones adquiridos y los pilotos alquilados aguardaban la orden de despegue en Ocala. Todo parecía marchar a pedir de boca.

Ni Zayas ni Crowder, por supuesto, dormían a pierna suelta. Conocen, casi al dedillo, cuanto se trama. Algo más importante: trabajan de consuno. Uncido ya a sus designios, Crowder ha decidido jugar la carta de Zayas y obtiene el respaldo del presidente Coolidge. Ocurría, al cabo, lo de siempre: oposición cerrada del imperialismo a la más leve posibilidad de cambio —mucho menos por la acción popular— de su sistema de explotación y dominio.

Se desató la persecución contra los miembros del Consejo Supremo y numerosos jefes del movimiento en las provincias. Algunos son detenidos, muchos se esconden, otros ponen mar por medio. García Vélez desapareció. Más intimidante que represiva, la medida ha surtido el efecto propuesto. Sin embargo, por decisión del Consejo Supremo, García Vélez embarca súbitamente, sin que nadie lo moleste, con una misión “patriótica” de “veteranos” muy preocupados por el riesgo que pudiera correr la “independencia”, que olía a *fu* al olfato más tupido: indagar si el gobierno norteamericano intervendría en Cuba en el caso de que el movimiento armado se produjera.

Rubén Martínez Villena quedó a cargo de la jefatura insurreccional de la provincia de La Habana y, prácticamente, dado el desbande y la confusión reinantes, de toda la Isla. Se sintió a sus anchas. José Antonio Fernández de Castro, Calixto García Vélez —hijo del general—, un tal Arturo y varios mozalbetes de puños berroqueños y osadía marinera, reclutados en el litoral, le acompañarán, en los lances riesgosos, en esta etapa decisiva de la lucha.

El 21 de enero expiraba Vladímir Ilich Lenin en pleno mediodía de su genio: la noticia conmovió a la humanidad y pinchó el corazón de Rubén. “Hombres de la audacia política, reciedumbre moral, firmeza ideológica y poder creador de éste nacen cada cien años” —le comentaba a Tallet y a Fernández de Castro. Baliño y Mella expresarían el dolor combativo del pueblo trabajador y de la juventud revolucionaria por tamaña pérdida. En un alcor de la ribereña villa de Regla, a iniciativa de su alcalde, Antonio

Bosch, se siembra un olivo como símbolo de amistad entre el pueblo cubano y el pueblo soviético y vivo recordatorio del “gran ciudadano del mundo”.

Rubén consideraba que ya era hora de hacer algo espectacular que empavoreciera al gobierno y probara el carácter revolucionario del movimiento. Alguien sugirió la voladura del edificio en que se alojaba la Cámara de Representantes. Le pareció estupendo. Y, a lo dicho, hecho. La dinamita estaba a la mano en unas canteras próximas a La Habana.

He referido, sucintamente, en otra parte, la versión que obtuve en 1935. Ana Núñez Machín la recoge en su biografía de Rubén, llena de datos útiles y fervorosamente escrita, aunque errática, a veces, en cuanto a fechas, hechos e interpretaciones. Tengo en mi poder un manuscrito del médico revolucionario Alberto Chomat, en que se da otra más rica y veraz. Chomat participó con Rubén, Demetrio Despaigne y Enrique Ruiz Williams, y la ayuda de varios campesinos armados, en la fátigosa faena, de transportar a salvo la dinamita al camión que la depositó en la morada de Emilio Roig de Leuchsenring. Cuéntase que esa noche, éste durmió con los ojos muy abiertos sobre el “extraño cargamento”, escondido debajo de su cama. La memoración de Chomat, hombre de seis pies de estatura, destacado atleta universitario y secretario de los Manicatos, asociación secreta fundada por Mella para replicar con meras bofetadas las provocaciones de los estudiantes reaccionarios, da la excepcional medida del esfuerzo realizado por Rubén: “Yo me puse la caja al hombro y a duras penas podía caminar por esas lomas que tenían grandes lajas de piedras que resbalaban mucho porque estaban mojadas con el rocío de la noche, hasta que una vez me caí y después tuve que ponerme a recoger varios cartuchos regados por la tierra pues con el impacto la caja se había roto.”

Introducía el llavín en la cerradura del recio portón, cuando un hombre misterioso le entregó a Rubén un sobre sellado y desapareció en la sombra. Encendió el bombillo del zaguán y leyó: “Debe trasladarse a Estados Unidos. Designado jefe de la operación aérea. Seleccione personal idóneo. CGV.”

“¿Qué es esto? ¿Aviador yo —soliloqueaba en la alcoba— que sólo he empinado papalotes y avioncitos de papel? ¿Que el único avión de verdad que he visto es el monoplano de Rosillo cuando volaba rasando las azoteas? ¿Aviador yo, que sólo he trepado a las nubes en alas del ensueño y, a veces, haciendo miles de maromas para no caer en picada? ¿Aviador, yo? ¡Sí aviador yo! ¿No he estado clamando día y noche por algo grande que hacer, por hacer posible lo imposible! ¡Sí, aviador yo! El susto que va a llevarse el Chino cuando empiecen a llover bombas en vez de metáforas.” Y, vistiéndose de nuevo, a escape fue a reunirse con José Antonio Fernández de Castro y Calixto García Vélez.

Rubén propuso integrar el personal requerido con jóvenes conspiradores, fogueados en el trasiego de armas y explosivos. Nueve se rajan. A la hora de poner los berocos en el tornillo, dan el paso al frente José Antonio y Calixto.

Sin avisarle a sus familiares, con nombres supuestos y la ropa indispensable en la maleta, abordan, en el muelle del Arsenal, el vaporcito “Olivette”, rumbo a Cayo Hueso. Con todo género de precauciones se acomodan en distintos asientos de un coche dormitorio del tren expreso que, pasando por Miami, los conduce a Savannah, donde un rechinante convoy mixto los llevará a Ocala. Con sus matules a cuestras, se apean en el andén, desbordantes de júbilo y entusiasmo. Creían haber burlado la vigilancia ejercida por los agentes consulares y soplones de Zayas sobre cuanto cubano sospechoso merodeaba por el sur de la metrópoli. Sabrían posteriormente, ya fuera de tiempo, que en la estación del ferrocarril un “secreta” de La Habana los había calimbado y seguido hasta el hotel. Inmediatamente advertido, el embajador Cosme de la Torriente visitó el Departamento de Estado.

Ocala era, en aquellos años, una soñolienta y pringosa ciudad provinciana. Albergue antaño de numerosos cubanos emigrados, Martí la había visitado, varias veces, durante su peregrinaje revolucionario por La Florida. Uno de sus edificios más llamativos —ladrillos rojos, barrotos altos, entraña infecta— era la cárcel, atestada siempre de negros inocentes.

Eran las del alba cuando los aprendices de aviadores irrumpen en el rústico aeropuerto aledaño a Ocala. Exclamaciones y gritos de alegría. Frente a ellos, como dándoles la bienvenida, seis aviones Curtis monomotores, de tipo comercial, con una velocidad de crucero de noventa millas y un radio de cuatro horas de vuelo y, en consecuencia, destinados a desplomarse en el mar, por agotamiento del combustible, mucho antes siquiera de percibirse las costas de Cuba. Ignoraban que ya estaba dada, por otras razones, la orden de impedir el despegue.

Singularmente calurosa fue la recepción de los pilotos encargados de entrenarlos. Más por señas que por palabras —sólo Fernández de Castro chapurreaba el inglés—, explican el programa de trabajo. El jefe de la escuadrilla, de apellido Baker, se identificó como teniente de la reserva aérea federal; mas se cuidó de ocultar su pertenencia al servicio secreto norteamericano. No sabía tampoco Rubén que, al enterarse de la proyectada incursión aérea, Zayas había contratado a Jean Nungesser, famoso as de la aviación militar francesa, quien desapareció, años después, en las profundidades del Atlántico, cuando intentaba la, por entonces, temeraria travesía aérea de París a Nueva York.

En un dos por tres, Martínez Villena y sus compañeros se encasquetan los trajes de faena, suben a sus respectivas máquinas y se ciñen los cinturones



de seguridad. Con sorprendente prontitud, Rubén logró dominar la nave. La alegría le fluye, a borbotones, el día en que lo autorizan a “solear”.

Subsiguieron, con sistemática puntualidad, las prácticas de bombardeo. Abarrotaban el avión de ladrillos de desecho y los expelían sobre las innumerables albuferas de la pantanosa región, afinando cada vez más la puntería.

A las dos semanas de entrenamiento, estaban ya listos para cumplir su cometido. Los restantes aviones, hasta nuevo aviso, permanecerían posados en Ocala. A última hora, García Vélez ha desistido de emplear mercenarios en esa “aventura patriótica”. Es el único mensaje suyo que reciben.

Transcurrió más de un mes sin que llegase la ansiada orden de partida. El silencio de García Vélez y la desconexión total con los dirigentes del movimiento en Cuba aumentaron las inquietudes y preocupaciones de los intrépidos jóvenes, agravadas por la gris monotonía y el tedio gravitante de la vida cotidiana. “Nada más aburrido que un domingo en Ocala” —decía el primer verso de un poema inconcluso de Rubén.

Un día, el telón se levantó de improviso, y se escenificó el primer acto de la tragicomedia. Martínez Villena y Fernández de Castro habían llegado temprano al aeropuerto a realizar sus habituales ejercicios de entrenamiento. Cuando Rubén comenzaba a engrasar el motor de su avión y Fernández de Castro se disponía a ayudarlo, se les encimó bruscamente, pistolón en mano, con cara de Perico Metralla al asaltar una taberna en Arizona, el sheriff de Ocala, un gordo inmenso con bigotes caídos, apuestos a alcohol de reverbero, inquiriendo, al par que los encañonaba:

—*Who are the cuban boys?*

Con tono afable, José Antonio repuso:

—Nosotros.

—*Well. Both of you are under arrest.*

Como si no lo hubiera entendido, Rubén continuó su tarea. Mas, de repente, se abalanzó sobre el sheriff, protestando a gritos en español. El gordo se limitó a mirarle despectivamente, mientras esposaba a José Antonio. Al extender sus manos, correspondió al solidario arranque de Rubén con feroz rechinar de candado. Cuando llegó al aeropuerto y supo lo acaecido, Calixto, replicando con un *go to hell* a la invitación a la fuga del teniente Baker, tomó un taxi y se presentó en la cárcel de Ocala a correr la misma suerte de sus compañeros delatados. Se les internó en la galera de los delincuentes comunes, con los cuales —refiere Fernández de Castro— “fraternizamos en el acto, pero nos supusieron contrabandistas de licores en gran escala, que aprendíamos a volar para el mayor auge de nuestro negocio...”.<sup>90</sup> Simultáneamente, las

---

90 José Antonio Fernández de Castro: artículo citado, p. 58. Vivaz y detallada reseña de este episodio, casi desconocido, de la vida de Rubén.

autoridades federales habían confiscado los aviones y el armamento alijado en Wilmington.

En aquella mazmorra sucia, lóbrega, plagada de cucarachas, chinches y ladillas, toda incomodidad tenía su asiento, como dijera Cervantes de la que le tocó el infortunio de habitar. Rigurosa la incomunicación con el exterior. La compañía —tahúres, ladrones, asesinos—, tan desagradable como temible. Separados de los reclusos blancos, centenares de negros infelices pagaban la comisión de falsos delitos. Cruelmente azotados, sus gritos espantosos horadaban, a menudo, el compacto silencio de la noche.

En la propia prisión, Rubén se enteraría, con un acceso de cólera tal que de los ojos parecen brotarle exhalaciones de sangre, del esperpéntico epílogo del movimiento al que había consagrado sus energías, sus desvelos y sus ilusiones: traición de los “líderes”, desertión de millares de cacareados “veteranos” y “patriotas”, oídos sordos a las partidas sublevadas, alzamiento simulado de Federico Laredo Bru en Las Villas, viaje de Zayas a Cienfuegos con un maletín repleto de dinero, retorno de Laredo Bru a su chalet de El Vedado, sobreseimiento de las actuaciones judiciales contra el Consejo Supremo, liberación de los detenidos, respaldo público de Coolidge a Zayas, maligno regocijo de Crowder, desencanto y dispersión del pueblo. Espejo y rostro se astillaron a la vez. Únicamente padecían las consecuencias del melodramático fracaso “tres jóvenes perdidos en una prisión de Ocala”.<sup>91</sup>

Rubén supo, asimismo, al leer una proclama del presidente Coolidge que le muestran el sheriff y el juez de paz durante inquisitorial interrogatorio, que el motivo de su encarcelamiento se debía a su pretensión subversiva de “cambiar la forma de gobierno de Cuba, México y otros países situados en el Golfo de México y Mar de las Antillas”.<sup>92</sup> Velada acusación de comunista a quien aún distaba de serlo y, muy pronto, lo sería de veras.

Juzgados y absueltos, los tres jóvenes convendrían en permanecer en Estados Unidos hasta reunir, con su esfuerzo, el costo de los pasajes. Emigran a Tampa y laboran, como obreros, en una fábrica de cerveza, propiedad de Salvador Martínez Ibor, quien si como persona se desvivía en atenciones, como patrono fue implacable. Rubén conocerá, antes en carne propia que por vía intelectual, el concepto marxista de la explotación del hombre por el hombre. Incapaces de aguantar las rudas condiciones de trabajo, José Antonio y Calixto quiebran el compromiso y lo dejan solo. En 1934, a raíz de su muerte, Fernández de Castro da constancia de lo ocurrido: Rubén había rehusado acompañarles porque “Era un revolucionario.”<sup>93</sup>

---

91 Ibidem, p. 61.

92 Ídem.

93 Ídem.

De una misiva a su novia, fechada el 27 de mayo de 1924, copiaré los párrafos que juzgo esenciales para su biografía política y su perfil moral: “Recibí cuatro cartas de La Habana y las cuatro me han hecho sufrir horriblemente. Dos de mis hermanas, desesperadas, pensando —yo no sé quién se lo ha dicho, aunque supongo algunas exageraciones del padre de José Antonio— que yo he sufrido lo indecible en la cárcel, hasta el extremo de pasar hambre. ¡Figúrate lo acongojadas que me escriben! Después tu carta, *mía* de mi corazón, tu carta dolorosísima. [...].

”No es tu fatalidad, como tú crees: es la mía la que te persigue y lacera. [...] te había advertido lo erróneo que era buscar felicidad en mi persona y en mi vida. [...]. ¿No te dije una vez: ‘Antes que todo, yo soy un hombre honrado?’ Honradamente, yo no te podía ofrecer mi vida, ni mi persona; ni siquiera mi pensamiento íntegro.

”Bien sabes que no lo hice nunca. [...]. ¡Dime, dime tú, si obré mal; porque ya no me parece mal más que lo que te hago sufrir, y no sé en qué caso fuera tu sufrimiento mayor! ¿Y es posible que creas que aquí te puedo olvidar, entregado a una *yanquee*? [...]. Para mí no existen mujeres en este país, ni en ningún otro. Sólo hay mujeres en mi tierra, en Cuba, y entre todas ésas, una sola; la que me quiere, la que yo amo, la que se casó conmigo una mañana azul...

”¡La cuarta carta...! [exclama Rubén con dolorosísima sorpresa] La cuarta carta me destrozó el alma. Era de mi padre. ¿Por qué decía las cosas que decía? ¿El cariño encolerizado por el peligro que ha corrido el objeto querido, puede llegar a herir al extremo que me hirió mi padre? A él, como a ti, le he dicho que no regresaría a Cuba por ahora. [...]. Antes que nada me debo a la causa, por la cual no olvido que he jurado morir, si es necesario. Pues bien, la carta se refiere al espanto que le había producido esa noticia mía, y entonces, para hacerme desistir de esa idea, o sólo para dar salida a su sentimiento, hace una censura injusta y cruel de la actitud y los propósitos nuestros para la lucha [...]. Tanto se ha hablado respecto al plan aéreo, que no me extraña que haya quien crea que nosotros íbamos a bombardear *de noche* —así han dicho— una población inocente, desprevenida e indefensa. Pero que mi padre me crea a mí capaz del asesinato cobarde, atribuyéndonos el ‘intento de una matanza de mujeres y niños’, eso me ha parecido tan absurdo, tan intolerable y tan insultante, que le he escrito en contestación a su carta, dando el mentís más rotundo a quien le haya afirmado tal cosa, y diciéndole lo que creí pertinente, a tal extremo que me creo muy próximo a una definitiva ruptura con él.”

Este violento conflicto entre padre e hijo, aunque satisfactoriamente zanjado, es el inicio de larga, vivísima y respetuosa polémica epistolar entre ambos, en torno a sus radicales divergencias políticas, ideológicas y humanas.<sup>94</sup>

“Solo en un país extraño —concluye Rubén entre ansiedades, congojas y titubeos, que estallan, de pronto, en dramática afirmación de su destino—, donde mi profesión no me sirve para nada, sin conocer lo suficiente el idioma para probar a ganarme la vida con la vocación natural de mi espíritu, derrotado antes de luchar, disgustado con mi padre, que aunque me quiere mucho me juzga un criminal frustrado e inconsciente, a quien un idealismo falso lleva a la cárcel o a la muerte o al delito; cortada la retirada a mi Patria por las persecuciones de allá y por la rebeldía de mi propia dignidad; sin la esperanza de reconquistar a Cuba, que ya juzgo para siempre en manos de los bribones cínicos o del extranjero taimado, mi vida es ya una cosa tan perfectamente inútil, que sólo tu amor puede ver en ella algo utilizable...

”No sé cómo ni cuándo reaccionaré. No sé de dónde voy a sacar fuerzas para decidirme y para actuar; no sé cuál será mi camino en el futuro: vivo, respiro y me debato en una atmósfera de incertidumbre mortal y sombría. [...]. No te angusties mucho por lo que te digo, pues las cosas pueden variar mañana, o puedo variar yo... Toda mi vida es hoy una conjura para obligarme a atropellar mi dignidad o mi deber. ¿Será necesario para tu felicidad y para la mía, que me deje vencer definitivamente por la vida? ¿No tendré fuerzas yo para vencerla, o para hacer compatibles mi obligación, mi honor y nuestra dicha? ¡Oh, sí! (¡Todo será *uno* en el mañana!)

”Y nosotros también.”

Exhortado insistentemente a retornar a la patria por sus familiares y amigos, puntualizaba Rubén, el 21 de junio, en una carta a Enrique Serpa: “Me aconsejas que vuelva a Cuba. [...].

En primer lugar hay una razón de índole material: Yo no regresaré a Cuba sino con dinero ganado por mis propias manos.[...].

En segundo lugar, tenía, cuando se fue José Antonio, el problema de mi padre, que ya está solucionado, pero que tú comprendías tan bien, que hasta me brindas tu casa. [...].

El otro es de orden más privado, si cabe. Es un motivo que quizás no lo sea más que *mío* y *para mí*. Este motivo no lo debo considerar seriamente más que cuando esté en situación material de poder regresar a Cuba. Es un escrúpulo de dignidad lo que me retiene. El ridículo del derrotado antes de

---

94 La correspondencia sostenida durante la permanencia de Rubén en un sanatorio soviético es, según Marinello, que tuvo la oportunidad de leerla, la porción cardinal de ese epistolario, desdichadamente perdido. Valiéndose de la íntima amistad que los unía, César García Pons logró que Luciano Martínez depositara en sus manos infieles aquel tesoro literario, político y humano. Al irse de Cuba, desertando de su pregonado izquierdismo, se lo llevó consigo.

luchar, es difícil de arrostrar. ¿Dirás —dices— que no hay tal cosa? No es la opinión pública lo que me interesa más. Es mi propia opinión, mi propio espectáculo, bien miserable por cierto, ante mis propios ojos. [...]. ¿Debo volver ahora? ¿Debo esperar más tiempo cuando ese sentimiento haya desfallecido en mí?, o ¿no debo volver nunca? Éstas son mis preguntas. La opinión ajena no me importa más que en el sentido de que no estoy dispuesto a soportar la burla socarrona y cobarde que se ampara en la amistad, o en el interés afectuoso. La revancha de los burgueses, metamorfoseados en profetas victoriosos. Creo que contra esta gentuza no voy a poder usar únicamente más que el arma de los superiores: el desprecio.

Y ante la historia, ¿no estamos en el más espantoso de los ridículos? Especialmente los que, como yo, tienen el concepto de la responsabilidad humana ante ella; los que preconizaron las promesas sagradas; los que de verdad se indignaron con las indignidades y juraron acabar con la desvergüenza. ¿Es posible que termine todo en un “cubaneo” con agasajos y zalemas mutuas entre los honrados vencidos y los cínicos envalentonados? Allá los que busquen ahora el camino sucio pero fácil de la política al uso, y hasta aprovechen la popularidad que adquirieron combatiéndola para atrapar en ella un acta de Representantes u otra posición por el estilo... Yo sé que soy de los inquebrantables. Mi opinión sobre los asuntos de Cuba está escrita antes y la sostengo ahora. Si yo supiera que en Cuba podía ser útil, entonces iría, arrostrándolo todo: dificultad material y escrupulo de amor propio. Por desgracia, veo claro que no soy útil en ningún lugar.”

En su artículo “La última farsa de los políticos y patrioterros”, Mella ha fijado la postura de la juventud revolucionaria: “El sainete veteranuelo-patriotero acaba de terminar. Si hacemos el resumen vemos que los únicos que han perdido son los sufridos hombres del pueblo. [...].

”En los lejanos días del comienzo de este movimiento sedicioso, por mandato expreso de la Federación de Estudiantes, enviamos nuestra adhesión a los protestantes. No habíamos recibido del verdadero pueblo, del que trabaja, la inspiración divina de las actuaciones humanas. Por eso nos engañaron. La muchedumbre fue detrás de los “viejos” que enarbolaron banderas de regeneración como nietos cándidos detrás de abuelos perversos. La realidad nos abrió los ojos. [...].

”Nosotros vamos por otro camino. [...]. Ansiamos realizar nuestros ideales [...] que no son la elevación de unos cuantos, sino la liberación del pueblo esclavo. La historia nos ha enseñado que la transformación para ser real tiene que ser destruyendo el sistema económico. Hacia ahí van nuestros dardos.

”No somos revoltosos, sino revolucionarios.”<sup>95</sup>

---

95 *Juventud*, 4 de mayo de 1923, pp. 16 y 17.

Si la gran estafa de los caudillos de trapo se traduce en guiños de entendimiento y reptantes carantoñas con los chupópteros del poder, provoca, en cambio, amargura, desilusión y repliegue en anchas franjas de la conciencia social. La mayoría de los embaucados —parte considerable del pueblo raso— optó por recluirse en sus hogares, asqueada de los nauseabundos hedores de “la política”, acaso resuelta a jamás prestarle atención a nuevos cantos de sirena. No en balde había creído, a ojos cerrados, que la ansiada “regeneración patria” iba, por primera vez, a lograrse. El suelo, de repente, se le vino abajo. Su reacción era explicable. Y es igualmente explicable que, a partir de entonces, los veteranos,<sup>96</sup> como categoría política, perdieran su autoridad y prestigio, como ya antes les había acontecido a los doctores. De unos y otros, como arcontes criollos, daría cuenta Carlos Loveira en acerba novela.

Es incuestionable que la composición de clase de la alta dirigencia de Veteranos y Patriotas fue el factor decisivo del anonadante descalabro. Sin embargo, no dejaría de influir, en su trayectoria y desenlace, la falta de propaganda esclarecedora, de apoyo crítico y de orientación antiimperialista de las fuerzas sociales revolucionarias. Aprovechándose a fondo de la situación, los administradores de la oligarquía y del imperialismo, con su denso enjambre de chotas, botelleros, muñidores y desclasados, no perderían tiempo en enfilarse los cañones al foco revolucionario de la juventud estudiantil que encabeza Mella y a la clase obrera organizada que dirige Alfredo López. Es el envés del proceso dialéctico que había empezado a generar la descomposición orgánica de la sociedad neocolonial. Uno de sus signos más reveladores era la creciente formación de entidades patronales en defensa de sus intereses económicos y políticos con manifiesta voluntad de clase dominante.

Su revés proyecta, por el contrario, una imagen promisoría. Fecundado por las ideas marxistas y los sentimientos patrióticos, democráticos y antiimperialistas, el espíritu revolucionario ha ido cobrando claridad y contorno. Su ámbito de influencia y de acción es aún reducido. El núcleo actuante es una minoría. Pero una minoría que deslinda campos, define posiciones, alumbrando alternativas e irradiando influencia, contrarrestando, en alguna medida, el apoliticismo anarcosindicalista y el colaboracionismo reformista en el seno del proletariado. La problemática cubana se plantea, por primera vez, en términos radicalmente distintos a los tradicionales de caudillaje y fulanismo: aparece una política de conceptos y de principios. Se cuestiona la validez del orden social establecido. La dependencia externa es objeto de acres censuras y, ese propio año, sus mecanismos y fuentes de enriquecimiento sabrán de

---

96 Blanco de diatribas y mofas, Carlos García Vález se autoexilió durante algún tiempo en Estados Unidos, donde llevó una vida modesta y oscura. Sin embargo, unos años después, cuando ya Machado había cometido crímenes horribles y pisoteado la Constitución, fue delegado a la VII Conferencia Panamericana, y en 1934, a raíz del derrocamiento del gobierno de Grau-Guiteras por Caffery y Batista, aceptó una embajada.

ataques frontales. La evolución ideológica de la conciencia cubana y el recrudecimiento de la lucha de clases correrán parejos con el flujo reaccionario y la represión del movimiento obrero. Los sindicatos revolucionarios, las agrupaciones comunistas, la acción antiimperialista de Mella, la Universidad Popular, la organización militante de las mujeres y la actitud renovadora de los intelectuales jóvenes son los principales factores impelentes de la antítesis del proceso. A esa corriente de ideas, sentimientos, afanes e impulsiones se sumará, en el decursar del año, el brioso aporte de Rubén Martínez Villena.

En la órbita política de la constelación revolucionaria adscripta a las concepciones marxistas, giraban grupos coincidentes en la necesidad impostergable de emancipar a Cuba de la dominación imperialista y establecer un gobierno democrático al servicio del pueblo, que identifican con las masas trabajadoras, las capas progresistas de la clase media, la juventud estudiantil y los intelectuales avanzados. Por su comprensión teórica del sentido de la época y de los problemas reales del país o por sus nexos personales, una fracción apreciable se adhiere a las posiciones y la ideología del proletariado. El grueso se mantendrá, con sus alzas y bajas, parapetado en su ideología nacional revolucionaria. Aunque a veces no se entendió y hasta se menospreció, sus portavoces eran, en la etapa nacional liberadora que se abre, los coadyuvantes más efectivos en la lucha por el socialismo.

Ajena, contrapuesta o con tangenciales aproximaciones a esa corriente, se iba sedimentando, a nivel de pequeña burguesía urbana y rural y de ciertos estratos del conato de burguesía nacional subsistente, un estado de conciencia reformista que se manifestaba en favor de la abolición de la Enmienda Platt, el trato equitativo en las relaciones económicas y comerciales con Estados Unidos, el pulcro manejo de los caudales públicos, la limitación del latifundio, el ejercicio pleno de las libertades democráticas, el mejoramiento del nivel de vida de los trabajadores y el progreso general del país, concebido como tosco proyecto de modernización desarrollista. A despecho de sus ideas confusas y constreñimientos de clase, habría que contar eventualmente con esa fuerza disconforme y versátil en largo trecho del proceso revolucionario en gestación, cuando menos hasta que su virtualidad se agotase.

Celajes opalinos y tiernas brumas se deshacían al radiante avance de la aurora. Apenas el “Olivette” atracó al muelle del Arsenal, desciende presuroso, maleta en mano, Rubén Martínez Villena. Con excepción de sus familiares más cercanos, nadie sabía de su arribo. Aunque todavía la cólera empurpura el verdor de sus ojos, transpira cariño y jovialidad cuando estrecha a los suyos y besa a su novia. La procesión iba por dentro. Quizá aquélla y su hermana Judith hayan percibido el desaliento y la fatiga moral que le agobian. Sí lo advirtió, en seguida, su cuñado Tallet.

—¿Y esas magulladuras en las manos, Rubén? —inquire Asela.

—Los miles de litros de cerveza que tuve que embotellar.

—¿Y por qué estás tan pálido? —interroga su hermana Esther.

—La sombrita a la brava.

Y se echó a reír, cogiendo del brazo a Tallet y picándole un cigarrillo negro.

Rubén se sumergió, por lo pronto, en la meditación, en la lectura y en la vida hogareña. Cada noche visitaba a su novia y, de vez en vez, iban a ver una película en el cine de la barriada. Imagen y mímica entonces, con acompañamiento orquestal en las salas caras y de gangosa pianola en las baratas, a Rubén le inquietaba esa nueva forma de expresión artística. Eran los años verdes de Charles Chaplin, William Hart, Gloria Swanson, Douglas Fairbanks, Buster Keaton, Theda Bara y Mary Pickford. Pero ya ha entrevisto en el Charlot de *El emigrante*, *El vagabundo* y *El chicuelo*, valores humanos, estéticos y sociales que prefiguran al genio de la pantalla. Aún se desconocían en Cuba las primeras hazañas del cine soviético.

El voluntario aislamiento acabaría al divulgarse la noticia de su retorno. Acuden a saludarlo Serpa, Núñez Olano, Marinello, Pedroso, Limia y Roig de Leuchsenring. Éste lo invitó a los almuerzos sabáticos del Grupo Minorista en el hotel Lafayette. Deja la respuesta en suspenso. Casi a diario, lo visitaba José Antonio, quien intentaría, baldíamente, sacarle el corcho de su mutismo con el tirabuzón de chistosas ocurrencias o caricaturescas evocaciones de sus comunes andanzas. Apenas sonrío y, con su ingénita delicadeza, se traga el renuevo de hiel que le provoca “ese tirar a relajo las cosas serias”. Ni siquiera Tallet ha conseguido arrancarle de sus ensimismamientos. Aquella flama que, semanas atrás, ardía en su espíritu, en su palabra, en su gesto, parece haberse extinguido.



“A su regreso advertí —consigna Tallet— que venía moralmente deshecho; herido en lo más vivo su acendrado, su apasionado patriotismo, por tierra su sueño de crear una república ideal. Venía poseído de una abulia paralizadora que lo apartaba de toda acción. El fracaso había mordido hondo en su ánimo siempre tan esforzado. Yo que, por lo regular escéptico, había sido arrastrado a la fallida aventura por su irresistible exaltación patriótica, trataba entonces de animarlo, recordándole que había otros caminos que trillar.”<sup>97</sup> Era cierto. Pero la fe de Rubén en sí mismo y en la redención de Cuba se había derrumbado. Lo que más le mordía y remordía era el ridículo ante sí propio y el dictamen de la historia.

Sin embargo, se iría recobrando, poco a poco, sin exteriorizarlo a nadie, del violento impacto. La búsqueda de esos otros caminos, a que Tallet aludiera en sus monodialogos políticos, era, precisamente, lo que mantenía en recóndita vigilia su conciencia, su pensamiento y su sensibilidad. “No es difícil imaginar —apunta Marinello— el fondo de la decepción sufrida por Rubén ante el fracaso de los Veteranos Patriotas. [...]. Un joven menos puro y generoso hubiera arriado banderas.”<sup>98</sup> Impulsado por su vitalicia honradez y su vocación de entrega incondicional a la patria, Martínez Villena se dio a analizar, con descarnada lucidez, las razones básicas de la derrota, y de la rigurosa indagación emergen verdades nuevas y nuevos horizontes, que colindaban con los asertos de Mella durante su último encuentro.

Fue tan hondo y tan lejos como le fue dable. Advirtió, con sorprendente claridad, que “el mando imperialista [...] era la causa fundamental de nuestros males”<sup>99</sup> y que, en consecuencia, atacarlo y destruido era la vía única para conquistar, a nivel de los tiempos, la nación independiente, soberana y digna que anhelaba. Un viraje de ciento ochenta grados se había producido en su óptica política: la impulsión removedora ha cambiado de cauce, posición y rumbo. Sin ariques, privilegios o ambiciones que lo aten a las clases dominantes, la ruptura total con las ideas, los intereses, los sentimientos y los valores de su progenie social se va avecinando. Y, aunque todavía le falten los fundamentos teóricos y los métodos de acción política congruentes con su nueva óptica, ya “su camino hacia el marxismo y la lucha clasista estaba abierto”.<sup>100</sup> El “gigante”, temporalmente derrotado pero no vencido, se empujará, ahora, con nuevas energías, desnudos y esperanzas.

En esos mismos días de cruda y serena revisión crítica y autocrítica, Tallet le mostró un poema que acaba de escribir y expresamente le dedica: “¿A quién

---

97 José Z. Tallet: *op. cit.*, p. 224.

98 Tomado de Ana Núñez Machín: *op. cit.*, p. 116.

99 Ídem.

100 Ídem.

mejor que a ti, Rubén, mis versos, / cuando a la patria, contingentemente, / dedico yo mis líricos esfuerzos?”<sup>101</sup>

Las estimulantes y avizoras estrofas de “Tercetos patrios”, publicadas por primera vez en la revista *Venezuela Libre*, repican, gozosamente, en su corazón:

*Un astro nuevo, ha poco, en el levante  
ha surgido del fondo del abismo  
y se acerca con paso de gigante.*

*Secuaces de un más amplio patriotismo,  
busquemos presurosos su contagio  
de luz, que mate nuestro pesimismo.*

*Ansiosamente el óptimo presagio  
de su llegada aguarda mi congoja,  
pues veo en nuestro cierto, inminente naufragio,  
como sola esperanza, el alba roja.*

—Pepe, vamos a festejar este poema en el cafecito donde nos conocimos.

Aquel atardecer de tintes escarlatas, azules, ocre, lívidos y morados, dejaría impronta resplandeciente en el devenir revolucionario de Pablo de la Torriente Brau. El atlético, espontáneo, talentado, vibrátil y alegre mozo, tras su diaria sesión de calistenia para conservarse en forma, respiraba, eufórico, la brisa marina en la azotea del bufete de Fernando Ortiz. Una mano elástica, luminosa y suave se le posó inesperadamente en la poderosa y sensitiva espalda y, al volverse, esa mano se extendió abierta a la suya como ala de paloma en vuelo y, a la vez, unos ojos verdes se clavan en los negros suyos y una voz cálida le interroga con implícito sentido afirmativo:

—¿Pablo de la Torriente Brau, mi sustituto?

—Yo mismo. ¿Y tú no eres Rubén? ¡Las ganas que tenía de conocerte! No te extrañe lo que voy a decirte. Para mí, el hombre completo es el de complexión endeble, espíritu de acero, palabra de oro macizo, inteligencia suma y sensibilidad exquisita. Sí, sí, así, como tú... ¡Conozco cada hombrazo más cobarde que una hiena y más bruto que un adoquín!

Rubén lanzó una sonora carcajada y se inicia un diálogo alígero, donoso y festivo, que concluirá, en tono grave y pausado, bajo el agua densa de la ducha, al rozarle Pablo el tema de Veteranos y Patriotas:

—Eso cierra un capítulo de mi vida. Fue una experiencia más; pero tan amarga como aleccionadora.

---

101 José Z. Tallet: *op. cit.*, pp. 87 y 90.

Y, con cierto dejo lírico, resumió:

—Esa experiencia demuestra que, difícilmente, pueden avenirse los ideales de los viejos con los ideales de los jóvenes.

La supersticiosa devoción por la juventud fue exponente del romanticismo político que aqueja, durante un lapso, a significadas figuras de la generación latinoamericana a la que Rubén perteneció: José Carlos Mariátegui, Deodoro Roca, Pablo Neruda, César Vallejo, Edwin Elmore, Arnaldo Orfila. Recidiva, acaso, del anarquismo sentimental de Manuel González Prada: “Los viejos, a la tumba; los jóvenes, a la obra.” Fue también el estribillo de mi generación. Ahora yo diría, y no precisamente en defensa propia: “Los jóvenes y también los viejos que permanecen jóvenes.” Sin embargo, esa superstición, en el fondo, es valedera. No en balde la juventud es la estación biológica del sentido quijotesco de la vida y, por ende, orgánica y espiritualmente disparada hacia hazañosas empresas.

Pablo ha referido, con estilo musculoso, el comienzo de su amistad con Rubén Martínez Villena: “Resulta inútil [...] dar un pálido reflejo de su cualidad acaso más sobresaliente: esa atracción personal, ese acomodar el gesto y la conversación a los del interlocutor. Cuando lo conocí vibraba en mí la juventud con toda su fuerza y la emoción deportiva era mi supremo norte. Pues Rubén, que ya había tenido su primera experiencia política, apenas hablaba conmigo de otra cosa que de records, averages y hazañas olímpicas; después, cuando supo, por pura casualidad, que yo estaba escribiendo algo, se encargó de publicar mi primer trabajo y su entusiasmo lírico por las cosas bellas del mundo floreció en nuestras conversaciones, con un calor que con nadie más he sentido.”<sup>102</sup>

Mientras más se veían y platicaban, más crecía y soldaba la amistad y la simpatía entre ambos. Durante varios meses, Rubén compartió, diariamente, el gimnasio y la ducha con Pablo y, antes de irse, el coloquio sesudo y pimentoso con Ortiz. Una vez, les sorprendió la madrugada despalillando la conferencia de éste, “La decadencia cubana”, pronunciada durante la ausencia de Rubén. Emboscado en finuras de lenguaje y gentiles circunloquios, el polemista en receso disparó algunos venablos sobre la “forma burguesa” o convencional con que don Fernando planteaba o hurtaba el problema de la dominación norteamericana y la cuestión de la reforma universitaria.

Cuando Rubén Martínez Villena apareció un sábado a mediodía en el bufete de Roig de Leuchsenring, un aura de regocijo, afecto y admiración estremeció el ambiente. Administró abrazos, apretones de manos, saludos corteses, entre los minoristas presentes. Caras nuevas: Alejo Carpentier, Juan Antiga, Eduardo Abela, Diego Bonilla, Otto Bluhme, Enrique Gay Calbó, Juan José Sicre y Luis López Méndez, pintor venezolano desterrado.

---

102 Pablo de la Torriente Brau: “El magnetismo personal de Rubén”.

Y una muchacha espigada, modestamente vestida, de cabellera trigal y palidez marfileña, grandes ojos melancólicos, labios retocados con el carmín de la ironía y huidiza como una gacela. Al descubrirla casi escondida en un recodo del salón, Rubén se le acercó y le prodigó efusivas demostraciones de aprecio por sus versos irónicos, soledosos, nostálgicos, tristes. Era María Villar Buceta.<sup>103</sup> La voz lírica femenina más honda de su tiempo, como Mirta Aguirre<sup>104</sup> y Fina García Marruz lo serán del suyo.

Alguien comentó, por lo bajo, la actitud intencionadamente matizada y prevenida de Rubén. “No era así, ¡cómo ha cambiado!” —acotó otro.

Había dejado de ser, en efecto, la nota impar,<sup>105</sup> por su condescendencia y tolerancia franciscanas, de las peñas literarias, casi ya volatilizadas en el recuerdo. Ha aprendido algo esencial: dar su corazón sólo a quien lo merezca por su conducta, o su afinidad de ideas, o su limpieza de sentimientos. Sin calidad humana poco cuenta la calidad literaria. Ser hombre es más que ser escritor. Y, más importante que todo, es ser honrado. Era ésa su estimativa en aquellos días que preludian al revolucionario cabal.

Durante el almuerzo, junto a Fernando Ortiz y a Roig de Leuchsenring, alguna que otra vez participó, con urticantes observaciones o certeros juicios, en la conversación general. No se sintió a gusto, evidentemente; pero tampoco deja de ponderar la importancia política de aquel haz de escritores y artistas comprometidos en un empeño renovador que él mismo ha estimulado y dirigido tiempo atrás. Expresión fragmentaria de la nueva conciencia nacional que está madurando, el Grupo Minorista tenía aún quehacer en el proceso de radicales transformaciones que Cuba necesitaba.

Y, al despedirse de *Emilito*, le preguntó discretamente al oído:

—¿Por qué no vino María?

—Nunca viene, Rubén. Es una mujer extraordinaria, de ideas muy avanzadas. Encabeza sus cartas con tal día, mes y año de la era bolchevique. Todos la queremos y estimamos. Pero nunca viene...

Aunque fue reduciendo el ritmo de asistencia a los almuerzos sabáticos, mantuvo, empero, frecuentes contactos con algunos minoristas, los más afines o politizados, en la redacción de *Social* y, una que otra vez, irrumpía en el patio andaluz del hotel Inglaterra, donde suelen reunirse ya remontada la noche, en torno a *Emilito*, empeñado en fortalecer la cohesión del grupo e impulsar sus actividades colectivas. A iniciativa de Rubén, se reanudan las discusiones sobre la selección del material acumulado por Fernández de Castro y Lizaso para su antología.

---

103 Murió algunos meses antes de escribir este libro.

104 Dejó la vida cuando su savia creadora cuajaba en espléndidos frutos.

105 Ver Raúl Roa: “Una semilla en un surco de fuego”, en: Rubén Martínez Villena: *La pupila insomne*, La Habana, 1936.

En vano buscaba Martínez Villena menester decoroso para subvenir a sus gastos personales y ayudar a su familia. Intentó ganarse la vida ejerciendo su profesión. No halló pleito que le dejara a salvo la conciencia y, por ende, pudiera aceptar. ¡Ah, “las negras leyes”, de que hablara el “pararrayo celeste” de León, que le disputase la tormenta al otro Luis, el de granada! Y, mientras tanto encontraba, el *pane lucrando* sin impurezas de levadura o de trigo contaminado, invertía la mayor parte del tiempo en la lectura, con la finalidad preconcebida de revisar sus conceptos y enfoques del pensamiento y de la acción mambisas.

Releyó a Martí, a Sanguily, a Varona. No sólo resonó las hazañas de Céspedes, Agramonte, Gómez y Maceo: escudriñaba juntamente el sentido revolucionario y el alcance social de su ideario, centrado con generosa amplitud en la lucha por la independencia absoluta y abolición de la esclavitud del hombre por el hombre. Estudió las tendencias anexionistas, reformistas y autonomistas y sus relaciones con la secular política norteamericana de apoderamiento de Cuba. Y percibió, sorprendido, las proyecciones de la concepción genial de Martí de que la batalla era, a la par, contra el caduco colonialismo español y el naciente imperialismo norteamericano, con la consecuente necesidad, para asegurarla, de la forja de un partido revolucionario del pueblo cubano con conciencia internacionalista —la pelea en la Isla era asimismo una pelea por la consolidación y salvaguarda de la independencia de nuestra América— y el designio ulterior de hacer en la república el tipo de revolución popular que la mudanza de los tiempos reclamaba. No se conocían, todavía, las clarividentes advertencias de Maceo.

Volverá sobre Martí, y al profundizar en la escritura política del guiador esclarecido, se le tornan contemporáneas y beligerantes su perspectiva histórica y su acción inconclusa. En su cuaderno de trabajo, lleno de anotaciones, flechas y cuadros sinópticos, transcribió esta frase, subrayándola: “Ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.” Y esta otra: “No se han de hacer versos para decir que se está triste, sino para ser útil al mundo.”

Un largo ensayo sobre la actitud de Martí ante los Estados Unidos —república imperial golosa de riqueza y de territorios ajenos— surgió de aquella fructífera, intranquila y tonificante experiencia. Se le extravía. Lo rehízo y vuelve a extraviarse. Nunca apareció. Quienes lo han leído se asombran de su agudeza política, de su singular identificación espiritual con Martí y de su prosa febricitante. La semejanza esencial entre ambos será mucho más fehaciente cuando Rubén, como Martí en su hora, vacíe su vida entera en el torrente de la lucha de liberación nacional y social. “Estas figuras, una del último tercio del siglo XIX, y otra del primer tercio de éste —concluirá Roberto Fernández Retamar—, son no sólo los más importantes escritores

cubanos de sus respectivos momentos, sino también sus hombres políticos de más hondura.<sup>77106</sup>

Sobremanera provechosa le sería a Martínez Villena la lectura del libro de Gandarilla *Contra el yanqui* —adquirido por una peseta en el mágico expendio de viejas novedades de Canelo— y de los opúsculos de Roig de Leuchsenring *La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidades de América*, *La Enmienda Platt: su interpretación primitiva y sus aplicaciones posteriores hasta 1921*, *La ingerencia norteamericana en los asuntos interiores de Cuba*, *Análisis y consecuencias de la intervención norteamericana en los asuntos interiores de Cuba* y *La colonia superviva: Cuba a los 22 años de República*. Creció su estimación por *Emilito*.

Signo de la maduración del pensamiento político de Rubén Martínez Villena fue la necesidad que sintió de conversar con Julio Antonio Mella. Ha transcurrido más de medio año desde su último diálogo. Mella lo saludó con vigoroso abrazo y una típica expresión de su buen humor caribeño:

—¡Y qué cuenta el único patriota de los veteranos!

Rubén le respondió con diáfana y cordial sonrisa. Y Julio Antonio lo bombardeó a preguntas, interesado, sobre todo, en conocer su nuevo proyecto de vida. Con irónica amargura, derroche de ingenio y lúcidas apreciaciones, Martínez Villena le refirió sus peripecias, mientras se asomaba, a los ojos vivaces de Mella, la admiración que le inspiran la honradez y entereza de aquel espíritu ardiente, generoso y combativo.

Fue explícito y categórico. Si en algunos instantes, abrumado por el fracaso, el ridículo, el desengaño y la incompreensión, estuvo a punto de caer en el abismo, reaccionó enseguida, impelido por aquella fuerza indomeñable que lo arrastra a la lucha y la dación como esencia y fin de su vida. Había decidido, en suma, proseguir la batalla. Ha revisado sus conceptos políticos y sociales con un propósito concreto: conocer el subsuelo de la historia pasada y presente de Cuba como punto de partida para modelar su futuro. Martí había iluminado, con nuevas perspectivas, sus reflexiones. Un simple relevo de hombres sólo conducía a perpetuar, de una manera u otra, la realidad existente. Se precisaba un cambio de sustancia para sustituir la república formal y el protectorado efectivo por una república real y genuinamente libre y soberana. Ahora ya podía ver más allá de las apariencias y entender mejor la ideología socialista y el rumbo revolucionario de Mella. Quería que lo supiera y, por eso, lo había buscado.

---

106 Roberto Fernández Retamar: “Sobre el caso Rubén Martínez Villena”, en: *Órbita de Rubén Martínez Villena*, op. cit., pp. 230-231. Ver del mismo autor: “Martí en su (tercer mundo)”, en: *Ensayo de otro mundo*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967.

Sin consumir pólvora en salvas, Mella le propuso ingresar en el profesorado de la Universidad Popular, a cuya inauguración Rubén había asistido, uno más entre la apiñada concurrencia. Convendrían en encontrarse en la Sociedad de Torcedores, el más amplio de los locales en que funcionaba la institución. Esa noche, hirviente de vida y de esperanza, sus alumnos, obreros afanosos y corajudos, que lo conocían de nombre y lo admiraban desde lejos, cerrarían su primera clase —encendida de fe en la causa del proletariado— con fuertes aplausos y en pie. Y, al reunirse con Mella en el vestíbulo del edificio y agradecerle su cálida presentación, le dijo, con acento emocionado y ojos centelleantes:

—Soy feliz.

La relación directa con la clase obrera, las pláticas con Julio Antonio, en que analizaban los problemas nacionales e internacionales —especialmente la ofensiva del imperialismo yanqui en América Latina, los arriscados vaivenes de la revolución mexicana, el advenimiento del fascismo en Italia, el régimen autoritario de Primo de Rivera en España, las transformaciones materiales y culturales en la Rusia soviética— y la lectura de folletos marxistas y algunos textos de su cosecha que aquél le suministraba, contribuirían a precipitar el desarrollo ideológico y político de Martínez Villena. Corriendo el tiempo, depositario fiel de su filiación marxista-leninista y heredero de su maestrazgo revolucionario, el discípulo se le hermanará en el pensamiento y en la acción. Convergerían así, hasta fundirse, como dije alguna vez, las paralelas de sus vidas.

En Cuba había dos zafras de similares fundamentos, mecanismos y propósitos: la zafra azucarera y la zafra electoral. La correspondiente a los comicios nacionales del mes de noviembre de 1924 estaba ya en plena producción y productividad. Era la hora áurea de manengues, muñidores, braveros, traficantes de cédulas y lleva y trae.

Se disputarán, esta vez, el saqueo del presupuesto, la fortuna torticera y el favor del imperialismo, dos libertadores liberticidas: Gerardo Machado y Mario García Menocal. Un desertor encubierto de la “chambelona” y un lacayo galoneado de la plutocracia. Habían ya probado, con creces, sus títulos, condiciones y aptitudes para fungir de perros de presa de la oligarquía dominante y de los monopolios extranjeros: Machado, como secretario de gobernación del escualo José Miguel Gómez, y Menocal, a lo largo de ocho años de régimen tiránico, rapaz, aristocratizante y genuflexo. Rivales, ambos, en el odio reconcentrado a la clase obrera, a los campesinos, a los negros, a la juventud y a la cultura. Y, los dos, igualmente enriquecidos con el apoyo de las empresas norteamericanas que servían. Machado, además de analfabeto de enciclopédica osadía, temperamento explosivo, patriotismo postizo y conciencia atrofiada, comido por la egolatría, la jactancia, el providencia-

lismo y el hambre de poder. Pocas veces se conjugó, con tanta desmesura, la vanidad enfermiza con la carencia de escrúpulos.

Afianzada su posición en el Partido Liberal al birlarle la candidatura presidencial a Carlos Mendieta mediante la compra de sus delegados con dinero de la Bond and Share y con fondos extraídos del Ayuntamiento habanero, Machado había conseguido el respaldo de Zayas —aspirante de estuche durante varias semanas— a cambio de trescientas colecturías, tres secretarías de despacho y cuatro escaños en el Senado, operación pactada entre el millonario Laureano Falla y su aventajado yerno, Viriato Gutiérrez. Un programa demagógico, donde se le proclama paladín de la regeneración nacional —consigna sustraída al Movimiento de Veteranos y Patriotas— sacaría del retraimiento a millares de incautos o babiecas seducidos de nuevo por viejos embelecos. Quizá ahora escarmienten en cabezas acribilladas, huesos triturados, carnes hendidas y testículos retorcidos de obreros, estudiantes, campesinos y políticos.

“Agua, caminos y escuelas” —era el cínico pregón del déspota en ciernes. Y el sonsonete, “a pie, a pie, a pie, se acabaron los timbales”.

Más de una vez lo he contado. En los inicios de su campaña electoral, Machado se le apareció a Manuel Sanguily, con la atrevida pretensión de ganar su adhesión y concurso. Ni siquiera le dejaría éste insinuarle el propósito de la visita. Y, cuando le tira sin miramientos la puerta, se volvería a los que le rodeaban, lanzando esta trágica profecía:

—Si este hombre llega a ser presidente, ensangrienta la Isla.

Vientos virados empezarán a soplar en la colina universitaria. La recurva del movimiento reformista era patente. Estudiantes y profesores reaccionarios —suma respetable debido al origen social de la inmensa mayoría de la población escolar y académica— se habían aunado, con el sostén de las autoridades del plantel y el estímulo del gobierno, para desatar la contraofensiva que, a la postre, liquidará los avances y las conquistas alcanzadas en 1923. Su objetivo inmediato es desalojar de sus posiciones dirigentes a los líderes de la insurgencia y, en primer término, a Mella. En aras de la unidad estudiantil, a punto de resquebrajarse, Julio Antonio ha renunciado ya a la presidencia de la federación. Y, un poco antes, en vista del cariz que iba tomando la situación, trasladaba la Universidad Popular a los centros y locales obreros.

Librará ahora la batalla desde el seno de la juventud universitaria, tratando de ganar tiempo y recuperar terreno. La constitución de la Confederación de Estudiantes de Cuba y del Comité Antiimperialista de la Universidad le proporciona nuevos y poderosos medios de combate en el ámbito estudiantil y en el campo político, donde ya se deja sentir su activa participación en el movimiento obrero. Sus crecientes relaciones con Alfredo López y algunos



sindicatos de la Federación Obrera de La Habana, lo empujan, cada vez más, a volcarse en la contienda de clase. Sin subestimar el carácter revulsivo y las proyecciones culturales, políticas y sociales de los movimientos de reforma universitaria, se persuadirá, muy pronto, de que sin una previa revolución social no puede haber una verdadera revolución universitaria.

La curva del retroceso se acentúa, cuando, en la primera elección para cubrir el cargo de Rector efectuada por la asamblea de profesores y alumnos —el cuerpo de más alta jerarquía del nuevo régimen académico y órgano depositario de los ideales reformistas—, resulta derrotado Evelio Rodríguez Lendián, el candidato de la juventud renovadora. La asamblea ha escogido, insólitamente, a Enrique Hernández Cartaya, enemigo jurado del cogobierno universitario. Socavarlo y destruirlo fue el designio cardinal de este catedrático de vuelo gallináceo, mente anquilosada y notorias vinculaciones con Crowder.

Escuela de revolucionarios, como la llamara Mella, la Universidad Popular sería, durante cuatro años, uno de los pilares del frente ideológico de lucha contra el imperialismo, la reacción, el reformismo y el anarcosindicalismo. Sus profesores, mayormente intelectuales y estudiantes, enseñan lo que saben a los obreros asistentes y aprenden, de éstos, los problemas reales del proletariado y la forma directa y clara de encararlos. Se familiarizan con su lenguaje, su estilo de trabajo y sus duras condiciones de vida. Conocen de sus nobles aspiraciones, de su limpieza moral y de su franqueza cruda. Y, en sus animadas controversias, se enriquecen, mutuamente, en el ejercicio del criterio y de la teoría.

A punto de inaugurarse el curso de verano, la institución contaba ya con un apreciable haber de experiencias y realizaciones.<sup>107</sup> Se había extendido el horizonte de sus actividades y acrecido su alumnado. El Centro Obrero de Zulueta, la Sociedad de Torcedores, el Círculo de Artesanos de San Antonio de los Baños y el Sindicato de Motoristas y Conductores se desbordaban cuando Mella o Rubén ocupaban la tribuna. Los profesores Gustavo Aldereguía, Sarah Pascual, Bernardo Valdés, Alfonso Bernal del Riesgo, Antonio Penichet, Rodolfo Pérez de los Reyes, Eusebio Adolfo Hernández y Leonardo Fernández Sánchez, presidente de la Asociación de Estudiantes del Instituto de La Habana, cumplían, con puntual entusiasmo, sus tareas docentes y encomiendas políticas. La afluencia de concurrentes a las veladas culturales solía abarrotar el local: música, recitación y teatro precedían a la disertación doctrinaria. Sarah Pascual era la recitadora oficial y uno de sus números favoritos “Sangre roja”, del poeta mexicano Carlos Gutiérrez Cruz. Aún recuerdo su última estrofa, saludada siempre con restallantes aplausos:

---

107 Ver Sarah Pascual: “Mis recuerdos de Rubén y la Universidad Popular”, en: *Santiago* (Santiago de Cuba) (16): 51-84, diciembre, 1974.

*Sangre que desespera de su eterna prisión...  
... sangre que en dinamita  
hace estallar su propio corazón...  
¡Sangre roja...! ¡Salud!*

Sin embargo, sus broches de fuego eran “Yugo y estrella”, de Martí, y “Exhortación al iconoclasta”, de Tallet.

Los nexos de la Universidad Popular con el movimiento sindical, promovidos por Alfredo López, le abrirán nuevas vías a su labor de adoctrinamiento revolucionario de la clase obrera y de respaldo a sus acciones. Cuando José Carlos Mariátegui es detenido en el local de la Universidad Popular González Prada y clausurado su periódico *Claridad*, que él dirigía, la Universidad Popular José Martí formuló enérgica protesta.<sup>108</sup> Fue su primera manifestación de solidaridad latinoamericana.

Martínez Villena ingresó en el elenco de editorialistas de *El Heraldo* el 13 de octubre de ese año. Se le confió, además, la dirección de la página literaria de los lunes. Aunque le sobran facultades para serlo redondo, incluyendo el reportaje, como lo evidenció al “cubrir” la conferencia del pensador mexicano Antonio Caso en la Universidad, no podría hablarse, en rigor, de Rubén como periodista, ya que sólo de soslayo desempeñó el oficio y, desde el punto de vista estrictamente profesional, exiguo tiempo. Utilizó el vehículo, cada vez que pudo, para exponer sus ideas y sentimientos, ya en artículos políticos, ora en crónicas o notas literarias.

Al hacerse cargo de esa página, consigna los propósitos que la animan, trasminantes de espíritu martiano: “No será ésta una página de literatura sólo para literatos. Para ellos procurará tener un manjar exquisito. Para los no preparados pretende hacer obra de preparación. Será, pues, selecta, sin pedantería; educacional sin que parezca pedagógica; y, por orden de grado, cubana, latinoamericana y cosmopolita. Y juvenil, sobre todo. Los libros nos llegan vía New York. Vueltos a Europa, conocemos mejor a Francia a través de las traducciones de España que a nuestros hermanos de lengua e historia. Aquí procuraremos tener siempre cosas de nuestra América, ya universalmente gloriosa en la literatura. Y estará abierta esta página a la juventud nueva, inédita y audaz. Cuentos, artículos de crítica, crónicas, versos, noticias de la actualidad y del ambiente literarios compondrán esta página, a la cual dedicaremos nuestra antigua vocación nunca olvidada y nuestro siempre renovado deseo de servir.” La alusión a la “antigua vocación nunca olvidada” es síntoma del cambio profundo que se ha operado en su conciencia. Como ha dicho José Antonio Portuondo, “la faena del orfebre

---

108 Ver *Juventud*, mayo de 1924.

literario ha quedado ya atrás y se subordina ahora, de modo ancilar, al ideal de servicio ciudadano”.<sup>109</sup>

En consonancia con ese ideal, escribe Rubén varios artículos sobre diversos temas de actualidad nacional e internacional y, con creciente ahínco y encrespada intención, en torno a problemas sociales candentes, que revelan, por algunos giros y conceptos, incipientes lecturas marxistas. No autoriza ello, en modo alguno, a endilgarle la paternidad de textos escritos por el responsable de la sección obrera del periódico, el perspicaz anarquista Antonio Penichet, y semejantes o parecidos de otros, sin mayores averiguaciones o riguroso cotejo con su estilo.

En la página literaria, dejó auspiciosas presentaciones de la poesía de Alcides Spelucín, Enrique Serpa y Regino Pedroso, y una crónica admirable, “La lluvia en las calles”, en que su prosa, insuflada de lirismo, renueva las calidades excepcionales que exhibió en el cuento “En automóvil”. Le sobaban dotes para haber sobresalido, con pareja brillantez, en todos los géneros literarios.

Y un día, inesperadamente, cambió de periódico y de cargo y comenzó a trabajar en *La Nación*, de simple corrector de pruebas.

Ha vuelto, por aquella época, a “pulsar la lira”: exaltación jubilosa de amor (“Saludo fragante”), música de violines liberados (“Capricho en tono menor”), experiencia de poeta maldito en el Barrio Chino (“Página de la droga celeste”) y desperezo de refinadas voluptuosidades (“Hexaedro rosa”). Su señorío de la expresión y del canto registra notas más altas, luminosas y melódicas.

---

109 José Antonio Portuondo: “Revaluaciones. Rubén Martínez Villena (1899-1934)”, en: Lunes de Revolución [suplemento de *Revolución*] (La Habana): 34-42, 23 de enero de 1961.

El buque “Italia” —transporte militar remozado, dos chimeneas, altos mástiles, tres cubiertas, proa desafiante— enfilaba el canal del puerto, empavesado de banderas y una legión de camisas negras en el puente.

—¡Muera el fascismo! ¡Abajo Mussolini! ¡Fuera de Cuba los verdugos de Matteoti! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! —voceaba una iracunda muchedumbre de obreros y estudiantes que había cercado el espigón de La Machina, al ser desalojada de la Alameda de Paula por la policía. Y, dirigiéndola y arengándola, juntos y del brazo, Julio Antonio Mella y Alfredo López. Varios profesores de la Universidad Popular —Rubén Martínez Villena, Gustavo Aldereguía, Sarah Pascual, Leonardo Fernández Sánchez—, participaban en la enardecida demostración, que desembocará en el Centro Obrero.

Los activistas distribuyen un manifiesto de la Confederación de Estudiantes de Cuba, suscrito por Mella, como presidente, y Leonardo, como secretario, en que se exponía al pueblo, con igniscente fundamentación, la razón de la protesta y el repudio, y otro, en análogo sentido, calzado por Alfredo López, en nombre de la Federación Obrera de La Habana. “Los hombres libres —finalizaba el primero de esos textos memorables— han recibido una afrenta con la llegada de ese barco. O repelen el agravio, protestando, o se humillan cobardemente. ¡Pueblo de Cuba, la juventud universitaria te invita a ponerte en pie, para abofetear y escupir el rostro a los asesinos embajadores, y, también, a los traidores de este país que con ellos se solidarizan!”<sup>110</sup>

Importa destacarlo. Visto retrospectivamente, este acto combativo constituye la anticipada declaratoria de guerra de la clase obrera y del estudiantado revolucionario a todas las formas de opresión del capitalismo financiero y, especialmente, al fascismo, forma política totalitaria del dominio imperialista.

La presencia pública de la tripulación del “Italia” provocó protestas y rechiflas. Cuando visita la fábrica de tabacos Partagás, los obreros abandonan el trabajo. Idéntica repulsa en la cervecería La Tropical y donde quiera que asoma. Apenas surtió efecto la procaz propaganda del Círculo Nacional Fascista Cubano, recientemente constituido y alentado por el archirreaccionario *Diario de la Marina*.

---

110 *Boletín Oficial de la Confederación de Estudiantes de Cuba*, 4 de septiembre de 1924.

Un mes antes de las elecciones, *El Herald* hizo una encuesta que suscitó cierto interés en la opinión pública por la forma intencionada en que se enuncia su única pregunta: ¿existen realmente los Veteranos y Patriotas?

Rubén fue abordado por sagaz y pícaro reportero. La evolución de su pensamiento político ha avanzado demasiado para caer en la trampa que se le tendía. Su respuesta<sup>111</sup> fue tan intencionada como la pregunta:

—No solamente subsisten las causas remotas de dicho movimiento, antiguas causas de origen político-sociológico, cuya desaparición está lejana por desgracia; sino que se mantienen existentes las causas próximas, directamente provocadoras del movimiento de protesta. Tanto vale preguntar: ¿se ha cumplido el programa de los doce puntos regeneradores? ¿Ha cesado la corrupción administrativa? ¿Se ha realizado la ansiada rectificación? ¿Se ha purificado el poder ejecutivo? ¿Se ha saneado el poder legislativo? ¿Se ha higienizado el poder judicial? ¿Han sido castigados el presidente de la república y los congresistas delincuentes por las infracciones del código penal que han cometido? ¿Podemos levantar la frente en el extranjero para decir: somos cubanos?

—Sí —añadió—; la asociación debe reorganizarse y continuar la lucha. No hay que hablar de oportunidades cuando se trata de salvar un pueblo, de poner manos a una obra noble y de cumplir con un deber permanente y de mantener una palabra dada. En estos casos las oportunidades, si las hay, se aprovechan. Si no, se crean.

—¿Y la acción?

—Una, en tres frentes: cívico, político y revolucionario. De Martí es esta frase: “De vez en cuando es necesario sacudir el mundo para que lo podrido caiga a tierra [...]”

—Los nombres de García Vález, Mendieta, Laredo y Loynaz del Castillo y algunos otros tienen simpatizadores decididos; ¿quién de estos patriotas, o de los decididos no mencionados aquí, cree usted que pueda ser caudillo del movimiento regenerador?

—¿Nombres? Ninguno y cualquiera. Obreros anónimos son dispensables para las grandes obras. Si es necesario un jefe, te surgirá a su hora. Fuera infantil hacer recomendaciones o sentar predilecciones o profecías. Los nombres mencionados por usted son ilustres. Mas, acaso tan magna empresa como la de nuestra regeneración necesite un hombre con grandeza; alma suficiente para llamarse José Pérez o Juan López...

Uno de los rasgos más significativos de la etapa terminal del gobierno de Zayas es el incremento de la lucha de clases y de cierta maduración de la

---

111 En: *El Herald*, 3 de octubre de 1924. Ver Josefina Mesa (comp.): *Rubén: antología del pensamiento político*, Dirección Política de las FAR, La Habana, 1976. Excelentes el plan, el proemio y la selección.

conciencia “para sí” del proletariado. A las huelgas parciales que se venían sucediendo en La Habana se suma, en el mes de abril, radicalizando las posiciones ideológicas en la base sindical, la huelga general de solidaridad con los estibadores del puerto. Aunque la actividad de las agrupaciones comunistas y del estudiantado revolucionario no es ajena a ese proceso, la fuerza política motriz de tales acciones de clase es la Federación Obrera de La Habana, destacamento de vanguardia de los trabajadores.

El curso ascendente del movimiento obrero y sus perspectivas ulteriores estaban dependiendo ya de la organización y dicción, a nivel nacional, de las masas asalariadas. Hombre de olfato felino y decisiones irrevocables, Alfredo López dio un paso audaz. Sin explorar mucho las posibilidades subjetivas, envía dirigentes y cuadros versados en materia de organización, propaganda y agitación, a las áreas cañeras, con la misión de convencer a los obreros azucareros y agrícolas de unir y artillar sus fuerzas dispersas en colectividades propias, en defensa de sus intereses, reivindicaciones y derechos. Asaz fructífera fue la gestión. En el mes de septiembre, no obstante el trapicheo electorero en los bateyes y barracones, se materializan las primeras protestas y huelgas en el central Morón y en otras fábricas de azúcar de la provincia de Camagüey. Cuentan, además, con el precioso respaldo de la Unión de Obreros del Ferrocarril del Norte de Cuba, que dirigía el diestro y valeroso líder ferroviario Enrique Varona.

En la fase de su apogeo, el movimiento huelguístico llegaría a abarcar a todos los ingenios de la Cuban Cane Sugar Corporation y numerosos centrales de las provincias de Las Villas, Matanzas y La Habana. El pliego de reivindicaciones se reducía, esencialmente, a tres puntos, a la vez incitantes y concitantes: reconocimiento de la personalidad jurídica de los sindicatos, jornada laboral de ocho horas y abolición del régimen de pagos en vales.<sup>112</sup>

La justeza de esas peticiones se ganaría el favor de la opinión pública y la simpatía de parte de la prensa. Algunos editoriales de *El Heraldo* en los cuales se apoyan las demandas de los huelguistas, los escribe Rubén Martínez Villena.

La Universidad Popular dirigió elocuente alocución, redactada por Mella, a estudiantes e intelectuales.

“El gobierno ha dejado entrever —expresa el documento— que continuará con los atropellos y vejaciones a los trabajadores de los ingenios. [...].

”Durante largo tiempo, intelectuales, periodistas, o simples hombres sensatos, han estado gritando: ‘la tierra se va...’ Varona, el hombre cumbre de la intelectualidad cubana ha dicho a tiempo su palabra condenatoria so-

---

112 Alfredo López, Antonio Penichet y Paulino Díez: “Notas explicativas”, en: *Memoria del III Congreso Obrero Nacional*, Taller tipográfico San Nicolás no. 302, La Habana, 1926.

bre la absorción del suelo de la isla por el capitalismo imperialista yanqui. Hoy palpamos los resultados. El obrero vive en los centrales muriendo con doce horas de faena diaria, recibiendo el importe de su trabajo en ‘vales’, teniendo por hogar antihigiénicas mazmorras, recibiendo el atropello constante de la fuerza pública. Las leyes condenan todo esto; pero el Gobierno no tiene poder para imponer el cumplimiento de la ley a las grandes empresas capitalistas que tienen convertida a la República en una factoría, y que cuentan, en último extremo, con la marina y el ejército de los Estados Unidos como se ha comprobado en Haití, Santo Domingo, América Central, etc... Nosotros pedimos la solidaridad de las instituciones estudiantiles y educacionales o científicas en general, porque creemos que el problema es grave y trascendental. Lo que hoy les sucede a los trabajadores manuales, a causa del imperialismo absorbente de Wall Street, le comienza a suceder ya a los trabajadores intelectuales: empleados, médicos, ingenieros, y químicos de los centrales. [...].

”Sólo la palabra sincera de las asociaciones estudiantiles, y de los grupos de intelectuales jóvenes [...] pueden unir su voz humanitaria y justa a la de los obreros manuales, que al defender sus derechos en los campos de Cuba, defienden los derechos de todo el pueblo.”<sup>113</sup>

El gobierno intentaría debilitar y romper la huelga desde dentro, mediante intrigas, sobornos, amenazas y deserciones. Y es en este preciso instante que aparece en su repugnante papel de agente patronal el titulado dirigente obrero Juan Arévalo. Impedirá, con sus intimidaciones y tretas, que la Hermandad Ferroviaria preste su concurso a la huelga. A seguidas, la represión entró en escena: detenciones, golpizas, asesinatos. Numerosos obreros de nacionalidad española son deportados. Supervisores militares asumen el mando en municipios y bateyes. Y, al cabo, la violencia estatal se impone. El imperialismo se recobró, a duras penas, del sobresalto que le ocasiona la sublevación de “sus” trabajadores más explotados y uncidos.

Amargo y rudo revés, sin duda, para el movimiento obrero. Sin embargo, aquella vigorosa eclosión de rebeldías es el prólogo de las vastas y potentes acciones de masas que desafiarán las iras cavernarias de Machado hasta derrocarlo. Conturbado todavía por la pavora que le inspira la inesperada acometida, el presidente electo anota dos nombres en su memoria obsesiva de criminal nato y enemigo congénito del proletariado: Alfredo López y Enrique Varona.

En los mismos días tumultuosos y soleados en que la huelga azucarera navegaba con mar de popa y a toda máquina, Mella publicó su artículo

---

113 *El Heraldo*, 2 de noviembre de 1924, p. 6. Ya había difundido otra similar en el mismo periódico, el 15 de noviembre. Concluía: “Proletarios, vosotros sois los libertadores de la época actual [...]”

“Los nuevos libertadores”.<sup>114</sup> Es conciso, claro, definitorio. A los cuatro lustros de república, Cuba afronta un problema más arduo que el de la separación de España, que sólo una nueva y moderna revolución podría resolver: “una democracia trasnochada en completo fracaso, en el orden político, y en el económico, el estrangulamiento por poderosas empresas sajonas...”. Las huelgas anteriores y, sobre todo, la presente, han clarificado los contornos y el sentido de ese problema. En todas, “el enemigo, el patrón, han sido poderosas compañías extranjeras que tratan al trabajador nativo y al extranjero como esclavos, y se burlan de las leyes de la República [...]”.<sup>115</sup>

“La causa del proletariado —sentencia— es la causa nacional. Él es la única fuerza capaz de luchar con probabilidades de triunfo por los ideales de libertad en la época actual.”<sup>116</sup> Esa causa —precisa— “es la causa del momento, en Cuba, en Rusia, en la India, en los Estados Unidos y en la China. [...]. El solo obstáculo es saberlo adaptar a la realidad del medio. [...].

”... íbamos retrasados en la marcha de los pueblos de la América hacia el Progreso, como corredores que no hubiésemos oído la señal de arrancada en el maratón. He aquí la causa de nuestros bríos y de nuestros anhelos vehementes. Tenemos que ir más veloz que los demás para vivir en el siglo xx al compás de los otros pueblos. El proletariado representa el porvenir, y la lucha social revolucionaria es el único camino a seguir [...].

”Invitamos a toda la Nueva Generación a militar bajo nuestra bandera libertaria de redención social. [...]. La invitamos a luchar por la causa del pueblo trabajador para que luche por la causa del siglo. [...].

”Los proletarios son los nuevos libertadores.”<sup>117</sup>

El fundamento de esa tesis lo expondría, con rigurosa documentación y notable acuidad, en su folleto *Cuba, un pueblo que jamás ha sido libre*.

Con el iluso propósito de acrecer el respaldo electoral a su ambición de reelegirse en el cargo, el Chino se había afanado en conseguir la ratificación del Tratado Hay-Quesada, en el cual el gobierno de Estados Unidos renunciaba a su supuesto derecho a la posesión de la Isla de Pinos, hoy radiante Isla de la Juventud. Interesado coyunturalmente éste en mejorar la imagen de sus relaciones con América Latina —ensombrecida por continuadas intromisiones, tropelías y vejámenes—, favoreció la gestión de Cosme de la Torriente, pero poniendo término a la batallona cuestión cuando convino a sus cálculos y planes. El candidato presidencial preferido del imperialismo —hechura de su política de medro y garrote— se ha zampado ya la presidencia.

Los antecedentes de este litigio y las vicisitudes que originó han sido expuestos y enjuiciados muchas veces, y, hace poco, por el acucioso inves-

---

114 *Juventud*, noviembre de 1924, pp. 7-8.

115 Ídem.

116 Ídem.

117 Ídem.



tigador Rolando Álvarez Estévez.<sup>118</sup> Incontrovertible resulta, por lo demás, que la Isla de Pinos es, geográfica, histórica, política y administrativamente, parte integrante del archipiélago cubano desde su descubrimiento, conquista y colonización por los españoles. Su devolución no comportaba, por tanto, ni generoso gesto de renuncia, ni tampoco el canje de un pedazo de Cuba por otro —cesión de las estaciones carboneras y navales, arrancada mediante engaño y violencia como se insinúa en una cláusula del ominoso instrumento. Por rejugos tácticos de política exterior imperialista y la presión obstinada del pueblo cubano, se devolvía el producto de una extorsión a mano armada.

La manifestación de agradecimiento convocada por el gobierno constituía, por eso, bochornosa expresión de servilismo y vejamen intolerable al pueblo cubano. El Comité Antiimperialista de la Universidad denunció la humillante maniobra y, en documento suscrito por Mella, exhorta a “los estudiantes y hombres libres” a abstenerse de participar en esa indigna procesión de arrodillados. Idéntica actitud adoptan la Federación Obrera de La Habana, la Confederación de Estudiantes de Cuba, la Federación de Estudiantes de la Universidad de La Habana, la Liga Anticlerical, la Agrupación Comunista de La Habana, la Universidad Popular José Martí y la revista *Juventud*. El Comité Estudiantil Antiimperialista había acordado, de consuno con la Federación Obrera de La Habana, interferir y desbaratar el desfile.

Mediante coacciones y amenazas, el gobierno logró juntar una infeliz manada de empleados públicos en la Avenida del Malecón. Pastoreaban el espantadizo rebaño Zayas, Machado y Crowder. A lo largo de la ruta, lloviznada por el oleaje, iban y venían soplones y curiosos.

Paralelamente a la enjuta patingata, estudiantes y obreros, encabezados por Julio Antonio Mella, Alfredo López, Rubén Martínez Villena, Leonardo Fernández Sánchez y Aureliano Sánchez Arango, repartían proclamas y voceaban violentos epítetos, coreados rítmicamente con sucesivos y retumbantes: ¡Isla de Pinos siempre fue cubana!, ¡abajo el gobierno lacayo de Zayas!, ¡muera el imperialismo yanqui!, ¡abajo Machado!, ¡fuera Crowder!

---

118 *Isla de Pinos y el Tratado Hay-Quesada*. Ver: Evelio Rodríguez Lendián: “La Isla de Pinos según el tratado de París”, en *Revista de la facultad de Letras y Ciencias* (16), La Habana, 1913; Fernando Ortiz: “La Isla de Pinos es y será cubana”, en: *Revista Bimestre Cubana* (La Habana) 9(6): 426-438, noviembre-diciembre, 1924; Emilio Roig de Leuchsenring: “Una vieja deuda de honor de los Estados Unidos con Cuba”, en: *Social* (La Habana) (12): 40-70, diciembre, 1924; Elbridge Colby: “La controversia sobre la Isla de Pinos”, en: *Revista Bimestre Cubana* (La Habana) 20(1-2): 62-69, enero-abril, 1928; Cosme de la Torriente: *Mi misión en Washington*, Imprenta de la Universidad de La Habana, La Habana, 1952; Erasmo Dumpierre: “Mella y la Isla de Pinos”; Julio Le Riverend: “Isla de Pinos: pasado y presente”, en: *Cuba Socialista* (La Habana) 7(66): 97-114, febrero, 1967, y Antonio Núñez Jiménez: *Isla de Pinos: piratas, colonizadores, rebeldes*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1976.

En esa tarde de corazones en línea y ansias de refriega, vi, por segunda vez, a Mella. (Fue, la primera, en ocasión de una asamblea en el patio de los laureles, en que pude filtrarme hasta oírlo, estremecido y ofuscado, muy de cerca.) Atraído ahora por la tensa expectación que reinaba, acudí a ver el desfile. Me aposté en la intersección de Prado y Malecón, cundida de genizaros a caballo.

Fuertes choques se suceden durante el trayecto. Zayas, Machado y Crowder, llenos de miedo, acabarían por abordar sus automóviles. En uno de los molotes, los polizontes tratan de reducir a Mella. Alterna éste el sopapo con el denuesto. Cuadras adelante lo capturan y retienen en un calabozo de la estación de policía de San Lázaro. Es rescatado y retorna al combate. Aprehendido en el Paseo del Prado, lo introducen en un carro repleto de sicarios, seguido a pie por clamoreante ráfaga de fuego. Un grupo que, tras tenaces forcejeos, obstruye la diezmada marcha frente al palacio presidencial, es detenido. Comisiones de estudiantes y obreros, empapelados de protestas, invaden los periódicos. Se urden sensacionales cintillos.

Juicio correccional en el juzgado de Cuatro Caminos. El fiscal es sobrino de Zayas. Abogados de la defensa: Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, Eusebio Adolfo Hernández, Emilio Roig de Leuchsenring, Germán Wolter del Río y Orosmán Viamontes.

Los descargos de los acusados constituyen un reto. El fiscal pide ciento ochenta días de reclusión.

Erizado de razonadas contundencias y chisporroteante de filosas ironías, el alegato de Rubén. Una carcajada cristalina coronó sus palabras finales: “Los historiadores del mañana, cuando examinen este hecho vergonzoso, lo confundirán, sin duda, con los actos carnavalescos de estos días. Lo llamarán el Domingo de Piñata o el de la Sardina. Alguno quizá denomine la manifestación del día 18, como ‘el Miércoles de la Guataca...’”<sup>119</sup>

Sanción del juez: doscientos pesos de multa. Indignado, Mella replica: “Con mi dinero no alimento parásitos.” Rápida colecta, entre los asistentes, cancela el lance.

En libertad y en la calle. Una multitud encandilada lo rodea. Exclamaciones: ¡Que hable! ¡Que hable! Y, encaramándose en un sillón de limpiabotas, tornando la cabeza desmelenada y la mano acusadora saeteando el aire, fragua este apóstrofe: “Para ti, juececillo venal, y para vosotros, esbirros, sólo la frase de Cambronne en Waterloo: *Mierda sois todos vosotros.*”

Alguien grita: ¡a la estatua de Martí! Y allá van, como humano maremoto empujado por el viento fragoroso de la revolución. Surge una voz de trueno que destella punzantes metáforas: es Leonardo, “el benjamín del grupo iz-

---

119 *El Heraldo*, 22 de marzo de 1925, p. 9.

quierdista, el camarada predilecto de Mella”. ¡A palacio! ¡A palacio! Y hacia palacio enfilan, compactos, animosos, resplandecientes. Mella se planta sobre el pedestal de la estatua que Zayas se ha erigido y lo autopsia moralmente. La policía avanza con el dedo en el gatillo. Intenta derribar a Mella. Disparos al aire. Porrazos y pedradas. Cae Mella. Sangre abundante mana de su frente. Contusos, su hermano Cecilio, Matías Barceló, Israel Soto Barroso, Emilio Álvarez Recio. En la multitudinaria asamblea efectuada en el Aula Magna, el verbo de Mella es una avalancha de llamas, discos, jabalinas y trompetas.

Solicitada su opinión sobre los conmocionantes sucesos, Rubén Martínez Villena responde: “La agresión brutal de que ha sido objeto la manifestación de ayer, frente al Palacio Presidencial, no me sorprende nada. Fue una sencilla fiesta con que un grupo de subalternos, cumpliendo órdenes superiores, regalaba la vista del más sereno, pacífico y respetuoso de nuestros Presidentes. No con menos vigor cargó Juan Bruno contra los soldados de la Monarquía, que el empleado por la guardia de su hermano para atacar a los dignos herederos de la patria que ayudó a ganar el primero y no ha logrado perder el segundo.”<sup>120</sup>

La contramanifestación de protesta del estudiantado en defensa de la soberanía y la dignidad del pueblo cubano fue —como precisara Mella— “el último acto de la Revolución universitaria en Cuba”.<sup>121</sup>

Un aguacero de baba despidе a Gerardo Machado cuando, dócil al protocolo impuesto por el vasallaje, embarcó hacia Estados Unidos. Ya ha anticipado, en el ostentoso banquete que le brinda la alta oficialidad de la gendarmería colonial, el tipo de gobierno que espera al pueblo cubano: “Es necesario que este ejército sepa que es la institución que más quiero, de ella surgí y en ella estoy y muchos jefes y oficiales serán ocupados por mí para encauzar, por caminos de orden y disciplina, los distintos departamentos y servicios de la administración pública [...]. Ayudadme a salvar la república, sed buenos y honrados, austeros y disciplinados.”

Irá ahora a encorvarse sumiso, lisonjero y pedigüeño, ante sus amos, presto a bailar, como orangután amaestrado, al son del *fox trot* que le toquen.

El 1° de Mayo, Julio Antonio Mella encabezaba la manifestación que desfila por las calles de la ciudad tremolando banderas rojas y resumía la concentración obrera en el Nuevo Frontón. Denuncia el trasfondo del viaje de Machado y ataca duramente al imperialismo norteamericano. Agita, alienta, esclarece, guía. Rubén Martínez Villena participa, en ambas jornadas, como un trabajador más.

---

120 Ídem.

121 Julio Antonio Mella: “¿Puede ser un hecho la reforma universitaria?”.

Los proscritos vuelven a ser protagonistas cuando la alianza entre el imperialismo, la reacción y el cuartel disemina dictaduras, satrapías y bajalatos neocoloniales en las islas y costas del arco antillano y, al sur del Río Bravo, en los valles y las faldas de la cordillera andina.

En Buenos Aires y en Lima se produce, casi al unísono, la primera gran traición contemporánea de los plumarios latinoamericanos, que anticipa, en otro plano, la de Jorge Luis Borges, Miguel Ángel Asturias, Carlos Fuentes, Octavio Paz y Mario Vargas Llosa en nuestros días. Leopoldo Lugones y José Santos Chocano proclaman, con voluptuosidad feminoide, que ha llegado la hora augusta de la espada, el tiempo viril de los mandones.

Zurrados por las duras realidades que enfrentan e impelidos por los hechos, las ideas, las emociones y las imágenes que están ya configurando el curso ulterior del proceso histórico, los pueblos de la sobrepatria bolivariana responden organizando la resistencia nacional, intensificando la pugna de clases y propugnando cambios esenciales en la estructura de la sociedad y el estado. Trabajadores, intelectuales y estudiantes constituyen la vanguardia de la nueva rebeldía contra el viejo orden social dependiente. Surge, crece y se define la corriente antiimperialista. Incluso se deja llevar por sus ondas el Partido Socialista Argentino, hechura porteña del reformismo europeo, con el bigotudo pulgarcito Alfredo L. Palacios de tambor mayor. El marxismo-leninismo —teoría y práctica de la liberación nacional y social— comienza a expandirse. Rebrotan la solidaridad popular latinoamericana. Y, a la par, se reanuda, con el encarnizamiento de la represión, como acaeció durante el preludio de la épica emancipadora, el éxodo revolucionario.

Intervenidas y enfeudadas sus patrias, combatientes dominicanos, haitianos y nicaragüenses se refugian en Costa Rica, Panamá, México y Cuba. Sucesivas oleadas de perseguidos se hospedan en La Habana, a compás de las marchas y contramarchas del movimiento revolucionario mexicano. Se agrupaban faccionalmente y hacían vida aparte. Cuando arriba la primera carnada de proscritos venezolanos, sólo permanecían en Cuba dos asilados “aztecas”: Gastón Lafarga y Luis Enrique Erro. Acababa de zarpar, aligero y bronco, Salvador Díaz Mirón, que enseñó literatura en la academia Newton y fue profesor de Julio Antonio Mella, a quien solía confiarle sus cóleras políticas, sus nostalgias enchiladas y sus versos ampulosos. Años después, al

llegar a su oído las hazañas del discípulo predilecto, declamaría, apoplético de orgullo: “Haber tenido un alumno como Mella bien valió mi exilio en Cuba.”

Constituían el grupo venezolano Gustavo y Eduardo Machado, Salvador de la Plaza y Carlos Aponte. Comunistas militantes los tres primeros, y acérrimos adversarios de Juan Bisonte, a quien habían declarado hostilidades a mano armada. Guerrillero de entraña, el “cantaclaro” Aponte. Valiente, simpático, desprendido y pendenciero, por su estampa y acento parecía oriundo de Santiago de Cuba, lo cual le sirvió, más de una vez, para confundir a los mastines de Machado y burlar la expulsión. A poco, se les uniría Francisco Laguado Jayme, combativo escritor y periodista. Y no demorarán mucho en hacerles compañía los peruanos Luis F. Bustamante, Esteban Pavletich y Jacobo Hurwitz, comunista éste y apristas aquéllos, expelidos de Panamá, donde se establecen al ser deportados por Leguía. Dos eminentes compatriotas, José Torres Vidaurre y Alcides Spelucín, poetas de delicadezas y vigores, les habían precedido en el honroso peregrinaje.

Advertidos de su presencia, Mella, Rubén y Leonardo van al encuentro de los venezolanos, que han levantado su tienda de campaña en un edificio de la calle Empedrado. La “cueva roja”, como bautizó Julio Antonio a aquel reguero de libros descosidos y calcetines remendados, era centro nocturno de largas y calenturientas discusiones en torno a los problemas de nuestra América, a la necesidad de unificar la lucha antiimperialista y a las vías más rápidas y eficaces de hacer la revolución social. A las veces, y siempre inesperadamente, irrumpía, encabritado y relinchante, un hombre que parecía un caballo, con una rima satánica egulfente en sus belfos: el aeda colombiano Porfirio Barba Jacob.

No faltaría nunca Rubén a aquellas sonoras, humosas, sitibundas e interminables veladas, que tanto se le semejaban a las que relata Andreiev en su novela *Sacha Yegulev*. En la “cueva roja”, no sólo aprendió cosas importantes y esclareció aún más sus ideas, sino que el ejercicio de la polémica revolucionaria maduraría sus naturales dones discursivos. Y, además, los habitantes de la “cueva roja” le proporcionan dos libros indispensables para entender y transformar la sociedad en que vive: *El imperialismo, etapa última del capitalismo*<sup>122</sup> y *El estado y la revolución*, de Lenin. Una noche, lindante ya con la madrugada, Rubén planteó la urgencia de trocar las palabras en actos. Y se convino entonces, como paso inmediato, publicar una revista revolucionaria que se denominara *Venezuela Libre* y el ingreso del grupo venezolano en la sección cubana de la Liga Antiimperialista de las Américas, que Mella estaba a punto de fundar y que llamaba a la “segunda guerra de independencia”, ya

---

122 Posteriormente se sustituyó, en la versión española, “etapa última” por “etapa superior”, que alude, con mayor precisión, a la naturaleza de las transformaciones generadas por el propio desarrollo el capitalismo.

prevista y evocada por José Martí. El movimiento antiimperialista cubano adquiriría dimensión continental.

La redacción de la revista se estableció en la “cueva roja”. En su primera etapa, si bien cuenta con la colaboración de los revolucionarios cubanos, está dirigida y orientada por los hermanos Machado y Salvador de la Plaza, con la ayuda de Laguado Jayme. En la segunda, que comienza en el mes de mayo de 1925, aparece, como director político, el representante a la Cámara Germán Wolter del Río —útil cobertura para librarla de la persecución oficial— y Mella y Martínez Villena figuran en su Consejo de Dirección, aunque quien la dirige propiamente es Rubén y la administra Tallet. En el número inaugural de la nueva etapa, Martínez Villena define el objetivo cardinal de *Venezuela Libre*: “Combatir a Juan Vicente Gómez, no constituye todo el programa de esta revista. Protestando contra la tiranía espantosa ejercida sobre el pueblo que realizó la independencia de América, procura, tan sólo, liberar de obstáculos el camino a una gran confederación de pueblos indolatinos que garantice a éstos contra el poder absorbente del imperialismo yanqui: *Venezuela Libre* aspira a ser en Cuba el órgano del latinoamericanismo y luchará contra esa tendencia del capitalismo norteamericano que pretende convertir en colonias los pueblos libres de la América española. Luchará porque los congresos panamericanos, avanzadas encubiertas del imperialismo norteamericano, sean sustituidos por congresos latinoamericanos y, en cumplimiento de la misión que se arroga, abogará entre nosotros por la supresión de la Enmienda Platt y porque la política internacional de nuestro gobierno, sin adoptar falsas posiciones frente a la Casa Blanca, se inspire más en el propósito que anima hoy a todas las clases cultas de Latino América.”

Capeando fuertes temporales económicos, la revista cumpliría cabalmente su propósito: servir, en función de la causa continental, la causa del pueblo venezolano. Siempre estuvo presente su agonía. El combativo “Manifiesto por Venezuela” salpicó de sangre y luz la página central. Lo redactó Rubén, que lo encabeza, y lo firman, entre otros, Mella, Marinello, Fernández de Castro, Tallet, Serpa, Fernández Sánchez y Agustín Acosta.

Ávidamente leída por la juventud revolucionaria, cada tirada fue beligerante recuento de las persecuciones, desmanes y crímenes del imperialismo yanqui y sus aliados. En los editoriales y en las notas espejeaba la escritura de Martínez Villena. Combate el terror yanqui en Panamá, comenta el último golpe de estado en Ecuador, demanda la ruptura de relaciones diplomáticas con el tigre de Maracay, alerta sobre los peligros del arbitraje de Estados Unidos en los conflictos latinoamericanos, describe el drama de Nicaragua, aboga por la solidaridad y la acción común de los pueblos originariamente uno del continente, postula la necesidad inmediata de incorporar al indio a la lucha reivindicadora, reclama la organización de un destacamento de conciencias jóvenes que se yerga frente a las maquinaciones de Wall Street y

condena la muerte del escritor peruano Edwin Elmore, asesinado por Santos Chocano con el amparo de Leguía. En la postrera impresión de *Venezuela Libre* —extinguida por carencia de recursos en julio de 1926— se publicará un ensayo de Rubén sobre la incidencia colonial del azúcar en la economía cubana, que revela su creciente dominio de la interpretación materialista de la historia. Cuando menos, ha estudiado a fondo el luminoso prefacio de Marx a *Contribución a la crítica de la economía política*, fruto del trabajo común con Engels. “Sólo son ochenta líneas —anotaré más tarde—, pero ellas tienen las más importantes palabras que se han escrito en el mundo. Mientras más se lee esa formidable conclusión de Marx, más se abisma uno en la simple y maravillosa verdad que encierra: así como el alfabeto es una clave para poder, después de conocerlo, leer cualquier clase de escrito, así estas palabras son el alfabeto de toda la historia de la humanidad.”

Aunque los exiliados peruanos tendrían relaciones fraternales con los venezolanos, su punto de enlace era el consultorio de Gustavo Aldereguía, que mantuvo siempre abiertas mampara y despensa a los luchadores comunistas, antiimperialistas y progresistas de nuestra América. Salvador de la Plaza y los Machado pernoctaron a menudo.<sup>123</sup> Cuando emigren, comprometidos en una acción armada contra el gomezato, Aponte será inquilino permanente de Gustavo y, en ocasiones, Luis F. Bustamante, que consiguió al cabo, en el mismo edificio, una modesta habitación, que compartía con Pavletich.

Recién graduado de médico, el *cholo* Bustamante había sido presidente de la Federación Universitaria del Perú y padecía del “mal azul”, romántico mote de grave afección cardíaca. De vivaz inteligencia y amplia cultura, solía discutir con suavidad limeña y astuto aplomo. Si secuaz incondicional de Haya de la Torre, a la vez férvido admirador de Mariátegui, de quien hablaba constantemente y nos leía artículos políticos que conservaba. De padre yugoslavo, Pavletich, estudiante de la Universidad de San Marcos, jovial, franco y afectivo, con quien Sarah Pascual y yo hicimos grandes migas, escribía en prosa fuerte y ensayaba airosamente la poesía revolucionaria de vanguardia y denotaba en las controversias sus frescas lecturas de Marx, Engels y Lenin. Muy vinculado a los comunistas cubanos, Jacobo Hurwitz, amigo de ambos, los visitaba de tarde en tarde. Los tres participaban en las actividades de la Universidad Popular. Todavía el aprismo presume de marxista.

El revolucionario cabal comenzaba a aflorar en Rubén Martínez Villena cuando Machado retorna, ensoberbecido, de la capital del imperio. Su convivencia con los trabajadores en la Universidad Popular, en la Liga

---

123 Gustavo y Eduardo Machado pertenecieron, desde entonces, a la dirección del Partido Comunista Venezolano, en el cual Gustavo desempeñó ininterrumpidamente el cargo de Secretario General, hasta que fue promovido, hace algunos años, a Presidente de la organización. Expulsado de ésta, Eduardo, el *Negro* Machado, como le decíamos, encabeza hoy una facción disidente que constituyó a raíz de la ruptura.



Antiimperialista y en el Centro Obrero, donde Alfredo López encuentra siempre tiempo para informarlo de las actividades encaminadas a organizar y unificar el movimiento sindical a nivel nacional, ha sido factor decisivo. Brilla y seduce en las discusiones ideológicas, en las veladas culturales y en las asambleas políticas. Veía a Mella diariamente. Era su brújula y su fuente.

La bibliografía disponible a la sazón de Marx, Engels y Lenin es bastante parva y, por añadidura, abundan las ediciones mutiladas y las traducciones infieles. La poderosa inteligencia y la tenacidad temible de Rubén, lograrían extraer, sin embargo, rica savia a los libros y folletos que se procura o le prestan. Su lacónica apostilla al *Manifiesto comunista*, expresa la singular impresión que le causó: “Es el mejor poema épico que se ha escrito.”

El estudio sistemático de *El estado y la revolución* y de *El imperialismo, etapa última del capitalismo* ahonda y alarga su mirada hasta percibir, por vez primera, el movimiento de conjunto de la historia de la humanidad y comprender que la explotación del hombre por el hombre y de la mayoría de los pueblos por un puñado de minorías privilegiadas y el advenimiento de una sociedad sin explotados y explotadores, sin oprimidos y opresores, sólo podría conquistarse mediante el derrocamiento revolucionario del régimen capitalista y la edificación de la sociedad comunista, contenida ya en el desenvolvimiento dialéctico del proceso originario de la dominación burguesa de clase. Largas reflexiones dedicó a la cuestión del poder, de la marchitación progresiva del aparato de coerción del estado y del período de transición de la sociedad capitalista a la sociedad comunista. Muchas más consagró al análisis de la naturaleza del imperialismo y a sus formas concretas de expresión en Cuba y en América Latina. Y, al ir entrelazando sus lecturas con la experiencia, su pensamiento con la realidad, su representación de la dinámica histórica con su desarrollo objetivo, confirmaría la validez de sus ideas, imágenes y sentimientos. Vivirá la deslumbrante revelación con una emoción humana en que se funden, con indecible palpito lírico, la justicia y la belleza.

Y fue el instante, asimismo, de mirarse por dentro, de escudriñarse a sí propio. El joven poeta jacobino de Veteranos y Patriotas comprueba, con extraño alborozo, que si a su sensibilidad se le ha aguzado el poder de sintonización y lucen limpios de orín los metales de su mente, en cambio, se ha ido reduciendo a chatarra la armazón ideológica que había heredado. En una página íntima, que titula “Una hora de soledad”, descarnado autoanálisis de una conciencia en trance ascensional de emancipación, deja constancia de su toma subjetiva de postura: “Todo estuvo a mi alcance y mi espíritu no se movió hacia ello. ¿Orgullo?... Así dirán; yo sé que no lo es: ¿Triunfos académicos? Los alcancé momentánea y mecánicamente y los arrojé por banales.



¿Éxitos “sociales”, salones, música, trivialidad, abanicos, flores? Me repugnaron por fútiles y estúpidos.

¿Gloria literaria? Desde el fondo de una docena de versos y cuatro líneas de prosa, me sonrió de los editoriales y hasta del premio Nobel. [...].

¡Popularidad! ¿Clamor de las multitudes ebrias de palabras incomprendidas? ¡Aplausos tristes! Pedestal propio hecho de la ignorancia ajena. No quise: hay que servir en silencio y desde abajo.” Ha descubierto la veta más noble del sentido de la vida: renunciar a sí mismo para ofrendarse a la dignificación de los demás.

Manuel Sanguily acaba de fallecer. Con él se iba uno de aquellos prototipos de intrepidez, gallardía, entereza y patriotismo que Máximo Gómez inmortalizó con el apelativo de “hombres del 68”. Rubén le rinde lapidario tributo en la revista *Social*: “Ayudó a ganar para la Libertad la tierra en que descansa con el perfil vuelto hacia los astros. Su mano se abrió sobre las multitudes y se cerró sobre la empuñadura. Su frente sólo se inclinó ante el libro.

”¡Juventud valiente, virilidad fecunda, vejez venerable! ¿Podemos esperar que esta vida sea algo más que un motivo de justos panegíricos?... Que sea gloria de todos: paradigma ante los débiles claudicantes; norma para los soñadores incorruptibles.”

La idea de constituir un amplio frente nacional de lucha contra la dominación neocolonial se ha ido examinando en sucesivas reuniones de la Liga Antiimperialista. No es fácil tarea; pero se precisa acometerla cuanto antes. Había que apurar todas las posibilidades de la pseudolegalidad existente antes de que Machado apretase las clavijas de la represión hasta convertir el terror en esencia del poder. Ya, por lo pronto, había anunciado, con torvo lenguaje, su política de exterminio del comunismo y de los comunistas, que incluía, como era obvio, a cuantas entidades y personas, de una forma u otra, expresaran su disconformidad con el sistema y su gobierno, aunque apuntando primordialmente hacia el movimiento obrero organizado y la juventud antiimperialista. El más leve olor a progreso le disparaba el instinto cavernario.

A Mella se le confió el sector estudiantil y a Alfredo López y a Alejandro Barreiro las organizaciones sindicales; Rubén se encargaría, con Tallet y Roig de Leuchsenring, de trabajar en el seno del Grupo Minorista. Contarán con eficaces colaboradores: Juan Marinello, María Villar Buceta, José Antonio Fernández de Castro, Regino Pedroso. Y no dejan de visitar a Enrique José Varona, Eusebio Hernández y Fernando Ortiz, que acogen la idea con simpatía y calor. Pero había que vencer prejuicios de clase, atajar temores, ahuyentar dubitaciones, disolver escepticismos y vérselas con enchuchamientos espirituales o burocráticos. Teóricamente, la concordancia era manifiesta. Mas salir a la palestra, entrar en colisión con los intereses creados, ligarse a los obreros y a los comunistas, dar la cara hasta las últimas consecuencias,

entrañaba responsabilidades, compromisos y riesgos que no todos estaban en disposición de arrostrar. Paciencia, y adelante, se dijo Rubén. Y prosiguió la faena, con la misma obstinación con que antes perseguía la libélula fugitiva del consonante anhelado.

En una de las tantas especiosas o evasivas discusiones que, durante aquella ardua jornada, sostuvo con los minoristas, no pudo Rubén contenerse y reventó. Se manoseaba un tema sobremanera grato a los escritores y artistas avanzados en sus concepciones estéticas, proyección tardía de los movimientos europeos de vanguardia que reseñó Guillermo de Torre en un libro taquillero. Alejo Carpentier había comenzado a difundir dichas concepciones en sus artículos, como hará en 1927 con la nueva literatura soviética, a partir de *El tren blindado*. El propio Alejo, a la sazón pionero de las nuevas inquietudes literarias y artísticas, hoy uno de los grandes maestros de la novela contemporánea, ha recordado la cortante e iluminadora reprimenda de Martínez Villena: “¿Arte nuevo? ¿Poesía nueva? ¿Pintura nueva? Bien. Pero... ¿No sería mejor empezar por hablar de un hombre nuevo en esta afirmación de valores nuevos, que sólo serán realmente nuevos cuando sean la emanación de un hombre nuevo, hecho nuevo por la instauración de un orden nuevo?”

Publicó, por esos días, en *Venezuela Libre*, un artículo en que exhorta al pueblo cubano al cumplimiento de su deber internacionalista: “el principio estrecho dice— [...]— caerá al impulso de los revolucionarios de América. [...]. Laboremos sin tregua por la unión de los pueblos de nuestra raza para el bien y la felicidad del mundo: sólo los ciegos o aquéllos cuya mirada no rebasa los límites de un siglo nos llamarán extraviados”.

El III Congreso Obrero Nacional, efectuado en la ciudad de Camagüey los días 2, 3, 4, 5 y 6 de agosto de 1925,<sup>124</sup> adoptaría la resolución más importante que, hasta entonces, registra la larga marcha del proletariado cubano: la erección de su primera central sindical. La Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO) —cristalización de la actividad ascendente de los trabajadores y del denodado esfuerzo unitario de la Federación Obrera de La Habana— representaba un enorme salto cualitativo en la batalla por la unificación, la organización y el despliegue, en el plano nacional, del movimiento revolucionario de la clase obrera y de esenciales implicaciones en la progresiva participación del pueblo en el proceso de liberación nacional. Alfredo López, su tozudo promotor, había contado, en el empeño, con el decidido concurso de dirigentes sindicales comunistas y, especialmente, de Alejandro Barreiro, hombre cuya pasión llameante, voluntad recia y conciencia desvelada alegorizan la consagración comunista a su clase, a su patria y a la humanidad. Nunca he olvidado aquella reunión del Comité Pro

---

124 Ver Alfredo López, Antonio Penichet y Paulino Diez: *Memoria del III Congreso Obrero Nacional*, op. cit.

1° de Mayo en que, en su condición de presidente, se encaró a los esbirros colados, echándoles del local con dagas calcinantes que le salían antes de los ojos que de las palabras.

La dirección del movimiento obrero la ha ejercido tácitamente Alfredo López desde la fundación de la Federación Obrera de La Habana. Se la habían adjudicado su intransigencia clasista, su espíritu unitario, su audacia oportuna, su lealtad a los trabajadores y su modestia ejemplar. Sin embargo, no aceptaría otra representación en el congreso que la de simple delegado. Sin pretenderlo ni buscarlo, fue su figura cimera. Tampoco ocupará, no obstante haber sido el progenitor de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, ningún cargo en su Comité Ejecutivo, que se constituye provisionalmente en La Habana el 18 de octubre de ese propio año y, con carácter definitivo, el 8 de noviembre. Venancio Rodríguez, luchador comunista de relieve, formaba parte de su comisión de prensa. El secretario general, David Antes, y el vice subsecretario general, Nicolás Zúñiga, eran dirigentes muy apreciados, respectivamente, del Sindicato de Obreros Escoberos y del Sindicato de Braceros y Jornaleros de Bahía.

La nutrida asistencia al III Congreso resalta la pujanza adquirida por la clase obrera durante esos años. Setenta y cinco organizaciones proletarias estuvieron representadas: veinticuatro de La Habana, nueve de Matanzas, veinte de Las Villas, trece de Camagüey y nueve de Oriente, entre éstas la Unión de Obreros Antillanos, compuesta por macheteros jamaíquinos y haitianos. No pudieron participar, pero cursan mensajes de adhesión, cuarenta y seis sindicatos. La poderosa Hermandad Ferroviaria, capturada ya su dirección por reformistas y polizontes y adherida a la Confederación Panamericana del Trabajo, se contrajo a enviar observadores.

El congreso aprueba, como criterios rectores, la lucha de clases, la acción directa y la no participación colectivamente en las actividades políticas y electorales. Si el reformismo parece ir de capa caída, influye aún, sin embargo, la fuerte resaca de la corriente anarcosindicalista, como se advierte en la formulación de principios y en algunos acuerdos y resoluciones. Alfredo López se esforzaría en mantener la unidad revolucionaria de clase al margen de las divergencias ideológicas, actitud que los delegados comunistas calorizan a falta de mejores alternativas.

El pensamiento anarcosindicalista conforma la ambigua postura del congreso ante la anunciada conferencia antimperalista latinoamericana y perfila su abstracto pronunciamiento antiguerrerista, en el cual se omite todo distinguo entre las guerras de rapiña y las guerras de liberación. El arraigo de la nociva influencia ideológica y del control organizativo en numerosos sindicatos de dirigentes anarcosindicalistas, explica, también, la incompreensión todavía existente en el movimiento obrero respecto al camino a seguir,

en las condiciones específicas de Cuba, en la lucha revolucionaria contra la explotación capitalista. El contenido inmediato de esa lucha, condicionante del acceso ulterior a la vía socialista de desarrollo, era la plena consecución de la independencia nacional. Más aún: la función catalizadora de las agrupaciones y tendencias sociales y políticas identificadas o coincidentes, en diverso grado o manera, con esa vasta empresa patriótica, democrática, progresista y antiimperialista, correspondía indefectiblemente a la clase obrera, principal fuerza motriz de la emancipación del yugo neocolonial y garantía única de su consolidación. No poseía ésta aún clara noción de que si el triunfo del socialismo en Cuba requería la maduración necesaria de las condiciones objetivas y subjetivas y un cambio propicio en las relaciones internacionales, estaba, además, dialécticamente ligado a la batalla nacional por el derrocamiento de la dominación imperialista y el desplazamiento del poder de la oligarquía burgués-terrateniente a su servicio.

A despecho de sus confusiones, extravíos y frenos, el congreso fue un enérgico acto de afirmación de clase, de unidad orgánica del proletariado y de solidaridad internacional. Su colérica protesta contra el decreto de expulsión de trabajadores tildados de extranjeros “perniciosos”, su frontal exigencia de liberación de los huelguistas encarcelados, su demanda de respeto al derecho de organización de los obreros azucareros y su militante adhesión a todos los presos sociales del mundo capitalista, son indicadores del nivel de sensibilidad revolucionaria y de pugnacidad política alcanzados. Lo más relevante y benéfico del congreso fue, sin duda, haber dotado a la clase obrera de un aparato nacional de defensa y combate capaz de abrirle cauces y perspectivas de desarrollo a más amplios y profundos avances.

Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, que habían tenido la atención centrada en el congreso, festejarían sus resultados con hermosos discursos en la Universidad Popular. Y cuando Alfredo López regrese a su reducto del Centro Obrero, partirán muchas noches con él en torno a la fundación de la CNOOC, acontecimiento que el tesorero peleador calificaba, reverberante de optimismo, de “nueva etapa” y de “instrumento de victoria”. Y ambos asentían, inflamados por igual certidumbre, en la materialización de la sociedad soñada, acaso estremecidos por la visión epopéyica de iracundas multitudes que descabezaban la injusticia entonando himnos revolucionarios y enarbolando rojos gallardetes.

Si muchos no se percatan siquiera de la magnitud del hecho y de los elementos removedores que traía en sus entrañas, un escalofrío sacudió las vértebras del imperialismo y de la oligarquía. ¿Cómo escapársele a su fino olfato de clase que la organización de los trabajadores podría transformarse en la base más sólida, en la contienda contra su política antinacional y sus aborrecidos privilegios, de la vanguardia comunista, de las masas populares,

de la juventud estudiantil, de los campesinos expoliados y de las capas progresistas de la pequeña burguesía urbana y rural, conductoras, con el proletariado, de las energías nutrientes de la nación y de la vida, ansiosas de cambio y de horizonte? ¿No habían percibido ya, desde 1923, vagos latidos de revolución en movimiento? Pero un escalofrío aún mayor les reservaban los días inmediatos.

Machado no se contenta con garantizar a los banqueros, mercaderes y gobernantes yanquis que ninguna huelga duraría veinticuatro horas. También se comprometió a reprimir, implacablemente, el comunismo y los comunistas.

El desafío fue inmediato y contundente. El 16 de agosto, a los cuatro meses de haber asumido el titerazgo de la neocolonia, exactamente diez días después de acordarse la constitución de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, se inauguraba, convocado por la Agrupación Comunista de la Habana, a iniciativa de Carlos Baliño y Julio Antonio Mella, el Congreso Constituyente del primer partido marxista-leninista.<sup>125</sup>

Acoso, represión, aislamiento. No podían ser más difíciles las circunstancias en que alumbraba. De las nueve agrupaciones existentes, por carencia de recursos sólo podrían asistir tres: las de La Habana, Guanabacoa y San Antonio de los Baños. La Agrupación Comunista de Manzanillo delegaría su representación en Alejandro Barreiro y Julio Antonio Mella, por carecer de fondos para enviar delegados. Incluyendo a delegados e invitados, suman dieciocho. La totalidad de los comunistas afiliados en la Isla no sobrepasaba entonces el centenar. Entre los delegados figuraba un alto dirigente comunista mexicano, Enrique Flores Magón, y uno de los dos representantes de la sección hebrea de la agrupación habanera, Yungler Samjovich, era, ni más ni menos, el veterano, querido y admirado luchador Fabio Grobart. Algunos de los participantes son curtidos militantes comunistas, como José Miguel Pérez, José Rego, Francisco Pérez Escudero, Alejandro Barreiro, Miguel Valdés y Venancio Rodríguez, los tres últimos, dirigentes sindicales de arraigado prestigio en las masas; otros provienen de la juventud universitaria, la intelectualidad, el periodismo y el magisterio público, reflejo del ascenso de la conciencia revolucionaria en determinados estratos de la pequeña burguesía. Cuéntanse, entre los invitados, José Peña Vilaboa, Alfonso Bernal del Riesgo y Rafael Saíenz. Quizá, visto desde fuera, pudo parecer un cónclave de iniciados, sin raíces ni proyecciones.

Sin embargo, aquel afebrado y corajudo grupo de combatientes, perseguidos y condenados de antemano, reunidos clandestinamente en una modesta casa de la calle Calzada, emprendía, no obstante las duras condiciones ambientales y su debilidad orgánica, el camino de la vida y de la verdad.

---

<sup>125</sup> Ver “Convocatoria y actas del congreso constituyente del primer Partido Comunista de Cuba (16 y 17 de agosto de 1925)”, en: *El Militante Comunista* (La Habana): 45-46, agosto, 1975.

Constituía una fuerza moral indomeñable y una idea política invencible porque encarnaba la pleamar de la historia.

Ni del azar ni del arbitrio surgía, por tanto, la colosal faena que se echaba sobre los hombros. Su fundación era la respuesta a una necesidad objetiva de mutaciones radicales que brotaba de la articulación de los intereses de la oligarquía gobernante a un sistema externo de explotación y dominio, del grado de desarrollo independiente de la clase obrera, de la impulsión patriótica de las energías liberadoras de la nación sojuzgada, de la decadencia orgánica del régimen capitalista, del proceso de consolidación del socialismo en la Unión Soviética a pesar del cerco imperialista, y de la descomposición paulatina de la estructura de la sociedad neocolonial a causa del decaimiento ya perceptible de sus fuerzas productivas. Y en virtud, precisamente, de esa entrelazada y fluida conjunción de realidades y factores nacionales e internacionales, el embrión de partido marxista-leninista devenía conciencia profunda y brazo político principal de la nueva batalla por la independencia nacional y, a la par, por la instauración de la sociedad socialista, única opción válida para afianzar y completar aquélla acorde con el dictado inesquivable de la época. La hora de cumplir cabalmente su misión histórica había llegado a la clase obrera cubana. Encargada de dirigirla y propulsarla, la vanguardia comunista que nacía constituye el empalme dialéctico entre la revolución nacional liberadora y la revolución social que la corona, entre el pasado mambí y el futuro de la humanidad, parteado ya por la Revolución de Octubre.

Son muy pocos, y todavía escasos también los que han logrado asir la teoría marxista o empiezan a manejar los aportes originales de Lenin a los métodos de acción y de trabajo, a la táctica y la estrategia del partido de la clase obrera en la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias y antiimperialistas y, casi todos, ignoran las tácticas leninistas de aprovechamiento coyuntural de la legalidad burguesa, como se traslució en las discusiones. Flores Magón fue quien esparció más claridad al respecto. Pero poseían ya el conocimiento suficiente de las cuestiones fundamentales del marxismo-leninismo para encender el motor y ponerse en movimiento. Lo demás vendría con el estudio, la reflexión, la actividad, la experiencia, imaginación y la audacia.

Eran muy pocos, y los obstáculos, innumerables. Pero allí están, como señalara Fidel Castro al evocar el trascendental suceso,<sup>126</sup> Carlos Baliño y Julio Antonio Mella. Nevada de años la cabeza lúcida y el corazón en pie, el amigo entrañable de José Martí, cofundador del Partido Revolucionario Cubano y adepto al marxismo desde su mocedad. Y, junto a él, en la mesa llena de papeles y libros, la conciencia henchida de luz y caracoleante el ímpetu vitalicio, el joven gallardo y aguerrido que funde en su pensamiento y en su acción a Martí y Maceo con Marx y Lenin. Clara intuición, en ambos,

---

126 Discurso pronunciado el 22 de agosto de 1975 en el Teatro Lázaro Peña.

del sentido de la acción que se impone a los comunistas en Cuba: reanudar el viejo salto interrumpido que encabezó Carlos Manuel de Céspedes con el mismo impulso, contenido distinto y marcas más altas. A Fidel Castro correspondería aportar la visión cabal, la comprensión madura y el método certero de ese abarcador reanudamiento.

El congreso dura dos días. Un minuto de silencio, resonante de internos clamores, en memoria de Vladímir Ilich Lenin y de los caídos en la lucha proletaria, abrió la primera sesión. A seguidas, se acordó un saludo especial al Partido Comunista de México por su eficaz cooperación a la organización del evento. Buena parte de la mañana consumió la lectura de los informes de las agrupaciones, que daban cuenta del trabajo realizado. Mella inició el debate con una breve reseña de la organización del congreso y un agudo enjuiciamiento de los progresos obtenidos.

En sucesivas sesiones, se abordarían los diversos puntos de la agenda. La controversia es sobremanera animada en torno a la organización, la estructura y el funcionamiento del Partido. Se alborotan un tanto las aguas cuando se encaran la estrategia y la táctica a seguir, las formas del trabajo sindical, el problema campesino, la cuestión electoral y la afiliación a la III Internacional.

El congreso no elaboró propiamente un programa político. Ni siquiera trazó sus líneas generales. Como ha precisado Fabio Grobart, no se hallaba en condiciones de hacerlo. Basado en un análisis somero de la realidad cubana, se limita a aludir a algunos principios y posiciones esparcidos en las actas, como la lucha por el comunismo y el apoyo a la Liga Antiimperialista. Se acordó, en cambio, afinar la estructura y el funcionamiento del Partido en el principio leninista del centralismo democrático y una plataforma contentiva de las reivindicaciones económicas, sociales y políticas de la clase obrera y del pueblo trabajador y, asimismo, un plan de acción enderezado a construir el Partido en los centros fabriles, vertebrar los campesinos, organizar el proletariado azucarero, agrupar a los jóvenes comunistas, defender los derechos de la mujer y de la juventud, combatir la discriminación racial, robustecer el espíritu internacionalista, acelerar el desarrollo ideológico y político de sus militantes y constituir una prensa propia. Y decidió, a la postre, tras de superarse algunos resabios anarcosindicalistas y renuncias políticas explicables, la participación del Partido en los procesos electorales, con la doble finalidad de difundir su programa y aprovechar las tribunas para explicarle al pueblo las causas profundas de su explotación, ignorancia y miseria y los modos reales de extinguirlas. Era evidente que los discrepantes de la tesis expresaban la repugnancia popular a la politiquería criolla y un fundado temor a la siembra de confusiones que pudieran desvirtuar la fisonomía ideológica y política del nuevo Partido; prescindían, sin embargo, en su enfoque teórico, del deslinde leninista entre el uso revolucionario táctico y el usufructo



reaccionario estratégico de la acción política en el corrompido contexto de la democracia burguesa.

En el curso de las deliberaciones, se recibiría un mensaje de solidaridad de las células del Partido y de la Juventud Comunista del buque soviético “Vatslav Vorowski”, que exhortaba al congreso “a trabajar en el camino de Marx y Lenin”. Ya Barreiro había sugerido que se enviara un saludo fraternal a los marineros del carguero y, por su parte, Mella, que ya lo ha visitado en nombre de la Agrupación Comunista de La Habana, ha propuesto que se les obsequie una bandera cubana.

La propuesta de solicitud de afiliación del nuevo Partido a la III Internacional fue aprobada con fuertes aplausos. Al darse ese paso, entraba a formar parte, desde el triple punto de vista político, ideológico y orgánico, del movimiento comunista internacional, regido a la sazón por las líneas estratégicas y tácticas del V Congreso de la institución fundada por Lenin.

La elección de los miembros propietarios y suplentes del Comité Central se produjo al anochecer del 17 de agosto: resultan electos propietarios Julio Antonio Mella, Carlos Baliño, José Peña Vilaboa, Alejandro Barreiro, Miguel Valdés, Venancio Rodríguez, José Miguel Pérez, Rafael Sainz y Yoshka Grimberg; y suplentes: Alfonso Bernal del Riesgo, Vassarman, Francisco Pérez Escudero y José Rego. En reunión posterior, serían electos secretario general y secretario de organización, respectivamente, José Miguel Pérez y José Peña Vilaboa.

Al agotarse el temario —reza el acta de la sesión de clausura— “los delegados puestos de pie entonan la Internacional”.

El primer partido marxista-leninista “cubano quedaba constituido. Su fundación marcará —puntualiza Fabio Grobart— “el inicio de una etapa superior en el movimiento obrero y en la historia de Cuba [...]”.<sup>127</sup>

En cuanto Mella pudo zafarse de los compromisos subsiguientes al Congreso, corrió a ver a Martínez Villena. Límpido mediodía de agosto. El calor exprimía la ropa tendida sobre las azoteas. Rubén lo recibió en la refrescante humedad de la Biblioteca Falangón. Julio Antonio lo había tenido al corriente de los preparativos de la reunión. Ahora lo pondría en autos de todo, con ojos febriles, el ceceo al galope y el júbilo derramado. Muchas veces le ha insistido en la necesidad inaplazable de constituir el partido de la revolución que emancipe a Cuba de la dominación yanqui y de la explotación capitalista.

—La revolución está ahí, como quien dice. Yo la huelo, la vislumbro, casi la palpo. Pero sin partido revolucionario no hay revolución —repetía, subrayando las palabras.

---

127 Fabio Grobart: “El cincuentenario de la fundación del primer Partido Comunista de Cuba”, art. cit.



Esta vez le es dable hablar en presente:

—Ya existe el partido de la revolución que ansiamos, Rubén. Pero hay que organizarla y hacerla. Y a conseguirlo consagraré mi vida entera. Ten la absoluta certeza de que no estaré viejo cuando ésta estalle y triunfe. Cuestión de quince o veinte años, ¿Qué crees tú?

—No puedo ser tan categórico, Julio Antonio. Pero sí estoy seguro de que la revolución triunfará. Te haré una confesión que va a alegrarte: cada día algo dentro de mí me empuja más y más a luchar por la redención de la clase obrera dentro de sus propias filas. Acaso más pronto de lo que te figures estaré junto a ti en idéntica consagración de vida.

En la turbia madrugada del 25 de agosto, cuando se disponía a penetrar en su residencia, era abatido, por escopeteros emboscados en la sombra, el comandante mambi Armando André, director del periódico de oposición *El Día*. Un mes antes, ha escrito en un suelto: “Un camarada de Palacio nos advirtió: dice Gerardo que si *El Día* lo ataca en forma demasiado ruda no tardarán algunas señoras en vestir de luto.”

Con precisión siniestra y cínica impunidad, comenzaba a funcionar la maquinaria del terror. Los criminales se esfuman. De viva voz, Machado justifica el asesinato. Tremenda, la conmoción nacional. Y, en tono indignado, la protesta de la prensa. Julio Antonio Mella denunció el crimen con vehementes parrafadas.

Un coro abigarrado de adulones desfilará, en son de “desagravio”, ante el déspota envanecido. La guataquería entraba en escena con el disfraz moteado de sangre.

Amedrentado y enfurecido, Machado prohíbe la inscripción del Partido Comunista en el registro de asociaciones y ordena la expulsión del país de su secretario general, el “isleño”<sup>128</sup> José Miguel Pérez, maestro de profesión y de probada valentía y fidelidad a la causa obrera.<sup>129</sup> Simultáneamente, iniciaba el ataque organizado a los sindicatos antipatronales y revolucionarios. Y, a la par que amenazaba con drásticas represalias a la prensa burguesa si reincidía en la censura a su política “regeneradora”, caloriza la formación de un apócrifo aparato sindical anticomunista, antiobrero y antinacional que pone en manos de Juan Arévalo y Luis Fabregat, agentes del gobierno y el imperialismo en el seno del movimiento proletario, quienes se allegan el concurso de los activistas más deleznable del reformismo y cuanta escoria social se preste a fungir de apapipio en defensa de los privilegios de la oligarquía y de la dominación neocolonial. Son, a todas luces, los precursores del “mujalismo”.

El 2 de septiembre, la Audiencia de La Habana radica causa por el delito de conspiración para la rebelión y el día 7 dicta auto de procesamiento con

---

128 Apodo popular de los nativos de Islas Canarias.

129 Prosiguió militando en España. Fue fusilado por los falangistas el 18 de agosto de 1936. Ocupaba la Secretaría del Comité del Partido en Santa Cruz y Las Palmas.

exclusión de fianza de numerosos dirigentes comunistas y sindicales. Encabezan la lista Alfredo López, Baliño, Mella, Barreiro, Penichet, Regó, Saínez, Peña Vilaboa, Bernal del Riesgo y el mexicano Flores Magón. Al modificarse dicho auto, los detenidos —entre ellos Baliño y Mella— prestan la fianza señalada. Basado en declaraciones del Partido Comunista y en artículos del periódico *Lucha de Clases*, el amañado “proceso de los comunistas” —como se le llamara— quedó abierto indefinidamente a fin de ser manipulado cuándo y cómo conviniese.

La propaganda anticomunista, financiada y dirigida por la embajada norteamericana, se aprovechó de la circunstancia para reclamar la disolución de las organizaciones obreras “subversivas” y la proscripción de las tendencias antiimperialistas en el estudiantado. En este punto, la coincidencia era completa entre periódicos y partidos políticos adictos al gobierno y periódicos y grupos políticos reaccionarios de la oposición burguesa. Los intereses de clase que encarnaban los unos y representaban los otros, los unían e identificaban, totalmente, como servidores naturales de la oligarquía y el imperialismo.

Pero la agitación social, en vez de ceder, como suponía Machado, ha arreciado después del asesinato de Armando André y de las agresiones a los comunistas y al movimiento sindical, que ya han denunciado Alfredo López y Alejandro Barreiro en la plaza pública. Como en las postrimerías de 1924, se promueven sucesivas huelgas en distintas provincias. En plenos preparativos de la zafra, los obreros agrícolas e industriales del central Stewart y de las principales fábricas de azúcar de la Cuban Cane en Camagüey abandonan sus labores y exigen mejores salarios y el reconocimiento de su derecho a asociarse. La Federación Obrera de La Habana se solidariza con los insurgentes. Los panaderos de Santiago de Cuba y los tranviarios de Camagüey se declaran en huelga. El boicot contra las fábricas de refrescos y gaseosas obtiene el respaldo del pueblo. El paro decretado en el ferrocarril de Guantánamo repercute gravemente en el abastecimiento a la base naval norteamericana ubicada en Caimanera. Cuando Machado se entera de quién lo ha concebido y dirige; dando una feroz patada ordena la inmediata supresión de Enrique Varona.

El 19 de septiembre, en una fosca callejuela de la ciudad de Morón, era asesinado por el capitán Vigil Menéndez, ayudante de Machado, el combativo y popular líder ferroviario de filiación anarquista. Enrique Varona iniciaba el nutrido martirologio de la clase obrera durante el machadato. A los pocos días, es ejecutado en su celda el obrero catalán José Cuxart, dirigente del disuelto Sindicato de la Industria Fabril, sujeto a expediente de expulsión en la fortaleza de La Cabaña.

En los matutinos burgueses del propio día en que fue alevosamente ultimado Enrique Varona, se desplegaba, a toda página, el descubrimiento por la policía secreta de un vasto plan comunista urdido por la Federación

Obrera de La Habana para derribar el gobierno.<sup>130</sup> El informe, plagado de abracadabrantos invenciones, sandeces políticas y estropicios gramaticales, lo calzaba Alfonso L. Fors; pero había sido elaborado conjuntamente con la embajada yanqui. El método formaba parte de la base operativa del pacto suscrito entre Machado y el imperialismo.

La maniobra de cobertura de la iniquidad que iba a perpetrarse era tan tosca que, apenas ésta se conoció, su vesánico inductor quedó al descubierto.

---

130 *Heraldo de Cuba*, 19 de septiembre de 1925, p. 1. La única versión directa del asesinato de Enrique Varona —referida por su propia hija— la transcribió Loló de la Torriente, con plástico dramatismo, en su libro *Mi casa en la tierra*, publicado en 1956. A propósito, las ilustraciones de Jorge Rigol que éste contiene constituyen un prodigioso derroche de sobriedad expresiva.

Con bastante anterioridad al asesinato de Armando André, los dirigentes de la Universidad Popular José Martí y de la Liga Antiimperialista habían venido reuniéndose ante el sesgo violento que parecía ir tomando el curso de la situación.

—Hay que estar ciegos, compañeros, para no percibirlo —advertía Mella—. La represión del movimiento obrero y de las organizaciones revolucionarias es inminente. Estoy seguro de que Machado se lanzará muy pronto sobre la Universidad. Cuenta con casi todo el profesorado y el mazacote de estudiantes reaccionarios, pintacopas y niños bien. La federación está minada. Machado apelará a todos los recursos para destruirnos y eliminarnos. Es un criado de los yanquis y un fascista tropical. Y si lo sabemos, tenemos que prepararnos para enfrentar la ofensiva.

Se discute y elabora un proyecto de lucha y resistencia para la Universidad Popular. Su actividad se desarrollará en tres planos paralelos: público, restringido y clandestino. Hay que preservar su existencia hasta que se pueda. Mella, por lo pronto, debe desaparecer discretamente del proscenio. Es indispensable, a la vez, legalizar la institución. José Z. Tallet es designado presidente y Rubén Martínez Villena secretario. Su primera gestión será inscribirla como asociación en el Gobierno Provincial. El funcionario a cargo del trámite indicó la conveniencia de hacer varias modificaciones a los estatutos, a fin de evitar tropiezos. Aceptan. Todavía se conserva el índice de anotaciones en que aparece la fecha del empadronamiento y los nombres de ambos.

En una asamblea efectuada el 14 de julio de 1925 en un aula del Instituto de La Habana, conseguida por Leonardo Fernández Sánchez, se había procedido a organizar el cuerpo de dirección de la Liga Antiimperialista. Rubén Martínez Villena fue elegido, conjuntamente con Baliño, Fernández Sánchez y Tallet, a propuesta de Mella, miembro del Comité Ejecutivo. Ascendía un nuevo peldaño, el antepenúltimo, en su incorporación responsable al movimiento revolucionario de liberación nacional y social.

“No ignoramos —expone clara y valerosamente la Liga en el manifiesto que publica, redactado por Tallet— los peligros que nos amenazan al ponernos frente al imperialismo, que no perdona medios ni arte para deshacer los obstáculos que se interponen en su camino de perversión, pero preferimos todo, ¡todo!, antes que la vida de esclavos miserables que nos aguarda a los

pies del enemigo y como él, tampoco perdonaremos medio alguno para lograr su destrucción. Sabemos que la guerra está empeñada, que será sin cuartel y que será guerra a muerte. Triunfaremos reivindicando la libertad y la justicia social o pereceremos en la demanda, pero no como seres envilecidos besando la planta que nos humilla sino como quería el Apóstol: de cara al sol.”<sup>131</sup>

Medidas brutales y hechos sangrientos corroborarían las previsiones de Mella. Y, puesto en marcha el dispositivo de represión del movimiento comunista, de los sindicatos revolucionarios y de las huelgas obreras, Machado lo enfiló también hacia la Universidad. En este caso, sin embargo, procederá con cautela y por etapas. Su objetivo inmediato es proscribir a Mella del escenario estudiantil. No sólo lo odia. También lo teme. Mella mantiene aún sobrado prestigio y arraigo en la colina para transformarla de nuevo en un volcán de rebeldías y audaces acciones. Y, por eso, Machado ha preferido, contrariando sus primitivos impulsos, la astucia de la zorra al zarpazo del tigre. Sigue los maquiavélicos consejos de su secretario de hacienda y ex rector antirreformista Enrique Hernández Cartaya y del autonomista José Antolín del Cueto, efímero ex decano de la Facultad de Derecho en 1923.

Inesperadamente, un incidente personal de Mella con el profesor Rodolfo Méndez Peñate, provocado por unas palabras ofensivas de éste a su esposa, Olivín Zaldívar, le procura a Machado la vía tortuosa de acción que necesita. Acusado de “falta grave”, la Facultad de Derecho ordena formarle consejo de disciplina. La revista *Juventud* denuncia la zancadilla. El 25 de septiembre, el secretario de la Facultad, Aurelio Fernández Concheso, futuro embajador y secretario de educación de Batista, le comunica al integérrimo luchador que ha sido sancionado “con la pérdida de las asignaturas en que se encuentra matriculado y la expulsión temporal del recinto universitario por espacio de un año”. Julio Antonio impugna, infructuosamente, el fallo. La presión de Machado ha sido decisiva.

El nuevo curso académico apenas empezaba. Un año antes, las autoridades universitarias no hubieran osado incurrir en semejante atropello. La balanza de fuerzas es ahora distinta. El aluvión de “novatos” constituye una masa inconsistente, desconectada del medio y sin rumbo definido. La mayoría de los estudiantes más combativos se ha graduado. Dirigentes que habían formado con Mella la vanguardia reformista, traicionan sus principios por una plaza subalterna de catedrático o por un cargo administrativo. El acomodamiento, la abdicación y el miedo preponderan en la jefatura estudiantil. La confianza del profesorado en que cualquier amago de revuelta sería reprimido, completa el cuadro. Conocí de cerca aquella situación ominosa porque acababa de ingresar en la Universidad.

---

131 *Nueva Luz*, 20 de julio de 1925.

La primera etapa del plan gubernamental ha sido aparentemente vencida. Pero Mella no retrocede un milímetro y desenmascara el verdadero sentido de su condena en histórica carta al Consejo Universitario: “no se crea ni por un momento —comienza precisando—, que este escrito es una súplica humillante al Consejo para pedirle la revisión de mi proceso. No tengo deseos de insultarme, ni de tener que arrepentirme en el mañana de esta candidez.

”Mi expulsión [define] es una venganza. A los vengadores no se les pide justicia. Se les vence, o se les emplaza para el día en que puedan ser vencidos. No es simplemente una venganza de los profesores de la Universidad; ustedes, mejor que yo saben quiénes son los más interesados en separarme de la Universidad, y causarme el supuesto daño de no ser Doctor *de la eficiente Facultad de Derecho*. Es una venganza de hechos anteriores, y algunos sin conexión con el Alma Mater. Ciego será el que no lo vea.

”¡Ah! [prosigue] ¡Esperar justicia de ustedes! Esta palabra tiene un sonido raro en nuestros oídos. Para ustedes, hombres del siglo pasado, la justicia es siempre la norma escrita, lo que no cuesta trabajo interpretar, lo que sirve de buen escudo. Para nosotros, hombres de este siglo de inquietudes, la justicia se encuentra casi siempre en contra de la norma escrita por nuestros mayores. No podremos comprendernos nunca. Hablamos un lenguaje diferente. Entre la nueva y la vieja generación hay una confusión babeliana. Algunos de ustedes atemperados a los nuevos tiempos, pronuncian algunas veces palabras dignas de ser oídas, ¡pero son pocos!

”Por regla general, las palabras de los profesores tienen para nosotros el característico olor a moho de las cosas sepultadas en el fondo de los escaparates o de las bodegas. [...].

”Es claro que Sancho no puede comprender por qué Quijote se viste de hierro y expone su vida por los campos para luchar por la justicia. Él sólo ve como anhelo su ínsula. A pesar de esto, los quijotes soñadores sirven más a la humanidad que los ventrudos sanchos”.

Y concluye: “Tengo la firme convicción de hacer más en los años que me restan de vida, por mi país y por la humanidad, que lo hecho en la Universidad, y lo que han hecho hasta hoy mis jueces.

”Les saludo en afectuosa despedida, con la satisfacción del que se siente más libre, más ágil; y más fuerte para cargar con una nueva injusticia de este régimen, cosa que no es denigrante, como sí lo sería no cargar con la injusticia, pero caminar de rodillas por el peso de la felicidad y del bienestar adquiridos mansamente al estilo de hoy...”<sup>132</sup>

---

132 Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *Julio Antonio Mella; documentos y artículos*, ed. cit., pp. 204-209.

La estocada de Mella se hundía en la entraña misma del pensamiento sumiso, pervertido y reaccionario que seguía teniendo su asiento oficial en la Universidad de La Habana.

El Grupo Minorista permaneció en silencio, no obstante los esfuerzos de Rubén y de sus miembros más progresistas para arrancarle una declaración. Mella había compartido algunas de sus actividades y era, asimismo, un intelectual. Mas aclaremos, de distinta especie: un intelectual revolucionario, un intelectual comunista, un intelectual orgánico del proletariado. No hace muchos meses que Jorge Mañach ha entonado su “serenata gozosa” al pie de la ventana de Machado. Y, muy pocos, que ha formulado su concepto erasmista de la alta cultura en una relamida conferencia pronunciada en la Sociedad Económica de Amigos del País.<sup>133</sup>

El primer encuentro polémico de Martínez Villena con Mañach se producirá, precisamente, en esos días.

A propósito de la muerte de José Ingenieros, publicó Mañach una glosa en la que, como dije en otra parte, con prosa atildada y énfasis menospreciativo, le negaba la sal y el agua al psicólogo, sociólogo e historiador argentino. Rubén lo llamó a capítulo y lo emplazó a discutir en la Universidad Popular la significación de su obra y de su conducta. Mañach rehusó el envite, alegando que no las conocía lo suficiente como para enfrascarse en un debate de esa naturaleza. Es cierto que, vista desde hoy, la aportación científica y filosófica de Ingenieros —varada en los sargazos ideológicos del neopositivismo y de la sociología biológica— tiene relativo valimiento. Sería injusto desconocer, en cambio, su vigoroso talento, su papel de animador de grandes empresas culturales, su apoyo al movimiento de reforma universitaria, su permanente incitación a la rebeldía contra los caducos valores de la sociedad burguesa, su actitud beligerante frente al imperialismo,<sup>134</sup> su fe ardiente en el porvenir de nuestra América, su profesión de fe socialista y su adhesión a la Revolución de Octubre. Fueron contados los intelectuales que, en aquellos tiempos, llegaran tan lejos o se arriesgasen a tanto. No carecía de fundamento el culto que le rindió Aníbal Ponce.

Envalentonado, el autócrata se apresuró a dar el segundo paso en connivencia con las autoridades universitarias. Los profesores expulsados por inmorales o incapaces en febrero de 1923 son absueltos de imputaciones probadas, rehabilitados públicamente y restituidos a sus cátedras mediante decreto presidencial. En otro decreto se disolvía la comisión mixta de profesores y estudiantes, encargada de examinar los expedientes disciplinarios iniciados a unos u otros, y “se restablecía al rector de la Universidad de La Habana en la plenitud de sus prerrogativas, derechos y funciones legales”. Se iniciaba el retorno a la dictadura del profesorado.

---

133 Ver Jorge Mañach: *La crisis de la alta cultura en Cuba*, s/n.

134 Exponente de ello fue la fundación de la Unión Latinoamericana.

La hasta entonces apacible colina se engrifó al ponerse en vigor esos decretos. Gritos de protesta en los jardines y peroratas virulentas en las aulas. Renacía el espíritu de rebeldía, la disposición a la lucha, el enfrentamiento a las autoridades. Los estudiantes de Medicina sabotean las clases de los profesores exonerados. No se ciñen a eso. Buscan apoyo militante en la Federación Estudiantil Universitaria. Evasivas y dilaciones. Necesitaban un guía y lo encontrarán en su puesto de siempre: se reúnen con Mella y resuelven oponerse a la imposición del gobierno y recomenzar el combate contra la reacción universitaria. Convocan una asamblea general de estudiantes. Fecha: 26 de noviembre. Orador: Julio Antonio Mella. La audaz acometida infundió valor a los indecisos y a los pusilánimes.

Leonardo Fernández Sánchez ha dejado una estampa vívida de la ocurrencia: “El Anfiteatro de Medicina es un mar de estudiantes. Mella preside: se debe salvar lo que queda de la reforma. El rector Fernández Abreu intenta hablar. En las afueras gran despliegue de fuerzas policíacas. El general Mendieta dice: ‘A este Mella lo voy a coger a balazos’, e intenta penetrar. Julio riposta, parodiando una célebre frase: ‘Id y decid a vuestro amo que aquí estoy por la voluntad soberana de los estudiantes, y que sólo por la fuerza de las bayonetas lograréis sacarme.’ El rector empeña su palabra de honor garantizando la vida de Mella, y custodiado por los estudiantes evade el cerco policíaco.”<sup>135</sup>

Al frente de una muchedumbre de jóvenes enardecidos, que lo vivaban entre anatemas a Machado y al rector, reapareció Mella en el patio de los laureles, teatro y tribuna de sus proezas estudiantiles.<sup>136</sup> La escaló de nuevo en medio de tronantes aplausos. Sobre su atlética figura se mecía la fronda evocadora del viejo laurel. Alborotada la cabellera, brillante la mirada, suelta la corbata, el gesto retador. Cortados el resuello y la voz por la emoción, apenas se oyeron sus primeras palabras. Se sobrepuso en seguida. Y su verbo poderoso y múltiple se desplegaría sonoro, reluciente, irónico, restallante. “Esos viejos delincuentes —finalizaba— no pueden convivir con nosotros: el único sitio digno de esos viejos delincuentes es el Castillo del Príncipe.”

Ovación imponente. Júbilo delirante. Lo cargan en brazos y lo llevan triunfalmente hasta la cantina de la Asociación de Estudiantes de Letras y Ciencias. Allí sorbió, sofocado y sonriente, un espumoso batido de chocolate. Y allí, por primera y única vez, pude estrecharle la mano. Y allí, también, conocí a Leonardo Fernández Sánchez, a Sarah Pascual y algunos otros camaradas de brega de Julio Antonio.

---

135 Leonardo Fernández Sánchez: “Julio Antonio Mella”, en: *Bohemia* (La Habana) 62(24): 98-102, junio, 1970, p. 100.

136 Sarah Pascual: “La fructífera juventud de Julio Antonio Mella”, en: *Bohemia* (La Habana) 55(33): 20-23, agosto, 1963.



El hazañoso regreso de Mella a la Universidad provocó frenético desconcierto en el gobierno. Machado citó al rector Gerardo Fernández Abreu, y al secretario de Instrucción Pública, Guillermo Fernández Mascará: les exige, rugiente, el restablecimiento absoluto de la “autoridad” y la “disciplina” en la Universidad. Cortará por lo sano. Ya ha ordenado la detención de Mella.

La tradicional manifestación estudiantil del 27 de noviembre se efectuó bajo provocadora vigilancia policiaca. Esa misma noche, cuando se apercibía a entrar en el Centro Obrero, en compañía de su esposa, Mella es arrestado por dos policías. Son aprehendidos, conjuntamente con él, Alfredo López, Antonio Penichet, Sandalio Junco, Rafael Serra, Manuel Landrove, Octavio García, Francisco Bretao y Manuel García. Se les acusa de haber infringido la Ley de Explosivos al haber puesto un petardo, dos meses atrás, en el teatro Payret. La patraña era fruto podrido de la estreñida fantasía de Alfonso L. Fors, como lo fue el incoado “proceso comunista”, que se acumula ahora a la causa judicial iniciada.

La apocada protesta de la federación no refleja el profundo malestar que suscita en el alumnado el encarcelamiento de Mella. El Partido Comunista demanda la libertad de los detenidos. Brotan acuerdos similares en sindicatos, fábricas, bateyes. “¡Vivan nuestros presos, víctimas, no de imaginarios delitos, sino del crimen de no ser vendidos al oro yanqui” —puntualizaba la Liga Antiimperialista.

5 de diciembre de 1925. El almanaque grabará la fecha con imperecedero fulgor en la vida revolucionaria de Mella. Han transcurrido ya diez días de artera prisión. La admiración de Mella por el temple, la inteligencia y la bondad de Alfredo López ha ido creciendo en esa intimidad fecunda que rezuma la cercanía forzada cuando se comparten ideales y se repudian injusticias. En la mañana le ha leído un artículo que acaba de escribir para *Venezuela Libre*: se titula “Hacia la Internacional Americana”, y Alfredo López le manifiesta su conformidad con la tesis que sustenta. “La unidad de la América —decía Julio Antonio— está hecha ya por el imperialismo yanqui. La Unión Panamericana es la Internacional del futuro imperio político que tendrá por capital única a Wall Street y por nobleza a los reyes de las distintas industrias. La unidad de la América que sueñan todos los espíritus elevados del momento presente es la unidad de la América nuestra, de la América basada en la justicia social, de la América libre, no de la América explotada, de la América colonial, de la América feudo de unas cuantas empresas capitalistas servidas por unos cuantos gobiernos, simples agentes del imperialismo invasor. Esta unidad de la América sólo puede ser realizada por las fuerzas revolucionarias enemigas del capitalismo internacional: obreros, campesinos, indígenas, estudiantes

e intelectuales de vanguardia. Ningún revolucionario del momento actual puede dejar de ser internacionalista. Dejaría de ser revolucionario.”<sup>137</sup>

Esa tarde Mella comunica a sus compañeros de cautiverio la idea que viene madurando desde que caen presos: declararse en huelga de hambre. Es la única forma de lucha contra Machado y el imperialismo que le resta en tales circunstancias. Sabe sus riesgos. Pero no es moralmente lícito evadirla. El ambiente es propicio. Ya la protesta cobra cuerpo. Anuncia que su decisión es irrevocable: a partir de esa noche dejará de ingerir alimentos. Se le argumenta inútilmente que desista: la virtualidad revolucionaria del gesto es dudosa, sus estragos pudieran ser irreparables, es más útil vivo que muerto... Ninguno lo secunda. ¿Miedo? Descartado. La explicación es clara. No alcanzan a medir la significación ética y la trascendencia política de la heroica resolución.

La noticia acapara la primera página de los periódicos del 6 de diciembre: Julio Antonio Mella se ha declarado en huelga de hambre.

Rubén Martínez Villena, Gustavo Aldereguía y Leonardo Fernández Sánchez discuten la acción política a tomar en defensa de la preciosa vida en peligro y acuerdan constituir el Comité Pro Libertad de Mella. Lo preside Leonardo. Pero Rubén será el otro gran protagonista de la batalla.

El comité nombra a Rubén abogado de Mella y médico de cabecera a Aldereguía. Lo integran, además de los mencionados, Jorge A. Vivó, Aureliano Sánchez Arango, Orosmán Viamontes —que también actúa como defensor al igual que Juan Marinello—, los venezolanos Carlos Aponte, Gustavo Machado, Eduardo Machado y Salvador de la Plaza y los peruanos Jacobo Hurwitz y Luis F. Bustamante. La presencia de estos combatientes expulsados de sus países constituye un nuevo ensamble del movimiento revolucionario cubano con el latinoamericano. El primero había sido la participación del mexicano Enrique Flores Magón en el Congreso Constituyente del partido marxista-leninista.

La acción del Comité Pro Libertad de Mella se deja sentir en seguida. La protesta se generaliza. Numerosos activistas obreros y jóvenes revolucionarios cooperan en las tareas de agitación y propaganda. Los estudiantes universitarios de fila se suman a la contienda. El directorio de la federación ha trabado relaciones vergonzantes con Machado. Sin darse tregua ni respiro, Rubén redacta manifiestos, volantes y cartas, que mecanografían Pablo de la Torriente Brau y Conchita Fernández, una jovencueta de cabellos de oro, talle juncal, carácter fuerte y risa suelta, que ha sobrevivido, con su lozano talante, a los embates de la tempestad. Toca a todas las puertas. Pide ayuda a la prensa. Los diarios se cuajan de declaraciones y fotografías de Julio Antonio. Aparece, en una, con la barba crecida, el rostro demacrado, los ojos hundidos. El avance inexorable

---

137 *Venezuela Libre*, septiembre-diciembre de 1925, p. 7.

de la consunción agota sus poderosas reservas. Pero se le ve firme, resuelto, indómito. Con creciente angustia, Aldereguía vigila su estado.

El Partido Comunista incrimina al gobierno, la Confederación Nacional Obrera de Cuba se moviliza, la Liga Antiimperialista sale a la palestra, la Universidad Popular José Martí se pronuncia.

Machado ha permanecido sordo al embravecido clamor de la opinión pública. Esquiva, por el momento, encararse con el tornado. Pero trabaja bajo cuerda. Algunos periódicos empiezan a escribir en sordina o desalojan la noticia de la primera plana. *El Día* se mantiene en pie.

En compañía de Marinello, visita Rubén a Enrique José Varona con el texto de una carta abierta a Machado. Varona la lee y estampa su nombre. Mas, no obstante la firma venerable que encabeza el documento, muchos minoristas se escabullen. Sólo dan la cara Ortiz, Tallet, Serpa, Fernández de Castro, Bluhme, Martínez Márquez, Lamar Schweyer y José Manuel Acosta. Lo suscriben, además, algunos escritores, periodistas y amigos de Rubén, el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, el poeta nicaragüense Eduardo Avilés Ramírez y la presidenta del Club Femenino, Hortensia Lamar.

El 13 de diciembre apareció la carta abierta en *El Día*. Machado profirió pestes de Varona. Lo que más le encolerizó del documento fue su párrafo final: “Antes de que la decisión desesperada del inocente llegue a un término funesto o sin remedio posible, levantamos a usted nuestra voz para decirle la verdad y el significado de estos hechos, para demandar de usted una acción que enmiende el yerro y restablezca la justicia, y para que en el caso terrible de que muera el estudiante desamparado que, para salvar la dignidad de Cuba, está dispuesto a inmolarsse, quede siquiera el pobre y extraoficial testimonio de nuestra protesta.”

A solicitud de la defensa, Mella es examinado esa propia noche por los doctores Ángel Arturo Aballí, Luis Ortega, Mario B. Plasencia y Gustavo Aldereguía. Concuerdan en que su estado de desnutrición requiere la inmediata reclusión en una clínica. El médico designado por el juez, doctor Pedro A. Castillo, recomendó igualmente “su traslado a un medio hospitalario”. A la mañana siguiente, Mella fue internado, bajo custodia, en la casa de salud del Centro de Dependientes. Alfredo López lo despidió conmovido y le deslizó un billete de cinco pesos en la mano. Nunca olvidará Julio Antonio Mella aquella mirada en que tiemblan la ternura paternal y la angustia del niño. No lo volvería a ver.

Al difundirse la crítica situación de Mella, la protesta aumenta. Manifestaciones obreras y actos estudiantiles de calle. Huelga general en los institutos provinciales. Incluso los padres de Machado demandan la libertad del líder revolucionario. La policía ataca y dispersa una gigantesca demostración popular convocada por el comité, la Asociación de Estudiantes del Instituto

de La Habana y el Club Femenino. Rubén discute acaloradamente con el jefe de la dragonada.

Machado reitera que el problema está en manos de los tribunales y sólo a ellos incumbe decidir. Pero los tribunales no actúan. Se ajustan servilmente a su pérfido propósito: dejar morir a Mella.

Y, efectivamente, Mella morirá, sin remedio, si no se quiebra a tiempo la cerril obcecación del gobierno. Empeora por días. El comité, en un intento desesperado por evitar el fatal desenlace, decidió que una comisión compuesta por Rubén, Aldereguía y José Muñiz Vergara, conocido por El Capitán Nemo —su pseudónimo literario— se entrevistara con el secretario de Justicia, Jesús María Barraqué, a fin de gestionar que se le pusiera fianza. A punto de arribar al domicilio de Barraqué, a petición de Muñiz Vergara, fue excluido de la encomienda Aldereguía, ya que se trataba de una misión diplomática y no de una camorra. Gustavo aceptó entre refunfuños y frases gruesas. Pero en el curso de la entrevista apareció inopinadamente Machado y ocurre entonces el ríspido diálogo entre el poeta clarividente y el patán enceguecido, que ha recogido para la historia Pablo de la Torriente Brau de labios de Muñiz Vergara y yo he contado sucintamente varias veces, como haré ahora, tal como fue relatado por el autor de *Peleando con los milicianos*:

*“Muñiz Vergara abordó con lentitud y deliberado tacto la cuestión, después que Machado lo saluda y abraza.*

*”—Mire, general: Mella es un buen hijo; Mella no bebe, ni juega... Es un joven apasionado, pero es un buen hijo... ¿por qué no se le ha de poner fianza, como a cualquier otro preso común?... Porque él no es un preso común, pero, aunque lo fuera, por la ley, se le debe poner fianza... Además, si él muriera a consecuencia de la huelga de hambre que mantiene se iba a atacar rudamente al Gobierno... se le iba a acusar de ser el responsable de esa muerte... de haberlo asesinado ... sólo por no ponerle fianza que es todo lo que se pide!... [...].*

*”¿Usted —repúsole Machado— sí es un buen hombre, capitán! ... Pero es demasiado ingenuo y cualquiera lo engaña... Mella será un buen hijo, pero es un comunista... Es un comunista y me ha tirado un manifiesto, impreso en tinta roja, en donde lo menos que me dice es asesino! ¡Y eso no lo puedo permitir!... ¡No lo puedo permitir!...*

*”Su voz había cambiado de tono y su actitud también.*

*”¿Pero allí estaba Rubén!... Se le acercó y con aquella voz suya vibrante, mirándolo a los ojos [...] le habló así [...].*

*”—¿Usted llama a Mella comunista como un insulto, y usted no sabe lo que es ser comunista! ¡Usted no debe hablar de lo que no sabe! [...].*

*”...Acaso por un segundo, ese pánico instintivo que sienten las fieras a la presencia del hombre que se les enfrenta, recorrió los nervios de Machado.*

*Pero se repuso. [...]. Y como procede a un tigre que considera fácil una presa, hizo como que se doblegaba y comenzó:*

*—Tiene usted razón, joven... Yo no sé lo que es comunismo, ni anarquismo, ni socialismo... Para mí todas esas cosas son iguales... Todos son malos patriotas... Tiene usted razón... Pero a mí no me ponen rabo, ni los estudiantes, ni los obreros, ni los Veteranos, ni los patriotas... ni Mella. ¡Y lo mato, lo mato...! ¡carajo!*

*”El furor, alcanzando al paroxismo, lo había poseído y gesticulaba como un energúmeno, violento, exasperado, iracundo... La mirada de Rubén, más insultante cada vez, en medio de su rostro, lívido ante la impotencia de destrozar allí mismo a aquella bestia convulsa, lo irritaba cada vez más!... Barraqué lo abrazó, sus ayudantes lo rodearon y Muñiz Vergara, conservando cierta ecuanimidad en medio de aquel tumulto de personajes omnipotentes, apartó a un lado a Rubén, que ya desbordado, increpaba al carnicero, a quien sus ayudantes y Barraqué, parece que temeroso de un ataque epiléptico, arrastraban hasta la máquina...*

*”Rubén, que había estado fumando nerviosamente y, según su costumbre cuando se sentía irritado, echando el humo por ambas fosas nasales, botó el cigarro y le dijo a Muñiz Vergara:*

*—¡Yo no lo había visto nunca; yo no lo conocía; sólo había oído decir que era un bruto, un salvaje! ¡Y ahora veo que es verdad todo lo que se dice! ¡Pobre América Latina, pobre América española, Capitán, que está sometida a estos bárbaros!... ¡Porque éste no es más que un bárbaro, un animal, un salvaje... ¡una bestia!...*

*”La voz de Rubén, encolerizada, se oía en todas partes, pero ya Barraqué y los Ayudantes —temerosos de que Machado cayese presa de algún ataque, lo arrastraban materialmente hacia la máquina, sin darle tiempo a reaccionar sobre los últimos insultos de Rubén... ¡El tigre, una vez más, huía acobardado ante el hombre!...*

*”De aquella entrevista [...] vino Rubén para el bufete allí, todavía con los ojos iluminados de violencia, pero también de burla ya, me contó cómo había sido, suprimiéndole, con su clásica modestia, el marco que tanto elevaba su actitud. Y, formulando su juicio definitivo sobre Machado, me dijo, animándose, contento de su dureza, de su insulto y de su burla:*

*—¡Éste es un salvaje... un animal... una bestia... Es un ASNO CON GARRAS!*

*”Y el rostro se le iluminó a Rubén con la alegría del hallazgo y repitió:*

*—¡Es un ASNO CON GARRAS!... ”<sup>138</sup>*

---

138 Pablo de la Torriente Brau: “Mella, Rubén y Machado”, en: *Pluma en ristre*, Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1949, pp. 122-125.

A medida que Mella ha ido agravándose, la protesta se torna más vasta, compacta, violenta, tempestuosa, wagneriana. *El Día* registra los ecos de su resonancia en América Latina. No sólo estudiantes, intelectuales y obreros demandan su libertad: asimismo, el presidente de México, el Senado de ese país, el Senado argentino, el Cabildo de Buenos Aires. Ululantes manifestaciones apedrean embajadas y consulados del régimen.

Una comisión de estudiantes universitarios se entrevista con Julio Antonio para suplicarle, en nombre de sus compañeros reunidos en asamblea general, que deponga su actitud. La negativa es rotunda. Morirá si es necesario.

El 22 de diciembre un colapso estuvo a punto de extinguir su vida. Cuando recobra el conocimiento, alcanza a susurrarle a Rubén:

—Ya no puedo pensar ni decidir... Te pido que veles por mi dignidad de revolucionario, de comunista... —Despreocúpate.

Leonardo Fernández Sánchez ha recreado el dramático momento: “Mella ha sufrido un grave síncope. Aldereguía, alterado, informa que si no se pone fin a la huelga dentro de 24 horas, Mella morirá, porque no había posibilidad de recuperación ulterior. Julio le ha dicho: “Estoy perdiendo la facultad de discernir. Queda a mis amigos tomar en lo adelante las decisiones.” El dilema es: alimentar a Mella a la fuerza, o aceptar la responsabilidad de su muerte si no llega la libertad en 24 ó 48 horas. El comité se divide. Menudean los incidentes personales y las acusaciones exaltadas. Triunfa la opinión de que Machado no resistirá 24 horas más la presión nacional e internacional. Sostuve este punto de vista.”<sup>139</sup>

Esa explicable discrepancia había surgido también, días antes, en el Comité Central del naciente Partido Comunista. Su secretario general, José Peña Vilaboa, planteó, muy dolido, con el respaldo de la mayoría, que la huelga de hambre era un método típicamente individualista y, por ende, infringía la línea de masas. Mella ha violado, además, la disciplina partidaria por no haber consultado a la dirigencia. Lo más importante era, sin embargo, que la decisión podía costarle la vida y era deber del Partido evitarlo a toda costa. No obstante su alto aprecio revolucionario y su amistad por Mella, Peña Vilaboa cometió la ligereza de proponer un voto de censura a quien, en esos instantes, precisamente por apelar sin vacilaciones a tan extremo recurso, se ha convertido en un héroe de leyenda. No se tuvo en cuenta la fundada y tenaz oposición de Baliño y Barreiro.

Imprescindible es aclarar que la precipitada decisión —que nunca se divulgaría públicamente— no afectará las relaciones políticas y personales del Partido con Mella ni las de Mella con el Partido. La madeja de insidiosas especulaciones tejida posteriormente, al trascender el penoso sucedido, fue obra ponzoñosa de renegados y enemigos. Sobra añadir que aquella aún

---

139 Leonardo Fernández Sánchez: art. cit., p. 101.

inexperta e inmadura vanguardia marxista-leninista, compuesta de honestos, fieles y bravos hijos de la clase obrera, portavoces intransigentes de la ideología revolucionaria del proletariado, había sido una de las más activas propulsoras de la movilización popular en pro de la excarcelación de su máximo, querido y admirado líder.

En un boletín médico de última hora, Aldereguía anunció al país que un día más de huelga de hambre significaría, irremediablemente, la muerte de Mella. Una onda expansiva de indignación convulsiona la opinión pública. El Comité Ejecutivo de la Confederación Nacional Obrera de Cuba se reúne y acuerda desencadenar un paro general. Martínez Villena y Aldereguía, acusados de instigarlo, son momentáneamente detenidos.

Machado se rinde. Una disposición del juez a cargo de la causa, emitida en la tarde del día 23, ordenó la libertad provisional de Mella mediante la prestación de mil pesos de fianza. “El Asno con Garras —anota Leonardo—, cuyo estribillo era: *‘a mí no me sopetea nadie. Si come lo suelto: si no se muere’*, se dobló a la opinión continental.”<sup>140</sup> Pero no influyó menos en el victorioso epílogo el formidable coraje de Mella, su voluntad sin fisuras, su determinación revolucionaria de reconquistar la libertad a precio de vida. Constituía, en suma, la primera derrota popular del machadato.

Centelleaban ya las estrellas, cuando abandona Mella el pabellón en que estuvo confinado. La ruda prueba a que ha sometido su organismo —dieciocho tensos días de ayuno voluntario— se refleja en la flaccidez de las mejillas, en el estanque violáceo en que relumbran sus pupilas, en la danza incoercible de la ropa. Sus compañeros permanecerán en prisión varias semanas.

Al asediarse los periodistas, Mella, sostenido por Rubén y Aldereguía, les dictó con voz firme: “Yo declararé la huelga de hambre por la injusticia del proceso que se nos sigue y por el estado de aplanamiento en que se encontraban sumidas todas las clases sociales en Cuba. Quebranto la huelga en momentos en que se me comunica mi libertad, porque mi muerte no repararía la injusticia que entraña dicho proceso y porque a mi protesta se ha unido la del país entero y aun la de los trabajadores y los estudiantes del exterior. Hoy más que nunca, tengo fe en los ideales que he venido predicando y me afirmo en mi propósito de luchar por la redención de todos los oprimidos de mi país y del mundo.”

Apenas leí aquel hermoso, viril y apostólico mensaje, confirmé que el corazón me latía realmente en la cavidad izquierda del tórax. Y también ardí en ansias de conocer a Rubén Martínez Villena.

Cuando la vida de Mella pendía de un hilo, Machado dismantela la estructura jurídica de la Universidad reformada: disuelve la Asamblea Universitaria, la Federación de Estudiantes y las asociaciones estudiantiles y,

---

140 Ídem.



parejamente, restablece el imperio del Consejo Universitario, del Claustro General y de la Junta de Inspectores. De un plumazo, la Universidad de La Habana ha retrocedido al régimen disciplinario impuesto en 1900 por el gobierno interventor norteamericano. Algunos estudiantes son encarcelados por exteriorizar su descontento. Los dirigentes de la federación se limitan a esbozar, tímidamente, su protesta. Los escasos veteranos de 1923 se reagrupan para reanudar en la clandestinidad el trunco empeño en las nuevas condiciones. Se suman unos cuantos “novatos”.

Machado ordenó tender un cerco de plomo a Mella. Vivía acechado permanentemente por una gavilla de matones. Se las valió, sin embargo, para mantener contactos con Rubén, Aldereguía y Leonardo. Trazó planes. La Universidad Popular debía reforzar sus cuadros y seguir trabajando. Responsabilizó a Rubén con la encomienda y con la reactivación de la Liga Antiimperialista. Era apremiante organizar un frente nacional de lucha contra Machado y el imperialismo. A fin de garantizar su carácter revolucionario y su base social, Rubén estrecharía sus relaciones con el movimiento obrero y, especialmente, con la Confederación Nacional Obrera de Cuba y la Federación Obrera de La Habana. Se precisaba contar, en primer término, con Carlos Baliño, Alfredo López y Alejandro Barreiro. Leonardo se hará cargo del movimiento estudiantil. Y al Partido Comunista le incumbe, por supuesto, darle su apoyo y orientación a la tarea.

Convencido de que muy poco podrá hacer en esas circunstancias, Mella decidió trasladarse secretamente al extranjero, enfrascado en los preparativos del viaje, recibió una citación judicial. El rector Fernández Abreu lo acusaba de haber penetrado, sin su permiso, en el recinto universitario. Le contestó en una carta abierta. “Puedo afirmar —expresaba— que éste es el primer caso que se da en la historia de las universidades, nunca se había visto a un Rector acusando ante los tribunales públicos a un alumno reo de una simple falta universitaria.

”¿De qué me acusa usted?

”De haber estado en la Universidad sin su permiso.

”Pues bien, sí, lo hice. Entré sin su permiso, pero tenía el permiso, la orden de dos millares de estudiantes, que me pidieron dijese la verdad sobre todos ustedes.

”Hace bien en tomar venganza acusándome ante los tribunales, ya que no pudo impedir que hablase aquel día en la Universidad. Los estudiantes silenciaron su voz y no le permitieron hablar hasta que ellos lo desearon, y yo terminé mi información sobre la sociedad de estafadores y cretinos que tienen constituida en ciertos sectores del profesorado. [...].



”No le ha bastado con expulsarme de la Universidad sino que aspira a encarcelarme nuevamente. Es otro atropello de esta era de fascismo tropical que se ha iniciado.”<sup>141</sup>

El automóvil traqueteaba, veloz, por la calzada de Jesús del Monte.

—Estamos en tiempo —observó el que manejaba a su compañero de asiento, fáciles ambos de reconocer: eran Julio Antonio Mella y Gustavo Aldereguía.

Se detienen en el crucero del ferrocarril y, después de aparcar el carro, cruzan la vía a grandes trancos y suben al solitario andén de la estación de Agua Dulce. Un potente haz de luz rasgó la fría oscuridad y, entre vapores silbantes y repicar de campanas, entró en agujas el expreso de Cienfuegos. Se despiden con frases entrecortadas y abrazos efusivos. Desde la plataforma del coche dormitorio “Tuinicú”, moviéndose ya el tren, Mella le gritó con voz entera:

—¡Hasta la vista en Cuba Libre!<sup>142</sup>

Juan López, comerciante en plátanos, abordaba, al día siguiente, el carguero “Cumanayagua”, rumbo a puerto Cortés, un “caserío yanqui” en Honduras.

Al desembarcar, es registrado, identificado y deportado a Guatemala en una goleta. Suscita tal alarma su presencia que, apenas toca la tierra del quetzal en puerto Barrios, lo trasladan a un vagón de ferrocarril. Dispuso, empero, de tiempo y maña suficientes para dejar constituida una sección de la Liga Antiimperialista. El paisaje se despliega en talladas hermosuras a lo largo de la vía a México. Durante varios días, permanece retenido en Mariscal, un villorrio de la frontera enclavado junto al río Suchiate. Y, al cabo de redobladas gestiones de Enrique Flores Magón y del poeta venezolano Carlos León, se le concede asilo político.

Caluroso recibimiento en la “región más transparente del aire”. Aún vibran los clamores de su hazaña en la alta meseta del Anáhuac. El Partido Comunista lo acoge con fraternal alborozo. Ingresa, a los pocos días, en su Comité Central. Participa activamente en las luchas políticas, sociales y estudiantiles mexicanas. Comparte las actividades revolucionarias de los pintores comunistas Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Xavier Guerrero, soldados de la revolución y generales del mural. Baja a las vetas de Masacate, Favor del Monte y Piedra Bola y se empapa de los problemas de los mineros.

Empieza a escribir en *El Machete*. Con infalible puntería, clavará dardo tras dardo en el lomo de Machado. Lo mantendrá en jaque mientras viva. Ni le dará tampoco respiro al imperialismo yanqui. Y proseguirá su combate

---

141 Carta al rector de la Universidad de La Habana, publicada en forma de manifiesto en Regla, en enero de 1926, en Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *Julio Antonio Mella; documentos y artículos*, ed. cit., pp. 214-216.

142 Gustavo Aldereguía: “De mis recuerdos”, en: *Bohemia* (La Habana) 55(33): 68-70, 79, agosto, 1963, p. 70.

internacionalista por la emancipación de todos los oprimidos y explotados del planeta.

La huelga de hambre había inscrito la personalidad política de Mella más allá del marco de su ideología. Su heroísmo triunfante lo ha convertido en ídolo nacional y continental. Era, sin duda, potencialmente, el enemigo más peligroso de Machado y del imperialismo. Ambos lo percibieron y, desde que se instala en México, comenzarían a fraguar su asesinato.

El vacío que dejaba Julio Antonio Mella parece insalvable. ¿Quién podría reemplazar sus excepcionales calidades de guía, organizador, ideólogo y combatiente? ¿Quién acercarse siquiera a la ascendencia popular, autoridad política y fuerza moral que alcanzara con sus ideas y sus obras? ¿Quién sustituirlo con pareja irradiación, eficacia y denuedo en los tumultuosos y cruentos días que se vislumbran?

“Los parias —escribiría Mella antes de verse obligado a exiliarse— engendran sus jefes cuando lo necesitan.” Hablaba, acaso, la voz de su experiencia personal; mas era una verdad repetidamente comprobada. Es indudable que la trama de la historia viene dada por su propio desarrollo dialéctico. No lo es menos, empero, que esa trama la hacen, deshacen y rehacen las clases sociales consustanciadas con las impulsiones y antagonismos que genera el conflicto material entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, cuyas implicaciones en la esfera política, social, ideológica y cultural son tan complejas como entrelazadas, múltiples y fluidas. Mas ¿cómo negar el papel eminente, a veces decisivo, de una individualidad en quien se conjugan el vuelo, el temple, la seducción y la necesidad objetiva de un proceso determinado? En Cuba quedaban, por supuesto, la sociedad capitalista dependiente subdesarrollada que origina esas impulsiones y antagonismos, y las clases sociales y los agrupamientos políticos capaces de energizarlas; pero se había ausentado el hombre a punto de condensar su pensamiento, su conciencia y su voluntad de lucha y de cambio.

Parece, en efecto, que Mella carecía de sucesor inmediato. Sin embargo... bordeando todavía las sumas responsabilidades políticas y revolucionarias, permanece en Cuba Rubén Martínez Villena. Es también un hombre excepcionalmente dotado para la épica faena: alto prestigio intelectual, afilado talento político, innata sensibilidad revolucionaria, facultades sobresalientes de líder, arrojo sin tasa, modestia ingénita, arrastre popular, amor fiero a la justicia y vocación natural por el sacrificio. Ya ha librado importantes combates políticos y sociales. Ha sido el otro protagonista de la huelga de hambre de Mella. Si no milita aún en el Partido Comunista, está ya estrechamente vinculado a la clase obrera y algunos de sus dirigentes más representativos, como Alfredo López, Alejandro Barreiro, José Rego y Joaquín Valdés, lo respetan y admiran. Pero no se trata sólo de empuñar la antorcha de relevo: se trata, además, de emparejarse con su maestro, desbordar su vacío y condu-

cir al proletariado, a la juventud revolucionaria y a las masas populares, a batallas frontales por la liberación nacional, la democracia y el socialismo.

Si Rubén presintió que ése sería su destino, no se sabe. Ése era, justamente, el magno quehacer inconcreto que le venía exigiendo “el gigante” de su poema. Y lo que sí se sabe es que lo sacudió de nuevo, y, esta vez, encarnando su tamaño, su potencia, su rebeldía y su ensueño, se erguirá anhelante, obstinado y radioso para ponerse en marcha con botas de siete leguas. Una vez, hacía unos meses, roído por la angustia de la insatisfacción consigo mismo, había creído definir su vida en un verso desolado: “Una semilla en un surco de mármol.” Era falso. Ahora será, realmente, una semilla en un surco de fuego.

En ese año tormentoso que acaba de pasar, Rubén Martínez Villena volvería, con dignidad suprema, al ejercicio de la prosa literaria y de la rima, como si su vieja vocación se rebelase contra el silencio y el olvido en que la tenía, sin clara noción acaso de que ha retoñado con nervuda inspiración humana en su nuevo, verdadero y definitivo empleo.

En instantes expropiados al reposo, Rubén ha escrito otro cuento antológico: “Un nombre”.<sup>143</sup> Cuando se publica *Nobles memorias*, tomo inicial de las obras completas de Manuel Sanguily, le dedica una férvida rapsodia de entonaciones mambisas.<sup>144</sup> Finos atisbos estéticos y fuerza crítica creadora revelan su enjuiciamiento del poemario *Los astros ilusorios*, del arisco, mordaz y melancólico Ramón Rubiera. Diríase que, al ponderar los componentes extrínsecos de su poesía, Rubén está dictaminando sobre las bondades y deficiencias de su propia técnica: “Consonancias nobles y difíciles [...]; eficaz y sabio aprovechamiento del esdrújulo en los alejandrinos, acertado atrevimiento en el neologismo, terror santo a la sombra de un lunar [...]; escasez de la sinalefa, son elementos y limitaciones con los cuales Rubiera construye versos maravillosos de ritmo, de sonoridad, de elegancia.”<sup>145</sup> Y torna a mostrar su madera preciosa de narrador al escribir el capítulo VIII de la novela *Fantoches*, “folletín moderno por doce escritores cubanos”, que cada mes ha venido publicando la revista *Social*.

Cuando desempolva el instrumento lírico, recae un instante, el último, en la tragedia que dejó atrás, con un gesto de insubordinación: el conflicto entre la expresión perfecta y su impotencia para uncirla se proyecta en el soneto “Motivos de la angustia inmotivada”,<sup>146</sup> traspasado por una disconformidad total. En la “Defensa del miocardio inocente”<sup>147</sup> su nueva sensibilidad social matiza el humor iconoclasta que exuda. Es, sin duda, por la forma original

---

143 Ver Rubén Martínez Villena: *Un nombre; prosa literaria*.

144 *Ibidem*.

145 *Ibidem*, pp. 115-116.

146 *Chic*, septiembre de 1925, p. 20.

147 Versión definitiva publicada en *Chic* en 1925 y recogida en 1927 en el suplemento literario del *Diario de la Marina*.

de atacar un tema manido y el mensaje inesperado que contiene, un poema esencialmente revolucionario. Si hubiera proseguido por esa ruta, quizá habría entroncado con las emergentes floraciones de la poesía cubana, ante las cuales los “nuevos” se detendrían inhibidos o azorados, con excepción de Tallet que discurre por sendero aparte, de los asomos audaces de Marinello y de la identificación de Pedroso con las rebeldías de Vulcano.

La “Medalla del soneto clásico”<sup>148</sup> da término a su producción poética de ese año. Más que genuina creación lírica, son catorce versos compuestos como pura diversión formal. Excelente, desde luego, la factura. Sin embargo, ese inofensivo soneto provocaría un incidente literario que, como se sabe, desemboca en el gran debate político de Martínez Villena con Mañach.

Cumpliría cabalmente Rubén las encomiendas de Julio Antonio Mella. Reanudó sus contactos con Carlos Baliño, Alejandro Barreiro y Alfredo López, quienes le ofrecen su apoyo y le describen la situación. Con la deportación de José Miguel Pérez y el autoexilio forzado de Mella, el pequeño y novel partido marxista-leninista, batido sañudamente por el gobierno y bloqueado en los sindicatos por los dirigentes anarquistas y los agentes de la reacción y el imperialismo, ha sufrido un rudo quebranto. Bajo la inflexible dirección de Alfredo López, la Federación Obrera de La Habana ha logrado mantenerse unida y en pie de lucha. La Confederación Nacional Obrera de Cuba, permeada todavía por las concepciones y los métodos anarcosindicalistas, empezaba a dar sus primeros pasos. La multiplicidad de frentes, dificultades, fisuras y resistencias obligaba a una acción política incesante, unitaria, certera y concentrada en los puntos estratégicos. Martínez Villena tomó nota puntual y se consagró, con esta perspectiva, a las otras tareas que Julio Antonio le confiara.

A su diligencia, autoridad y empeño se debió que la Liga Antiimperialista vigorizara su aparato de dirección y extendiera su influencia política en el hostigado y dividido movimiento obrero. Comenzó pronto a dar señales de vida la tenaz labor de proselitismo que meses atrás había iniciado entre los intelectuales progresistas y la juventud renovadora. Su primera expresión pública fue el manifiesto estudiantil de protesta por la invasión imperialista de Nicaragua, que provocó fuerte persecución. Atrapado con otros compañeros firmantes, fui a dar con mis huesos a hediondo calabozo. La reorganización que acometió parejamente Rubén de la Universidad Popular José Martí se tradujo en eficaz incremento de sus actividades revolucionarias en sindicatos y centros obreros. Por aquellos días lo conocí e ingresé en ambas organizaciones. ¡Y ahora reparo, espantado y feliz, que ha transcurrido la friolera de cincuenta y un años!

---

148 Enviado a unos Juegos Florales convocados por el Casino Hispano-Cubano de San Luis y reproducido en 1927 en el suplemento literario del *Diario de la Marina*.

Las actividades políticas de la Liga Antiimperialista y de la Universidad Popular José Martí se desarrollarían en connubio con el Partido Comunista y la Federación Obrera de La Habana. El Día Internacional de los Trabajadores se acercaba y era necesario conmemorarlo en actitud combatiente. Una y otra institución participan en las labores del Comité Pro 1º de Mayo, encargado de organizar, con el Partido Comunista y los sindicatos revolucionarios, el desfile y el acto de masas en el Nuevo Frontón. Ni la amenaza ni la persecución pudieron impedir aquel desafiante hervor de rebeldía. Pavletich y yo representamos a la Universidad Popular en la peregrinación revolucionaria a la colina Lenin.

Un cirro de auras tinosas circunvolaba sobre un guasimal de Ciego de Ávila. De sus ramas brillantes de rocío pendían”, como frutos despulpados a picotazos, cien “isleños” anónimos con los rostros violáceos por la asfixia. El secuestro de un opulento y bárbaro latifundista por cinco campesinos canarios, hartos de sus atrocidades y exacciones, le había venido a Machado como anillo al dedo para aterrorizar la campiña y poner fin a las huelgas en las plantaciones azucareras. No paró ahí. Militariza la enseñanza secundaria, soborna numerosos periódicos, clausura *El Heraldo*, encarcela a sus adversarios, visita subrepticamente la Universidad en andas de estudiantes traidores, manipula la lotería, organiza la corrupción administrativa, reparte subastas públicas a sus allegados, fomenta la prostitución de alcurnia, concede al Chase National Bank el financiamiento del rumboso plan de obras públicas que incluye la construcción del capitolio y la carretera central, remacha los torniquetes de la Enmienda Platt y planea, sigilosamente, la reforma de la constitución para sembrarse en el cargo.

El ejército, ahito de mercedes, privilegios y honores, presenta armas. La oligarquía se acaricia, risueñamente, los juanetes. Los banqueros norteamericanos se lamen la gula. La prensa vendida exhala embriagantes vaharadas de marihuana: el egregio, el primer obrero de la república, el salvador de la patria, el presidente más extraordinario de América Latina, el mesías contemporáneo. Un alto dignatario eclesiástico lo identifica con Dios y un profesor universitario exclama, con los ojos en éxtasis: “¡Perdóname, Martí, pero Machado te ha superado!” Era un espectáculo, a la par, repugnante y grotesco.

En esa atmósfera ensalivada de rendición y servilismo, el Aula Magna de la Universidad de la Habana fue escenario de uno de los vejámenes más humillantes inferidos a la cultura cubana: la adjudicación del título de *Doctor Honoris Causa*, con un solo voto en contra del claustro de profesores,<sup>149</sup> a Gerardo Machado, bestia antropomorfa borreguilmente empeñada en consumir la desintegración nacional de Cuba en beneficio de la explotación y

---

149 El de Juan B. Kourí, catedrático de Anatomía Topográfica.

el dominio norteamericanos. Su “elogio” se confió al sabihondo alpargatudo José Antolín del Cueto. Con desfachatez inconcebible, lo proclama la personificación de la patria, de la dignidad y de la cultura y, para fijar su “cimera” posición en la historia, lo empareja con los dictadores fascistas Miguel Primo de Rivera y Benito Mussolini. La respuesta de Machado —escrita por otro— fue una exaltación frenética del “hombre fuerte” que el país requería para regir sus destinos. Mas, a lo largo de esa retórica fementida se destapó, acaso inadvertidamente, el sumidero que generaba el curso profundo de la realidad: “Nadie ignora la gravedad de nuestra situación económica.”

Una silenciosa multitud de obreros se congregaba el atardecer del 18 de junio en la necrópolis de Colón para rendirle póstumos honores a Carlos Baliño. El amigo entrañable de José Martí y de Julio Antonio Mella, el esclarecido cofundador del Partido Revolucionario Cubano del Partido Comunista de Cuba, el peleador indoblegable por la independencia nacional y el socialismo, había fallecido tras de setenta y ocho años de vida pulcra, desprendida y genésica. No se depositaba en modesta tumba una huesa inerte: se enterraba una semilla viva. Despidió el duelo, con timbre doloroso y entera firmeza, el perseguido dirigente proletario Venancio Rodríguez, miembro del Comité Central del primer partido marxista-leninista. Entre los ojos húmedos y ardientes de los acompañantes, sobresalían, más ardientes y húmedos, los de Rubén Martínez Villena.

Aplastada aparentemente la rebeldía estudiantil, el cooperativismo en marcha —todo de Machado, por Machado y para Machado mediante la alianza de los partidos Liberal, Conservador y Popular en defensa del orden neocolonial—, el campesinado disperso, el nivel de salarios en progresión decreciente, el negro acorralado, resurrecto el garrote vil, la oligarquía ondata, la factoría a plena luz, se tornó objetivo central de la política represiva de Machado decapitar el movimiento obrero revolucionario. Thomas Grant, trabajador de origen norteamericano, dirigente ferroviario compañero de Enrique Varona, es asesinado en Ciego de Ávila el 16 de julio. El día 20 de ese propio mes, el proletariado pierde a uno de sus más grandes capitanes de todos los tiempos: Alfredo López es apresado al dirigirse al Centro Obrero, conducido al castillo de Atarés, torturado salvajemente, asesinado en el suelo y sepultado en el camino que asciende a la colina. Baldomero Duménigo, tesorero de la Hermandad Ferroviaria, es asesinado en Cienfuegos el 22 de agosto. Y muchos más, humildes y heroicos luchadores, aquí, allá o acullá, que se los tragó el olvido.

La prensa burguesa falsificó los hechos y apenas les dio relieve. Enorme fue la conmoción en los medios sociales y revolucionarios. La Federación Obrera de La Habana reafirmó, en declaración de Alejandro Barreiro, el nuevo secretario general, su voluntad de proseguir la ruta de combate trazada por

el fundador. El Partido Comunista ensalzó sus luchas y condenó la fechoría en colérico manifiesto. La Universidad Popular José Martí, tan ligada desde sus orígenes al adalid desaparecido, dejó constancia de su dolida y violenta protesta, que redactó Rubén Martínez Villena.

Supimos la noticia del asesinato de Alfredo López cuando Rubén, Sarah Pascual y yo dábamos clases en el local de la Unión de Empleados de Café y del Sindicato de Motoristas y Conductores. Los tres coincidimos esa trágica noche.

El dolor y la ira de Rubén restallaban en sus ojos relumbrantes y en su rostro congestionado. Y, en medio de sobrecogedor silencio, lo vimos Sarah y otros compañeros tomar papel y lápiz, sentarse en el segundo balcón que daba a la calle San José, escribir nerviosamente sin pausa y sentimos cómo nos quemaba el fuego que incendiaba su prosa.<sup>150</sup>

Desafiando la represión, la Universidad Popular convocaría al pueblo trabajador de San Antonio de los Baños a un mitin de protesta en el Círculo de Artesanos. Emergiendo de su escondite, habló Leonardo Fernández Sánchez. Quiso hacerlo. En un discurso huracanado, acusa al dictador y a Zayas Bazán de ser los responsables máximos del secuestro, tortura y asesinato de Alfredo López. La indignada concurrencia coreó sus candentes abominaciones.

Un recadero de Manuel Secades, consultor de la Secretaría de Gobernación —cubil de Zayas Bazán— le avisó que su vida corría serio peligro. Desde la militarización del Instituto de La Habana, provocada por la declaratoria de incompetencia del consejo de disciplina constituido para expulsarlo del plantel por orden de Machado, la acción pública de Fernández Sánchez se había reducido a fugaces apariciones en reuniones clandestinas. Se le catará ahora el rastro por todas partes. Como Mella, no tuvo otra opción que abandonar el país. El 30 de noviembre embarcó para Francia. No tardarían en transitar la ruta del destierro caravanas de antorchas desveladas.

En su hermoso y vindicativo folleto, *El grito de los mártires* —alusiva portada de Xavier Guerrero y elocuente mensaje de Enrique José Varona al dorso—, Julio Antonio Mella le rindió emocionado tributo a Alfredo López: “Maestro, hermano y compañero: las obras que tú hiciste son mudos monumentos a tu memoria. Cuando nos llegue a la clase oprimida la hora de nuestro triunfo, lo obtendremos en gran parte por lo que tú iniciaste. [...].

”¡Salud, luchador! Esas organizaciones que tú nos dejaste son nuestros batallones rojos, y algún día ellos gritarán contra los tiranos de hoy, contra el imperialismo, contra el capitalismo criollo —sus aliados— ellos gritarán: ¡AL ASALTO! ¡AL ASALTO! ¡AL ASALTO! [...].

”TRIUNFAR O SERVIR DE TRINCHERA A LOS DEMÁS. Hasta después de muertos somos útiles. Nada de nuestra obra se pierde. Son pa-

---

150 Ver Sarah Pascual: art. cit.



sos, avances triunfales... La victoria llegará a nuestra clase por ineluctable mandato de la historia.”

En unos presurosos renglones fechados en el mes de marzo, Mella le pedía a Barreiro, Bernal del Riesgo y Berardo Valdés ayuda y colaboración para *El Libertador*, vocero continental de la Liga Antiimperialista, cuya dirección se le ha confiado. “TODA AMÉRICA —les dice— RESPONDE ENTUSIASMADA AL ESFUERZO DE “EL LIBERTADOR” POR HACER LA UNIDAD ANTIIMPERIALISTA.”<sup>151</sup> Desde hace ya tiempo, Julio Antonio ha venido planteando la cuestión. Es el centro del último artículo que escribe en Cuba, horas antes de declararse en huelga de hambre. Y en cartas, dirigida una a Sarah Pascual y otra a Gustavo Aldereguía, chispeante ésta de buen humor cuando le recuerda a su médico las angustias que le hizo pasar, renueva su especial interés en que las organizaciones revolucionarias cubanas cooperen en la campaña antimperialista que ha emprendido la liga.

“Vamos a celebrar para el año que viene —le anuncia a Gustavo— un Congreso continental de todas las fuerzas antiimperialistas y es necesario tener datos y levantar los espíritus.”<sup>152</sup> “Estoy entusiasmadísimo —añade— sobre el éxito de la U[niversidad] P[opular]. Veo con alegría que ahora están mejor que antes. Luego es cierto QUE TODO TIEMPO FUTURO SERÁ MEJOR. [...].

Tengo una gran fe sobre el porvenir de Cuba si persistimos en nuestra obra. Dentro de cuatro años podemos tener la única fuerza resistible a la tiranía. [...] ¿HAS LEÍDO la carta enviada a Rubén, y otra a Vivó, sobre estas cuestiones? [...].

Te adjunto varios números de *Revista de Oriente*. Pero no te quedes con ellos, sino dáselos a Rubén.— ¿Por qué no lucha este bello ejemplar de luchador?”<sup>153</sup>

Cuando sabe por Aldereguía que Martínez Villena ha reactivado la Liga Antiimperialista y la Universidad Popular, desborda de alegría y optimismo, que vuelca en su mensaje a dirigentes y alumnos de la institución que tanto amó. “Lejos de Cuba —les expresa— contemplo la ebullición y la agitación de los espíritus nuevos con una perfecta claridad.

”En el panorama mental de la imaginación puedo ver y comprender las fuerzas revolucionarias del pueblo cubano con la misma perfección que desde una montaña se observan los distintos pormenores de una ciudad en un valle. Y OS REPITO ANTIGUOS HERMANOS DE ACCIÓN, QUE HAY DERECHO A TENER FE Y A ESTAR PLETÓRICOS DE ESPERANZAS

---

151 Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *Julio Antonio Mella; documentos y artículos*, ed. cit., p. 241.

152 *Ibidem*, pp. 221-222.

153 *Ibidem*, pp. 224-225.

POR EL PORVENIR.”<sup>154</sup> Y, a la vez, advertía: “Vosotros debéis constituir la vanguardia inteligente del proletariado. No basta QUERER emanciparse. Hay que saber, como lo han sabido los revolucionarios rusos por ejemplo.

”Sois estudiantes. Pues bien, camaradas, aprended mucho de la economía loca y caótica que sirve de sostén al régimen actual.

”Seamos menos literatos. Con literatura no se hace revolución. Hay que aprender con los números la necesidad, y, lo que es más bello, la irremediabilidad de la Revolución Social. [...].

”Sólo con el conocimiento de la verdad económica se adquiere la fe y el fervor revolucionario útiles para vencer. La literatura revolucionaria da la luz. Pero la economía revolucionaria es fuego, y además de luz, quema los antiguos prejuicios burgueses.”<sup>155</sup>

Íntimamente reconfortado con esas reflexiones corroborantes de la línea de acción elegida, Rubén Martínez Villena redobla sus energías y empeños en la conducción de ambas organizaciones. Ahonda su conocimiento de Marx, Engels y Lenin. Un pequeño libro de José Carlos Mariátegui, *La escena contemporánea*, enviado por éste a Roig de Leuchsenring, le proporciona una imagen vivaz y coherente de la enmarañada situación mundial. Repasa las páginas reveladoras y documentadas de *La diplomacia del dólar*, de Scott Nearing y Joseph Freeman, alternando su lectura con el estudio paciente de publicaciones económicas oficiales, cubanas y norteamericanas, repletas de guarismos y cuadros estadísticos, que le permiten ir adentrándose en las entrañas profundas de la dominación imperialista. Visita periódicamente el Círculo de Artesanos de San Antonio de los Baños, donde Mella dejó imborrables afectos y fieles seguidores. Y comienza a preocuparle la desconexión orgánica existente entre el movimiento sindical y los trabajadores azucareros.

Pero ya la vigilancia y la persecución empezaban a cercar las actividades de la Universidad Popular. A dos “expertos” de canina estampa, Miguel Betancourt y Ramón Montero, apodado *Guanajo*, se les ha endilgado la responsabilidad de ese envilecido menester. Par de imbéciles a quienes, durante algún tiempo, solimos jugar fácilmente la cabeza. *Guanajo* desconocía que yo moraba a cuatro puertas de su domicilio.

En medio de aquella afanosa agitación, cada vez que le era dable, Rubén se metía en un cinematógrafo, casi siempre antes o después de cumplir sus deberes en la Universidad Popular. El mundo mágico del celuloide le fascinaba tanto como el mundo racional de las ideas o el mundo lúdico de los deportes. Una noche, de vuelta a casa tras de dar mi clase en el Sindicato de Motoristas y Conductores, me encontré con él en un ventorrillo que había cerca del cinecito Inglaterra, donde se proyectaba la cinta *El otro yo*. Ingerido

---

154 *Ibidem*, p. 227.

155 *Ibidem*, pp. 229-230.

el *sube y baja* de rigor —un enorme vaso de café con leche con un adiposo pan de agua—, me invitó a verla.

*El otro yo* era la versión filmica del relato de Robert Louis Stevenson *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*. John Barrymore encarnaba a ambos personajes y Dolores Costello a la muchacha interpolada en el guión. Una rubia de ojos celestes y aladas formas que convidaba al madrigal.

Vería yo, años más tarde, las dos versiones del cine hablado. A despecho de los recursos técnicos con que éste cuenta, el trucaje de la transformación del apuesto y humanitario Jekyll en el giboso y cruel Hyde no le llega al calcañal a la versión silente. Las interpretaciones de Frederic March y de Spencer Tracy distan bastante de la impecable filigrana de Barrymore.

Pero lo inolvidable de aquella velada fue el fluorescente transporte de Rubén al fantasear en torno al potencial revolucionario del “séptimo arte”, el análisis demoledor de la presunta tesis filosófica de Stevenson sobre el problema del bien y del mal y los elogios que le prodigó como creador de ficciones. Supe por él que Stevenson era el autor de *La isla del tesoro*, magistral novela de piratas que se suponía tener por escenario la Isla de Pinos. No hace falta añadir que, al día siguiente, adquirí ambos libros.

La grave situación económica a que aludiera el tirano en la Universidad se ha ido agudizando. Era un fenómeno mucho más complejo y de mayor alcance de lo que se presumió a la sazón. A primera vista, podía imputarse a la desastrosa política económica del régimen, conjugada con el impacto, en la economía deformada y vulnerable de la Isla, de los violentos desajustes originados en los países capitalistas por la crisis mundial deflacionaria de los años veinte, que preludia el sismo catastrófico de la Gran Depresión. Sin embargo, una mirada más zahorí al caso particular de Cuba —único entonces en las economías dependientes exportadoras de materias primas— hubiera percibido que esa política y ese impacto coincidían con una crisis estructural en el sector estratégico en que se concentraban las inversiones norteamericanas y del cual dependía el movimiento de conjunto del sistema económico neocolonial, amarrado inexorablemente a las estacas de la monoproducción, el monomercado, la monoexportación y la multimportación. Habíase iniciado, en forma irreversible, a escala internacional, el proceso de dramáticas fluctuaciones en el precio del azúcar y, en Cuba concretamente —agravado por su férrea dependencia de los monopolios yanquis, la competencia encarnizada de los bloques productores de azúcar, la reanimación de la industria remolachera y la política proteccionista—, del estancamiento de la economía y de las consiguientes tensiones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción con la efervescencia concomitante en el plano político, ideológico y cultural.

A partir de esos años —síntoma elocuente— empezarían a mermar las inversiones foráneas y domésticas en la industria azucarera y se congela prácticamente la aplicación de nuevas tecnologías a la fabricación del dulce. El último central construido en Cuba, el Santa Marta, data de 1926. Esas medidas precautorias de los monopolios azucareros y de la oligarquía en beneficio de sus intereses y ganancias, se aúnan a las decisiones políticas del gobierno norteamericano encaminadas a fortalecer los mecanismos de apoyo a la dependencia y la expropiación establecidos durante “el asalto a Cuba de la oligarquía financiera yanqui”,<sup>156</sup> caracterizado por el auge de las inversiones, el control de la banca y la expansión del latifundio.

La hondura de la crisis estructural alteraría la naturaleza y el contenido de la crisis política, precipitándola. Machado responderá a la rebelión popular con la prórroga de poderes, la restricción de la zafra y la sistematización del asesinato, la tortura, la cárcel, la desocupación y el hambre. Y apuraría, hasta sus extremas consecuencias, como subrayé en una polémica con Ramón Vasconcelos, la frustración de la república y la sobrevivencia de la colonia en medio del cimbramiento general del sistema capitalista.

Rubén Martínez Villena convocó al Comité Ejecutivo de la Liga Antiimperialista y a la dirección de la Universidad Popular a una reunión conjunta. Ha recibido, por conducto de Mella, una comunicación del Secretariado Continental, en que se daba cuenta del inicio de los trabajos preparatorios del Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial y se invitaba a ambas instituciones a designar sus respectivos representantes. En una nota anexa, Julio Antonio insistía en la importancia política de la presencia cubana y sugería que Rubén se ocupase de elaborar una monografía sobre la situación del país y un informe sobre la cuestión campesina. El congreso deberá efectuarse en Bruselas al romper el mes de febrero de 1927. Ya el otoño se diluía, después de terrífico huracán, en el pálido verdor de las hojas.

Se aprobó la propuesta de Mella y Rubén se comprometió a darle término a la encomienda. Con la ayuda de Jorge A. Vivó, ya andaba, al día siguiente, en la búsqueda del material bibliográfico y estadístico que necesitaba.

A finales de octubre, el embajador soviético en México, Stanislav S. Petskowski, permaneció unas horas en La Habana, en tránsito hacia Moscú. Había sustituido en el cargo a Alejandra Kollontai, mujer de ardiente espíritu revolucionario, membrudo talento y soberana belleza, diestra diplomática y encargada de la seguridad social en el Consejo de Comisarios del Pueblo presidido por Lenin. El Grupo Minorista le ofreció un almuerzo. Abundan las preguntas sobre la Unión Soviética y la situación mexicana. Y, al inquirirle un comensal por Julio Antonio Mella, el diplomático acuñó su histórica frase:

---

<sup>156</sup> La frase entrecomillada titula un agudo, original y documentado ensayo de Oscar Pino Santos, premiado en 1973 por la Casa de las Américas. Es una brillante síntesis creadora del período que abarca, todavía bastante inexplorado en su trama económica condicionante.

—¿Mella? Mella es un líder de madera continental.

En las inmediaciones del 7 de noviembre, el proscrito Partido Comunista se planteó la disyuntiva de conmemorar cara a la tiranía el noveno aniversario de la Revolución de Octubre o constreñirse a distribuir un manifiesto clandestino. Optaría, naturalmente, por izar sus rojos pendones y erguir su voz revolucionaria en una asamblea en la Sociedad de Torcedores, en la cual compartió la presidencia Martínez Villena. Era un desafío abierto al terror desatado por el gobierno y han de tomarse, por tanto, las medidas adecuadas para repeler cualquier agresión. Ni policías ni esbirros osan asomar la oreja en el abarrotado local. No sólo se rindió homenaje a Lenin y se evocan las proezas, denuados y avances del poder soviético. Se llamó a la unidad y a la lucha a los trabajadores, los estudiantes y los intelectuales. Laureles de aplausos ceñirán los nombres de Carlos Baliño, Alfredo López y Enrique Varona. Gritos iracundos de execración a Machado y al imperialismo yanqui se suceden como azotes de fuego. Con tono grave y ritmo lento, resuena la solemne melodía de La Internacional, como un himno que anunciara el parto de la dignidad humana.

Cuando llega a Cuba el primer número de *Amauta*, mensuario, de “doctrina, arte, literatura y polémica”, fundado y dirigido por José Carlos Mariátegui, le arrebataríamos a Luis F. Bustamante los ejemplares que había recibido. Rubén hojeaba, con febril regocijo, sus páginas aromosas aún a tinta fresca. La exhortación al combate que irradian constituía un acicate y un reto para los movimientos intelectuales y políticos de izquierda en nuestra América. Una revista así era la que urgía en todos los parajes del continente.

El nombre del mensuario, de “entraña peruanísima”, como apunta Xiomara Crespo,<sup>157</sup> lo sugirió el pintor José Sabogal: “Amauta, el poeta, el sabio, el maestro del Tahuantinsuyo.”<sup>158</sup> No tardaría en identificarse a Mariátegui con el título de la publicación y será el Amauta para todos, el Amauta de los tiempos nuevos, el Amauta antimperialista, socialista, marxista-leninista, que se asigna la misión de “vincular a los hombres nuevos del Perú, primero con los otros pueblos de América, en seguida con los otros pueblos del mundo”. Aunque abierta a todas las inquietudes renovadoras, Mariátegui define, con rigurosa precisión, la postura ideológica de *Amauta*: “Los que fundamos esta revista no concebimos una cultura y un arte agnósticos. No le haremos ninguna concesión al criterio generalmente falaz de la tolerancia de ideas.” Es un hombre “con una filiación y una fe”.<sup>159</sup> Y su más ahincado anhelo es contribuir a la edificación de un Perú socialista, congruente con

---

157 Xiomara Crespo Girón: “José Carlos Mariátegui”, en: *Bohemia* (La Habana) 65(45): 16-23, noviembre, 1973, p. 21.

158 Ídem.

159 *Amauta*, septiembre de 1926.

sus particularidades concretas y con las de América Latina, meta suprema de su breve, esforzada, luminosa y agónica vida.

El chileno Luis Emilio Recabarren fue el primer líder comunista de cierto renombre hemisférico. José Carlos Mariátegui será el primer ideólogo y combatiente marxista de dimensiones extracontinentales. Mucho antes que ambos, la socialista utópica peruana Flora Tristán, el cubano Pablo Lafargue y el venezolano Daniel de León, marxistas militantes, habían sobresalido en el movimiento revolucionario internacional; mas desconectados por igual del derrotero de la clase obrera en sus países natales y sin dejar expresión de sus ideas en la lengua materna, salvo Lafargue, que la dominó cabalmente, durante su corta estancia en España.

Como ha acaecido en casi todas las áreas subdesarrolladas y dependientes, el socialismo científico se difunde y arraiga en América Latina con notorio retraso, en contraste con la proliferación de alquimias sociales emigrantes de España, Francia e Italia en los baúles y las cabezas de aventureros, buscavidas, perseguidos y desocupados. Su nivel teórico en la porción meridional del continente se contrajo, hasta Mariátegui, en pleno desarrollo ya los complementos de Lenin al marxismo, a una exégesis elemental del *Manifiesto comunista* y del volumen primero de *El capital*, traducido por el argentino Juan B. Justo, un moderado seguidor de Bernstein, más cerca del “dogma socialista” de Echeverría que de la teoría del valor de Marx. No sólo faltaba el conocimiento y dominio del *corpus* de ideas y de la *praxis* de la emancipación de los trabajadores: faltaba, asimismo, el suficiente desarrollo de la conciencia de clase para identificar el socialismo científico como la comprensión teórica general de la posición y el destino de la burguesía y del proletariado en la historia.

En la lucha social preponderaba, por eso, en aquellos años, lo que pudiera denominarse el instinto de clase, expresión vital de “la conciencia en sí” de toda clase. Transformar ese instinto en “conciencia para sí” era, sin duda, el quehacer más apremiante de los revolucionarios marxistas.

Mariátegui tuvo nítido sentido de ese quehacer apenas se asomó al turbulento panorama peruano de los años veinte, en que se entremezclaban la insurgencia del estudiantado universitario, las huelgas obreras, la hostilidad impasible del indio y la rebeldía estética, de la joven generación intelectual. Se había ya liberado de las “exquisiteces decadentistas” y los “bizantinismos finiseculares” del Grupo Colónida, acaudillado por Abraham Valdelamar. “Nauseado de la política criolla” y ansioso de plasmar en acción sus afanes removedores, se volcará en el torrente de la lucha social, apoya el movimiento de reforma universitaria y se emproa, decididamente, hacia el socialismo.

Viajó a Europa. Conoce Francia, Italia y Alemania. En Italia se desposa con Ana Chiappe, una menuda mujer de sensibilidad, inteligencia y coraje

excepcionales, almohada de sus dolores y aliento de sus inquietudes, empeños y esperanzas. Madura su formación política, ideológica y cultural. Y entabla relaciones con Barbusse, Rolland, Gorki, Croce, Gramsci, D'Annunzio, Sturzo, Gobetti y Nitti. Vertió, en prosa ágil, transparente y armoniosa, sus agudos juicios sobre hechos y hombres de la Revolución Rusa y apresada, en imagen viviente, el curso del fascismo en Italia, la crisis de la democracia capitalista, los movimientos estéticos europeos de vanguardia, el mensaje revolucionario de Clarté y el resurgimiento nacional de la India, que trasciende el místico horizonte histórico de Mahatma Gandhi y el puro lirismo de Rabindranath Tagore. El nacimiento de su primer hijo le impedirá viajar a la Unión Soviética.

Cuando retorna a Lima es marxista-leninista convicto y confeso. Y se dio con vehemencia a la faena, estrechamente ligado al movimiento obrero y a las masas populares, con propósitos concretos: fundar una revista revolucionaria, organizar una central sindical y constituir un partido comunista.

Impulsado por su enérgico talento político, su sensibilidad revolucionaria y su acervo cultural, el marxismo-leninismo alcanzó en el pensamiento y la acción de Mariátegui fuerza creadora y estilo propio. Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena contribuirían también a levantar su nivel teórico en Cuba. Los tres muestran singular destreza en su manejo como guía para la acción y como florete en su polémica ideológica con los anarquistas, reformistas y revisionistas, que hiende a fondo la piel camaleónica de los apristas. El esclarecido aporte de Aníbal Ponce, aunque más conceptual que beligerante, vino mucho después.

La aparición de *Amauta* motiva fructíferas discusiones en el seno de la Universidad Popular y de la Liga Antiimperialista. Martínez Villena impartió las instrucciones pertinentes para establecer un sistema de comunicación secreta con el movimiento revolucionario de vanguardia promovido y sustentado por el adalid peruano, condenado ya a la muleta y a la silla de ruedas por la amputación de una pierna. La acción, el pensamiento y la escritura de Mariátegui dejarían honda traza en los intelectuales y artistas cubanos revolucionarios y progresistas de la época. Comparte su heroico magisterio con Mella y Martínez Villena.

Cuando penetré en su despacho en la Comisión Nacional Codificadora, Rubén estaba inmerso en la lectura de un folleto de portada azul. A insistencia de Fernando Ortiz, que sabe por Pablo de la Torriente Brau de sus apuros económicos personales, había aceptado un modesto cargo en aquella desconocida dependencia, señoreada por la rancia probidad, la sabiduría tomista y los deliciosos arcaísmos de Mariano Aramburo. “Simpatías y diferencias muy hondas —refiere Juan Marinello— acercaban y distanciaban los bri-



llantes interlocutores.”<sup>160</sup> Sin embargo, se estiman y admiran mutuamente, no obstante la tensa disparidad de criterios cuando Aramburo contraponía la metafísica social del Aquitanense al evangelio científico del profeta de Treveris. Cuenta el propio Juan, en este caso testigo visual y auditivo, que “al final de una larga conversación de luminosas incidencias, exclamó Rubén: el día en que usted se aleje del collado de Pedro, seremos como hermanos. Para serlo —contestó Aramburo—, no hace falta que se produzca lo imposible”.<sup>161</sup> Y apostillaba Marinello: “Algún tiempo después, cuando aparecieron los síntomas alarmantes de la dolencia que nos llevaría a Rubén, la pesadumbre de Don Mariano fue prolongada y profunda.”<sup>162</sup>

Al advertir mi inesperada presencia, el ensimismado lector se levantó folleto en mano y me saludó con este irónico comentario:

—¡Qué contraste tan notable entre estas glosas de Mella al pensamiento de Martí y las “glosas” de Mañach a libros, hombres y cosas! Son maravillosas. Mella ha descubierto a Martí. Éste sí es Martí, el revolucionario Martí, el antiimperialista Martí, el apóstol Martí, el verdadero Martí que puede guiarnos en la lucha de hoy, el Martí que seguirá vivo y actuante en la de mañana...

No había duda: reconquistar a Martí de jilgueros, demagogos y mercachifles y reanudar su obra inconclusa hasta coronarla y proseguirla acorde con el nuevo sentido de la época, era deber de las nuevas generaciones revolucionarias. Mella ha iniciado la carga con ímpetu agramontino. Y Rubén se explayó durante una hora hablándome, con inflamado arrobó, de Martí y de Mella.

—¡Ésos sí son poetas, adivinos, simientes de historia, conductores de pueblos!

Y, al acompañarme hasta la antesala, me espetó a boca de jarro:

—¿Quieres ayudarme en la organización del material que se nos ha pedido para la conferencia de Bruselas? Ya empezamos a trabajar.

Y así fue cómo, por generoso ofrecimiento suyo, fungí de amanuense de Rubén en la escritura de *Cuba, factoría yanqui*.

En los meses venideros lo visitaría con frecuencia en su oficina. Cuando lo dejaba, me parecía haber crecido un poco por dentro. Y tuve la oportunidad de conocer a amigos fieles que, bajo la pacífica apariencia de burócratas, compartían silenciosamente sus ideales y lo ayudaban en riesgosos menesteres, como los abogados Miguel Gener y Julio Ramos, o simplemente a devotos amigos, como el versado jurista Francisco Villamil y antes, en el bufete de Ortiz, a Jesús de la Carrera, que daban la vida por él sin entenderlo. Vale consignarlo: uno de los rasgos más singulares de Rubén fue el don de esparcir su afectividad en numerosos círculos concéntricos.

---

160 Juan Marinello: “Recuerdos de Rubén”, en: *Santiago* (Santiago de Cuba) (16): 43-49, diciembre, 1974, p. 45.

161 Ídem.

162 Ídem.



Rubén Martínez Villena, Gustavo Aldereguía, Sarah Pascual, Leonardo Fernández Sánchez, Carlos Aponte, Esteban Pavletich y yo nos reunimos la noche del 24 de diciembre en un figón de la calle Neptuno para comer lechón asado, congri, yuca con mojo y plátanos verdes fritos. Una orquesta de guitarras sandungueras amenizaba la fiesta. Aponte ingirió varios vasos de cerveza y a poco se enredaría a piñazos con uno de los comensales al arrebatarle la mujer con quien bailaba. Trabajo costó separarlo y que retornara a la mesa. Pero el titingó fue tan grande que acudió un policía.

Impuesto de la ocurrencia por el agraviado, se dirigió a Aponte, ordenándole:

—Venga conmigo.

—Oiga, compay, cómo me va a hacer usted esa vainada el día de Nochebuena. El láguer me ha puesto jorocón y eso es todo. Vale, no se me ponga así y déjeme seguir con mis amigos.

—¿Y de dónde sacó ese modo extraño de hablar? ¿Usted es de aquí o de fuera?

—¿De dónde es usted, de la capital o del interior?

—De la capital.

—Explicado, vale, explicado... Yo soy de Santiago y usted sabe que allá se conversa distinto...

Y, dándole cariñosas palmaditas, le repetía:

—No se me ponga así, vale, no se me ponga así...

El sabueso, a ruegos de Aldereguía, que se identificó como tisiólogo de la Casa de Salud de la Quinta Covadonga, dio media vuelta y se fue.

Con motivo de la intervención militar norteamericana en Nicaragua en apoyo de la asonada reaccionaria de Adolfo Díaz y la subsecuente deposición del gobierno constitucional que presidía Juan Bautista Sacasa, comenzaron a reunirse en el bufete de Emilio Roig de Leuchsenring, citados por Martínez Villena y Marinello, varios miembros del Grupo Minorista. La finalidad inmediata era condenar públicamente el salvaje atropello. Pero la intención original fue traspuesta a medida que, en sucesivas discusiones, va adquiriendo contorno definido el carácter continental de la agresión y sus raíces comunes. No se trataba de un hecho aislado: el problema de Nicaragua era el problema de América Latina y su solución requería la acción solidaria de nuestros pueblos y de “los hombres libres de Estados Unidos”, como se decía entonces. Uno de los puntos que suscitó mayor interés fue comprobar “la firmeza, continuidad y consistencia”<sup>163</sup> del pensamiento cubano contra todo tipo de dominio foráneo, desde Félix Várela y José María Heredia hasta Enrique José Varona y Manuel Sanguily. José Martí había denunciado el rumbo

---

163 Juan Marinello: “El manifiesto antiimperialista”, en: *Granma* (La Habana): 2, 25 de octubre de 1973, p. 2.

de la codicia yanqui en acecho, decidido cortarle el camino y pronosticado las consecuencias de su desbordamiento por las “islas dolorosas” del Caribe.

El texto, redactado por Rubén, resultó, a la postre, “un repertorio puntual de todas las depredaciones sufridas en nuestra América por la invasión estadounidense”.<sup>164</sup> Y se acordó que él y Marinello visitaran a Varona.

Aquejado súbitamente de fuerte bronquitis, Rubén no pudo acompañar a Juan y lo sustituyó José Antonio Fernández de Castro, que mantenía estrechos contactos con el maestro. Las posiciones positivistas, conservadoras y evasivas propugnadas por éste en 1905, en su enjundioso ensayo *El imperialismo a la luz de la sociología*, habían ido cediendo el paso a posiciones cada vez más progresistas, radicales y combativas. Curioso fenómeno. Varona se iba tornando más joven y revolucionario con los años. Ya en 1919, le escribía a Roig de Leuchsenring: “No se puede ser cubano sin ser antiimperialista.”

Varona escuchó con aire aparentemente abstraído la lectura del documento y después de garrapatear su firma con mano temblorosa y pulso lleno, se limitó a exclamar con voz penas audible:

—¡Qué bien!

Y el mismo día en que expiraba el año 1926, veía la luz el *Manifiesto por la libertad de los pueblos de nuestra América contra el imperialismo norteamericano*, suscrito por Enrique José Varona, Rubén Martínez Villena, Emilio Roig de Leuchsenring, Gustavo Aldereguía, José Antonio Fernández de Castro, Juan Marinello, Luis Gómez Wangüemert, Andrés Núñez Olano, José Z. Tallet y Enrique Serpa.

La significación histórica de este pronunciamiento estriba en que, por vez primera, durante la república neocolonial, un grupo de intelectuales se enfrentaba a la penetración imperialista y convocaba a nuestros pueblos a la pelea. Si su antecedente inmediato fue la Protesta de los Trece, valerosa denuncia de los gobiernos corrompidos, el manifiesto del Grupo Minorista de 1927 sería su corolario, aunque sólo contiene una “referencia escueta a la lucha por la independencia económica de Cuba y contra el imperialismo yanqui”,<sup>165</sup> sin indicar caminos ni soluciones.

---

164 Ídem.

165 Ídem.

Marca una etapa más alta en ese bullente, complejo, contradictorio y fascinante período que, con puntigudo acierto, Juan Marinello denomina “la década crítica”, necesitada todavía de un análisis hondo, prolijo y ecuánime, inquietudes, rebeldías, impulsiones y antagonismos que germinan en 1923 iban adquiriendo cuerpo más consistente y rumbo más definido durante el nuevo año. El ansia general de mudanza, excitada por las tensiones que conmueven la estructura de la sociedad neocolonial, se expresará en múltiples formas y modalidades: una tángana estudiantil, un poema estridente, una huelga de zapateros, una apertura inédita de Capablanca, un *jab* demoledor de Kid Chocolate, unas posaderas al óleo, una rebambaramba musical. Empezaba a exacerbarse la pugna planteada entre la nación y el imperialismo, el pueblo y la tiranía, el movimiento obrero y la explotación capitalista, las ideas emergentes y las ideas dominantes, la espuela y el freno. No ha de constituir todavía una situación revolucionaria: despuntan empero, los signos que la anuncian.

Alarmado por la tornadiza perspectiva de la economía mundial el decrecer de la exportación de azúcar a Estados Unidos, el tirano intenta ganar el apoyo imperialista y el concurso de la oligarquía a su iniciada política en defensa de su precio declinante y de la sustitución de importaciones por artículos de consumo susceptibles de producirse en la Isla. “Hasta para freír un par de huevos hay que contar con los americanos” —mascullaban los patriotas defraudados.

Los oligarcas no habían vacilado en otorgarle su respaldo a la “genialidad” palaciega. Atestigua el refranero que la ocasión la pintan calva. Machado creyó pescarla al hacer escala en La Habana altos representantes de Wall Street: los juntó en un almuerzo y, tras de mantecosas protestas de sumisión a Estados Unidos, demandó, en prenda de amistad, la ayuda de los monopolios azucareros para obtener un precio compensatorio y viabilizar el aumento de la producción alimenticia mediante la reforma de ciertas partidas de los aranceles. No afectaría, desde luego, en ningún caso —se apresura a puntualizarlo— las preferencias impuestas por el Tratado de Reciprocidad.

Los convidados, embutidos en sus vestiduras de piedra, se limitarían, mientras saboreaban los peticetros, a manifestaciones insulsas o a punzantes

evasivas. El imperialismo, como alguien dijera, carece de sentimientos; sólo tiene intereses.

La incierta situación que se iba generando no tenía salida para la apócrifa “política nacionalista” de Machado. Cogido con la trampa de la subordinación de la industria azucarera y del comercio exterior a las ganancias y las necesidades de los propietarios del recurso básico de exportación del país, el tirano estaba desprovisto de respuestas y soluciones a los profundos trastornos y desajustes que se enciman en el plano nacional e internacional.

Sin embargo, tanto Machado como la oligarquía fiarán, hasta que la implacable tijera de la realidad pele a la malanguita los ingresos, en los mágicos resultados de la restricción de la zafra y de la reforma arancelaria. Es inconcebible; pero así fue. A ninguno de los facedores del entuerto —rociado por la prensa oficial y la Federación de Corporaciones Económicas con lisonjeros adjetivos— se le ocurrió pensar siquiera en que “jugar al alza del precio” con la “baja de la producción”, sin previo acuerdo con los demás productores de azúcar, equivalía, cuando menos, a escabecharse en beneficio ajeno.

El amaño de Machado para perpetuarse en el cargo había ido avanzando a paso de vencedores. Con el apoyo cooperativista de los partidos Liberal, Conservador y Popular, manipulado por Wifredo Fernández, el déspota poseía ya la fórmula infalible: o prórroga de poderes mediante la reforma de la constitución o reelección “pedida por el pueblo”. Montó una ensordecidora y sofocante campaña de prensa. Acudían en mesnadas, a ungrirle lo pies, los incondicionales, los serviles, los arrastrados. La vanidad inflaba sus venas, a riesgo de estallar como un siquitraqui, cuando les impartía la bendición después de vesánicas peroratas. Los humos de grandeza y la ambición incolmable de poder le impedían darse cuenta de que estaba comprando sogas para su pescuezo.

El oleaje que chapoteaba el peñasco de El Morro quebraba, rítmicamente, el silencio nocturno. Hoscas moles flotantes se interponían en la ruta de la lanchita “Lenin”,<sup>166</sup> desde el embarcadero de Regla hasta el muelle de la Caballería. Al verse forzado el timonel a dar un violento viraje para eludir el pisotón de un remolcador ebrio de sueño, casi rozamos el flanco un trasatlántico paleontológico que rezaba en su popa iluminada: “Oriana”, Liverpool.

Sin darle tregua al cigarrillo, Rubén Martínez Villena departe, animadamente, con varios trabajadores del mar que venían en la embarcación. Se le sale la contentura con esmeraldinos cabrilleos. Acababa de sostener una estimulante discusión con los dirigentes del Gremio de Viveristas, Calafates y Carpinteros de Ribera. Comprendían la necesidad preentoria de acometer

---

166 Bautizada con ese nombre retador durante la estrambótica alcaldía de Antonio Bosch, lo siguió luciendo, aunque parezca inverosímil, en medio de las más encarnizadas persecuciones anticomunistas. Cosas del subdesarrollo.

la reorganización del movimiento obrero, seriamente dañado por el terror gubernamental, la pasividad de los reformistas, la penetración de agentes patronales y la creciente dispersión de los líderes anarquistas y anarcosindicalistas. Demandaban, además, que la Universidad Popular extendiera sus actividades a Regla y Casablanca. Y allí mismo, dando por sentada mi anuencia, me comprometió a que me hiciera cargo de ambas tareas. Una vez por semana, en efecto, en compañía de Pavletich, inhalando a pleno pulmón el olor a pescado fresco y entreteniéndome en fisgonear las escotillas de los buques, iría en la lanchita “Lenin” a cumplir mi cometido, que alternaba con mis clases de doctrinas sociales en la Federación Obrera de Bahía y en el Sindicato de Motoristas y Conductores. Pocas veces, enseñando, aprendí tanto en tan poco tiempo.

Es indudable, como observa Sarah Pascual,<sup>167</sup> que la Universidad Popular fue para Rubén la mejor escuela en aquel período de su vida. Esos años de convivencia con los obreros, de identificación con sus problemas, de adiestramiento en la enseñanza del marxismo-leninismo, de constante polémica con compañeros torcidos o contaminados por las concepciones y métodos anarcosindicalistas y reformistas, de estudio vivo y reflexión crítica sobre la marcha, desembocarían en su militancia en el Partido, con el cual ya mantenía estrechos nexos de trabajo en su vehemente actividad revolucionaria. Una de sus más pertinaces preocupaciones fue ampliar el horizonte de nuestra participación en el proceso revolucionario nacional e internacional.

Los manifiestos de la Universidad Popular que denunciaban la opresión imperialista, la explotación capitalista y los atropellos de la tiranía circulan, como pan caliente, de mano en mano. Algunos hicieron época, como el de la adhesión a la pasmosa arremetida de Sandino. No se ha medido aún la influencia que ejerció, en el proceso de formación de la conciencia revolucionaria de la década, la primera insurrección popular latinoamericana contra el dominio imperialista. Cuando se organizó la campaña mundial en defensa de la vida de Sacco y Vanzetti —obrerros anarquistas condenados arbitrariamente a muerte por un tribunal yanqui— la Universidad Popular ocupa su puesto de vanguardia. Y publicamos también panfletos y artículos en la revista obrera *La Aurora*, muy receptiva a las vibraciones universales. Mi colaboración más saliente fue una semblanza de Anatoli Lunacharski, el célebre comisario de educación pública de la Unión Soviética. Recuerdo que, en sus páginas, se dieron a conocer Enrique de la Osa, poeta de arrestos vanguardistas y escritor de rica vena, y el malogrado José Antonio Foncueva, de inteligencia vigorosa, sensibilidad revolucionaria y temple admirable, que dejó promisorios ensayos en la revista *El Estudiante*, que funda y dirige.

---

167 Ver Sarah Pascual: art. cit.

Estaba ya en su punto la necesidad de una revista de combate antiimperialista con sentido y proyección continentales. Eso había aspirado a ser, y lo fue en cierta medida, *Venezuela Libre*. Ahora lo que urgía y se necesitaba, sin dejar de lado por entero las nuevas inquietudes literarias y estéticas, era fortalecer y ensanchar, partiendo de Cuba, la acción política revolucionaria en términos hemisféricos. Complementar, en suma, la faena de *El Libertador* y de *Amauta*. Para el ulterior desarrollo del movimiento antiimperialista isleño constituía, a la vez, dinamo y apoyo.

Ésa era la idea que andaba redondeando Martínez Villena por aquellos días en que revisaba los trabajos pedidos por Mella para el Congreso de Bruselas. Las sutiles infiltraciones del aprismo en la Universidad Popular, que advirtió al discutirse en su seno el problema de la hegemonía de clase y del papel de la Liga Antiimperialista en la batalla por la liberación nacional y social, lo persuaden aún más, de la necesidad inaplazable de editar la revista que había concebido. Ya le ha encontrado título: *América Libre*.

Sazón fue aquélla de fermentaciones, ansiedades y contingencias en la esfera de la cultura. Muere *Cuba Contemporánea*. Nace la *Revista de Avance*. El Grupo Minorista se dispersa tras de disparar sus últimos cartuchos. Ven la luz importantes testimonios de la época: *Antología de la poesía moderna en Cuba*, de José Antonio Fernández de Castro y Félix Lizaso, y *Azúcar y población en las Antillas*, de Ramiro Guerra. Arriba de Madrid, finamente impreso, *Liberación*, el primer y único libro de versos de Juan Marinello. Con humildad conmovedora, María Villar Buceta distribuye un breve, selecto y soterraño poemario: *Unanimismo*. Alberto Lamar Schwyer publica *Biología de la democracia*, loa pseudocientífica del dictador y la dictadura en nuestra América. Desembarazándose de cisnes, marquesas y violines, aunque con reminiscencias modernistas, reaparece Agustín Acosta con un “poema de combate”, “La zafra”. Rubén Martínez Villena se enzarza en definitiva polémica con Jorge Mañach. Lanza Regino Pedroso al aire ardiente y revuelto su “Salutación fraterna al taller mecánico”, iniciando en Cuba la poesía social, línea épica de la poesía nueva, equidistante del lirismo puro y del puro disparate. *Social* resume sus concesiones a la izquierda. Sale al ruedo *Atuei*, revista moza de literatura, arte y política, de filiación aprista. Fundada por Fernando Ortiz, la Institución Hispano-Cubana de Cultura difunde los zumos cuajados y los aromas lozanos de renacimiento intelectual de España. El allanamiento por la policía del hogar de Enrique José Varona —sobreviviente esclarecido de la gran tradición cultural del siglo XIX— totaliza el perfil de ese pugnaz momento de transición en la vida espiritual.

El melancólico sepelio de *Cuba Contemporánea* —voz y conciencia de la pequeña burguesía ilustrada durante las dos primeras décadas de la república dependiente— está cargado de hondas significaciones. Cumplió, sin

duda, con jerarquía y honestidad, la prudente y contemplativa misión que se impuso: enjuiciar la realidad cubana y prescribir remedios. A veces, muy pocas, se tiró a fondo. Se abstuvo, por lo común, de hurgar en las raíces de los problemas. Si, en más de una ocasión, se asomó tímidamente a las entrañas de la sociedad neocolonial —fuente de la miseria, el atraso, la corrupción, el latrocinio y el desorden que repudiaba—, apela siempre a una moralina de andar por casa. La actitud beligerante le fue radicalmente ajena.

Cuando sus directores deciden enterrarla, lo hacen a tiempo. *Cuba Contemporánea* se había tornado extemporánea. Algunos de sus colaboradores —los de espíritu más elástico, poroso, sensible, avisado y progresista— han percibido ya las señales de los tiempos y arrear por distintas trochas. Pero la mayoría quedó rezagada. Los artículos escritos veinte años después por Mario Guiral Moreno, uno de sus editores representativos, delataban una mentalidad de calzoncillos largos o —en jerga beisbolera— de “pisando y pisando, ventaja para el corredor”.

En un reservado del café La Isla solían reunirse, desde principios de año, Juan Marinello, Jorge Mañach, Francisco Ichaso y el crítico de arte barcelonés Martín Casanovas, compelido a irse de España por la contumaz ojeriza de Primo de Rivera a los separatistas y revolucionarios catalanes. La idea de publicar una revista que pusiera al día el conocimiento de la creación literaria y artística de la época era el motivo que los congregaba. Como “eje y promotor” del proyecto, Marinello llevaba la voz cantante. A él se debe el título temporal y el subtítulo permanente de la publicación. Desde 1927 hasta 1930, en que se extingue, mudará de nombre con el almanaque. Pero se le conoció siempre como *Revista de Avance*.

No era el único empeño. José Antonio Fernández de Castro, por su cuenta, culminaba ya las gestiones que ha emprendido para incrustar en el centenario carapacho del *Diario de la Marina* un suplemento literario de “vanguardia”. Nadie sabe, a estas alturas, cómo lo consiguió. Y el Grupo Minorista, al cual todos pertenecían, desenvuelve, a su vez, intensa actividad en idéntico sentido, aunque con acentuado matiz político.

El resurgimiento literario y artístico iniciado por la generación intelectual de 1923 cuajaba ahora en esplendor de madurez. Sin embargo, más allá del afán de novedades puramente estéticas, aunque sin desentenderse de ellas, otros protagonistas de esa generación y nuevos valores juveniles, encabezados por Rubén Martínez Villena, se habían concertado también para difundir su ideario antiimperialista y socialista y desarrollar la acción correspondiente. Nutrida de numerosos manantiales, la corriente renovadora se desviaría, en el arremolinado delta, hacia distintas desembocaduras.

Febrero primaveral en Bruselas. Filosa luz hendía la neblina, pulverizándola en acuosa transparencia sobre las baldosas de la ciudad. Hombres y mujeres

de pigmento, indumentaria y lengua diversos, ascendían, con gozo parlero, los severos escalones de mármol del palacio de Egmont. El Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial inauguraba sus sesiones.

Arañas radiantes pendían de la bóveda del salón principal. Cabellera levantisca, mirada febril, tez anémica, bigote a la borgoñona, manos sarmentosas, presidía Henri Barbusse, en el candelero de la celebridad por sus novelas *El infierno* y *El fuego* y su poema épico en prosa *Encadenamientos*. Y, junto a él, ocupaban asientos Máximo Gorki, Marcel Cachini, Jawahrlal Nehru, la viuda de Sut Yan Sen, José Vasconcelos, Alfonso Goldschmidt, George Lansbury, Willy Münstsenberg, Senkatayama, Alberto Fournier, Shaping Skabatvala, Manuel Ugarte, James Mekston, Mohamed Hafiz Abdaman Bey, Roger Baldwin y César Falcón. Numerosas organizaciones antiimperialistas y sindicales de Asia, África, Europa, América Latina y Estados Unidos estaban representadas. La sesión se abrió con la lectura de los mensajes de adhesión de Clara Zetkin, Albert Einstein, Romain Rolland y Rabindranath Tagore.<sup>168</sup>

En el proscenio también, Julio Antonio Mella y Leonardo Fernández Sánchez, que se han encontrado en París y viajan juntos a Bruselas. Mella ostentaba la representación del Comité Continental de la Liga Antiimperialista, de sus secciones mexicana, salvadoreña y panameña y de la Liga Nacional de Campesinos de México. A Leonardo se le ha conferido la representación de la Universidad Popular José Martí, la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos de París y la sección cubana de la Liga Antiimperialista. Abajo, cerca del centro, con su nariz corva husmeando el aire, Víctor Raúl Haya de la Torre, y ciñendole con el brazo, Eudocio Ravines, delegados del APRA y, ambos, apóstatas en incubación. Y un poco más allá, apiñados, Carlos Quijano, Gustavo Morales, Eddo Fimmen, Carlos Deambrosis Martín y Andrew Almazán.

Casi todo el hemisferio estaría presente en el congreso y, asimismo, Puerto Rico, la isla encadenada que todavía pugna y seguirá pugnando por entrar, con acento propio y soberanía plena, en nuestra América.

No se les había escapado a los combatientes revolucionarios de aquende el Río Bravo la trascendencia política del congreso. Abría, por lo pronto, la oportunidad de establecer un concierto efectivo entre las fuerzas antiimperialistas, progresistas, democráticas y patrióticas de nuestro continente y la lucha popular contra la opresión colonial en Asia y África, el movimiento obrero revolucionario internacional y el apoyo solidario de la Unión Soviética. La Conferencia de Bandung y el Movimiento de Países No Alineados derivan, implícitamente, de aquel histórico encuentro.

---

168 Ver Raquel Tibol: *Julio Antonio Mella en El Machete, antología parcial de un luchador y su momento histórico*, Fondo de Cultura Popular, México, 1968.



Si descollante fue la participación de Mella en los debates, hondo sobrecogimiento suscitan los informes que leyó sobre la situación de Cuba. Advirtió, antes de hacerlo, que le habían sido remitidos por la Universidad Popular José Martí. Torso sangrante de su propia profecía, el titulado *Machado: el fascismo tropical* era una imagen vívida de la dictadura terrorista entronizada en la Isla. *La verdad sobre el campesino en Cuba* exponía, con hiriente crudeza, la realidad oculta del agro criollo, feudo horripilante en su mayor parte del imperialismo norteamericano. Por la profundidad del análisis, el acarreo de datos fidedignos en que se afincaba y el cuidado lenguaje, *Cuba, factoría yanqui*, primera interpretación marxista de la problemática cubana, alcanzaba la jerarquía de un ensayo. No obstante el escaso tiempo de que dispuso, Rubén Martínez Villena, poniendo en tensión sus facultades excepcionales, había conseguido sobrecumplir la tarea.

Estos documentos —genuinos jalones del pensamiento socialista cubano— correrían azarosa y varia suerte. Se extravió, definitivamente, *La verdad del campesino en Cuba*, En *Poesía y prosa* se da a conocer ahora *Machado: el fascismo tropical*. De *Cuba, factoría yanqui*, se habían publicado algunos capítulos en *América Libre*: el resto se juzgó perdido hasta hoy, en que, encontrado el original en la papelería recuperada de Rubén, se recoge el trabajo completo. Este precioso aporte a la literatura marxista de América Latina, con muchos otros posteriores en que se aúna el fuego polémico a la sagacidad teórica, permitirá justipreciar, en su real magnitud, los quilates políticos de Rubén Martínez Villena como “jefe revolucionario del proletariado”, al certero decir de Blas Roca.<sup>169</sup>

El Congreso de Bruselas constituyó un salto cualitativo en el desarrollo de la batalla antiimperialista en el nivel mundial. Sus directrices y resoluciones insistían primordialmente en la necesidad de fortalecer, impulsar y unificar el movimiento de liberación nacional y social en Asia, África y América Latina. No era coser y cantar, como algunos extremistas, sectarios o candorosos, imaginaron. El largo camino estaba erizado de fieras resistencias y enormes escollos. Ninguna formación social, por rebasada históricamente que se halle, se rinde *a priori*. Mucho menos la capitalista, dotada de extraordinario poder de adaptación y renuevo. Pero se cuenta con una rigurosa base científica y con un método de ejecución susceptible de adaptarse a las condiciones objetivas y subjetivas particulares en cada lugar y en cada coyuntura: *El imperialismo, etapa superior del capitalismo* de Lenin y las tesis de éste sobre la concepción, estrategia y táctica de la lucha antiimperialista y anticolonialista.<sup>170</sup>

---

169 Blas Roca: “Rubén Martínez Villena, un verdadero Jefe del Pueblo”, en: *Hoy* (La Habana): 1, 6, 17 de enero de 1940, p. 6.

170 Ver *Los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista*, op. cit., t. 1.

No podía ser más puntualizadora la nueva divisa: ¡Proletarios de todos los países y pueblos oprimidos, uníos!

Si esas tesis serían, a veces, olvidadas o trasplantadas mecánicamente a realidades desconocidas, a cambios imprevistos de las relaciones de clase —sobre todo en lo que a la pequeña burguesía atañe— y a especificidades situacionales, culpa suya no fue, sino de la desmedida impaciencia y natural inmadurez de algunas vanguardias revolucionarias o de la angosta perspectiva de clase contra clase predominante en los países coloniales o dependientes hasta el VII Congreso de la Internacional Comunista.<sup>171</sup> De lo que no cupo duda era de que, después de la Revolución de Octubre y en ascenso el curso irreversible de la crisis general del capitalismo, el desarrollo de las revoluciones de liberación nacional se entrelazaba con el proceso de la revolución proletaria mundial. Identificarlas, todavía, como meras expresiones retardadas de las revoluciones burguesas del siglo XIX, entrañaba costosa ceguera y serio desvío. Si la sociedad socialista se está ahora levantando en Cuba, debióse a que Fidel Castro aplicó, con genial percepción política y original espíritu creador, las tesis de Lenin imbricadas con el pensamiento vivo de Martí.

En lo que a América Latina concierne, la resolución pertinente reafirmó el papel atribuido a las secciones nacionales de la Liga Antiimperialista de las Américas. Haya de la Torre suscribió el acta final, sin reservas, a nombre de la sección panameña de la liga —cuya representación compartía con Mella— y, con reservas, a nombre del APRA, síntoma evidente de la oscilación hacia la derecha de esa organización y, por consiguiente, del abandono de sus posiciones antiimperialistas iniciales. El APRA se autodefiniría varias semanas después, por boca del caudillo en ciernes del nacional reformismo continental, como la hechura latinoamericana del Cuomintang.

En la colina universitaria, los activistas revolucionarios y antimachadistas corrían, de un aula a otra, como hormigas locas. Algo gordo se prepara —comentaba conmigo una mañana el bedel Pablo Armenteros, un negro de prodigioso corazón y fidelidad singular, que se jubiló hace poco tras de medio siglo de convivencia con la juventud “revoltosa” de varias épocas. Efectivamente, algo gordo sobrevendría al aprobar la Cámara de Representantes la prórroga de poderes de Machado.

El empujamiento del bodegón de Teodoro y las galerías claustrales de la Facultad de Filosofía y Letras hervían de rumores y recados. El ambiente era de franca rebelión en los estudiantes que se reunían, entre campanada y campanada del puntual reloj, en torno al legendario laurel grande. La Universidad Popular y la Liga Antiimperialista me habían designado, con otros

---

171 Ver Carlos Rafael Rodríguez: “Lenin y la cuestión colonial”, en: Casa de las Américas (La Habana): 10(59): 106-115, marzo-abril, 1970. Un buido, fundamentado y actualizante análisis teórico y político del problema.

compañeros, para participar activamente en esos trajines. Nuestro objetivo básico era tratar de infundirle a la protesta pública que se urdía un carácter político lo más combativo y antiyanqui que fuera dable. No costaría mayor esfuerzo lo primero: el espíritu de pelea enfebrecía las pupilas. Lo segundo no sería tan fácil en la fase inicial del proceso. La vieja casona, sumida aparentemente en un sueño invernal, pronto olerá toda a reventar de claveles.

Coincidiendo con los mortificantes ramalazos del viento sur, el 15 de marzo insurgió en las librerías y estancillos 1927, *Revista de Avance*. La nueva publicación cuajaba el impulso removedor de la generación intelectual de 1923, soldada temporalmente por Rubén Martínez Villena al fuego de las controversias alrededor de la antología de la poesía moderna en Cuba, de las reuniones en el bufete de Emilio Roig de Leuchsenring y de las actividades del Grupo Minorista.<sup>172</sup> Importa subrayar que la revista se proclama un desgajamiento de éste con fisonomía “peculiar, independiente y nada remiso a la discrepancia si ésta fuera necesaria, pero acorde con lo fundamental de aquel movimiento, que es su valeroso izquierdismo espiritual”.<sup>173</sup> Véase la implícita intención que originalmente la anima de apartarse de toda acción extraliteraria y artística. Distamos, exactamente, media centuria de ese acontecimiento.

Piloteado por Juan Marinello, Alejo Carpentier, Jorge Mañach, Martín Casanovas y Francisco Ichaso, el flamante bajel ondeaba en el palo mayor la enseña de los ismos que años atrás hicieron furor en Europa y ahora arrían sus pabellones descoloridos o ajados en sus astilleros de origen. Con André Bretón desafiante en la cofa, sólo sobrevivía el surrealismo, que significativamente se había declarado expresión estética de la revolución proletaria.

Sin embargo, el real avance que entrañó la *Revista de Avance* no fue precisamente trasvasar al odre criollo el vino ya picado del vanguardismo: es la actualización de las letras y las artes cubanas mediante la búsqueda y el rescate del tiempo perdido. A pesar de la disputa póstuma que ha originado, no se cuenta hoy con un balance de la revista que aventaje, en pulcritud y rigor, al arqueo efectuado por su más valioso, avanzado y combativo animador.

Si se toma en consideración —advertía Marinello al emprenderlo— el estado de “adormecimiento rutinario en que vegetaban la literatura y el arte cubanos”<sup>174</sup> y que “nuestra tarea creadora andaba retrasada, insistiendo en temas y formas consabidos y a buena distancia del latido universal”,<sup>175</sup> es

---

172 Ver Ana Cairo: *El Grupo Minorista y su tiempo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978. Atinada exégesis y rica documentación.

173 *Revista de Avance*, 15 de junio de 1927, p. 154.

174 Juan Marinello: “Notas sobre la *Revista de Avance*”, en: *Índice de Revistas Cubanas*, op. cit., t. 2, p. 13.

175 Ídem.

innegable que “cumplió cabalmente”<sup>176</sup> uno de los propósitos que se impuso. “Muy poco se sabía entonces —anotaba— de Picasso y de Cocteau, de Diego Rivera y de José Clemente Orozco, de Bertrand Russell y de Santayana, de Brandes y de Gide, de O’Neill y de Keyserling [...], de Max Scheeler y de Erskine, de Dreisser y de Sherwood Anderson [...], de Cendrars y de Dilthey, de Stravinsky y de Schoenberg. La jerarquía de Charles Chaplin no gozaba todavía de nivel solitario, y la Revista lo proclamó. [...] Góngora fue reencontrado y Goya llevado a su sitio legítimo.”<sup>177</sup>

Apenas percibió, empero, algunos orbes centelleantes de cometas errabundos, como Joyce, Claudel, Eliot, Proust, Valery, Apollinaire. Más que propensión a captar la “más visible y fugaz espuma de lo nuevo”, como apunta Cintio Vitier en su hermoso libro *Lo cubano en la poesía*, en este caso se debió, según confiesa Marinello, a desconocimiento de “presencias universales” que fueron identificadas posteriormente por “gentes y grupos de excepcional información”.

Tampoco suele mencionarse, a la hora del recuento, a José Ortega Gasset, ascendido a europeo pinacular por Ernst Curtius. Los años de la *Revista de Avance* son también los años en que “hacia la América” su escritura soberbia, su temática iridiscente, su retórica de los conceptos y su reaccionarismo elegante. Se recitaban o transcribían o plagiaban versículos de *El tema de nuestro tiempo*, *La deshumanización del arte* y *La decadencia de la novela*. La influencia artística e ideológica que ejerció Ortega en los prosistas en sazón fue mucho más notoria que la de Unamuno, como resalta en giros, conceptos y latiguillos de Mañach e Ichaso. No pudo emanciparse enteramente Marinello de su órfica seducción verbal, aunque es el lenguaje deslumbrante de Martí la clave de la singular riqueza de su estilo.

En cuanto a la orientación estética que los editores de la revista se atribuyen, ésta se declara y reitera con enfática aseveración, pero no se expresa en su obra personal ni en la tónica —epidermis o dermis— de las contribuciones cubanas o extranjeras. ¿Quiérese algo más distante del humor tradicionalista de Mañach, Ichaso o Lizaso que la desmesura, la irrespetuosidad, la gesticulación, la iconoclasia y el anarquismo formal que singularizó a la vanguardia? Ciertamente Regino Boti había sentenciado, al publicarse el poemario de Marinello: “*Liberación* unce definitivamente a Cuba a la nueva poesía.”<sup>178</sup> Error patente si lo situaba, como lo hizo, “en el vórtice de la nueva, novísima poesía o poesía de vanguardia”.<sup>179</sup> Marinello aportaba, sin duda, un acento propio, como la mayoría de los “nuevos”, a nuestra creación lírica del mo-

---

176 Ídem.

177 Ibidem, pp. 15 y 16.

178 Regino Boti: “La nueva poesía en Cuba”, en: *Cuba contemporánea* (La Habana): 15(173): 55-71, mayo-agosto, 1927, p. 71.

179 Ibidem, p. 66.

mento. También, sin duda, en algunos poemas posteriores, como “Flecha, metal”, se asomará, sediento y caviloso, a purezas líricas y esquemas expresivos ajenos a su promoción. Marinello dejaría la impronta de su alta calidad poética en el ensayo, constante de su ulterior escritura, constelada de giros audaces, barrocos estallidos e imágenes radiantes. La maestría de su prosa descuella sobre la de sus contemporáneos.

El “vanguardismo cubano” fue una reacción adventicia contra el adocenamiento y el subdesarrollo literario y artístico. “El mandato de nuevos ademanes y vestiduras —explica Marinello— nace de una responsabilidad intelectual más que de una necesidad entrañable.”<sup>180</sup> Es la misma actitud del suplemento literario que dirige Fernández de Castro y de la revista *Atuei*: moda más que modo, apariencia más que esencia. Aunque útil, por lo que sacudía y derrumbaba. Si algún valor permanente poseyó el “vanguardismo cubano”, habría que encontrarlo en su condición de exponente estético de la disconformidad radical que emergía del seno de la sociedad.

Por obligaciones profesionales —desempeñaba la jefatura de redacción de *Carteles*—, Alejo Carpentier se había desenrolado antes de la segunda singladura.

De los cinco, Alejo, a punto de ser cautivado por el abstraccionismo de Picasso, Léger, Zadkive y Juan Gris, era el más versado en literatura, plástica y música de vanguardia. No ha descubierto todavía el continente concreto que será universo maravilloso de su escritura. Lo suple el poeta antipurista José Zacarías Tallet, veterano del movimiento de liberación nacional y desolado exégeta del humor negro de la vida cotidiana de una “república de chicharrones y café con leche”. En septiembre de ese año, sería deportado Martín Casanovas, después de varias semanas de prisión junto con Carpentier y Fernández de Castro, procesados en la denominada “causa comunista” con numerosos líderes obreros, estudiantes revolucionarios y exiliados latinoamericanos. Tallet esquivó la cárcel, escondiéndose, y, a Rubén, enfermo de cuidado, le apostan un policía al pie de la habitación.

Irónico contrasentido que traduce el complejo y cambiante sentido de la época. Si Tallet, militante izquierdista, había sido la primera “alta” política de una revista que se ufanaba de su primordial menester literario y artístico, el comunizante Casanovas era la primera “baja”. En agosto de 1928, el “nauta distraído”, como califica Marinello a José Zacarías, abandona la nave, requerido por vitales urgencias de la lucha política y social. Esas peripecias dejan trazos cardinales en el cuaderno de bitácora de la *Revista de Avance* y ayudan a entender mejor sus contradicciones, debilidades y excelencias.

---

180 Juan Marinello: “Notas sobre la *Revista de Avance*”, en: *Índice de Revistas Cubanas*, Hemeroteca e Información de Humanidades, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1969, t. 2, p. 13.

No podría discurrir ésta, aunque se lo propusiera, al margen de su encandilada circunstancia, que a su pesar —sobre todo de los puros esteticistas— la pervade y obliga a adoptar posiciones políticas. Quiera que no, la *Revista de Avance* era parte inseparable y forma de expresión de la multiforme realidad en curso.

Sensibilidad ya alerta a las impulsiones y los signos de la época, Marinello señalaría, como uno de los rasgos definitorios de la publicación, el hecho de que, no obstante su designio de mantenerse aislada de las tensiones sociales del ambiente, en sus páginas “se manifiesta [...] la pugna anunciadora que la sustenta y la traspasa”.<sup>181</sup> No habría opción escapista. El derrotero de ese proceso de politización —acelerado por la creciente proclividad revolucionaria de Juan— se registra en las “Directrices” a partir de la protesta por el procesamiento de Casanovas y de Tallet. Son cada vez más frecuentes los pronunciamientos contra los desafueros de la dictadura. Y se entremezclan, sucesivamente, la adhesión a las consignas antiimperialistas del Grupo Minorista, la denuncia de las barbarocracias latinoamericanas, la censura a la VI Conferencia Panamericana, la defensa del derecho de Puerto Rico a la independencia a propósito de la visita de Pedro Albizu Campos<sup>182</sup> y las demandas de excarcelación de José Carlos Mariátegui. Esta actitud solidaria apretó los vínculos establecidos por la *Revista de Avance* con *Amauta* y el *Repertorio Americano*, dirigido por el costarricense Joaquín García Monge, propulsor, con el acerado guía limeño, de la unidad de lucha de los pueblos latinoamericanos contra la política cada vez más agresiva del imperialismo yanqui.

Sin embargo, a los jóvenes de la ribera izquierda de la encrespada corriente, agrupados bajo el pabellón ideológico de *América Libre*, con un concepto ancilar y militante de la literatura y el arte —aprendido en Martí— esta postura positiva de la revista nos resultaba insatisfactoria. Sabíamos del ahincado empeño de Marinello en rectificarle el rumbo apolítico en que había pretendido engolfarse. Incluso nos pedía insistentemente colaboración y su bufete fue centro de apasionadas controversias sobre los grandes temas y problemas de la época. Pero queríamos y pedíamos una definición más rotunda y afin. Pedíamos y queríamos que la *Revista de Avance* se sumara al movimiento revolucionario. Era un despropósito dialéctico. Pero tenía su lógica romántica. Si un aprendiz de revolucionario no pide y quiere la luna, ¿no está acaso sobrando?

---

181 *Ibidem*, pp. 11-12.

182 La constitución de la Junta Nacional de Cuba Pro Independencia de Puerto Rico, presidida por Enrique José Varona, marca el hito señero del espíritu latinoamericanista del minorismo. “...Cuba —proclamaba— es el [país] que más necesita precaverse y defenderse contra el imperialismo yanqui y el más obligado a defender y ayudar a Puerto Rico, que es su hermana menor en el grupo antillano, con cuyo pueblo tiene nuestro pueblo una deuda y un compromiso sagrado que nos legó Martí [...]”

Aunque la revista no se detuvo nunca a escudriñar las realidades mayores de Cuba y de nuestra América, se interesó, más de una vez, en los problemas culturales del continente y hasta realizó una indagación sobre lo que debía ser el arte americano. De excelentes cabe calificar los números especiales dedicados a México, Mariátegui, Waldo Frank y Federico García Lorca, quien influiría ostensiblemente en la nueva hornada lírica durante su angélico, rítmico, plástico, chispeante, floreal y salado paso por La Habana. La revista mantuvo constantes intercambios con sus congéneres de nuestra lengua y, especialmente, con *Martín Fierro*, de Buenos Aires, y *Contemporáneos*, de México, e intermitentes con las publicaciones creacionistas, ultraístas y estridentistas —movimientos personificados respectivamente por Vicente Huidobro, Jorge Luis Borges y Manuel Maples Arce— y con *La Gaceta Literaria*, de Madrid. Y, aunque en forma elusiva, participó en la polémica provocada por ésta en torno al supuesto meridiano intelectual de nuestra América, en la cual los prototalangistas acaudillados por Ernesto Giménez Caballero intentaban disimular, en vano, su insolente voluntad de imperio.

Es importante destacar que calibró el insólito poder creador y las reales novedades de César Vallejo, heraldo genuino del nuevo tiempo lírico continental que alumbraría tras de las cabriolas y los oropeles de los ismos europeizantes. Ignoró, en cambio, los insólitos presagios de Pablo Neruda.

Muestrario representativo de las letras cubanas, latinoamericanas y españolas fue el elenco de colaboradores de la *Revista de Avance*. Si puntillosamente selectiva, no fue generacional ni exclusivista en este aspecto. Se abrió sin reserva a los jóvenes líricos y escritores isleños, transeúntes o aplatanados de valía, como Emilio Ballagas, Lino Novás Calvo, Luis Cardoza Aragón, Carlos Montenegro, Rafael Suárez Solís, Severo García Pérez y Félix Pita Rodríguez, trapeicista egregio del disparate puro, narrador alucinante y extraordinario poeta. Su instante estelar fue cuando auspició la plástica y la música cubanas de avanzada con exposiciones y conciertos que levantaron ronchas incurables en académicos y *pompier*s y que marcan, a la vez, la apertura de una nueva era en ese matorral de miopías, cayados y sorderas. Surgieron líneas, colores y notas con nombres hoy consagrados: Rafael Blanco y Víctor Manuel, Amadeo Roldán y Carlos Enríquez, Eduardo Abela y José Manuel Acosta, Alejandro García Caturla y Marcelo Pogolotti, Fidelio Ponce y Sindo Garay, Domingo Ravenet y Pedro Sanjuán, Antonio Gattorno y José Hurtado de Mendoza, Aristides Fernández y Juan José Sicre. En su desarrollo ulterior, la plástica nueva alcanzaría magnitudes inusitadas en René Portocarrero y Wifredo Lam, Mariano Rodríguez y Alfredo Lozano, Amelia Peláez y Jorge Rigol, Luis Martínez Pedro y Juan David, Servando Cabrera y Rita Longa. La *Revista de Avance* contribuyó, en suma, en su momento, a fortalecer la conciencia nacional, a oxigenar la atmósfera estética y a desinsularizar la



cultura. Más acá y más allá de lo sabido y de lo demás, en eso estriba su relevancia histórica. Su carencia de una ideología homogénea, más bien de toda ideología, trasunta la heterogeneidad radical de su alto comando, que incluso acabaría arruinando sus relaciones personales al tomar los editores rumbos distintos o contrapuestos.

La súbita mudez de los “nuevos” había precedido a la publicación de la *Revista de Avance*. Salvo excepciones, permanecen ajenos a sus travesías. La mayoría ha trocado el plectro por el periodismo o la burocracia. Sus hazañas líricas viven sepultadas en revistas o diarios capitalinos o provincianos o en las selecciones de la antología compuesta por Fernández de Castro y Lizaso, aparecida en 1926. Diversas razones se han aducido para elucidar este violento abandono de vocaciones mantenidas contra viento y marea. Hay dos que proseguirán con ardorosa pertinacia la faena, aunque con rumbo y contenido efectivamente nuevos: Regino Pedroso y Nicolás Guillén, que pertenece a la misma hornada, aunque ausente del grupo, de la antología y de la revista. Los que editen poemarios años más tarde, no añadirán innovación alguna a su obra conocida. Tallet persistió y persiste, cercano ya al centenario, en su siembra de semillas propias, al margen de la poesía que adviene. Sus eventuales incursiones al tema negro carecen de interiorización y de fijeza. La publicación de *La poesía moderna en Cuba* cierra el ciclo posmodernista que inician, sin poder o querer cruzar el puente que los empalmaba con los nuevos sentidos, tonos y expresiones que afloran. Se les agotó el combustible o no fiaron en la virtualidad estética de los modos emergentes de producción.

Rubén Martínez Villena fue un caso aparte. No sólo había renunciado, mucho antes, a emplear exclusivamente su excepcional impulsión lírica en la poesía: la había transfundido a un quehacer político que, por su impar grandeza histórica y humana, tenía de tragedia y de epopeya jamás reveladas ni escritas.



¿Qué acaecía aquel 30 de marzo en la Universidad de La Habana?

¿Por qué la mocedad desciende en tropel de la colina ceñida de claveles, con bramidos de mar desatada?

Dos gritos, proferidos a una, sobresalían del ciclónico tumulto, como llamaradas al aire de la mañana:

—¡Abajo la prórroga! ¡A casa de Varona!

Ambos condensan el origen y la finalidad del violento estampido. Esa misma madrugada, la Cámara de Representantes ha aprobado la reforma constitucional y la prórroga de poderes exigidas por el tirano y, para expresar su repudio al golpe palaciego, los estudiantes se reúnen en el estadio y acuerdan hacer depositario de su protesta al anciano que Mella proclamó maestro de juventudes y Martí veía como una “flor de mármol” en medio de la corrupción colonial. Y, ardientes de patriótica ira, han abandonado la helada oquedad de las aulas y se encaminan a su hogar, limpio y modesto, recoleto y rumoroso. Enrique José Varona, ya advertido, los esperaba entre las rosas rojas del jardín, hojeando distraídamente un periódico y vestido de refulgentes alburas.

Y un ictiosaurio azul, con colmillos de plomo y garras de pantera, pretende interponerse en el camino.

—¡Muera Machado! ¡Abajo la policía! ¡A casa de Varona! ¡Adelante, compañeros!

Y la avalancha estudiantil derribó al ictiosaurio y prosiguió la marcha, arrancándoles chispas a los raíles del tranvía. Y a la noticia torva —bloqueado el acceso a la morada del venerable mentor— aprietan las filas y compactan la decisión.

— ¡Adelante, siempre adelante!

Y adelante continúan y rompen el bloqueo y rodean a Varona y le leen su manifiesto —concisa declaratoria de hostilidades a la tiranía— y responden con aplausos a su viril y emocionada exhortación y lo protegen al penetrar enfurecidos los genizaros que lo injurian y lo golpean y destrozan el mobiliario. Y los ojos les resplandecen y el corazón se les estruja cuando el anciano menudo, canijo y enfermo se abalanzó sobre su jefe, corpulento, zafio, envanecido, cobarde, señalándole la puerta:

—¡Salga de aquí, miserable! ¡Usted ha hecho en plena república lo que no se atrevió a hacer nunca un capitán general de la colonia!

Y, estupefactos, vieron cómo salió escurridizo y amarillento y maldiciente, con el cieno de la humillación adherido a las botas.

La noticia del asalto al domicilio de Varona sacudió la ciudad. Esa propia tarde, la Universidad fue invadida por la policía y agredidos brutalmente los estudiantes, y esa misma noche recibía yo, de las manos apergaminadas del maestro, estas líneas estremecidas de fuego juvenil: “La actitud de los estudiantes cubanos, que constituyen la más pura fuerza viva del país, al protestar de la violación de nuestros postulados constitucionales, me reafirma el concepto de que Cuba tiene una juventud capaz de afrontar cualquier situación, por difícil que sea, en defensa de las libertades públicas o individuales. Bajo la honda impresión proporcionada a mi espíritu en esta mañana, me dirijo a la juventud universitaria alentándola a mantener la actitud asumida.” Y, a partir de entonces, estaría junto a nosotros, erecto e insomne, hasta el derrocamiento de Machado.

Numerosas expresiones de protesta promueven la agresión a los estudiantes y el allanamiento de la casa de Enrique José Varona. Rubén Martínez Villena obtuvo, por su cuenta, que varios escritores, profesionales, periodistas y exiliados latinoamericanos, suscribieran un manifiesto condenatorio. “Cualquiera que sean las medidas que se adopten —concluía— el pueblo será quien diga la última palabra.” Y, varios días después, en declaración a la revista *Carteles*, Varona reafirmaría su postura: “Toda la labor política del actual gobierno ha ido contra mis principios. No puedo estar de acuerdo con ninguno de sus actos. La prórroga de poderes es una ley reaccionaria contraria a los ideales revolucionarios.”

Desalojados los vacilantes y logreros de los puestos de choque de la insurgencia, se constituyó el Directorio Estudiantil Universitario contra la Prórroga de Poderes y se organiza la lucha, que reanuda, en una fase distinta, la iniciada por Mella en 1923. La tiranía recurre a la intimidación y al cohecho. “Esta juventud —retrucó el Directorio— ni se rinde ni se vende.” En su línea más avanzada de pelea, descuellan dos jóvenes que fijarán su memoria en el tiempo: Antonio Guiteras y Gabriel Barceló. Y, cerca de ambos o más alejados, pero también en la liza, muchos otros y algunos que cuentan ya con experiencia revolucionaria, contribuyen a darle firmeza, beligerancia y unidad a la acción emprendida. “La rebeldía universitaria contra la prórroga de poderes —proclamaba Rubén— reafirma la esperanza de los que aún guardan fe en la energía creadora de la juventud cubana.”

Mella, en vibrante mensaje, envía su adhesión y su aliento: “Quienes han empleado con otros ciudadanos los mismos métodos de los Capitanes Generales de la colonia —expresa el gran líder revolucionario proscripto— no es de extrañar que hagan con los estudiantes lo mismo que ellos hicieron.

Hay bastante cobardía exasperada en Cuba para llegar a un nuevo trágico “27 de Noviembre”. [...].

Pero la actual protesta universitaria tiene una trascendental significación. Es el reflejo valiente de un mal social. Ustedes no protestan contra éste o aquél profesor ignorante, sino que protestan contra una imposición a todo el pueblo de Cuba, contra la perpetuación en el poder de los que han traicionado los intereses de la sociedad entera, y pretenden seguir manchando la historia estabilizando un inigualable gobierno despótico. Antes que ustedes habían protestado los obreros —cuyos mejores líderes han sido asesinados y sus organizaciones disueltas; los colonos— que han sido llevados a la miseria por la adopción de una medida artera que sólo ha servido al imperialismo capitalista yanqui; los intelectuales —que no desean ver encadenado el pensamiento. Con vuestra protesta están todas las clases oprimidas que desean un cambio en los actuales métodos y principios. [...].

Los estudiantes no están haciendo la “política” de comité de barrio, la de los viejos partidos corrompidos por el poder y la venalidad, la de los profesionales de las urnas, la “política”, en fin, de los que compran las asambleas con el oro de capitalistas extranjeros y nacionales para establecer un gobierno despótico, después de haberse exhibido en carteles de propaganda teatral “Con la ley bajo el brazo.” Los estudiantes hacen la Política que han hecho los revolucionarios y transformadores de todas las épocas: LA POLÍTICA DE LA LUCHA CON TODOS LOS MEDIOS PARA LA MODIFICACIÓN DE UN RÉGIMEN QUE LOS OPRIMIDOS NO ESTÁN DISPUESTOS A SOPORTAR. [...]. La protesta estudiantil es la misma protesta de la mayoría del pueblo de Cuba. Unámonos con todos los otros que sienten la misma necesidad de terminar con la opresión existente. Solamente nosotros —todos los oprimidos por el actual régimen— podremos libertarnos de nuestros opresores. La liberación nacional y social no se nos concederá por misericordia. Sigamos los ejemplos de la China, de México, de Nicaragua... No olvidemos que los tiranos nacionales son los instrumentos del imperialismo.”<sup>183</sup>

El sentimiento antiprorroguista, excitado por el Directorio Estudiantil Universitario, domina el contenido inmediato de la actividad política de porción apreciable del pueblo, que comienza ya a reaccionar contra los efectos narcotizantes de la propaganda. No dejarían de advertirlo y de apoyarlo el Partido Comunista y los sindicatos revolucionarios. Sin embargo, su presencia efectiva apenas se nota. Constreñidos por las severas condiciones de ilegalidad en que actúan, debilitados por la pérdida de cabezas representativas y obstruidos por los dirigentes reformistas y los mercenarios del

---

183 Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *Julio Antonio Mella; documentos y artículos*, ed. cit., pp. 278-279.

imperialismo emboscados en el movimiento obrero, su área de acción era aún sobremanera reducida.

Consciente de la situación crítica que afrontaba, el Partido ha venido preparando sus cuadros más capaces y valientes para iniciar la batalla por la reorganización, la unidad y la dirección de las fuerzas dispersas y batidas del proletariado. Era la vía única que podría sacarlo del aislamiento y, vinculándolo directamente a las masas, forjar los medios que le permitieran permearlas de la ideología marxista y conducir las a más altos niveles de entendimiento y transformación de la realidad. Rubén Martínez Villena desempeñará un papel determinante en ese proceso.

La agitación estudiantil y popular adquirió tal intensidad y vuelo que el gobierno prohibió el 20 de abril toda manifestación pública hasta tanto se efectuaran las “elecciones complementarias”. Inesperadamente, ese mismo día el tirano se trasladó a Estados Unidos, corriendo la especie de que iba a invitar personalmente a Coolidge a la VI Conferencia Panamericana, fijada para enero de 1928. Ese propósito debió de entrar, sin duda, en sus cálculos políticos. Pero su objetivo central era consolidar el respaldo imperialista a sus desafortunadas ambiciones.

Se entrevistó con el inquilino de la Casa Blanca. Banqueros y mercaderes le prodigaron tragantonas y arrumacos. Burbujeante la copa de champaña, Thomas A. Lamont, gerente de la casa Morgan, le dio el espaldarazo definitivo que buscaba: “Se me dice que el único asunto que discuten ahora los electores de Cuba consiste en asegurar la continuación de sus servicios, prorrogando su período de gobierno por medio de una enmienda constitucional y el consiguiente referéndum del pueblo o por forma usual de reelección. Es un país feliz aquel que tan unánimemente honra a su distinguido presidente. Nosotros queremos expresarle que no nos importa la forma, pero veríamos con mucho gusto que continuara en el poder tan buen administrador.”<sup>184</sup> Y reventando de euforia y fatuidad, el endiosado carnicero repuso: “Nuestras leyes no admiten diferencias en lo económico en cuanto a nacionales y extranjeros, por lo tanto yo no las permito tampoco. Las riquezas de los extranjeros, los bienes de todos deben ser protegidos y lo serán siempre. Podréis estar tranquilos sobre este punto; los capitales invertidos en Cuba serán defendidos y amparados como los son en los Estados Unidos de América.”<sup>185</sup> La oligarquía correspondió agitando, a diestra y siniestra, el plumero de la adulación. Habiéndose asegurado el cetro político de la reacción neocolonial, Machado venteó el aire a sus anchas, como fiera en plena selva.

Cuando desembarca en La Habana el 7 de mayo entre banderolas y charangas, los manengues, oligarcas e incondicionales se prosternan a su paso como los vasallos de un reyezuelo con ínfulas imperiales. Orestes Ferrara,

---

184 Cámara de Comercio de Nueva York, 28 de abril de 1927.

185 Ibidem.

su preceptor napolitano, se dirige a la reptante clientela desde la terraza del palacio presidencial: “Este pueblo debe estar unido y fuerte para secundar, como lo hace, la obra de gobierno de este hombre que merece seguir siendo el presidente de Cuba.”<sup>186</sup> Machado fanfarronea con sus amigotes. Y corrobora, antes de despedirse, la finalidad de su viaje y su función de fantoche. Días después, en el banquete que ofreció a los veteranos de la independencia, exclamará a voz en cuello: “Dije allá y repito aquí que por la conciencia que tengo de los afectos que entre los dos pueblos se profesan, niego que los Estados Unidos sean una nación imperialista, porque si alguna vez lo ha sido, únicamente tuvieron ese designio por haber tratado de hacer respetar la justicia, la libertad y la honradez. En esos veinticinco años de vida independiente, mil quinientos millones de capital extranjero han venido a invertirse en nuestro suelo tan fecundo. Esos extranjeros se sienten contentos y satisfechos entre nosotros, como quizá no puedan sentirse en cualquier otro país del mundo, no porque en ellos dejan de encontrar respeto y consideración, sino por la política de amor y de concordia entre cubanos y extranjeros que venimos practicando.”<sup>187</sup>

El gozo se le irá al pozo. Un acceso de hidrofobia le acomete cuando se entera de la propagación a toda la Isla de la protesta estudiantil y popular contra la prórroga. Y su rabia alcanzará el paroxismo cuando sepa que el 1º de Mayo una muchedumbre imponente de trabajadores ha desfilado por las calles, con sus banderas y sus reivindicaciones al viento, y se apiña en el Nuevo Frontón para oír a sus conductores. Este pasaje del manifiesto alusivo a la efemérides, le arranca blasfemias y puntapiés: “En Cuba, el pasado año, nuestra clase ha sufrido los azotes de la tiranía, la conculcación y el atropello; la rebaja de jornales, el desconocimiento de nuestros derechos como hombres y como proletarios; hemos, en fin, sentido cómo se nos arrebatan nuestros líderes más abnegados, por el solo delito de ponerse en frente del atropello que la burguesía de Cuba, apoyada en fuerzas no cubanas, se obstina en realizar con la clase trabajadora. [...].

El mundo, el 1º de Mayo parece que deja de ser burgués y es el mundo de los trabajadores. Cualquier mente exaltada puede imaginarse cómo será la vida en la tierra cuando sean los proletarios quienes hagan de todos los días del año un 1º de Mayo; y no para dejar de trabajar, sino para trabajar por el nuevo mundo proletario que el actual régimen lleva en su seno. [...].<sup>188</sup> La pluma de Rubén Martínez Villena había concebido y redactado ese valeroso y contundente llamamiento.

---

186 8 de mayo de 1927.

187 20 de mayo de 1927.

188 Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, ed. cit., pp. 75-76.

Saludada por las lluvias, fragancias y temores de aquella primavera caliente, ocupa su puesto de combate *América Libre*, revista revolucionaria de vanguardia, heredera de las ideas radicales de Martí y órgano del pensamiento antiimperialista y de la ideología marxista que comienzan a madurar en 1925. Feliz ocurrencia para Rubén Martínez Villena y cuantos habíamos contribuido a darle vida. Fue goce inefable verla, tocarla, hojearla.

Sin lujos de papel ni pretenciosa vestidura, un sencillo formato de cuaderno con veinte páginas. De blancura fulgurante, la portada y, en negro esplendente, un dibujo alegórico de Adia Yunkers —una hoz y un martillo anudando los frutos de la tierra y del trabajo— y en minúsculas, sus cuatro lemas broncíneos: por la unión interpopular americana, contra el imperialismo capitalista, en favor de los pueblos oprimidos, por la revolución en los espíritus. Una posición, un programa, una fe.

“Porque toda esa acción que nos proponemos desarrollar —anunciaba el gonfalon con timbre inconfundible—, la difusión la propaganda de la Verdad, la lucha empeñada por la justicia verdadera, la unión y la defensa de los pueblos, es, en suma, hacer la Revolución en los espíritus, como proclama el cuarto y último de nuestros lemas directrices. Él es nuestra orientación como el Norte de la brújula. Él concentra y supone los anteriores que son sus derivados, las formas de su aplicación práctica a la realidad continental americana.

”La bandera que supone esta frase síntesis, es quizás muy grande para los portaestandartes que nuevamente la levantamos en Cuba; mas no es cosa de conducirla en nuestros hombros débiles; sino de clavarla en los corazones, firmes de sinceridad y audaces de entusiasmo: para todos los pueblos, para todos los oprimidos, para todos los esclavos, su ondulación tendrá el chasquido de un beso único: para las tiranías, para las injusticias, para los opresores —enarbolada y batida en las tempestades de la cólera— trullará como un látigo implacable: y al cabo, un día, aunque no lo vean nuestros ojos, se alzarán triunfante, como una llama nueva, la más roja y luminosa, sobre los volcanes de América.”<sup>189</sup>

Cimentado en las tesis de Lenin, el mensaje revolucionario de *América Libre* alienta, desde el primer número, en sus pronunciamientos, artículos y notas. Se denuncia enérgicamente la farsa panamericana en perspectiva. Palpita el desafío epopéyico del pueblo nicaragüense a los invasores imperialistas. Iluminan vertientes inexploradas las glosas de Julio Antonio Mella al pensamiento de Martí. La palabra de Henri Barbusse, desde la tribuna del reciente Congreso de Bruselas, traza la ruta a los nuevos libertadores. Diego Rivera contrapone el arte popular y la pintura de masas al vocinglero, vacío y mercantilista imperialismo estético europeo. Previo deslinde de los con-

---

189 Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa*, ed. cit., t. 2, pp. 75-76.

finés entre el nacionalismo y el internacionalismo y de agudo destaque de su fecunda interacción en nuestro tiempo, exhorta José Carlos Mariátegui a una acción mundial, a partir de las realidades nacionales, contra el dominio imperialista y la explotación capitalista. La revista desentraña los estratos profundos y los mecanismos de dependencia de la sociedad cubana al iniciar la publicación de *Cuba, factoría yanqui*. Y vibra el clamor de la protesta cuando hace constar su solidaridad “con la valerosa actitud asumida por los estudiantes de la Universidad Nacional frente a la pretendida deformación de la carta fundamental de la república y denuncia ante la juventud libre del continente los atropellos cometidos por la policía contra aquéllos, al asaltar, los días 30 y 31 de marzo, los claustros universitarios y el domicilio del noble y viejo maestro Enrique José Varona”.<sup>190</sup>

Sobreponiéndose a la creciente debilidad de sus pulmones, Martínez Villena consagró desvelos y fervores a *América Libre*. Nos reuníamos, a veces, en la morada acogedora de Sarah Pascual para examinar y escoger el material recibido. Fumando sin cesar, tosiendo y febril, Rubén nos asignaba la contribución respectiva. Aldereguía, Fernández de Castro, Bustamante, Maestri y Pavletich, secretario de redacción de la revista, solían asistir a las fructuosas vigiliás, en las cuales el lirismo heroico del poeta revolucionario y la presencia invisible de Don Quijote y Segismundo nos acrecen la fe y vigorizan la voluntad.

El segundo número de *América Libre* vio la luz resonando aún el reto audaz del Día Internacional de los Trabajadores, que saluda en vehemente editorial, y los ecos sulfurosos del viaje de Machado al imperio, que enjuicia en el contexto de la situación cubana, y de la virulenta condena que ha promovido en América Latina el atropello de Nicaragua, y urge al pueblo a cerrar filas y a enfrentar en pie de lucha el “vasto plan de absorción que dirige contra Cuba el capitalismo imperialista yanqui”. Y, fiel a su espíritu internacionalista, llama a la clase obrera a solidarizarse activamente con el movimiento mundial de protesta por la inminente ejecución de Sacco y Vanzetti. Reproduce, a propósito, el artículo de José Martí “La guerra social en Chicago”.

Significativamente, el mensaje de *América Libre* a los estudiantes agotó la tirada en pocas horas, muestra evidente de que la batalla contra la prórroga de poderes, aspecto inmediato del imperialismo yanqui como la definiera Mella, acaparaba el interés y la preocupación primordiales de amplios sectores del pueblo. “Durante los años bellamente inciertos de la gestación nacional —decía el texto—, la Universidad sirvió de fragua y de trampolín para empeños de gloria y más de uno salió de ella hacia la manigua y el cadalso; durante los años de desorientación y venta republicanos,

---

190 Ibidem.

la Universidad ha sido, igualmente, tribuna del ánimo colectiva que no se resigna al equívoco rol de pupila. En ella se polarizan, para adoptar vigorosa exteriorización, las inspiraciones y dolores de un pueblo que tras un cuarto de siglo de absurda y raquítica vida independiente se ve aún sujeto al potro de la opresión y el coloniaje. ¿Y qué raro que sea la Universidad la que, a manera de ideal termómetro, indique ciertamente las fluctuaciones del alma cubana? Vosotros, estudiantes, habéis expresado, una vez más, la vinculación íntima y fundamental del Alma Mater con la sociedad. Una vez más, vuestra acción ha respondido a aquellos que se imaginan a la Universidad como torre de marfil en que viven presos el arte y la ciencia: les habéis dicho, con rotundo énfasis, cómo toda especulación intelectual no tiene más trascendental valor que aquel que indique su influencia en la vida social, y también cómo el saber y la cultura quedan despojados de toda alta significación si se trata de designarles sus fines en sí mismos. Nunca como ahora podía la Universidad Nacional —la pura y grande de los estudiantes— alcanzar a las reconditeces más hondas de la conciencia cubana con tan intenso eco de cordialidad y simpatía, y ello es así porque, nunca como ahora, el pueblo de Cuba hase sentido en un más doloroso aislamiento. Una burguesía que día a día se torna más agresiva y misonéista ensaya torpemente un ridículo pero cruel fascismo tropical y una acelerada clarificación clasista coloca al proletariado, genéricamente el pueblo, en la misérrima situación de desheredado social y político. ¿No es, pues, doblemente loable vuestra protesta viril? Habéis salvado, ante el mundo y el porvenir, la época que vivimos. Y si esa misma oligarquía que manda os condena, sabed que por sobre su palabra de impía execración se hará oír el clamor de gratitud y solidaridad de toda una nación. ¡Estudiantes cubanos: habéis sabido ser jóvenes, habéis sabido ser hombres!”<sup>191</sup>

Su frágil estado de salud, obligó a Rubén a coger cama. No cedía la fiebre y arreciaba la tos. Aldereguía le prescribió el martirio del reposo y de la suspensión del cigarro, que acataría a duras penas.

Por fuerza de la necesidad, los que trabajábamos junto a él lo veíamos a menudo, con el agrio disgusto de Gustavo, cada vez más desazonado por el curso de su dolencia. Era ineludible: la confección del tercer número de *América Libre* dependía de sus orientaciones.

Una vez, que fui a consultarle la adición de varios temas, lo encontré sumido en la lectura de “La zafra”, que alternaba —me dijo— con las novelas *El cemento*, de Gladkov y *Brujas, la muerta*, de Rodenbach, el ensayo de Plejanov *El arte y la vida social*, el estudio histórico de Marx *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* y el último número de *Amauta*.

—¿Qué te parece el salto de Agustín?

---

191 *América Libre*, no. 2, 1927.



—¡Magnífico! Cuando editó “Hermanita”, le reproché la defraudación de los que esperábamos de él algo más que un bello retorno al viejo tópico sentimental. En “La zafra” aparece ya con la voz y la estatura que teníamos derecho a aguardar de él y a exigirle. Pero no te equivoques. El salto es a medias. Fijate que, a la postre, el pesimismo apaga el germen de los futuros incendios que lleva el aire encendido de sus versos y abandona, antes de comenzar, el combate que proclama. Entrevió la verdad y se asustó. Pesó más su profesión de notario que su afán de justicia, su origen de clase que su conciencia patriótica. De todas maneras, constituye, con el “Poema de los cañaverales” de Felipe Pichardo Moya, una nota excepcional en la poesía cubana de ahora, tan distante de la tragedia social como identificada con la retórica de la angustia subjetiva o el regusto de los primores formales.

Y, segándome el amago de meter baza, agregó:

—No sé si has leído el artículo de Mella sobre “La zafra”. Es una pieza maestra. No vacila en calificarlo como el primer gran poema político de la última etapa de la república, o sea, del ocaso del dominio imperialista y de la aurora del socialismo. Y, al tenderle la mano al poeta, lo emplaza a emprender el combate junto con los explotados por la zafra imperialista. O la vegetación estéril y los libros para los amigos o la lucha activa y el canto para la multitud. Ése es el dilema que el propio Agustín se ha planteado en ese libro que, a su pesar, lo desplaza de sí mismo. Espérate. Debes conocer textualmente el párrafo final. Es definitivo.

Y, tras de revolver nerviosamente unos papeles en la gaveta de su mesa de noche, y prendiendo un cigarrillo de paso, no obstante las admoniciones de Aldereguía, me dio a leer lo que sigue: “¿Con la muchedumbre? No irá hacia la gloria —no se trata aquí de esa tontería— sino que habrá vivido. Eso es todo. ¿Sin la muchedumbre? Será un guarismo sin valor y la sociedad continuará avanzando, y luchando y triunfando por el derrotero que se ha expuesto. No importa. Algún día sentirá el dolor de haber sido un inconsciente desertor cuando pudo haber “sido un gran capitán.”

—Sería bueno que Acosta leyera este artículo. A lo mejor reacciona y da el salto completo...

Agustín Acosta, desgraciadamente, iría mucho más lejos que lo previsto por Mella. Ni siquiera ha sido un desertor inconsciente. Cuando la zafra fue por primera vez y para siempre obra del pueblo y para el pueblo, Acosta abandonó la patria consciente de que la traicionaba.

El forzado aislamiento y la pasividad en que vivía mortificaban sobremanera a Rubén.

—¿Qué se cree Aldereguía? ¿No sabe que debo participar en el proceso de reorganización del movimiento obrero y en las actividades de la liga y de la Universidad Popular? Le agradezco mucho sus cuidados. Pero tengo obligaciones que cumplir y voy a cumplirlas. Un problema muy serio es la

penetración el aprismo en la Universidad Popular. Hay que atacarlo y resolverlo cuanto antes. Julio Antonio anda preocupado por eso. Está a punto de regresar a México.

Y ya, cuando salía de la habitación, me detuvo para decirme:

—Léete los artículos que está publicando Ramiro Guerra sobre el latifundio azucarero. Son excelentes.

Esos artículos, veintiuno en total, los juntaría Ramiro Guerra en un volumen que lleva el mismo título que encabezó la serie: *Azúcar y población en las Antillas*. Libro alguno suscitó tan poderosa impresión, por aquellos años, como este apretado, lúcido y veraz análisis de los estragos sociales, económicos, políticos y culturales de la economía de plantación. Instigado por las acuciosas investigaciones de V. T. Harlow<sup>192</sup> y C. S. S. Higham<sup>193</sup> en torno a las catastróficas consecuencias del fenómeno en las Antillas inglesas, Guerra se encaró valerosamente con la trágica realidad del latifundio azucarero en Cuba y la expuso a plena luz, poniendo de manifiesto la problemática estructural del subdesarrollo en la región del Caribe. Fue, dirá años después, “el estudio de un hecho vivo, actual, que estaba produciéndose ante mis ojos: de una realidad inmediata que hacía sentir sus dolorosos efectos sobre el cultivador o colono, sobre el obrero, en los mismos días en que yo escribía mis artículos”<sup>194</sup>.

No obstante sus deficiencias y limitaciones de época y aun de sus extravíos de óptica social, el libro de Ramiro Guerra constituía un formidable *yo acuso* al neocolonialismo y a sus beneficiarios criollos. Si la política que propugnaba para solucionarlo era errada, su análisis del problema mantuvo intacta su validez científica.

*Azúcar y población en las Antillas* fue, por eso, sin pretenderlo su autor, pieza de convicción y oriflama de combate para las jóvenes generaciones revolucionarias y antiimperialistas. Nos acompañó en las persecuciones, en las cárceles y en los destierros. “Es uno de los libros que más quiero” —me diría, andando el tiempo, después de inexcusable aventura machadista, el maestro de la historiografía burguesa cubana. Parece obvio presumir que, cuando acometa la reinterpretación global de nuestro pasado, la historiografía socialista abreve, con sustancioso provecho, en su abundante y proteínico hontanar. Cuenta ésta ya, por lo pronto, con las valiosas aportaciones de Raúl Cepero Bonilla, Julio Le Riverend y Sergio Aguirre, y con una obra monumental, *El ingenio*, de Manuel Moreno Friginals.

---

192 Ver V. T. Harlow: *A history of Barbados*, At the Clarendon Press, Oxford, 1926.

193 Ver C. S. S. Higham: *The development of the Leewards Islands under Restoration*, Cambridge, 1921.

194 Cita transcrita en la presentación de Manuel Moreno Friginals a la cuarta edición de *Azúcar y población en las Antillas*, p. XI.

Aldereguía, Sarah, Pavletich y yo amanecimos aquel día en la Cortina de Valdés, un pescante en que anidaban cachuchas, guadaños, botes y lanchitas. Mella nos había advertido de su paso clandestino por La Habana en tránsito hacia Veracruz y sugería que intentáramos verlo mar afuera. Venía de fructuosa, sobrecogedora y tonificante estancia en la Unión Soviética, experiencia decisiva que proyectará en artículos rezumantes de optimismo y admiración.

Apenas el semáforo del Morro izó la señal de buque a la vista, alquilamos un barquichuelo y fuimos a su encuentro. Ni un rizo de espuma agraciaba la calva superficie. La perpetua intranquilidad del agua parecía haberse coagulado. El “Río Pánuco” avanzaba hacia la angosta embocadura del puerto con la bandera alemana desplegada en la popa. Suerte que, al abordarlo el “práctico”, el paquebote aminoró la marcha y eso permitió que el esquife pudiera acercársele y navegar apareado a su costado de babor.

Buscamos ansiosamente a Mella entre los pasajeros que se amontonaban en la toldilla. No demoró Sarah en descubrirlo, a despecho de los alones de su sombrero de fieltro y de sus espejuelos oscuros. El diálogo fue entrecortado y rápido. Sus ojos relucientes y sus ademanes inquietos denotaban el sacudimiento que le producía aquel fugaz contacto con su gente y con la imagen fúlgida de la ciudad vedada. Se le ensombreció el rostro cuando supo la enfermedad de Rubén. Y se le alumbró, con destellos solares, al asegurarle Aldereguía que muy pronto tornará a la brega. Los cálidos saludos se humedecen al virar de bordo la lanchita y alejarse lentamente. Y permaneció con la pupila clavada en nosotros hasta que el “Río Panuco”, pitando y humeante, se adentró en la rada.

La rebeldía estudiantil se iba desplazando políticamente de la colina a la calle. Exige la reapertura de la Universidad y la renuncia del rector, del Consejo Universitario y del jefe de la policía. Son sus ingredientes episódicos. Su finalidad esencial es impedir, mediante el desencadenamiento de la acción de las masas populares, que se consuma el golpe de estado. Los dirigentes de la vanguardia universitaria han sido conscientes, desde un principio, de que la resonancia de su protesta traduce un sentimiento colectivo urgido de expresión y de cauce.

Cuando el movimiento antiprorroguista comenzaba a cobrar dimensión nacional, Alberto Lamar Schweyer, protestante de la Academia de Ciencias y miembro del Grupo Minorista, daba a la estampa su libro *Biología de la democracia*, título extraído de la nomenclatura puesta de moda por la *Revista de Occidente*.

El aparato sociológico que el autor manipula con soberano desenfado y elástico estilo no lograba encubrir su rampante designio: justificar el poder unipersonal como forma política consustancial de existencia a los pueblos latinoamericanos. Esa aparente fatalidad era su camino inevitable y necesario de progreso. A los versados en la materia, les fue fácil percibir que la *Biología de la democracia* constituía un retoño tropical del *Cesarismo democrático* de Laureano Vallenilla Lanz, el repudiado “ideólogo” de Juan Vicente Gómez.

Aquella flagrante traición intelectual a su tradición democrática, a sus principios nacionalistas y a sus afanes renovadores, indignó al Grupo Minorista. La inesperada apostasía dio bastante que cavilar a sus cabezas más prevenidas, progresistas y revolucionarias.

—Esto es grave; *Emilito*—advertía Martínez Villena—, esto es grave. No podemos permanecer cruzados de brazos. Vivimos una hora de definiciones. ¡Y tenemos que definirnos!

La revista *Social* publicó un capítulo de la *Biología de la democracia*. Esto dio pie a sus directores —Massaguer y Roig— para dejar constancia de su disenso con la tesis del autor. Lamar Schweyer replicó indirectamente en una carta pública a Ramón Vasconcelos.

Convocado por Rubén, el Grupo Minorista se reunió y acordó expulsarlo de sus filas. Eludiendo las responsabilidades políticas y morales en que había incurrido, éste se limitaba a negar cínicamente su existencia, a más de las

maledicciones de rigor. ¿Qué potestades podían ejercer sobre su persona y sus ideas unos cuantos amigos que solían almorzar los sábados en el hotel Lafayette?

La respuesta, redactada por Rubén Martínez Villena, fue apabullante y definitiva. Un bosquejo de los antecedentes, constitución, fisonomía, estilo de trabajo y trayectoria del Grupo Minorista precede a la reafirmación de sus principios y fines.

“La circunstancia de que habitualmente algunos componentes del grupo se reunieran cada sábado y luego almorzaran juntos en un lugar público—precisaba la declaración—, explica por qué a su mesa se sentaban *amigos* que no eran propiamente *compañeros*, y ése es el origen del error que confunde a la llamada *minoría* con una reunión accidental y heterogénea que no tiene carácter sesional ni actividad trascendente.

”La *minoría*, pues, constituye un grupo sin reglamento, sin presidente, sin secretario, sin cuota mensual, en fin, sin campanilla ni tapete; pero es ésta precisamente la más viable organización de un grupo de intelectuales [...].

”Es fenómeno innegable, comprobado en distintos países, la renovación ideológica, la *izquierdización* de los grupos de esta índole. La *minoría* sabe hoy que es un grupo de trabajadores intelectuales (literatos, pintores, músicos, escultores, etc.). El *Grupo Minorista*, denominación que le dio uno de sus componentes, puede llevar ese nombre por el corto número de miembros *efectivos* que lo integran; pero él ha sido, en todo caso, un grupo *mayoritario*, en el sentido de constituir el portavoz, la tribuna y el índice de la mayoría del pueblo; con propiedad es *minoría*, solamente, en lo que a su criterio sobre arte se refiere.

”En el transcurso de un año, interpretando y traduciendo la opinión pública cubana, ha protestado contra el atropello de Nicaragua, contra la política de Washington respecto a México, contra el allanamiento del recinto universitario y el domicilio de Enrique José Varona por las fuerzas de la Policía Nacional. Y nada importa a su unidad ni a su existencia que en sus manifiestos y declaraciones lo acompañen episódica y esporádicamente nombres y firmas que no forman parte integrante de su núcleo.”<sup>195</sup>

Y concluía el texto: “Colectiva, o individualmente, sus verdaderos componentes han laborado y laboran:

”Por la revisión de los valores falsos y gastados.

”Por el arte vernáculo y, en general, por el arte nuevo en sus diversas manifestaciones.

”Por la introducción y vulgarización en Cuba de las últimas doctrinas teóricas y prácticas artísticas y científicas.

---

195 *Social*, junio de 1927, p. 7.

”Por la reforma de la enseñanza pública y contra los corrompidos sistemas de oposición a las cátedras.

”Por la autonomía universitaria.

”Por la independencia económica de Cuba y contra el imperialismo yanqui.

”Contra las dictaduras políticas unipersonales, en el mundo, en la América, en Cuba.

”Contra los desafueros de la pseudo-democracia, contra la farsa del sufragio y por la participación efectiva del pueblo en el gobierno.

”En pro del mejoramiento del agricultor, del colono y del obrero de Cuba.

”Por la cordialidad y la unión latino-americana.”<sup>196</sup>

Esta vez no aparecen, al pie del manifiesto, firmas habituales en pronunciamientos anteriores: la de Fernando Ortiz, pongo por caso. Lo suscribieron, poco menos que a la brava, Francisco Ichaso y Félix Lizaso, ambos protestantes de la Academia de Ciencias, miembros del Grupo Minorista y editores de la *Revista de Avance*. Su forzado asentimiento denotaba la existencia de disensiones ideológicas, políticas y personales en el seno del minorismo. La súbita deserción de Lamar Schweyer no constituía una ocurrencia aislada. Era el primer síntoma de descomposición del movimiento. Y, aunque obedecía a otros móviles, la desconcertante actitud de Ichaso y de Lizaso es claro indicio de la ruptura de su unidad orgánica. Exponente también de ese proceso, la carencia de espacio aducida por la *Revista de Avance* para esquivar la reproducción completa del documento, revelaba una de las tantas transacciones ideológicas entre sus editores progresistas y reaccionarios. Marinello —testigo fui más de una vez— no ocultará su enojo por los apocamientos de Mañach. La perspectiva política de la facción que éste capitanea, como la de la mayoría de los minoristas, no traspuso, entonces ni después, los mojones del orden social neocolonial, de la democracia burguesa y del nacional reformismo. Su acción renovadora se extinguía donde despuntaba la acción revolucionaria.

El histórico papel se publicó, con todos los honores, en *Social*. Era lógico. ¿No había sido acaso, desde que se fundara, el órgano propio de expresión del Grupo Minorista, su revista por antonomasia? Es indudable que a sus valiosas colaboraciones y a las de reputados escritores jóvenes del continente y de esclarecidas plumas españolas, debió aquélla el alto crédito literario de que gozó. Hospedar y difundir las nuevas corrientes de ideas políticas, sociales y estéticas, sin prestar atención a los reparos de su opulenta clientela, fue mérito que nadie podrá escatimarle.

La vibrante profesión de fe del minorismo resultaría, paradójicamente, su melancólico *réquiem*. Canto de gallo y, a la vez, canto de cisne. Su letra antimachadista y antiimperialista desbordó el marco objetivo de su unidad ideológica y de su capacidad subjetiva de acción. Implicaba, para los miembros

---

196 Ídem.

del grupo, saltar sobre su propia sombra. En otros términos: romper con sus intereses de clase e integrarse en la lucha de liberación nacional y social. Eso suponía, inexorablemente, un doble enfrentamiento previo: consigo mismos y con la paramera. Se explica su patética disolución en el instante en que alcanza a entonar el *do* de pecho.

Rubén consiguió imponer la letra; pero el Grupo Minorista, que jamás hubo de plantearse el problema de las relaciones entre cultura y revolución, se disgregó en distintas direcciones con su música pequeño burguesa y sus meneos populistas cuando apenas comenzaba el verdadero combate.

“...tristeza, profunda tristeza, sentí cuando tuve que confesar que el *Grupo Minorista* ya no podía existir” —consigna Emilio Roig de Leuchsenring, su fervido y consecuente animador.<sup>197</sup> “...en Cuba —añadía— tampoco bastaba ya con ser sólo minorista”.<sup>198</sup> Y dictará, con amarga lucidez, la sentencia irrevocable: “Ha sido necesario ser revolucionario contra politiqueros y desgobernantes y ser también antiimperialistas contra la absorción y explotación de nuestra patria y las patrias hermanas de Hispanoamérica [...] contra los Estados Unidos, mantenedores siempre de las dictaduras y tiranías en todos los continentes.”<sup>199</sup>

Muchos minoristas asumen personalmente, a su manera y en varia medida, posiciones antimachadistas. Mañach, Ichaso y Lizaso, intelectuales orgánicos del ala conservadora de la pequeña burguesía, se afiliarán en el ABC, organización clandestina terrorista, nacional reformista y fascistizante. Es su lugar. El ABC representaba cabalmente la hechura ideológica de su *natura* social. Otros, los menos, como Juan Marinello, Emilio Roig de Leuchsenring, Regino Pedroso, José Z. Tallet y María Villar Buceta siguieron, en diferente escala, la ruta de Rubén. Pura voz lírica en un ambiente impuro, María se sumergió en la anónima y riesgosa gesta del proletariado. Pedroso participó activamente en la lucha de sus hermanos de clase.

El calor es espeso, pegajoso, sofocante. Llovía torrencialmente. Irrumpiendo por la única ventana del estrecho y penumbroso aposento, gruesos goterones salpicaban el suelo. Rubén Martínez Villena presidía aquella reunión de la Universidad Popular en el local de la Federación Obrera de Bahía.

---

197 Emilio Roig de Leuchsenring: *El Grupo Minorista de intelectuales y artistas habaneros*, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1961, p. 46. Ver también María Villar Buceta: “Minorismo y minoristas”, en: *Revista Universidad de La Habana* (La Habana) (166-167): 59-65, marzo-abril-mayo-junio, 1964 y Luis Araquistáin: *La agonía antillana, el imperialismo yanqui en el Mar Caribe*, Espasa-Calpe, Madrid, 1928.

198 Emilio Roig de Leuchsenring: *op. cit.*, p. 46.

199 Ver Alejo Carpentier: *Razón de ser*, Universidad Central de Venezuela, Ediciones del Rectorado, Caracas, 1976. Contiene cuatro conferencias pronunciadas en la Universidad Central de Caracas. En la titulada “Un camino de medio siglo”, el autor indaga en el *hondón* del espíritu minorista y sus derivaciones. Ver también: Ana Cairo: *El Grupo Minorista y su tiempo*, ed. cit.

Preocupado por el mal tiempo reinante, esa propia mañana Aldereguía lo había visitado para prevenirlo del peligro de una recaída. Gustavo recordaba el diálogo entre ambos con fidelidad asombrosa. Se lo oí varias veces y nunca introdujo ni sustrajo una palabra a la versión inicial.

—Entiéndeme, Aldereguía. Comparto tu preocupación. Pero no es posible esperar más. Hoy tenemos que definir, de una vez por todas, nuestra posición ante el APRA. La carta de Mella que acabas de leer es un ultimátum. Empezaremos a las dos en punto. Y allá te espero.

Y, poniéndole afectuosamente la diestra en el hombro y sonriendo, agregó:

—No te inquietes, viejo. Ya me quitaste la fiebre. Ahora yo secundaré tu tratamiento fumando poco y no mojándome.

Gustavo se retiró ostensiblemente malhumorado por la “irresponsable tozudez” de su paciente. El conflicto entre el médico y el revolucionario se repetirá innumeradas veces, ganándole la partida el enfermo en cada ocasión que se lo propuso.

“Es inútil hacerlo entrar en razones. Sí, sin duda, como revolucionario comprendo perfectamente que anteponga su deber a su salud. Pero es que se está matando cuando todavía puede curarse. Salvarlo es también mi deber revolucionario” —se decía Aldereguía para sus adentros.

Y ese dramático conflicto sólo concluirá cuando, ya sin lumbre, le cierre “el párpado abierto”.

Increíble la vividez con que la secuencia retorna del pasado. En el vestíbulo de la Federación Obrera de Bahía, Gustavo Aldereguía, risueña cara regordeta, bata blanca y puro en mano, hacía las delicias de Sarah Pascual, de azul pastel contrastante con su tez rosácea, el pelo claro y la charolada cartera repleta de papeles. Raúl Maestri, en un rincón, estirado dril crema, corbata carmelita y viscoso brillo de algas detrás de los espejuelos de carey, dialogaba en tono menor con Luis F. Bustamante, Esteban Pavletich y Aureliano Sánchez Arango, con indumentaria que delataba el destierro o la apretura. En una silla de tijera, solitario y errabundo, José Zacarías Tallet, saco gris y pantalón azul, fumaba un cigarrillo, cruzando de vez en vez monosílabos conmigo, que vestía muy ufano un traje color de mono que inspiraba espanto. Menudo, desgarrado, inquieto, raídos pantalones, camisa arrugada y una tira roja de corbata, Manuel Cotoño iba incesantemente de un lado a otro, sin recalar en nadie. El obrero José Manuel Acosta, en mangas de camisa, conversaba animadamente con el líder portuario Carmelo García, que en vano hurtaba del curioso los zurcidos de su atuendo dominical. El aguacero había arreciado y soplabla un viento fuerte.

Minutos antes de la hora señalada, apareció Rubén Martínez Villena, la cabellera chorreante y el traje ensopado. Al verlo, la faz de Aldereguía se alteró. Rubén se despojó del saco y encendió un cigarrillo.



—¡Qué disparate, Rubén! Debiste traer un paraguas —profirió, al saludarlo, el *cholo* Bustamante.

Pasamos a la habitación contigua y se fue directamente al grano. Echándole mano a la nueva retórica de Haya de la Torre, propuso Bustamante la constitución de la sección cubana del APRA y la afiliación consiguiente de la Universidad Popular. Pavletich lo apoyó. No estaban solos. El aluvión de cartas personales de Haya había surtido efecto en algunos y, sobre todo, en Maestri. Pero los embaucados no se atrevían a sacar la cara. La tesis populista del “frente único de trabajadores manuales e intelectuales” —mágica pócima compuesta con difundidos brebajes del reformismo europeo recalentados en las pailas del Cuomingtan— había resonado con gratos acordes en su espíritu pequeño burgués, instintivamente reacio a aceptar la dirección revolucionaria de la clase obrera y la genérica función coadyuvante de los intelectuales como grupo en la lucha social.

Cuando Bustamante dio término a su perorata, recitando abstrusas parrafadas de su jefe, Rubén advirtió que se tuviese en cuenta que la cuestión en disputa distaba mucho de ser académica. Aquella argamasa de falacias, ocultamientos, tergiversaciones y ardidés, constituía un ataque solapado al marxismo-leninismo y a la Unión Soviética, la conversión indefectible del APRA en una organización antirrevolucionaria y de Haya de la Torre en un farsante.

Intervino Sarah Pascual impugnando la argumentación de Bustamante y reafirmando su adhesión a los acuerdos del Congreso de Bruselas y las tesis antiimperialistas de Lenin. No entendía, en último extremo, por qué si ya existían en el nivel continental el Partido Comunista y la Liga Antiimperialista, se pretende dividir y debilitar las fuerzas del movimiento revolucionario latinoamericano. ¿A quién, si no al imperialismo y la reacción, servirá semejante dislate?

Volvió a la palestra Bustamante, insistiendo en sus puntos de vista. Esta vez Pavletich permanece en silencio. Y habló entonces Rubén. Sudaba copiosamente y tenía el rostro encendido. La tensión subió al máximo. Y habló —como escribí hace cuarenta y dos años— durante siete horas seguidas, repartiendo tajos y llamaradas, pulverizando las interrupciones y los sofismas de Bustamante, llenando la atmósfera de un humo ardiente de metáforas y sarcasmos.

Con excepción de Bustamante y Pavletich, se acordó ratificar la posición ideológica de la Universidad Popular José Martí y oponerse abiertamente a la línea antimarxista, populista, pequeño burguesa, colaboracionista y reaccionaria del aprismo.

Mella recibió la noticia con hondo regocijo. La primogénita de sus fundaciones revolucionarias permanecía fiel a su progenitura.

El inolvidable lance —fulgurante estallido de conocimientos teóricos, recursos dialécticos, convicciones enérgicas— propiciaría, indirectamente, la irrupción de la enfermedad que le arrebatará la vida a Rubén Martínez Villena. Tuvo una recaída violenta, como temió Gustavo.

Éste se clavó al pie de su lecho desde que, con terca fijeza, el azogue del termómetro traspuso los treinta y ocho grados. Una placa radiográfica confirmó el diagnóstico: infiltrado en el vértice del pulmón derecho. Y, haciéndose el sordo al ruego de Rubén de que lo atendiera en la casa, Aldereguía dispuso su ingreso en el pabellón de tuberculosos de la Asociación de Dependientes, muy cerca del que albergó a Julio Antonio hacía dos años.

Gustavo me contó que, durante el trayecto, el enfermo suplicaba y protestaba sin cesar.

—En este momento —insistía Rubén— debo anteponer mis obligaciones revolucionarias a mi salud. ¿Cómo es posible que pueda estar yo tirado en una cama mientras el pueblo pelea? ¡No te encolerices si me fugo!

Y su médico, que comprendía con dolorosa lucidez las entrañables razones de aquel corazón arrebatado, replicaba invariablemente:

—Esto está apenas comenzando y puedes curarte. ¡Ahora mando yo!

Aunque lo examinaba diariamente, se hizo cargo del enfermo un afamado clínico de la institución. Por esos años, el tratamiento de la dolencia se contraía al reposo absoluto y a la sobrealimentación. Mas por esos años, también, se había puesto de moda la prescripción de la sanocricina y el médico de cabecera decidió usarla, no obstante el polémico escepticismo de Gustavo. Las sales de oro —identificación vulgar del fármaco— parecían servir, a lo sumo, para darse pisto. Recuerdo que se las suministraron a pasto, sin respuesta alguna, a Gabriel Barceló. Lego en la materia, probablemente estoy despotricando. Pero sea como fuere, el hecho es que Martínez Villena pudo haber sanado entonces con la terapéutica tradicional.

Con la anuencia rechinante de Aldereguía, no tardó en infringir la rígida prohibición de recibir visitas, con excepción de sus familiares y de su novia. Le interesaba que el cuarto número de *América Libre* saliera a tiempo y convocó a los responsables. Incluso, irguiéndose y colocando un cartón sobre las rodillas, redactó a lápiz, en papel de bloc, una nota editorial y un entrefilet. El último número de la revista apareció puntualmente.

Lo recuerdo como si lo estuviera viendo: la cabellera desordenada, el semblante macilento, el destello de las pupilas verdeándole las ojeras, cambiando constantemente de postura, amasando la almohada, estrujado el pijama azul pálido. A menudo, la tos le ahogaba la expresión. El temple, el ingenio, la sonrisa, la delicadeza se mantenían intactos. Inevitablemente, venía a la memoria el apotegma de Martí sobre Ignacio Agramonte: “Era un diamante con alma de beso.”

Si bien residía en un cuarto típico de hospital —angosto cuadrilátero de blancas paredes desnudas—, por la puerta de entrada afluyen matices, aromas y frescores. El pabellón, de dos pisos, circuido por amplias solanas, bordeaba una plazuela interior llena de árboles frondosos y de canteros floridos. El ondeante penacho de algunas palmeras coronaba el lírico pergeño del minúsculo panorama. La nómada inmersión en aquella “postalita”, como la llamaba, le alivió a Rubén, muchas veces, el tedio de las horas sin fruto.

La batalla popular contra la prórroga de poderes había adquirido extraordinaria pujanza en los días precedentes a la consideración de la ley por el Senado. El Directorio Estudiantil se dejaba sentir en toda la Isla: mítines, manifiestos, tánganas. Los institutos provinciales y algunos colegios privados se suman a la brega. La tiranía responde a la acción de la juventud con golpizas, persecuciones y encarcelamientos. Un batallón de artillería ocupó la Universidad.

El encuentro de mayores proporciones se libró en los alrededores del Senado el día 20 de junio. Centenares de estudiantes intentamos romper el cerco policíaco y penetrar en el hemiciclo.

Forcejeo desesperado. Pedradas, vergajazos, arrestos. Batidos encarnizadamente, nos reagrupamos en torno a la odiosa estatua de Fernando VII, clamoreando hasta enronquecer:

—¡Abajo las “caenas”! ¡Muera Machado!

Con dos votos en contra y algunas modificaciones, la ley fue aprobada por los barrigudos padrastrós de la patria.

Doblegándose evidentemente a la presión popular, se redujo la prórroga a dos años en los cargos de presidente, senador, representante, gobernador y alcalde. Se aumentó a nueve y seis años, respectivamente, la elección para senador y representante, y a seis años, para presidente. La reelección presidencial quedaba teóricamente abolida. Las elecciones de delegados a la Convención Constituyente se efectuarían el 5 de marzo de 1928 y las elecciones generales en 1930. No se contemplaba la reorganización de las asambleas de los partidos políticos ni se permitía la organización de nuevos partidos. En una palabra: el tirano y su camarilla se adueñaban cínicamente de los mecanismos de la agencia administrativa del mando neocolonial, con el jubiloso apoyo

de la oligarquía, las fuerzas reaccionarias y las letrinas sociales. La prensa oficial agotaría los adjetivos cortesanos que contiene el diccionario.

El Partido Comunista, la Liga Antiimperialista y la Universidad Popular denuncian el proyectado golpe de estado y exhortan a las masas populares a formar un frente único contra la tiranía, la reacción y el imperialismo. La oposición política burguesa se limita a declarar que Machado había rasgado la constitución y, en consecuencia, interpondrá el recurso pertinente ante el Tribunal Supremo. El general Francisco Peraza, bravo peleador mambí, se apresuró a censurar la inocua actitud. En la calle y en la Universidad persiste la mohína.

Haciendo caso omiso de la presencia policíaca, el Directorio Estudiantil se parapeta en la colina y se concentra en una acción enfilada a hacer saltar al rector y al Consejo, instrumentos de la tiranía en la intranquila casa de estudios. Al iniciarse aquélla con airadas asambleas y enardecidos manifiestos, Machado ordenó la inmediata expulsión de los estudiantes “antipatriotas”, “ácratas” y “comunistas”. Encabezada por los más combativos dirigentes, la lista incluía más de trescientos alumnos. Constituidos los consejos de disciplina en las facultades a la sazón existentes, la maniobra fracasa al negarse a comparecer los acusados y dictar fallo absolutorio el de la Facultad de Derecho, a propuesta de uno de los dos votantes en contra de la prórroga, el profesor y senador Ricardo Dolz, veterano fullero de la política ventajista. Sentado el precedente, idéntica resolución adoptarían las Facultades de Medicina y de Letras y Ciencias.

El inesperado desenlace puso en tal aprieto a la dirección universitaria que no tuvo ésta otra alternativa que renunciar. Gerardo Fernández Abreu, el rector que había perseguido judicialmente a Mella después de la huelga de hambre y tolerado el allanamiento de la Universidad, purgaba, con el público desprecio de la juventud, su cobardía, su servilismo y su vileza.

Fue sustituido por Octavio Averhoff, opulento profesor de la Facultad de Derecho, que, por sus tramposos disimulos, le venía a punto a Machado para la astuta operación que tramaba: replegarse en apariencia para atacar abiertamente después. Su demagógico discurso, al tomar posesión del cargo, en el cual proclamó, con intencionado énfasis, la necesidad de la autonomía universitaria y de la reconquista de los recursos económicos del país, engañó a medio mundo. En el cuarto número de *América Libre*, que ya circulaba, se encarecían sus cívicos pronunciamientos docentes y nacionalistas.

El Directorio Estudiantil calzó un manifiesto en que propugnaba la retirada inmediata de la policía del recinto universitario, la reanudación de las clases, el derecho de reunión del alumnado, la libertad de debatir en las cátedras los problemas de interés nacional y el funcionamiento de las asociaciones estudiantiles dentro de la Universidad.

Miles de jóvenes acudieron el 5 de julio a la asamblea convocada por el directorio para dar cuenta de sus actividades. Unánimemente se ratificó su actuación y el pliego de reivindicaciones que había formulado. Se convino en que la presidencia del organismo se ejerciera rotativamente y, puesta de pie, entre fervorosos aplausos, designó a Julio Antonio Mella su presidente de honor.

El periódico *Unión Nacionalista* es el único que osa difundir los acuerdos de la asamblea estudiantil: fue secuestrado y, pocos días después, clausurado, “porque —aclaró el tirano— propalaba calumniosas especies, conceptos denigrantes para la nación cubana, cuyo prestigio estoy obligado a mantener incólume”.<sup>200</sup> Se avecinaba otra racha de cruda represión.

Dormía Rubén plácidamente, cuando lo despertó un policía rechoncho y ventruado.

—¿Qué ocurre? —inquirió, mientras la emprendía con las moscas.

—Siento decírselo, doctor, pero está usted preso. El juez ha ordenado que permanezca aquí sujeto a vigilancia.

—¡Preso! ¿Y por qué?

—Bueno... Mire usted... Tengo entendido que se le acusa de estar conspirando para derribar al gobierno y establecer el soviét en Cuba...

—¡Qué me dice! Vaya qué desayuno, compadre...

Y, sonriéndole burlonamente, escondió la cabeza desgreñada bajo la sábana que lo cubría y tornó a dormirse.

El intruso se sentó en un taburete frente a la puerta, prendió una tagarina y abrió la “crónica roja” del *Heraldo de Cuba*, espionando a ratos los movimientos del enfermo.

La segunda “conspiración comunista” urdida por Machado es parte de la represión continental organizada en 1927 por el gobierno de Estados Unidos y sus títeres para debelar la creciente beligerancia de las masas populares contra la abolición sistemática de las libertades democráticas y el incremento de la dependencia económica y política externa. Su objetivo inmediato era obvio: paralizar la voluntad de resistencia de los pueblos latinoamericanos y contener el auge del movimiento de liberación nacional, que había ido cobrando cuerpo y fuerza a despecho de las desventajosas circunstancias en que se desenvuelve. Mas era igualmente obvio que la activa participación de los comunistas verdaderos en ese proceso distaba mucho aún de ser determinante. De sobra se sabía. En cambio, la hazaña del “comunista” Sandino sí constituye un acicate para los oprimidos y un aviso para los opresores, resueltos a impedir que la rebelión popular se profundice y extienda en la severa coyuntura económica que se perfila, sólo capeable mediante la intensificación de la explotación y el terror.

---

200 *Unión Nacionalista*, 18 de julio de 1927.

La perspectiva de la situación mundial se había enconado en la medida en que periclitaba el período de estabilización relativa del capitalismo. No tardaría en iniciarse la nueva fase de la crisis general del sistema, configurada por el aumento de las tensiones sociales, las rivalidades interimperialistas, la amenaza de recurrencia a la guerra como medio de imponer la hegemonía, los preparativos de agresión a la Unión Soviética y la integración progresiva del poder financiero y económico en el estado, que plasmará en el nazismo su forma más brutal de expresión política nacional e internacional.

La política antisoviética, antidemocrática y antiobrera propulsada por los centros vitales del capitalismo europeo, con el apoyo de la burocracia socialdemócrata, de los destacamentos fascistas emergentes y del imperialismo norteamericano, mostraba a las claras la decisión de los grandes monopolios de defender, a sangre y fuego, sus intereses metropolitanos y sus áreas coloniales.

La operación represiva comenzó a raíz del supuesto hallazgo, en la oficina comercial soviética en Londres, de documentos en que se consigna la ayuda de la III Internacional a los movimientos antiimperialistas latinoamericanos. Fabricado por servicios ingleses de contraespionaje, en perenne sobresalto desde la huelga general de 1926, este ruidoso incidente culminaría en la ruptura de relaciones entre la Gran Bretaña y la Unión Soviética. El “descubrimiento” de esa “confabulación comunista internacional”, que “atentaba contra la independencia, las instituciones republicanas y la seguridad de América Latina”, fue el santo y seña para iniciar la ofensiva.

La abrió el general Carlos Ibáñez, dictador de Chile. Siles, Gómez y Leguía, sus pariguales de Bolivia, Venezuela y Perú, le disputan el liderazgo en el ejercicio polifacético de la infamia. La implacable cacería se generaliza indiscriminadamente a militantes revolucionarios, intelectuales, estudiantes, obreros, campesinos y dirigentes políticos de las facciones burguesas de oposición. José Carlos Mariátegui, a pesar de su penosa invalidez, es sometido a confinamiento solitario. La ola represiva se extiende a Paraguay, Brasil, Colombia, Panamá, Honduras, Nicaragua y Guatemala.

Las agencias cablegráficas capitalistas de prensa se encargarían de magnificar el pretexto y de encubrir la verdad. Un embuste grosero: la política del gobierno de México, enfrentado a la extorsión de las empresas petroleras y a la sublevación de los “cristeros”, se identifica como una maniobra táctica enderezada a la toma del poder por los comunistas, azuzados por el presidente Plutarco Elías Calles. Y una pincelada hilarante: se acusaba a Vargas Vila de ser el instigador intelectual de la “conjura soviética” en América Latina.

Con el común marbete de “traidores vendidos al oro de Moscú”, endilgado al margen de la posición de clase o de la ideología política, se pretendía justificar los arrestos, las proscipciones, las torturas y los crímenes. “Los

que no están conmigo, están contra mí”, había declarado amenazadoramente el tirano al comunicársele el triunfo de Miguel Mariano Gómez, candidato de la oposición burguesa a la alcaldía de la capital.

El anticomunismo fue, desde entonces, el arma más contundente y lucrativa de que dispusieron los déspotas y manipulan ahora los neofascistas en nuestro continente. No sólo les sirve para yugular cualquier manifestación de repulsa colectiva o individual contra el *stablishment*: les asegura, parejamente, el sostén y la sacralización de la oligarquía y el imperialismo. En eso consistió y sigue consistiendo el sucio negocio.

La causa número 967, incoada el 6 de julio por el Juzgado de Instrucción de la Sección Primera de La Habana, arrojó a la cárcel a buena parte de los incluidos en el sumario, acusados con inescrupulosa mendacidad de estar fraguando una rebelión para derrocar “el régimen republicano actual y sustituirlo por el del Partido Comunista”.<sup>201</sup> La marca de fábrica era inconfundible: provocar un estado de intimidación colectiva que frenara el ulterior desarrollo de la oposición popular a las imposiciones de la tiranía y demoler los reductos del movimiento de liberación nacional y social.

El cuantioso número de los procesados y su heterogeneidad ideológica ponían de manifiesto la doble finalidad perseguida. Había estudiantes antimachadistas, obreros de pueblos aledaños a La Habana y algunos pescadores de Regla. Miembros de núcleos pequeño burgueses de la oposición. Dirigentes comunistas y obreros empeñados en la reorganización del movimiento sindical, como Alejandro Barreiro, Joaquín Valdés, José Rego, Miguel Valdés y Antonio Penichet. Fundadores del Partido Comunista, como Alfonso Bernal del Riesgo y Ángel Ramón Ruiz. Intelectuales revolucionarios, como Rubén Martínez Villena o de trayectoria antiimperialista o progresista, como José Antonio Fernández de Castro, José Zacarías Tallet, Alejo Carpentier, José Antonio Foncueva, Enrique de la Osa, Gerardo del Valle y el catalán Martín Casanovas, coeditor de la *Revista de Avance*. El cuerpo de redacción de *América Libre* y la mayoría de los profesores de la Universidad Popular. Los directores del periódico proletario *Justicia*. Los desterrados venezolanos Salvador de la Plaza y Gustavo y Eduardo Machado, comunistas y ausentes de Cuba hacía tiempo, Carlos Aponte y José Antonio Silva, luchadores antiimperialistas; los peruanos Jacobo Hurwitz, comunista, y también ausente, y los apristas Luis F. Bustamante, Esteban Pavletich, Serafín del Mar y su esposa, Magda del Portal, ambos colaboradores de *Amauta*; los mexicanos Teodosio Montalván Mujica, estudiante revolucionario; Gastón Lafarga,<sup>202</sup> escritor de filiación

---

201 *El País*, 9 de julio de 1927. “Lástima que no sea verdad tanta belleza”, comentaba irónicamente Mella en *El Machete*.

202 Omití al mencionarlo anteriormente que ése era el pseudónimo de Manuel Antonio Romero durante su destierro en Cuba. Malvivía de una librería de lance, punto de confluencia diaria de los estudiantes izquierdistas. Cuando, muchos años después, nos encontramos

antiimperialista y el destacado dirigente comunista Enrique Flores Magón, quien no había vuelto a la Isla desde 1925.

En el abigarrado jabuco policíaco, los autores de la patraña introdujeron también, como participantes activos, no obstante haber fallecido, a Carlos Baliño y a José Peña Vilaboa y, asimismo, a Julio Antonio Mella y a Leonardo Fernández Sánchez, residentes en México.

Sólo la mitad de los acusados cayó en la ratonera. Rubén Martínez Villena permanecía bajo custodia en su cuarto de enfermo. Magda del Portal obtuvo oportuno abrigo en la casa de Mariblanca Sabas Alomá. Gustavo Aldereguía, Sarah Pascual y José Z. Tallet se desvanecieron como Fantomas. Y yo, revolucionario de domicilio desconocido y rostro anónimo, decidí, tras de breve escondite, refugiarme donde vivía, a unos metros de *Guanajo* y de la estación de policía de San Lázaro. Poco a poco, comencé a sacar la nariz y, en definitiva, conquisté la “legalidad” sin que ningún galafate se percatara de mi artimaña.

La tramoya había fortalecido las posiciones de la tiranía y el imperialismo: la Universidad Popular fue clausurada, la circulación de *América Libre* prohibida, la lucha popular bloqueada, proscrito *Justicia* —periódico legal del Partido Comunista— y objeto de tenaz persecución los dirigentes revolucionarios del movimiento obrero, con lo cual se acentuó la grave crisis que venía encarando.

Desde la columna de *El Machete*, Mella condenaba, indignado, el entronizamiento del “terror blanco” en Cuba.<sup>203</sup> Apenas lograría esconder, empero, el desgarrante dolor que le produjo el eclipse de la Universidad Popular, “la hija querida de mis sueños”, como solía decir.

Quedaba aún en pie, desafiante, la resistencia estudiantil. El tirano requirió la presencia del rector, del secretario de Instrucción Pública y del jefe de la policía. Había llegado el momento de ejecutar su plan de expulsión colectiva de los “cabecillas” de la juventud universitaria. Y les ordenó que procedieran.

El desencloche era total en el circuito de mis relaciones revolucionarias. Me urgía orientarme y decidí visitar a Martínez Villena.

En inteligencia con su hermana Judith, abordé sin titubear al custodio de turno, identificándome como pariente del enfermo. No opuso reparos.

—¡Tú aquí! —exclamó Rubén sorprendido y alegre—. ¡Y yo que te suponía dando sánsara por las alcantarillas emulando a Jean Valjean! ¿Cómo has podido burlar las disposiciones de Javert?

---

casualmente en el Paseo de la Reforma —exiliado yo entonces—, acababa de ser electo diputado. Consagramos la plática a recordar días comunes: “¡Qué tiempos aquéllos, manito!” —repetía con nostálgico dejo.

203 *El Machete*, 20 de agosto de 1927. Citado por Raquel Tibol en: *Mella en El Machete*, *op. cit.*, pp. 324-326.



Le expliqué la treta. Y, sonriéndose mientras entrecerraba maliciosamente los párpados, susurró:

—¡Magnífico! Hablaré con Judith para que me endose unos cuantos “tíos” y “primos” que necesito ver. Estoy completamente desconectado.

El reposo, la sobrealimentación, el aire y el sol empezaban a surtir sus benéficos influjos. La palidez, las ojeras y la fatiga habían desaparecido del semblante. Se notaban las libras recuperadas. Tosía menos y la fiebre iba cayendo. Su endeble organismo parece estar respondiendo vigorosamente al tratamiento.

Y, al referirme a su notoria mejoría, repuso con irónico gracejo:

—Sin duda. ¡Y eso que la enfermedad se ha liberado temporalmente de Aldereguía! Si no, yo estaría ya en la calle...

—O en chirona —interrumpí.

—Después de todo —prosiguió—, yo he sido el que menos trabajo le ha dado a los esbirros para atraparme: simplemente ratificaron mi encarcelamiento. Pero gracias al culpable me siento mejor cada día. Y quiero curarme de veras. Precisamente ayer mi padre me trajo una carta de Gustavo. Digo mal. Era un rescripto imperial que pudieron haber dictado Calígula o Nerón. ¡Cómo se las está cobrando!

—Es por tu bien, chico. Además...

—Sí, sí, de acuerdo. ¡Salud y revolución social! Pídele al enfermero dos vasos de leche malteada para mojar la consigna.

La conversación se ceñiría, por supuesto, a examinar los últimos acontecimientos. Rubén se mostró vivamente inquieto por el durísimo golpe asestado al movimiento antiimperialista, a la lucha social y al Partido. La clausura de la Universidad Popular José Martí privaba de uno de sus órganos más eficaces a la batalla ideológica contra el monopolio burgués de la cultura, las desviaciones anarcosindicalistas y las maniobras reformistas. Con el cierre de *América Libre* había quedado sin voz propia la causa de la emancipación nacional y continental, y ahogada la tribuna de clase de los trabajadores con la prohibición de *Justicia*. La redoblada persecución policiaca reducía a la mínima expresión, por el momento, el desarrollo de la actividad revolucionaria. A partir de esas amargas realidades —argüía Martínez Villena— hay que emprender ahora, combinando las formas clandestinas y legales de trabajo, la recuperación del terreno perdido.

Sin embargo —puntualizaba rotundamente—, el dato más importante que ha de tenerse en cuenta en el análisis político de los hechos es la otra cara de la represión. No constituía sólo una despótica arremetida para sembrar el pánico, el desconcierto y la sumisión. Eso pudo haber sido en algunos países. En el caso de Cuba era también una respuesta al crecimiento de la conciencia progresista, democrática, antiimperialista y revolucionaria de las

masas populares, materializado en numerosas acciones combativas de diverso nivel, raíz y sustancia. Mirando más allá de las apariencias y sobreponiéndose a su doloroso impacto, era dable percibir que el retroceso contenía los gérmenes del avance ulterior. La cuestión era transformar dialécticamente la nueva relación de fuerzas. Muy arduo, sin duda, el empeño, dado las adversas circunstancias y los complejos factores concurrentes.

Había que acometer, por lo pronto, dos tareas: obtener el control de los sindicatos más fogueados y de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y de la Federación Obrera de La Habana, las grandes organizaciones proletarias todavía legales; y contribuir, por todos los medios, a que el Partido se fortaleciera orgánicamente y ampliara su efectividad ideológica y política.

Era ostensible que pensaba y actuaba ya, en la práctica, como un militante.

—La protesta estudiantil no ha sido aplastada —observé.

—Hasta ahora. Pero eso puede ocurrir en cualquier momento. Y, a propósito, pienso que debías incorporarte a las huestes universitarias y tenerme al tanto. Es donde puedes ser más útil.

Ensartó el hilo de sus reflexiones y tras sagaz disquisición sobre el proceso revolucionario cubano, que jaspeaba de recuerdos y anécdotas, concluyó con palabras que conservo casi literalmente:

—Ahora hay que adaptar los métodos y los objetivos de la lucha a las condiciones prevalecientes y trabajar con tenacidad, perspicacia, fuego y coraje con la finalidad de responder, cuando madure la situación, al zarpazo reaccionario con una sacudida que refleje la unidad, la organización y el poder de la clase obrera. Sólo atacando se adelanta la victoria.

Anohecía cuando nos despedimos. Y, acompañándome hasta el portal, el policía de relevo pegado a sus zapatillas, me dijo con tono efusivo:

—Vuelve, “primo”.

Y volví. El policía había desaparecido. Cediendo en parte a la protesta de numerosas organizaciones sindicales y estudiantiles y de prestigiosos escritores latinoamericanos y europeos, el tirano hacía dos semanas había dispuesto la libertad bajo fianza de los cubanos procesados y la expulsión del país de los proscriptos latinoamericanos. Con excepción de Luis F. Bustamante, que se dirigió a Francia, donde morirá al poco tiempo de una crisis cardíaca,<sup>204</sup> los demás optaron por ir a México. En el malecón del puerto de Veracruz, esperándolos con los brazos abiertos, estaba Julio Antonio Mella.

Encontré a Rubén muy repuesto, animoso y alegre.

—Es preciso aprovechar este respiro. Como ves, mejoro a tiro hecho y, por lo tanto, me he decidido a pedir el alta. Pero antes hay que ablandar a Gustavo —me espetó apenas lo saludé.

---

204 En carta que escribió a Rubén desde el barco en que viaja, Bustamante le expresa a Rubén su esperanza de encontrarse juntos, algún día, en la misma trinchera.

Le informé de mis contactos con Gabriel Barceló y otros dirigentes del movimiento estudiantil. Ojo avisor y prestos a la batalla, aunque en situación descompensada por haberse dispersado la mayoría de los alumnos al iniciarse el período de vacaciones. La posposición del nuevo curso académico hasta noviembre daba mala espina. Pero aprovecharían la convocatoria a exámenes extraordinarios en septiembre para cambiar impresiones con los que tuvieran asignaturas pendientes. Están advertidos, desde luego, de los riesgos que ya corre la pervivencia legal del movimiento. No excluía Barceló una violenta acción de la tiranía en cualquier momento y con cualquier pretexto. Ya en un informe policíaco se ha imputado al directorio de ser “un agente activo de la conspiración comunista”.

—Creo que Barceló —apostilló Rubén— enfoca la situación con mucha lucidez. Ese muchacho promete. Mantén los contactos con él.

Y, pidiéndome súbitamente que acercara el sillón a su cama, me participó, con radiante alborozo, su decisión de ingresar en el Partido Comunista. La había adoptado después de hablar con Sarah Pascual, que se le apareció como un duende por aquellos días.<sup>205</sup>

—¿Ya lo hiciste saber?

—Sí, por conducto de Sarah. —¿Y has tenido respuesta?

—Inmediatamente. ¡Imagínate mi asombro! Te contaré. Un miembro del Comité Central formuló la propuesta y fue aprobada. Joaquín Valdés, secretario general del Partido, vino entonces a preguntarme si estaba de acuerdo.<sup>206</sup> Y ayer, precisamente, me visitó una comisión constituida por el propio Joaquín, Fabio Grobart y José Rego para ponerme al tanto de la situación del Partido, de los problemas del país y de mis futuras responsabilidades. Cuando llegaron departía yo, por cierto, con José Pilar Herrera, dirigente de los trabajadores portuarios. Todavía anda confuso, pero es honesto y combativo.

Fabio Grobart, que lo conoció ese día, ha referido, con lírica efusión, el primer recuerdo suyo de Rubén: “La impresión que me dejó ese encuentro con él, es imborrable. Con sus ojos, cuya expresión conjugaba inteligencia, sinceridad y ternura, y con su sonrisa franca, a veces triste, Rubén sabía conquistarse en seguida la simpatía y la confianza de los que no le habían conocido antes. Poeta e intelectual de vasta cultura, procedente de un medio social distante de los trabajadores, Rubén tenía, sin embargo, algo que hacía que los obreros se sintieran bien a su lado y lo consideraran como suyo. Este ‘algo’, era su modestia extraordinaria, su profundo humanismo, su sensibilidad para los sufrimientos de los demás y su sentimiento innato de repulsa a toda clase de injusticia.

”En esa visita hablamos con él de la situación en la calle, del terror machadista y del movimiento obrero paralizado y perseguido. Y cuando Pilar

---

205 Ver Sarah Pascual: art. cit.

206 Ver Joaquín Valdés: “Rubén Martínez Villena”, en: *Futuro Social* (La Habana) enero, 1938.

Herrera se hubo retirado, hablamos también de la situación del Partido, en cuyas filas Rubén había sido admitido días antes, y que entonces corría el peligro de dejar de existir bajo los duros golpes que recibía.”<sup>207</sup>

Su natural sencillez vedó a Rubén decirme que se le había otorgado la militancia omitiéndose el requisito del período de aspirantura. En su caso resultaba ocioso. ¿A qué probar a quien ya ha probado ejemplarmente su pureza de intenciones, su consagración a la lucha antiimperialista, sus valiosos servicios a la clase obrera y su constante vinculación al Partido desde los tiempos de Mella? ¿No había merecido la confianza política de la Federación Obrera de La Habana y de varios sindicatos revolucionarios al escogerlo como defensor de sus derechos ante los tribunales burgueses? ¿Acaso no fue, por idénticos motivos, que el Ejecutivo de la Confederación Nacional Obrera de Cuba lo designó su asesor legal días antes de haber ingresado en la clínica?

Noble, vasto, múltiple, esforzado, absorbente, titánico quehacer espera a Rubén Martínez Villena. El quehacer que soñaba inconscientemente el poeta, el quehacer que quería deliberadamente el hombre: “rendir las montañas” de la injusticia social y “amasar las estrellas” de la redención humana. Silenciosamente y desde abajo, su existencia ha entrado en órbita de plenitud.

—¿Y cuándo viviremos nosotros nuestra propia vida? —inquiríale Asela con femenino egoísmo.

—¿Y cuándo la vivirán los que trabajan de sol a sol?

¿Y qué se hizo de aquel impetuoso haz de jóvenes latinoamericanos que había participado, con Mella y Martínez Villena, en las primeras luchas antiimperialistas del pueblo cubano? Algunos permanecieron en México tremolando su rebeldía. México fue, para otros, mera estación de tránsito. En cumplimiento de compromisos contraídos, Gustavo y Eduardo Machado y Salvador de la Plaza<sup>208</sup> partieron sigilosamente hacia el punto de embarque. Carlos Aponte y Esteban Pavletich se filtran, poco después, en Nicaragua: combatirán en el “Pequeño Ejército Loco” de Sandino por la liberación de América Latina. Ambos ganan, por su heroico comportamiento, el grado de coronel. Tras haber participado en el fallido golpe de Curazao y estar preso dos años en Colombia al ser detenido días antes del asalto al cuartel fronterizo de Arauca, retornaría Aponte a Cuba a la caída de Machado y se integraría en el movimiento nacional revolucionario organizado por Antonio Guiteras. No sólo habíase ganado el aprecio por sus servicios al Comité Pro Libertad de Mella: también una aureola por la tunda que le propinara a Vallenilla Lanz a su paso por La Habana. Apenas empuñó las armas revolucionarias,

---

207 Fabio Grobart: “Recuerdos sobre Rubén”, art. cit.

208 Salvador abandonaría el Partido Comunista. Falleció hace años, en Caracas.

Pavletich abjuró del aprismo. Fue uno de los más ardientes defensores de la Revolución Cubana en el Perú: perdió las piernas, pero mantuvo enhiesto el coraje. Invitado de honor del Frente Sandinista de Liberación Nacional, antes de viajar a Nicaragua permaneció un mes en La Habana, recluido en el hospital Frank País, donde se le habilitó con prótesis que le permitiera abandonar el sillón de ruedas. Este tránsito fugaz nos propició a Sarah Pascual y a mí la conmovedora ocasión de reanudar un diálogo iniciado hace medio siglo. Ha poco falleció en Lima. Incorporado en 1960 al frente revolucionario de la cultura, Martín Casanovas expiró no ha mucho y dejó vivo ejemplo de lealtad a los deberes internacionalistas del intelectual revolucionario.<sup>209</sup>

---

209 Compiló y prologó un magnífico muestrario de la *Revista de Avance*, que se publicó en 1972.

Cuando visité nuevamente a Rubén quedé maravillado. Había sobrepasado su peso normal. Sus mejillas soleadas irradiaban tenues resplandores rosados. Ya le permitían caminar por el jardín. Aparentemente parecía curado. Pero Aldereguía continuaba irreductible.

Y, recostándose en blando almohadón, comenzó a “informarme”.

—Por aquí estuvo *Pepe Tallet*. Me he divertido de lo lindo con sus cuentos. Con esa perilla bermeja que se ha echado semeja un Mefistófeles escandinavo. Y hace unos días me visitó Regino Pedroso, tan elegante y pulcro como siempre, y con cinco manzanas de contrabando que sustrajo en el Jardín de las Hespérides. ¿Quién diría que este *dandy* de Luyanó se gana la vida a mandarriazos? Con misterioso lenguaje y entre doctos “¿sabes?, ¿sabes?” me anunció un cambio radical en su poesía. Quedó en traerme los nuevos poemas que está escribiendo...

Y haciendo una pausa, que aproveché para transmitirle los saludos de Gabriel Barceló, anheloso de conocerlo, concentró la atención en su tema predilecto.

—Estoy contentísimo y estudiando muy en serio los textos de Marx, Engels y Lenin. Si queremos avanzar, de veras, hay que salir del practicismo rutinario y enjuiciar la realidad y elegir los modos de acción en el nivel teórico. Lenin martilló mucho sobre eso. Acuérdate de su iluminante proverbio en *¿Qué hacer?*: “Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario.” Además, estoy ya trabajando para el Partido. Joaquín Valdés me ha pedido varios informes y manifiestos. Sostuve una entrevista importante con Isidro Figueroa, Higinio Ordoqui, Francisco Blanco y Roberto Castelló, trabajadores ferroviarios de los talleres de Luyanó. Han constituido el Grupo Pro Unidad y están fajados con la dirigencia reformista-policíaca de la Hermandad Ferroviaria, que ha sustraído de la lucha social a este puntal del proletariado.<sup>210</sup> Es uno de los problemas básicos que afrontamos. Precisamente estoy pensando hacer un artículo, para uso interno, en que examinaré las posibilidades de sumar al movimiento sindical revolucionario a los obreros ferroviarios, tabaqueros y azucareros... ¡Ah...! Mi contentura es completa: el estudiante Armando Agramonte me ha traído de México un libro que me envía Mella para comunicarnos en clave.

---

210 Ver Isidro Figueroa: “El compañero Rubén”, art. cit.

El calor era intenso. Salimos al portal a refrescarnos y contemplar la “postalita”.

—Fíjate qué rosas más singulares. No hay poeta capaz de recrearlas...

—Y creyendo yo ingenuamente que ésta era la “mía”, le hablé, por segunda vez, de sus versos.

—¿Qué piensas tú de mí como poeta?

—Te ruborizarías si te dijera lo que pienso.

Sonrió sutilmente y me repuso, con grave acento:

—Pues no haré un verso más como esos que hice hasta ahora. No necesito hacerlos, ¿para qué? Ya yo no siento mi tragedia personal. Yo ahora no me pertenezco. Yo ahora soy de ellos y de mi Partido...

Y se sumió en abisal silencio, en tanto el terso verdemar de su mirada parecía rendirle homenaje a la belleza irrepetible de la rosa.

Murmuró luego:

—Si algún día decidiera juntarlos en un libro, lo titularía *Poemas del otro yo*.

Recogí velas y decidí ocultarle, por temor a enfadarlo, que José Antonio Fernández de Castro proyectaba recoger próximamente su lírica mayor, con una semblanza mía del hombre y el poeta, en el *Suplemento Literario*. Como aún no lo había escrito, me fue dable reflejar en ella este coloquio.<sup>211</sup>

Rubén respondió a la “amistosa travesura” con risueño enojo.

Apenas lo abordé se explayó.

—Ya hablé por teléfono con José Antonio y le halé las orejas. Casi llora y no me quedó más remedio que perdonarle la trastada. ¿Qué podía hacer? Si supieras que he sentido una mezcla de alegría y tristeza al ver juntos tantos versos míos después de haberlos despedido. ¡Ah...! tú eres otro pillín. Pero te agradezco de veras esa semblanza corregida y retocada. Muy generosa... ¡qué digo!... excesiva, hiperbólica... y, oye, también bastante crítica. ¡Caray! has sido despiadado con mis ripios. ¿Y todavía pretendes que siga aporreando la lira?

Y rió limpia, fluida, sonoramente, renuevo espontáneo, acaso, de sus carcajadas infantiles.

De repente se enserió y, como hablando consigo mismo, profirió en tono recoleto y con aire iluminado:

—No es eso. Son motivos más hondos. Mi visión del mundo ha cambiado. Sin embargo, amo la belleza aún más que antes. Pero ahora sé que, sin justicia y pan, la belleza es un remordimiento, un gravamen de conciencia... Por eso, he consagrado mi vida a luchar por la justicia, el pan y la belleza.

---

211 Ver Raúl Roa: “Semblanza crítica”, en: *Diario de la Marina* (La Habana): 34, 2 de octubre de 1927.

Nadie hubiera podido prever el aguaje que se iba a formar. Aunque parezca increíble, lo originó una notícula de Fernández de Castro, aparecida en el *Suplemento*, referente al importe birlado del premio obtenido por la composición de Rubén “Medalla del soneto clásico”, en unos juegos florales que convocó en 1925 el Casino Hispano-Cubano de Holguín.<sup>212</sup> La transcribo casi completa: “...y todavía espera los 1 000 pesos ganados en el concurso. No los verá ya. Alguien corrió una rumba con ellos. [...].

”1 000 pesos por un soneto. ¡Mucho dinero!

”Ahora nosotros queremos como homenaje al compañero rendir este tributo a su magnífica obra.

”Iniciamos al efecto con CARPENTIER, DE LA HOZA, PEDRO DE TOLEDO,<sup>213</sup> DEL VALLE,<sup>214</sup> LÓPEZ OLIVEROS,<sup>215</sup> AZNAR,<sup>216</sup> GUIRAO<sup>217</sup> y GAMOLÍN<sup>218</sup> una suscripción de no más de 20 centavos por persona para publicar su obra, la obra del otro yo, como dice Roa.

---

212 Rubén solía burlarse despiadadamente de los juegos florales, las academias y los ateneos. Interrogado a la sazón al respecto, repuso a un reportero de *El Herald*: “...los deseos [...] de ir a Oriente ¿Qué cubano que no lo conoce deja de sentirlo? [...]. No quisiera que se apagaran mis ojos sin que hubieran recogido la visión del paisaje heroico. Ver aquello que se venera como cunas y tumbas de nuestros padres; admirar el Yunque, sobre el cual acaso forjaron los dioses las almas férreas de los héroes; contemplar el Turquino, no más alto que muchos que nacieron a su sombra; todo ello ha sido siempre para mí un sueño deseoso de realización. Acaso tengo ahora esa oportunidad. Me regocija más que el premio”.

213 Pseudónimo literario usado frecuentemente por José Antonio Fernández de Castro.

214 Gerardo del Valle escribió algunos cuentos valiosos y figuró en la izquierda intelectual de la época.

215 José López Oliveros, periodista.

216 Manuel Aznar, periodista español de postizas ideas republicanas, director a la sazón del *Diario de la Marina*. Al retornar a la península estuvo al frente del cotidiano antimonárquico *El Sol*, tribuna de los más renombrados escritores españoles liberales. Apenas estalló la rebelión *nazionalista* encabezada por Franco, huyó de Madrid, disfrazado de miliciano, y apareció en Sevilla con traje de requeté.

217 Ramón Guirao. Poeta, crítico e investigador folclórico. Pionero, junto con Tallet y Ballagas, de la poesía afrocubana y primer compilador y exégeta de esta modalidad de nuestra lírica (*Órbita de la poesía afrocubana*, 1938), que alcanzaría posteriormente en Nicolás Guillén auténtica sustancia nacional, singular fuerza expresiva y señera jerarquía humana. Además de la mencionada obra publicó *Bongó* (poema negro, 1934), “Canto elegíaco a Pablo de la Torriente Brau” (en *Poesía cubana* en 1936, 1937), *Presencia* (poesía, 1947). Dejó dos libros de poemas hasta hoy inéditos: *Cuadrante* (1933) y *Segundo secreto* (1938). Colectó con Tallet los versos de Rubén Martínez Villena reunidos en *La pupila insomne*. Murió el 17 de abril de 1949.

218 *Nicolás Gamolín*, pseudónimo de Francisco Masiques. Coeditor de *Atuei*, fundador de la sección cubana del APRA y autor de algunos cuentos visiblemente influenciados por la narrativa soviética. Le tembló la choquezuela izquierda —reducto óseo de la integridad revolucionaria— y espantó hace varios años.



”¿Y ahora responderán todos?

”El poeta y el hombre lo merecen.

”Rubén Martínez Villena:

”La época y el hombre que responde con su actitud ante ella”.

La iniciativa fue calurosamente acogida por el “gremio” letrado. Andrés Núñez Olano la saludó con romántico tremor, en uno de sus escultóricos “gestos cotidianos”. Se apresuraría también Jorge Mañach a sumarse a la idea.

Intempestivamente, dos días después, en glosa titulada “Elogio de nuestro Rubén”,<sup>219</sup> Mañach esparcía polvillo de conjeturas en torno a la validez literaria del homenaje, al subrayar, con fingido asombro, la aparente contradicción entre el mítico halo poético que circundaba a Martínez Villena y el valor real de su escasa obra conocida, como si no supiera que era casi toda la existente. Si se lo rinde sin reservas a su “personalidad irradiadora de talento”<sup>220</sup> y a su “temple político”,<sup>221</sup> la función de escritor público le compelia, empero, a supeditar el dictamen definitivo a la difusión, que aguardaba con ahínco para “despejar la prestigiosa incógnita”,<sup>222</sup> de las “maravillas”<sup>223</sup> que contaban de la “isla lírica”<sup>224</sup> e Rubén exploradores tan avisados como Lizaso y Fernández de Castro. Y si las había “creído de buen grado, como a los misioneros creían los ignorantes otrora”,<sup>225</sup> en el fondo ha sometido su “curiosidad insobornable a una disciplina de espectación”.<sup>226</sup> Por si fuera poco, reclamaba la exclusividad de la colecta para los escritores y artistas con el fin de infundirle *especial dignidad* al tributo.

El título alusivo de la “glosa”, implícito paralelismo del Rubén de Cuba, reducido a simple equis poética en el texto, con el impar lírico nicaragüense, resultaba, en fin de cuentas, un sarcasmo diabético. La pregonada apología estaba llena, como lo advirtiera el propio Martínez Villena, de “esquinas cautelosas y recodos contradictorios (tal una vieja ciudad colonial [...])”.<sup>227</sup>

La réplica de Rubén a Mañach consta de una irónica “exégesis agradecida”<sup>228</sup> y de una incisiva “rectificación necesaria”.<sup>229</sup>

Separaré los párrafos que reproduzco, de aquélla y de ésta, con un renglón de puntos suspensivos:

---

219 *El País*, 5 de octubre de 1927, pp. 3 y 5.

220 Ídem.

221 Ídem.

222 Ídem.

223 Ídem.

224 Ídem.

225 Ídem.

226 Ídem.

227 *Diario de la Marina*, 16 de octubre de 1927, p. 42.

228 Ídem.

229 Ídem.

“...tú lo has dicho: no crees en mí. Si mi obra —bien lo sabes, piadoso amigo— es solamente lo que conoces, es tiempo ya de ir pensando, según se desprende a contrario *sensu* de tus frases, en el ‘halo prematuro’, ‘la indulgencia cordial de los amigos’ y otros componentes de mi ‘prestigio misterioso’. Y, sin embargo, —¡oh vicediós de la generosidad!— no tienes reparos en seguirme llamando como tú mismo me bautizaste y me aludiste en tus magistrales artículos con la abrumadora expresión, incesantemente comparativa: ‘Nuestro Rubén’.

”¿Cómo pagar —en recompensa moral— esa denominación con que me obsequias (y casi me aplastas) haciendo caso omiso de tu proverbial sensatez, de tu sitial académico y hasta de tu responsabilidad espiritual ante los manes del Pan arcangélico de Nicaragua?

”Una sola forma de corresponder a tamaña y munífica gentileza se me ocurre: siempre que haya de citarte, a mi vez he de llamarte [...] ‘nuestro Jorge’ (el otro es Jorge Manrique); ‘nuestro Jorge’ (el otro es Jorge Washington); ‘nuestro Jorge’ (el otro es Jorge V); ‘nuestro Jorge’ (el otro es Jorge Isaacs), con cuya variedad de comparaciones, afortunadamente posibles, haré resaltar, según el caso, distintas virtudes de tu personalidad multifacética”.

(...)

“...no habrá tal homenaje, no habrá tal libro. De modo explícito, terminante y sincero, rechazado lo uno y lo otro. No puedo permitir el disparate (aunque muy cariñoso) de mi libro de versos publicado por suscripción popular. ¿Qué es eso? Si yo hubiera escrito un libro —no en versos bien pulidos, sino en números poco poéticos y en ásperas verdades— demostrando la absorción de nuestra tierra por el capitalismo estadounidense, o en las condiciones míseras de la vida del asalariado en Cuba, quizás aceptara y hasta pidiera que se editara por suscripción popular. En cuanto a la cotización dentro del ‘gremio’, como bondadosamente llamas al conjunto de los escritores, aparte de que no le daría al proyecto ‘dignidad’ alguna, como crees, estoy, si cabe, más decidido a no admitirla. [...].

”...yo no soy poeta (aunque he escrito versos); no me tengas por tal, y, por ende, no pertenezco al “gremio” de marras. Yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido: me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores interesa la justicia social”.<sup>230</sup>

En su desafortunada respuesta, que rotuló “A nuestro Rubén, ironista”,<sup>231</sup> Mañach mismo se encargaría de descubrir el jorobado sentido de su “elogio”, atribuyendo la actitud de Rubén a un “amoscamiento de su vanidad literaria, hambrienta de superlativos”.

Martínez Villena puso término a la disputa con una carta puntualizadora:

---

230 Ídem.

231 *El País*, 17 de octubre de 1927, p. 3.

“...consideras mi epístola —decía— como una reacción de mi vanidad (que ahora descubres) y en tu respuesta procuras —para reforzar el argumento— presentarte con una humildad franciscana, como un ser pequeño e indefenso: lo que está bien en desacuerdo con la conciencia de tu talento, tu valor de crítico y tu acostumbrada actitud de escritor.

”...¡Oh, no!, no me apena tu juicio sobre mi obra —juicio que, además, ignoro—, ni es que se haya soliviantado mi vanidad porque no me abrumas a epítetos encomiásticos. No, amigo, no te confundas al extremo de adulterar el contenido de mis burdas ironías... ¡Hambre de superlativos! Eso crees que tengo: ¿Tienes disponible algún otro que pueda satisfacer más a un versificador que ése? Pues de él también protesto y su exageración rechazo desde ahora. Si fuera partidario de esos ‘tropicalismos’ que convierten en excelso, eximio, egregio y sagrado a cualquier figurilla de nuestro suelo y que ensayan frecuentemente la ridícula apoteosis de Pacheco, créeme que estaría a gusto embonándome el sayo por ancho que me viniera. O en el caso de que fueras tú el aficionado a ello, habría hallado natural la hipérbole impropia. Pero si lo uno y lo otro es falso, forzoso es que hiciera ver mi inconformidad asombrada, en un tono acorde con la ironía que en sí misma lleva la absurda analogía que sentabas. [...]. Después de estas escaramuzas nos conoceremos mejor y es siempre saludable entre los que marchan relativamente juntos; que ya tú y yo, aunque viajando en artolas, hemos hecho juntos alguna excursión al ideal”.<sup>232</sup>

Sería inexacto reducir los términos de aquel debate a un canje acrimonioso de disentimientos personales. Sustancialmente constituyó una toma contrapuesta de actitud ante el concepto, la función y el destino del arte y la literatura en general y en la situación cubana en particular. Trasponiendo el horizonte histórico de la Protesta de los Trece, se planteaba el problema de los deberes sociales del escritor y el artista y, por lo tanto, las disyuntivas implícitas de evasión o compromiso, apostasía o participación, habitáculo o ágora, minoría o masa.

Sin proponérselo acaso, Mañach, reaccionario vergonzante, promueve la cuestión con sus insinuaciones, dobleces y alfilerazos. Revolucionario constitucional, Rubén recogió el guante y define, sin ambages, su actitud.

Tal vez el choque pudo diferirse si Mañach no lo hubiera indirectamente provocado. Mas era inevitable, como indefectibles los enfrentamientos posteriores. Su manera respectiva de ver, pensar, sentir y hacer —ambas representativas por su estatura intelectual, prestigio literario y rumbo político— los había ido alejando desde que se conocen en la tertulia de *El Fígaro*. Juntos han arrancado en la misma pista generacional hacia metas distintas y, por ende, sus coincidencias se irían tornando más adjetivas y más

---

232 *El País*, 19 de octubre de 1927, pp. 3 y 6.

radicales sus discrepancias. Cuando se produjo el envite, sus concepciones de la vida, la sociedad, la historia, la filosofía, la política, la literatura y el arte transitaban rutas cada vez más distantes. Hoy cabe afirmar que si Rubén Martínez Villena fue el galgo de su generación y de su tiempo, Jorge Mañach en tramos decisivos fungió de cangrejo, sin dejar de ser, por eso, un notable prosista. Varios ensayos de alta calidad estilística, algunas bellas páginas de su biografía de Martí y su lírica evocación de La Habana Vieja,<sup>233</sup> quedarán a salvo de su zigzagueante trayectoria y de su triste epílogo.

Pocos percibieron entonces el trasfondo político de la polémica. Ahora resulta cristalino. Y también ahora se entiende, con pareja nitidez, el sentido de la explosiva renuncia al puro ejercicio de la poesía, como forma de existencia e ideal de vida, del más alto “intelectual orgánico” del proletariado cubano hasta la irrupción de Fidel Castro, que rebasaría todas las medidas hasta trocarse en un conductor revolucionario de dimensiones mundiales.

Aunque despreciara y condenase sus versos de modo explícito, ni desprecio de la poesía ni condena de la vocación literaria entraña su gesto: constituye, a la par, reprimenda e incitación. Precisarle parece ineludible. No le exigía Rubén a los escritores y artistas que hicieran lo mismo que él: consagrar la vida a poner término a “la esclavitud de los hombres”.<sup>234</sup> Simplemente les reclamaba, en aquella hora de ser o no ser, el cumplimiento de sus deberes humanos, sociales, éticos y patrióticos. Nada nuevo: Martí ya lo había predicado con su ejemplo en análogo trance. Ni el oficio de poeta ni esos deberes eran excluyentes, ni había “incompatibilidad entre la faena poética y el quehacer político [...]”.<sup>235</sup> Rubén Martínez Villena había descubierto también, a tiempo, la suficiencia de la escala y el iris para expresar “la gran pena del mundo”.<sup>236</sup> La salvación o condena de los emplazados dependía, exclusivamente, de ellos. De lo que se trataba, en suma, era de poner los valores cardinales de la literatura, el arte y la ciencia al servicio de la redención humana.

“Cuando esta enorme podredumbre de ahora —advertía Juan Marinello veintiocho años después— haya servido de abono a las grandes floraciones benéficas y los cubanos sean dueños de su músculo, de su piel, de su tierra y de su canto, cada vez que los poetas levanten la voz libre sentirán en sus estrofas un poco de la voz de Rubén. Entonces comenzarán a agradecerle su renuncia lírica; entonces empezarán a entender el sentido profundo de esa renuncia. Su adiós a la poesía no fue sino el aplazamiento de un encuentro,

---

233 *Estampas de San Cristóbal*.

234 José Martí: *op. cit.*, t. 16, p. 112.

235 José Antonio Portuondo: “Revaluaciones. Rubén Martínez Villena (1899-1934)”, art. cit., p. 42.

236 José Martí: *op. cit.*, t. 16, p. 112.

el alejamiento de una hija profundamente amada que se deja un tiempo para criar fuerzas en la lucha y servirla mejor.”<sup>237</sup>

¿En qué medida y cómo repercutió aquella controversia en el cotarro intelectual? Fui testigo y contribuyente. Sin duda, lo alborotó, como se rebumbia el traspatio cuando el gallo avienta la tierra con sus espuelas y hiende el aire con su quiquiriquí. Mas, hubo de todo. Los escritores y artistas que mantenían posiciones políticas y estéticas de izquierda se alinean junto a Rubén. Algunos “vanguardistas” le expresan, en privado, su adhesión a Mañach. No faltarán, por supuesto, los que, con calculada prudencia, se encaramen en la cerca, como solía el cuerdo autor del *Elogio de la locura*. La *Revista de Avance*, significativamente, permaneció muda. Tampoco se pronunció el Grupo Minorista. Nadie compartió, empero, el desabrimiento de Rubén por sus versos. Y, por eso, incumpliendo su última voluntad poética, espíritus afines los colectarían en precioso breviario, sin subtítulos aclaradores ni justificaciones previas. Ese manojito de versos rutilantes, entrañables y armoniosos, se había ganado, por derecho propio, un aposento en las letras cubanas.

En eso coinciden, como ha observado Roberto Fernández Retamar, “los más disímiles enjuiciadores”,<sup>238</sup> y afirma rotundamente, por su parte, que Rubén Martínez Villena era “el más dotado y el más ambicioso en su acometida poética”<sup>239</sup> de la generación de 1923. Las estrofas de “El gigante” —insistió más de una vez Cintio Vitier— son “hermanas legítimas, por la inflexión y el fuego, de los *Versos libres* de José Martí”.<sup>240</sup> Si Enrique Serpa le ciñe la cabeza de líricos laureles, Andrés Núñez Olano esculpe este perfil estremecido: “salió a la búsqueda de sí mismo y se encontró rápidamente. Ningún poeta de los del grupo dominó con pareja facilidad su instrumento; ninguno les comunicó tan de inmediato a sus versos, ese sabor de eternidad, de plenitud —de cosa cuajada, que dan los suyos. Y todo ello, sin estruendo, suavemente: con la magnífica simplicidad con que madura el fruto o corre el agua”.<sup>241</sup> Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro no le van en zaga en el tono apologético: “Poseedor de una fuerte y original vena lírica, es uno de nuestros más característicos y positivos valores poéticos del momento. [...] Sobresalen en él de modo ostensible [...] una técnica compleja y depurada, ajena a todo simplicismo, el hallazgo del tema insólito y difícil, propio para dar cabida a los pensamientos audaces y sutiles, el sentido del

---

237 Juan Marinello: “Homenaje a Rubén Martínez Villena”, en: *Contemporáneos*, p. 57.

238 Roberto Fernández Retamar: “El caso Rubén Martínez Villena”, en: *Órbita de Rubén Martínez Villena* (La Habana) UNEAC, 1964, p. 234.

239 Ídem.

240 Cintio Vitier: *Cincuenta años de poesía cubana (1902-1952)*, ed. cit., p. 114.

241 Andrés Núñez Olano: “Rubén”, en: *Rubén Martínez Villena. Un nombre; prosa literaria*, p. 15.

humor, que le lleva a dar un matiz nuevo en nuestra lírica.”<sup>242</sup> “... ‘nervudo y angélico’, como decía Martí de Walt Whitman. Si el poema ‘El gigante’ de Martínez Villena lo es, todas sus palabras están sujetas a su angustia de hombre, a su lucha, a su búsqueda, a su destino, a su vida [...]”<sup>243</sup> —consigna Pablo Armando Fernández. “... un lírico vivo, hondo, que sangró y trepidó en una complicada red de nervios” —sentencia Nicolás Guillén. Y totalizando la imagen, añade: “Se piensa en Rubén y nos viene Martí. Es con Martí con quien Rubén Martínez Villena ofrece mayor cercanía, por su desgarradora pasión cubana, por su decisión heroica.”<sup>244</sup> Alaba José Antonio Portuondo “su inextinguible pasión por la forma poética aun en medio de lo más cruento de la lucha revolucionaria”.<sup>245</sup> “No podemos sentir otra cosa que orgullo de saber que si queda [...] como uno de los líderes revolucionarios más grandes de América, participa también, como Martí, en la gloria de la poesía y del arte” —anota José Rodríguez Feo.<sup>246</sup> “La etapa universitaria —puntualizó Marinello— fue la etapa literaria de Rubén [...] fue de inmediato y para siempre, el poeta. En ello estaba la general aceptación de su talento de escritor y la confianza en que habría de realizar una obra de singular calidad. Lo que nos dejó comprueba el acierto del juicio y del vaticinio. Rubén, que no cuajó sus mejores dotes literarias, nos dejó poemas, ensayos, artículos y relatos en que se toca su fuerza de pensamiento, su imaginación poderosa, su genuino lirismo, su gracia expresiva, su hondura trágica y su claridad esencial.”<sup>247</sup> “Soñador de la magna poesía, de la belleza suprema —subraya María Villar Buceta, fuego que entendió el fuego— sólo una vez acertó a darnos, con ‘El gigante’, las cabales dimensiones de sí mismo.”<sup>248</sup> “De este poeta —advertiría Ángel Augier— jamás podrá hablarse sin el temblor amoroso, sin la apasionada devoción que provocan quienes revuelven el tumulto de su sangre combativa contra la injusticia.” Dirá de él Luis Araquistáin, entonces en la línea de la dignidad y del socialismo: “alado y trascendente, al modo de Shelley”.<sup>249</sup> Regino Pedroso y Félix Pita Rodríguez afirman la pertinencia del

242 José Antonio Fernández de Castro y Félix Lizaso: *La poesía moderna en Cuba*, Librería y Casa Editorial Hernando S. A., Madrid, 1926, p. 353.

243 Pablo Armando Fernández: “Esto es todo lo que digo”, en: *Lunes de Revolución* [Suplemento de *Revolución*] (La Habana): 18, 23 de enero de 1961, p. 18.

244 Nicolás Guillén: “Martínez Villena”, en: *Lunes de Revolución* [Suplemento de *Revolución*] (La Habana): 46, 23 de enero de 1951, p. 46.

245 José Antonio Portuondo: “Revaluaciones. Rubén Martínez Villena (1899-1934)”, art. cit., p. 42.

246 José Rodríguez Feo: “El ejemplo de Martínez Villena”, en: *Lunes de Revolución* [Suplemento de *Revolución*] (La Habana): 18, 23 de enero de 1961, p. 33.

247 Juan Marinello: “Homenaje a Rubén Martínez Villena”, en: *Contemporáneos*, p. 52.

248 María Villar Buceta: “Evocación de Rubén Martínez Villena”. Palabras pronunciadas en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el 16 de enero de 1946.

249 Luis Araquistáin: *La agonía antillana...*, op. cit., p. 265.

paralelismo: en ambos concurrían “todas las delicadezas del espíritu y toda la fortaleza del carácter”.<sup>250</sup> Y a esa gemela vibración —límica y civil— me refería yo, también, al suscribir el dictamen del escritor español.<sup>251</sup>

No sólo es Rubén el poeta más auténtico y promisorio de su momento: su obra literaria contiene, asimismo, valores que rebasan su contexto, su sustancia y su expresión. Paradójicamente, aquel coral llameante no aportó innovaciones formales a la lírica ni a la prosa. Mas, si su lírica y su prosa discurren indisolubles por cauces hollados, poseen, sin embargo, aguas, calidades, significaciones, esencias, resonancias y maestrías singulares. No debe ello sorprender. Se puede ser original sin ser innovador. De ejemplos insignes rebosa la historia de la literatura y el arte. También lo fue Martínez Villena. Su originalidad y, por ende, su imparidad, provienen de su impulsión, de su actitud, de su acento, de su mensaje. Y fue original, además, porque fue sincero cuanto dijo y lo que se dice sinceramente —lo señaló ya Martí— es nuevo. Esos valores son, precisamente, los que hacen de su poesía sangre de la poesía cubana y lección viva para los poetas de hoy y de mañana. A la joven promoción literaria le incumbe enfrentar el reto que plantea la originalidad, sin huellas ni proyecciones actuales, del único poeta genuinamente nuevo del grupo de “los nuevos”. Es un “caso” aún pendiente de esclarecimiento y exégesis.

---

250 Regino Pedroso: “Rubén Martínez Villena: el poeta y el hombre”, art. cit., p. IV.

251 Raúl Roa: “Una semilla en un surco de fuego”, en: *La pupila insomne*, ed. cit.

Rubén bullía de gozo ante la perspectiva de reintegrarse a la lucha revolucionaria. Aunque Aldereguía seguía oponiéndose a que abandonara la clínica, la fundada impaciencia de su paciente le había ido ablandando sutilmente la resistencia. Cabeceando con cómica gravedad, solía aventurar, en sus diálogos con éste, comprometedoras concesiones.

—Bueno, chico, no puedo negar que estás casi curado. Si fueras capaz de ajustarte al plan médico, empezaría a considerar el asunto...

—Te juro por Hipócrates que, mientras dure el tratamiento, ni asomaré la cabeza por el balcón. ¡Ni fumaré! ¡Ni soñaré! ¡Ni viviré! ¿Satisfecho?

—¡Espérate, espérate, déjame pensarlo bien, que tengo una seria responsabilidad en esto...! ¡Qué clase de *prolema*!

Y, en tanto Gustavo se debate en un mar de indecisiones, Rubén se sonreía traviesamente a solas, sabiéndole ya casi a su arbitrio.

Esta vez me encontré con Aldereguía cuando descendía como un trompo por los escalones del pabellón.

—¿Y esa agitación? ¿Ha pasado algo? ¿Cómo va Rubén?

—Yéndose.

—¿Cómo yéndose?

—Ha decidido largarse. Después de ruegos insistentes, he conseguido que permanezca un mes más. En parte, la culpa es mía. ¡Me he dejado bajar, chico, me he dejado bajar hasta el punto que he perdido mi autoridad sobre él...!

Y se fue, a jardín traviesa, sin despedirse.

Cuando le referí la conversación, Rubén se rió estrepitosamente.

—¡Figúrate! Está hecho un basilisco porque le he barrenado las defensas y ha tenido que rendirse...

No lo había visto desde las vísperas de la trifulca con Mañach y éste fue el tema que adobó el palique.

—Por cierto —díjome cuando ya me iba—, Regino Pedroso me trajo sus nuevos poemas. Son formidables. Ya verás. José Antonio se propone publicar algunos con una semblanza crítica mía. Ahora se podrá entender mejor mi posición en el debate de marras.

El *Suplemento Literario* registró, el 30 de octubre de 1927, la fundación de la poesía proletaria en Cuba al recoger los poemas de Regino Pedroso “Salutación fraterna al taller mecánico” y “Los conquistadores”. Rubén Martínez Villena justiprecia la significación literaria, revolucionaria y humana del advenimiento.



Debe deslindarse diáfanoamente. Ni parentescos adjetivos ni sustanciales con el “vanguardismo” mostraba la nueva poesía de Pedroso: era raíz y flor, médula y expresión, de las pulsaciones, agonías, conflictos, imágenes y metas del tiempo histórico inaugurado por la Revolución de Octubre. El hermoso ensayo de Rubén —dechado de prosa lírica de la más pura estirpe— constituía, también, una respuesta incontestable a quienes habían torcido o interpretado erróneamente su concepto ancilar de la literatura y el arte. Quedaba precisado, de una vez por todas, el sentido de su renuncia irrevocable a la poesía meramente esotérica, replegada, egocéntrica, desvitalizada y estetizante, en tiempos de poesía abierta, desplegada, beligerante, entrañada y útil.

“He aquí —escribe Martínez Villena— la tragedia de un hombre explotado. De un hombre a quien el Estado no dio la instrucción requerida por su curiosidad humana, a quien, contra su aptitud y contra su actitud consciente, es decir, su vocación, se ha condenado —con la inapelabilidad de la necesidad económica— al rudo trabajo corporal, agotador e irrecompensado; de un hombre a quien acosará el prejuicio racial y el más genérico y humillante: el prejuicio social. Trabaja sobre el hierro, en el torno, con la mandarria.

”¿Cómo reacciona en su tragedia? [...]. ¿Qué hará el hombre, el poeta atado a su pesada herramienta? Hará versos preciosistas, incrustará de gemas imposibles sus poemas miniados con una exquisitez de revancha contra la rudeza de su oficio; y en justa y humilde reacción, el esclavo del salario se sueña rey. ¡Que únicamente en sueños paradójicos con su condición, goza placer y regalo aquel para quien la vida es sólo pan amargo de sudor y fría realidad de privilegios enemigos!

”Versos preciosistas. Leyendas fastuosas... Es el consuelo del narcótico: es el suave idear sin más consecuencia que la decepción a la vuelta del ensueño.”<sup>252</sup>

“Mas —sintetiza Rubén— ¿por qué no hacer goce —gozoso deber—, el presente terrible? El poeta clama su ‘oración inútil’. Y ello será broche que cierra una etapa cumplida. ¡Fuera la lima y el buril del miniaturista! Una aurora cierta despunta victoriosa. Y la nueva rebeldía supone no ya la liberadora fuga al país ideal, sino la lucha de hoy en el terreno árido de la realidad inevitable. Es la revelación de un nuevo aspecto lírico en la evolución poética de Regino Pedroso. A él se deben ‘Salutación fraterna al taller mecánico’ y ‘Los conquistadores’.

”El poeta obrero, descubre, como en el mito de Anteo, una fuerza inagotable que proviene de su origen, y que se mantiene y se renueva en el contacto. Y a golpe de martillo puede forjarse el verso que cante su tragedia, tal cual es, sin evasión consoladora y sin descanso; pero tremante de una ‘inmensa esperanza’. Manos invisibles separan la niebla que cubre los ojos llenos de

---

252 Órbita de Regino Pedroso, *op. cit.*, pp. 66-67.

visiones y una aguda clarinada rompe en la noche del alma un himno nuevo. Gana el verso, entonces en sinceridad y en fuerza, lo que pierde en voluptuoso movimiento; y es así como, a nuestro ver, Regino Pedroso, artista de florentino refinamiento, narrador de bellas fantasías y amante como un primitivo de los símbolos, las supersticiones y las gemas, entrega hoy a su instrumento, ya sin secretos para el panida, su angustia de hombre de la época, el ritmo de su trabajo de herrero y la sorda cólera y vidente esperanza de su clase, hasta la cual llega hoy el llamado de la fatalidad histórica.”<sup>253</sup>

Con su fina intuición y vibrátil sensibilidad, María Villar Buceta había señalado por aquellos mismos días que, con la “Salutación fraterna al taller mecánico”, Regino Pedroso pone “la primera piedra de una poesía nueva en Cuba”. Sin duda, el más preclaro título del autor de *Nosotros* es ser la primera, profunda y madura voz lírica del proletariado cubano, el gran poeta en ciernes de la revolución cubana, como vaticinara Juan Marinello, y uno de los creadores más serios y sólidos —solos— de la poética americana, según dijera Nicolás Guillén. En su esclarecida y puntualizadora introducción a la *Obra poética* de Regino, anotó Félix Pita Rodríguez: “Cuando algún día los capacitados para ello hurguen en la poesía cubana, desde [...] aquellos primeros poemas de *Nosotros* en 1927 hasta hoy, se verá, sin duda para asombro de muchos, hasta qué punto la siembra a voleo de Regino Pedroso germina, florece y fructifica en la tierra de la poética de nuestra patria, hasta qué límites insospechados los que estábamos ya a su lado entonces y los que vinieron después, le somos deudores en lo esencial. Hasta qué extremo la obra total de este nuevo gran poeta constituye la base de sustentación de toda la poesía nueva —nueva por ser la imagen magnificada de su mundo, por llevar en su entraña el afán combatiente de cambiarlo y por cantar el mundo como una sola patria, común a todos los hombres que lo habitan.”<sup>254</sup>

En 1933, en plena borrasca revolucionaria, al aparecer, casi clandestinamente, el poemario *Nosotros*, hubo una sola palabra disonante: la de Jorge Mañach. Si advierte los auténticos valores estéticos del libro, rechaza, en cambio, su mensaje socialista. Era obvio. Su sensibilidad de clase le impedía entenderlo y aceptarlo.

Cuando el 2 de noviembre se inaugura el curso universitario, Machado ha comprimido todas las manifestaciones de disconformidad, resistencia u organización de los sindicatos revolucionarios, del movimiento antiimperialista y de las facciones políticas disidentes de las clases dominantes. La represión había ido parejamente asociada a una frenética campaña de endiosamiento del tirano. No se ha estudiado aún el vil papel de la titulada gran prensa durante la república neocolonial. Puede adelantarse, sin embargo, que

---

253 *Ibidem*, pp. 67-68.

254 Regino Pedroso: *Obra poética*, *op. cit.*, pp. 19-20.

jamás el ditirambo alcanzaría tonos tan repelentes como entonces. Daba asco asomarse a los cintillos, fotografías y editoriales de los periódicos “serios”.

El “cuerpo de orden” creado por el rector —banda de sicarios extraída de la hez de la policía política— vigilaba los movimientos del estudiantado. Las clases se desenvolvían con externa normalidad. Cada mañana los alumnos ocupaban sus bancas en las aulas con sus textos y libretas de notas. Entre lección y lección, los líderes más significados solían reunirse en las galerías y jardines a comentar, aparentemente, las explicaciones del profesor. Acontecía igual en el hospital Calixto García, en la Escuela de Medicina y en la Quinta de los Molinos. El rector, al principio prevenido, después perplejo, luego gozoso, empezó a transpirar optimismo. Machado, empero, no las tenía todas consigo. Su instinto de fiera desconfiaba de la idílica acuarela. No creía, no podía creer, en la espontánea pasividad de quienes se le habían enfrentado, con irreductible contumacia, hasta hace dos meses. No se equivocaba.

En ese ambiguo interregno, la dirección estudiantil había reorganizado sus huestes más combativas y trazado un plan de lucha. Las hostilidades se reanudarían con una asamblea general en el patio de los laureles.

El 11 de noviembre la Universidad se arremolinó. Los estudiantes abandonaban las aulas y afluían de todos los edificios universitarios al punto de cita. Los sabuesos del rector se mantenían a prudente distancia de la enardecida multitud. Comenzó el desfile de oradores. La consigna es única: proseguir la batalla contra la prórroga de Machado y su camarilla. Uno de los oradores, Gabriel Barceló, con palabra flamígera y voz ensordecedora, denuncia la tiranía como dependencia política de los intereses imperialistas y de la oligarquía nativa, enemigos irreconciliables de la patria, la cultura y el progreso. Y va más lejos: al condenar los latrocinios, torturas y asesinatos, recuerda que Rubén Martínez Villena ha retratado fielmente a Machado con su impar remoquete de Asno con Garras. El rector, avisado por sus soplones del cariz cada vez más agresivo de la asamblea, telefona al déspota, que estalla en vociferante iracundia, ordenándole la inmediata expulsión de los “perturbadores”. Mas antes de apearse de la improvisada tribuna, Barceló propone, como expresión de protesta por el arbitrario encarcelamiento de varios compañeros en Holguín, la demolición de un gigantesco cartel en que provocativamente se anunciaba que, bajo el patrocinio del presidente y del secretario de Obras Públicas, se están construyendo la monumental escalinata y otros inmuebles de cajón para mayor gloria y esplendor de la VI Conferencia Panamericana.

El cartel cayó, a la irresistible acometida, entre tremendo estrépito y densa polvareda.

La respuesta no se hizo aguardar: la ocupación militar de la Universidad y la retención del sueldo de los profesores. Instantánea fue la reacción del

claustro: constitución de un Consejo de Disciplina Único, la expulsión del recinto académico de las asociaciones de estudiantes y una visita de “desagravio” y “respeto” a Machado. Los acuerdos se cumplieron al pie de la letra.

Violando el principio jurídico universal que prohíbe la formación de un tribunal especial para juzgar hechos anteriormente cometidos, veintiún estudiantes son irradiados de la Universidad, sin defensores ni testigos, con sanciones que, en algunos casos, ascienden a diez años. Ni decir tengo que esos veintiún estudiantes constituían “casualmente” la dirigencia máxima del movimiento antimachadista.<sup>255</sup> El fundamento político que sirvió de base

---

255 En esta primera oleada de expulsiones figuran los estudiantes siguientes: José Chelala Aguilera, Gabriel Barceló Gomila, Aureliano Sánchez Arango, Carlos Manuel Rosell Mayonier (diez años); José Elías Borges Carreras, Leopoldo Figueroa Franqui, Ramón O. Hermida Antocha, Antonio González Muñoz (seis años); Miguel Ángel Pérez Medina, Manuel Durán Guerrero, Reynaldo Jordán Martín, Rogelio Teurbe Tolón, Oscar Jaime Hernández (cuatro años); Rodolfo Henríquez Lauranzón, José Antonio Inclán (dos años); Edgardo Buttari Ruiz, Inocente Álvarez Cabrera (un año). Filiberto Ramírez Corría y Pedro Iglesias Betancourt, ambos alumnos ayudantes de la Facultad de Medicina y Farmacia, son sancionados a seis años de expulsión por haber reprobado la medida en carta conjunta al rector. Y, al regresar de su prolongado viaje a Europa y Estados Unidos y solidarizarse asimismo con sus compañeros, fue expulsado por seis años Eduardo R. Chibás. Su nombre político y ascendencia popular data de la década del cuarenta. Separándose del Partido Revolucionario Cubano (A) y organizando el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), emprendió Chibás tenaz y ardorosa denuncia de la corrupción administrativa y de la política corruptora de los gobiernos “auténticos”, aunque sin propugnar soluciones revolucionarias a la problemática nacional. Sin embargo, por la semilla de rebeldía que sembró en la juventud, y en amplias capas populares, su acción política es inseparable del proceso revolucionario.

Son absueltos Israel Soto Barroso y Raúl Maestri. Presionado violentamente por la familia, éste contravino el acuerdo adoptado de desconocer la competencia del Consejo de Disciplina Único y atribuyó su participación en los hechos a irresponsabilidades propias de la edad. Sarah Pascual y yo, que conocíamos la raíz de sus debilidades, intentamos generosamente tenderle un cabo, hasta que nos dimos cuenta de la inutilidad del empeño y rompimos toda relación con él, tras de echarle en cara su apostasía. (Ver Raúl Roa: “Carta a Raúl Maestri”, en: *Bufa subversiva*, ed cit.)

No obstante el valeroso y limpio comportamiento de la mayoría durante aquellos años, varios de los estudiantes relacionados torcieron posteriormente su camino y naufragaron en el lodazal de la politiquería neocolonial y algunos, al materializarse las ideas que otrora habían abrazado, se alinearon junto a la contrarrevolución y al imperialismo. Exponente representativo de esa actitud fue Aureliano Sánchez Arango, que tan señalada participación tuvo en las luchas estudiantiles, sociales, antiimperialistas y revolucionarias desde 1923 hasta 1940. Pablo de la Torriente Brau, que no le había escatimado elogios durante las asambleas universitarias de depuración del profesorado machadista, avizó también, durante nuestro exilio en Nueva York, después de la huelga general de 1935, sus primeras vacilaciones ideológicas y políticas al negarse a ingresar en la Organización Revolucionaria Cubana Antiimperialista (ORCA), que entonces proyectábamos fundar y fundamos, como fuerza impelente de la unidad del movimiento revolucionario, muy resquebrajada a la sazón.

Ver Ladislao González Carvajal: *El Ala Izquierda Estudiantil y su época*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974. Si completa imagen del proceso que abarca, este

para la expulsión “académica” fue el dictamen de una comisión investigadora compuesta por profesores obsecuentes o amedrentados, que se valió de un informe político urdido a la medida. No debe extrañar que los estudiantes identifiquen este monstruoso atropello con el crimen “legal” perpetrado por las autoridades coloniales españolas el 27 de noviembre de 1871.

Volé a ver a Rubén. Le informé pormenorizadamente de lo acaecido y me repuso que, por desgracia, su pronóstico se había confirmado. Es preciso —añadió a seguidas— reagrupar y unificar el movimiento estudiantil con más empeño y entereza que nunca. Hay que aprovechar, mientras se pueda, la disposición combativa del alumnado. Se vería, después, qué hacer. Y así colofonó sus encendidas recomendaciones.

— No puedo esperar más. Tengo que salir de aquí en seguida.

Asediado por Rubén, su médico de cabecera, con la licencia a regañadientes de Aldereguía, accedió a darle el alta, previo compromiso del enfermo de continuar, durante varios meses, el tratamiento prescrito. Le advirtió, con aire adusto, los inevitables riesgos que correría si lo burlaba. Aún no había cicatrizado la lesión. Rubén, desde luego, selló el compromiso con promesas solemnes. Cumplirlas estará más acá de su espíritu de entrega.

Dos días después, el 19 de noviembre, en una mañana de piel reverberante, Rubén Martínez Villena, henchido de alborozo, hablando hasta por los codos y el ánimo peleador, traspuso la verja de la casa de salud, sin mirar atrás. Aquel ímpetu de gigante no cabía ya en el enano espacio en que moraba.

El sativo, convulso y pugnaz 1927 declinaba en el calendario sin que las clases dominantes percibieran la profunda y expansiva onda revolucionaria que se gesta en las entrañas de la sociedad cubana. Cuando se concentre y raje la superficie, la Isla será teatro de luchas populares de imponentes dimensiones y radicales posibilidades.

Cierto es que, por lo pronto, el ambiente, saturado de violencia, hedores y sombras, se tornará abrumador, desesperante, cerrado. Los partos de la historia suelen ir precedidos de angustias enervantes y de aparentes impotencias.

“Quiero darle un saludo especial, cariñoso, muy cariñoso, a su Primer Ministro, que con audacia aparejada a su intelecto, ha conducido a Italia por el camino de su gran historia” —dictábale Machado, eufórico y soberbio, a un turibulario de Mussolini que lo entrevistaba en las postrimerías del año.

Julio Antonio Mella había sido profeta en su tierra. Pero el Asno con Garras se olvidaba del clarividente adagio de José Martí: “La tiranía no corrompe, sino prepara.”

---

libro es, asimismo, una de las más sagaces indagaciones de la presencia del estudiantado en los movimientos revolucionarios de América Latina. Para una polémica mirada sobre el tema desde el presente, consúltese la reciente obra de Juan Carlos Portantiero: *Estudiantes y política en América Latina (1918-1938). El proceso de la reforma universitaria*, Siglo XXI, México, [1978].

La lámpara había permanecido encendida en el escritorio de Rubén Martínez Villena hasta la madrugada de aquella noche desapacible de enero. Cuando detuvo la pluma, dócil al freno del jinete, daba término al manifiesto del Partido Comunista en que se enjuicia la VI Conferencia Panamericana, a punto de inaugurarse. Era una página máscula, ardiente, afilada, esclarecedora, incitante. A la cruda denuncia de la mojiganga, se asociaba la enérgica protesta por la participación del presidente Coolidge y la solidaridad militante con la guerrilla liberadora de Sandino, que había erigido en Las Segovias la capital simbólica de la América irredenta. Constituía, sin duda, un documento político de rango histórico. No en balde la voz revolucionaria de Cuba era la expresión misma de la dignidad erguida del continente ultrajado.

Sin perjuicio de un simulacro de amnistía a los “delincuentes políticos y sociales”, la persecución a obreros y estudiantes había ido aumentando a medida que se aproximaba la apertura de la conferencia. Era muy difícil establecer contactos y, sobre todo, reunirse en los sitios habituales. Chivatos y polizontes mantenían constante vigilancia en los cafés suburbanos y en las casas sospechosas de la ciudad. Con la finalidad de preservar su golpeada militancia, el Partido Comunista organizó cuidadosamente la distribución en La Habana del manifiesto redactado por Rubén. A los miembros de la Liga Antiimperialista nos tocó diseminarlo entre los intelectuales y los estudiantes. Nutridos paquetes se remitieron a las provincias por conducto de activistas ferroviarios pertenecientes al Grupo Pro Unidad. Creo que a Isidro Figueroa se le confió la tarea. Mas, no obstante las precauciones adoptadas, numerosos obreros y estudiantes caerían, a la postre, en las redes tendidas por los esbirros. Incluso una comisión de haitianos proscritos, encabezada por el escritor Dantés Bellegarde, que venía a protestar contra el protectorado norteamericano instaurado en su país, fue detenida y deportada.

Importaba mucho a Estados Unidos que la conferencia se adujera en pleno respaldo a su política de expansión, dominio y hegemonía en América Latina, entorpecida aún por la poderosa influencia de los intereses británicos en su franja austral. Los temas encandilados quedaban, obviamente, excluidos de la agenda: la intangibilidad de la Doctrina Monroe, la cuestión del canal de Panamá, la Enmienda Platt y la intromisión en Nicaragua. La Unión Panamericana, “embrión de la estructura política del imperialismo yanqui [en

el continente]”<sup>256</sup>—como la definiera Mella prefigurando con excepcional agudeza la tristemente célebre OEA—,<sup>257</sup> se había encargado, en contubernio con los tiranuelos más serviles y crueles, de urdir el montaje de la estrategia trazada: retórica vacua y trasero complaciente. Uno de los compromisos contraídos por Machado, durante su reciente estancia en Washington, era precisamente atornillar la actuación de la delegación cubana en la órbita de la yanqui. Sobra anticipar que lo cumplirá a pie juntillas. En el plano de la represión ya lo estaba cumpliendo.

Días antes de su arribo a La Habana, el secretario de estado, Charles Evans Hughes, jurista predilecto de bancos y monopolios, reafirmaba la posición de la cancillería del Potomac: “La política exterior no descansa sobre abstracciones. Es el resultado de concepciones prácticas del interés nacional, surgidas algunas de exigencias inmediatas o que resaltan vivamente en la perspectiva histórica. Los estadistas que cargan el peso del gobierno no pierden de vista, por un momento, los objetivos y requerimientos imperialistas.” Constituía una llamada al orden a las ovejas que pretendieran salirse del redil.

Era una definición exacta, además, del carácter y de los fines de la política exterior norteamericana desde la independencia de las Trece Colonias. La historia de Estados Unidos, había sido, en buena parte hasta entonces, como la definió Ramiro Guerra,<sup>258</sup> la crónica espectacular de su expansión territorial, económica, financiera, política e ideológica a expensas de América Latina y de posiciones claves en Asia.

Con sagacidad sorprendente, había ya subrayado Martí esa trayectoria imperial de la política yanqui. Mas su estratégico proyecto de detener, mediante la independencia de Cuba y Puerto Rico, el desbordamiento de las desaforadas ambiciones de Estados Unidos hacia el centro y el sur del hemisferio, fue bloqueado por su intervención militar cuando casi se consumaba la derrota del colonialismo español. Conjugando oscuras intrigas y claras amenazas, se apoderaría simultáneamente del istmo de Panamá, que le aseguraba, con la anexión de Puerto Rico y la base naval de Guantánamo, el dominio virtual del Mar Caribe, punto de apoyo de la expansión económica y política subsiguiente hasta los confines meridionales de nuestra América.

Muchos no percibirían a la sazón la magnitud de aquellos sucesos, ni su raigal engarce con la incorporación de Texas y el desmembramiento de

---

256 *El Machete*, 31 de diciembre de 1927 y 7 de enero de 1928. Citado por Raquel Tibol en *Julio Antonio Mella en El Machete, op. cit.*, pp. 182-185.

257 Organización de Estados Americanos. Su nutrido haber de intrigas, arbitrariedades e infamias contra la Revolución Cubana le valió el justo mote de Ministerio de Colonias de Estados Unidos.

258 Ramiro Guerra: *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, Cultural, La Habana, 1935.



México y, menos aún, se alcanzó a vislumbrar su dramática gravitación en el porvenir de nuestros pueblos y en la balanza mundial de poder. La aparición de Estados Unidos en la pugna internacional por el control de los recursos naturales, las relaciones comerciales y los mercados de inversiones de lo que ahora denominase el tercer mundo, inauguraba la era de las guerras interimperialistas.

Atrincherándose en la interpretación plattista de la Doctrina Monroe, el voraz coloso —todavía débil para disputar el espacio a sus poderosos rivales— reclamó para sí y obtuvo, tremolando la divisa de “manos de Europa fuera de América y manos libres para Estados Unidos”, el pleno señorío neocolonial de esta parte del orbe. Y fue elaborando, a la par, la sofisticada y poliforme ideología congruente con las fases sucesivas de su avasallante penetración: el destino manifiesto, la política del *big stick*, la diplomacia del dólar, la intervención enmascarada, la buena vecindad, la solidaridad hemisférica, el desarrollismo asociado, la alianza para el progreso...

Esa ideología cristalizó en 1890 en una concepción geopolítica de las relaciones interamericanas y la constitución de la Unión Panamericana y, posteriormente, en la Organización de Estados Americanos y el Tratado de Asistencia Recíproca, mecanismos del gobierno de Washington, que los ha manipulado —invocando la democracia representativa, la seguridad del continente y la civilización occidental cristiana— en consonancia con los intereses que promueve y defiende.

Cuando distribuían en pareja el manifiesto del Partido Comunista la noche del 13 de enero, eran apresados los obreros Claudio Bouzón, Noske Yalob y Antonio Puertas y el estudiante Manuel Cotoño, militantes de la vanguardia revolucionaria del proletariado cubano. Secuestrados en lóbrego calabozo de la fortaleza de La Cabaña, dos de ellos, Bouzón y Yalob, español aquél y polaco éste, fueron sustraídos a empujones de la prisión en la madrugada del 15 de enero, sin que pudieran impedirlo Puertas ni Cotoño; se ignoró durante algún tiempo su horripilante paradero. En ligero y veraz relato,<sup>259</sup> el estudiante Cotoño referiría, años después, su fugaz convivencia con Bouzón y Yalob y la dramática escena que los desapareció definitivamente de su vista.

En la mañana de aquel propio día, fondeaba en la bahía el acorazado “Texas”, que traía a bordo al presidente Calvin Coolidge y a la delegación norteamericana. “Coolidge y Sandino —registra Mella— son los nombres

---

259 Manuel Cotoño: “Tres años de prisiones y de destierro”, en: *Carteles* (La Habana) (14) 27-48, junio, 1931. Como algunos militantes revolucionarios de aquella época, Cotoño derivó posteriormente hacia posiciones reaccionarias, politiqueras y venales. Cuando se suicidó, en 1954, acaso abrumado por el peso de sus defecciones y extravíos, era uno de los secuaces del ex abecedario Ramón O. Hermida, ministro de gobernación de Batista.



que simbolizan el momento presente. La antítesis de la situación histórica está definida aquí.”<sup>260</sup>

Una ampulosa propaganda había orquestado la sexta función hemisférica del circo panamericano, famoso ya por sus osos domesticados, payasos san-grones y tarugos vergonzantes. Los fementidos pronunciamientos de Ibáñez, Leguía, Gómez, Siles y Machado, acaparaban los cintillos de la prensa. El 16 de enero, en que se descorrerá el telón de la farsa, ha sido declarado “fiesta nacional”. Horas antes del clamoreado debut, charreteras azules y amarillas cundían los soportales del Teatro Nacional, propiedad del Centro Gallego.

A despecho de la orden impartida de reprimir cualquier asomo de protesta, estudiantes y obreros iban afluyendo al Parque Central. Nos dispersábamos discretamente entre curiosos y apapipios. Temprano aún, algunos mozos de ímpetu indomable, encabezados por Gabriel Barceló, anduvieron brocha en manos merodeando en automóvil la Universidad, sin que les fuera dable pintarrapear sus muros de patrióticos lemas por la precavida vigilancia de los centinelas. En la majestuosa escalinata ondeaban los pabellones de veinte países humillados y la bandera de Estados Unidos “potentes y grandes”. Con obvio designio, Machado había dispuesto que las sesiones de trabajo de la conferencia se efectuaran en la clausurada institución. “Así me vengaré de Mella y de todos esos ácratas y comunistas comprados por Rusia” —graznaba en una rueda de ecobios y coberos.

Aplausos amaestrados acompañaban la aparición del tirano y de Coolidge, ambos de chaqué y la sonrisa fruncida. Una sonora granizada partió súbitamente de la multitud concentrada en el Parque Central: ¡Muera Machado! ¡Abajo el imperialismo yanqui! ¡Viva Sandino!

Los azorados figurones se hacen los sordos y, cubiertos por la marea protectora, se adentran en la antesala del teatro perseguidos por los gritos. No hubo percance que lamentar. Cumplida su misión, estudiantes y obreros se desparramaban por las calles adyacentes.

En la librería La Moderna Poesía, adonde dirigí mis pasos con Gabriel Barceló, vivaqueaban Rubén Martínez Villena y otros compañeros, atentos al desarrollo de los hechos y sobremanera inquietos por el destino de Yalob, Bouzón, Puertas y Cotoño. Suponían, desde luego, lo peor.

La nutrida mesa de novedades atrajo nuestra curiosidad de lectores avorazados.

—¡Mira, Rubén! ¡*El capital* completo!

Imponente el tamaño del volumen, rojo guinda la encuadernación, la letra menuda, finísimo el papel. Por primera vez, se juntaban, en nuestra lengua, los tres tomos de la más renombrada e influyente proeza del pensamiento revolucionario. (¡Regocijante sorpresa la mía cuando descubrí, al leerlos

---

260 *El Machete*, 21 de enero de 1928. Aparece en Raquel Tibol: *op. cit.*, p. 190.

en las noches demoradas del presidio, que la versión del sevillano Manuel Pedroso más que española era andaluza!)

Alejándonos luego del grupo, Martínez Villena departió con Barceló y conmigo acerca de la urgencia de rehacer e impulsar el movimiento estudiantil. Convinimos en volver a vernos. El gozo irradiaba de los espejuelos de Gabriel. Había conocido a Rubén.

La presidencia de la reunión recaía de oficio en el titular de las relaciones exteriores del país sede. Si a Rafael Martínez Ortiz la fachada le sobra para fungir de introductor de maromeros y bailarines, carecía, en cambio, de dotes para tal menester y prefirió, por eso, delegar sus funciones en Antonio Sánchez de Bustamante, profesor de la Universidad, magistrado del Tribunal Permanente de Justicia Internacional, abogado de empresas norteamericanas, lumbrera intelectual de la burguesía y cortesano de Machado. Y dueño, asimismo, de la estampa *ad hoc* para esgrimir la batuta: empaque señorial, perilla de plata, babero nítido, acento castizo, espinazo feble. Era, sin duda, el director de orquesta requerido.

No todo fue discurrir de mansa recua para los invasores de Nicaragua. Si las peroratas inaugurales de Machado y de Coolidge y las subsiguientes de sus machacantes fueron pedestres trasuntos de la relación entre amo y escudero y todas enderezadas a mantener los debates dentro del cepo de la agenda, algunos delegados meterán en apuros a los organizadores del espectáculo. Baste decir que, al conocer la Comisión de Derecho Internacional Público el informe de la comisión de juriconsultos reunida en Río de Janeiro, en el cual se postulaba que “ningún estado puede intervenir en los asuntos internos de otro”, el candente problema suscitaría, a pesar de los chicles y las presiones de Hughes, escabrosas controversias en el escenario y en los camerinos.

No se intenta siquiera, por supuesto, sentar al malhechor en el banquillo de los acusados, como décadas después tantas veces lo ha hecho en los foros internacionales, cociéndole el hígado con aguardiente de caña, el gobierno revolucionario de Cuba. Ni cabría imaginarlo entonces. Mas, sin invocarla ni aludirla, la sombra acusadora de Sandino, encarnación viva de la rebeldía continental contra las imposiciones, atropellos y despojos del cerrero leviatán, estaría presente. Y salen a la pista en locuaz manada los más rastrosos corifeos, el eunuco peruano al frente, que hace juegos malabares con un tabor de deyecciones. El ventrílocuo de Nicaragua se apresura a exaltar a presencia de los marines en su país y Hughes a justificarla en laberíntico lenguaje, hasta proclamar cínicamente, ya acorralado, el “derecho de los Estados Unidos a la interposición temporal con el objeto de proteger la vida y los bienes de sus nacionales”. Para decirlo en pulcro lenguaje, se quitó la

máscara y enseñó la bragueta: exigía, en suma, la cerviz gacha, el degüello consentido, la sumisión incondicional.<sup>261</sup>

Se acordó, en definitiva, transferir a la próxima conferencia la consideración del asunto, no sin que antes México provocara otro enredo al proponer la sustracción de la Unión Panamericana de la influencia yanqui y de la creación de un tribunal de arbitraje, o en su defecto, someter al existente en La Haya los conflictos hemisféricos.

Encabezaron la inesperada “insubordinación” El Salvador, Argentina y México, seguidos a calculada distancia por Chile, Colombia, Uruguay, Panamá, Santo Domingo y Haití. La abrupta renuncia de Honorio Pueyrredón, defensor de la no injerencia y proponente de una declaración contra las barreras arancelarias norteamericanas, y su relevo por el embajador argentino en La Habana, traslució la derrota política de los capitalistas, ganaderos y forrajeros ligados a los intereses británicos en la república rioplatense. El incidente originó fuertes disputas en Buenos Aires.

No pudo ser más ignominiosa la posición machadista. Orestes Ferrara, embajador de la tiranía en Washington, agotó la impudicia: “No, no podemos unimos al coro general de la no intervención —exclamó a nivel de alcahuite— porque la palabra intervención en mi país ha sido palabra de gloria, ha sido palabra de honor, ha sido palabra de triunfo, ha sido palabra de libertad, ha sido la independencia.”<sup>262</sup>

Esa retórica envilecida obtuvo destemplada reprobación incluso en la prensa venal. Da la medida del escarnio. “El papel de Cuba en la Conferencia Panamericana —anotaba Ramón Vasconcelos— ha sido el de mayordomo, atento a los caprichos del señor. Pudo por lo menos Ferrara haber comprendido los pudores de Cuba, estrangulada por el corbatín de Wall Street,

---

261 Una vívida y circunstanciada reseña de las vicisitudes de la VI Conferencia Panamericana podrá encontrarse en la obra de Lionel Soto *La revolución del 33*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, distribuida en tres gruesos volúmenes. Este título marca un deslinde en la copiosa bibliografía existente sobre la materia. El trabajo de investigación, compulsu y esclarecimiento ha sido poco menos que exhaustivo. Con un enfoque marxista-leninista, Soto ofrece una imagen lúcida, coherente y palpitante de ese complejo mural del proceso revolucionario cubano, que ha solido verse con una óptica más periodística que historiográfica y, a veces, con estrabismo pequeño-burgués o sectaria miopía. Las rotundas vivencias de Pablo de la Torriente Brau constituyen ejemplar excepción. Uno de los aportes más salientes del autor es el análisis del papel protagónico desempeñado por la clase obrera durante esa época y del trasfondo económico que condiciona el drama político, social y cultural. No obstante contener juicios y apreciaciones controvertibles, la obra de Soto será punto obligado de referencia para los futuros exégetas de esa fértil y aleccionadora etapa. Merece citarse también el libro de José Antonio Fabares: *La revolución del 30: sus dos últimos años*.

262 *Actas de las sesiones plenarias de la Sexta Conferencia Panamericana*, La Habana, 1933.

acogotada, sojuzgada.” Pero Machado había obtenido lo que ansiaba: el espaldarazo público de Coolidge y el respaldo compacto de la oligarquía.

La repulsa se esparció por el mundo. Sindicatos, partidos progresistas y organizaciones revolucionarias condenan la farsa. En América Latina se vigorizó el espíritu de resistencia. Sandino infligió costosas pérdidas a los “constabularios intrusos” —como les llamaba García Monge en homenaje a José Martí. Protestan enérgicamente los estudiantes cubanos exiliados en Europa. La Liga contra el Imperialismo y la Opresión Colonial convocó un mitin en París; el argentino Manuel Ugarte y el mexicano Isidro Fabela denuncian la hipocresía del gobierno norteamericano. Mientras habla de paz, buena voluntad y amistad —recalcaba Ugarte— trucida la soberanía de Nicaragua y reprime la legítima sublevación de los patriotas. El Comité Ejecutivo de esa organización se adhirió al pronunciamiento con un mensaje suscrito por Albert Einstein, Romain Rolland, Henri Barbusse y otros representantes prominentes de la cultura universal. Llamadas de ira revolucionaria caldean el discurso de Julio Antonio en la asamblea popular que preside en México. “La Conferencia de La Habana —resumirá éste en *El Machete*— será célebre. Ella ha marcado la bancarrota de esa sociedad comercial [...] que se conocía con el nombre de *Panamerican Union*.”<sup>263</sup> Ni juicio más perspicaz ni pronóstico más exacto. El panamericanismo como idea había entrado en crisis.

En su entrega del 15 de febrero, la *Revista de Avance*, que ya había advertido en la del 15 de enero las implicaciones dramáticas de la comedia panamericana, destilaba graves reflexiones: “Es innegable que se acercan —que estamos viviendo ya— días críticos para nuestra tierra. ¿Echaremos a un lado los antifaces, se detendrán ya los dominadores? Y, anquilosadas nuestras fuerzas —nuestra virtud— en la actitud beatífica y contemplativa ¿nos restarán ánimo y decisión para el gesto salidor? ¿Recreará nuestro pueblo, en la adversidad y en la indecisión, los arrestos pasmosos de otros momentos quizás ni tan difíciles ni tan decisivos? ¿Necesitaremos del dolor y del hambre, del caldo de taburete, para llegar a ver claro en nuestra realidad nacional e internacional, para saber que el regalo y el lujo y el refinamiento que se apoyan en elementos ajenos no son sino crímenes?” Eran ostensibles el ojo, la sensibilidad el estilo de Juan Marinello.

Cuando los destellos del alba empezaban a disipar la neblina que difuminaba la silueta del litoral opuesto de la bahía y emergían como fantasmas los buques anclados, los pescadores Ángel Prado y Manuel Mora se disponen a escudriñar el vientre de un escualo que han capturado la noche anterior. Unos cuantos madrugadores acudieron a observar la rutinaria operación. No era fácil revolver y sajar aquella inextricable espesura de tripas. Tras obstinados

---

263 *El Machete*, 11 de febrero de 1928. Aparece en Raquel Tibol: *op. cit.*, pp. 195-196.

forcejeos, Prado comenzó a extraer lo de siempre: residuos de peces, botellas, latas. De pronto, el cuchillo tropezó con algo que sacude sus nervios y le baña de sudor la frente. Con parte de la camisa y de la levita adheridas, surgió, mordido y putrefacto, un antebrazo humano.

Al propagarse el macabro hallazgo, se personó en el necrocomio, saliéndose de los ojos la sospecha y la ansiedad, Aurora Lastres, esposa de Claudio Bouzón. Apenas vio la mancuerna que pendía del puño ennegrecido de la camisa, quedó paralizada de espanto. Aquel muñón violáceo —mudo testigo de horrenda inmolación— era el antebrazo de su compañero.

De las sucias profundidades de la bahía brotará, días después, hallado por otro pescador, el cadáver descompuesto y encadenado de Noske Yalob. Una expresión nueva de nota persistente. Dos luchadores de la clase obrera, nacidos en lejanos parajes, encabezaban el martirologio comunista en la Antilla Mayor. El internacionalismo ha sido consustancial, desde sus orígenes, al movimiento revolucionario cubano.

La opinión pública reaccionó con mezcla de cólera y terror. Hasta entonces la gama de la delincuencia oficial nunca había alcanzado tan crueles y depravados tintes. Sin parar mientes en que con ello corrobora la generalizada creencia, Machado prohibió la pesca del tiburón.

“Tal fue —subraya Lionel Soto— el epílogo sangriento de la Sexta Conferencia Internacional Americana.”<sup>264</sup>

En un manifiesto clandestino escrito por Rubén Martínez Villena, el Partido Comunista denuncia al victimario y llama al combate: “Trabajadores de Cuba, uníos. El brazo trágico del camarada Bouzón ha de ser nuestro símbolo. Él representa el brazo inmortal de la clase trabajadora. El brazo vencedor de la persecución, el crimen y la muerte. De nosotros depende que ese brazo no sea sólo el brazo que pide justicia, sino el brazo que haga justicia.”

Interesado en dar una imagen de normalidad en el país, el tirano ordenó, apenas se desmonta la carpa panamericana, la reanudación de las actividades universitarias. Soldados y policías se retiran de la colina. Pero se refuerza el “cuerpo de orden” y el Consejo de Disciplina único permanece en estado de alerta. Pululan los soplones disfrazados de estudiantes. En un principio retraídos y temerosos, los alumnos acaban por atestar las aulas. Sólo un grupo de irreductibles se declaró en huelga izando la bandera de lucha contra las expulsiones y la prórroga de poderes. Y así sucedió durante varios días.

El paisaje cambió, radicalmente, cuando se efectúa la elección prefabricada de delegados a la Convención Constituyente. Ese día la asistencia fue mínima.

A la mañana siguiente, el patio de los laureles rebosaba de jóvenes enfebrecidos que discutían a lengua suelta. Puedo certificarlo. “Es indigno —exclamó uno— que permanezcamos en silencio contra lo que está pasando.” “No

---

264 Lionel Soto: *op. cit.*, t. 1, p. 435.

podemos —gritó otro— abandonar a los compañeros expulsados.” Y, por allá, avanza un melencólico enardecido que profiere, arrancando el asentimiento: “Hemos proclamado que los estudiantes ni se rinden ni se venden: nunca como ahora se impone demostrarlo.” Y concluyó aquél: “La muchachada de los Institutos nos está dando el ejemplo. ¡Sigámoslo!”

El día 15 de marzo el anfiteatro del hospital Calixto García se abarrotó de estudiantes. Los oradores coinciden en reclamar el inmediato retorno de los expulsados y proseguir el combate contra la tiranía. Se incoa expediente disciplinario a los organizadores de la asamblea y de la reunión efectuada poco antes en la cátedra de Fisiología.

Cuando el consejo disciplinario único, reunido en el laboratorio de Química, se disponía a tramitar la sentencia impuesta de antemano, una avalancha de jóvenes, encabezada por José Elías Borges, Aureliano Sánchez Arango, Oscar J. Hernández, Teodoro Montalván Mujica, Eduardo R. Chibás, Guillermo Barrientos, Rafael Trejo y Salvador Vilaseca, desbarató la puerta con un poste del tendido eléctrico e irrumpió en el edificio, se apoderó de los expedientes y puso en fuga a los espantados profesores, que dejan atrás un reguero de microscopios, pomos y redomas. Uno de los más combativos protagonistas del zipizape, Manuel Guillot, que encabezaba la lista de los condenados por decreto rectoral, fue condecorado con la sanción extrema: quince años de expulsión. En cuanto a los quinientos estudiantes que se nos encausó por firmar un manifiesto de protesta, se optaría por diferir la ejecución de la sentencia.

Las actividades docentes se suspendieron y la soldadesca volvió a ocupar el territorio universitario. Esta vez en traje de campaña y con bayoneta calada. Y, si al reabrirse las clases poco tiempo después, los alumnos acuden a las aulas, la lucha proseguiría en el subsuelo. Comenzaba una fase conspirativa bajo el signo del miedo y de la represión.

Grotesco engrimiento se adueñó del tirano. Se ufanaba constantemente de haber prosternado y sometido al país. Cruces y condecoraciones otorgadas por Leguía, Primo de Rivera, Mussolini y Juan Vicente Gómez resplandecían en su pecho, con fulgores, sanguinolentos, en las recepciones palaciegas. Incondicionales y guatacas amamantaban su vanidad con oleaginosos homenajes. Se creyó de veras mesías, egregio, único, eterno. “Gerardito, ha comenzado tu milenio” —le soplabá al oído, sonriéndose malignamente, Wifredo Fernández. “Después de Gerardito no hay más paradero” —solía decir un chusco de la pandilla. Y Gerardito asentía con idiota regocijo, sin que le turbaran la conciencia los gritos de sus víctimas que clamaban justicia.

Era evidente que su visión política no traspasaba las narices. Tampoco las “eminencias” alcanzaban a mirar mucho más lejos. Con absoluta ignorancia de los mecanismos, impulsiones y condicionantes del proceso histórico e

imbuidos de un radical desprecio por el pueblo —pura carne de explotación y servidumbre— carecían de la menor idea de las causas profundas del movimiento removedor que venía desarrollándose desde 1923 y de su inserción en el contexto y en la dinámica de los acontecimientos mundiales.

Si lo percibían, en cambio, con plena claridad, algunas cabezas dirigentes del proletariado y de la rebelión estudiantil. En un manifiesto clandestino, el Partido Comunista definía la situación y señalaba la ruta: “Para la clase obrera... todos los gobiernos de Cuba han sido malos. Pero nosotros hacemos justicia merecida al general Machado si decimos que su gobierno ha sido peor que todos; porque nunca encontró el Estado burgués un jefe más lleno de odio y ferocidad para los trabajadores ni encontró nunca la plutocracia yanqui un lacayo más fiel, un perro guardián más celoso en su triste misión de cuidar los intereses de la factoría del amo... Trabajadores, cerremos nuestras filas. La lucha es sin cuartel. De la burguesía, de los gobiernos *democráticos* no nos vendrá más que miseria y muerte. Sólo la fuerza podrá librarnos del imperio de la fuerza.”

En idéntico sentido se pronunciaban, aunque con un espectro social y político más vasto, la mayoría de los estudiantes expulsados de la Universidad, varios de ellos ya a punto de adscribirse al partido de los trabajadores. Mas, lo esencial era, con todo, que las vanguardias de la clase obrera y del estudiantado empezaban a plantearse, conjuntamente con el problema de la naturaleza del poder, la necesidad de la acción. Constituía un extraordinario paso de avance en la comprensión del carácter revolucionario de la contienda.

La pugna social no se había detenido. Aunque hostigado, agredido y maltrecho, el movimiento obrero dio señales activas de existencia en lo que iba del año. Su inventario resulta indispensable para entender el ritmo y el alcance ulteriores del proceso revolucionario.

Funcionaba todavía el circo panamericano cuando los trabajadores de San Antonio de los Baños, los despalladores de Santiago de las Vegas y los obreros de la fábrica tabacalera Larrañaga apelaban a la huelga en demanda de mejores salarios. Vigorosa demostración de unidad y resistencia fue el paro de los estibadores de Puerto Tarafá y de los panaderos de Marianao. Con parejo denuedo, los obreros del calzado y de artes gráficas de la capital se lanzarían a la lidia. Si bien el ámbito de esas acciones era formalmente económico, trascendía de ellas, sin embargo, un ardiente espíritu de clase y un afán enérgico de lucha.

Fisonomía acusadamente política exhibió, en cambio, la inesperada huelga de los obreros ferroviarios. Tras varias semanas de sostenida porfía, lograban expulsar de su seno a Juan Arévalo y a otros aborrecidos agentes de la tiranía y el imperialismo. No sólo eso. Una candidatura independiente derrotará, en las elecciones convocadas, a los polizontes de Machado. El Comité Pro



Unidad Sindical, compuesto en su mayoría por comunistas dirigidos por Isidro Figueroa, fue factor decisivo en esta batalla política de clase.

Eran los primeros éxitos que se anotaba el Partido Comunista en las férreas condiciones impuestas por la tiranía a la actividad sindical. La esforzada labor de Rubén Martínez Villena en la reorganización de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y su acertada conducción de algunos sindicatos comenzaba a rendir frutos. La acción social y política de la clase obrera se irá, paulatinamente, extendiendo y profundizando a partir de entonces. El Partido Comunista se propondrá ahora un objetivo más ambicioso: templar las cuerdas del movimiento obrero con un 1° de Mayo revolucionario. Se encomendó su ejecución a Martínez Villena.

Sañaba Rubén, hacía tiempo, con hablarle a los trabajadores un día como ése. No demoró en reparar, empero, en las desavenencias y dificultades intestinas que pudiera promover en el movimiento obrero su ocupación de la tribuna en el proyectado acto de masas. A pesar del terreno y el prestigio ganados por los comunistas, las condiciones no estaban todavía maduras para ese desafío.

Ha calado la situación. Sin duda, era un grave error táctico prescindir, en aquel momento y para aquella coyuntura, de la cooperación de dirigentes obreros y de directivas sindicales, aunque contaminados aún de ideas reformistas y temerosos de la represalia, de probada buena fe. Harto sabía que sólo mediante la *praxis* social y el esclarecimiento ideológico, lograrán cuajar la conciencia de clase, romper con las falsas concepciones, fraguar el coraje que la lucha requiere y transformarse en militantes revolucionarios. No gastó tiempo, por eso, en vanas especulaciones. Llamó a Gabriel Barceló, departió con él y le asignó un papel determinante al popular combatiente estudiantil.

En diversas reuniones clandestinas de la dirección del Partido y de la Liga Antiimperialista, Rubén Martínez Villena había estado insistiendo en que el sentido revolucionario de la situación en curso se iba perfilando cada vez con mayor claridad. Ya hoy resulta lugar común convenir en que la rebeldía estudiantil, la agitación social, el descontento político y la solidaridad con la insurgencia liberadora de Sandino —exteriorizada tumultuosamente durante la Conferencia Panamericana— eran signos de las contradicciones de clase, del ansia popular de cambio y del desarrollo de la conciencia antiimperialista en las sociedades atrasadas y dependientes de América Latina. Eso se percibió y se señaló entonces por la gente más avisada y sensible de las vanguardias obreras, intelectuales y estudiantiles. Su preocupación central fue, por eso, el tema de nuestro tiempo: mudar radicalmente las bases y los principios del caduco orden social capitalista. La influencia de la Revolución de Octubre avivaba, consciente o inconscientemente, este ardiente afán, irradiante a



veces de mesiánicos destellos, de una *vita nuova*, como aconteció en los albores del Renacimiento.

Nutridos en los conceptos calcificados del positivismo, en los simplismos reaccionarios de Gustavo Lebón y en las butifarras racistas de Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Carlos Octavio Bunge, los plumarios y sociólogos del *status quo* atribuían el fenómeno a factores coyunturales y, en última instancia, a manifestaciones de la mentalidad prelógica de las multitudes aborígenes mestizas, harapientas, ignaras y resentidas, que sólo mediante el yugo, el látigo y la obediencia —tosco anticipo del recetario fascista de Ortega y Gasset para reducir a las masas rebeldes— llegarían a acceder, andando los siglos, a la “vida civilizada”.

No había escapado al imperialismo y sus títeres que, desde los años veinte, las fuerzas moleculares del pensamiento y de la acción revolucionarios en América Latina venían cobrando impulsión en una u otra forma y en grado diverso, acorde con las particularidades concretas de cada país y el nivel de conciencia política, de organización y de dirigencia de las vanguardias comunistas, de algunos partidos socialistas, de los sindicatos y de los movimientos democráticos, progresistas y patrióticos de las clases sociales y capas intermedias, batidas o afectadas por los regímenes unipersonales y la dominación extranjera. Pero lo que todavía no han aprehendido conceptualmente es que esa heterogénea conjunción de fuerzas en movimiento constituía la expresión concentrada del proceso inconcluso de la revolución democrática burguesa de independencia nacional y, por ende, en las condiciones contemporáneas, de la revolución popular antiimperialista y de su entronque orgánico con la lucha por el socialismo. Unirlas y empujarlas en esa dirección era, precisamente, la tarea cardinal que incumbía a los partidos comunistas y a las vanguardias revolucionarias del pueblo.

Mucho podría discurrirse en torno a la lucidez de los enfoques y a la justeza de las tácticas de los partidos comunistas en esta etapa. Ya se ha aludido al tema con anterioridad. Pero eso me llevaría a abordar arduas y polémicas cuestiones relacionadas con la forma de aplicación de las tesis de Lenin sobre la materia, que exceden mi cometido.<sup>265</sup> Me ajustaré, por consiguiente, en cuanto a la lucha revolucionaria en nuestro país concierne, a las apreciaciones que estime indispensables. Sí considero necesario completar los rasgos esenciales del paisaje.

La intrépida y activa participación de los jóvenes partidos comunistas en la batalla por la liberación nacional y social es una de las ocurrencias sobresalientes de la época; mas es ineludible señalar su debilidad orgánica,

---

265 Conuerdo con Carlos Rafael Rodríguez en que “es imprescindible, por lo menos, registrar que el problema existe y llegará el momento en que será no sólo posible, sino necesario, acometerlo a fondo”, en: “Lenin y la cuestión colonial”, art. cit., p. 26.

su formación teórica deficiente, su sectarismo infecundo, su desconexión de las clases y capas extraproletarias.

Era evidente, empero, que su autoridad y su influencia, en algunos casos, rebasaban sus limitaciones subjetivas. Ninguno como el partido marxista-leninista de Cuba, llegaría a alcanzar en aquellos años tanta ascendencia en la clase obrera, el proletariado rural y amplios estratos populares.

Es indudable que la magnitud y complejidad de los problemas planteados se acrecían por los rezagos anarcosindicalistas y reformistas que aún lastraban el movimiento obrero continental y por la carencia de ideas maduras sobre cómo vertebrar, bajo la inspiración de los partidos comunistas tenazmente asidos también en el mundo colonial a la política de clase contra clase y a un concepto mecánico del papel hegemónico del proletariado, las abigarradas tendencias y expresiones antioligárquicas, patrióticas y antiimperialistas provenientes del núcleo revolucionario de la pequeña burguesía y de importantes capas sociales, influenciadas a menudo por caudillos populistas o dirigentes de agrupaciones políticas progresistas recelosos de toda alianza que pudiera absorberlos o trasponer sus objetivos. No era empresa fácil, ciertamente, eliminar los peñascos que obstruían la constitución de un amplio frente nacional liberador.

La inserción del APRA en ese complicado proceso aumentó la confusión y fomentó el divisionismo. Sus posiciones revisionistas, reformistas, oportunistas y capitulacionistas —subyacentes en el ala derecha del proceso de la reforma universitaria— empezaban a repercutir en los sectores retrasados del movimiento obrero latinoamericano y, especialmente, en el Perú, donde contaba ya con importantes bases en el estudiantado y en la pequeña burguesía intelectual, muy ligados a Haya de la Torre. No cabía subestimar sus peligrosas implicaciones, por cuanto la retórica alambicada, demagógica y pseudorrevolucionaria del aprismo propendía a crear la falsa conciencia de que la mejor manera de ser marxista en América Latina era dejar de serlo.

El humilde local del sindicato estaba desierto aquella mañana luminosa de abril. Un oído aguzado hubiera percibido, sin embargo, que de la angosta oficina se filtraban voces de contrastantes tonalidades. Alejandro Barreiro discutía con Rubén Martínez Villena la forma de participación de los comunistas en las actividades del 1° de Mayo.

Recogían ya los papeles para marcharse, cuando oteando hacia todos lados como para comprobar si alguien lo espiaba, irrumpió en el vestíbulo, paquete en mano, un joven sudoroso que se dirigió resueltamente a la puerta de la habitación y llamó con suavidad. Rubén saludó al mensajero y lo despidió con una palmadita en el hombro. Traía un envío clandestino procedente de México.

—¿Será lo que esperaba? —murmuró.

Rasgó el bulto y una tonga de folletos se esparció sobre el escritorio. En la portada fulgía el título como retador acero: *La lucha revolucionaria contra el imperialismo. ¿Qué es el ARPA?*

Martínez Villena exclamó jubiloso: —¡Exactamente!

Era la respuesta de Mella a los amaños ideológicos y las murumacas políticas de Haya de la Torre y sus adeptos. Teníamos ya noticias de ello y nos inquietaba el mutismo de Julio Antonio.

Rubén cogió dos ejemplares y ambos se sumieron en la lectura hasta apurar la última letra.

—¡Formidable! —saltó Martínez Villena, con su dorado mechón rebelde invadiéndole la frente. Éste es un documento básico para nuestra lucha contra los oportunistas, reformistas, demagogos y traidores. Una guía certera para la batalla por la emancipación nacional y social en América Latina. ¡Qué falta hacía ya desenmascarar públicamente a esos histriones! Esclarecedor y aplastante, ¿no te parece?

Con sus ojos fosforescentes a punto de desorbitarse y los dedos huesudos dibujando garabatos en el aire, el explosivo dirigente obrero repuso a la criolla:

—¡La metió en El Príncipe, chico!<sup>266</sup> ¡La metió! ¡Es un polemista de sal-fumán y creolina! ¡Oye, ese bárbaro juega más marxismo que yo dominó! Con eso te lo digo todo.

---

266 Argot beisbolero de aquellos años. Se refiere a la pelota que, empujada por un batazo de jonrón, picaba en las faldas del castillo de El Príncipe, al traspasar la valla del terreno deportivo.

Y, mientras Rubén lo observaba divertido, Barreiro estremecía los cristales del ventanuco con una risotada interminable, aún más estruendosa que las clásicas de Lutero por las calles solitarias de Worms.

Aquellas combativas páginas de Mella constituían, sin duda, una crítica devastadora. Su lúcida y sarcástica argumentación pegó tan duro que Haya de la Torre demoró seis años en editar su réplica y todavía Luis Alberto Sánchez, el presumido beato intelectual del aprismo, acecha toda ocasión para calificar la inapelable requisitoria de “grotesco y barato panfleto”.<sup>267</sup> El curso ulterior del APRA —partido político reaccionario, ahora empeñado en consagrar el Perú al sagrado lucro de las empresas transnacionales— le dieron plena razón a Mella. Con su ideología marxista-leninista, se edifica hoy en Cuba la primera sociedad socialista en nuestro hemisferio.

La intención del líder revolucionario cubano iba más allá del objeto inmediato de su análisis. Partiendo del intento de Haya de la Torre de organizar, con fraseología extraída en parte del marxismo, un frente latinoamericano contra las ligas antimperialistas y los partidos comunistas, Mella clavaba en la tendedera de los trapos sucios a “todos los oportunistas y reformistas traidores que sustentan iguales o similares ideologías, aunque nieguen tener vinculación con el APRA, o se digan enemigos de ella”.<sup>268</sup> Más aún. Inauguraba, con su puntual folleto, el debate ideológico continental sobre la concepción, la estrategia y la táctica de la lucha contra el imperialismo y su enlace dialéctico indefectible con la revolución socialista. Eso es lo que da relieve histórico a su alegato.

La ruptura ideológica, política y personal de Mella con el ex líder estudiantil peruano databa del Congreso de Bruselas contra el Imperialismo y la Opresión Colonial. Hasta entonces mantuvieron intermitentes relaciones epistolares, aunque cada vez más lacónicas y frías. Sus contactos sospechosos y sus declaraciones diversionistas habían puesto a Julio Antonio en guardia. Justamente las “reservas” suscritas por Haya de la Torre en la resolución del congreso sobre América Latina, le confirmaron a Mella la desviación acelerada del aprismo hacia posiciones antirrevolucionarias. Informado del engatusamiento de algunos profesores de la Universidad Popular José Martí por el apologista del laborismo y del Cuomingtan, le planteó a Rubén Martínez Villena la urgencia de bloquear la maniobra cismática, originando la caldeada polémica que ya se ha referido.

Al trasladarse Haya de la Torre a México, seguiría paso a paso su actuación pública. El itinerario de sus bufonadas, inconsecuencias e inverecundias quedó fielmente registrado en *El Machete*: canonización del reaccionario

---

267 Luis Alberto Sánchez: “Amauta: su proyección y su circunstancia”, en: *Cuadernos Americanos*, México (1): 142-149, enero-febrero, 1977, p. 146.

268 Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *Julio Antonio Mella; documentos y artículos*, ed. cit., p. 371.

senador Borah, pedantescas conferencias en las universidades, campanudos autobombos en la prensa, ofrecimiento de constituir con José Vasconcelos y Alfredo L. Palacios una comisión latinoamericana supervisora del sainete electoral proyectado por el imperialismo norteamericano en Nicaragua, reprobación de la contienda nacional liberadora librada por Sandino, campaña racista contra la inmigración china, encarecimiento de la “moderada política” del imperialismo británico en sus colonias, proclamación de su candidatura a la presidencia del Perú, supuestamente apoyada por sectores oligárquicos disidentes de Leguía y por una “remota comunidad indígena”. Como indicio de su reculamiento, bastaba. Y, por eso, Mella consideró ya inaplazable vaciar el serrín del muñeco.

Cuando Haya de la Torre aparece en escena con su simuladora alianza para revolucionarios arrepentidos, las ligas antiimperialistas, impulsadas por Mella, habían ya sembrado los gérmenes de un proceso nacional liberador. Numerosos dirigentes, colaboradores y simpatizantes del movimiento obrero revolucionario procederían de sus filas. No era fácil para el APRA ganarle el camino. Y mucho más difícil arrebatarse a Mella, como se proponía, el valimiento que disfrutaba en los pueblos latinoamericanos.

¿Y por qué ARPA y no APRA?

Culpa fue del versátil compositor de la partitura. Desde que la interpretó en Londres con floreo fabiano y letra de Chang Kai Shek, había apelado a una u otra sigla, sin prever que las connotaciones musicales de la primera constituían una tentación a la mofa política. En ambos casos, desde luego, el rimbombante enunciado y el especioso contenido eran lo mismo: Alianza Revolucionaria Popular Americana o Alianza Popular Revolucionaria Americana. Pero esos caprichos de *prima donna* le darían sabroso pie a Mella para reducir a tonadilla circense la alardosa cantata.

A ello debióse que, a partir de la publicación de su folleto, el APRA desapareciera oficialmente, sin perjuicio de que el director de orquesta conservase la batuta, que todavía<sup>269</sup> empuña en veladas virreinales con el embeleso de la oligarquía limeña y el embajador yanqui. Nadie lo ignora. Desde que, en la década del cincuenta, el titulado partido ant imperialista continental se entendió con las clases dominantes, los “búfalos” de Haya de la Torre dejarían de clamorear en las calles “¡Sólo el APRA salvará al Perú!” para canturrear en los salones “¡Sólo el APRA salvará al imperialismo!”

La refutación de Mella se fundamentaba en las tesis formuladas por Lenin en el II Congreso de la Internacional Comunista y en los acuerdos del Congreso de Bruselas. No obstante centrar la mirilla en los movimientos populares

---

269 A punto de entregar el texto de este libro a la editorial, llega la noticia del fallecimiento de Víctor Raúl Haya de la Torre. Aunque seguramente será canonizado por sus secuaces y panegiristas, la historia de la revolución latinoamericana no lo absolverá.

revolucionarios que sacudían a China y la India, esas tesis integraban, como ha puntualizado Carlos Rafael Rodríguez, “un esquema admirable que daba a los jóvenes movimientos comunistas de los países oprimidos la posibilidad de enfocar con sagacidad táctica sus relaciones con las clases no proletarias, en particular la burguesía nacional y la pequeña burguesía, utilizando su potencial revolucionario temporal”.<sup>270</sup>

Con notable comprensión de los problemas y las realidades coloniales de la época, el Congreso de Bruselas, mediante la activa participación de los comunistas asistentes, las inscribió en la base de la estrategia y la táctica de las ligas antimperialistas, organizaciones colaterales cuya función era atraer a la actividad revolucionaria a los núcleos radicales del estudiantado y de la intelectualidad e incorporar a la contienda nacional liberadora a considerables zonas de la población extraproletaria, especialmente a los campesinos y a las capas sociales intermedias.

Esta justa concepción no se avenía a la política de clase contra clase y del papel hegemónico del proletariado preconizada inflexiblemente en todas las situaciones coloniales por el movimiento comunista internacional, con la inevitable reducción de su influencia o de sus posibilidades de articulación en los procesos antidictatoriales, nacionalistas o antimperialistas provenientes de otras fuerzas políticas y sociales.

En su impugnación, Mella mantenía también este rígido criterio. Es evidente la razón marxista que le asiste en cuanto a la salvaguardia intransigente de la independencia política, ideológica y orgánica del movimiento obrero revolucionario y de su partido de clase. No hasta el punto, sin embargo, de que Mella prescindiera del carácter y de las particularidades, limitaciones y requerimientos objetivos y subjetivos de la lucha antimperialista en el primer cuarto del siglo xx en un continente neocolonizado.

El proceso revolucionario no es una síntesis de laboratorio. La realidad histórica —complejo objetivo-subjetivo en movimiento permanente— genera sus factores condicionantes, configurantes y coadyuvantes. Tocaba a la actividad consciente de los revolucionarios impeler tácticamente su desarrollo dialéctico hacia la plena consecución del objetivo estratégico. Sin duda, la aplicación creadora del marxismo al complejo objetivo-subjetivo prevaleciente era el método válido para la acción revolucionaria. Ésa era la egregia lección de Lenin. Haberlo visto con excepcional acuidad, en su tiempo y en su situación, fue el mérito mayor del joven líder cubano. Mella propugnaría, por eso, el apoyo de los comunistas a la “burguesía liberal, democrática y

---

270 Carlos Rafael Rodríguez: *Cuba en el tránsito al socialismo. 1959-1963*, Editora Política, La Habana, 1979, p. 79. Ha sido publicado en México, conjuntamente con el ensayo “Lenin y la cuestión colonial”.

revolucionaria”<sup>271</sup> de México, a los legendarios combatientes de Sandino y a la Unión Nacionalista de Mendieta si ésta se aprestase a una “lucha revolucionaria por la emancipación nacional verdadera”<sup>272</sup> de Cuba. Insistiría también en la necesidad inaplazable, en aquellas circunstancias, de formar una alianza antimperalista de clase que, preservando la identidad específica de sus componentes, garantizara la participación determinante del Partido Comunista, sin poner como condición previa la hegemonía del proletariado, la cual éste debía conquistar en el curso de la lucha. Nunca llegaría a plantearlo formalmente. Pero por íntimos colaboradores suyos se sabría que en su dubitación pesó más la disciplina de partido que su interpretación concreta de las condiciones concretas de América Latina, de la cual serían muestra sus contactos y gestiones, con el concurso de Rubén Martínez Villena, para retornar a Cuba clandestinamente y emprender una acción armada conjunta de ancha base social contra la tiranía y el imperialismo.

Cuando esa táctica no se entendía por muchos marxista-leninistas en Cuba, ya Mella, en su mensaje a los estudiantes universitarios que iniciaban el combate frontal a la prórroga de Machado, había exhortado a todos los oprimidos, afectados y zaheridos por el despotismo y el dominio imperialista a unirse en un frente común, convencido de que esa acción entrañaba un paso efectivo de avance en el proceso revolucionario de emancipación nacional y social. Y se afincaría aún más en esta concepción cuando en el verano de 1928 se efectuó el VI Congreso de la Internacional Comunista, en que se reconoce el papel revolucionario temporal de la pequeña burguesía en el mundo colonial, aunque negándole a sus sectores más radicales toda posibilidad de incorporación, como clase, a la revolución socialista. Era ostensible que faltaba aún la indagación rigurosa de la potencialidad revolucionaria y de las relaciones cambiantes de las clases sociales y capas de la población que constituían las sociedades desniveladas, dependientes y subdesarrolladas de América Latina, África y Asia. El proceso de descolonización subsiguiente a la Segunda Guerra Mundial —acelerado por la victoria soviética y la emergencia del sistema socialista mundial— pondría de manifiesto el contenido, a veces variable, de la dirección de clase de la fase popular, democrática, agraria y antimperalista en algunos países y sus complejas interrelaciones dialécticas con la fase socialista de ese desarrollo bajo la rectoría ideológica y política del proletariado cuando la numerosidad y la estructura orgánica de éste es todavía débil. En Cuba, la temprana asunción al poder estatal de la clase obrera mediante la representación de sus ideas, intereses y aspiraciones por la vanguardia marxista-leninista que encabeza Fidel Castro, condicionaría

---

271 Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *Julio Antonio Mella; documentos y artículos*, ed. cit., p. 379.

272 Ídem.

las interrelaciones entre las medidas y los objetivos de una y otra fase y, por eso, la etapa del tránsito constituirá un proceso revolucionario único que, no obstante sus características originales, confirma la tesis marxista.<sup>273</sup> La interpretación romántica y la hipótesis voluntarista de C. Whrigh Mills y de Jean Paul Sartre, elaboradas respectivamente para explicar el magno suceso, se las llevó el viento sin dejar otro rastro que una vana polvareda.

El propósito de Haya de la Torre de contraponer a las ligas antimperialistas y los partidos comunistas un partido pluriclasista dirigido por la pequeña burguesía con una ideología nacional reformista, tenía otros supuestos y otros fines. Se trataba, en suma, de cimentar el desarrollo capitalista dependiente y de impedir la revolución socialista. Haya argüía, con inigualada frescura, escamoteando cínicamente la clásica obra de Lenin, que el APRA —es decir, él— había descubierto “el hecho económico del imperialismo”. Tamaño embuste le parecía poco. Con pomposa suficiencia proclamaba que del análisis de ese hecho, a la luz de la “excepcionalidad histórica” de América Latina, había extraído un axioma que enmendaba la tesis de Lenin: el imperialismo, última etapa del capitalismo en Europa, era la primera etapa en nuestro continente. Y deducía, asimismo, dos corolarios que estimaba obvios: a) la incapacidad del proletariado para asumir la dirección de la lucha política y social; b) el marxismo y más aún el leninismo eran radicalmente ajenos, por extemporáneos y exóticos, a las singularidades del desarrollo económico, político, social y cultural de América Latina.

Para captar la esencia reaccionaria del aprismo bastaría con resumir las arcaicas novedades de Haya de la Torre: el imperialismo no es, pues, vocablo peligroso y atemorizante; el imperialismo es un concepto económico. Imperialismo significa la expansión económica de los pueblos más desarrollados en la técnica de la producción hacia los pueblos menos desarrollados. El imperialismo es un fenómeno económico de acción ambivalente: comporta peligros pero también trae progreso para los países de economía retardada. Así se explica que el imperialismo sea para el APRA un gran impulso constructivo, es decir, no un simplismo demagógico, nihilista, que pretende una falaz liberación económica de nuestros pueblos retrogradados a la primitividad, sino por su industrialización (capitalista) civilizadora. El imperialismo, como fenómeno económico, como primera etapa del capitalismo en Indoamérica —etapa de industrialización progresista— es tan peligroso cuanto necesario. Con él corremos los riesgos de la sujeción, pero sin él sería inevitable el estancamiento y el camino de la retrogradación.<sup>274</sup>

---

273 Ver Carlos Rafael Rodríguez: *op. cit.*, y Ernesto Che Guevara: “Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?”, en: *Verde Olivo* (La Habana) 2(14): 22-29, abril, 1961.

274 Ver *El plan del aprismo en 1931 según Haya de la Torre*.



Si ése es el planteo, ésta es la conclusión: aprovechar la “ambivalencia” del imperialismo, impulsando y defendiendo sus sedicentes aspectos positivos, es la única opción “marxista” en América Latina. Las raíces de esas posiciones oportunistas y mendaces pueden encontrarse, fácilmente, en las adoptadas por la social democracia europea sobre el problema colonial, tiempo ha combatidas y destripadas por Lenin.

Por obra y gracia de la prestidigitación arpista, se sustraía América Latina del sistema imperialista mundial de explotación y las leyes que rigen el proceso histórico eran sustituidas por el soberano arbitrio de Haya de la Torre. Se imponía, por tanto, aplazar la revolución socialista hasta que el ulterior desarrollo del capitalismo generara un proletariado vigoroso, cohesionado, maduro y apto para cumplir su misión histórica. Mientras, su destino era engendrar plusvalía. En tales hipotéticas condiciones, la única fuerza capaz de conducir la lucha política y social hacia la “redención” de América Latina era el frente único de trabajadores manuales e intelectuales, sustentado en las concepciones nacional reformistas de la pequeña burguesía como clase dirigente y postulando como célula original de la futura sociedad comunista peruana el *ayllu* incaico. Importaba, primordialmente, el poder por el poder, esto es, en su forma y sustancia tradicionales de estructura unipersonal y dependiente. Y, como vía para capturarlo, la electoral o el golpismo. “Si Lenin hubiera conocido a los arpistas —diría Mella— hubiese escrito párrafos especiales para ellos. Con toda seguridad los habría llamado “caricaturas tropicales de los populistas.

”Es un error creer que toda utopía es una visión imperfecta del porvenir. Las hay, como la presente, que son ‘un espejismo falso del pasado’.”<sup>275</sup>

En eso consistía, ni más ni menos, la asendereada adaptación arpista del marxismo a la “realidad indoamericana”. Coronando la superchería, aparecerá algún tiempo después, precedida de una pintoresca cabalgata de aspavientos, la suprema, omnisciente e intracósmica filosofía del espacio-tiempo histórico, una sarta de plagios y laberintos, hábilmente engarzada en una diatriba anticomunista de empaque académico en que se batían Marx, Einstein y Toynbee en un cubilete anegado en pisco. No cabe ya duda de que, además de ser un tráfuga de la revolución latinoamericana, el máximo arpista era un megalómano irrefrenable.

Recuerdo, a propósito, que durante nuestro común destierro en México, en una reunión auspiciada por Jesús Silva Herzog, director de la revista *Cuadernos Americanos*, me dijo Rómulo Gallegos, con perceptible fastidio, al oír a Haya de la Torre hablar incansablemente de sí mismo:

—¡Qué insustituible Don Yo para una novela de pseudointelectuales!

---

275 Instituto de Historia del Movimiento Comunista: *Julio Antonio Mella; documentos y artículos*, ed. cit., p. 386.

Con el transcurso de los años, el aprismo dejaría de ser marxismo desfigurado, falsificado, traicionado. Negación misma del marxismo real de Marx, Engels y Lenin, se despojó rápidamente de sus antifaces, mantas y abalorios para fungir, a las claras, de agente político incondicional de la oligarquía, la reacción y el imperialismo y de difamador histórico de la Revolución Cubana. Su programa actual es melancólico furgón de cola del desarrollismo cepaliano. Haya de la Torre encontró, a la postre, su verdadero espacio-tiempo histórico.

También en el Perú su apostasía había tenido una indirecta réplica contundente, casi paralela a la de Mella. Más que contundente, definitiva. Los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de José Carlos Mariátegui, que otrora había simpatizado con la propuesta de Haya de la Torre de formación de un frente latinoamericano antimperialista, constituyen el epitafio del aprismo. Mella se solazó leyendo este libro capital en la historia del pensamiento marxista latinoamericano. Cuando Marinello recibió el reducido lote que pondría en venta la *Revista de Avance*, le avisó a Rubén Martínez Villena. Encuadernado en flexible pasta española, marcada por el tiempo y las vicisitudes de mi vida —escondites, cárceles, destierros— conservo todavía, con amoroso cuidado, el ejemplar que hube de adquirir.

En un editorial definitorio de *Amauta*, Mariátegui reafirmaría nítidamente su postura antiaprista: “La primera jornada de *Amauta* ha concluido. En la segunda jornada no necesita ya llamarse revista de la nueva generación, de la vanguardia, de las izquierdas. Para ser fiel a la revolución le basta ser una revista socialista.”

Modalidades ideológicas del pluriclasismo aprista serían visibles, más o menos, en todas las conjunciones pequeño burguesas populistas del continente, como en el Partido Revolucionario Cubano (A) y el Partido Ortodoxo en Cuba, en el Partido Acción Democrática en Venezuela, en el Partido Nacional Revolucionario en Bolivia, en el varguismo en Brasil y en el peronismo en Argentina.

Tormentosa fue la reunión del Comité Pro 1° de Mayo efectuada en las vísperas de la efemérides. Horas antes, Machado había prohibido el desfile de los trabajadores y la peregrinación a la colina Lenin. Manoseó la intención de suspender, también, la concentración obrera en el Nuevo Frontón. Aconsejado por uno de sus áulicos, después de muchas vacilaciones se decidió a autorizarla si el comité se comprometía a no atacar al gobierno ni a Estados Unidos.

Voces iracundas se irguieron proponiendo “salir a la calle” a cualquier costo y denunciar en el mitin la política criminal, rapaz, entreguista y antiobrera de la tiranía. Exhalando humos incandescentes, Alejandro Barreiro encabezaba la protesta. Un viento de fuego sacudió sus últimas palabras:

“Si renunciar al derecho a la calle es un acto de incalificable cobardía, el pacto del silencio es una traición al pueblo cubano y un agravio a nuestros mártires. ¡No! ¡No! ¡No...!”

Contaré lo que vi. Escasas banderas rojas y tímidas consignas. A pesar de la propaganda intimidatoria de los líderes reformistas, que exhortaba a la sensatez y a la compostura, el inmenso local estaba casi repleto. Policías y apapipios vigilaban los movimientos de la desazonada multitud. Los comunistas se habían apilado en la parte alta de las graderías. Diseminados en la concurrencia, en mangas de camisa, numerosos estudiantes universitarios de diversas ideologías. Hurtándole su conocida estampa a los sabuesos, Gabriel Barceló procuraba disimular su presencia. No le era dable, empero, embridar el fogoso bullir de su pura sangre revolucionaria. No lejos de él se habían situado Rubén Martínez Villena y Joaquín Valdés, con su vitola a pupilo entre los dientes.

Pastoso aceite se escurría de la tribuna sin arrancar un aplauso. Inesperadamente, una viva agitación acompasada de sordos murmullos empezó a expandirse entre los asistentes como fulminante salpullido. De súbito, los comunistas y los estudiantes clamorearon al unísono:

—¡Que hable Barceló! ¡Que hable Barceló!

Como inducida por una corriente eléctrica, la masa entera coreó delirante: ¡Que hable Barceló! ¡Que hable Barceló!

Y habló Gabriel Barceló. Saltando con ágil inflexión deportiva a un palco vecino, se dirigió a los trabajadores. Con dejo burlón, Rubén le decía a Joaquín Valdés al oído:

—¡Ya está el café!

El discurso de Gabriel Barceló fue una explosión de relámpagos retumbantes. El aire soñoliento se incendió de alaridos:

—¡Muera Machado! ¡Fuera la prórroga! ¡Abajo el imperialismo yanqui! ¡Viva la clase obrera! ¡Viva la revolución social! ¡Viva el 1° de Mayo...!

Disparos a bulto. Policías y apapipios se lanzaron sobre Barceló, quien se defendía a gatzatones con la ayuda de sus hermanos Matías y Bartolo, fieles acompañantes suyos en las tânganas revolucionarias. Un obrero y tres policías gravemente heridos y centenares de apolismados fue el balance de la fenomenal pelotera. Cuando parecía a punto de ser rescatado, Gabriel fue apresado y metido a empujones en una jaula, que partió a toda velocidad escoltada por varios fotingos. Aún vibra en mi tímpano el eco tronitante de sus anatemas.

Obreros y estudiantes se reagrupan y, desafiando los garrotazos de la policía, recorren tumultuosamente, rompiendo vidrieras y paralizando vehículos, la calle Belascoaín hasta la avenida de San Lázaro, reclamando la libertad

del valeroso joven. La manifestación fue dispersada a tiros cuando dirigía sus pasos hacia la estatua de Maceo.

Se había propinado un leñazo tundente a la tiranía y al imperialismo. Mediante la acción audaz de un combatiente estudiantil y la voluntad de lucha de las masas obreras, cada vez más definida y enérgica, se pudo transformar un 1º de Mayo claudicante en combativo hecho revolucionario, como previo y propuso Rubén Martínez Villena. Con su buida perspicacia, Mella subrayó la relevante significación de la jornada en el proceso de radicalización del proletariado cubano.

Coceando sin tregua ni respiro, el Asno con Garras rebuznaba en su pesebre. Sus lameculos, aterrorizados, intentaban vanamente apaciguarlo.

La averiguación del paradero de Gabriel Barceló resultó infructuosa. Nadie lo había visto. Nadie sabía nada. Empezamos a evocar, inevitablemente, las “desapariciones misteriosas” de tantos luchadores. Lindaba nuestra incertidumbre con la desesperanza, cuando supimos al fin, por un funcionario oficioso, de su encarcelamiento en el transporte de guerra “Máximo Gómez” y del expediente de expulsión que se le incoaba por “extranjero pernicioso”. Aunque oriundos sus padres de Mallorca, Gabriel había nacido en La Habana y era, por lo tanto, acorde con la legislación vigente, cubano por nacimiento. La arbitrariedad se cometió a sabiendas para alejarlo de Cuba. A disgusto de sus bestiales instintos, Machado no osaba todavía asesinar estudiantes.

Poco antes de abordar el buque en que viajó a Nueva York, le permitieron despedirse de sus familiares y amigos. Altivo y sereno ascendió la escalerilla del “Monterrey”. Con mayor denuedo, firmeza y entusiasmo continuará en el exilio la batalla emprendida.

La represión iniciada en 1927 se agudizó con el volcánico estallido del 1º de Mayo. Los más comprometidos se evaporan o circulan con exquisito cuidado. Rubén Martínez Villena permaneció oculto durante varios días. La clandestinidad, como forma de existencia de la actividad revolucionaria, comenzaba a organizarse.

A pesar de la mayor experiencia y astucia de los perseguidos y de los rudimentarios recursos técnicos de los “expertos”, no pocos acabarían por ser atrapados. Unos irán a poblar las húmedas galerías de la cárcel. Otros, como Alejandro Barreiro, Antonio Penichet y Sandalio Junco,<sup>276</sup> son ilegalmente deportados a México. La crisis que atravesaba el movimiento estudiantil, prácticamente deshecho, obligaría a la pléyade más lúcida, peleadora y avanzada de sus activistas, inutilizados en sus escondrijos, a plantearse la alternativa de la cárcel o el destierro. Algunos, menos conocidos o destacados,

---

276 En las postrimerías del machadato, Sandalio Junco abjuró del marxismo-leninismo, se integró al desprestigiado grupúsculo trotskista —dirigido por Marcos García Villarreal, apóstata del Partido Comunista de Cuba y, posteriormente, malversador profesional— y adoptó una turbia posición oportunista que desvirtuó su historia pasada.

resueltos a sortear los riesgos antes que irse del país, optan por mudarse de barriada o se refugian provisionalmente en las provincias. La mayoría se sumará a las colonias de proscriptos residentes en México, Estados Unidos y Francia. La corriente de expatriados voluntarios, nutrida sobre todo de estudiantes revolucionarios y personajes de la oposición burguesa, no cesará ya hasta el derrocamiento de la tiranía. Habría, por supuesto, dos tipos de exilio: el cómodo y el incómodo. Unos vivían en lujosos hoteles y otros en sórdidas covachas. Dependía de la condición de clase.

El ciclo de la insurgencia estudiantil que se cerraba se caracterizó por su índole política, su espíritu revolucionario, su censura a la dominación imperialista, sus vinculaciones con la lucha social y su reconocimiento de la jefatura espiritual de Julio Antonio Mella. Todavía se carece de un profundo análisis de la dinámica, la significación y el alcance de este proceso. Suele convenirse en que representa, por su combatividad y sus nexos con las masas populares, una etapa más alta que la de 1923, sin mermarse por ello la aureola y trascendencia de ésta. Es indudable. Pero no basta con esa conceptualización para aprehender, cabalmente, su sentido histórico. Se precisa hurgar más en el contexto y en el trasfondo de la situación y sus factores condicionantes. Y, si se hace, se percibirá, con claridad, que la definición de esta insurgencia la da el fenómeno político nuevo que engendra su acción. Por obra de la eventual conjunción de circunstancias propicias, la dirigencia del estudiantado se transformó, transitoriamente, en la vanguardia del pueblo durante la batalla nacional contra la prórroga de poderes. Lo movilizó, organizó y dirigió. Atizó esa batalla —señalaría Mella apenas comenzaba. A despecho de su considerable ascendencia popular y de contar en su seno con estudiantes revolucionarios y porciones de la pequeña burguesía y de trabajadores radicalmente hostiles a la tiranía, Unión Nacionalista, vehículo de la oposición tradicional, marcharía a remolque de los sucesos, aunque extrayéndole bastante zumo. Ése fue el hecho.

El Partido Comunista y las organizaciones obreras revolucionarias, no obstante las duras condiciones que arrostraban, le prestaron al Directorio Estudiantil Universitario cuanto apoyo les fue hacedero. Rubén Martínez Villena contribuyó, extraordinariamente, a estrechar las relaciones de ese organismo con el proletariado. Había seguido, desde el principio, con enorme interés, la creciente radicalización del movimiento. La activa participación de un grupo heterogéneo de estudiantes universitarios, encabezado por Gabriel Barceló, en la concentración del 1° de Mayo, no había sido casual ocurrencia: respondió a un acercamiento recíproco del movimiento comunista y de la juventud ansiosa de cambios fundamentales. Era otro hecho. Y, a tal punto importante, que alimentar y fortalecer aquella convergencia de fuerzas resultaba indispensable para la integración del frente nacional liberador,

vanguardia antimperialista de amplios contornos y variados matices, de la cual debía ser importante componente el estudiantado revolucionario.

Mella había visto y señalado ya esa necesidad inaplazable por eso, el propósito cardinal de su trabajo con los jóvenes luchadores emigrados en 1928 sería atraerlos y vertebrarlos para la acción armada popular que se proponía ejecutar en Cuba.

Exhibiendo su elegante ropero, abanicándose con parsimonia intencionada y sin sonrojos de conciencia, presidiría Antonio Sánchez de Bustamante la Convención Constituyente. Recuerdo que a algunos estudiantes ingenuos, deslumbrados por su nombradía internacional y seducidos por su grandilocuente metafísica del abogado como paladín de la justicia, el derecho y la moral, les resultaba incomprensible que pudiera plegarse a los dictados del déspota y, menos aún, que aceptara pastorear un hato de bribones, solípedos y guatacas como nunca antes se consiguió reunir en Cuba. Era muy fácil entenderlo. La conspicua posición del inflado jurisconsulto en las esferas dominantes de la sociedad neocolonial, explicaba, con cruda simplicidad, la aparente abdicación de sus deberes y responsabilidades. Su pulimentado servilismo era hechura de sus intereses de clase.

El 10 de mayo de 1928, después de ser proclamado el Asno con Garras “ciudadano ilustre y ejemplar de la república”, Antonio Sánchez de Bustamante clausuraba la Convención Constituyente con un discurso en que distribuyó, en dosis pareja, el ademán cortesano con el humor reaccionario. Machado obtuvo lo que quiso: metamorfoseó la prórroga presidencial en enmascarada reelección por un período de seis años a contar desde el 20 de mayo de 1929 y aseguró la prórroga del mandato de los funcionarios electos por la maquinaria tripartita. Hubo una excepción: el alcalde de la capital. Por supuesto, no podía perdonarle a Miguel Mariano Gómez la apachurrante derrota que infligiera a José María de la Cuesta ni sus desavenencias con el régimen. Redondeó su venganza suprimiendo el Ayuntamiento de La Habana e inventando el Distrito Central, que donará a *Pepito* Izquierdo, uno de sus más desalmados y fieles testaferos.

El artículo 115 de la constitución de 1901 circunscribía las atribuciones de los convencionales a aprobar o rechazar la totalidad o parte de la reforma votada por el Congreso. Para reelegir a Machado era ineludible violar la letra y el espíritu del precepto. Y así aconteció. Sin resistencia ni llanto de la virgen raptada, los delegados introdujeron en una disposición transitoria la percha que instrumentaba su perpetuación en el cargo, no obstante prohibir la reelección el texto aprobado.

La cínica transgresión entrañaba, de hecho y de derecho, un quebrantamiento sustancial de la estructura jurídica burguesa. Se consumaba, ni más ni menos, un golpe de estado a la medida exacta de la voluntad despótica

de Machado. El cooperativismo cumplía cabalmente su misión al investirlo con las prerrogativas formales del poder personal. Las reales ya las venía detentando desde 1925.

Entrelazados sus intereses a los de Machado y el imperialismo, la oligarquía manifestó su adhesión renovando las alabanzas y genuflexiones de costumbre. Los monopolios yanquis se sintieron resguardados. Sin embargo, el horóscopo de la historia no vaticinaba precisamente risueñas perspectivas. El indignante desafuero coincidía con los estremecimientos precursores de la crisis económica mundial, el fracaso de la restricción de la zafra, la merma de los ingresos fiscales, el incremento del desempleo y el asomo de la miseria por ciudades y campos, con su creciente marcha de desocupados, billeteros y mendigos.

El amplio abanico del movimiento popular patentizó su repulsa al golpe de estado mediante actos de calle, manifiestos, volantes y letreros en las paredes. Aunque ha ganado en experiencia, conciencia, sensibilidad y pujanza, carecía de medios más efectivos en aquella forzosa coyuntura de repliegue, reagrupamiento y reorganización. Pero mantuvo enhiesta su actitud durante algún tiempo, a pesar de las detenciones y atropellos. La jefatura de Unión Nacionalista se concretó, con el ostensible disgusto de algunos dirigentes y de su militancia más radical y combativa, a presentar un recurso de inconstitucionalidad en el Tribunal Supremo. El *postliminio* romano —la vuelta formal a lo que era— es el tope de su ideario político.

El sentimiento antireeleccionista fue una constante en la república neocolonial. Desde la intentona frustrada de Estrada Palma, la reelección presidencial había suscitado enérgicas protestas e incluso sangrientos revolicos de los candidatos afectados, con el apoyo masivo de la población, harta ya de la cogioca, la arbitrariedad, la engañifa y la penuria. Pero los cabecillas, interesados exclusivamente en adueñarse del mangoneo, cuando los vientos de Washington eran desfavorables u olfateaban la derrota, solían dejar en la estacada a los “alzados”, que pagaban con creces los platos rotos de su candidez política. No obstante ser víctimas una y otra vez de esos timos, el sentimiento antireeleccionista jamás decayó: perduró vivo y beligerante. Diríase que constituía una antipatía congénita.

Jamás, sin embargo, había adquirido las dimensiones horizontales y verticales de la movilización encabezada por los estudiantes universitarios contra la prórroga y la reelección de Machado, caras ambas de la misma maniobra. Sin duda, la óptica del pueblo raso empezaba a clarificarse y no ciertamente por obra del azar. Las luchas de las organizaciones obreras revolucionarias, la difusión de las ideas marxista-leninistas, el desarrollo de la conciencia antimperialista y la contagiosa influencia colectiva del movimiento estudiantil eran filones contribuyentes a la configuración del nuevo

estilo de la actividad política y social de las masas populares. Eso explica que, entre 1927 y 1928, no es sólo la encarnizada animadversión a Machado lo que impulsa a la lucha a importantes capas del pueblo trabajador y de la pequeña burguesía urbana y rural; era, asimismo, la disconformidad con el sistema de opresión nacional y de explotación extranjera que Machado personificaba, aunque todavía confusamente comprendida y expresada por los sectores políticamente menos maduros.

Aquel 20 de mayo despuntó congestionado de nubarrones y el mar escupiendo espumarajos. El lumpenmachadismo se fue apiñando durante el mediodía a los alrededores del palacio presidencial. Enardecidos por el látuer y la cañandonga, chulampines y virulillas marcaban el paso a compás del ritmo popular de “La chambelona”. Cortejado por sus áulicos, conmitones, manengues, guabinas, paniaguados y verdugos, caldo podrido de la olla cooperativista, el Asno, tras de jurar la “nueva” constitución y sorber una copa de champaña, salió a la terraza norte a disfrutar del denigrante espectáculo. Mucha gente, en acto de muda protesta, permaneció recluida en sus hogares. El pequeño mundo clandestino rabiaba de impotencia. No podía asomar la nariz sin toparse con un policía o un chivato.

En extensa alocución pública, escrita por Wilfredo Fernández, aceptaría Machado, entre vanidosos desplantes y aseveraciones farisaicas, el acuerdo de las tres “partidas” de granujas de apoyar su reelección, no obstante el “duro sacrificio personal” que ello supone. Con estruendosos voladores y peroratas rastreras, el 29 de julio se efectuó la proclamación oficial de su candidatura.

Ruta expedita y resultado previsto. No tenía opositores. La amañada Ley de Emergencia Electoral había dejado en la calle y sin llavín la más cara ambición de los altos dirigentes de Unión Nacionalista. Se inauguraba, para decirlo con la expresión feliz de Lionel Soto, “la campaña electoral del soliloquio”,<sup>277</sup> que batió el récord de comilonas y homenajes.

Herméticamente cerradas las vías de la legalidad burguesa, se imponía un cambio en la estrategia y la táctica de la lucha revolucionaria, popular y democrática.

---

277 Lionel Soto: *op. cit.*, t. 1, p. 443.



—¡Golpe de Estado! ¡Fracasó el golpe de Estado de Iturralde! ¡El secretario de Guerra y Marina huyó en aeroplano! ¡Golpe de Estado! ¡Fracasó el golpe de Estado! ¡Absoluta normalidad en la República...!

La neblina de la madrugada se mecía aún sobre los tejados cuando los vendedores de periódicos empezaban a vocear esos excitantes pregones por los barrios de La Habana. La población despertó sobresaltada. Los escasos transeúntes se miraban de reojo y apresuraban el paso. La fantasía tropical se desplegó al viento de las especulaciones sin freno ni contén.

—Esto se va pronto al carajo —me decía en tono profético un vecino de la cuadra... Ya el ejército le está fallando...

No se supo entonces, ni nunca se sabrá claramente, si se trató de una jugareta de Machado para desembarazarse de Rafael Iturralde —incómoda sobrevivencia de las condiciones impuestas por Alfredo Zayas a cambio de su apoyo político— o si fue realmente un intento fallido de rebelión militar. Era cierto que Iturralde, hombre de personalidad incolora y sin ningún predicamento en la alta oficialidad, que lo mantuvo siempre aislado, dejó saber, más de una vez, su desacuerdo con la reelección. Pero de ahí no pasó ni podía pasar. Mediante halagos, dádivas y posiciones, el tirano había convertido las fuerzas armadas en un ejército privado.

Apócrifo o cierto, Machado se aprovechó del episodio para intensificar la represión. A raíz de la fuga folletinesca de Iturralde, era descubierto el cadáver agujereado de uno de sus amigos más notorios, el coronel mambí Blas Masó, impenitente censor del régimen. Con el cráneo molido a estacazos, fue encontrado, semanas más tarde, Bartolomé Sagaró, ex representante a la Cámara y director de *La Voz del Maestro*. Un artículo valeroso le costaba la vida.

Desafiando el reto de las circunstancias, el movimiento revolucionario volvía a dar signos de vida. Rubén Martínez Villena reconquistó audazmente la calle y prosiguió su ardua faena de reorganizar y unificar la Confederación Nacional Obrera de Cuba, la Federación Obrera de La Habana y los sindicatos más peleadores. Con el exilio de Alejandro Barreiro, la federación había quedado casi acéfala, hasta que Gumersindo Montero, comunista de origen español, tomó sus riendas. Pero la reconstrucción del perseguido y diezmado Partido Comunista era también actividad de primera línea. Entre los proyectos de Rubén estaba la fundación de la Liga Juvenil Comunista y

el establecimiento de nexos efectivos con los trabajadores azucareros y los campesinos de la provincia de La Habana.

Varias veces fui a verlo por aquellos días para exponerle los obstáculos con que tropezábamos para revivir la lucha estudiantil. Militarmente ocupada, era sobremanera difícil moverse en la Universidad sin suscitarse sospechas o promover arrebatos. Un resbalón podía dar al traste con la labor emprendida. Habíamos conseguido ya, empero, la integración de una minúscula vanguardia de heterogénea composición ideológica.

—Sigán por ahí. Ya pasaremos a la ofensiva. Hay que acopiar paciencia y consistencia. Ése es el camino —repuso.

La mañana era tibia y cristalina. Hacía algún tiempo que no visitaba las librerías y se me ocurrió ir a pie a La Moderna Poesía. Caminaba, ausente y gozoso, por la calle San Rafael, desbordante a esa hora de mujeres atraídas por el suntuoso esplendor de las vitrinas, cuando, desde la plataforma de un tranvía, alguien me gritó estentóreamente, dejándome confundido un instante:

—¡Flaco, aspira!

—Aspira, qué...

—¡Aspira! ¡Aspira!

Era Matías Barceló. Entendí entonces la singular manera de avisarme que la policía me buscaba y debía desaparecer. Y aspiré.

Al llegar a la calle Industria, torcí a la izquierda y recordé, de súbito, que por allí cerca moraba el doctor Juan Antiga, antiguo conocido de mi familia, fundador del Grupo Minorista, amigo íntimo de Rubén, simpatizante de la Unión Soviética, antimachadista de cal y canto y corazón abierto a los perseguidos y desdichados. Y, tanta era la prisa que llevaba, que respondí con evasivo gesto el escandaloso saludo de Amadeo Pacífico, un barbero italiano desterrado, anarquista belicoso y hablador sempiterno, que a veces me rasuraba.

Enfilé por la calle San Miguel hasta que di con una casona típicamente habanera que lucía su nombre en una placa estropeada. Toqué el picaporte y nadie acudió. Torné a tocar y se asomó, envuelta en un batilongo azul añil, ornado de peces escarlatas, la erguida y elástica figura del doctor Juan Antiga, con sus ojos chispeantes y esa sonrisa peculiar que rejuvenecía sus arrugas e iluminaba su pigmento verde olivo.<sup>278</sup>

—¿Qué te ocurre? Pasa, pasa...

Y pasé a una vasta estancia de piso de mármol, con techo de alto puntal revestido de caoba, y al fondo, como irónico valladar a la pupila intrusa, mamparas de opacos cristales con rutilantes calcomanías. De un vistazo me percaté, al penetrar en su consultorio, que, sin buscarla, comenzaba a vivir

---

278 Ver José Antonio Fernández de Castro: *Nada más que 1 hombre*, Siglo xx, La Habana, 1927. Ágil, pintoresca y documentada semblanza de Juan Antiga.

una extraña aventura. Libros y folletos, de la más diversa índole y descosidos los más, se acumulaban en el suelo. Tiradas en un rincón, centenares de revistas amarillentas. La gigantesca mesa cundida de papeles enrollados y por las esquinas platos de porcelana llenos de maní, tomates verdes, papas de Güines, repollos de lechuga, nueces panzudas, avellanas doradas y uvas violetas.

—¿Quieres probar mi despensa? —preguntó, mientras se echaba en la boca un puñado de brillantes semillas negras.

—Gracias, doctor. Ahora no. Debo antes explicarle mi presencia —le contesté medio desconcertado.

No salía de mi asombro cuando advertí en la pared, cruzados y suspendidos de mohosas alcayatas, dos bates de majagua entre cuatro pelotas de “poli” y coronándolos una mascota desguarnecida. En el paño de la derecha, un pergamino envejecido. Pensé que era su título de médico.

—Espérame un momento. Voy a vestirme —dijo y desapareció por el corredor.

Retornó empaquetado: traje blanco de dril cien, corbata a la mariposa, gafas prendidas al ojal de la solapa con una cinta negra, leontina de oro, sombrero de jipijapa y bastón de radiante empuñadura.

—Tengo que salir.

Y me estrechó la mano, añadiendo:

—Estás en tu casa. Puedes registrarlo todo y cuando te pique el hambre ya conoces el menú.

—Doctor, por favor, permítame decirle el motivo de mi visita. Porque... bueno... figúrese... mi propósito es quedarme.

—A ver, rápido, que estoy apurado.

Cuando concluí, señaló la habitación contigua y puntualizó sonriendo:

—Ésa es mía. Las demás son tuyas.

Comí al atardecer algunos tomates, varios repollos de lechuga, numerosas nueces, avellanas, uvas y acabé con el maní. Dejé intactas las papas.

Debió de regresar después de la medianoche. Con el sueño compacto de la juventud, ya yo dormía en la última habitación, que desembocaba en el baño.

Desperté sin dar crédito a lo que veía. Completamente desnudo, Antiga brincaba de una silla a otra en veloz carrera a la redonda. Con sus flacos brazos en movimiento continuo, las costillas sobresalidas, en cómico zarandeo los jardines colgantes de Babilonia, vibrátiles las sólidas piernas de güin, parecía un fakir alucinado.

Sudaba copiosamente cuando, dándome los buenos días, me abordó:

—¿Como amaneció, jovencito? No te preocupes: aquí estás seguro.

Y bruscamente se metió en el baño, abrió el grifo de la ducha y se embadurnó el cuerpo con un espeso jarabe marrón.

Percibiendo mi sorpresa, me atajó:

—El jabón es nocivo para la cutícula. Me froto con sal de higuera. Es benéfica.

—Doctor, ¿pero la sal de higuera no es un purgante de sabor horrible? ¡Las veces que lo he tomado...!

—Hijo, la ignorancia es mala consejera. Lo que sí es dañino es el uso interno de la sal de higuera.

Y, a seguidas, chorreando agua como un manantial, se vistió de pies a cabeza.

—No me mires así. Es el método más eficaz para conservarse ágil, jovial y optimista. Te veré luego. Si sientes curiosidad por las mil cosas que he escrito, científicas, literarias, políticas o deportivas, desenrolla los papeles que están sobre la mesa... ¡Un momento...! Olvidaba algo muy importante. Guarda este breviario por si lo necesitas: encontrarás el nombre, el teléfono, la dirección, la especialidad y la escala de precios de las rameras que conozco...

Y, lanzando una carcajada maliciosa, se fue raudo, canturreando y el bastón haciendo cabriolas.

Temí contagiarme y también pité, no sin antes paladear un racimo de uvas frescas. Le dejé una nota muy cariñosa, donde le explicaba que el momento crítico ya había pasado y tenía deberes que cumplir.

Cuando le referí a Rubén Martínez Villena la absurda ocurrencia, se regocijó muchísimo y mi asombro creció al proporcionarme antecedentes y aspectos de la vida de Juan Antiga.

—Es un tipo de leyenda, chico. Pobrete de nacimiento, sostuvo a sus padres repartiendo cantinas y pregonando periódicos. No sé si sabes que se costó los estudios de Medicina con los centenes que ganaba como pelotero profesional en el club Habana. Era un jugador completo: bateaba, corría y fildeaba. Mientras esperaba su turno al bate, solía devorar, bajo un tamarindo cercano a la glorieta, textos de Anatomía y libros de versos. Víctor Muñoz recordaba, a menudo, que el único pelotero en el mundo que había leído a Baudelaire era Juan Antiga. Se graduó con los máximos honores. Mas, apenas pudo ejercer su profesión, porque tuvo que huir del país al ser sorprendido en actividades conspirativas. Recorrió medio continente y, sin abandonar sus compromisos patrióticos, obtuvo celebridad como médico homeópata en Venezuela, Ecuador, Panamá, Costa Rica, Honduras, Guatemala y México, donde se asentó varios años. En este país un lance amoroso lo puso en tragicómico aprieto. Iba ya acostarse cuando requirió sus servicios urgentes un rico latifundista, cuya esposa curaba de trastornos gástricos con cocimientos lilas de flores de jacaranda. Al arribar a la mansión campestre, el latifundista le indicó secamente que entrara en la biblioteca y, sentándose frente a él y extrayendo de la gaveta un montón de cartas y una pistola de

ranchero, con los ojos inyectados en sangre y la voz tonante, profirió: “Estas cartas amorosas, dirigidas a mi mujer, están firmadas por usted. Le doy una alternativa: o se las come sin chistar o le levanto la tapa de los sesos.” Por supuesto, Antiga se las comió.

Y, al evocar la insólita escena, Rubén se reía como si la hubiera inventado.

—Cuando vuelve a Cuba —continuó— instala su consultorio en esa misma casona de San Miguel, y se consagra, con admirable tenacidad, a la medicina homeopática, que a muchos les parecía más afin a la nigromancia que a la ciencia. ¡Ah! y para convencer de las bondades de su terapéutica a los escasos pacientes, se disfrazó de vegetariano. Tú fuiste víctima de sus simulaciones. ¡Porque hay que ver los filetes, enchumbados en salsa de cebollas, que se empuja a medianoche en el restaurante Fornos! Ahora está aprendiendo ruso. Y no hace mucho se graduó de abogado, en un año, para defender personalmente su parte de una herencia familiar. Es un ente de novela. Y deriva cada vez más hacia la izquierda... ¡Qué tipo...!

Por cierto, Alejo Carpentier<sup>279</sup> atesora un fantástico anecdotario de este personaje, que parece fugitivo de su barroca picaresca.

Ausencia y presencia suelen identificarse en la obsesión del regreso en los revolucionarios proscriptos. Cuba nunca estuvo tan dentro de José Martí y éste tan dentro de Cuba como durante su largo ostracismo. Vivió de ella, por ella, para ella. Jamás Julio Antonio Mella se sintió desarraigado de Cuba ni moralmente deprimido. Nostalgia colérica fue la suya. Si el ondulante contorno de la Isla se perfila en la añoranza con transparencia de cristal, los dolores, afrentas y ansias de su pueblo le incendiaban la sangre, el pensamiento y la conciencia y lo urgían a la pelea. Y pelear por el derrocamiento de la tiranía de Machado, el odioso régimen vendido que saquea, encarcela, asesina, destierra y agravia la dignidad humana, es lo que hace desde su arribo a la meseta, parte indisoluble de su incesante combate por la emancipación universal de los perseguidos, sojuzgados y explotados.

Ni sus imperiosas obligaciones como dirigente del Partido Comunista Mexicano ni su intensa acción internacionalista —ejemplarizada en el movimiento de solidaridad con Sandino, que promueve y dirige— estorbaron su contribución diaria a la lucha de liberación nacional y social que iniciara en la mocedad. Mantenía comunicación frecuente con Rubén Martínez Villena, la situación cubana era el tema dominante en sus discursos y en sus colaboraciones en *El Machete* y dedicaba hondas reflexiones al problema de la constitución de un frente de batalla que agrupara, en torno a un programa democrático de proyección nacional liberadora, a todas las fuerzas y tenden-

---

279 Acababa de expirar en París, mientras se escribía este libro, cargado de legítimos lauros y en pleno esplendor de su actividad intelectual. Millares de revolucionarios cubanos escoltaron a pie su cadáver hasta el Cementerio de Colón. Despidió el duelo Armando Hart, miembro del Buró Político del Partido Comunista y ministro de Cultura.

cias revolucionarias, progresistas y antimachadistas del país. Cada vez se le iba tornando más claro que, en las condiciones concretas prevaecientes, ésa era la única opción política capaz de reanudar hasta completarla, mediante la lucha armada, la obra inconclusa de Martí y de promover las condiciones del ulterior desarrollo hacia el socialismo. Ése es el camino que, a su juicio, debían y podían emprender, en aquella etapa, los “nuevos libertadores”. Acaso evocando algunos apuntamientos tácticos de Lenin en trance parecido, entendía que, entre tanto, toda acción revolucionaria contra la tiranía, la reacción o el imperialismo, por insignificante que pareciera, constituía un avance y, por lo tanto, “es un arma que se gana al enemigo”.<sup>280</sup>

Una noche, al concluir un mitin organizado por el Comité Manos Fuera de Nicaragua donde había hablado, Mella se decidió a exponer su tesis a Alejandro Barreiro y a Leonardo Fernández Sánchez. Cuando se separaron, el amanecer enrojecía la cumbre nevada de los volcanes. Apenas traspuso la puerta de su modesto apartamento en la calle San Antonio Abad, barrio obrero anegado en polvo y cundido de pulquerías, se dirigió a su fiel Underwood y compuso el primer capítulo de un libro que titularía *¿Hacia dónde va Cuba?*, en que se propone fundamentar la táctica que viabilice una salida revolucionaria a la crisis cubana. Pero una extraña emoción le invadió al acostarse: esa noche también había conocido a Tina Modotti, impetuosa, sensitiva y bella luchadora italiana residente en México.

El combatiente teórico y el teórico combatiente integran la plena personalidad revolucionaria. Mella ejemplifica el aserto. Era, sin duda, un espléndido prototipo de hombre de acción dotado de mente poderosa, aguda visión dialéctica de la realidad, facultades sobresalientes de organizador, magnética ascendencia sobre las masas y certera capacidad de decisión. No se apejó mecánicamente a la letra de Marx, Engels y Lenin, que conocía bastante. Interpretaba y aplicaba los textos, las resoluciones, los acuerdos y la línea general con criterio propio y sentido creador. Lo muestra su fecunda y esclarecida actividad revolucionaria, en búsqueda siempre de formas vivas de expresión de la teoría marxista-leninista y sin titubear nunca en llevar a vías de hecho lo que, en cada momento, juzga factible y necesario. Era ya, no obstante sus cortos años, un estratega político.

Con los estudiantes y obreros proscriptos, Mella había fundado, en los primeros meses de ese año, la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC), simbólico engarce de los tiempos nuevos con la tradición martiana.

“Los luchadores que el machadismo ha hecho salir de la tierra en que les tocó nacer —proclamaba el manifiesto de constitución de la ANERC publi-

---

280 *El Machete*, 10 de marzo de 1928.

cado en el número inicial de *¡Cuba Libre! (para los trabajadores)*—<sup>281</sup> se han organizado para continuar en la lucha. Nos organizamos para divulgar la situación de la república —los crímenes del poder y las rebeldías de las multitudes— sin importarnos los gritos de los guatacas que nos llamarán antipatriotas. Desde tierras lejanas nuestros saludos y nuestra solidaridad a los que todavía luchan en ese cementerio de libertades que es la Cuba de Machado en 1928. No hemos salido de Cuba por gusto. Cuando sea necesario daremos otra vez el presente en las filas de los que luchan dentro de la república para combatir el régimen despótico actual. La lucha es internacional, como internacional es la fuerza que sostiene al gobierno de Cuba: el imperialismo capitalista. Procuraremos hoy obtener la solidaridad moral de todos los hombres progresistas del mundo para la lucha del pueblo cubano. Y mañana, llegado el momento, aportaremos también la solidaridad material para derribar al déspota sanguinario.”<sup>282</sup> Luchar: la insistente conjugación de este verbo varonil define y singulariza el compromiso, la finalidad, la ruta.

Mella suscribió ese documento, que ha redactado, en su carácter de secretario general de la Delegación Central de la ANERC, comando supremo de las filiales simultáneamente creadas en Nueva York y en París. En su texto se esboza ya el derrotero de su pensamiento y de su acción.

El papel que atribuye a la ANERC en el proceso revolucionario cubano lo denota aún más claramente. La concibe como un destacamento político en el exilio con un propósito inmediato y una perspectiva mayor. El propósito inmediato es contribuir a la organización del movimiento insurreccional mediante la agitación, la propaganda y la unificación de las fuerzas revolucionarias, nacionalistas, progresistas, democráticas y antimachadistas actuantes en el país. Indefectiblemente, el enlace de la actividad de la ANERC con la dirección y las bases de esas fuerzas daría a Mella la oportunidad de participar en su aglutinamiento y conducción. Ésa era la perspectiva mayor. Ya había puesto sobre aviso a Rubén Martínez Villena. Aunque manteniendo el concepto de clase contra clase, le satisfizo sobremanera la posición adoptada

---

281 La puntualización entre paréntesis define la perspectiva social del movimiento. A Manuel Cotoño y a Antonio Puertas se les confió, respectivamente, la dirección y administración del periódico. Posteriormente se designó un Consejo de Redacción, constituido por Barreiro, Cotoño y Sandalio Junco. Rogelio Teurbe Tolón y Teodosio Montalván Mujica compartieron con Puertas el trabajo administrativo. Entre los colaboradores inmediatos de Mella se destacarán, en sucesivas fases de ese período, Barreiro, Leonardo Fernández Sánchez, Aureliano Sánchez Arango, Antonio Penichet y Cotoño. Barreiro y Leonardo serían, empero, los luchadores en quienes mayor confianza política y personal depositó.

282 *¡Cuba Libre!*, mayo de 1928. En este número se publicó también una síntesis de los primeros capítulos del libro de Mella *¡Hacia dónde va Cuba*.

por el Partido Comunista de Cuba después del asesinato de Bouzón y Yalob: “Sólo la fuerza podrá librarnos de la fuerza.”<sup>283</sup>

Trabajaba ya en esa dirección, cuando arribó a México un connotado contingente de los estudiantes y obreros revolucionarios voluntariamente emigrados. Fortalecida con este valioso aporte, la ANERC acrecentaba su peso, su autoridad y su prestigio en Cuba.

En la primera reunión ampliada, tras de escuchar a los camaradas recién llegados, Mella planteó la necesidad de enfrentarse a la situación revolucionaria que advenía, en forma congrua con el carácter excluyente asumido por la tiranía después del golpe de estado y con el potencial de acción concertada que ofrecían las fuerzas políticas y sociales que se le oponen. Ya era inútil la apelación a los recursos legales o meramente verbalistas. El curso de los hechos demandaba la organización de la violencia popular frente a la violencia del poder unipersonal sustentado por la oligarquía y el imperialismo. Era la única vía efectiva para detener o quebrantar el acelerado proceso de conversión de la colonia de hecho en colonia formal de Estados Unidos, como Puerto Rico o Filipinas. Con su política entreguista, corrompida, reaccionaria, criminal y desintegradora, Machado estaba poniendo en peligro la subsistencia misma de Cuba como nación, aunque todavía hay fuerzas capaces de llevarla por el camino de una necesaria revolución democrática, liberal y nacionalista, latente en los hechos. Había que tumbarlo cuanto antes. Y argüía, por eso, que los esfuerzos de la ANERC debían concentrarse en tres objetivos complementarios: socavar los pilares de la tiranía, propiciar la acción unificada de las fuerzas revolucionarias y del movimiento antimachadista y obtener el apoyo activo de los pueblos latinoamericanos. Ésa sería la misión primordial del periódico *¡Cuba Libre!* La ANERC, por su parte, debía formular los presupuestos de “un programa de unificación del pueblo cubano para una acción inmediata por la restauración de la democracia”.<sup>284</sup>

En la reunión subsiguiente, se discutió y aprobó el proyecto de programa propugnado por la ANERC, que fue difundido en *¡Cuba Libre!* después de consultarse con las filiales. Este programa —se advertía en el primer párrafo— “no es uno, perfecto e inmutable ni tampoco una panacea para todos los males de Cuba y de las clases sociales oprimidas por el insostenible régimen actual, sino simplemente unos postulados que logren iniciar una acción de mejoramiento inmediato, que sirva de base a reformas futuras”.<sup>285</sup> Y se recalca: “Otro aspecto es el que los puntos son esencialmente prácticos y realizables.”

---

283 Manifiesto del Partido Comunista de Cuba, 31 de marzo de 1928. Reproducido en *El Machete*, en el número editado el 5 de mayo del propio año.

284 *¡Cuba Libre!*, no. 2.

285 Ídem.



La concepción táctica se encuadraba en un amplio marco que comprendía, sin excluir ninguna clase o fuerza social o política que pudiera adoptar actitudes nacionalistas, progresistas o democráticas, la cuestión internacional, la cuestión económica, la cuestión política, la cuestión educacional y la cuestión obrera. La completa independencia de Cuba era el nudo dialéctico del documento. Y apuntalaba su consecución en el apoyo de México y, del resto de los pueblos latinoamericanos y, principalmente, los de la región del Caribe. Sabía que la solidaridad internacional de los oprimidos garantiza y acelera el proceso de emancipación nacional.

En aquellas circunstancias, no podía ser más diáfano y concluyente el programa, en cuanto a la cuestión económica: “Los males de Cuba en la estructura económica dependen, fundamentalmente, del hecho de existir una sola gran industria monopolizada por el capitalismo extranjero.”<sup>286</sup> Proponía el “reparto de tierra a los campesinos pobres y a los colonos arruinados con el fin de crear una economía agrícola independiente y nacional”<sup>287</sup> asociado a un régimen de cooperativas de producción, a la tecnificación de la agricultura, a un mercado estable para sus productos y a un banco nacional de refacción agrícola, bajo el control de las organizaciones campesinas. Reclamaba “la participación directa y efectiva de las organizaciones de obreros y colonos en los organismos encargados de regular la producción de azúcar”,<sup>288</sup> privilegio conferido a las grandes empresas azucareras, en detrimento de los intereses del proletariado agrícola y del semiproletariado. Ese acápite se completaba con la promoción de “una verdadera industria y de un comercio nacionales”<sup>289</sup> y la revisión inmediata del Tratado de Reciprocidad.

El punto vertebral de la cuestión política era la abolición del régimen militar despótico y la organización de la vida nacional sobre bases efectivamente democráticas, confluencia de todas las corrientes y tendencias populares. Incluía, asimismo, la supresión de la pena de muerte, la modificación del código electoral que facilitara la reorganización de los partidos y la formación de otros nuevos, y la reforma democrática de la anacrónica constitución de 1901. Y, además, algunos aspectos de suma trascendencia política y de genuina esencia revolucionaria: la proscripción real de las diferencias sociales de raza, la reducción al mínimo de las fuerzas armadas y la organización de milicias populares voluntarias y gratuitas, constituidas por obreros y campesinos, para “la defensa del país de la reacción nacional e internacional”.<sup>290</sup>

---

286 Ídem.

287 Ídem.

288 Ídem.

289 Ídem.

290 Ídem.

Con la finalidad de encarar el apremiante y complejo problema del colonialismo cultural y de la degradación de la enseñanza en todos sus niveles, se convocaría un congreso integrado por representantes de profesores, graduados y estudiantes, democráticamente elegidos, encargados de diseñar un plan nacional de educación integral.

Las reivindicaciones contenidas en el epígrafe destinado a la cuestión obrera alcanzaban la máxima jerarquización que era dable en un programa de ese tipo: extensión de la jornada de ocho horas y del salario mínimo a todos los trabajadores de la ciudad y del campo, reconocimiento del derecho de huelga, libertad de propaganda y organización para las entidades obreras perseguidas y lanzadas a la ilegalidad, nacionalización plena de los bateyes de los ingenios, cumplimiento de las leyes sociales y especialmente de la Ley Arteaga, que prohibía el pago en vales a los obreros azucareros, protección social de la mujer y el niño y ampliación de todos los derechos de la clase obrera a los trabajadores de las empresas comerciales.

Apurando las posibilidades objetivas y subjetivas de la época, el programa de la ANERC sentaba las bases de la acción armada conjunta concebida por Mella para derrocar la tiranía y su ejecución constituía una apertura a ulteriores transformaciones económicas, políticas y sociales más profundas y revolucionarias, en dependencia del papel determinante que desempeñasen la clase obrera y el Partido Comunista. Si el programa cumplía su cometido, debilitaba parejamente las posiciones de la oligarquía y el imperialismo, robustecía las posiciones avanzadas del proletariado y de la pequeña burguesía radical y promovía los intereses nacionales y el progreso social del pueblo cubano. Nadie hoy discutiría, por otra parte, que el simple hecho de demoler por la violencia de las masas el despotismo neocolonialista de Machado entrañaba un cambio revolucionario de perspectiva.

En la síntesis publicada de su libro inconcluso *¿Hacia dónde va Cuba?*, resalta el afán de Mella de darle un calce teórico a la concepción táctica que ha venido elaborando.

“Tan sólo de los movimientos nacionalistas y proletarios —postularía— pueden surgir esperanzas para la nación.”<sup>291</sup> El primer movimiento, que identificaba con Unión Nacionalista de Mendieta, “había llegado a tener a todo el pueblo enrolado en sus banderas. Sus masas parecían ansiosas de realizar acciones prácticas, en este caso violentas, para terminar con la acción despótica”,<sup>292</sup> como se traslucía en sus esporádicos mítines y asambleas. Pero tropezaban con la obstinada resistencia de la mayoría de la dirección, que aún sostiene “la idea de agotar los procedimientos legales y esperar hasta que el gobierno se ponga fuera de la ley”,<sup>293</sup> cuando ya se hallaba hacía rato.

---

291 Ídem.

292 Ídem.

293 Ídem.

“La verdadera división dentro del movimiento nacionalista —precisaba— está entre los que suponen posible vencer a Machado por medios legales y los que reconocen que la única esperanza es responder a la violencia con la violencia.”<sup>294</sup> Cuenta en estos últimos el combativo núcleo de estudiantes universitarios y algunos dirigentes de cierta nota, con el enérgico apoyo del general Peraza.

El otro movimiento importante —subrayaba Mella— es el que impulsa el proletariado revolucionario: “La Confederación Nacional Obrera de Cuba, al fundarse en Camagüey, tenía doscientos mil afiliados. Ni el terror del gobierno ni las traiciones de algunos líderes, como el conocido policía secreta Juan Arévalo, han logrado destruir el movimiento obrero. La última huelga ferrocarrilera que duró cuarenta y cinco días, es una demostración de pujanza. El ejército fue impotente para romperla o dar protección a los esquirols.”<sup>295</sup>

Mella ponía el acento, fuertemente, como se ve, en la acción unida de las capas más radicales de Unión Nacionalista, del estudiantado universitario y del movimiento obrero revolucionario.

“Cuando un déspota desea entronizarse —señalaba— recurre a decir que cuenta con el apoyo de los Estados Unidos. Algunos de los llamados revolucionarios llegan a afirmar lo mismo. También toda claudicación se justifica en Cuba por el *peligro yanqui*. Pero hay sectores del pueblo donde ese temor está desapareciendo. Sandino ha enseñado mucho a los timoratos. Los *sepultureros* del imperialismo existen y pueden trabajar. Aquí está la clave de la lucha: la valoración exacta del papel del proletariado. La concentración proletaria en las ciudades favorece el movimiento rápido y eficaz. Las armas del obrero son de esas que no las vence un ejército fácilmente: huelga, boicot, sabotajes en los campos de caña, etc. etc.”<sup>296</sup> (Las etcéteras que añade constituyen una alusión velada a la acción insurreccional que anda ya elucubrando.)

Previene, insistentemente, contra el “fatalismo geográfico” y contra el “fatalismo histórico”, los dos tóxicos ideológicos más letales del neocolonialismo. “Cuba —puntualizaba— estuvo siempre en el mismo lugar del planeta frente a los Estados Unidos y no devino en una semicolonias yanqui hasta 1899. Cuba tiene posibilidades de ser libre de su nueva metrópoli sin necesidad de trasladarse como un inmenso barco hasta las costas del mar Negro o de la Siberia. La comprensión de por qué Cuba no devino colonia yanqui sino hasta 1899 nos dará la clave de cuál es el factor determinante. Veremos que fue el imperialismo, es decir, un fenómeno de la producción

---

294 Ídem.

295 Ídem.

296 Ídem.

capitalista en la época moderna, lo que determina la situación de Cuba. No la inversa: la posición geográfica determina el imperialismo.”<sup>297</sup>

“En nuestros países, más que en los de Europa —consignaba— las etapas de progreso de las clases y las naciones están, dado el carácter de las relaciones sociales y la penetración violenta del imperialismo, determinadas por las insurrecciones periódicas, que no siempre son simples movimientos de caudillos puesto que llevan masas. Esto impone a los proletarios a tomar parte en ellos, aunque han de saber que en las etapas posteriores surgirán los Moncada o los Chiang Kai Shek. Esto no importa. México puede servir como ejemplo de lo mucho que se puede obtener por las multitudes.”<sup>298</sup>

Es obvio que “detrás de este concepto —anota Lionel Soto— está la idea del frente unido con los sectores nacionalistas para obtener reivindicaciones democráticas y progresistas y empujar la causa del socialismo”.<sup>299</sup> En eso estriba, precisamente, la significación y el alcance de la “revolución democrática, liberal y nacionalista”<sup>300</sup> que proclama.

Era visible la resolución de Mella de encauzar la lucha contra Machado por el camino de la acción revolucionaria. Se consagraría a este empeño con dramática impaciencia, como si presintiera que la muerte lo celaba.

1928 es el año de Cuba en el destierro internacionalista de Julio Antonio Mella.

---

297 Ídem.

298 Ídem.

299 Lionel Soto, *op. cit.*, t. 1, p. 493.

300 Ídem.

La empresa en que Rubén Martínez Villena se había paralelamente comprometido —reconstruir la vanguardia comunista y reorganizar el movimiento obrero— iba ganando terreno. Para tener una idea de su envergadura es preciso situarse en la época, haberla vivido o afrontado con el principal protagonista. Fabio Grobart, Isidro Figueroa, Sarah Pascual, Gustavo Aldereguía y Ramón Nicolau han dejado preciosos testimonios de la hazaña. Con todo, el conocimiento de este período de la vida de Rubén dista de estar agotado. El rico caudal de datos, hechos, vivencias, memorias y juicios que se atesoraba, acrece con la publicación de *Poesía y prosa*.

Compelidos por la necesidad angustiosa de impedir que la siembra se perdiera, ya otros luchadores han intentado emprender la faena que ahora, por encargo de la dirección del Partido, lleva adelante Rubén. No será suficiente la voluntad de acometimiento ni el valor a toda prueba. Eran necesarias, además, otras aptitudes y cualidades que Martínez Villena poseía y, por eso, amén del interés mostrado al respecto, se le escogió apenas y es designado miembro del Comité Central en los inicios de 1928, hito de imborrable relieve en su biografía.

Al saber de la sorpresiva ocurrencia, que lo sitúa justamente donde le corresponde, sólo acierta a protestar por tamaño honor revolucionario, por tan singular prueba de confianza y aprecio. Repasando su vida en otra hora de soledad, esta vez iluminante y gozosa, no recordaba haber sentido emoción tan honda, estremecedora y envolvente. Para Mella es la mejor noticia que ha recibido de Cuba hasta entonces. No sólo era Rubén su enlace personal y político con el Partido. Conocía también, como nadie acaso, la excepcional potencia genésica de aquella semilla encandilada. Tal vez algunos, muy pocos de sus antiguos cofrades de letras, supieran entonces, probablemente boquiabiertos, de la transformación del poeta ensimismado en dirigente máximo de los trabajadores. Significativamente, Julio será su pseudónimo.

Es conveniente aclarar, a propósito, que Martínez Villena nunca aceptaría el cargo de secretario general del Partido, a pesar de la fundada y cálida insistencia de sus compañeros. ¿Prurito de modestia? No lo fue en este caso. Con un extremismo ingenuo que la experiencia comunista internacional desmentía, y, sobre todo, el Partido Bolchevique, consideraba que dicha responsabilidad debía recaer, indefectiblemente, en un obrero de origen. Sin embargo, el respeto y acatamiento a su ascendencia y autoridad habían

adquirido tal dimensión y unanimidad, que fungirá hasta su muerte de jefe de la organización y del movimiento obrero revolucionario. Era la respuesta a su tremante oblación a la causa del proletariado.

El joven partido marxista-leninista quedaría poco menos que al garete cuando, a raíz de la deportación de José Miguel Pérez y del exilio impuesto a Julio Antonio Mella, en incremento la política terrorista de la tiranía contra los militantes revolucionarios y las organizaciones obreras insumisas, sincronizada con una abyecta campaña de embustes y calumnias, algunos fundadores del Comité Central empiezan a dar señales de apocamiento, acaban por desembarazarse de sus compromisos y se refugian en sus habituales menesteres. Tildarlos de renegados sería injusto. Jamás lo fueron. Era gente honrada, proveniente de la pequeña burguesía intelectual, valiosos colaboradores de Mella en las jornadas universitarias, con relativa experiencia de la lucha social y cierto dominio de la teoría marxista. Se trataba, en suma, como los calificara con exacta ponderación Fabio Grobart, de elementos inestables<sup>301</sup> y, por ende, aunque comunistas doctrinarios, carentes del temple y de la convicción indispensables para sobreponerse a las cada vez más severas circunstancias de persecución y clandestinidad. Ser comunista entrañaba ya vivir con un pasaporte de residencia condicionada.

La inesperada carga de responsabilidades, presiones y exigencias resultó excesiva para José Peña Vilaboa, el valiente, entusiasta y laborioso secretario general. Ni contar, desde luego, con el desgarrado Comité Central. Menos Carlos Baliño, muy enfermo, Alejandro Barreiro y Fabio Grobart, la dirigencia sobreviviente carecía de la idoneidad imprescindible para encarar la situación, domeñarla y trasponerla. Con admirable entereza, Peña Vilaboa hizo cuanto le fue dable, sin poder atajar la debacle que parecía encimarse, no obstante haber incorporado al Comité Central a Blas Castillo<sup>302</sup> y otros compañeros. Ese noble esfuerzo arruinó su salud y murió algún tiempo después que Baliño. La crisis de dirección se había agudizado a tal punto y afectado tan seriamente la actividad política y orgánica del Partido —mermada su militancia de base por el acoso, la inconexión y el desconcierto— que su existencia misma se puso en peligro. Eso explica, en buena parte, su apagada participación en la batalla popular contra la prórroga de poderes.

Lo que recibió Joaquín Valdés, al ser designado secretario general, fue una bola de candela. Veterano dirigente de los obreros cigarreros, se había hecho acreedor al respeto de las masas por su consagración a la lucha sindical y partidaria. Personalmente, era muy apreciado por su natural desprendimiento

---

301 Fabio Grobart: “El cincuentenario de la fundación del primer Partido Comunista de Cuba”, ed. cit.

302 Falleció hace dos años. (Esta referencia data del momento en que Roa escribía el libro. Por ello podemos inferir que este compañero falleció a fines de la década del setenta. *N. del E.*).

y su carácter campechano. Tampoco tenía el nivel bastante de desarrollo político, capacidad organizadora y dotes de mando para sacar al Partido del atolladero. Lo sabía, no lo ocultaba y pedía consejo y ayuda. Pero dio un paso firme al reorganizar el Comité Central e irlo integrando con Alejandro Barreiro, Fabio Grobart, Isidro Figueroa, Sarah Pascual, Filomeno Rodríguez Abascal, José Rego López, Felipe González, José Antonio Guerra,<sup>303</sup> Felipe Gómez y Martín Castellanos.<sup>304</sup> Si la memoria no me traiciona, creo que también es promovido, en ausencia, Leonardo Fernández Sánchez. El cuadro se completó al ingresar, por cooptación, Rubén Martínez Villena.

Fue en este momento decisivo que, a propuesta del propio Joaquín Valdés y con el respaldo de la dirección, le fue asignada a Rubén la encomienda de reconstruir, fortalecer e impulsar la batida y aislada organización.

¿Qué hacer y cómo?

Ésta fue la cuestión previa que se planteó Martínez Villena. No es la primera vez que se la formula. Ya le ha dedicado ahincada meditación desde que, al visitarlo Joaquín Valdés y Fabio Grobart durante su enfermedad, supo del crítico trance en que estaba el Partido. Poder contribuir a sobrepasarlo sería su más fuerte impulsión al ingresar en sus filas.

Cuando hubo sedimentado sus apreciaciones, Rubén las discutió con el Comité Central y, especialmente, con Joaquín Valdés. Como en esos días solía verlo para mantenerlo al corriente de la marcha del trabajo en la Universidad, pude conocer las ideas y los propósitos que lo animaban.

Para Rubén, había que, ante todo, abarcar globalmente la situación y trazar un plan que cubriera los aspectos organizativos, políticos e ideológicos, pero sin separar teórica ni metodológicamente la reorganización del movimiento obrero de la reconstrucción del Partido. Ambas tareas eran simultáneas e interdependientes. Para enfrentar la primera, la única alternativa era meterse en los sindicatos, conquistar las posiciones abandonadas por los anarcosindicalistas al apretar la represión y neutralizar a los reformistas.

En los aspectos políticos e ideológicos, el obstáculo principal consistía en la carencia de un programa que definiera el carácter de la revolución socialista en un país neocolonial, sus etapas de desarrollo, el papel de las clases, subclases, capas y ramificaciones sociales, la trama de los factores

---

303 Hijo del historiador Ramiro Guerra, fue un luchador abnegado y de brillante ejecutoria hasta que contrajo tuberculosis. Después de la huelga de marzo de 1935 renunció al Partido, aduciendo discrepancias políticas e ideológicas, y permaneció recluido durante largo tiempo en un sanatorio en Estados Unidos. Cuando retorna a Cuba labora como asesor técnico en la industria azucarera, pero sin adoptar posiciones militantes contra sus antiguas ideas. Al triunfar la Revolución, colaboró con el comandante Ernesto Che Guevara en el Banco Nacional de Cuba. Pero ya sus ardores revolucionarios y su espíritu de sacrificio de otrora habían fenecido. Actualmente es funcionario del Banco Mundial.

304 Aunque salió posteriormente del Partido y se enrola en la política tradicional, ha permanecido en Cuba y trabaja como médico psiquiatra.

socioeconómicos, políticos y culturales, la estrategia y la táctica atinentes. El programa de 1925 se había contraído, esencialmente, a plasmar un conjunto de reivindicaciones perentorias y de medidas organizativas. Era comprensible. En aquella época no se contaba siquiera con un superficial estudio marxista-leninista de la problemática cubana. Los fundadores, con excepción de muy pocos, y éstos en forma esquemática salvo quizá Baliño, Grobart y Mella, desconocían las tesis anticolonialistas y antimperialistas de Lenin. Ahora se disponía, además de éstas, de la resolución sobre América Latina del Congreso de Bruselas, de los esclarecedores aportes de Mella a la lucha antiimperialista y de los acuerdos del V Congreso de la Internacional Comunista, apenas ojeados al afiliarse el Partido a dicha institución. Con esos documentos podría elaborarse, cuando menos, una guía para la lucha política e ideológica, apremiante ésta por el daño que seguían originando las concepciones reformistas en las dirigencias y bases sindicales. Faltaba todavía conocimiento suficiente del movimiento comunista internacional y de la actividad revolucionaria en las áreas coloniales, experiencia directa acumulada y madurez política necesarias para acometer una empresa mayor. Sea como fuere, se precisaba tener muy en cuenta el alerta de Mella: la clave del éxito residía en la aplicación acertada del método marxista-leninista a las condiciones concretas de Cuba.

Se requería, por eso, desarrollar una política sistemática de formación de cuadros, de educación ideológica de la militancia, de organización de la juventud trabajadora y de propagación del socialismo científico en el proletariado y en la pequeña burguesía hostigada —básicamente los estudiantes y los intelectuales— y de incorporación orgánica a la contienda social de los campesinos y de los obreros agrícolas. Había que reanimar, parejamente, las actividades de la Liga Antiimperialista. Y, sobre todo, concentrar el esfuerzo principal en la ruptura del aislamiento que sufría el Partido, mediante su vinculación activa al movimiento obrero hasta lograr encabezarlo como fuerza independiente, premisa indispensable para asumir, en su momento, la conducción plena del proceso revolucionario. Desde los tiempos de Mella, la vanguardia comunista se ha propuesto la consecución de este objetivo.

Aprobado su proyecto por el Comité Central, sin más dilaciones Rubén lo echó a andar. Atendiendo celosamente las urgencias del Partido, se lanzaría a la par a la reorganización del movimiento obrero. Su campo de operaciones se circunscribió primeramente a los trabajadores organizados de pequeñas industrias. Valiéndose de su condición de asesor legal de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y de la Federación Obrera de La Habana, en las que actúa en concierto con sus respectivos secretarios generales,<sup>305</sup> se introdujo en los redados mismos de la actividad sindical. Asistía, puntualmente, a las

---

305 José Pilar Herrera y Alejandro Barreiro.



asambleas y reuniones. Merced a su personalidad subyugante y a su poder persuasivo, pasó, muy pronto, de asesor a consejero y, de consejero, a copartícipe. No perdía ocasión de impugnar, con tono mesurado y lenguaje didáctico, los criterios reformistas y contraponerles los enfoques revolucionarios, sin llamarlos todavía por su nombre. Redactó acuerdos, volantes, manifiestos, estatutos y escritos judiciales. Esta intensa colaboración le permitía darse a conocer e identificarse cada vez más con los problemas, las necesidades y las inquietudes de la clase obrera, y a ésta a irle abriendo la confianza a aquel renombrado intelectual de distante progenie, que se había puesto a su servicio con total desinterés e infatigable tesón. Y así, poco a poco, fue dejando de ser el doctor Martínez Villena para ser llanamente el compañero Rubén.

Si la limpieza de intenciones y el empeñoso batallar le habían ganado el aprecio de muchos dirigentes y la adhesión de la masa, obtuvo también el reconocimiento y el cariño de numerosos obreros, ora por una delicada reacción ante sus cuitas personales, ya por el alivio de su confesada ignorancia o evidentes confusiones con unas frases estimulantes o despejadoras. No eran pocos los que le franqueaban su mesa frugal. Y, mientras más se adentraba en la cóncava intimidad de sus humildes hogares, más crecía su alborozo por haberles consagrado la vida y más se exasperaba su odio a los que inícuamente extraían de la oscura explotación de los trabajadores el ultrajante esplendor de la opulencia.

Los resultados de la anónima acción de Rubén Martínez Villena no tardarían en fructecer. Baste decir que fue coadyuvante decisivo en la mayoría de las huelgas declaradas en la provincia de La Habana durante el primer semestre de 1928, a las cuales se hizo ya mención.

Absorbido por sus deberes revolucionarios, Rubén acabará por olvidarse de sí mismo, de las prescripciones del médico, del cuidado de su salud. Deja de sobrealimentarse, soslaya el reposo, duerme apenas. Temprano iba a su despacho a resolver o tramitar los asuntos pendientes, que ya Gener y Ramos han revisado. Saborea una tacita de café con ambos y se esfuma. El resto del día, hasta que anochece, lo distribuye entre las actividades del Partido y las reuniones en los sindicatos que atiende. En las noches, tras de breve encuentro con la novia, acudía habitualmente al nuevo local del Centro Obrero, recién inaugurado después de trashumante existencia desde su clausura. Todavía viven algunos de los que protagonizaron aquella aventura ambulatoria, que se prolongó muchos meses. No era fácil encontrarle asiento público a una organización tachada de comunista por la tiranía.

Al cabo, por mediación de un simpatizante, se había conseguido albergarla en la calle Dragones, número 104, entre Campanario y Lealtad. Era un inmueble de tres pisos, construido durante la “danza de los millones”, con la fachada un tanto deslucida, pero vasto, claro y fresco.

El centro ocupaba el piso superior. La sala, bastante amplia, se reservó para las asambleas y los mítines, dotándosela de una mesa, una tribuna y sillas de tijera. En las habitaciones, enclavadas a un lado y otro del corredor, se hallaban las oficinas del centro y el Secretariado de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, de la Federación Obrera de La Habana y de otros sindicatos.

Si excelente el emplazamiento, muy poco de fiar a todas luces. La vecindad del cuartel de Dragones, donde moraba un batallón de infantería, constituye una amenaza permanente para los luchadores perseguidos o en salmuera que frecuentaban el local. Aunque está fichado y los esbirros Betancourt y *Guanajo* se apostaban diariamente cerca de la puerta, a Martínez Villena lo protegía aún su doble condición de asesor jurídico de la CNOC y de empleado de la Comisión Nacional Codificadora, de lo cual hacía gala cuando se cruzaba con los soplones. Sin duda, había aprendido a combinar astutamente la cobertura legal y la acción clandestina.

Aguaceros compactos, unidos a violentas tronadas y ventarrones ardientes, pondrían súbito término a los fríos invernales. No valdrían las razones ni las súplicas de Judith, a quien le oí referir el episodio. A sabiendas del grave riesgo que corría, Rubén, alegando compromisos ineludibles, se lanzaba a la calle en pleno diluvio, como travieso pilludo. A menudo volverá literalmente empapado.

—¿Ya ves, hermanita, ya ves? No hay lluvia que pueda conmigo...

Y, mudándose de ropa, reclamaba alegremente la chaúcha, que ingería apurado, para salir otra vez.

—¡Mira que la noche está horrible, Rubén! ¿Por qué no te quedas y descansas? —insistía Judith.

Era inútil.

Hasta que una tarde llegó con dolor de cabeza, medio afónico y estornudando. Se acostó. Y, al día siguiente, fiebre alta, tos perruna, los huesos amolados.

Reapareció Gustavo Aldereguía con su bata blanca y el estetoscopio enrollado al cuello como una culebra de goma con antenas de metal. Nunca se le había visto talante tan severo ni lengua tan seca.

—Siéntate.

Lo auscultó, le inspeccionó la garganta, le tomó la temperatura y le recetó un expectorante, aspirina, dieta líquida y reposo.

—¡Eres un loco! —se limitó a decirle, y se fue reventando de sentimental iracundia. No podía evitarlo. Sus disparates le sajan las entrañas.

Evidentemente malhumorado, Rubén escogió un libro de la repisa e intentó leer.

Al enterarse de su enfermedad, se apresuran a visitarlo los miembros del Comité Central, tan cordiales como regañones.

—Tenemos miles de problemas y tú en cama por desoír nuestros consejos. No hay derecho, chico; ¿qué te figuras tú? —le reconvenía Alejandro Barreiro.

Mejoró con rapidez. Cuando se fueron las lluvias se sentía ya completamente bien.

Sin embargo, Gustavo se lo advierte con crudeza:

—Oye: lo tuyo es serio. Puedes aún curarte de la lesión tuberculosa. Pero fíjate: dependerá de ti.

—¿No sería más exacto decir que dependerá de mis obligaciones revolucionarias? Para mí, lo primero es cumplirlas. ¿Comprendes, querido Aldereguía?

—Sí, demasiado, acaso demasiado...

La púrpura del crepúsculo empezaba a diluirse en las luces de la ciudad cuando Rubén Martínez Villena se encaminó hacia el Centro Obrero cortando por la calle Zanja, paralela a Dragones. Difícil le resultaría abrirse paso en aquella vía hormigueante y bulliciosa. El paisaje familiar desfiló ante su mirada absorta: el comercio chino al menudeo, los grasientos mostradores hirvientes de frituras de bacalao, tortugas tatuadas, sopas de mariposas y sesos de gato, el concurrido teatro Shanghai —máximo templo de la pornografía habanera— y el restaurante El Pacífico, célebre por su ascensor anticuado, su culinaria cantonesa y sus fumadores de opio. En sus tiempos de bohemia literaria, en varias ocasiones, el poeta había comido arroz con palitos, en compañía de Regino Pedroso y José Antonio Fernández de Castro, en la fonda Pekín, muy frecuentada por los jóvenes escritores y artistas. De aquellas aproximaciones a la frontera indecisa de los paraísos artificiales —nunca cedería Rubén a las incitaciones noveleras de José Antonio— surgió el soneto “Página de la droga celeste”, espléndido jade enteramente extraño a su temática y a su sensibilidad. Pero esta vez ni pareció percibir siquiera que, al pasar frente al Pekín, adornado de linternas multicolores y desbordante de parroquianos, un asiático, abacial y risueño, le gritaba efusivamente: “¡Alió, Lubén, alió...!”

Cuando entraba en el Centro Obrero, casi tropieza con Isidro Figueroa, que a poco se descalabra al frenar bruscamente. Diálogo relámpago. Fijan fecha a la cita diferida.

Subió despaciosamente la empinada escalera. Un zumbido de colmena trascendía del tercer piso. Tal era el gentío, que se dificultaba transitar por la sala. Numerosos obreros, al reconocerlo, se acercan a saludarlo, mientras Rubén pugnaba por ganar el corredor. Alejandro Barreiro lo recibió con efusivas demostraciones y coños estallantes. Y, como solía, se adueñó de la palabra, en tanto chupaba frenéticamente un cabo de tabaco que despide una humareda de locomotora atascada. Martínez Villena aguardó, con sonreída paciencia, como también solía, a que la torrentera amenguase.

Despuntaban las mieses del trabajo emprendido en el centro. El primer signo era la afluencia multiplicada de trabajadores. Ninguno más relevante, sin embargo, que la reactivación creciente de la central sindical. Prácticamente desguazada, la Confederación Nacional Obrera de Cuba se iba enderezando. Los huecos ocasionados por la represión se habían ido cubriendo con nuevos cuadros, cuidadosamente escogidos. Se adoptaron medidas tendientes a garantizar las actividades de la organización en las ambiguas condiciones prevalecientes: a la vez legal y perseguida. No faltarían los debates doctrinarios ni las arengas oportunas. El espíritu de lucha renacía en las bases. El temor ha desaparecido. La vigorosa reviviscencia era el resultado del esfuerzo conjunto de Pilar Herrera y Martínez Villena, auxiliados por un excelente equipo compuesto por Fabio Grobart, Ramón Nicolau, Isidro Figueroa, Sarah Pascual, José Rego, Juan Prieto, *Panchita* Batet, Higinio Ordoqui, Juan Blanco, Manuel Garza, Carmen Blanco y José López Rodríguez, el legendario *Chaquetón*.

Aunque de procedencia reformista, el líder portuario sentía ferviente devoción y enorme respeto por Rubén, que a su vez lo estimaba altamente por su probidad, experiencia y lucidez. ¿Quién podría negarle a Pilar Herrera una larga y noble dedicación al movimiento obrero? Ideológicamente, tampoco era el mismo de cinco años atrás. La hiriente lección de los hechos y sus cotidianas relaciones con dirigentes y activistas del Partido han ido esclareciendo y radicalizando sus concepciones sindicales y políticas. Sería fácil, por eso, que ambos se entendiesen y laboraran de consuno. De esta acción concertada provendría la creciente unidad de clase que mostrará el proletariado en los meses venideros.

La situación de la Federación Obrera de La Habana era distinta. Conducida por Barreiro, ha logrado eludir casi intacta los embates de la tiranía. También conserva la legalidad. Tuvo bajas importantes, desde luego, y una irreparable, la de Alfredo López. Pero la mayoría de sus mejores cuadros permaneció clavada a sus posiciones. Algunos de sus activistas más aguerridos han ingresado en el Partido. En esa suerte de cinegética política, nadie aventajó a Rubén. Cuando ponía el ojo en la presa, el disparo jamás fallaba. Su destreza en descubrir y captar comunistas potenciales fue proverbial.

Rubén poseía el don socrático de aprender alumbrando. “Si me es dable enseñarles —decía— más puedo aprender de ellos. Un simple obrero resulta, a veces, un filón de sabiduría humana y revolucionaria. Eso es lo que muchos intelectuales cegados por la vanidad y el individualismo de casta, no saben ni aceptan. Qué profunda verdad contiene aquella confesión de Sócrates: ‘Aprendo más en las plazuelas de Atenas que en el jardín de Academos’.”

La forma de comunicación habitual de Martínez Villena con los obreros fue el coloquio. Era un preguntón contumaz. Pero con un designio sutil; partear

las ideas, los sentimientos o las dudas que se habían ido gestando ocultamente en el prójimo. Y a menudo, en medio de una tensa o complicada controversia, se dirigía de improviso a un compañero hasta entonces callado: “Estoy seguro que estás rumiando algo importante. A ver, dinos lo que piensas...”

Luchadores de la época recuerdan, todavía sorprendidos, la maestría de Rubén para cautivar y persuadir las multitudes. Su verbo directo, claro, fluido y ardiente, abundante de razones y metáforas accesibles, inundaba las conciencias de luz. Una frase suya decide, en ocasiones, una situación que parecía insoluble.

Su ascendencia en las asambleas era impresionante. Se notaba desde que abría la boca. Una vez, en que le escuchábamos electrizados, inquirí a Manuel Garza a qué atribuía ese fenómeno. Guardaba relación, sin duda, con su forma peculiar de decir. Pero más, mucho más que con la gracia de la expresión misma, tenía que ver con la encarnación de la palabra, con su pasión generosa, su espíritu indoblegable, su pelea titánica contra la injusticia, su sencillez transparente, su insólita facultad de oír y valorar la opinión ajena, su sensibilidad sangrante, su comprensión anchurosa y, sobre todo, su entrega desvelada a la lucha de los trabajadores. Esa especie de autoridad fraternal que ejercía era hechura de su identificación entrañable con las agonías y esperanzas de sus compañeros. Percibían en la voz de Rubén el eco vivo de su conciencia, de su corazón, de su voluntad.

Parejamente fructuosa había sido la labor realizada por Martínez Villena en las organizaciones residentes en el Centro Obrero y, principalmente, en los sindicatos de zapateros, de la construcción, de tranviarios, de sastres y de lavado y planchado. No se ciñó a trazarle pautas y vías al trabajo diario: también convocó varias reuniones en las que expuso los elementos de la teoría marxista-leninista y la forma de aplicarla concretamente a las condiciones específicas de Cuba. Y, como buen conocedor del terreno que pisaba, hacía hincapié, sobre todo, en la necesidad imperiosa de zafarse cuanto antes de los grilletes del puro economismo, que reducía la pugna de clases a una subalterna porfía. Insistía, cada vez más, en la necesidad de ligar la lucha contra la explotación capitalista a la cuestión nacional y a la edificación ulterior de la sociedad socialista mediante la toma del poder político por los trabajadores.

No se dio tregua ni respiro. Prosiguió adelante ensanchando el horizonte de su acción. So pretexto de sus funciones legales en la confederación, se aparecía inesperadamente en los centros de trabajo, donde se reunía con grupos de obreros y departía sobre sus problemas. Y cuando se le exhortaba a que hablara a la colectividad, lo hacía a despecho del perceptible desagrado de la administración. En una de esas incursiones, se encontró de nuevo con Regino Pedroso, sudoroso y sofocado, machacando el hierro con la furia del poeta que degüella “ripios y consonancias vulgares”.

Uno de los dispositivos esenciales de la lucha sindical era la organización de los estibadores de la Bahía de La Habana. Y allá fue Rubén a encarar y vencer rezagos, trabas y resistencias. Contaba con numerosos adeptos y la ayuda de Carmelo García y Pilar Herrera. Merced a Manuel Garza, miembro del Partido y secretario general de los tipógrafos, penetró profundamente en las bases de este importante sector. No marginó a los gastronómicos, ni a los obreros cigarreros, ni a los choferes y conductores de ómnibus. Aún halló tiempo para establecer contactos semanales con los viveristas de Regla y los trabajadores de San Antonio de los Baños. Y sin abandonar, tampoco, a los pequeños sindicatos en que ya venía actuando. Juntamente instrumentaba la política de reemplazo de los anarcosindicalistas desertores por obreros revolucionarios y militantes del Partido.

De aquellos días concentrados, febriles, pródigos, data la victoriosa huelga de los zapateros de La Habana Vieja, dirigida personalmente por él con la participación notoria de Ramón Nicolau, el audaz y chispeante *Monguito* de nuestros años juveniles, y la constitución, obra suya también, del sindicato de la industria textil, de corte moderno y dinámicos métodos. Su pujanza y combatividad se sentiría muy pronto. El Partido, eje y propulsor de esta colosal batalla de recuperación y despliegue, había resuelto, por su parte, a propuesta de Rubén, llevar a vías de hecho la agrupación de la juventud comunista, acuerdo adoptado en su Congreso Constituyente. Y elaboraba ya, acorde con el plan propuesto por aquél, un programa de formación de cuadros, de educación política y de propaganda de las ideas marxista-leninistas. La reorganización de la Liga Antiimperialista quedaría momentáneamente pospuesta y en estudio el problema de la penetración en el área agrícola.

Cada uno de esos movimientos entrañaba un paso de avance cualitativo en la reorganización del movimiento obrero y en la reconstrucción de la vanguardia comunista. El paréntesis subsecuente a la conmemoración del 1° de Mayo y sus incidencias los encontraría, no obstante el recrudecimiento de la represión y la ilegal expulsión de Alejandro Barreiro y otros luchadores, en pleno ascenso. El aislamiento se ha roto. Y fue, precisamente por aquellos días, que Rubén Martínez Villena recibió de Julio Antonio Mella un mensaje en clave que le avisaba del proyecto insurreccional que andaba madurando.

Si la carencia de detalles inducía a la prudencia, la idea, en cambio, ganó la adhesión inmediata de Rubén Martínez Villena. Más de una vez, ha advertido ya en el Comité Central que el curso de los hechos tendía, irremisiblemente, a cuajar los elementos y los rasgos de un proceso revolucionario que sólo cabe enfrentar mediante el empleo de la fuerza organizada y de la acción directa de las masas. Era propuesta suya el descarnado reto a la tiranía con

que se cerraba el último manifiesto del Partido Comunista. No dejaría Mella de consignar, en su tribuna de *El Machete*, la alentadora impresión que le produjo. Son tiempos de combate los que se avecinan.

El mensaje de Julio Antonio a Rubén llegó en el instante mismo en que éste se dispone a trabajar en el remozamiento del programa político del Partido y, por ende, en la reformulación de su estrategia y de su táctica. Consultó con algunos compañeros —los más identificados con su interpretación del devenir de la situación— y decidió aguardar la información prometida. La noticia de la próxima celebración del VI Congreso de la Internacional Comunista influirá, no menos, en el atinado aplazamiento.

Solía evocar Rubén Martínez Villena, al referirse a la problemática de nuestra América, esta estrofa del magno poeta de su adolescencia:

*Cristo va por las calles flaco y enclenque,  
Barrabás tiene esclavos y charreteras,  
y las tierras de Chibcha, Cuzco y Palenque  
han visto galoneadas a las panteras.*

La plástica imagen, representación vívida de la realidad dominante tiempo atrás, se proyectaba, con facciones más acusadas y nuevos componentes, en el panorama continental a mitad del año que corre. Sin embargo, la trama de factores es ahora cualitativamente distinta y, por lo tanto, con manifestaciones fenoménicas diferentes. Baste decir que la ruptura del sistema capitalista mundial, el avasallamiento neocolonial y el despotismo dependiente han generado impulsos removedores y tensiones estructurales irreversibles. Eso explica que las vastas luchas populares contra la dictadura, la oligarquía y el imperialismo, iniciadas en la década del veinte —ansia proteica de la necesidad de cambio que surge del seno estrujado de las sociedades latinoamericanas— no hayan sido vencidas, sino temporalmente domeñadas.

Era una coyuntura internacional de reflujos en condiciones de crisis económica y política en ascenso. En América Latina se institucionaliza el terror como método de gobierno. Mientras a los pueblos esquilados se les cercenan los más elementales derechos humanos, las pródigas riquezas de sus lares son drenadas por los monopolios extranjeros en contubernio con las oligarquías y los tiranos, lo cual afecta gravemente el índice de empleo y los niveles de vida de la clase obrera, el campesinado y la pequeña burguesía, que caerán en picada cuando estalle la Gran Depresión.

Pero el drama se iría tornando en tragedia al exteriorizarse las contradicciones en términos de conflictos.

Sorda, oscura, subterráneamente, se va organizando de nuevo la lidia por la dignidad, el pan, la independencia, la libertad y el progreso. Las mazmorras y los cementerios atestiguan, con sus presos y sus cruces, la presencia de la rebeldía popular. Hay un signo inescapable de que el ritmo de los astros está variando. El pendón de Sandino ondeaba enhiesto, como fulgente esperanza, en las montañas de Nicaragua. Libertador de raíz latinoamericana, el “general



de hombres libres” ha encarado desafiante, virándola al revés, la interrogante crepuscular de Rubén Darío, la egregia voz lírica de la patria escarnecida: “Tantos millones de hombres *no* hablaremos inglés.”

En México, a punto ya de naufragar en la marejada reaccionaria que empieza a azotarlo, al ceder el presidente Calles a las presiones imperialistas, resuena el 4 de julio de 1928, con irritados clamores, el grito de solidaridad con el puñado de patriotas que se enfrentan a los *marines* invasores y a sus cómplices nativos.<sup>306</sup> A la diestra de Julio Antonio Mella, en la presidencia del mitin convocado en El Tívoli por el Comité Manos Fuera de Nicaragua, se yergue Sócrates Sandino, el hermano del titán cobrizo. Habla, y un ronco vendaval de vivas y mueras corea su discurso.

Tras él, asciende a la tribuna el venezolano Gustavo Machado, portador de un mensaje del invicto guerrillero: “No depondré las armas mientras quede un marino norteamericano en Nicaragua.”<sup>307</sup> Y le siguen, sucesivamente, el mexicano Diego Rivera, la española Belén de Zárraga, el boliviano Tristán Maroff y el cubano Julio Antonio Mella, que corona su espléndida oración con un párrafo augural: “Así como la Comuna de París demostró que el proletariado era capaz de tomar el poder revolucionario y conservarlo en sus manos —cosa que después realizó la Revolución Rusa— el movimiento de Sandino es precursor del movimiento revolucionario de toda la América Latina contra el imperialismo y [ ... ] sus lacayos.”<sup>308</sup>

Las resonancias de esta imponente demostración de espíritu internacionalista y de combatividad revolucionaria apenas se perciben en la prensa machadista. Días después, llegaría, por fortuna, el lote clandestino de *El Machete*, con palpitante y cabal información.

Casi raspándole los talones, se recibió, por la propia vía, una cuantiosa remesa de los dos números publicados de *¡Cuba Libre!*, el flamígero vocero de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC). Martínez Villena encontró, de un vistazo, lo que buscaba. En la página central del segundo número, aparecía, con resaltante encabezado, la propuesta de programa de unificación del pueblo cubano para una acción común inmediata por la restauración de la democracia”, que suscribe y respalda la ANERC. Lo complementaban el primer capítulo y una síntesis, difundidos también en *¡Cuba Libre!*, la obra de Mella en elaboración *¿Hacia dónde va Cuba?*

Muchas horas consagró Rubén a reflexionar sobre el programa en que Mella fundaba su proyecto de acción armada popular. Estaba totalmente de acuerdo con la vía propugnada a ejecutarlo. Incluso creía que el Partido Comunista debe prestarle su apoyo sin contraer compromisos ideológicos. Pero tenía algunas dudas respecto al abanico social que abarcaba, a la forma

---

306 Ver *El Machete*, 14 de julio de 1928, en: Raquel Tibol: *op. cit.*, pp. 162-164.

307 Ídem.

308 Ídem.

de participación del Partido en la dirigencia de la acción unida y a la validez de las garantías políticas que pudiera ofrecer el estado mayor de Unión Nacionalista. Y decidió, por eso, someterlo a la consideración de sus compañeros.

Mas, ¿qué hacer frente a la determinación de Mella y de los comunistas desterrados en México de llevar adelante el propósito enunciado? Se convino, a la postre, en aplazar toda decisión hasta cerciorarse del derrotero que tomarán las diligencias emprendidas, examinar por cuenta propia las posibilidades reales de unificación popular sobre las bases del programa emitido y solicitar de Mella que enviase un emisario. Mella no opondría reparo. “Irá en su oportunidad” —respondió.

Centenares de ejemplares de *¡Cuba Libre!* se habían distribuido entre soldados y clases del campamento de Columbia. La idea, como Mella previera, prendió en los sectores más radicalizados de las bases juveniles y obreras de Unión Nacionalista. Idéntico entusiasmo ha producido en los más combativos remanentes revolucionarios, progresistas o antimachadistas de la juventud universitaria. La acogida fue unánime en el grupo estudiantil clandestino que laboraba en contacto con Rubén. Miles de copias mimeografiadas del programa circulaban por toda la Isla. El nombre de Mella era un imán de atracciones múltiples.

Existían dos factores que no cabe omitir en cualquier acción revolucionaria que entonces se pretendiera: la tendencia irresistible de las masas populares a personificar en Machado el obstáculo que ante todo es indispensable abatir y la opinión arraigada de que, independientemente de su militancia comunista, Julio Antonio Mella, por su audacia revolucionaria y su extraordinario prestigio nacional, era el único capaz, en aquel momento, de movilizar al pueblo cubano para un asalto frontal a la tiranía. Eso pensaba también Rubén Martínez Villena. Y con ambos factores había contado, asimismo, Julio Antonio. En lo que a él personalmente atañe, en su análisis político no podía ignorar, por falsa modestia, esa cuestión de hecho.

¿Quién si no Mella, en verdad, poseía el poder de unificar el sentimiento antimachadista en una acción armada revolucionaria contra el machadato? ¿Quién, si no él, reunía los antecedentes y las aptitudes para obtener el concurso del Partido Comunista, del movimiento obrero y de las corrientes democráticas, nacionalistas y radicales de la pequeña burguesía, especialmente los estudiantes? ¿Y cómo detener una tormenta popular encabezada por él y Rubén Martínez Villena?

No se pierda de vista la meta de su concepción: generar las condiciones que propiciaran la sucesiva profundización del movimiento de emancipación nacional y social. Se imponía, empero, para conseguirlo, derrocar el machadato, prerequisite de la partura de ese proceso. No era una apreciación idealista o arbitraria. Venía dada por la dialéctica misma del desarrollo de la

situación. Nunca fue, por eso, una consigna vacía *tumbar a Machado*, como tampoco lo sería, décadas después, *tumbar a Batista*. Constituía, objetiva y subjetivamente, el punto de partida para las transformaciones políticas, económicas y sociales que reclamaban los oprimidos y explotados por la tiranía, la reacción y el imperialismo.

Cuando el VI Congreso de la Internacional Comunista daba término a su faena, durante la cual adoptó acuerdos que ensanchaban las perspectivas de participación de la pequeña burguesía, de las agrupaciones políticas progresistas y de las corrientes patrióticas en la lucha de liberación nacional, Mella resolvió entablar negociaciones con los proscritos venezolanos para agenciarse el alijo de armas de una expedición frustrada, que permanecía oculto en México.

La ocupación de algunos ejemplares de *¡Cuba Libre!* le provoca a Machado un ataque de pavor que disimula hábilmente con vociferantes amenazas. El fantasma de Julio Antonio Mella volverá a rondarle como apocalíptica pesadilla. Si acostumbra a replicar con desdeñosa fanfarronería a los amagos bélicos de la oposición burguesa, teme, en cambio, ha temido siempre hasta el tembleque, a los obreros, a los estudiantes y, sobre todo, a Mella. También el tirano lo cree capaz de colarse en la Isla, aglutinar las filas desunidas del pueblo, dirigir un movimiento armado y derribarlo. No en balde cuando lo obliga a autoexiliarse recupera el sosiego. Ahora, la simple ojeada de *¡Cuba Libre!* lo ha llenado de espanto.

Convocó a su pandilla y se aprestó a defenderse. El plan urdido, que el embajador yanqui aprueba, comprendía dos fases. La primera se limitaba a contrarrestar los propósitos de Mella por medios políticos y diplomáticos. Si esta acción fallaba, pasaría a la segunda: organizar su asesinato.

La ofensiva se inició con una campaña difamatoria contra los “malos cubanos” que desprestigiaban la patria en el extranjero y una finta envenenada contra los “malos patriotas” que en Cuba sugerían la conveniencia de una intervención yanqui. Simultáneamente, la Secretaría de Estado demandaba de la cancillería mexicana la supresión de *El Machete* y de *¡Cuba Libre!*, “libelos dedicados a denigrar el pueblo cubano con frases humillantes”. Exigía, además, que el gobierno de México pusiera drástico fin a las “acciones antipatrióticas y subversivas” de Mella y de los desterrados cubanos. Mas al no recibir respuesta, designó embajador al ex puertorriqueño y pitíyanqui naturalizado Guillermo Fernández Mascaró, con la encomienda de gestionar la extradición del temido y odiado combatiente, que ardía de gozo al corroborar la virtualidad de su empeño.

El proceso de reorganización del movimiento sindical cobraría notable impulso al ir ocupando los cargos vacantes de dirección activistas sindicales y cuadros comunistas. Se avanzó considerablemente ante los hocicos mis-

mos de los sabuesos del régimen. A juzgar por sus movimientos rutinarios y actitudes consabidas, parecían haber perdido el olfato. Verdad es que se había actuado con discreción, cuidado y celeridad ejemplares.

Sin embargo, Rubén Martínez Villena distaba de sentirse satisfecho. Entendía, y lo ha señalado varias veces, que la lucha social carecerá de sólidos cimientos mientras no se engranen a la confederación los tres sectores más importantes y numerosos de la clase obrera: los trabajadores ferroviarios, el proletariado azucarero —agrícola e industrial— y los obreros tabacaleros. Constituían, en aquella época, un total aproximado de quinientos veintitrés mil cuatrocientos cincuenta asalariados, lo cual equivalía a más del cincuenta por ciento de la fuerza laboral. Ganarlos para la actividad sindical revolucionaria debía ser, en resumen, una de las tareas centrales de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y del Partido Comunista.

La situación de dichos sectores en la perspectiva global del movimiento obrero reflejaba la magnitud y complejidad del empeño. Los trabajadores ferroviarios, aunque contaban con dos poderosas organizaciones, la Hermandad Ferroviaria de Cuba y la Unión del Ferrocarril del Norte de Cuba, permanecían uncidos a una dirigencia reformista y venal, que es la fuerza motriz de la titulada Federación Cubana del Trabajo, instrumento de los bonzos sindicales del imperialismo. La desorganización y el aislamiento mermaban la voluntad de lucha del proletariado azucarero. Sólo la rama industrial de los tabacaleros estaba agrupada y, por añadidura, casi todos los líderes de la Federación Nacional de Torcedores estaban imbuidos de la ideología y la *praxis* de las transacciones menudas. No existían tampoco conexiones de ninguna índole entre esos grandes conglomerados. Era, sin duda, un hueso muy duro de roer. Pero resultaba ineludible intentarlo.

Ése fue el tema, referido especialmente al problema ferroviario, de la animada conversación que sostendría aquella noche Martínez Villena con los responsables del Grupo Pro Unidad Sindical Ferroviaria, que encabezaba Isidro Figueroa. No era la primera vez que lo abordaban. Durante su estancia en el sanatorio y después en el Centro Obrero ya había sido objeto de prolongadas discusiones. Rubén consideraba que por ahí podía comenzar a aplicarse la política hábil, gradual, tenaz y atractiva de que les hablara. En los otros sectores que también urge rescatar había que empezar por el principio. En cambio, el Grupo Pro Unidad ha realizado ya un serio esfuerzo entre los trabajadores de vías y obras de La Habana. Su hoja de servicios registraba, entre las acciones más combativas, la huelga que derribó la dirección controlada por Juan Arévalo y dio paso a otra menos subordinada a los patronos. Justamente por el peso que ha ido adquiriendo esta política de fracción, se ha designado a Figueroa miembro del Comité Central.

Rubén hizo mil preguntas y acopió numerosos datos. No hay tiempo que perder. La cuestión primordial era extender la penetración del grupo en toda la Isla y en las diversas modalidades de la actividad ferroviaria. Próxima a la capital, la provincia de Matanzas fue el primer objetivo. No demoró la constitución del Grupo Pro Unidad. Y, consolidada la conquista, en marcha hacia las provincias de Vuelta Arriba, como se decía antaño. Generalmente precedían a los expedicionarios manifiestos y volantes. Los manifiestos los escribía Rubén con las cifras y elementos que le proporcionaban Isidro Figueroa e Higinio Ordoqui. Y, entramando las cifras, rotundos y concretos, los propósitos que se perseguían, guarnecidos con frases rutilantes y argumentos convincentes. Tremendo impacto causó la denuncia de las evasiones fiscales que, en connivencia con la tiranía y los sedicentes inspectores, comete la empresa británica Ferrocarriles Unidos de La Habana. Mas la publicación que mayor difusión y adherentes obtuvo fue una enorme hoja plegable, verdadera sábana de papel impreso. Se abría y se enrollaba como un acordeón, y así se le denominó.

“Era —recuerda Figueroa— todo un poema con contenido económico, un manifiesto de una contundencia tal, que contribuyó a darle fuerza a la lucha que nosotros desarrollábamos contra la dirección reformista y logramos —en una asamblea muy agitada— aplicarles lo que era el artículo 33 del propio reglamento hecho por ellos, donde decían que se podía destituir a toda esa directiva, y los destituimos a todos. Pero los destituimos una noche y al otro día por la mañana estábamos presos todos los que habíamos sido electos para sustituirlos a ellos. No pudimos tomar posesión porque se nos había detenido y, como consecuencia, el tiempo fijado por el propio reglamento para tomar posesión decurso y había otro artículo que decía que los que habían sido destituidos tenían que ser sustituidos en un plazo no mayor de 24 horas o de lo contrario regresaban a sus puestos los destituidos.”<sup>309</sup>

Esta ocurrencia típica de aquellos tiempos originó un manifiesto en que se exhortaba a las masas ferroviarias a mantenerse alertas contra los líderes vendidos que actuaban como “ferro-policías” en interés de la empresa y del gobierno.

La acción emprendida aumentó el prestigio y la ascendencia del Grupo Pro Unidad en los trabajadores del ferrocarril. Andando los días, dispondrá hasta de un periodiquito propio, alusivamente rotulado *Vía Libre*. Martínez Villena se comprometió a redactar los editoriales y los artículos de fondo.

—Demasiado elevado, viejo. Acuérdate de que estás escribiendo para obreros y no para intelectuales —observó una vez Isidro Figueroa.

Y a lo que Rubén repuso, sonriente:

—Lo haré de nuevo, pero ustedes tienen que enseñarme a redactarlo.

---

309 Isidro Figueroa: art. cit., p. 99.

Ya nunca dejaría de la mano este brioso y aleccionante movimiento. Sindicatos que padecían también la lepra reformista empezaban a mirarse en ese espejo y dar muestra de repulsa a sus directivas.

La vinculación orgánica de la juventud trabajadora a la lucha de liberación nacional y social había sido preocupación constante de Rubén Martínez Villena apenas ingresó en el Partido. Lo fue también de la primera vanguardia comunista desde su fundación. Si el acuerdo adoptado al respecto por su Congreso Constituyente estaba pendiente de ejecutarse, debíase a la aguda crisis de dirección que sufriera y a la represión desmandada contra los militantes revolucionarios y el movimiento obrero, estudiantil y popular. Rubén lo incluyó entre los puntos cardinales del programa de reconstrucción aprobado por el Comité Central. Pero estimó necesario aplazar su cumplimiento hasta que se resolvieran los problemas que estaban afectando la existencia misma de la organización y de la actividad sindical. En vías de solución aquéllos, se imponía ya acometer la empresa a despecho de las condiciones de persecución y clandestinidad imperantes. Más que de éstas, sus resultados dependían esencialmente de la elección apropiada del enfoque y de los métodos. “Era claro —anota Fabio Grobart— que los primeros pasos de la naciente L[iga] J[uvenil] C[omunista] tenían que ser bien meditados y sumamente cuidadosos.”<sup>310</sup> Y así se procedería.

A propuesta de Rubén, el Comité Central designó una comisión compuesta por Fabio Grobart, Isidro Figueroa e Higinio Ordoqui con la misión de organizar la Liga Juvenil Comunista. Acerca de su génesis disienten Fabio e Isidro. Mientras aquél señala su aparición conjuntamente con el inicio del laboreo preparatorio y el encargo de llevarlo a cabo, éste sitúa su origen en el momento en que las condiciones creadas lo aconsejan. Sea uno o lo otro, el hecho es que se acuerda constituir asociaciones legales con carácter recreativo y cultural. No era dable operar de otra manera en tales circunstancias. Si, por una parte, el manto era imprescindible, por la otra, se necesitaba ganar la masa juvenil inhibida o amedrentada, mediante actividades toleradas y aglutinantes. La cuestión fundamental era delimitar un terreno que propiciara el anudamiento de relaciones entre los escasos jóvenes comunistas y los jóvenes obreros y estudiantes. Sin otros vínculos, carecería de eficacia política y de fuerza expansiva la existencia de la liga. Se retornaba saludablemente, además, por ese camino, a la idea primigenia

---

310 Fabio Grobart: “La primera organización de los jóvenes comunistas cubanos”, ed. cit. y ver Isidro Figueroa, art. cit. Para un conocimiento pormenorizado de los ulteriores avatares y de las vicisitudes de esa organización, consúltense los artículos “Apuntes sobre la Liga Juvenil Comunista” y “Recuerdos de la Juventud Comunista”, de Severo Aguirre y Flavio Bravo respectivamente, que aparecen en la misma publicación. Forja de luchadores, de su seno surgieron dirigentes tan relevantes como los antes mencionados, Ladislao González Carbajal y César Escalante.

de Mella, cristalizada en la Universidad Popular José Martí: ligar el movimiento obrero con el movimiento estudiantil.

Rompió el fuego la Juventud Cultural Deportiva Obrera de El Cerro, vecindada en la calle Churruca. En este populoso barrio —otrora apacible asiento de condes y marqueses tropicales— se hallaban ubicados los talleres ferroviarios de Ciénaga, la Papelera Cubana, algunas fábricas textiles, varias rutas de transporte colectivo, una estación de tranvías y el Cine Maravillas. Era un pequeño complejo industrial donde los comunistas ejercían cierta influencia. Los jóvenes que trabajaban o vivían por esos andurriales, tan ligados a mis románticas andanzas moceriles, afluirán al flamante club. Y a tal punto acrece la concurrencia, que se precisó mudarse a un local más amplio en la calle Prensa y, finalmente, a otro mayor en la calle Daoiz, que poseía un espacio anexo excelente para las actividades deportivas.

La magnífica acogida indujo a crear organizaciones similares en Luyanó, Jesús del Monte y Regla, áreas de la capital que concentraban una densa población obrera. No fue distinta la respuesta de los jóvenes trabajadores.

Pionera y arquetipo del movimiento, la Juventud Cultural Deportiva Obrera de El Cerro fue especialmente atendida por el Partido. A sus reuniones dominicales acudían miembros del Comité Central y, con rigurosa asiduidad, Rubén Martínez Villena, Fabio Grobart y Sarah Pascual.

Rubén se sentía feliz en aquella atmósfera sana, jovial y ruidosa. No le resultó difícil conquistar la adhesión de la muchachada, si carente la mayoría de formación y experiencia política, en cambio, ostensible en todos el espíritu receptivo, el ánimo empeñoso, el repudio instintivo a la tiranía de Machado y la bullente generosidad en busca de empleo concreto. Influirá, por supuesto, la aureola intelectual que ciñe su nombre y el prestigio público de que gozaba como portavoz de los más puros ideales. Mucho más influye, sin duda, la condición humana en que se sustentan. Su estampa romántica, su don de gente, su gracia irresistible, su conversación cautivadora y su interés renovado por las inquietudes, los intereses y los problemas de los jóvenes, obran milagros. Sin mediar formalidad alguna, se transmuta, de la noche a la mañana, en animador y guía de las actividades de la asociación.

Rubén era incansable. Nunca faltó su contribución en las veladas culturales ni en los ejercicios deportivos. Si su palabra subyugante remueve e ilumina, sorprendía su agilidad y resistencia en los juegos de *volley ball*. Con pasmoso dominio, analizaba la marcha de la pelota en las grandes ligas y sabía tanto de las proezas de Adolfo Luque en el *box* y de Miguel Ángel González en el *home*, como de los batazos descomunales de Babe Ruth y los relampagueantes robos de bases de Ty Cobb. Y, cuando la orquesta alquilada estremece la fronda del jardín con sus ritmos criollos, bailaba airosamente, en una losa, el danzón. Algunos mozalbetes solían empinar papalotes aprovechando la



brisa del atardecer. Y cuéntase que un día, inesperadamente, Rubén les salió desafiante y alegre con un barrilito de varillas de cedro, atezador de cañamazo y tres cuchillas relucientes en el rabo de mosquito. Era tan joven, entusiasta y jocundo como ellos.

Esa insólita capacidad de identificación que poseía fue uno de los manantiales de su magnetismo personal y de su fuerza suasoria, que arrastraban, unían y vertebraban voluntades apocadas, discordantes o renuentes en las situaciones más difíciles o decisivas que enfrentaba el movimiento obrero. Y fue así como, insensiblemente, acrecentó el contenido de sus relaciones con los jóvenes trabajadores hasta empezar ya a hablarles de la situación del país y de sus deberes con la patria, su clase y su época. Y les habló también de Martí y de Mella, de Alfredo López y de Enrique Varona, de Claudio Bouzón y de Noske Yalob y, a seguidas, de Marx, Engels y Lenin, y del imperialismo y de la Revolución de Octubre, y de las causas del fracaso de la revolución liberadora de Martí y de las frustraciones, amarguras, despojos, miserias, vejámenes, envilecimientos, atropellos, villanías y crímenes encarnados en la república mediatizada y, con tono enardecido, de la épica social del proletariado y del mundo nuevo que anidaba en sus entrañas y del derecho inalienable de los pueblos oprimidos a rebelarse y labrar su propio camino. Y un panorama desconocido se abrirá repentinamente ante sus ojos atónitos y maravillados, que han descubierto la realidad y, a la vez, la necesidad de transformarla.

Las sesiones de preguntas y respuestas contribuyeron a acelerar el proceso de formación de conciencia iniciado por Rubén Martínez Villena. El mecanismo era simple y directo. Se depositaban las preguntas por escrito en un buzón, y un panel, compuesto por los jóvenes más avispados y algunos jóvenes comunistas, les daba inmediata respuesta. El repertorio de temas era muy variado y a Rubén, a Fabio y a Sarah se les confiaban las respuestas a las preguntas políticas, cada vez más numerosas. Pero era Rubén quien, por lo común, se hacía cargo de esto. El debate se alargaba, a veces, hasta la medianoche.

Varios estudiantes del barrio comenzaron a frecuentar el local y a participar en estos conversatorios, en los que se destacaban por su mayor preparación y su actividad política en la agitada Universidad de 1927. De este anhelado y fértil encuentro, que fomentaba el desarrollo de relaciones fraternales entre los jóvenes obreros y estudiantes y promovía el interés por los problemas sociales, políticos y culturales que les atañen, brotó la idea de editar mensualmente el periódico legal *Juventud Obrera* y la organización clandestina de círculos de estudios marxista-leninistas para los jóvenes más radicalizados y combativos, rica cantera de dirigentes y activistas de la Liga Juvenil Comunista en ciernes.



Con los cuadros extraídos de la juventud militante y de las Juventudes Culturales Deportivas Obreras que funcionaban en La Habana, se integraría el 12 de diciembre de 1928 —hace ahora medio siglo— la dirección de la Liga Juvenil Comunista, que apoyándose en aquéllas y actuando independientemente, se fue fortaleciendo y ampliando. Su acción se trasladará a los centros de trabajo y a los planteles de enseñanza. Y, en la misma medida en que la liga y las juventudes profundicen y extiendan su labor, crecerá el asedio y la intimidación del aparato represivo. La forma celular adoptada por los jóvenes comunistas, semejante a la del Partido, les permitirá encubrir la organización e intensificar la lucha. Por su estructura abierta, la persecución policial hizo estragos en las Juventudes Culturales Deportivas Obreras, que cumplida ya su misión acaban por disolverse. En consonancia con el grado de madurez política alcanzada por los jóvenes trabajadores, serán sustituidas por secciones juveniles de los sindicatos.

El primer día de agosto de 1928, en recoleto y efusivo ambiente familiar, Rubén Martínez Villena se desposó con Asela Jiménez, la mujer que más amó en su vida y nunca dejaría de amar. Y fue también, a partir de aquel día, que Asela, no obstante su educación conservadora y su acentuada religiosidad, lo acompañaría como mujer, camarada y militante hasta su muerte.

Casualmente había caído en manos de Rubén un ensayo de Regino Boti titulado *Tres temas sobre la nueva poesía*. Aunque un tanto tardíamente, el gran lírico guantanamero tomaba posición en la polémica promovida por el vanguardismo. Lo leyó con apasionado interés. Y advierte, con hondo regocijo, al cerrarlo, que concordaba con sus puntos de vista. “Era necesario —subraya— que una voz autorizada dijera entre nosotros cuatro verdades orientadoras en el orden literario-poético, o, precisando más, nos presentara un cuadro sistematizado de postulados estéticos que ordenara el desconcierto creador y las vacilaciones críticas de nuestro mundillo al aparecer en él las manifestaciones de la llamada poesía vanguardista o, simplemente, vanguardismo.”<sup>311</sup>

Justamente con estas palabras inicia Martínez Villena su postrera incursión en los predios olvidados de la crítica literaria, a la que lo ha impelido sin darse cuenta aquella lectura tan distante de sus actuales inquietudes, preocupaciones, deberes y responsabilidades. Y fue así como, en breve y aguda disquisición en torno a la teoría de la poesía que Boti formula, esboza la suya propia.

“...el elemento sustancial del verso —resume— [...] es el ritmo. En tertulia con amigos vanguardistas y no vanguardistas hemos expresado muchas veces esta misma opinión, y hace algunos años hasta anunciamos unas palabras ‘sobre la esencia de la poesía’, en ocasión de un recital de Porfirio Barba Jacob. Boti nos ha confirmado aquel criterio, destacando magistralmente

---

311 Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa*, ed. cit., t. 1, p. 309.

el *quid divinum* de la poesía, en lo que a la forma se refiere”.<sup>312</sup> Y, después de remontar el origen de la poesía a la música cantada que acompaña a las danzas rituales primitivas de significación religioso-sexual, de la cual al emanciparse posteriormente guarda una cualidad rítmica impuesta por la música misma, establece que el ritmo poético se diferencia del ritmo de la prosa en la unidad rítmica que le es consustancial.

”...no somos opuestos —concluye— a la liberación del verso, aunque sí nos resulta inadmisibile la arritmia poética o la poesía arrítmica. Despojar al verso del ritmo, del ritmo poético, se entiende, no es liberarlo de nada, sino suprimirlo en sí, al suprimir su específica condición, su esencial carácter.

”El metrolibrismo es una conquista poética dentro de la cual, usando el verso blanco o sin rima, hay campo ilimitado. Pero el ritmo-librismo, amigos vanguardistas... es una conquista muy vieja: es la prosa misma, a la cual es inútil presentar disfrazada tipográfica y temáticamente como verso”.<sup>313</sup>

Las relaciones entre las vanguardias comunistas de Cuba y de México se habían acrecentado durante los últimos meses. Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena son los principales propulsores. Estrangulada temporalmente la voz del partido cubano por la tiranía, *El Machete* ha fungido de enérgico vocero del movimiento obrero y del pueblo revolucionario de Cuba, denunciando los crímenes de Machado y los desmanes del imperialismo por boca de Julio Antonio. Inspirado por éste, el pleno del Comité Central del Partido Comunista Mexicano, dirigía el 1º de septiembre este mensaje al partido cubano: “Pleno PC Mexicano saluda fraternalmente luchadores Cuba contra imperialismo y sus lacayos, expresándole una vez más la solidaridad trabajadores revolucionarios de México.”

Exiguas noticias se sabían de las actividades conspirativas de Mella. No ha escrito más. Finalizando el verano, Rubén recibió un escueto recado suyo en que reitera el envío del emisario, aunque sin dar nombre ni fecha.

Según refiere Leonardo Fernández Sánchez, los trabajos preparatorios de la insurrección armada absorben los afanes y las energías del tenaz combatiente. “Mella —acota— ha madurado políticamente en México. Su pensamiento es siempre claro, con una como avizoración genial del futuro, pero hay en él una comprensión más realista del movimiento cubano y de las fases de la liberación. En la tribuna su palabra ha perdido algo del brillo tempestuoso, pero ha ganado en precisión, reciedumbre y objetividad.”<sup>314</sup>

Repentinamente, Mella desapareció de la capital. Sólo Tina Modotti —amor desvelado y compañera admirable— conoce su paradero. Cuando retorna, se sabe que ha permanecido varios días en Veracruz indagando las posibilidades de penetrar clandestinamente en Cuba. Sostiene una entrevista

---

312 Ibidem, p. 310.

313 Ibidem, p. 315.

314 Leonardo Fernández Sánchez: art. cit., p. 101.

secreta con Leonardo: “...se decide mi viaje a Cuba”<sup>315</sup> —registra éste. Deberá buscar a Rubén y reunirse con el Comité Central y, después, entrevistarse con los representantes del ala radical de los nacionalistas y, aparte, con Carlos Mendieta. “Tenemos —escolia Leonardo— armas de un alijo primitivamente destinado contra Juan Vicente Gómez. Es preciso tantear las posibilidades de un movimiento armado conjunto. Nos encargaremos de hacer llegar las armas en una expedición.”<sup>316</sup>

El emisario abandonó sigilosamente la meseta y en Tampico aborda un carguero que lo llevará a La Habana. Sin contratiempos desembarcó el 1° de octubre en el espigón de Paula. Tomó un fotingo y se perdió.

Sin dificultades tampoco, Leonardo estableció contacto con su familia y su novia, Aida Hernández. Los confidentes apostados en México aún no han percibido su ausencia.

Una nota sombría: encontró a la madre casi postrada. La inesperada irrupción clandestina del hijo empeoró el estado de la enferma. Y a fin de sosegarla un poco, decidió pasar unos días junto a ella.

En una extensa carta dirigida a Mella, cuando arriba expulsado a Nueva York, Fernández Sánchez deja constancia, paso a paso, de sus actividades en Cuba.<sup>317</sup> Se puso al habla con Aureliano Sánchez Arango, muy identificado entonces con el Partido, quien le notificó de las probables entrevistas con Aurelio Álvarez y Carlos Mendieta y del informe sobre la situación, que ha remitido a Julio Antonio. No le fue fácil dar con Martínez Villena, medio sumergido por esos días. Al fin, logró verlo y convenir la entrevista con el Comité Central. Rubén le insistió, varias veces, que el único dirigente connotado de Unión Nacionalista presto a empuñar las armas era el general Peraza.

En esta reunión, tensa y dilatada, se analizó, desde todos los ángulos, la tesis de Mella, su apreciación de la situación y la táctica a seguir. Leonardo sometió a consideración dos proposiciones concretas de Julio Antonio: la discusión formal con la dirigencia de Unión Nacionalista de su proyecto de insurrección armada conjunta y su intención de llevarlo a vías de hecho en caso de que estas diligencias fracasaran. La primera se aprobó por unanimidad y se nombró una comisión compuesta por Rubén, Leonardo y Joaquín Valdés para que visitara a Mendieta en nombre del Comité Central y de la ANERC y le explicara el plan de Mella una vez explorada su posición. Se acordó subordinar la decisión sobre la segunda propuesta al resultado de esa gestión. A Fernández Sánchez se le encargó tramitar la entrevista.

Intento estéril. Caudillo potencial de la oligarquía, conductor máximo de la oposición restauradora, manifiestamente proimperialista, Mendieta se

---

315 Ídem.

316 Ídem.

317 Archivo de Aida Hernández.

escabulle. No deseaba relación alguna con el Partido, ni con Mella, ni con la ANERC. En vista de su actitud huidiza, Leonardo resolvió ir a ver al general Peraza. Le puso por delante su militancia comunista. El viejo mambí aceptó el proyecto de Mella y ratificó que la única vía para eliminar a Machado era mediante la insurrección popular armada. El momento de hacerla, a su juicio, ha llegado. Fernández Sánchez le habló, con cruda franqueza, de la errónea política de Unión Nacionalista, de su carencia de programa, de su desorganización absoluta, de las vacilaciones de sus jefes de la necesidad apremiante de reemplazar los inocuos métodos de tribuna y prensa por una acción efectiva y de tirar por la borda las nulidades pomposas que no peleaban ni dejaban pelear. Peraza añadió, finalmente, como ineludible cumplido, que Mendieta era un hombre honrado y demócrata de cepa, capaz, por consiguiente, de ponerse en la punta del movimiento insurreccional. “Créame —concluyó— que podríamos marchar de acuerdo un largo trecho.” Y, ya en trance de despedida, se comprometió a procurarle el encuentro con el escurridizo coronel. Lo creía indispensable.

Y precisamente aquí comenzó el desastre. Sin saberlo, Leonardo acababa de poner en conocimiento de Machado todos los secretos de la conspiración organizada por Mella. Viejo conocido de las aulas del instituto, ex estudiante antiprorroguista, administrador del periódico *Unión Nacionalista* y tipo de confianza del general, Francisco Rey Merodio, presente en la plática, informó al jefe de la policía judicial de cuanto hubo oído. Por unas piltrafas, se había vendido al tirano.

Varios días transcurrieron sin que Leonardo obtuviera noticias del general Peraza. En ese interregno, se efectuaron los comicios generales convocados por Machado para reelegirse, coincidentes con la elección en Estados Unidos de Herbert Hoover, oficiante republicano de la ganga imperialista controlada por la familia Morgan. Candidato único, con la exclusiva votación de sus retribuidos incondicionales y de los míseros empleados públicos, el tirano prorrogó su sanguinaria voraz estancia en el palacio presidencial.

Había salido confiadamente de su casa con el propósito de encontrar algún miembro del Comité Central, cuando Leonardo Fernández Sánchez fue acorralado en la calle Galiano por el inspector de la policía judicial Ángel Anyumat y el agente Pedro Clabarren.

—Monta. El jefe quiere verte —ordenó aquél.

Y, con la misma, como se solía decir en lenguaje popular, lo metieron rudamente en un fotingo.

Éste se detuvo, sin apagar el motor, frente al castillo de La Fuerza, sede del estado mayor del ejército, donde dos agentes de patibularia catadura subieron al auto, que partió rumbo a la fortaleza de La Cabaña, ubicada al otro lado del puerto. Durante el trayecto, Leonardo, consciente ya de su

probable destino, increpó varias veces a sus captores y, en un descuido de éstos, intentó abrir la portezuela y escapar.

A empujones, fue recludo en un calabozo de tétrico renombre: de allí habían secuestrado una madrugada a Noske Yalob y a Claudio Bouzón para echarlos a los tiburones. La familia, al notar su extraña desaparición, comenzó a mover cielo y tierra. Y, al cabo de una angustiosa semana de baldías gestiones, un hermano suyo, amigo íntimo de significados servidores del tirano, lograría que éste, tras procaces calificativos, dispusiera su deportación a Estados Unidos. “Y va en coche —díjole a los asustadizos pedigüños— porque éste comunista ha venido a Cuba a prepararme un atentado.”

Trasladado a una celda de la jefatura de la policía judicial, Leonardo permaneció incomunicado hasta pocas horas antes de embarcar hacia Nueva York. A punto ya de abordar el fotingo que lo conduciría al muelle de La Machina —consigna en sus apuntes— “Alguien [...] se me acerca: ‘Hay un plan para asesinar a Mella. Sale gente de aquí. La información la tenemos del propio Palacio’.”<sup>318</sup>

El 27 de noviembre enfilaba el canal del puerto el navío que lo transporta a Nueva York. Apenas se instala en un bajareque del barrio de Harlem, le escribió a Mella, como ya se consignó. Aparte de darle cuenta pormenorizada de su misión, lo pone sobre aviso. “Seguridad —acota en sus apuntes— que ha salido gente de Cuba para suprimirlo. Debe tomar precauciones. Insisto en toda mi carta sobre ello. La fuente de la noticia es de crédito.”<sup>319</sup> La carta, única pieza de convicción en los inicios, es ocupada en las habitaciones de Julio Antonio e incorporada al proceso. Dos días antes ha arribado a México el esbirro José Magriñat, encargado de la dirección técnica del asesinato por el comandante Santiago Trujillo, jefe de la policía secreta. Fracasada la primera fase de su plan, el tirano ha resuelto ejecutar la segunda. El embajador norteamericano está advertido. No lo desconoce tampoco el presidente Emilio Portes Gil.

Mella respondió en seguida la carta de Leonardo: “hemos recibido recados —le expresa— de uno que acaba de llegar de Cuba, con noticias”.<sup>320</sup> En carta posterior, cerca ya del nuevo año, le aclara: “el amigo que nos trajo los informes de Cuba, sabes quién es, el amigo de Menocal famoso, nos parece sospechoso”.<sup>321</sup> Magriñat se le ha pintado cínicamente como contumaz opositor de la tiranía y deseoso de contribuir activamente a su derribamiento. Hasta le aconseja que se cuide. Pero Mella no le dio entrada ni tampoco rompió relaciones con él. Optó por jugarle la cabeza.

---

318 Leonardo Fernández Sánchez: art. cit., p. 102.

319 Ídem.

320 Ídem.

321 Ídem.

El temple revolucionario de Julio Antonio Mella era de acero inoxidable. Asimiló el revés y prosiguió el camino. La encomienda de Leonardo también había rendido frutos jugosos: la buena disposición del Partido, el compromiso del general Peraza, la actitud auspiciosa del ala radical del nacionalismo y el concurso de los grupos estudiantiles antimachadistas. Y se habían salvado, además, los principales enlaces. Revisar, ajustar, perseverar, accionar: eso es lo que se precisaba hacer y Mella lo está haciendo.

Y, a torso desnudo, reafirma su postura y su decisión: “habiendo el régimen imperante abolido todas las libertades públicas y persiguiendo sañudamente a todos los elementos de la oposición, tan sólo queda reconquistar las libertades por el mismo camino que la obtuvieron los Libertadores y Emigrados del 95. Quien crea en la oposición *legal* está desempeñando el mismo papel que, frente a la lucha contra el Imperio Español representaban “los autonomistas”. [...].

¡Cuba libre para los trabajadores!”<sup>322</sup>

---

322 *¡Cuba Libre!*, 3 de noviembre de 1928. (Aparece en: *Julio Antonio Mella; documentos y artículos*, ed. cit., p. 490.)

Una percusión relampagueante rasgó el oscuro silencio de la noche.

—¡Machado me ha mandado a matar! ¡Muero por la Revolución!

Sonó otro disparo. Ronco bufido brota del indómito adalid, que yace desmadejado y sangrante. Dos sombras huyen, volatilizándose en la avenida Morelos. La bella mujer que le acompaña, profiere, tragándose el llanto, fuertes voces de auxilio y clama desesperada por un automóvil. Se aproximan, lívidos y agitados, varios testigos de la criminal celada. Aparece, de súbito, un gendarme pistola en mano. Y resuena en la lejanía, cada vez más estridente, la sirena de una ambulancia de la Cruz Roja, llamada por un vecino.

Atacado alevosamente, Julio Antonio Mella se debate entre la vida y la muerte, junto a la acera de la calle Abraham González, cerca de la pensión donde moraba. Su juventud radiosa se escapa, a borbotones, por el tórax agujereado y convulso.

Minutos antes de encontrar a Julio Antonio en el lugar convenido, después de haberse éste entrevistado con José Magriñat, su compañera, Tina Modotti, ha cursado un cablegrama a Sergio Carbó, director de *La Semana*, fechado el 9 de enero de 1929: “Rogamos desmienta totalmente calumniosa campaña iniciada enemigos nuestros. Nunca profanóse bandera. Detallamos correo. Afectuosamente, Mella.”

Los cirujanos de la Cruz Roja atienden al herido con afanosa diligencia y cuidados extremos. Confiaban solamente en una milagrosa reacción de su espléndida naturaleza. Antes de serle suministrado el anestésico, ratificó sus acusaciones contra Machado y añadió: “Magriñat tiene que ver con esto.”

En una habitación contigua, saturada de olores sofocantes, con muda ansiedad, aguardaban sus compañeros cubanos y Tina Modotti.

—Señores: todo ha sido inútil, Mella acaba de morir —anunció, cerca ya de la medianoche, con leve temblor en la voz, el cirujano jefe.

Y agregó:

—Si ustedes lo desean, pueden pasar al quirófano. Yo los acompaño.

La sentencia del tirano se ha ejecutado en contubernio con el imperialismo yanqui y el gobierno de Portes Gil. José Magriñat, arquitecto del crimen, el delincuente José López Valiñas, autor material, y su cómplice, Arturo Sarabia, ex jefe de la policía de Jovellanos, se refugian en la sede diplomática de Cuba. Protegidos por la policía mexicana, Sarabia y Magriñat escapan en el vapor “Alfonso XIII”, que hace escala en La Habana. Recompensado con

cincuenta dólares mensuales por su repugnante acción, el proxeneta López Valiñas residió impunemente en México hasta 1931, en que su propia mujer, al rebelarse a continuar ejerciendo la prostitución, lo delató y fue detenido, procesado y enjuiciado. Las artimañas de las autoridades mexicanas y las presiones de Machado para impedir su condena se estrellarían contra las severas exigencias del movimiento obrero y de la juventud estudiantil. Magriñat fue ejecutado, en los días subsiguientes a la caída del machadato, en el ataúd en que se había escondido en la funeraria Infanzón. Quien lo dejó tieso de cinco disparos a boca de jarro, exclamó al descubrirlo:

—¡Ahí mismito te quedaste!

Y allá por la década del cuarenta, Arturo Sarabia, el cómplice de López Valiñas, morirá de una certera puñalada en el tórax inferida por un estafado cliente de su banco de apuntaciones prohibidas.

La prensa machadista daría una versión amañada del asesinato de Mella, atribuyéndolo impudicamente a una “cuestión de faldas”, emulando con las vilezas, afrentas y mentiras vertidas por la de México, la cual incluso acusó a Tina Modotti de espía fascista. A medida que la noticia se propalaba por la ciudad, la ira popular crecía como tromba de fuego que incendiará toda la Isla.

Convocado por Rubén Martínez Villena, se reunió el Comité Central del Partido Comunista. Testigo de mayor excepción, Fabio Grobart refiere este pasaje dramático: “Yo había visto ya a Rubén furioso en otras ocasiones [...]. Pero jamás había visto a Rubén como ese 10 de enero de 1929. Fue la única vez que lo vi llorar. Quería a Mella como a un hermano y su asesinato conmovió lo más profundo de su alma. El odio y el desprecio que ya sentía por Machado desde la huelga de hambre de Mella, cuando se enfrentaba personalmente con el “Asno con Garras”, exigiéndole la libertad de Julio Antonio, se convirtió ahora en cólera incontenible. Mientras hablaba, se levantaba varias veces de su asiento y daba vueltas nerviosamente en la pequeña habitación. Había que hacer algo importante para responder al asesinato de Mella; pero la situación aún no estaba madura para las grandes acciones de masas. Había que limitarse a pequeñas protestas y a acumular fuerzas para las batallas decisivas del futuro. El manifiesto del Comité Central del Partido sobre la muerte de Mella, redactado ese mismo día por Rubén, circuló al día siguiente en los talleres y fábricas y pasó clandestinamente de mano en mano durante semanas, llevando a las masas un mensaje de aliento y de combate.”<sup>323</sup>

“La palabra es insuficiente —comenzaba el memorable documento— para exponer el sentimiento individual, cuánto más no ha de serlo para decir el dolor de una clase, la angustia de un pueblo, la tristeza y la cólera de los oprimidos. Los trabajadores de Cuba, de la América y del mundo están de duelo, porque ha caído un luchador valiente, fuerte y necesario. La pequeña

---

323 Fabio Grobart: “Recuerdos sobre Rubén”, ed. cit., p. 2.



burguesía cubana, estudiantes, profesionales, comerciantes, empleados, comprende horrorizada hasta dónde llega la ferocidad insaciable del tirano, revelado de súbito como asesino internacional.

”Pero la palabra puede servir para proclamar la verdad y desenmascarar a los criminales. El asesinato, asesinato alevoso premeditado largamente en Palacio, marca la fase sangrienta de una etapa de terror blanco iniciada inmediatamente a las seudoelecciones de noviembre, prisión y expulsión arbitraria de obreros huelguistas; amenazas por los cuerpos policíacos a los directivos de las organizaciones obreras, persecución contra periódicos proletarios e intento de asesinato y secuestro y expulsión ilegales del estudiante Leornado Fernández Sánchez [...] se gestionó una extradición absurda, basada en un supuesto delito de ‘lesa patria’. [...]. El General Alemán dio un viaje a México con el exclusivo objeto de lograr una extradición. Fracasado ese intento, se decidió entonces asesinar a Mella en el propio México. Se envió allí un agente provocador [Raúl Amaral] con la consigna de promover un incidente en torno a la bandera cubana. La prensa colaboró desfigurando los hechos y quiso presentar a Mella pisoteando la bandera. Esta calumniosa estratagema tenía por objeto desprestigiar a Mella ante los patriotas cubanos y entre los trabajadores atrasados. Mella era un revolucionario consciente, un comunista, y no podía realizar ni realizó ese acto estúpidamente pueril. Pero la bandera que él no pisoteó ondea en la Delegación de Cuba, protegiendo en México a sus asesinos; porque hoy la bandera no representa [...] más que a la alta burguesía cubana, vendida al oro yanqui y capitaneada por el monstruo. Agentes pagados, criminales a sueldo embarcaron enseguida, antes de que la calumnia pudiera ser desmentida, allí, dirigidos por espías conocedores de los detalles necesarios para su horrenda misión, consumaron fría e impunemente el crimen planeado.

”Mella dio su juventud, su vigor, su inteligencia y su vida a la causa de la emancipación de la clase obrera y campesina [...]. Hay que organizar nuestra defensa contra el crimen [...], redoblar nuestra lucha contra la tiranía burguesa y sus aliados, los traidores de la American Federation of Labor y la Federación Cubana del Trabajo, contra el imperialismo, amo de los tiranos de las colonias. ¡Lucha sin tregua en todos los frentes contra todos los enemigos de nuestra clase! [...].

”Oye también estas palabras de Julio Antonio Mella, dirigidas a su asesino en *El grito de los mártires*:

*’Tirano: tú eres un pobre degenerado por los vicios, por la edad, y por las riquezas. El proletariado es más inteligente y comprensivo que tú, ser ignorante, bestial y epiléptico; supones que una o veinte muertes resuelven el problema social, el Gran Problema del siglo. Si así fuese ya te habrían hecho lo que tus esbirros han hecho a centenaes de nosotros. Si el asesinato fuese la panacea, ya se te habría asesinado. Pero no es así, imbécil degenerado...*

*'Tirano: los que vas a matar —o los que van a exterminar tu régimen en una acción revolucionaria de masas— te desprecian. Conocen que eres un pigmeo ante la historia, un instrumento ciego, en que tu suerte está unida a la de los tiranos que pretendes copiar.*

*'Los que has asesinado, los que has perseguido, los que has encarcelado, todos los que tiranizas te saludamos llenos de optimismo. Trabajas para nosotros: matas, encarcelas. La sangre es el mejor abono de la libertad. El pueblo de Cuba triunfará [...] sabe con el maestro Marx que sólo las cadenas pueden perder y en cambio tiene un mundo que ganar [...].*

*"...de pie en honor al camarada inmolido, recordemos estas palabras, también tuyas, estas palabras de aliento para todos los trabajadores:*

*'Vosotros, cantaradas aún con vida, camaradas perseguidos, candidatos a la inmoliación, como todos lo somos en esta lucha, digamos en un sólo grito: ¡Adelante!'"*<sup>324</sup>

Aunque clausurada por la tiranía, la Universidad Popular José Martí irguió también su condena y su dolor en un manifiesto redactado por Martínez Villena, que circuló profusamente en los medios obreros, estudiantiles e intelectuales. Lo suscriben Rubén, Gustavo Aldereguía, Sarah Pascual, Aureliano Sánchez Arango y este prójimo. Una hoja impresa en mimeógrafo, firmada genéricamente por los estudiantes de la Universidad de La Habana, fue distribuida en las dependencias de la institución. Concluía: "Luchemos por los principios revolucionarios del 23 y del 27, por arrojar a la soldadesca inconsciente que nos veja y al profesorado adocenado y servil que nos denigra." Y portavoz de la protesta de los jóvenes orientales fue la asociación de bachilleres de la provincia, que llamaba al pueblo a "ostentar un crespón de luto durante una semana". Floro Pérez, futuro héroe de la lucha contra la tiranía, aparece entre los rubricantes. La alta dirigencia de Unión Nacionalista, no obstante la indignación de sus bases, guardó absoluto mutismo. Odiaba y temía a Mella tanto como el tirano.

Con un boscoso despliegue de enseñas rojas y entonando el himno del proletariado, millares de obreros, campesinos y estudiantes escoltan los restos de Julio Antonio Mella hasta el panteón de Dolores, después de habersele tributado férvidos honores en la Facultad de Jurisprudencia, donde cursaba el último año de la carrera y había fundado la Asociación de Estudiantes Proletarios y dirigido su revista *Tren Blindado*. Oradores de la América mestiza entrelazaron sus ofrendas de despedida como destellantes guirnaldas. Y, por sobre todas, se alzarían, como lanzas candentes, las de Diego Rivera y Rafael Carrillo, secretario general del partido mexicano. Antonio Penichet

---

324 *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos, op. cit., t. 2, pp. 105-108. (Subrayados de Raúl Roa.)*

habló en nombre de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos: “Han matado —resumió— al Sandino de Cuba.”

Sobre la tumba del esclarecido gladiador, abrumada de rosas, claveles y siemprevivas, resplandecía una tarja de mármol negro con esta leyenda en mármol blanco: *¡Machado me ha mandado a matar! ¡Muero por la Revolución!*

La protesta por el vil asesinato conmovió a México y sacudió el orbe. El Secretariado de la Internacional Comunista instó a redoblar la batalla contra el imperialismo yanqui y exhortó a la solidaridad con la heroica contienda del pueblo cubano contra la tiranía de Machado y la dominación extranjera. Veinte mil luchadores de ambas Américas evocan a Mella en el Madison Square Garden, de Nueva York, al unísono con la voz cortada y cortante de Leonardo Fernández Sánchez. Los círculos revolucionarios peruanos sintieron su pérdida como propia y, sobre todo, José Carlos Mariátegui, que tanto apreciaba su denuedo y talento. En la primera página del quincenario *Labor*, que dirigía, apareció, con su perfil aquilino captado por Tina Modotti en clásica fotografía, emocionada nota de duelo. Y, al conmemorarse un mes de su desaparición, Tina Modotti, con la palabra entera y el corazón partido, expresaba en la tribuna erigida en el teatro Hidalgo: “En Mella mataron no sólo al enemigo de la dictadura de Cuba, sino al enemigo de todas las dictaduras.

”En todas partes hay individuos que se venden por dinero, y uno de éstos ha tratado aquí de desvirtuar el móvil del asesinato de Mella presentándolo como un crimen pasional.<sup>325</sup> Una vez más afirmamos que el asesino de Mella es el Presidente de Cuba, Gerardo Machado [...].

”Machado, o sea, la caricatura de Benito Mussolini, ha cometido un crimen; pero hay muertos que hacen temblar y cuya muerte representa para los asesinos una amenaza igual o mayor que su vida de luchadores [...].

”Él está en la lucha de los obreros y campesinos en todo el continente; está en la conciencia y en los movimientos de masas de los trabajadores; está entre los soldados de Sandino; está entre los huelguistas de Colombia ametrallados por el capital imperialista. En esta noche, al cumplirse un mes del cobarde asesinato. Nosotros honramos su memoria y prometemos seguir su camino hasta conseguir la victoria de todos los explotados del mundo, y así honramos su memoria en la forma que más le hubiera gustado: ¡no llorando sino luchando!”<sup>326</sup>

---

325 Alusión al jefe de la policía de México, general Valentí Quintana, encubridor de los asesinos. Ver Mildred Constantine: *Tina Modotti. Una vida frágil*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979.

326 Lionel Soto: *op. cit.*, t. 1, pp. 507-508.

Si Machado sería, en lo adelante, “el asesino sin fronteras”, Julio Antonio Mella, resurrecto para siempre al desplomarse con la bandera de la revolución en alto, en creciente lumbrarada “seguiría siendo útil después de muerto”.

En su estólida euforia de bestia ahíta, Machado creyó ilusamente que al tronchar la vida de Mella segaba las raíces del movimiento revolucionario y del descontento popular: “Muerto el perro —repetía distendiendo voluptuosamente las garras ensangrentadas— se acabó la rabia.” Bastaba ahora, para despejar el camino de miedos y peligros, con destruir a los inoculados y tapiar sus cuevas. Y se lanzó furiosamente al ataque. La resaca de la represión dejó cuantioso saldo de asesinatos, torturas, encarcelamientos y deportaciones.

Sin embargo, los dirigentes y cuadros del Partido Comunista y de los sindicatos revolucionarios, avezados ya a moverse en condiciones de terror y clandestinidad, se enfrentaron, firmes y audaces, a la brutal arremetida. No hubo paso atrás. El proletariado había transfigurado su duelo en coraje, en intrepidez, en combatividad. Rubén Martínez Villena era el forjador de ese formidable desafío de clase. Ni tampoco se rendirán las masas populares ni los estudiantes. El odio a la tiranía, acrecido con el asesinato de Mella, se iba concentrando, galvanizando, objetivando.

Eludiendo las dificultades de rigor, pude ver a Rubén en su nueva vivienda de la calle Benjumeda. El reducido apartamento era soturna celda de un macizo edificio que semejava un enorme panal de abejas. Un sitio muy a propósito para pasar inadvertido en aquellas circunstancias. Cuando Asela me franqueó la entrada, Rubén se despedía de Joaquín Valdés.

Trazas de insomnio y de agotamiento delataba su rostro empalidecido y afilado. Lo que más me impresionó de su aire enfermizo fue la sombría tristeza que empañaba el verdor reluciente de sus ojos. El asesinato de Mella le había macerado el corazón. No sólo lo quería entrañablemente, le angustiaba, además, la certeza de que, con su muerte, se malograban vitales esperanzas, acaso el porvenir inmediato de la revolución. Y a reflexionar en torno a ello se detuvo unos minutos.

—Es ya imposible —concluyó— proseguir los planes de Julio. Su pensamiento y su acción, su presencia real y su jefatura indiscutible resultan indispensables para ejecutarlos. Por otra parte, el cuadro de factores con que contaba ha variado. Según informes veraces, la alta dirigencia de Unión Nacionalista anda en contactos subrepticios con el Asno. ¿Qué podía esperarse de esa gentuza que ni siquiera ha censurado el crimen atroz?

—Entonces ¿qué?

—Pues acumular fuerzas y desplegarlas en una acción distinta a partir del movimiento obrero. Ya estamos en eso. Una explosión de masas pudiera encender nuevamente el espíritu combativo del estudiantado y movilizar al pueblo. Nuestro objetivo principal es crear un amplio frente de lucha contra

la tiranía y el imperialismo bajo la dirección del Partido. Pero hay que proceder por etapas. Eso dista todavía de estar maduro.

—Sobre la participación de los estudiantes te quería precisamente consultar. La mayoría del grupo que hemos constituido, como sabes, no va más allá, en su perspectiva política, del derrocamiento de Machado y de su sustitución por un gobierno democrático, honrado, capaz y patriótico. No dudamos de la valentía de estos compañeros. Pero, salvo excepciones, son reformistas y no revolucionarios. Va a ser difícil integrar una vanguardia parecida a la de 1927.

—No importa, chico. En el curso de la lucha algunos se irán radicalizando y otros vendrán al fin con nosotros. La cuestión es reanudar la batalla. Busquen otros elementos. Oye: ¿conoces a Pablo de la Torriente Brau?

—Personalmente, no.

—Trabaja en el bufete de Fernando Ortiz. Visítalo de mi parte y trata de engancharlo. Es un espléndido revolucionario en potencia. ¡Adelante...!

Y un violento acceso de tos lo acometió cuando me acompañaba hasta la puerta.

—¿Estás acatarrado?

—Es lo otro. Desde hace días tengo una fiebrequita sospechosa.

—¿Por qué no llamas a Aldereguía?

—Me mandará seguramente a la cama. ¿Te imaginas? Eso es imposible en estos momentos. Hasta pronto.

Asumió Hoover la presidencia con un acompañamiento coral de tambores áureos, rascacielos luzbólicos, palacios aladinescos, pavos trufados, collares deslumbrantes, automóviles engraidos, pelambres engomadas, grajos dormidos, encapuchados medievales, traganíqueles tramposos, zapatos enloquecidos, espectros parlantes, sangres fumigadas, estatuas de sal, piratas condecorados, boñigas maquilladas y estereotipos alucinógenos. Nunca se había visto antes en Estados Unidos una concentración de poder tan rancia, altanera, codiciosa, frívola, enajenante, inepta y agresiva. Ni tampoco tan horra de respuestas para los acuciantes problemas que encaraba el pueblo norteamericano en vísperas de la desconflautación económica, financiera y social más imponente de su historia. Ya los parados empezaban a hacer olas en todo el territorio de la Unión. El filme *Tiempos modernos*, de Charles Chaplin, proyectaría, a su arbitraria y polivalente manera, algunos rasgos grotescos del drama.

En señal de pleito vasallaje al nuevo monarca, se apresuraba a hincar la rodilla el títere ungido hacía poco en Nicaragua por las bayonetas intrusas y los nicas descastados. Paladín de la independencia nacional y símbolo de la dignidad continental, Augusto César Sandino permanecía en las montañas con su fogueada constelación de guerrilleros, hostigando incesantemente a

los invasores y a sus lustrabotas. No lo sabía ni podía saberlo el integérrimo y temerario peleador, pero sus días estaban contados. Jefe de esa banda de forajidos titulada eufemísticamente Guardia Nacional, ha irrumpido en su vereda Anastasio Somoza, aquel que habría de asestarle años más tarde la puñalada trapera, el protervo fundador de la voraz, corrompida y vesánica dinastía que ahora, medio siglo después, sin que al asesino tampoco le fuese dable preverlo, batida y acorralada por los retoños del inmortal adalid, se revolcó vencida en un pantano de sangre, ignominia y podredumbre, no obstante los esfuerzos que hizo para salvarla el imperialismo yanqui. Los aguerridos combatientes del Frente Sandinista de Liberación Nacional entraron en Managua el 19 de junio de 1979. Triunfa la revolución y, a la vez, Nicaragua conquista la independencia después de ciento cincuenta años de dominio extranjero, como puntualizara Fidel Castro el 26 de Julio ante veintiséis comandantes sandinistas y varios miembros de la Junta de Reconstrucción Nacional, entre ellos el esclarecido poeta y sacerdote revolucionario Ernesto Cardenal. Una de las más conmovedoras epopeyas populares de nuestro tiempo ponía fin a cuarenta años de dinastía somocista y de férula yanqui. El pueblo nicaragüense ha abierto un nuevo, aleccionante y promisorio capítulo de la revolución latinoamericana, iniciada por Cuba hace veinte años.

Y precisamente porque la lucha emprendida persistía, la represión, desbocada como corcel espantado, torcía testículos, descuajaba vidas, hacinaba mazmorras en Venezuela, Perú, Chile, Colombia, Guatemala, Santo Domingo. Ya comenzaba a ocasionar terribles estragos en México.

No fue mera coincidencia que el asesinato de Mella marcara el inicio de una etapa de brusco retroceso y de creciente subordinación a los intereses políticos y económicos extranjeros.<sup>327</sup> Era, significativamente, el santo y seña que desencadenaba ese proceso. El asalto general a las conquistas revolucionarias, al movimiento antimperialista y a las organizaciones obreras, campesinas y populares, desembocaría en la clausura del Partido Comunista, en el fusilamiento de José Guadalupe Rodríguez —miembro de su Comité Central y líder de la Liga Nacional Campesina— y en la ruptura de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Los monopolios internacionales volvían a dictar la política de México.

Sañuda fue la persecución a los desterrados cubanos. Se prohibió la impresión de *¡Cuba Libre!* y de la revista *Mella*. Alejandro Barreiro, Manuel Cotoño y Jorge A. Vivó son secuestrados, lanzados a la cárcel de Lecumberri y sometidos a torturas físicas y mentales. Y al ser liberados, tras largo confinamiento, Barreiro había perdido la salud y el equilibrio psíquico. Acosados

---

327 Ver Ricardo J. Zevada: *Calles, el presidente*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1977.

Un lúcido análisis de la actuación presidencial de Calles y de la progresiva inclinación hacia la derecha del proceso mexicano, violentamente acelerado por Emilio Portes Gil y Pascual Ortiz Rubio.

sin tregua, el resto de sus compañeros va a dar a Nueva York. México dejaría de ser albergue y reducto de los libertadores cubanos —hermosa tradición inaugurada por José Martí— hasta el advenimiento a la presidencia del general Lázaro Cárdenas, que restituyó el derecho de asilo a los revolucionarios perseguidos, garantizó la libertad de organización y propaganda a las asociaciones obreras y campesinas, respetó las actividades del Partido Comunista y de la Liga Antimperialista, expandió la reforma agraria, promovió el progreso social, nacionalizó el petróleo, apoyó la lucha del pueblo español contra el fascismo y acogió, inolvidable ejemplo de solidaridad internacional, a miles de sobrevivientes de la epopeya.

Manuel Márquez Sterling, eximio camaleón de la politiquería criolla desde antes de que le saliera la primera cana, había sido designado, entre tanto, embajador de la tiranía en México. Machado le habló sin perifrásticos escauceos. Necesitaba valerse de su notoriedad en el pueblo mexicano, adquirida como representante diplomático de Cuba cuando intentó salvar la vida del derrocado presidente Francisco I. Madero, para conseguir el cese de las actividades revolucionarias de los proscriptos y echar tierra sobre el asesinato de Mella, encargo que aceptó con parejo cinismo.<sup>328</sup>

Sin miramientos de ninguna índole, ya el gobierno mexicano estaba actuando por cuenta propia. La colusión entre ambos regímenes consolidó la acción represiva.

Faltábale empero a Márquez Sterling satisfacer el más obsesionante deseo del tirano: la supresión del epitafio que denunciaba perennemente su sevicia. Hizo la solicitud formal al secretario de relaciones exteriores, Genaro Estrada, autor de la asendereada doctrina que ostenta su nombre y plumario de cierto valimiento. Escudándose en las tinieblas, manos pagadas destruyeron irrespetuosamente la inscripción acusadora sin que los celadores de la necrópolis se dejaran ver. Baldía fue la profanación propiciada por Estrada. El último grito de Julio Antonio Mella y sus ideas revolucionarias siguieron guerreando con ígneas resonancias.

Coincidiendo con el desate de la represión en México, la policía judicial cubana escenificó otra aparatosa “conspiración comunista”, conocida por la causa 228, que involucraba a los desterrados en ese país. La sincronización entre ambas acciones resulta hoy patente. Casi todos los implicados en la Isla pudieron ponerse a buen recaudo hasta que decayó la persecución y se dispuso la libertad bajo fianza de los detenidos.

Una ocurrencia de esos días dejó impronta indeleble en el pueblo cubano y tuvo repercusiones continentales: la muerte espantosa del revolucionario

---

328 No fue óbice para que, cuando le pareció rentable, con inaudito descaro se disfrazara de “antimachadista” y sumase su “patriótica conducta” a la oposición burguesa de la tiranía. Incluso se agenciaría, apenas derrocada ésta, el nombramiento de secretario de Estado en el gobierno presidido por Ramón Grau San Martín.



venezolano Francisco Laguado Jayme. Había arribado a La Habana en 1924, poco después que sus compatriotas Gustavo Machado, Salvador de la Plaza, Eduardo Machado y Carlos Aponte. Era, como éste, un temperamento volcánico, de cara a todo riesgo, antimperialista visceral y apercibido siempre a empuñar el fusil. Escribía en prosa tronante, desmelenada y agresiva. Colaboró asiduamente en el mensual *Venezuela Libre* y, al desaparecer éste, continuó la candente denuncia de los crímenes de Juan Vicente Gómez en algunas publicaciones que acogían sus panfletos. Amigo muy cercano de Juan Marinello, se ganó, por sus virtudes políticas y humanas, el aprecio de las esferas intelectuales progresistas. Cuando fue detenido el 14 de marzo de 1929 por los esbirros de la tiranía, Laguado Jayme trabajaba en la redacción de la revista *El Fígaro*.

Al conocer su aprehensión, Marinello hizo infructuosamente cuanto gestión estuvo a su alcance para impedir que fuera asesinado o devuelto a Venezuela.<sup>329</sup> Ese propio día, el comandante Santiago Trujillo, jefe de la policía secreta, cumpliendo instrucciones personales de Machado, ordenó a sus sicarios que, atado de pies y manos, arrojaran vivo a Laguado Jayme a las aguas profundas que circundan el castillo de El Morro, infestadas de hambrientos tiburones que se disputarían ferozmente los despedazados alaridos de su cuerpo palpitante. Y por haber denunciado su desaparición y presumido el trágico epílogo, fue clausurada *La Semana* y deportado su director.

Juan Vicente Gómez, en carta autógrafa, hizo saber su larga gratitud a Gerardo Machado. No en balde el Asno con Garras satisfacía, el cabo, la pertinaz solicitud del Bagre<sup>330</sup> venezolano.

La delegación central de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios se había trasladado de México a Nueva York, a raíz de la encarnizada persecución de sus componentes y del compulsorio cese de sus actividades. Leonardo Fernández Sánchez y Gabriel Barceló constituyen, ahora, el pivote del movimiento revolucionario en el exilio. Restallando el látigo contra la tiranía y el imperialismo, reapareció desafiante *¡Cuba Libre!*, dirigida por Barceló y, aunque manteniendo su libertad de criterio y predicando la insurrección popular, ajustada a la línea general del partido cubano. Cada noche, en una tribuna portátil, la voz indoblegable de Cuba estremecía el barrio de Harlem. La delegación de París, punteada por José Chelala y José Elías Borges, dio también un paso al frente multiplicando los mítines, los manifiestos y las declaraciones, que trasuntaban la inquietud reinante en Europa por la marcha triunfal de las camisas negras en Italia y el avance creciente de las camisas pardas en Alemania.

---

329 Juan Marinello: "El caso espantable de Laguado Jayme", en: *Bohemia* (La Habana) 69(1): 44-49, enero, 1977. Minucioso, veraz y crispante relato de ese horrendo episodio.

330 Pez que se alimenta con excrementos.



Paralelamente a la ANERC newyorkina desenvolvía su actuación la Unión Cívica de Exiliados Cubanos, fundada por Eduardo R. Chibás, Enrique de la Osa y Armando Agramonte, obligados a salir de Cuba. Uno de sus primeros pronunciamientos fue apostrofar a Machado por el asesinato de Mella, y exaltar la pureza de ideales y la rebeldía indomeñable del luchador caído. Existían, desde luego, discrepancias ideológicas y políticas insalvables entre la ANERC y la UCEC. Convergían, empero, en la tajante actitud antimachadista y en la necesidad de derribar al tirano. Sus respectivos militantes sostienen relaciones personales amistosas y polémicos intercambios de opiniones, sobre todo Chibás y Barceló, afanado éste en persuadirlo de que la fusión de ambas fuerzas contribuiría a vigorizar la batalla común.

La apelación indirecta a la Enmienda Platt, en connivencia con senadores y representantes yanquis, fue un artilugio manipulado por las agrupaciones políticas y los disidentes antimachadistas de las clases dominantes. Sólidamente afincado en los intereses imperiales que lo apoyaban sin recato ni fisura, Machado sabía también sacarle lasca política a los retóricos pregones del *New York Times* y del *Herald Tribune*. Con el guiño picaresco de Wall Street y de la Casa Blanca, el tirano respondía organizando manifestaciones públicas de adhesión incondicional, de elogios despampanantes al “celoso guardián de la dignidad nacional” y de frenéticas amenazas a sus opositores.

Eso acaeció también después de la toma de posesión de Hoover. Mas esta vez, mientras la mascarada se montaba, Machado se dirigía a hurtadillas a Carlos Mendieta y a Roberto Méndez Peñate, por intermedio de Orestes Ferrara, proponiéndoles un avenimiento en aras de “la concordia cubana”, que fracasó cuando se niega a adelantarles el acceso al jamón secuestrado. La frustrada maniobra revelaba —subraya Lionel Soto— “la naturaleza componendista y reaccionaria de la dirección nacionalista, capaz de llegar a acuerdos con el tirano, si éste complacía sus intenciones de turnarse en el poder a corto plazo”<sup>331</sup>.

Machado volvería por la picada tendiéndole el anzuelo a otro de los primates de Unión Nacionalista, con la inopinada concesión a Juan Gualberto Gómez de la Gran Cruz de Carlos Manuel de Céspedes por sus servicios a la patria en el pasado. En el homenaje que se le tributa, por ese motivo, Machado consignó con astuto designio: “Esta condecoración que lleva el nombre del “Padre de la Patria”, ha sido concedida por mi Gobierno para premiar a los buenos cubanos como Juan Gualberto Gómez (...) En este mismo momento presta un servicio a la Nación, porque me brinda oportunidad para que yo, en nombre de mi Gobierno y principalmente de Cuba, declare y jure por mi honor, que en nuestro país no puede haber jamás tiranía, porque mientras yo sea Presidente no ocurrirá tal cosa. Yo sólo sé gobernar hombres libres y dignos. Fui a la guerra a los diez y nueve años a buscar libertad. Por eso

---

331 Lionel Soto: *op. cit.*, t. 1, p. 57.

estoy aquí, junto a un ilustre patriota para que me aconseje en todo lo que él desea, como aconsejó a Martí, para que tengamos una República como él soñó, libre y para hombres libres. Así lo honraremos a él y a todos los que cayeron.”<sup>332</sup>

Visiblemente ahogado por la emoción, el embarcado patricio se limitaría a parodiar a Voltaire:

—¡Cubanos: me váis a matar de alegría!

Nadie entendió cómo, a sus años y con su experiencia, Juan Gualberto pudo caer en tan burda triquiñuela.

A pesar del estado de tensión existente, el Día Internacional del Trabajo se conmemoró sin interferencias ni dificultades. No fue total el paro en La Habana: circulan los tranvías eléctricos, las guaguas y los autos de alquiler. La tiranía, que a duras penas ha concedido la autorización al Comité Pro 1° de Mayo, redujo precautoriamente el área de la manifestación y acordonó de policías el trayecto: desde el parque Maceo, vía Belascoaín, hasta el Nuevo Frontón.

Encabezados por la plana mayor del comité, desfilan, coreando sus demandas y tremolando sus estandartes, la Confederación Nacional Obrera de Cuba, la Federación Obrera de La Habana y decenas de sindicatos. El torrente de mujeres, la flamante Juventud Cultural Deportiva Obrera y el aguerrido Comité Pro Unidad Ferroviaria se destacan en la marcha por su erguida apostura. Un valeroso destacamento del Partido Comunista conmovió el apacible transcurso con sus pancartas antimachadistas, antiimperialistas y revolucionarias. Los lemas referentes al asesinato de Julio Antonio Mella, a la solidaridad internacional con los pueblos oprimidos y a la defensa de la Unión Soviética se destacaban por el rojo fulgurante de sus letras.

Esta vez el orador principal fue Rubén Martínez Villena. Dirigirse a los trabajadores en esa gloriosa efemérides constituía para él un excepcional honor revolucionario. Una ardiente oleada de aplausos saludó su presencia en la tribuna. No habló: leyó.

El texto de su discurso parece haberse perdido. Era un enjundioso y agudo análisis de los problemas y deberes de la clase obrera en el contexto de la tiranía feroz de Machado y del implacable avasallamiento imperialista. Su vibrante exhortación a la unidad de los trabajadores en torno a las banderas de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y a la necesidad ineludible de oponer a la violencia reaccionaria la violencia revolucionaria, como única vía real hacia la plena conquista de la emancipación nacional y social del pueblo cubano, provocó una tempestad de vítores. La agitada muchedumbre se disolvió, con los puños en alto, después de escuchar los acordes de La Internacional.

---

332 Ibidem, pp. 518-519.

El pueblo entero de Regla se vació, con hirviente fervor, en la tradicional peregrinación a la colina Lenin. Numerosos obreros de la capital se sumaron al combativo homenaje tributado al hombre que, aún después de muerto, era el guía supremo de la lucha revolucionaria internacional.

El 1° de Mayo de 1929 contribuiría, en buena medida, a avivar y fortalecer el espíritu de unidad y de batalla del proletariado cubano. Esa noche, Rubén soñó, despierto, con la victoria final de los pobres de la tierra.

Machado madrugaría el 20 de mayo. Encapsulado en flamante etiqueta —casaca reluciente, corbata moñuda, pantalón gris perla— se repantigó en esponjosa butaca del despacho presidencial. El provinciano salón de recepciones rebosaba de manengues, funcionarios, militares, guatacas y culichiches. Junto a la mesa de ceremonia, el pleno del Tribunal Supremo con su almidonado presidente a la cabeza. El cuerpo diplomático y las delegaciones extranjeras, precedidos por el embajador yanqui, chistera en mano y la maledicencia agazapada. A las doce en punto, irrumpió gesticulante el tirano entre aplausos, vítores y tintineo de sables. Exhibiendo el buen humor que le embargaba, con cara de rana risueña, como diría Pablo de la Torriente Brau, garabateó su firma en el acta de toma de “sustracción” y distribuyó ruidosamente abrazos a los presentes. Y a seguidas, por supuesto, comenzó a farfullar estupideces alternadas con rebusnos jubilosos y coces iracundas. Y fue entonces cuando dijo por primera vez y sólo a sus áulicos: “No abandonaré la presidencia de la república hasta el 20 de mayo de 1935. Ni un minuto más ni un minuto menos.”

A la farsa palaciega sucedió una orgía de loores, que desencadenó un ataque de egocentrismo delirante en el tirano. No se contentaba ya con los ditirambos de sus botafumeiros: profería, a toda hora, las transfiguraciones habituales en los manicomios.” “Yo y Martí. Yo y Dios. Yo y yo...”

Era ya protagonista anticipado de *El recurso del método*, de Alejo Carpentier, y de *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez, ficciones veraces de vampiros con pico de loro, sedientos de sangre, alas rastreras y vanidad incoercible.

Viene a cuento señalarlo. No fue la personalidad aberrada de Machado la progenitura de su régimen de opresión, miseria y exterminio; pero determinados rasgos de ese régimen, aquellos que lindan más con los antropoides de Darwin que con el *homo sapiens* de Linneo, no podrían explicarse por una concepción mecánica de los procesos históricos. Como, a contrario *sensu*, omitiendo o minimizando el papel determinante de Fidel Castro, tampoco se entendería la derrota total y definitiva de fuerzas históricas que hasta el 1° de Enero de 1959 muchos suponían invencibles.

Y, a propósito también, vale la pena puntualizarlo. Exégetas de antes y de ahora han pretendido deslindar los ocho años de gobierno de Machado

en dos períodos: uno positivo y otro negativo. A juzgar por los criterios en que basan el ficticio amojonamiento, hubo dos Machados: uno bueno y otro malo. Los hechos demuestran palpablemente que, desde el 20 de mayo de 1925 hasta el 12 de agosto de 1933, Machado fue uno, el mismo Machado sin atenuaciones ni despintes.

Convertir a Cuba en una plantación monoprodutora de azúcar y multi-compradora de bienes de consumo *made in USA* fue el objetivo central de la política neocolonial. Si al expirar el siglo XIX el capital norteamericano invertido en la Isla sumaba cincuenta millones de dólares, a mediados de 1929 ascendía, en números redondos, a mil quinientos.<sup>333</sup> El impresionante salto daba la medida de la supeditación de Cuba a Estados Unidos. Salvo Canadá y México, ningún otro país del hemisferio la sobrepasaba en este rubro. Incluyendo a México y Canadá, ninguno mostraba tampoco la giba monstruosa de Cuba. Casi las dos terceras partes de dicha cifra se concentraban en la producción de azúcar y en el dominio latifundista de las mejores tierras de cultivo, génesis de la deformación estructural de la economía cubana y de su subordinación indefectible al cachumbambé de los precios del dulce. De ciento setenta y cinco centrales azucareros, los setenta y cinco norteamericanos producían el setenta por ciento de la zafra. País agrícola sin agricultura, el grueso de los productos alimenticios provenía de Estados Unidos. El resto de las inversiones se distribuía en los servicios públicos, la minería, la industria tabacalera, las empresas agrícolas, las entidades mercantiles, las fábricas, las instalaciones portuarias, las propiedades urbanas y la deuda pública. La banca yanqui ejercía un control financiero omnímodo. El esplendor compartimentado de la capital de la Isla constituía la expresión arquitectónica de las relaciones de poder, riqueza y cultura originadas por el desarrollo patológico de la sociedad. Un cocodrilo acromegálico de cola revejada. Y, junto con la penetración económica, la propaganda del *american way of life*, que difunden la prensa, el cine, la radio, el libro y la escuela y han adoptado, como tabla de valores y estilo de existencia, la oligarquía y los nuevos ricos hechos en el gobierno.

Mientras el signo del mercado azucarero fue la expansión, todo fue miel de caña para el imperialismo y la oligarquía integrada al régimen neocolonial: el capitalismo dependiente mantuvo un ritmo de crecimiento y, por ende, las ganancias respectivas aumentaban a compás. Cuando comenzó a contraerse, empezó también a mermar la elasticidad de las relaciones azucareras de producción hasta devenir factor decisivo del estancamiento de las fuerzas productivas en su conjunto. El mecanismo del antidesarrollo nacional se volvía dialécticamente contra sí mismo.

---

333 Ver Max Winkler: *Investments of United States Capitalism in Latin America*, World Peace Foundation Pamphlete, Boston, 1929.

El inicio de ese proceso se remonta a la crisis deflacionaria de 1920-1921 y sus primeros síntomas se traslucieron en las prevenciones adoptadas en 1926 por los monopolios azucareros. Cesa la construcción de nuevas centrales. Se paraliza el renuevo tecnológico de los existentes. Ni más ni menos, la producción cubana ha caído en un círculo vicioso: se enfrentaba al descenso paulatino de sus posibilidades en el mercado norteamericano, bloqueadas por los remolacheros de Louisiana y los cañeros de Florida y con la imposibilidad de colocar sus excedentes en otros mercados, uncidos o disputados por los grandes trusts rivales, emergentes del crecimiento de la industria de la remolacha en Europa y amparados por la política proteccionista en auge. En 1927 arranca, con negros penachos y presagios de miserere, la declinación general. “Ahora —precisa Julio Le Riverend— todo será decrecer: bajas de las exportaciones, la producción, los precios y desaparecen las inversiones.”<sup>334</sup>

El modelo de crecimiento económico neocolonial concebido por el imperialismo va camino ya de la crisis permanente. Y a esa crisis estructural superpuesta, se añade ahora la crisis económica nacional, agudizada por el fallido proyecto de sustitución de importaciones —débil intento de la burguesía industrial no azucarera, favorecido por el gobierno y la oligarquía, de horadar la atmósfera asfixiante de la dependencia— y por el desplome de los precios, precipitado por la obtusa política azucarera del tirano, coincidentes ambos con los ramalazos precursores de la Gran Depresión.

El grueso de la población, que identificaba todavía al sistema con Machado, atribuía a las ambiciones, bestialidades y torpezas de éste la brusca disminución de los ingresos fiscales, la contracción de la capacidad adquisitiva externa, la reducción de los salarios, el incremento del desempleo, la prolongación del “tiempo muerto”, el cierre de fábricas y la progresión de la miseria. Mas, a su vez, y por idéntico mecanismo, el odio y la exasperación provocados por los crímenes, injusticias, persecuciones y arbitrariedades del tirano en defensa del sistema, se proyectaban, indirectamente, contra éste. Esclarecer a conciencia de las masas, organizar su descontento y trazar un plan de acción constituía, por eso, la tarea política básica de las vanguardias revolucionarias del pueblo. Pasos efectivos ya se habían dado en esa dirección en el movimiento obrero y en la lucha estudiantil. Faltaba, empero, lo principal: la formación de un frente de resistencia nacional antiimperialista de todos los oprimidos y afectados por la tiranía y el sistema.

Circulaba a la sazón, con significativo revuelo, el libro *Nuestra colonia de Cuba*, de Leland Hamilton Jenks. La nacionalidad del autor contribuía obviamente a infundirle autoridad a sus apreciaciones. Influidos por la orientación criticista y cientifizante de la escuela del profesor Charles A. Beard,

---

334 Julio Le Riverend: *La República: dependencia y revolución*, Editora Universitaria, La Habana, 1966.

pugnaz adversario de la grosera mitificación de la historia de Estados Unidos por los escribas del imperialismo y observador sagaz del condicionamiento económico de los factores políticos, sociales y culturales, su colega Jenks, típico liberal norteamericano de la década del veinte, compuso una relación de hechos, que corroboraba el título de su obra. Independientemente de su óptica a veces distorsionada y de sus opiniones erróneas, el fenómeno de la absorción imperialista queda expuesto con hiriente claridad. Esto, de por sí, entrañaba una denuncia y, en cierto modo, una toma de posición, como subraya Juan Marinello en la *Revista de Avance*. El libro prestó señalado servicio, especialmente a las capas progresistas o antimachadistas de la pequeña burguesía. Con las reservas del caso, todavía resulta útil como fuente de consulta.

Parece pertinente evocar en este punto que, dos años antes de la aparición del libro de Jenks y con enfoque marxista, ya Rubén Martínez Villena había proyectado, con guarismos y juicios inexpugnables, una dramática imagen de la transformación de Cuba en factoría yanqui, que Mella dio a conocer en el Congreso de Bruselas. No fue dable, como se intentaba, divulgar profusamente ese sólido y beligerante análisis en los medios obreros, estudiantiles e intelectuales. La clausura de *América Libre*, donde empezó a publicarse, dio al traste con el propósito.

Importa puntualizar que, a mediados también del año 1929, el proceso del dominio imperialista había llegado a ese extremo en que la acumulación de contradicciones y antagonismos suele estallar en erupción popular. Su paranoico divorcio de la realidad y su ingénita burricie, le impedían escuchar a Machado el volcánico crujir que brotaba del subsuelo de la sociedad neocolonial, preñado de tensiones y polaridades entre la estructura antinacional de poder y las clases, subclases, estratos y grupos explotados, oprimidos, interferidos o escarnecidos. El conflicto entre el engranaje material que sustenta su aparato de coerción y las impulsiones que tendían a eliminarlo —continuidad en otro plano y otro contexto de la antinomia nación cubana-metrópoli española— estaba objetivamente planteado. Julio Antonio Mella lo había advertido y, sobre ese presupuesto, fundó precisamente su plan de acción armada popular contra la tiranía y el imperialismo. Con análoga acuidad, percibió el fenómeno Rubén Martínez Villena y urge al Partido a adoptar la estrategia y la táctica apropiadas.

Era evidente que, en las vísperas de explotar la crisis económica mundial más severa con que se había encarado el capitalismo, en Cuba se pisaban los umbrales de una situación revolucionaria. El problema consistía en decidir cómo, por cuáles métodos y con qué contenido y fines se conducía la acción de las masas populares.

Viento enfebrecido, nubes grávidas, luna torva. El tembloroso resplandor del alumbrado alteraba, caprichosamente, el rostro de los edificios. Y allá lejos, donde las ventosas de la tormenta chupaban la bramante ira del mar, culebrean los relámpagos. Olas colosales estremecían el muro del Malecón, arrojando pedruscos, maderos y desperdicios.

El vecindario dormía cuando los asistentes a la reunión clandestina se desperdigaban, raudos, en pos de la guagua o el tranvía. Se pusieron dichosos. Un copioso aguacero disimuló la delatora premura. Han podido desafiar ilesos a los asesinos que, acechantes en las trampas de la noche, secuestran a los revolucionarios marcados para tirarlos vivos a los tiburones, el riesgo ineludible que comportaba, en esos años tenebrosos, el cumplimiento del deber. Pero ya Rubén Martínez Villena lo había advertido en verso inapetable: “Aumenta en el peligro la obligación sagrada.” Y lo está probando con el ejemplo.

La dirección del Partido Comunista ha permanecido, durante tres días, en un rústico chalet de la Avenida de Ayestarán, velado a la curiosidad transeúnte por una arboleda de mangos, chirimoyas, almendros, zapotes y aguacates. Rubén asumió, como de costumbre, la presidencia de la asamblea. Una tos espasmódica le entrecorta, a veces, la fluida tersura del discurso. El rebrote de su enfermedad pulmonar, alevosa floración nutrida por el descuido, la fatiga y el insomnio, comenzaba a dar señales inquietantes.

El eje del debate es el informe de éste sobre la situación cubana y sus perspectivas a la luz del carácter, el contenido y el desarrollo de la lucha de liberación nacional y social, había escapado a los comunistas más lúcidos, aguerridos y calificados la imperiosa necesidad de dar una respuesta a los problemas teóricos, estratégicos y tácticos que planteaba el curso de la realidad nacional e internacional. Coincidiendo con Mella, desde hace meses Martínez Villena viene insistiendo en la cuestión. Y, precisamente, para esclarecer sus ideas y elaborar un plan de acción al respecto, es que ha sido citada la suprema jefatura.

Pudo ser aquélla, sin duda, una oportunidad propicia para sentar las bases de la ulterior consolidación del Partido como cabeza rectora de la nación y del pueblo trabajador. Se precisaban, por tanto, una concepción estratégica y un derrotero táctico congruentes con las fuerzas motrices, aliadas, coadyuvantes y concurrentes de la revolución socialista en un país neocolonial con vivas

tradiciones patrióticas, dentro del contexto de una economía estancada, de un régimen oligárquico vasallo y de una tiranía sanguinaria a su servicio: la formulación, en suma, de un programa o cuando menos de una guía —objetivos, métodos, formas de lucha, unidad de acción, alianzas de clase, acuerdos eventuales— enderezados a impeler el proceso y garantizar su coronación.

La situación del Partido era enteramente distinta en 1929 a la de dos años atrás. No sólo ha rebasado las dificultades internas, fortalecido la dirigencia y ampliado la militancia. Parejamente ha ido rompiendo su aislamiento de las masas, reorganizando el movimiento obrero, impulsando la lucha sindical, clarificando la conciencia social, vertebrando la juventud proletaria y atesorando una valiosa experiencia. Su creciente autoridad política en la batalla de clase y su ascendencia moral en las capas trabajadoras de la población, en los núcleos más progresistas de la juventud estudiantil y en algunos segmentos de la pequeña burguesía urbana acrecía las actividades y ensanchaba los horizontes. Era ya potencialmente, no obstante sus limitaciones subjetivas y su reducida fuerza numérica, la vanguardia revolucionaria más importante de América Latina.

El informe de Martínez Villena se ajustaba, desde el punto de vista doctrinal, a las tesis antiimperialistas del VI Congreso de la Internacional Comunista y a las resoluciones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, hacía poco efectuada en Buenos Aires. Convocado por el Secretariado Suramericano de la Comintern, el propósito de ese encuentro era trazar los lineamientos teóricos, organizativos, estratégicos y tácticos del movimiento comunista continental, de acuerdo con lo que el VI Congreso ha denominado “tercer período” de la crisis general del capitalismo, definido por “la exacerbación de los antagonismos entre la burguesía y el proletariado” y, por ende, del recrudecimiento de la lucha de clase contra clase y de la necesidad de la “bolchevización” de los partidos comunistas y de la reafirmación del concepto de hegemonía del proletariado. Asisten a la conferencia delegaciones de Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, México, Paraguay, Uruguay y Venezuela. Huelga añadir que el partido cubano sobrepasaba, con creces, el haber de enseñanzas, de influencia en el movimiento sindical, de prestigio en las masas populares y de combatividad revolucionaria de los partidos representados.

Pongamos las cosas en su punto. El supuesto para llevar a cabo una transformación radical de la sociedad es la voluntad política de hacerla. No bastaría ello, con ser tan importante. Sin una determinada conjugación dinámica de las condiciones objetivas y subjetivas y de la correlación internacional de fuerzas, aquélla, indefectiblemente, estaría a merced de los vientos cruzados. En muy contados países de América Latina, aunque en ningún caso como en Cuba, las objetivas ya cuajaban. Sobremanera pronunciado era el desfase



de las subjetivas, aunque en menor escala en Cuba. El nivel teórico general de la dirigencia comunista latinoamericana se contraía, desde luego, al conocimiento y a la destreza con que se manejara el instrumental de análisis disponible de Marx y Lenin. De aquél, a lo que mi memoria alcanza, se sabía menos que de éste. Sin embargo, lo más esencial e inmediato de Lenin para la actividad práctica revolucionaria de nuestros pueblos —sus tesis sobre la estrategia y la táctica en la lucha anticolonial y antiimperialista y el aprovechamiento de las alianzas temporales de clase— se han venido aplicando abstractamente o apenas si se cuenta con ellas o hasta se omitían o ignoraban, no obstante haberlas revivido el Congreso de Bruselas. En cuanto a Marx, se carecía entonces de toda noticia de sus reflexiones en torno a los nexos existentes entre la emancipación nacional y la emancipación social y entre la cuestión nacional y la lucha de clases, dispersas en *The New York Herald Tribune* en artículos dedicados a Irlanda, Rusia, India y China.<sup>335</sup> No es la revolución social —concluía— la que exclusivamente resuelve la cuestión nacional: la liberación de las masas oprimidas de la acción es una premisa de la emancipación social de la clase obrera. Pero es sólo desde hace muy pocos años que conocemos esas agudas anticipaciones de Marx.

No cabe tampoco soslayarlo. Los partidos comunistas latinoamericanos de la época actuaban, estrictamente, en función de los congresos de la Internacional Comunista y, a partir de mediados de 1929, a tenor también de las resoluciones de la Conferencia de Buenos Aires. Paradigmas de firmeza, denuedo y abnegación, la mayoría de sus líderes carecían de audacia creadora y de imaginación revolucionaria frente a las situaciones atípicas o eventuales que encaraban o a las particulares que provenían del desarrollo histórico nacional. Algunos de ellos tan distantes de las realidades y de las masas, que se transformarían en verdaderas sectas. Sin perjuicio de sus rasgos de inmadurez, mecanicismo y extremismo, fuente de errores tácticos posteriormente reconocidos y rectificadas, el partido cubano constituyó relevante excepción.

Al abrirse a consideración el informe, se propuso y aceptó, como foco de referencia de las discusiones, el carácter nacional liberador y el contenido agrario antiimperialista de la fase previa de la revolución socialista en Cuba. Aunque dialécticamente entrelazadas sus etapas, el proceso ininterrumpido conducente a la toma del poder por los trabajadores —punto de partida de la edificación de la sociedad socialista— requería la plena consecución de la liberación nacional, cuyos objetivos políticos, económicos, sociales y culturales diferían, cualitativamente, de los típicos de la revolución democrática burguesa de independencia. El remate de este desarrollo entrañaba, en las condiciones contemporáneas, el derrocamiento del dominio imperialista y de las estructuras y relaciones de poder y de clase que constituían sus

---

335 Ver Carlos Marx y Federico Engels: *Imperio y colonia: escritos sobre Irlanda*, s/n.

soportes internos. Completar, en suma, en la era de tránsito del capitalismo al socialismo y, por lo tanto, con el carácter y el contenido correspondientes, la revolución inconclusa de José Martí. Esa ardua y compleja faena, objetivamente dada por los factores internos y externos configurantes de la realidad cubana y el sentido de la marcha de la historia, suponía llevar hasta sus últimas consecuencias la revolución agraria antiimperialista con la constitución de una dictadura democrática de obreros y campesinos de textura soviética, que propulsaría, por su composición social y su ideología marxista-leninista, el desarrollo de las tareas inherentes a la construcción del socialismo. Ya empieza a difundirse este enunciado en los pronunciamientos del Partido. Acorde con la tesis de clase contra clase y el concepto de hegemonía del proletariado, era obvio que la dirección política de esta etapa incumbía, exclusivamente, al Partido Comunista. Se perdía de vista que en un país neocolonial la clase obrera revolucionaria carecía de la fuerza necesaria para llevar adelante por sí sola ese proceso, ni tampoco se incluía en el esquema de valoraciones la específica virtualidad del movimiento nacional revolucionario y de sus afluentes patrióticos, democráticos y progresistas.

No hubo disenso en cuanto a que, en la situación concreta promovida por la crisis estructural del capitalismo subdesarrollado dependiente y agravada por la tiranía de Machado, la acción revolucionaria directa de masas es la única válida para remover los fundamentos y quebrantar las articulaciones externas de la sociedad neocolonial. Era evidente que, sin esta ruptura, la alternativa hacia el socialismo quedaba indefinidamente pospuesta. La posición de la asamblea fue diáfana y tajante al respecto. No implicaba, por cierto, un cambio de perspectiva del Partido. La había anticipado ya en el manifiesto lanzado el 1° de Mayo. Se convino, empero, en eliminar del debate el plan insurreccional de acción popular conjunta concebido por Julio Antonio Mella.

Sin desecharlo totalmente, Rubén argumentó en favor de la decisión. Compartía, sin titubeos, la vía insurreccional propuesta por Julio Antonio. No vaciló en aceptarla desde que éste le impuso de su osado empeño. Iría más lejos: aceptó, en compañía de Joaquín Valdés y de Leonardo Fernández Sánchez, la frustrada encomienda de discutir con Mendieta la forma de participación y la responsabilidad de los comunistas. Más ahora discrepaba no ya solamente de la concepción teórica de Mella, sino también de su efectividad.

En primer término, por una cuestión de principio y, por lo tanto, de disciplina política e ideológica, que dimanaba de las directrices del VI Congreso y de las resoluciones de la Conferencia Comunista de Buenos Aires, que había ponderado al estudiarlas minuciosamente, ya muerto Mella. Si bien el congreso ha revaluado el potencial revolucionario de la pequeña burguesía y de las fuerzas patrióticas, democráticas y nacionalistas en los países colo-

niales, la estructura mancomunada de dirección y la vastedad del espectro social propugnadas por Mella extravasaba la línea de clase contra clase y el concepto de hegemonía del proletariado en la lucha de liberación nacional, mantenidas inflexiblemente en sus documentos. La unidad de acción popular se sustituía por la alianza orgánica con el campesinado y la conjunción a remolque de las capas antiimperialistas de la pequeña burguesía y de las fuerzas democráticas, patrióticas y nacionalistas, bajo la conducción del proletariado y del Partido Comunista. Como sección cubana de un centro socialista mundial, el Partido no tenía otra opción que aceptar, sin reparos, su línea general y sus acuerdos, a despecho de que tácticamente redujera su marco de relaciones, coincidencias, alianzas y maniobras en una batalla política que involucraba, durante largo trecho, todas las impulsiones, clases, capas y corrientes opuestas a la tiranía y la opresión nacional.

Las profundas reservas del Comité Central sobre el efectivo compromiso de la dirigencia de Unión Nacionalista en un movimiento armado de proyección antiimperialista han sido confirmadas, de otra parte, por los hechos. Sus núcleos más progresistas y combativos tampoco proporcionaban garantías suficientes: o eran desconocidos por la jefatura mendietista o carecían de peso en las esferas de decisión. El general Peraza ha quedado prácticamente solo. Y, en último extremo, aun cuando las circunstancias hubieran favorecido la ejecución del proyecto —resumía Martínez Villena—, resultaba sobremanera problemático viabilizarlo al no poder ya contarse con su promotor. En este caso, por imprescindible. Mella era irremplazable.

En cambio, las circunstancias parecen ahora favorecer el despliegue de una acción revolucionaria de clase. Los niveles de organización, conciencia y experiencia ganados por el movimiento obrero y la vanguardia comunista abrían anchas perspectivas a la progresión del proceso revolucionario. Se estimó, por eso, que habían madurado suficientemente las condiciones para incrementar las huelgas parciales, unificar el movimiento obrero mediante una plataforma de reivindicaciones básicas, fortalecer el sector femenino en los sindicatos, cohesionar a los desocupados e iniciar un trabajo de organización y propaganda en las áreas agrícolas de la provincia de La Habana, a modo de preámbulo a la sistemática labor que requería la organización nacional de la alianza obrero-campesina. No dejó de insistirse en la urgencia de intensificar la acción conjunta con el movimiento obrero continental mediante la Confederación Sindical Latinoamericana, recientemente constituida en Montevideo con la participación de Cuba. Esta actividad habría de complementarse, en el plano político, con la propuesta de formación de un frente único antiimperialista dirigido y controlado por el Partido, la reactivación de la Liga Antiimperialista, la consolidación de la juventud comunista y la movilización del estudiantado universitario. Medidas por el mismo rasero,

resultaban excluidas de toda participación la dirección y las bases de Unión Nacionalista. Ése debía ser el camino inmediato.

Más que un programa en el sentido corriente del término, la reunión había aprobado una línea general de lucha en consonancia con las directivas del VI Congreso y de las resoluciones de la Conferencia de Buenos Aires, que conformaban su apreciación del papel de las clases, capas y agrupaciones no proletarias en la integración de un frente único antiimperialista. Abarcaba, sin embargo, aspectos cardinales de la problemática revolucionaria cubana. Su nota más acusada es, sin duda, el planteo concreto de la conquista del poder por la clase obrera. Es indiscutible la justeza científica del carácter nacional liberador y del contenido agrario antiimperialista que se asigna a la fase inmediata de la revolución socialista y la caracterización de la alianza obrero-campesina como fuerza troncal en la lucha de liberación nacional y social. Consecuencia ineludible de esta postura era la preservación de la dirección ideológica del movimiento obrero y el mantenimiento de la independencia orgánica de su partido de clase. Incurriase, en cambio, en un error táctico muy costoso, al atribuirse una función segundona a las clases y capas no proletarias oprimidas, marginadas o menoscabadas por el régimen neocolonial y al desconocerse las bases populares y estudiantiles de Unión Nacionalista. Esta interpretación, por apegada que estuviera a las letra del VI Congreso, disminuía notoriamente las posibilidades reales de la constitución de un amplio frente nacional de combate contra Machado, la reacción y el imperialismo, como desarrollo sucesivo de transición no capitalista hacia la asunción del poder por el proletariado.

Para diseñar una estrategia y una táctica idóneas había que tener muy en cuenta algunos ingredientes de la situación. La acumulación de violencia en el aparato institucional de la tiranía ha aumentado en el transcurso del año. Es una constante ascendente desde 1925. Pero también apareció un hecho nuevo: paralelamente al recrudecimiento de la represión van agudizándose las tensiones y los antagonismos estructurales del sistema impuesto por el imperialismo y aumentando el volumen de las fuerzas obreras que lo combaten. Es un dato fundamental. No lo es menos este otro: el mismo fenómeno se produce en el ámbito extraproletario. Su repulsa a Machado y a cuanto representa se expande como río despeñado. La disconformidad nacional contra el agente máximo del dominio imperialista es, a todas luces, el signo del momento. Y es, asimismo, un hecho nuevo, que ya el Partido advirtió hace algún tiempo, la declinación política de Unión Nacionalista, erosionada por sus vacilaciones, debilidades y guasabeos y puesta de relieve su carencia de soluciones a la cuestión nacional y a la problemática social. Por ley inexorable de los movimientos revolucionarios, a medida que se radicalizase la conciencia social y se debilitara la hegemonía de las

clases dominantes se irían segregando de sus filas los cuadros y militantes de avanzada. Todavía, empero, el partido de los caudillos marginados del presupuesto y de la facción de la burguesía no azucarera desafecta a Machado ejerce atracción en considerables zonas populares, incluyendo estudiantes, obreros y campesinos. Son realidades irrefragables que inciden en el desarrollo del proceso: el movimiento obrero y Unión Nacionalista son las únicas agrupaciones orgánicas de masas que existen. A pesar de todo, esta última constituye aún una alternativa neocolonial de mando. Y si es ya impostergable denunciar la naturaleza social reaccionaria y proimperialista de sus máximos conductores, lo es asimismo el neto deslinde entre éstos y las masas desviadas o confundidas, especialmente las capas de extracción estudiantil, obrera y campesina, que es ineludible y hacedero integrar en la lucha antiimperialista y revolucionaria. Ya hoy sabemos que ningún movimiento de liberación nacional ha podido completar su ciclo histórico sin la existencia o aparición de una vanguardia revolucionaria capaz de elaborar la táctica adecuada a los cambiantes objetivos del transcurso y de atraer, organizar, unificar y dirigir las clases y fuerzas sociales sojuzgadas, constreñidas, afectadas o ultrajadas de la nación, es decir, de todo el pueblo en la acepción que le dio Fidel Castro en su histórico alegato conocido por *La historia me absolverá*. Ni antes ni ahora eso sería factible si la vanguardia ciñera su radio de acción, meramente, a la lucha de clase contra clase. El derribo de la dinastía somocista y la amputación de su brazo armado —resultado de la compacta unión del pueblo nicaragüense con el Frente Sandinista de Liberación Nacional— es prueba incontestable de ello. Como también lo es, en otras condiciones y desde una perspectiva distinta, la insurrección tumultuosa del pueblo iraní contra el sha y el dominio imperialista, bajo la rectoría islámica del ayatollah Komeini, que ha convertido el Corán en un polvorín de inesperados o desconcertantes estallidos.

En la nueva etapa en ciernes, había que contar con la juventud universitaria y, no por cierto, como un factor subalterno o contingente. La experiencia de los procesos estudiantiles en las áreas coloniales y neocoloniales y, sobre todo, en América Latina, denotan el potencial revolucionario que es capaz de aportar a la lucha de liberación nacional. No se trata, por supuesto, de atribuir a los estudiantes el papel de vanguardia dirigente de los movimientos sociales revolucionarios, como se pretendió en la década del veinte y todavía algunos reiteran, influenciados por las extravagancias ideológicas de Herbert Marcuse. Sí es indispensable, empero, que en determinadas circunstancias de tiempo y lugar formen parte de la vanguardia antiimperialista que cimienta la clase obrera y dirige el movimiento, o del Partido que, por representar las concepciones e intereses de la emancipación nacional y social, porta la ideología revolucionaria. Sobre esta debatida cuestión, Lenin hizo esclare-

cimientos y precisiones definitivas. La falsa óptica adoptada al respecto ha derivado, por lo común, de la incompreensión o del desconocimiento de la distinta función que puede desempeñar y desempeña la pequeña burguesía en los países de capitalismo subdesarrollado dependiente. La participación de este estrato social en los procesos revolucionarios ocurridos en Cuba desde 1868 evidencia el tamaño que puede alcanzar ese papel. Si el caso de Cuba corrobora indubitablemente que en la profundización del proceso el proletariado es base, garantía y resorte de las mutaciones sociales de poder y de clase, la pequeña burguesía revolucionaria fue también factor determinante en su apertura, desarrollo y consolidación.

El estudiantado cubano, heredero de las tradiciones revolucionarias de 1923, de 1925 y de 1927 y vinculado, más de una vez, durante el transcurso de su brega, al movimiento obrero, debía constituir una pieza esencial de la lucha de liberación nacional y, por supuesto, no podía subestimarse ni omitirse. En eso Rubén siempre estuvo claro, como antes Mella, que nunca se cansó de insistir en la necesidad de ligar el estudiantado al movimiento popular y a la clase obrera revolucionaria. Y, todavía muchísimo más claro, Fidel Castro. La juventud estudiantil, agrupada en el Movimiento 26 de Julio y en el Directorio Revolucionario, constituiría, en la montaña y en el llano, una de las fuerzas motrices de su revolución victoriosa. Parece oportuno recordar que el propio Dimitrov hubo de reconocer que, en los años subsiguientes al VI Congreso, habían sido los estudiantes los más esforzados combatientes en la batalla anticolonial.

A juzgar por las apariencias, la juventud universitaria parece estar, por aquellos días, concentrada en sus estudios. Incluso el pequeño grupo que hemos constituido apenas se deja sentir. Sin embargo, se reúne fuera de la Universidad y no pierde ocasión para reclutar prosélitos. El sentimiento antimachadista se mantiene vivo en la masa estudiantil y ya empiezan a aparecer actitudes y manifestaciones —reticencias hostiles a la soldadesca y gritos aislados contra la tiranía— que denotan un incipiente espíritu beligerante. El estado estacionario de pasividad, originado por el impacto del revés y la ocupación militar de la institución, va cambiando perceptiblemente. El temor paralizante a la represión comienza a atenuarse. La enhiesta caída de Mella y la ardiente requisitoria de los estudiantes expulsados actúan, sin duda, como elementos de combustión en la sensibilidad transitoriamente amortiguada de la juventud universitaria. Y, asimismo, aunque acaso todavía inconscientemente, los golpeantes estragos de la crisis económica en el estrato social de la mayoría de sus componentes.

Rubén Martínez Villena no conseguirá, esta vez, los halagüeños resultados que obtuvo al emprender en 1926 la reactivación de la Liga Antiimperialista.

Aunque organización colateral del Partido Comunista, la liga mantuvo, desde su fundación, una línea flexible concordante con su función catalizadora y su heterogénea composición social. No sólo obreros y campesinos podrían suscribir sus postulados y fines: también los intelectuales, los estudiantes y las capas patrióticas, democráticas, progresistas y radicales de la pequeña burguesía y de los sectores no proletarios oprimidos y expoliados por el sistema. Una de las grandes ilusiones de Mella había sido convertirla en una organización de masas, que fungiera, a la par, de trinchera, polea y cantera. Si distó de materializarla, la liga logró, sin embargo, un nivel apreciable en cuanto a predicamento político, acción combativa y formación de cuadros.

Partiendo de esos antecedentes, su contribución táctica primordial debía ser, ahora, la integración de un amplio movimiento popular que facilitara el tipo de frente antiimperialista que se propugnaba. No obstante su convencimiento de que, a la postre, arrastrarían tras de sí a la masa no proletaria, a algunos dirigentes comunistas les preocupaban las resistencias previsibles a los términos rasantes de clase contra clase, hegemonía del proletariado y dictadura democrática de obreros y campesinos de corte soviético. Sabían que era, todavía, una pretensión idealista la incorporación subordinada de esa masa —mucho más numerosa que la proletaria y con una conciencia política fragmentada y desigual desnivel ideológico— a un movimiento de liberación nacional que propusiera, como salida única de la situación, la toma del poder por la clase obrera. Sin duda, la razón última estaba de su parte. Entonces, como después, la solución real de los problemas de Cuba, como los de todos los países coloniales y neocoloniales, era el derrocamiento del dominio imperialista y la subsecuente vía socialista de desarrollo. Pero resultaba utópico también el propósito de librar esa batalla prescindiendo de los tramos intermedios y de sus objetivos propios. Entendía Rubén, por eso, que la misión concreta de la liga, en aquellas condiciones, era establecer los vínculos necesarios con todas las fuerzas aliadas, coadyuvantes y concurrentes en la etapa de liberación nacional e ir las empujando, a compás de la dinámica misma del proceso, hacia la órbita política del Partido en busca de una superior unidad revolucionaria.

Rubén creyó que, si se planteaba debidamente la cuestión, podría contarse con un núcleo de intelectuales del ex Grupo Minorista para que compartiera la dirección de la liga. A su llamamiento acuden, entre otros, Emilio Roig de Leuchsenring, Juan Marinello, Jorge Mañach, José Z. Tallet y Francisco



Ichaso. Los recibió en compañía de Aureliano Sánchez Arango y de Juan Ramón Brea.

Aquella reunión fue, como dije alguna vez, más estéril que el vientre de una mula.<sup>336</sup> Salvo *Emilito*, Marinello y Tallet, los demás se desentendieron rápidamente de la “ilusa aventura” a que los invitara Martínez Villena. Ni añadir tengo que, casi todos, acabarían en servidores directos o indirectos del imperialismo, como ha solido acaecerle, en nuestros días, a algunos presuntos automonopolizadores de “la conciencia crítica de la sociedad”. Fue el último intento de Rubén de entroncar a los escritores y artistas, como tales, a la acción revolucionaria. Pero su ruptura total con el “gremio”, aunque explicable, fue una reacción extremista. Tampoco rindieron fruto las gestiones subsiguientes y se desistió del empeño por el momento.

Rubén aprovechó la ocasión para discutir con Sánchez Arango y Brea sobre la situación universitaria. Encomendó a Aureliano, con el auxilio de Brea y en contacto conmigo, la faena de poner nuevamente en marcha el movimiento estudiantil.

Signo importante de aquellos años fue la paulatina articulación, en nivel continental, del movimiento obrero. Era un fenómeno similar a la mutua aproximación de las juventudes estudiantiles y las vanguardias intelectuales generada por las impulsiones latinoamericanas del Grito de Córdoba. “Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana” —postulaba, con romántico arranque, el manifiesto liminar de la reforma universitaria.<sup>337</sup> Aunque desde una perspectiva histórica pequeño burguesa, nuestra América se encontraba, por primera vez, consigo misma, después de la dramática frustración de la patria grande.

La identificación de sus intereses, problemas y objetivos en la compleja urdimbre de las sociedades subdesarrolladas dependientes era palpable indicio del crecimiento de la conciencia internacional de clase del movimiento obrero en el Nuevo Mundo. Su punto orgánico de partida data, exactamente, de la constitución en Montevideo de la Confederación Sindical Latinoamericana, iniciativa calorizada por la Internacional Sindical Roja. Hasta entonces, el espíritu internacionalista se había exteriorizado esporádica y desvertebradamente, excepto en la consistente solidaridad con la lucha liberadora de Sandino y en la cerrada defensa de la Unión Soviética, reconocida como “brigada de choque del proletariado mundial”. El movimiento obrero cubano mantuvo una postura de avanzada al respecto.

---

336 Ver Raúl Roa: *La jornada revolucionaria del 30 de septiembre*, Cultural, La Habana, 1934.

337 Ver Gabriel del Mazo (comp.): *La reforma universitaria*, ed. cit., La Plata, 1941.



A poco de haberse fundado, la confederación lanzó la consigna de provocar huelgas, marchas de hambre, actos de calle y mítines relámpagos el 20 de marzo de 1930 —rotulado Día Continental del Desocupado— y, a seguidas, inició una tenaz batalla contra las corrientes divisionistas, reformistas, colaboracionistas y apaciguadoras alimentadas por la Confederación Obrera Panamericana, subsidiaria de la proimperialista American Federation of Labor. Sus organizaciones satélites, protegidas por los tiranos y recompensadas por las oligarquías con migajas salariales, estaban ya infligiendo daños apreciables en algunos países como México, Venezuela y Colombia.

En Cuba, no obstante el poderoso respaldo económico y policíaco de Machado, la sedicente Federación Cubana del Trabajo, fétida gruta de esquiroles y chivatos, iría retrocediendo en sus corruptos trajines ante la denuncia y el hostigamiento de los sindicatos revolucionarios y del Partido Comunista. Su fracaso se materializó en forma inequívoca: ni logra detener el proceso de unificación sindical ni embotar el filo de su acometividad. Desafiando las consecuencias riesgosas que entrañaba, la Confederación Nacional Obrera de Cuba y el Partido se adherirían combativamente a la jornada, izando el gallardete de las demandas de los trabajadores ocupados y desocupados en rudo encuentro con la tiranía, la reacción y el imperialismo. Hacia la consumación de esa proeza han de converger los afanes de Rubén Martínez Villena. Empollaba la idea desde el asesinato de Mella.

¡La tierra se nos va! —clamaba Enrique José Varona en la década del veinte. Y se nos iba efectivamente y, a tal punto, que el país era ya una colonia de plantaciones de los monopolios norteamericanos y los geófagos criollos a su servicio. El severo pronóstico de José Martí cobraba trágica videncia: “el suelo [...] es la única propiedad plena del hombre, y tesoro común que a todos los iguala [...] por lo que, para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás”. Si el latifundio perdió a Italia, también podía perder a Cuba, como vaticinara Manuel Sanguily al oponerse al Tratado de Reciprocidad con Estados Unidos. Es lo que estaba pasando.

Julio Antonio Mella se hizo portavoz en 1925 de aquellas admoniciones. Pero no se ciñe a eso. Exhortaba parejamente a estudiantes e intelectuales a dar su respaldo a la huelga azucarera que a la sazón conmovía las entrañas de la Isla, con el apoyo solidario de Alfredo López y Enrique Varona, los dos grandes dirigentes del proletariado de la época. De no ponerse coto resueltamente a ese fenómeno de avasallamiento y absorción imperialista —advertía Julio Antonio— Cuba corre el riesgo de extinguirse como nación.

No obstante sus impresionantes dimensiones y sombrías perspectivas, el problema más descuidado durante el primer cuarto de siglo de la república mutilada fue el de la tenencia de la tierra. No ha lugar, desde luego, sorprenderse de la actitud antinacional de la oligarquía. Ni, por supuesto, del gobierno. Era, como aquélla, además de testaferro y cómplice, usufructuario. Tampoco ha promovido, salvo esporádicas y livianas incursiones, el interés o el desasosiego entre los más avisados investigadores y publicistas. No se contaba siquiera con un intento de acometer seriamente su examen. El primer análisis económico y sociológico del problema lo emprendió, en 1927, el historiador Ramiro Guerra en su libro *Azúcar y población en las Antillas*, cuya valía y significación hube de precisar en su oportunidad. Casi simultáneamente, Rubén Martínez Villena expuso sus raíces, evolución y proyecciones en la mentada y encarecida monografía *Cuba, factoría yanqui*, que inaugura, como ya se puntualizó, el enfoque marxista de la estructura económica dependiente de la sociedad cubana, con sus secuelas y concomitancias. A partir de entonces, el tema empieza a debatirse y divulgarse. Incluso en la poética de esos años se refleja, con patriótico palpito, el drama de la tierra enajenada y exprimida. Y no tardará en expresarse en la narrativa, con los guajiros filosofantes de Luis Felipe Rodríguez.

Hasta 1929 la actividad del Partido Comunista no traspasaría la periferia urbana. Mantuvo, sin embargo, en el centro de sus preocupaciones, desde su fundación, el problema de la organización sindical de los trabajadores agrícolas e industriales del azúcar. Constituían éstos, por su cuantioso número y la posición estratégica del edulcorante en la economía neocolonial, la base misma de la proyectada alianza obrero-campesina y la impulsión decisiva de la revolución agraria antiimperialista. A pesar de carecer de la formación ideológica requerida, de hallarse desprovista de órganos propios de defensa, de las dificultades inherentes a su inconexa existencia y de su desvinculación del movimiento obrero, aquella enorme masa sometida a implacable explotación no se resignó nunca a la coyunda. Las huelgas lanzadas por cuenta propia en diversas regiones de la Isla y el constante reclamo de sus derechos humanos y sindicales atestiguan su ingénita rebeldía y su potencial voluntad política de clase.

Martínez Villena ha insistido, con redobla pertinacia, en la necesidad inaplazable de verter aquel poderoso torrente de energía removedora en la Confederación Nacional Obrera de Cuba. Uno de los acuerdos del Comité Central había sido, precisamente, situar esa cuestión en el primer plano de la línea trazada.

Encendido de vehemente entusiasmo, Rubén Martínez Villena se daría a la obra. Confeccionó un plan de trabajo experimental que combinaba la propaganda, el proselitismo y la organización. Su radio de acción se iba a constreñir, por algún tiempo, a las áreas cañeras aledañas a la capital: Jaruco, Bainoa, Madruga, Catalina de Güines. Seleccionó a los compañeros que compartirán con él esa misión y los citó a su nueva morada. Ahora residía en la calle 10, casi esquina a 25, en la parte subdesarrollada de El Vedado, barrio residencial de la gente de postín y billete.

La memoria muy bien. Era una casa pequeña de clara vestidura: sala-comedor y dos habitaciones con ventanas que daban a un solar yermo, colindante con el muro de un patio cuajado de aguinaldos blancos. Ambas ventanas permanecían abiertas a toda hora: contribuían a oxigenar los pulmones amenazados de Rubén. Parvamente amueblada, la sala-comedor. Un lecho mullido, un escaparate de luna radiante y una lámpara de plato rosado le infundían grata intimidad al primer cuarto. Pero el centro nervioso de la vivienda —su verdadero hogar en la legítima acepción del vocablo— era el segundo cuarto: biblioteca, oficina, archivo, cuartel general. En el centro, la mesita de rigor y sobre el brillante cristal un cenicero de bronce, casi siempre rebosante de colillas. Allí Martínez Villena trabajaría sin reposo, auxiliado eficazmente por Asela, que era su mecanógrafa, y a menudo se reunía el Buró Político y, a veces, el Comité Central. Un decrepito caserón, congestionado de familias rayanas en la penuria, ocluía la calle 10, ocultando el tétrico paisaje

del cementerio. Huérfano de alumbrado público, el solitario lugar remedaba al caer la noche la clásica boca de lobo. Aunque los apapipios del vecindario ignoraban la genuina identidad del inquilino, aquel paraje no era, por cierto, el refugio más conveniente para un revolucionario perseguido.

La dirigencia comunista se aprestó a instrumentar la acción política de clase que había discutido y aprobado. Era parte inseparable, desde luego, de su concepción teórica, estratégica y táctica de la lucha contra la tiranía, la reacción y el imperialismo. Constituía, en suma, acorde con ese esquema, una de las vías cardinales de maduración de las condiciones subjetivas necesarias para llevar a cabo la revolución agraria antiimperialista bajo la hegemonía del proletariado y la conducción del Partido.

El vehículo de esta acción es el programa de reivindicaciones básicas plasmado el 29 de septiembre por la Confederación Nacional Obrera de Cuba.<sup>338</sup> Importa tenerlo muy en cuenta si se pretende evaluar correctamente la significación y trascendencia de este documento. No se concibió y elaboró en una habitación hermética ni en un cónclave burocrático al margen de las directivas de los sindicatos y de sus afiliados: brota de la participación directa de éstos en las actividades y deliberaciones que, promovidas y orientadas por Rubén Martínez Villena y otros dirigentes comunistas y de la central sindical, precederían a la confección del documento. Precisamente por el acertado empleo del método leninista de masas, el programa pudo recoger las reivindicaciones capaces de unir y movilizar a los trabajadores en un frente común de batalla.

Tal vez alguien arguya que no se le concede suficiente atención a la problemática específica del proletariado rural y de los campesinos, no obstante la reconocida urgencia de incorporarlos orgánicamente al movimiento social —supuesto ineludible de la alianza obrero-campesina— y estar ya Martínez Villena preparando las condiciones, por acuerdo del Comité Central, para actuar en esa dirección. En un sentido formal es cierto. Pero hay un hecho patente que aclara la ocurrencia: los jornaleros del agro carecían aún de organizaciones propias y los campesinos andaban dispersos y, por ende, resultaba prácticamente imposible engranar a aquéllos en la confederación y vertebrar a éstos en asociaciones o ligas campesinas sin una ahincada labor previa sobre un terreno, hasta entonces, a merced de las rebeldías instintivas de clase, expresadas en grandes huelgas espontáneas o en sonoras protestas aisladas. Radicalmente distinto era el panorama social en las ciudades. El coeficiente de organización, experiencia y conciencia ganados por el movimiento obrero ha crecido sin cesar. Era explicable, por tanto, que la dirigencia comunista se concentrase, primordialmente, en ampliar y fortalecer su acción alrededor de un programa unitario de demandas concretas como base para empeños

---

338 Ver *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, op. cit., t. 2.

de mayor magnitud y alcance. Es evidente que, para alcanzar los objetivos ulteriores en tales circunstancias, había que partir de lo dado.

La acción política de clase que se propuso desencadenar el Partido deslinda una etapa del movimiento obrero cubano. Marca el momento histórico en que éste pasa de la defensiva a la ofensiva. No sólo plantea un amplio repertorio de reivindicaciones inmediatas y exige el cumplimiento de las escasas leyes sociales arrancadas a la oligarquía y el imperialismo, burladas desde su aprobación. Consciente ya de que su consecución depende de la presión de las masas sobre el poder político de los explotadores, propugna, asimismo, la organización, la solidaridad y la combatividad de los explotados. No se contentaría, por ende, con la recuperación de las posiciones arrebatadas o con la reposición de los obreros despedidos. Aboga por la conquista de mejores condiciones de vida para los trabajadores de la ciudad y del campo y apelará a la huelga para conseguirlo, para impedir que los patronos los arrojen arbitrariamente a la miseria y para imponer el respeto a sus derechos humanos, sindicales y políticos sin distinción de raza, edad o sexo. Y se empeñaría, parejamente, en la tarea de cohesionar a los millares de desocupados que deambulaban desvalidos y famélicos.

No tardarían las marchas de hambre en recorrer el país, reclamando, con iracundo vocerío, pan y trabajo. Era el dramático preámbulo de la potente huelga general con que el proletariado cubano expresará su solidaridad internacional el Día Continental del Desocupado.

Ondas de aire picante se remansaban en la colina universitaria aquel arrebolado poniente de octubre. El nuevo curso académico había comenzado sin más sobresaltos que los promovidos por las respuestas agresivas de algunos “novatos” a las vejaminosas befas de los “veteranos”. Encabezaba las justas represalias Rafael Trejo, un sensitivo mozo de grave semblante, mente diáfana y músculos tensos.

Con la primera campanada de la liberación —inolvidable reloj puntualmente apercebido a salvarnos del aburrimiento matriculado— salí zancajeando del aula de Procesal hacia el expendio de refrescos y bocaditos de la Asociación de Estudiantes de Derecho. Cada día se acrecentaba mi aversión a códigos, jurisprudencias y judicaturas, sofisticado engranaje que, en nombre de la justicia abstracta, salvaguarda el imperio de las clases dominantes y de la explotación foránea. Equivocado anduve, por cierto, al elegir una carrera tan ajena a mi vocación, sensibilidad y ensoñaciones. Ese mismo año, por eso, había empezado a estudiar también Filosofía y Letras. Blasfemé de Ulpiano, abominé de Machado; el gordo Anselmo inquiere qué bebo: cualquier cosa que me tonifique la cocorotina; la emprendí contra los clisés maliciosos del catedrático Ricardo Dolz, un pichón de granuja se siente ofendido; ingerí un ironbeer helado, le dije abur a los compañeros y cargué con mis detestados

libracos rumbo a la escalinata. Cuando apenas trasponía la puerta del local, fui parado en seco por un violento manotazo que hizo crujir mi esqueleto. Ni tiempo tuve de increpar al atrevido: unos garfios enormes me abrazaron con efusivo desfogue.

Nunca antes había yo visto a aquel desgarbado langaruto de negra pelambre enroscada, tez aceituna de pirata malayo, cejas de liana trepadora, ojos de estrábicos destellos, gruesos labios violáceos, dentadura de pez espada y ademanes expeditos.

Y, sin darle respiro a mi sofoco, se identificó con típico dejo santiaguero y una gran carcajada:

—¡Qué vainas son ésas, flaco querido, qué vainas son ésas! Mírame bien. Yo soy Juan Ramón Breá y vengo de parte de Aureliano a discutir contigo el plan de lucha estudiantil que hemos elaborado con Rubén Martínez Villena.

Cambié radicalmente de talante. Nos sentamos en un banco apartado del patio de los laureles, muy concurrido a esa hora miope del véspero, propiciatoria de ardientes requiebros, sutiles exploraciones, subrepticios masajes y mates al descuido. Los soldados de posta nos seguían con la mirada.

—Bien: suelta lo que traes. Ya Rubén me anticipó algo. —Espérate. Primero tienes que oír esto.

Y me recitó, ante el risueño pasmo de unas garridas muchachas que pasaban, una descomunal tirada de versos. Imaginación alguna fuera capaz de inventar tan prodigiosa avalancha de líricas absurdidades.

—¿Qué? Lo escribí anoche. ¡Qué Bretón, ni qué Bretón! Ya verás. De ahora en adelante en vez de aludirse a Bretón se hablará de Breá.

—¡Quién podría dudarle, compai gallo! Entre Bretón y Breá hay que optar por Breá.

Médico no era. Sabio tampoco. Pero sí revolucionario, poeta y orate. Y nos hicimos amigos.

Entramos en materia. Le rendí sucinto balance del trabajo que habíamos iniciado en relación directa con Rubén. A su vez, Breá me esbozó el plan discutido con él: constituir un centro rector clandestino que, manipulando hábilmente las circunstancias ambientales, centrase sus actividades inmediatas en el ámbito académico y docente con la finalidad de ir fertilizando el terreno para posteriores andanzas de carácter revolucionario. Sánchez Arango proponía algunos nombres y yo indiqué otros, seleccionándolos entre los más aptos y decididos que conocía. Varios quedan planchados por el momento. Recordando una olvidada sugerencia de Martínez Villena, busqué, ansiosamente, a Pablo de la Torriente Brau. No logré localizarlo.

Dos días después, la minivanguardia se reunía en un sórdido hospedaje donde se albergaba Breá, situado frente al domicilio particular del tirano, fuertemente custodiado. Fuimos penetrando, uno a uno, como los conspi-

radores novelescos de Pío Baroja, en un entresuelo penumbroso, húmedo, revuelto y sucio. Integramos originalmente el grupo José Antonio Guerra, Ramón Miyar,<sup>339</sup> Virgilio Ferrer Gutiérrez,<sup>340</sup> Carlos Prío,<sup>341</sup> Aureliano Sánchez Arango, Juan Ramón Breá, Rafael Rubio Padilla<sup>342</sup> y yo. Aprobado sin mayores reparos el plan escalonado que nos proponíamos desarrollar, se acordó la publicación de un manifiesto que formulara algunas reivindicaciones universitarias y demandase el apoyo del estudiantado. Maguer la generalidad permanecía aún enquistada en las anacrónicas ideas políticas y sociales de la oposición burguesa y hasta entonces ha hurtado la cara a la represión, se podía contar con casi todos en punto a valentía personal y disposición combativa. El curso mismo de la lucha definiría el tono, el contenido y el alcance del movimiento estudiantil en barbecho.

Llevé el texto del manifiesto a Martínez Villena. Me recibió, con su contagiosa alegría, Sarah Pascual. Una bruma de volutas y arabescos pendía sobre el segundo cuarto: desde hacía horas estaba reunido el Comité Central. Rubén vino en seguida y leyó, con detenimiento, el borrador. Lo alabó, se excusó y retornó a la discusión, no sin antes invitarme a que lo viera después de iniciado el zafarrancho en la Universidad.

Una claqué emperchada a la moda dio la bienvenida en el muelle del Arsenal a Harry F. Guggenheim, el nuevo embajador del imperio. Al dar cuenta del fausto suceso, la prensa entonaba los salmos que se le olvidaron a David. El tirano se deshizo en genuflexiones cuando presentó credenciales. Y luego, al conversar en privado, se da aires de víctima y le pide protección y ayuda. “¡Ah, el comunismo, el maldito comunismo!” —exclama entre roncosp suspiros. Y añade, con acento impregnado de selváticos tufos: “Sí. Es una planta venenosa. No descansaré hasta extirparla.” El cazarro diplomático —rostro cetrino, sonrisa fácil, ademán ambiguo— asiente con la cabeza y se despide. Se lo ha metido en la cartera.

El arco de luces de Wall Street se apagó bruscamente, saturando la atmósfera de intenso hedor a carroña quemada. Había estallado la crisis económica mundial. El epicentro del sismo era, al unísono sillar y emblema del imperio burgués. Venía abajo, en medio de infartos cardíacos, arrebatos selenitas y suicidios teatrales, el mito más caro y tramposo de todos los tiempos. Kenneth Galbraith, el caballero cubierto del capitalismo chapisteado, ha descrito, con trazos de aguafuerte, el pánico que se apoderó de banqueros y accionistas en la Bolsa de Valores de Nueva York. Escribía: “En el interior de las salas con indicadores instalados por todo el país, el ‘ticker’ informaba

---

339 Murió en el extranjero.

340 Se fue de Cuba en 1959.

341 Harto conocido. Se suicidó. Su “alma” debe andar revoloteando, a sus anchas, con las de los más célebres simuladores y cacos del universo.

342 Desconozco su conducta y paradero.

a los aterrorizados y apiñados espectadores que se estaba produciendo un espantoso colapso.”

Casi una década duraría, con alternantes recuperaciones y recaídas, el ciclo de la Gran Depresión, pródromo evidente de la parálisis general progresiva del sistema. Alonso Aguilar ha recordado, con indudable pertinencia, que el economista soviético Eugenio Varga “anticipó el curso que el ciclo seguiría en los años veinte y treinta, comprendió la profundidad de la crisis de 1929-1933, anunció inclusive la de 1937-1938 y advirtió los cambios en el módulo del ciclo y concretamente el hecho de que la depresión sería cada vez más larga y grave y la recuperación breve e insuficiente.

”Varga atribuyó el cambio en el ciclo a que la crisis general se expresa en un exceso crónico de capital y, por consiguiente, en una subutilización de la capacidad de producción, lo que alarga la vida del capital fijo y del ciclo [...] en su conjunto. Fue esa situación lo que llevó al Estado burgués a intervenir crecientemente en la economía, fomentar el armamentismo y otros gastos improductivos, y sobre todo a preparar la Segunda Guerra como única salida a la crisis, la que se acentuó en 1920-1921, 1929-1933 y 1937-1938 como nunca antes”.<sup>343</sup>

La debacle de la economía norteamericana no necesitaba del *ferry boat* que venía diariamente de Cayo Hueso para trasplantarse a Cuba. ¿Qué falta hacía si nuestra estructura económica y financiera era una dependencia neocolonial del capitalismo vecino? Simplemente se yuxtapondrá, por interrelación mecánica, a la crisis estructural ya existente y al descalabro azucarero y sumirá al país en el abismo de la miseria, el hambre y el terror. Cuando la tarifa Hawley-Smoot imponga en 1930 un arancel superior al precio del dulce cubano en su mercado preferencial, empezarán a soplar, cada vez con más violencia, los coléricos vientos de la rebelión popular.

La zafra azucarera ha comenzado y cada domingo, mientras el relente de la madrugada corusca todavía en los álamos de la carretera, Rubén Martínez Villena —camisa basta, jipi maltrecho, machete disimulado— abordaba la guagua interprovincial que lo conducía al corte de caña.<sup>344</sup> Solían acompañarlo en estas “excursiones campestres”, como las llamaba, entre otros camaradas, Isidro Figueroa, José Pilar Herrera y Sarah Pascual, provistos igualmente de ropa ordinaria y embozadas en papel de periódico las hojas de acero. Algunos pasajeros, soñolientos los más y dando cabeceadas, compartían el trayecto. El viaje dura dos o tres horas: dependía del lugar a que

---

343 Alonso Aguilar: *La crisis del capitalismo*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1979, pp. 117-118. Una panorámica de notable rigor y aguda penetración que, conjuntamente con la *Teoría leninista del imperialismo* y otros libros y ensayos, sitúa a Alonso Aguilar entre los principales teóricos del marxismo en nuestra lengua.

344 Algunos datos sobre esta faceta de la vida de Martínez Villena los he extraído de los artículos respectivos de Sarah Pascual e Isidro Figueroa, “Mis recuerdos de Rubén” y “El compañero Rubén”, ya citados.



iban. Rubén y Sarah se sentaban juntos. A veces, el palique discurría por cauces políticos, y, otras, el lirismo imbíbido del combatiente se extasiaba con el verdor tierno de los campos, el porte elegante de las palmeras, el vuelo irisado de los pajarillos, el gracioso perfil de la Sierra de Jaruco y la transparencia deslumbradora del cielo, mientras sus compañeros trenzaban un diálogo múltiple, ruidoso y gesticulante, mechado de alegres carcajadas. Y, cuando menos lo esperaban, aunque ya era de cajón, Rubén se volvía para aconsejarles, con burlona sonrisa:

—No hablen tanto, que van a agotarse antes de blandir el machete.

Ardua es, sin duda, la empresa en que andan metidos. Había que vencer, ante todo, la desconfianza y el temor de gente recelosa y acosada. En aquellos predios, dependientes de los centrales Hershey —hoy Camilo Cienfuegos— y Rosario —ahora Rubén Martínez Villena—, imperaban, como en todo el sistema semifeudal del latifundio imperialista, las condiciones coloniales de trabajo, el arbitrio de los explotadores y los planazos de la guardia rural. Pero la presencia de Felipe Gómez, vecino de Catalina de Güines y militante comunista muy conocido en la comarca, obraría como “sésamo ábrete” en Jaruco, donde habían resuelto afincarse por el momento. El cuadro psicológico cambió de marco y de lienzo cuando Felipe aporta los antecedentes y explica los propósitos del grupo de revolucionarios capitalinos que, al irrumpir clandestinamente en la guardarraya, se han identificado como trabajadores voluntarios. Los condenados del cañaverl le franquean su corazón herido y su temple intacto.

Ansiosamente aguardan en la talanquera, los reciben con muestras de contentura y les asignan los plantones reservados. Torpes y lentos al principio, diligentes y diestros muy pronto merced a la ayuda de los “habituales” y a la experiencia ganada en el corte, el alijo y la alzada, los improvisados macheteros llegarían a confundirse de tal modo con el resto de la brigada, que hasta pasarían inadvertidos a la pareja de la guardia rural encargada de la vigilancia. Todo parecía marchar a la campana.

La simpatía, comprensión, buen humor, bondad y sencillez de Martínez Villena acumulan relaciones y afectos con celeridad pasmosa. Pero lo que realmente ha sobrecogido y conquistado a los macheteros es la hombridad de aquel ser frágil, de iluminados arranques y aspecto enfermizo. A la postre, estaría en todo y, para todo, será requerido el compañero Rubén. Sin buscarlo ni quererlo, se ha ido transformando en un jefe natural.

En la hora meridiana de la pitanza —harina, boniato y tasajo asperjeados con sorbos de agua bomba— y en las pausas para ingerir un buchito de café carretero, se departía sobre la crítica situación del país, los crímenes de la tiranía, la beligerancia creciente de los sindicatos revolucionarios, la violación de la Ley Arteaga, la distribución de los predios estatales entre los campesinos despojados de sus tierras, la nacionalización de los bateyes, la necesidad de

forjar la alianza obrero-campesina, las actividades del Partido Comunista y, sobre todo, en torno a las formas y los métodos más eficaces para organizar la lucha por los derechos elementales del proletariado azucarero. Numerosos eran los centrales y las colonias en que ni siquiera se respetaba el descanso dominical. La condición humana del creador de riqueza valía menos que la vida de un perro sato.<sup>345</sup>

Tema gravitante en aquellos fecundos intercambios fue la plétora de azúcar sin mercado, excedente de la zafra unilateralmente recortada y concluida hace unos meses, y las perspectivas catastróficas de la zafra libre que se iniciaba entre barruntos de tormenta.

Al adquirirse conciencia del problema y de los modos de encararlo, se decidió emprender en Jaruco, Bainoa y Catalina de Güines un trabajo sistemático enderezado a constituir sindicatos o agrupaciones. Incluso se entró a ponderar la posibilidad de sentar las bases de una Liga Agraria, que dirigiría Felipe Gómez, ya al frente del departamento campesino del Partido con el significativo pseudónimo de *Zapata*. Y, a propuesta de Martínez Villena, se abordó confiar la organización sindical a los macheteros más intrépidos, capaces y experimentados de esas áreas, bajo la suprema rectoría de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, con el apoyo de su secretario general, allí presente, José Pilar Herrera.

Aunque no se han establecido todavía nexos con los obreros de los mencionados centrales, Rubén Martínez Villena deja nítidamente señalado, en polémica disparidad con criterios en boga, que en los sindicatos o agrupaciones en proyecto debían vincularse, si fuese dable, los trabajadores agrícolas e industriales del azúcar, que eran uno y lo mismo, por la naturaleza de su actividad productiva, en cuanto a su expresión y defensa orgánica de clase. La siembra ha fructificado con ritmo insospechado. En las postrimerías de 1929 estará a punto de florecer en Jaruco el primer sindicato de trabajadores agrícolas. Y solamente han de transcurrir tres años para que insurja, a la cabeza de memorables batallas, el Sindicato Nacional de la Industria Azucarera.

A medida que la breña del olvido iba ocultando su figura, el rito se fue extinguiendo. Eran otros los tiempos, las ideas y los guías. Pero hasta la década del treinta, cada año, los estudiantes de nuestra América se reunían el 31 de octubre, aniversario de su muerte, para discutir la obra y repasar la vida de José Ingenieros, reafirmando en ambas —uso la fraseología de la época— su fe apasionada en que la juventud es la levadura moral de los pueblos, los ideales dan confianza en las propias fuerzas, el pensamiento vale

---

345 Por aquellos días, Rubén compuso unas décimas que rotuló “La verdad del campesino”. Reproducían su contundente denuncia del drama social del guajiro, contenido en la ponencia que, con el mismo título, leyó Mella en el Congreso de Bruselas, de la cual no se conservó copia alguna. Extraviada esta composición durante años, me fue dado conocerla después de haberse editado *Poesía y prosa*.

por la acción que genera, el espíritu de rebeldía emancipa de los imperativos dogmáticos y lo bueno posible se alcanza buscando lo imposible mejor. En Cuba, esa tradición se interrumpió desde la ocupación militar de la colina: se prohíbe rendirle culto a aquella noble memoria. No en balde, otrora, Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena se habían proclamado discípulos del autor de *El hombre mediocre*.

A despecho de la interdicción decretada, la Asociación de Estudiantes de Derecho convocaría a la juventud universitaria el 31 de octubre de 1929 para desagrar al maestro argentino. Éste fue el primer desafío público a la conjunción de togas y bayonetas que, por orden del tirano, regía la Universidad con ordenanzas propias de plaza sitiada. Se me invitó a hablar y, por supuesto, acepté.<sup>346</sup> Centenares de estudiantes acudieron a la velada y, asimismo, los integrantes del grupo recientemente constituido. No pudo menos que sorprenderme la inesperada presencia del poeta manzanillero Manuel Navarro Luna. Andaba en esos días resolviendo algunos asuntos personales en La Habana y se embulló al saber que me han confiado la perorata.

Mi protesta contra la ocupación militar de la Universidad y la denuncia de la farsa panamericana que se representaba a la par en el Aula Magna —tributo servil al monroísmo y a la Enmienda Platt en la persona intelectualmente descolorida de James Brown Scott— mientras los libertadores de Nicaragua eran ferozmente batidos por los *marines* y se torna cada vez más cínica y despiadada la dominación imperialista en Cuba, Haití, Santo Domingo y toda la cuenca “atrasada” del Caribe, provocó un vendaval de gritos y más de un anatema contra Machado. Soldados y chivatos empezaban a rastrear los pasos de los estudiantes que les parecen sospechosos.

Varios días después, en la segunda semana de noviembre, el grupo distribuyó profusamente su primer manifiesto en el patio de los laureles, el hospital Calixto García y la Escuela de Medicina. En ese interregno ocurrió un hecho que favorecerá sobremanera la acción emprendida: la retirada de la soldadesca con motivo del Congreso Internacional de Universidades que, en febrero de 1930, tendría por sede el Aula Magna.

Si bien el manifiesto se concentra en el análisis de la situación docente, interrelaciona ésta con el contexto político y social. “No queremos planes que propicien el fácil logro de nuestros títulos —advierte—; queremos profesores capacitados y dignos.”<sup>347</sup> Y, a seguidas, atribuye la “implantación de este estado de cosas [...] a la falta de solidaridad estudiantil”,<sup>348</sup> que ha viabilizado “la imposición de medidas y procedimientos sólo aplicables

---

346 Ver Raúl Roa: “La actitud política y social de José Ingenieros”, en: *Bufa subversiva*, Cultural, La Habana, 1935.

347 Carmen Almodóvar; Olga Cabrera (comp.): *Las luchas estudiantiles universitarias. 1923-1934*, op. cit., p. 247.

348 Ídem.

por la falta de real cohesión entre los estudiantes”.<sup>349</sup> Pero, ahondando en el problema, precisa: “Es la secuela del régimen: La opresión, el atropello, la imposición arbitraria, el privilegio, son las características fundamentales del sistema imperante en el exterior que se proyecta dentro del *Alma Mater* con intensidad agravada por la naturaleza de este centro que pugna esencial y rotundamente con tales procedimientos.”<sup>350</sup> Y postula que es urgente combatir, rápida y eficazmente, la fatal pasividad en que se han sumido los alumnos. La hoja contiene una exhortación implícita a la necesidad de crear nuevos organismos representativos del estudiantado o de revitalizar los existentes.

El primer manifiesto suscitó, dentro y fuera de la Universidad, los más pintorescos y variados comentarios. Ni decir tengo que la opinión prevalente en la camarilla palaciega era que, detrás de su contenido disolvente, se agazapaban ácratas y políticos que, ávidos de entorpecer el maravilloso reinado de la regeneración, se servían de los estudiantes para el logro de sus antipatrióticos y criminales fines.

El restaurante Sonora es la penúltima estación de los noctámbulos. Su propietario, el emigrado mexicano Ricardo Topete, había salido chaqueteando de su país por estar comprometido en la oscurantista revuelta del general Escobar y los cristeros. Por la índole de los parroquianos a esa hora, en su mayoría pepillitos refistoleros y viejos verdes, era un lugar excelente para conspirar. Desde la medianoche hasta la madrugada, solíamos plantarnos en una mesita arrinconada al fondo del salón. Nuestras discusiones absurdas y risotadas estruendosas, medios eficaces de despiste a los que apelábamos al percibir rostros extraños o falderos husmeos, a menudo sacaban de quicio a Topete. Cierta vez, Breá lo encolerizó de tal modo, con sus disquisiciones sobre el fundamento metafísico del mole, que estuvo a punto de echarnos. Y fue precisamente en una de esas calenturientas “tenidas”, que brotó la idea de hacer del próximo 27 de noviembre un día de agitación y combate, ligando el nombre de Mella a la jornada. Era una oportunidad preciosa para dar un salto adelante en el proceso de reactivación de la lucha universitaria.

Se elaboró un plan ambicioso: asaltar la tribuna erigida en la explanada del castillo de La Punta al pie del paredón donde fueron ejecutados los mártires de 1871, transformar la tradicional peregrinación estudiantil en una tángana revolucionaria, embadurnar de lemas los muros de la Universidad, repartir manifiestos alusivos a la fecha en todos los actos conmemorativos y, a fin de provocar una “jodienda de grandes ligas”, apagar las luces y descargar una lluvia detonante de bombillos durante la velada del Auditorium. Nos consagramos a los preparativos. La redacción del manifiesto se encomendó a Breá. Tendría un tono y un contenido radicalmente distintos al anterior

---

349 Ídem.

350 Ibidem, p. 248.

y, en el centro de la hoja, resplandecerá, desafiante y bella como la de un héroe antiguo, la efigie de Julio Antonio Mella. “No se nos oculta, Asno con Garras —emplazaba el manifiesto—, que al señalarte a ti como asesino de Mella, tentamos con ello a toda la gama del crimen; la alevosía y la impunidad —tu modo predilecto— al leer estas líneas ya se habrán hecho una seña inteligente en el estercolero mental de tu pobrecito cerebro de verdugo. No nos importa que te ensañes con nosotros. Nos encontrarás decididos siempre y en la celada fatal sabremos caer sin miedo. Y si nuestros ojos se abrieran, de par en par por la sorpresa no esperes que se cierren de terror; estallarán de indignación.”<sup>351</sup>

Faltaba asegurar, por intermedio de algún miembro del Comité 27 de Noviembre, el acceso a la pizarra eléctrica del teatro. Con su arresto característico, Rafael Trejo se dispuso a ello. Desde aquel instante se incorporó a nuestro grupo. Se había encontrado a sí mismo y hallado la ruta.

Madrugamos el 27 de noviembre para llegar a tiempo a La Punta. Primer fiasco. Frente a la tribuna se congregaba una veintena de transeúntes, todavía adormilados. Un estudiante, de voz desvaída y anémico ademán, recordaba el crimen abominable. No valía la pena desalojarlo y sustituirlo. Y decidimos, de consuno, irnos a un *sube y baja* cercano. Breá y *Mongo* Miyar se ensarzarían en una fiera disputa sobre el origen divino del congrí, tesis sostenida por el último con estentóreas blasfemias y eruditas referencias a la Biblia. Cuando suponíamos inminente la bofetada, aparecieron Carlos Fernández Arrate, conocido por *Aspirina* y Carlos Manuel Fuertes Blandino, un muchacho serio, silencioso, de piel acamaronada, apodado *Potaje*, ansiosos ambos de participar en la pelea. Fuertes y yo habíamos sido compañeros de colegio. Recuerdo, estremecido, la noche en que, tras de inenarrables torturas, fue abatido a balazos cerca de la Ermita de los Catalanes.

A escape al Cementerio de Colón. Una multitud inquieta rodeaba el mausoleo que guarda los restos de los estudiantes fusilados y de su valeroso defensor, el capitán español Federico Capdevila. Hábilmente, el orador conectó la efemérides con los recientes asesinatos de Machado y las persecuciones y los atropellos a los estudiantes que abanderaron la protesta popular contra la prórroga de poderes. Coincidieron sus palabras fustigadoras con el sepelio, a pocos metros, de José Antolín del Cueto, a cuyas manipulaciones debía el tirano el título de *Doctor Honoris Causa*. Y, mientras el estudiante Gilfredo Ortiz enardecía a sus oyentes, distribuíamos manifiestos y proferíamos vituperios contra las autoridades presentes. En vano suplicaban calma y sensatez los timoratos. El acto concluyó en formidable tartárea. Ganamos el primer tanto.

---

351 Ibidem, p. 250.

Otra vez a la carga. El desfile estudiantil se había puesto en marcha a lo largo del Malecón, salpicado de espumas y florecido de mujeres. Nos dispersamos entre la muchedumbre de jóvenes y les hablamos del deber de convertir en activa repulsa aquella carneril procesión, que entrañaba una tácita aquiescencia a la tiranía. No hacía aún dos años que un intrépido contingente de compañeros había sido expulsado de la Universidad y lanzado a la cárcel o al destierro por oponerse a la perpetuación del despotismo iletrado. No hacía todavía uno que Julio Antonio Mella había muerto en alevosa emboscada, tendida en México por pistoleros a sueldo del matarife. ¿Cómo podían los estudiantes, en un día como ése, desfilar por las calles de su patria escarnecida y maltratada sin que la protesta brotase de sus labios y se concretara en gesto de varonil rebeldía? Casi ninguno de aquellos mozos, prematuramente encanecidos, se dio por enterado. Segundo fiasco. Y resultaría infructuosa, también, la misión de colorear de invectivas los muros de la colina. No importaba. Sabíamos, de antemano, que el camino iba a estar empedrado de obstáculos.

Rompiendo a codazos la barrera de pechos que se interponía, conseguimos penetrar en el Auditorium. La sala estaba repleta. En los corrillos se comentaba, en tono misterioso, la tartárea del cementerio, identificando algunos la inesperada peripecia con las actividades anteriores del grupo. Los polizontes rondaban las tertulias sin atreverse a disolverlas.

Se abrió el acto con el Himno Nacional. Carmen Raviña empezó a recitar el poema de José Martí “A mis hermanos muertos el 27 de noviembre”. Una onda creciente de emoción iba encrespando la concurrencia. Y, todos a una, cada cual en su sitio, nos apercebimos a proceder. Se acercaba ya la estrofa culminante:

*No te pare el que gime ni el que llora:  
¡mata, déspota, mata!  
¡Para el que muere a tu furor impío,  
El cielo se abre, el mundo se dilata...*

Era la señal convenida. Se apagó la luz y explotaron los bombillos. Y, como lenguas de fuego, comenzaron a caer los manifiestos. ¡Abajo la tiranía! ¡Muera Machado! ¡Viva el estudiantado! El clamoreo unánime iluminó de apóstrofes la oscuridad. La policía invadió el teatro. Nos esfumamos a un tiempo, unos por las puertas de la platea, otros, los que se habían situado en el *balcony*, por la escalera de incendios.

La cita era en el café Vista Alegre. Minutos después de nosotros irrumpiría, agitado y sediento, el médico mendietista Alejandro Vergara, que andaba distribuyendo ejemplares de la “Carta a Gerardito”, suscrita por el general

Peraza. La noche es siempre joven para los jóvenes. Y aquella del 27 de noviembre de 1929 era una eclosión de estimulantes hervores. Había que inundar la ciudad de manifiestos y cartas. Y a eso nos dimos jubilosamente, pernoctando, los más, durante breves horas, en los calabozos de la policía y volviendo a juntarnos en Vista Alegre, donde desayunamos.

A pesar de no haber extraído de ella todo el jugo que habíamos imaginado, la jornada del 27 de noviembre de 1929 adquirió relieve histórico en el heroico enfrentamiento de la juventud universitaria con la tiranía de Machado. Aquel día comenzó a fermentar en la conciencia estudiantil la determinación de encararse resueltamente con el régimen. El 30 de septiembre nació aquel 27 de noviembre. La constelación de jóvenes que le imprimió sentido nuevo e impulso revolucionario a la domesticada efemérides fue el embrión del Directorio Estudiantil Universitario y del Ala Izquierda Estudiantil.

Cuando me aparecí en su casa, Rubén le dictaba un documento a Asela. Irradiaba satisfacción, optimismo, buen humor. Incluso su aspecto físico era otro; el rostro tostadito por el sol, las mejillas rosadas, recuperado el peso perdido. Apenas tosía. Era el fruto indirecto de sus “excursiones campestres”.

—Siéntate un momento y cuéntame cómo va eso. Han dado el tangazo padre en el Auditorium.

Y le referí, con velocidad supersónica, cuanto habíamos hecho y los proyectos que madurábamos. La disposición de lucha del estudiantado era evidente. Pero no era ya posible continuar evadiendo nuestra identidad. Aunque con discreción, resultaba indispensable darle el frente a los acontecimientos.

—De acuerdo. Pero traten de preservar el núcleo dirigente. Es fundamental. No olviden que apenas ha comenzado el trabajo.

—Por supuesto. Y nos estamos preocupando también de que esos compañeros dilaten el horizonte de sus ideas políticas y penetren en el trasfondo de la realidad nacional. Les hemos proporcionado libros revolucionarios y discutimos hasta por los codos. ¡Imagínate la cantaleta que les estamos dando sobre el papel determinante del imperialismo! Van entendiendo, sin duda. Son antintervencionistas, pero distan bastante de ser antiimperialistas. Estiman que el problema cubano se resuelve con un gobierno democrático, una administración honrada, la abrogación de la Enmienda Platt y el establecimiento de un sistema de relaciones fundado en el respeto mutuo y el beneficio recíproco. Admiran la lucha de los obreros, su arrojo, su espíritu de sacrificio; pero no consideran conveniente por ahora mezclarse en sus actividades. Pesan todavía mucho el origen social, la herencia ideológica, la rudimentaria cultura política, la mentalidad pequeño burguesa...

—Es natural, chico, es natural. Sigán cultivándolos sin descanso. Por lo pronto, lo que importa es movilizar el estudiantado contra la tiranía y, para ello, esos muchachos son necesarios.



Y levantándose me abrazó y despidió cariñosamente.

La megalomanía del tirano iba creciendo a compás de la hierba con que el “Bobo” de la caricatura de Abela simbolizaba la gravedad de la situación. Impuso al hospital de infancia y maternidad de La Habana el nombre de su esposa y prima, Elvira Machado, y el de su madre, Lutgarda Morales, al hospital de Santa Clara. Consiguió que el Consejo Nacional de Veteranos lo designara “miembro preclaro de la institución”. Ordenó emplazar en Santa Clara una estatua de su padre, Gerardo Machado y Castellón. Se le adjudicó, a petición propia, el grado 33 de la masonería y obtuvo que las directivas renegadas de las sociedades negras, con el Club Atenas al frente, le rindieran público homenaje. No quedarían atrás, en el viscoso derroche de loores y tributos, las asociaciones españolas. En el aniversario de la marcha fascista sobre Roma, lo ha condecorado Benito Mussolini con la Orden de los Santos Mauricio y Lázaro. Pero las costuras de su pellejuda vanidad estuvieron a punto de zafarse cuando el presunto delfín, Clemente Vázquez Bello, en el Ayuntamiento de Santa Clara, lo parangonó con el dictador italiano y proclamó que “asciende tranquilo hacia su apoteosis de gloria”.<sup>352</sup>

El año 1929 entra en el ocaso con perspectivas radiantes para el desarrollo de la lucha revolucionaria. Proseguía el movimiento obrero su curso ascendente. Surgían las huelgas, como hongos, en todas partes, aunque en La Habana en mayor número. Se ganaban unas, se perdían otras; pero todas son puntos de partida para sucesivas acciones y fuentes de rica experiencia. Las marchas de hambre se multiplicaban. La actividad en el área agrícola vecina a la capital progresaba. Ahora Rubén ha centrado sus actividades en la zona de Bainoa. El movimiento estudiantil renacía con lozanos vigos. Acrecía la influencia del Partido Comunista en las masas obreras. Ha propuesto a la Comintern sustituir el conducto del partido mexicano por la relación directa. El Comité Central confió la gestión a Martínez Villena; mas, al insistir éste en la necesidad de su presencia en Cuba, se designa a Fabio Grobart. Fue el primer delegado oficial del Partido que viajó a la Unión Soviética.

Rubén Martínez Villena cenó las vísperas del año nuevo en el local de la Juventud Cultural Deportiva Obrera de El Cerro. Reducido el número de comensales: Asela, Sarah Pascual, Higinio Ordoqui, Alberto Moré, Isidro Figueroa, Ernesto Tabío, María Regla López y varios más que lamentablemente no recuerdo. Se comió lechón asado y se bebió cerveza. Cuando el relajamiento de las tensiones acumuladas se adueñó del ambiente, alguien comenzó a tararear la canción de moda, “Corriendo y volando”. De repente, Rubén pidió silencio e improvisó, con la misma tonada, estos versos:

*Te digo con palabra fina*

---

352 Lionel Soto: *op. cit.*, t. 1, p. 523.



*que Juan Arévalo es  
un gusano de letrina  
o el eructo de un burgués.  
Corriendo y volando  
voy caminando,  
me lleva “For”,  
me esperan por comunista  
La Cabana o el vapor.*

Albertico Moré simuló rasguitar una guitarra y le respondió con esta intencionada cuarteta:

*Ten cuidado como cantas,  
aguanta un poco el galillo,  
mira que te está mirando  
el comandante Trujillo.*

Aquellos versos improvisados de Rubén se convertirían, como anota Blas Roca, en estrofas de combate de las masas.<sup>353</sup> Los estudiantes presos las entonaríamos también, conjuntamente con “Bandera roja”, en El Príncipe, La Cabana y el Presidio Modelo.

---

353 Ver Blas Roca: art. cit.

El 10 de enero de 1930 la ciudad amaneció con la vigilancia policiaca reforzada y los esbirros diseminados en los centros de trabajo. Sin embargo, el proletariado de La Habana conmemoró el primer aniversario del asesinato de Julio Antonio Mella con un paro revolucionario de diez minutos y una combativa velada en la Sociedad de Torcedores, auspiciada por la Confederación Nacional Obrera de Cuba. Los estudiantes universitarios abandonaron las aulas en respuesta a nuestra exhortación. El acto organizado por el Sindicato de Trabajadores Agrícolas y de Oficios Varios de Catalina de Güines, fue violentamente interrumpido por la guardia rural.

Rubén Martínez Villena fue el orador principal en la velada de la Sociedad de Torcedores. Le antecedieron en la tribuna Gustavo Aldereguía y Sarah Pascual, que a duras penas logró llegar a tiempo de Catalina de Güines. Con acento a veces enternecido, a veces iracundo, Gustavo revive al líder de la juventud universitaria, al adalid de la clase obrera, al héroe de la huelga de hambre, al titán del pueblo. Rosas rojas y aceros fulgentes se entretajan en el discurso de Sarah.

La palabra indignada y aleccionadora de Rubén, apelo al testimonio de aquélla, “trazó la ruta de la victoria de la clase obrera. Señaló cómo los grandes muertos son la gran trinchera de la lucha [...] el anuncio de que el gran crimen, sumado a los de antes y a los de después, produciría el vendaval que habría de derribarlo aplastado, a pesar de su cerril obstinación”.<sup>354</sup> Y, en esa misma evocación, refiere, aunque indecisa en cuanto a lugar y fecha, esta verídica ocurrencia: “No puedo afirmarlo. Pero siempre que recuerdo este día viene a mi memoria una imagen que no sé si exactamente corresponde a esa fecha o a algún acto similar realizado poco después. Recuerdo muy bien una mesa instalada en el Salón de Actos, a la derecha del escenario, vista desde éste, y varios militares de uniforme tomando nota taquigráfica de los discursos. Rubén, en el transcurso de sus palabras dijo lo siguiente: “Siento que al hablar, los esputos que salen de mi voz, contaminados de tuberculosis, caigan sobre estos señores que toman nota del acto.” Con sarcasmo, decía que los escupía. Supe después que uno de los anotadores era el sargento taquígrafo Fulgencio Batista.”<sup>355</sup>

---

354 Sarah Pascual: art. cit., p. 73.

355 Ídem.

Y, antes de concluir la velada, la concurrencia, puesta en pie y puño en alto, aclamó, durante varios minutos, la moción escrita por Martínez Villena y presentada por la confederación en homenaje al héroe “inmolado por la burguesía criminal, sacrificado por el imperialismo yanqui mediante manos cobardes en la ciudad de México”.<sup>356</sup> Fundía, “su recuerdo, al de todos los mártires de la clase trabajadora de Cuba, al de todas las víctimas, paladines inolvidables de nuestra causa caídos en la terrible lucha de clases contra el capitalismo explotador y feroz. [...]”

”PROTESTAMOS específicamente contra la espantosa reacción desatada en México contra los emigrados cubanos, luchadores obreros que han sido encarcelados, expulsados y torturados, hasta el extremo de haber enloquecido a nuestro camarada ALEJANDRO BARREIRO”.<sup>357</sup>

No sólo seguía sirviendo de trinchera: la memoria de Mella era una poderosa pulsión del movimiento revolucionario.

Coincidiendo con el aniversario de su muerte, apareció un nuevo manifiesto de Unión Nacionalista. Mantiene, sin alteración alguna, su conocida posición constitucionalista, electorera y proimperialista. Apenas si roza los problemas fundamentales del país. Con prudencia calculada, dosifica las censuras a los crímenes y atropellos de la tiranía. Eludía, por supuesto, el asesinato de Julio Antonio Mella y las agresiones al movimiento obrero. Era, en suma, la expresión política de un típico partido neocolonialista. No en balde la meta suprema de su dirigencia se había reducido al mero cambio de nombres y apetitos dentro de los contextos establecidos.

Un tajante pronunciamiento del Partido Comunista, redactado por Martínez Villena, circuló días después en los sindicatos, fábricas y talleres. Distribuía, en pareja dosis, candentes latigazos a Machado, al imperialismo y a Unión Nacionalista. No distinguía entre machadismo y mendietismo: eran hermanos siameses por su contenido de clase. Los titulados nacionalistas silencian el vasallaje del tirano a los monopolios yanquis y callan las fechorías que perpetra para promover sus ganancias y garantizar su régimen de explotación porque, simplemente, “no pueden decir nada que moleste al imperialismo.”<sup>358</sup> Si “ahora combaten verbalmente a Machado; mañana, seguro que lo imitarán. Quieren ser gobierno, pero nunca gobierno en desacuerdo con los intereses de Wall Street; precisamente [...] quieren ser gobierno ‘gracias’ a un acuerdo previo con Wall Street [...]”<sup>359</sup>

Anticipándose a que Unión Nacionalista se lanzara a urdir un simulacro de revolución con fines intervencionistas —espantapájaros que agita de vez en

---

356 *Boletín del Torcedor*, 1° de febrero de 1930, p. 8.

357 Ídem.

358 Lionel Soto: *op. cit.*, t. 2, p. 7. (El texto del manifiesto se reproduce casi completo.)

359 Ídem.

cuando para forzar una decisión preventiva favorable a sus ambiciones— el Partido exhorta a las masas obreras y campesinas a que se unan, organicen y preparen para encabezarlas en la revolución obrera y campesina que propugna; pero las alerta, asimismo, para que en el supuesto de que “participen en una revolución como la que pregonan los ‘nacionalistas’ sepan bien a dónde los llaman y no vayan ciegos detrás de un redoble de tambor, sino que acudan a esa *revolución* con sus lemas propios, con sus objetivos particulares e independientes, que no crean, como los astutos nacionalistas propalan, que todo consiste en anular la prórroga y la reforma constitucional para reorganizar [...] los viejos partidos desprestigiados de la burguesía”.<sup>360</sup> Había que estar en el ajo. La restauración de la legalidad burguesa no es la salida de la situación. La única verdadera es la constitución revolucionaria de un gobierno obrero y campesino. No basta ya, por tanto, con gritar ¡abajo Machado! El grito es ¡abajo Machado, abajo el imperialismo y abajo los nacionalistas, defensores también del imperialismo y la burguesía cubana!

La táctica de clase contra clase se delinea, meridianamente, en el documento. Cuanto se imputa a la dirección nacionalista es, sin duda, inobjetable; pero manifiestamente erróneo no deslindar entre la cima y la base de esa agrupación política y excluir todo nexo con las capas no proletarias de la población afectadas u oprimidas por el sistema. Para llevar a cabo la revolución nacional liberadora, el Partido solamente fiaba en lo que estima la alianza natural de sus propias fuerzas de clase. “La denuncia agresiva de la política de Mendieta y amigos —acota Lionel Soto—, cavaba un foso entre el PC y los seguidores de aquéllos.”<sup>361</sup> Aunque la actitud era congruente con su concepción teórica y su táctica, angostaba seriamente las perspectivas potenciales y reales de constituir un frente nacional antiimperialista, democrático y patriótico, en el cual la clase obrera desempeñara un papel determinante. La emancipación de la sociedad subdesarrollada dependiente no era un proceso lineal y su éxito dependía de la unidad revolucionaria del pueblo mediante la búsqueda de las formas y los métodos apropiados.

La intensa labor de proselitismo, organización y propaganda que, cada domingo, han venido realizando Rubén Martínez Villena y los más capaces activistas de la comarca cuaja en la primera organización rural de la provincia de La Habana. Era una diáfana noche de enero aquella en que se inauguró el sindicato agrícola del pueblecito de Jaruco, que da nombre también a la rica cantera y a la azulosa sierra enclavadas en sus inmediaciones. Numerosa fue la asistencia a la asamblea convocada para su constitución. Afluyeron algunos trabajadores de Bainoa y de Catalina de Güines, con Felipe Gómez al frente.

---

360 Ídem.

361 Ibidem, p. 9.

El entusiasmo se disipó un tanto al irrumpir en el iluminado salón de madera, con faz hosca y acompañado de una pareja de soldados, el teniente de la guardia rural y jefe del puesto militar, Pedro Ducunjú. Gozaba, por cierto, de bien ganada animadversión en la zona. Su nómina de abusos y persecuciones era larga. Se sentó en la primera fila.

La apertura del acto estuvo a cargo de un dirigente local. Se limitó a hilvanar unas palabras rituales y a someter a discusión los artículos del reglamento. Aprobado éste, ascendió a la tosca tribuna Martínez Villena. Los curiosos se habían agolpado en las ventanas que daban al portal.

Y a Rubén le relucía el gozo en la mirada, en la sonrisa, en el gesto. En fin de cuentas, la semilla que florecía él la había sembrado con sus propias manos.

Con la intención de distender los ánimos encogidos, comenzó a hablar en forma jocosa. Dijo que los compañeros del sindicato habían recibido al teniente Ducunjú, como suelen los guajiros cuando un transeúnte para frente a su bohío: ¡He camará, apéese del caballo para que tome un buchito de café! Una carcajada estrepitosa acogió su irónica salida. El entusiasmo tornó a enfervorecerse. Y luego prosiguió su discurso analizando, en lenguaje llano y lleno de ocurrentes alusiones, los problemas básicos que debían encarar los obreros agrícolas y los campesinos, exhortándolos a unirse y organizarse para hacer valer sus derechos sopeteados. Vivos aplausos arrancó la elocuente evocación de sus dramáticas condiciones de vida y su ardoroso llamamiento final a la necesidad inaplazable de vertebrar la alianza obrero-campesina, vehículo y soporte de la lucha necesaria para conquistar la plena independencia nacional y una vida nueva para los explotados y oprimidos de la ciudad y del campo. El jefe del puesto militar se levantó de golpe y se retiró con la cara aún más hosca y sin dar las buenas noches.

Aquel acto, al parecer insignificante, constituía la primera escaramuza victoriosa de la ingente batalla que emprenderían el Partido Comunista y la Confederación Nacional Obrera de Cuba por la integración de los trabajadores del agro en el movimiento obrero revolucionario. Era el germen remoto, por así decirlo, del Sindicato Nacional de la Industria Azucarera.

Según cuenta Asela Jiménez en una carta a José Zacarías Tallet,<sup>362</sup> semanas después, con motivo de una huelga decretada por el flamante sindicato, varios trabajadores fueron detenidos e inmediatamente Martínez Villena se trasladó a Jaruco para interesarse por su situación y prestarles sus servicios profesionales. Naturalmente, el teniente Ducunjú, apenas se personó en el cuartel alegando su condición de abogado defensor, ordenó, desoyendo su enérgica protesta, el encarcelamiento de Rubén, que fue a compartir el calabozo con los obreros presos, quienes lo reciben con cálidas expresiones de solidaridad y reconocimiento. En cuanto se supo en La Habana el sucedido,

---

362 Archivo personal.

la confederación, justamente alarmada, demandó garantías para su vida y Tallet visitó, en compañía del periodista Marcelino Blanco, al comandante Trujillo, jefe de la policía secreta, para averiguar el paradero de su cuñado. Trujillo le ratificó que estaba preso en el cuartel de Jaruco y que muy pronto sería traído a La Habana. Sarah Pascual obtuvo, tras de eficaces gestiones, que la prensa se hiciera eco esa misma noche de la arbitrariedad cometida. Al día siguiente, Rubén fue liberado e introducido en una guagua.

Isidro Figueroa, por su lado; atribuye la ocurrencia a la aprehensión de Rubén por un sargento de la guardia rural al ser descubierta su “intrusa presencia” en un corte de caña de Bainoa, episodio del cual fue testigo.<sup>363</sup> Tallet da una versión imprecisa del origen del suceso<sup>364</sup> y Sarah coincide con la de Figueroa.<sup>365</sup> Sea como fuere, el hecho es que Rubén permaneció veinticuatro horas de su vida encarcelado en el cuartel de Jaruco. A partir de entonces, tampoco fue ya tan fácil continuar las “excursiones campestres”. Prácticamente, *Zapata* se haría cargo de esta tarea. Sin embargo, a Martínez Villena le fue dable todavía participar en la organización de los sindicatos agrícolas en Catalina de Güines y Bainoa. El de esta localidad, apenas nacido, declaró una huelga que mantuvo apagadas, durante varios días, las calderas del central Hershey.

Bullía el espíritu de combate en parte del estudiantado cuando el grupo clandestino universitario emitió su tercer manifiesto. La conmemoración revolucionaria del 27 de noviembre había avivado los rescoldos de la rebelión agazapada. El arroyuelo inicial iba adquiriendo, poco a poco, energía de torrente. Hervían las discusiones en el patio de los laureles y en los locales de las asociaciones estudiantiles.

El tercer manifiesto planteaba ya, en un plano político, as reivindicaciones académicas. Situaba, en primer término, la necesidad de organizar una federación de estudiantes para dirigir la lucha “emprendida contra el régimen despótico que, apoyado y sostenido por Machado, ha entronizado entre nosotros su lacayo Averhoff”;<sup>366</sup> y capaz, por consiguiente, de imponer la rehabilitación incondicional de los estudiantes expulsados y de “borrar para siempre del rostro de nuestra Alma Mater el bochorno y la impudicia que desde 1927 la cubre”.<sup>367</sup> La federación debía proponerse, asimismo, una reforma radical de la estructura y objetivos de la educación universitaria a tono con las corrientes ideológicas y científicas de la época y el restablecimiento de la autonomía universitaria, “es decir, la separación efectiva de la institución del poder político, corrompido y corruptor y, además, ignorante

---

363 Ver Isidro Figueroa: art. cit.

364 Ver José Z. Tallet: “Reminiscencias de Rubén”, en: *Órbita de José Z. Tallet, op. cit.*

365 Sarah Pascual: art. cit.

366 Raúl Roa: *La jornada revolucionaria del 30 de septiembre*, ed. cit., pp. 26-27.

367 Ídem.

de sus necesidades y aspiraciones”.<sup>368</sup> Queríamos hacerle ver a la hornada insurgente que, cuando menos, sin una previa transformación de las condiciones políticas del país, los problemas de la Universidad eran insolubles. Esta vez, los estudiantes nos arrebatában los manifiestos que repartíamos a cara descubierta y al regocijado pregón de ¡vengan, vengan, que se acaban los cucuruchos de maní!

Pero este riesgo, ineludible, traería aparejados efectos inevitables. A partir de esa acción, comenzamos a sentir la vigilancia y la persecución. Tuvimos, en consecuencia, que abandonar el entresuelo de Breá. Y no encontramos sitio mejor que la hospitalaria tumba de los masones. Nunca antes, en nuestro país, se había recurrido al cementerio como centro de conspiración.

El Congreso Internacional de Universidades, convocado para solemnizar el bicentenario de la nuestra, se inauguraría el 15 de febrero de 1930. Mas existía un problema, harto enojoso, de por medio: las expulsiones masivas de estudiantes de 1927 y 1928. Aquel baldón, asaz conocido, podría restarle lucimiento a la nueva farsa. Además, el ánimo del alumnado había cambiado ostensiblemente. De un momento a otro, se esperaba un estallido. El tirano, el rector y el claustro de profesores, para evitar males mayores, decidieron ponerse “magnánimos” y anunciaron con metales de charanga que, con motivo del próximo Congreso Internacional de Universidades y de la celebración del bicentenario de la nuestra, serían indultados los estudiantes expulsados, siempre que lo solicitaran con el propósito de enmienda. Las asociaciones estudiantiles contribuyeron al “generoso” gesto pidiendo, con obsecuente fraseología, el retorno de los compañeros expulsados. No tardarían éstos, encabezados por Gabriel Barceló, en devolverles la pelota con abundante chorro de justificados epítetos.

El grupo se opuso a la humillante oferta. “Nosotros luchamos por la rehabilitación de los estudiantes expulsados —decía la hoja que difundimos—, pero por una rehabilitación que no esté supeditada a la celebración de un congreso donde se va a rematar, con bombos y platillos y repique internacional la obra funesta de un Rector farsante; por una rehabilitación amplia, sin compromisos ni restricciones impuesta por la acción de nuestra unión exigida por el imperativo de una clase, que estrechamente vinculada, decidida y movida por la fuerza de ideales justos, es invencible. Indulto, amnistía o revisión de fallos, no son más que tres formas distintas de denominar una misma cosa: la benevolencia, la dádiva magnánima de los que podrán arrojar esa piltrafa cuando crean haber logrado el objetivo perseguido de rendir y avasallar el alumnado de la Universidad con sus métodos de aplastamiento, de persecuciones y expulsiones. Sólo cuando fuerzas poderosas, ajenas a ellos, impongan esa determinación, perderá su carácter de perdón. Sólo cuando la acción popular, volviendo por sus fueros, derribe la tiranía, o cuando la

---

368 Ídem.

acción estudiantil —universitariamente— rehaciéndose y fortificándose con una sólida e indestructible unión, obligue al despotismo a reparar el crimen, podrá esta reparación ser aceptada por los expulsados.”<sup>369</sup>

Este pronunciamiento fue resueltamente apoyado por la masa estudiantil. Crecía la efervescencia. Y, al ser sustituido el rector Averhoff por el doctor Clemente Inclán, premiado aquél con la Secretaría de Instrucción Pública, la propaganda revolucionaria cobra mayor impulso.

El Congreso Internacional de Universidades se abrió en una atmósfera soturna. Lo que sobra de aparato oficial, falta de entusiasmo genuino. Los alumnos han acudido en número muy escaso. El hecho preocupó a la tiranía. La Universidad solía ser, por aquellos tiempos, el barómetro de la disconformidad popular.

Los delegados comentaban en los corrillos la arisca conducta de los estudiantes. Se les responde con evasivas. Muy pronto, empero, mediante un manifiesto que le hemos remitido a cada uno a vuelta de correo, van a enterarse de la podredumbre que en vano procuran ocultar las banderas al viento, la magnificente escalinata y las zalemas gubernamentales.

“Los Congresos y las Conferencias —reza la parte esencial del texto, que redacté yo en esta ocasión— tienen un solo objetivo, una sola razón que los explica: la necesidad común a todas las tiranías de hacer una propaganda que trascienda. Para esa farsa es indispensable el decorado, cueste lo que cueste. Y así, las bambalinas son el anverso de una medalla, la única cara que ven los delegados extranjeros: el Capitolio, la Carretera Central, el Maine, la Plaza de la Fraternidad... El reverso es bien distinto: miseria, desocupación, paralización de los negocios, supresión absoluta de los más elementales derechos democráticos.

”Ahora la tramoya está montada en la Universidad, que vio construir su monumental escalinata cuando se aproximaba la Conferencia Panamericana y de la que desaparecieron todos los obreros cuando terminó la Conferencia, reapareciendo nuevamente, pese a todas las miserias, al conjuro del Congreso, porque es indispensable que los Delegados vean obras y cuenten de nuestra formidable potencialidad económica bajo la actual administración. Se hablará de reformas, se harán proyectos fantásticos, se engalanará a Minerva con una pedrería que deslumbre. Y, al final, todo se habrá reducido a un concurso de verborrea.

”Los estudiantes vienen luchando desde el año 23 por todas las cosas que se dirán en el Congreso y muchas más, encontrando el primer obstáculo en el profesorado que no entiende de reformas, ni de autonomía, ni de democracia universitaria, ni de exclaustración de la cultura, ni mucho menos está dispuesto a depurarse en un sentido ético y científico. Por esa lucha, uno de

---

369 Ibidem, p. 28.



cuyos iniciadores fue Julio Antonio Mella [...] —¿quién no conoce en Cuba y fuera de ella, el nombre de su poderoso y abominable asesino?— el alumnado ha sufrido toda clase de persecuciones. Y hoy, los que comprendieron que la Universidad es sólo un espejo y se debatieron contra la causa productora de los males, se encuentran expulsados, con penas que varían entre uno y quince años. Hay más de setenta irradiados que pretenden indultar dadivosamente ahora, como una escena hábilmente interpolada en la comedia del Congreso, para volverlos a expulsar si no se presentan humildes y vencidos a estudiar colegialmente sus lecciones. Tal es, muy rápidamente expresado, el interior doloroso que se esconde tras de la majestuosa fachada. Tal es lo que se quiere encubrir con el manto del Congreso. Por eso, éste se verá huérfano de la asistencia de los estudiantes, que no quieren sancionar con su presencia la nueva burla, que no quieren hacerse cómplices de la última farsa.”<sup>370</sup>

De todos los delegados, fue Luis Chico Goerne, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de México, el único que despertó temporales simpatías en el estudiantado cubano. Su actitud fue de constante defensa de los postulados de la reforma universitaria. En una conferencia que pronunció sobre la revolución mexicana, incitó a los alumnos que le escuchaban a la acción renovadora y heroica. Postuló la rebeldía como forma connatural de existencia de la juventud. Se ganó, en suma, un homenaje de los estudiantes. Pero no resulta exagerado decir que aquel día Chico Goerne se achicopaló de mala manera. Fui designado para ofrecerle el acto, que se hizo extensivo a Ignacio García Téllez, rector de la Universidad de México.

Leí unas palabras en las que exponía desnudamente la realidad universitaria cubana y la urgente necesidad de removerla. Chico había convenido conmigo en hacerlas suyas y reafirmarlas en el ejemplo reciente de su país. Lo que hizo fue, defraudando a los asistentes, un picúo discurso de adiós a Cuba y a los estudiantes, a quienes, por supuesto, dejaba su corazón con todas sus diástoles y sístoles. Parece que Chico Goerne sufrió una repentina inhibición de la glándula suprarrenal.

El grupo empezó a expandirse en circuitos cada vez más amplios. Y, a compás de su impetuoso desarrollo, se fue conociendo más y más a sus componentes. Había llegado el momento de tirar el capote y coger el toro por las astas.

La acción fluida, inteligente y tenaz del Partido Comunista y de la Confederación Nacional Obrera de Cuba prolifera en sucesivas huelgas parciales durante los meses de enero y febrero. El nivel de unidad, organización y agresividad del proletariado asciende en impresionante espiral. Cada revés multiplica las victorias. Cigarreros y viveristas, sastres y zapateros, meta-

---

370 Ibidem, pp. 29-31.

lúrgicos y textiles, guagueros y constructores se disputan la vanguardia. Las asambleas obreras enfebrecen los sindicatos y los centros de producción. No sólo se clamorea la reposición de los despedidos: se exige, parejamente, el cumplimiento del programa de reivindicaciones básicas formulado por la confederación. Marejadas de desocupados inundan las calles en demostraciones imponentes. La palabra centelleante de Rubén Martínez Villena conmueve, vivifica, cohesiona, enrumba. Pocas veces, en la república mediatizada, la oratoria política había cobrado tan nobles, persuasivos y genésicos timbres. Cada discurso suyo se traduce en un paso de avance en el proceso de radicalización de las masas. Nuevos activistas inyectan de brioso empuje las acciones emprendidas. Varias ciudades de la Isla son teatro de similares ocurrencias. La agitación social, el descontento popular, el resurgimiento de la protesta estudiantil, la creciente inquietud en el agro y los estragos de la crisis económica exacerbaban los antagonismos y las tensiones del sistema. Eran palpables los presagios de revolución.

Cuando el Comité Central del Partido se reunió para hacer un balance de la situación, la alternativa del paro general estaba ya planteada. Las huelgas parciales de 1930 traslucían una naturaleza distinta a las acaecidas en 1928 y en 1929. No eran estallidos aislados que se condensaban en sí mismos. Se distinguían por su conexión recíproca, su espíritu de solidaridad, su homogeneidad de propósitos y su confianza en las propias fuerzas. El movimiento huelguístico había adquirido tal ímpetu y consistencia que, como anota Fabio Grobart, “se podía ya pasar a acciones que enrolaran a toda la clase obrera”.<sup>371</sup>

El tirano ha respondido a la adhesión pública de la central sindical y de la Federación Obrera de La Habana a la jornada continental contra la desocupación, con la radicación de un amañado proceso judicial encaminado a ilegalizarlas. La cólera promovida por la consumación de la represalia, mediante la suspensión gubernativa de sus funciones, mostraba, a las claras, que la convocatoria a huelga general contaría con el apoyo de las masas. No se hizo esperar. Y, aunada ahora a las demandas de los trabajadores desocupados y ocupados, la condena a la arbitraria medida y a los métodos despóticos del régimen, la consigna ¡abajo Machado! se popularizó y arraigó profundamente en el proletariado. Sin duda, el signo definitorio del transcurso era la tónica política que ha ido adquiriendo el movimiento obrero y, en consecuencia, su indefectible enfrentamiento a la tiranía, la reacción y el imperialismo. No bastaba, empero, con una clara noción de su propia potencia y de su misión histórica en la sociedad. Era necesario, además, un centro rector de sus ideas y de sus acciones. Ésa había sido y es la función desempeñada por el Partido.”

---

371 Fabio Grobart: “36 años de la primera huelga general contra Machado”.

En la atorbellinada actividad que precede a la trascendental decisión, la salud de Rubén, cabeza y alma de esa acumulación y despliegue de fuerzas, se ha deteriorado seriamente. Retorna la fiebre alta, la tos se agudiza, la voz se enronquece, la debilidad se acentúa. Pero su voluntad granítica se sobrepone a la fatiga, al mareo, a la falta de aire. Gustavo Aldereguía no atina qué hacer. Rubén desoye sus advertencias y consejos. Baldías resultan las súplicas de sus familiares. Únicamente la muerte —dice a su médico— podría impedir que continúe con el timón en la mano hacia la conquista del objetivo propuesto. Con atisbo relampagueante de cóndor, ha vislumbrado ya el asalto final en la brumosa lejanía del devenir. Su deber revolucionario —el deber de su vida— es acortar la ruta, mediante empeños cada vez más radicales, vastos y decisivos. Lo vi por aquellos días. Era una llama que desafiaba el viento sin que su lumbre parpadeara.

Pocos días distaban del 20 de marzo cuando la confederación hizo el llamamiento a la huelga general. El curso de la situación proyecta una imagen precisa de la coyuntura en que insurge el reto del proletariado. No es menester recapitular la evolución, ya registrada, de la trayectoria y los factores condicionantes de ese accidentado proceso. Baste ahora puntualizar que dicho reto coincidía con la ineficacia irreparable y el creciente rechazo popular en Cuba de la fórmula autocrática de dominio neocolonial impuesta por la Casa Blanca y los monopolios en América Latina, casi toda regida a la sazón por trogloditas condecorados o caudillos sin gandinga. Menos para esa taifa avariciosa, soberbia, empedernida y cegata de ultramar y sus usufructuarios y verdugos isleños, era ya visible que tal modo de sujeción y medro estaba a punto de hacer crisis. Puede aún subsistir algún tiempo, incluso varios años, mediante el entronizamiento permanente de la represión. Le resultaría, en cambio, cada vez más difícil, mantener uncido al país por otros medios. Al irse transformando el poder unipersonal en una caldera sin válvulas de escape, perdería parejamente su capacidad de maniobra y, por ende, sus posibilidades de sobrevivencia. Sin recursos ni márgenes para contrarrestar el desastre económico que ha precipitado su codicia, su ineptitud, su crueldad y su entreguismo, en aumento irrefrenable la miseria, el desempleo, el hambre y la exasperación, la única alternativa del tirano era apelar, descarnadamente, a todas las formas de violencia política, a la racionalización despiadada de la explotación capitalista y a la satisfacción a toda costa de las exigencias del imperialismo, a fin de conservar su respaldo. En vísperas del paro obrero, Machado se adentraba en un callejón sin salida.

Las relaciones dialécticas entre subsuelo, suelo y atmósfera empezaban a conjugarse por primera vez. Con su aguda percepción de las notas más recónditas del ritmo histórico y su excepcional sensibilidad revolucionaria, Rubén Martínez Villena había planteado, por eso, la necesidad estratégica de infundirle sentido político a la huelga y, en consecuencia, una proyección removedora a nivel de las posibilidades objetivas y subjetivas. Ni más allá ni más acá. Era indispensable asegurar la victoria, en ese contexto, si se pretendía promover las condiciones que aceleraran el desarrollo ulterior de la lucha obrera, estudiantil, popular y antiimperialista. Sus fines debían trasponer, por lo tanto, el marco de las demandas puramente económicas o de clase.

Escrito por Rubén, el manifiesto lanzado por la confederación el 5 de marzo define, en su vibrante encabezado, el contenido y alcance del paro: es, a la par, contra la represión gubernamental y por las reivindicaciones básicas contenidas en el programa de la central sindical. Importa sobremedida aclarar que no se ciñe a enunciarlo. Exhorta concretamente a los trabajadores a ponerse en guardia para defender de los ataques de la tiranía y de la reacción, mediante una contraofensiva abierta, a la Confederación Nacional Obrera de Cuba y a la Federación Obrera de La Habana. Y, aunque se dirige a todos los trabajadores de la Isla, centra la acción en los de la provincia de La Habana. Rubén ha advertido también, con previsor lucidez, que la extensión efectiva de la huelga fuera de ese perímetro es asaz problemática. Salvo en Manzanillo y muy contadas ciudades del interior, el movimiento obrero carece de la fuerza, la organización, la unidad y la conciencia suficientes para secundarla de veras. Mucho menos dable es aún comprometer en la batalla, por razones ya apuntadas, a las grandes masas descontentas del proletariado agrícola y del campesinado.

La distribución del manifiesto en toda la Isla fomentó un clima de expectación nacional. Líder destacado del Partido Comunista en Manzanillo y conductor máximo de la Federación Obrera local, Blas Roca evocaría, trece años después, la tremenda sacudida que produjo el desafío de la CNOC. “Nos hallábamos reunidos los principales dirigentes de la Federación —escribe—, cuando llegó el paquete con los impresos.

”Cuando leí la primera frase: ‘La Confederación Nacional Obrera de Cuba ha sido atacada: defendámosla’, los presentes prorrumperon en aplausos evidenciando el estado de ánimo de los trabajadores, que el 20 de marzo se hizo patente en la huelga general que paralizó completamente a Manzanillo, ante el ataque de Machado contra su querida central sindical.”<sup>372</sup>

El puesto de mando de la acción se instaló en el Centro Obrero. Diariamente acudían centenares de luchadores de fila. Rubén y los miembros responsables de la confederación no daban abasto para atenderlos. Pero todos se iban irradiando luz. Resplandecía, en sus rostros curtidos, la resolución varonil de marchar al combate. El fuego de la semilla empezaba a escaldar los terrones del surco. Era una respuesta de viva voz y a cielo descubierto contra el terror, la explotación y la dependencia.

Desde la declaratoria de huelga, el aparato de la tiranía se mantuvo en estado de alerta. Movimientos significativos se percibirán, de pronto, en el vecino cuartel de Dragones. Camiones entoldados descargan armas y parque apenas anochece. Oficiales del castillo de La Fuerza giran visitas de inspección a las tropas. Las postas se refuerzan. Soldados, en traje civil, merodean el Centro. Policías y esbirros, disgregados en las calles contiguas,

---

372 Blas Roca: art. cit., p. 6.

comparten la vigilancia. Su nerviosismo delata el temor que los invade. Por supuesto, *Guanajo* y Betancourt, sedicentes expertos en conflictos sociales, permanecen hora tras hora, huroneantes y provocadores, en la puerta del edificio. A veces interrogan o amenazan a los que entran o salen y otras, las más, se limitan a identificarlos. Y, a los ya fichados como “agitadores profesionales” o “agentes de Moscú”, les enseñan los colmillos babeantes y los miran con odio rabioso.

No se satisfarían los promotores de la huelga con el comprometimiento por arriba de los activistas ni tampoco con la adhesión formal de las directivas sindicales. “La revolución —recordaba a menudo Rubén, evocando a Lenin— es una cuestión de masas.” De su hondón debía surgir el movimiento y no descender de la cúspide. Cada sindicato ha de responder, por eso, de la promoción en los centros de trabajo del libre acuerdo de los obreros.

El cometido de Martínez Villena en la organización de la huelga fue determinante. Participaría, con infatigable ahínco, en todas las actividades y en todos los niveles. Si en la mañana discutía con los dirigentes de los sindicatos y peroraba en la tarde en los centros de trabajo, en la noche se reunía en el centro para verificar el saldo de la jornada. Seguía, en sus mínimos detalles, el curso del proceso. Y muchas veces, ya muy tarde, en su propia casita de El Vedado recibía numerosas comisiones, a quienes se les encogía el ánimo cuando, en ocasiones, respiraba angustiosamente, irguiendo los brazos como aspas de molino ávidas de aire. Pero no exhibía el más leve signo de cansancio. Su voluntad revolucionaria era un espolón de buque rompehielo. Cuando quedaba solo, Asela le servía un vaso de leche, ingería una aspirina —le atribuía propiedades tonificantes— y, después de asomarse a la ventana y aspirar el aroma de los aguinaldos, se derrumbaba sobre la cama con la piel calcinada y el espíritu radiante. Y así, día tras día, sin que jamás emitiera una queja ni rehuyera obligaciones. Lo que iba sustrayéndole la vida constituía, paradójicamente, su razón suprema de vivir. En el sacrificio encontraba su plena realización.

Sin perjuicio de su eventual expansión a diversos lugares del país, la reducción táctica de la huelga general a los linderos de la provincia de La Habana —reducto del proletariado industrial y plaza fuerte de la sociedad neocolonial— se debía no solamente a los factores ya señalados, sino, asimismo, a la inconsistencia ideológica de las organizaciones tabacaleras y a la actitud entreguista de la dirigencia ferroviaria. Esas agrupaciones constituían, por su peso específico en la producción, juntamente con el proletariado agrícola, la base misma de toda acción de los trabajadores en escala nacional.

Sin embargo, Rubén consideró indispensable hacer cuanto esfuerzo fuera dable para lograr la participación de las ramificaciones habaneras de ambos sectores, sobre todo el ferrocarrilero. La paralización completa del transporte

en la provincia contribuiría, obviamente, a darle mayor efectividad política y dimensión social a la huelga. Ya el paro del sistema urbano e interprovincial de guaguas estaba en marcha. Y se daba por seguro, no obstante las resistencias y dificultades por encarar y vencer, que idéntico resultado se obtendría en el área de los tranviarios. No inducía a especiales preocupaciones el sesgo que pudieran tomar las pequeñas huelgas en desarrollo: son tributarias naturales del torrente. Su progresiva acumulación cuantitativa había generado un cambio cualitativo en la perspectiva de lucha del movimiento sindical. El crecimiento de la conciencia de clase y del espíritu de solidaridad era evidente.

Mientras se articulaba la movilización de los desocupados, numerosos centros de trabajo habían decidido apoyar, en ígneas asambleas, el acuerdo de sus dirigentes sindicales. La adhesión del sindicato de los gastronómicos suscitó enorme júbilo. Significaba el cierre de todos los restaurantes de la ciudad. Su secretario general era Joaquín Pérez de Abajo, español nacionalizado, y de igual origen y status la mayoría de la directiva. Muy contaminados por las concepciones socialistas de Pablo Iglesias, hube de conocerlos a casi todos desde los tiempos de la Universidad Popular.

El Grupo Pro Unidad Sindical de los trabajadores ferroviarios, con Isidro Figueroa a la cabeza, libraba una tenaz batalla en todo el frente ferrocarrilero de la provincia. Incluso organizó mítines relámpagos en la estación terminal de trenes, en los talleres de Ciénaga y Luyanó y en distintas dependencias de la empresa imperialista. “Se creó —anota Figueroa— un ambiente huelguístico y las condiciones estaban inmejorables para que los trabajadores ferroviarios se incorporaran al movimiento de huelga general.”<sup>373</sup>

La dirección de la delegación número 2 de la Hermandad Ferroviaria reaccionó, violenta y descocadamente, en defensa del monopolio británico. Difundió una circular abyecta en que se advertía a los ferroviarios que la huelga proyectada era obra de agitadores profesionales al servicio de intereses extraños a la nación y que, por ende, a cualquier obrero que faltara al trabajo el 20 de marzo se le expulsaría del cargo, decisión ya tomada en concierto con la administración de los Ferrocarriles Unidos de La Habana. Isidro se las arregló para sustraer una de las circulares clavadas en la pizarra de la Hermandad y se apareció esa noche en el domicilio de Martínez Villena.<sup>374</sup>

En mangas de camisa, llameante la cabellera, abanicándose a ratos y fumando sin tregua, Rubén discutía con algunos miembros de la dirección del Partido sobre el desarrollo del movimiento. Alentadoras noticias llegaban del interior. El paro total estaba, al parecer, asegurado en Manzanillo. No así en Cienfuegos, Sagua y Caibarién. Los sindicatos agrícolas de Jaruco, Bainoa y

---

373 Isidro Figueroa: art. cit., p. 120.

374 Ibidem.

Catalina de Güines —frutos de su tesonera labor— luchaban denodadamente a fin de llevar la huelga a los centrales de la zona.

—Mira eso, Rubén —fue el saludo de Figueroa.

Rubén leyó, en alta voz, la circular y, acorde con su método en tales casos, empezó a inquirir las opiniones de los presentes, dándole la palabra a Isidro.

—Hemos llamado a la huelga y hay que ir a la huelga, pase lo que pase, repuso éste.

Algunos observaron que, dadas las condiciones prevalecientes en el sector ferroviario, debía reflexionarse sobre la conveniencia táctica o no de hacerlo.

—Esta circular, evidentemente —afirmó alguien—, está destinada a desplazar de los ferrocarriles a los miembros del Grupo Pro Unidad Sindical con la clara finalidad de desligarlos de las masas.

—Sin duda —interrumpió Martínez Villena—. Pero ésa no es la cuestión principal. ¿Qué demuestra este papelucho? A todas luces, la conducta entreguista y policíaca de los usurpadores de la Hermandad. No lo desconocían los trabajadores; pero ahora lo conocerán mejor y, por lo tanto, definitivamente ya convencidos, no podrán permanecer inactivos en las circunstancias actuales. Ahora lucharán, cara a cara, contra esa ralea de oportunistas y delatores.

—Eso está claro —asintieron todos.

—En cuanto a la situación de los integrantes del Grupo y, sobre todo, de sus dirigentes, tienen que asumir, por principio, una postura de vanguardia en favor de la huelga. Para los que son miembros del Partido, es un deber ineludible. Y para el resto de los trabajadores es una orientación de la central sindical y, en consecuencia, también deben secundar el paro. Es una obligación del Grupo, aunque se quede solo. Por supuesto, la mayoría de los dirigentes será echada a la calle, Isidro en primer término. Pero muchos de sus componentes volverán a sus puestos sin dificultades. ¿Qué significaría eso para nosotros? Pues que estos compañeros se encargarían de mantener el Grupo vivo, luchando desde dentro y en contacto con los expulsados, contra la dirigencia vendida y por la reposición de los compañeros. Hay que salir a la huelga...

Y, dirigiéndose a Figueroa, mientras exhalaba una densa bocanada de humo:

—¡Adelante y suerte!

El gran día estaba a la vista. Los mecanismos para desencadenar la huelga relucen como émbolos pulidos. Faltaba, sin embargo, obtener la incorporación de los tranviarios. Los dirigentes del Sindicato de Motoristas y Conductores y de la Unión de Obreros de la Havana Electric permanecían titubeantes. Andaban en un astuto rejuogo. “Si los motoristas y conductores acuerdan ir



a la huelga nosotros vamos” —decían los capitostes reformistas de la Unión. “Si la Unión de Obreros va a la huelga —respondían los panzudos caudillos de los motoristas y conductores—, pues nosotros vamos.”<sup>375</sup>

En la Unión había algunos luchadores, como Benzoni, ligados al Partido y a la central sindical. Constituía, por consiguiente, el terreno más propicio para desarrollar una ofensiva que pusiera término a la triquiñuela. Sin la paralización del transporte en la capital, la huelga resultaría seriamente afectada y pudiera incluso ocasionar la inhibición de otros sectores. Rubén se preparó bien para la acometida. Y una tarde, en que los vientos cálidos de marzo se habían enseñoreado de las calles levantando oleadas de polvo, irrumpió sonriente y efusivo en la Unión y, tras de discutir varias horas, derrochando a la par invectivas y donosuras, consiguió romper el círculo vicioso, poniendo de relieve, una vez más, sus extraordinarias dotes suasorias.

Arreció la persecución policiaca. El movimiento en el cuartel de Dragones se intensificó. La vigilancia montada en torno al Centro se iba tornando en asedio. Empezó a notarse la presencia de esbirros en el vecindario de Martínez Villena. Y algo mucho más grave: se difundió, por todas partes, el alarmante rumor de que Machado urdía su asesinato. Pero Rubén siguió su vida de siempre. Andaba solo y dormía en su casa.

Uno de los días más ajetreados de su vida fue el 17 de marzo. No había pegado los ojos la noche anterior. Tanta era su fatiga que, mediando la tarde, se sumió en agitado entresueño en su oficina del Centro Obrero. Pero un lacónico recado escrito a mano por el doctor Juan Antiga lo puso en pie de un salto: “Ruégole verme ahora mismo. Asunto muy grave.”

Apenas penetró en la penumbrosa antesala, la mirada inquisitiva de Rubén descubrió la presencia de Juan Medina, un connotado agente de la policía judicial que, al correr el tiempo, sería soplón del FBI y compinche de César Faget. No pudo disimular su repugnancia. Lo saludó fríamente y se sentaron los tres en el estrambótico consultorio del pintoresco y bondadoso homeópata. Medina, un tanto desconcertado por la desdeñosa acogida de Rubén, le explicó a éste, concisamente, la razón de su prisa por verlo: acababa de cerciorarse de que Machado había ordenado su asesinato y, por eso, le aconsejaba que adoptase precauciones extremas, como esconderse o huir. Se ha decidido a dar ese riesgoso paso que, de conocerse, podría costarle la vida, movido, exclusivamente, por la sincera admiración que siente por él y su antigua amistad con Antiga, que sabe cuánto lo aprecia.

Con el rostro congestionado por la ira, Martínez Villena esperó a que concluyera y, luego de despedirse bruscamente de Antiga, se retiró con aire violento, no sin antes sugerirle irónicamente a Medina la forma más fácil y menos peligrosa de hacer efectiva la sentencia.

---

375 Ibidem, p. 118.

Al día siguiente, le envió una larga carta a Antiga, en la cual lo disculpaba por haberse prestado, candorosamente, a tomar parte activa “en la ridícula comedia de ayer tarde”.<sup>376</sup> Y añadía: “Pero quiero hacerle saber, doctor querido, que ese papel le fue impuesto a usted por alguien que conoce el buen cariño verdadero que usted me profesa; alguien que sabiendo también cuál es mi aprecio por usted comprendió que no iba a expresarme en su presencia, ofendiendo la inocencia de usted en esa comedia, en la forma que se merecía el canalla que vino a representarme la tragicomedia bufá de mi sentencia de muerte decretada por el general Machado. [...]”

Cuando el gobierno del Asno con Garras decida suprimirme, tenga la seguridad de que *nadie, nadie*, avisará nada ni impedirá nada. Yo no puedo creer, por muy ingenuo que se me suponga, en la generosidad de un hombre ‘por cuyas manos han pasado todos los asesinados’, ‘en cuya compañía comió Laguado Jaime cuando lo detuvieron para asesinarlo’ y, en fin, un hombre cuya historia me es muy conocida como la de un policía especial, es decir, como hampón seleccionado por la burguesía para asesinar trabajadores y líderes obreros. Quiero ponerle al corriente de cuál ha sido el propósito del gobierno: ha sido el siguiente: *no procesarme a mí, a pesar de que soy el principal dirigente del paro del día 20, públicamente conocido como tal por los obreros y la policía*, mientras procesan a varios *trabajadores por esa misma causa*. Fíjese bien, doctor, y aplique la lógica más simple. ¿Por qué no quiere el gobierno procesarme y detenerme junto con mis compañeros dirigentes del paro, que son *obreros*? Porque el gobierno *teme* unificar la inconformidad y la protesta de los obreros con las de los intelectuales (que él supone protestarían y me defenderían), pues de ese modo la agitación que seguiría a las detenciones tendría un carácter político más serio. *Pero, como por otra parte es necesario eliminarme a mí del movimiento obrero de estos días*, entonces se me envía un perro, que aprovechando la inocencia y la casa de un amigo, me enseña los dientes, disfrazado de *salvador*, para que *me esconda*. Es decir, se ha querido que yo me elimine voluntariamente, con lo cual también se gana otra cosa: se me desprestigia a mí mismo ante el movimiento obrero y se perjudica a éste, presentándole *por otra vez más*, un intelectual que lo traiciona.”<sup>377</sup>

Era obvio que, a partir de aquella extraña entrevista, resultaba insensato que Martínez Villena continuara viviendo sin protección constante. Su interpretación política del hecho tenía una lógica irreprochable. Pero era igualmente lógico presumir que, en vísperas de la huelga general, Machado hubiera dispuesto su eliminación. Y como, aun para los revolucionarios, más vale precaver que lamentar, se resolvió que Rubén anduviera acompañado

---

376 Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa*, ed. cit., t. 2, p. 356.

377 *Ibidem*, pp. 356-357.

de Santiago Silva Murray. Aquel corpulento mocetón no era sólo un tirador infalible y hombre de valor excepcional. Era, asimismo, un combatiente, aunque de raíz pequeño burguesa, de ideas avanzadas. Su descollante participación posterior, con Pío Alvarez y *Willy* Barrientos, en algunas de la más temerarias y aleccionantes acciones en la contienda contra el machadato, da la medida de su talla política, moral y humana. No se había equivocado Rubén al escogerlo, a primera vista, entre varios compañeros sometidos a su selección.

El amanecer del 18 de marzo encontró a Rubén dictándole a Asela las últimas instrucciones a los sindicatos y redactando el llamamiento a la huelga del Comité Pro Defensa de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y el manifiesto del Partido Comunista que debía aparecer al estallar el paro. Desayunó y se trasladó en automóvil al Centro Obrero con Santiago Silva Murray. No quiso que Asela lo acompañara. Había decidido permanecer en su oficina hasta el gran acto de masas convocado esa noche para decretar oficialmente el comienzo de la huelga. La fiebre lo devoraba. Pero se sentía feliz. Ya sólo faltaba poner en acción el mecanismo desencadenante.

Esa propia tarde, se reunía el Sindicato de Motoristas y Conductores en su local de la calle Monte para adoptar el acuerdo de adhesión. Contrariamente a lo que se esperaba, se provocó una intensa controversia que parecía inclinar la balanza en un sentido adverso. El militante comunista *Pepe* Yera y otros compañeros de la confederación, como Fariñas, se desgañitaban baldíamente para persuadir a la asamblea de la justeza y oportunidad del movimiento. Hubo un instante en que la confusión fue tal que Yera reclamó el envío de refuerzos a la confederación. Llegaron, a los pocos minutos, Sarah Pascual y Guillermo Estrada. Sus convincentes argumentaciones apenas hicieron mella en el numeroso grupo que se oponía a la huelga. La situación se tornaba cada vez más crítica cuando irrumpió Rubén Martínez Villena. Sonaron aplausos diseminados y un silencio tenso se produjo al tomar la palabra. “Su intervención, esclarecedora y entusiasta —acota Sarah Pascual—, volcó hacia el paro la votación. Puede decirse que esa actuación de Rubén, al convencer a los tranviarios, en los que había cifrado el gobierno su posibilidad de evitar el paro, fue decisiva para el triunfo de la huelga.”<sup>378</sup>

Cuando salió del local, vitoreado por los trabajadores, eran las diez de la noche. Una muchedumbre encandilada y compacta lo aguardaba, tremante de ansiedad, en el Centro Obrero.

---

378 Sarah Pascual: art. cit., p. 77.

—Decían que no habría huelga y hay huelga. Decían que yo no hablaría y estoy hablando...

Enrojecido el semblante por la fiebre, entrecortado el aliento, embravecida la melena, relampagueantes los ojos y enérgico el gesto, Rubén Martínez Villena inició su discurso con esa puntualización retardadora, que generó huracanados aplausos. Y por ahí prosigue, transportado y tudente, sacudiendo corazones y enronqueciendo gargantas. Aquélla fue, sin duda, la arenga revolucionaria más fogosa, incitante y convincente que yo había escuchado hasta entonces.<sup>379</sup>

Protegido por un escudo de pechos fornidos y acompañado de Santiago Silva Murray y de Jorge Fernández de Castro, Rubén había podido llegar, tras de fatigosa porfía, entre apretujones y zarandeos, hasta la mesa presidencial. Numerosos trabajadores, prisioneros del férreo cordón policíaco, permanecían inmovilizados en la calle. El vasto salón estaba colmado. Rezumantes y agitados, trasminando ráfagas de sobaquina, los asambleístas se empotraban unos en otros, sin libertad alguna de movimiento. Antes de escalar la tribuna, Rubén se detuvo un instante: saludó a su padre, a Gustavo Aldereguía, a Miguel Fernández de Castro, a César García Pons y a mí, que nos habíamos situado cerca del estrado. Y, al insinuarle Luciano Martínez el gravísimo peligro que corría su vida, le respondió con firmeza, mientras una leve sonrisa despuntaba en sus labios empalidecidos:

—Yo no soy Capitán Araña, papá.

El mitin culminó en estampidos de mar en tormenta. Clamores de lucha y condena emergían de la muchedumbre como olas de fuego:

¡La huelga va! ¡Viva la huelga! ¡Muera Machado! ¡Abajo el imperialismo yanqui...!

En la puerta del Centro Obrero, policías y esbirros esperaban ansiosos la salida de Rubén para apresarlo. Confundido en la abigarrada multitud, uno más entre tantos, Rubén pudo evadirse y tomar un fotingo en la calle

---

379 He intentado evocar los episodios y escenas más salientes de la huelga de marzo, apelando a mis vivencias personales y a los recuerdos, orales o escritos, de Fabio Grobart, Judith Martínez Villena, José Zacarías Tallet, Sarah Pascual, Isidro Figueroa, Gustavo Aldereguía, Ramón Nicolau, José Antonio Fernández de Castro y Asela Jiménez.

Zanja. Infringiendo las normas más elementales de seguridad, se obstinó en ir a su casa, a despecho de los insistentes reparos de su avezado protector. Asela le preparó una comida liviana y, después de ingerir el vaso de leche y la aspirina de rigor, se acostó bullente de alegría y optimismo. Pistola en mano, sereno y avisor, Santiago Silva Murray veló su sueño intranquilo, sin que acaeciera ningún percance.

Apenas había amanecido se aseó, desayunó y partió hacia el Centro Obrero con Asela y Santiago. Éste, siempre a la viva, reconoció, por su estereotipado pergeño, entre los transeúntes, a algunos apapipios que husmeaban en la barriada. Inmediatamente que se instaló en su oficina, Joaquín Valdés le informó del desplazamiento, durante la madrugada, del tercio táctico del campamento de Columbia hacia el cuartel de Dragones. La guarnición había sido reforzada con trescientos soldados y varias piezas de artillería ligera.

—Ese aparatoso despliegue, Joaquín, da la magnitud del pánico de la tiranía.

Y añadió, riéndose de buena gana:

—¡Están cagados!

Y así era. Nunca antes Machado había encarado semejante desafío.

Los trabajadores comenzaron a afluir desde mediados de la mañana. “...el Centro Obrero —consigna Isidro Figueroa— era un avispero de gente moviéndose y saliendo por ahí a llevar manifiestos, informes y fortalecer los contactos. Y Rubén era el centro de todo eso...”<sup>380</sup>

Conversaba éste con algunos compañeros del sindicato textil, cuando una agria disputa lo indujo a averiguar qué pasaba. El jefe de la policía, coronel José Perdomo, acompañado de varios subalternos, polemizaba violentamente, al pie de la escalera, con Venancio Piedra, dirigente de los obreros del calzado.

—¡Tienen que desalojar ahora mismo este local o los sacamos a balazos! —vociferaba Perdomo al aparecer Martínez Villena con Isidro Figueroa.

—¡El que tiene que irse de aquí es usted! ¡Los trabajadores hemos tomado el acuerdo de ir a la huelga y vamos a la huelga importándonos un carajo sus amenazas y sus balas...!

Y cuando Rubén se aprestaba a terciar en la controversia, el coronel Perdomo le cortó la palabra, diciéndole en tono agresivo:

—¿Y qué hace usted aquí? Yo creo que usted no es obrero... yo creo que usted es Rubén Martínez Villena...

—Sí, para que me conozca bien, yo soy Rubén Martínez Villena, compañero de los obreros que están aquí reunidos y del compañero Piedra.

---

380 Isidro Figueroa: art. cit., p. 122.

—Bueno. Entonces miren a ver lo que hacen. Si insisten en ir a la huelga, ustedes se atenderán a las consecuencias. El gobierno, por supuesto, no va a cruzarse de brazos. Muy próximos al centro, contamos con soldados armados hasta los dientes y con órdenes drásticas de aplastar el paro.

—Recapacite, señor Perdomo. Ustedes tendrán soldados armados hasta los dientes; pero nosotros tenemos miles de trabajadores que, si preciso fuera, repelerán la agresión. Probablemente nos valdremos de las mismas armas de ustedes. Pero en este caso no sólo defenderemos nuestros sindicatos y nuestro derecho a la huelga, sino que también pudiera ser que fuéramos más allá de lo que usted piensa. ¡La huelga va y nada ni nadie puede detenerla!

Y, con aire jaquetón y la mano en el revólver, Perdomo le repuso, la voz alterada:

—No quiero continuar hablando porque ustedes no están cuerdos. Ustedes no pueden seguir perturbando el orden público ni crear más dificultades y problemas. Hagan ustedes lo que entiendan. Nosotros haremos lo que consideremos más conveniente para impedirlo.

Y, dando media vuelta, bajó apresuradamente la escalera con su escolta, mientras los obreros coreaban consignas revolucionarias.

Rubén laboró intensamente durante todo el día. Presidió varias reuniones del Comité Ejecutivo de la confederación y del Buró Político del Partido. Se convino en abrir el local el día 20 y se designaron varias comisiones para que comprobaran si los obreros de los sindicatos comprometidos se habían mantenido ausentes de sus centros de trabajo.

Al hundirse el sol en un abismo de nubes grises, cárdenas, verdes, bermejas y ambarinas —lindo crepúsculo de pintor académico—, el Centro Obrero se atestó nuevamente. Resaltaban, por su número y uniforme, los choferes y conductores de guaguas. Y cerca ya de la medianoche, comenzaron a oírse reclamos aislados, primero esporádicos, después unánimes y persistentes.

—¡Que hable Villena! ¡Que hable Villena! ¡Villegueeeena! ¡Villegueena...!

Rubén fue breve y se concretó a impartir instrucciones, señalar medidas y sentar pautas para asegurar el efectivo y armónico desenvolvimiento de la acción. Mientras hablaba, Asela columbró, en la oscura azotea colindante, una sortija de granate que fulgía intermitentemente en el aire. Era un esbirro que fumaba, apostado junto a una chimenea.

Rubén coronó su discurso con un elocuente llamamiento a la lucha, a la cohesión y a la solidaridad, cuyo párrafo final se me adhirió a la memoria:

—Compañeros: son las doce de la noche. ¡La huelga ha comenzado! ¡Ésta es nuestra casa y nos quedaremos en ella!

—¡Viva la huelga! ¡Viva la huelga! ¡Vivaaa... !

El problema de Rubén consistía en escabullirse sin dejar rastro. No fue difícil solucionarlo. Metido furtivamente en un tropel de obreros que bajaba a escape la escalera, pudo eludir el cerco que le habían tendido los sabuesos. Y tuvo la suerte, asimismo, de tomar un auto de alquiler estacionado en la calle Zanja. Se acurrucó entre Asela y Figueroa. En el asiento delantero, mano puesta en el gatillo, iba Santiago. Pero al voltearse éste para hablar con Rubén, advirtió que un carro de la policía los seguía a pocos metros.

—¡Acelera la marcha! —conminó Silva Murray al chofer.

Éste se hizo el sordo o no quiso obedecerlo, atacado de repentino miedo. Santiago, impaciente y colérico, extrajo el revólver y lo volvió a conminar:

—¡Acelera, coño, o te mato!

El chofer, aunque asustado y tartamudeante, mantuvo la misma velocidad.

—Apúrate, carajo, que soy un obrero perseguido —profería Martínez Villena.

Tampoco se dio por enterado. Cada vez más, se acortaba la distancia entre ambos vehículos. Al asomarse al cristal trasero, la luz de los reflectores de carretera ofuscó a Rubén. Pero tuvo una ocurrencia feliz.

—Vira, vira pronto y llévanos al mismo lugar en que nos montamos.

El chofer asintió esta vez y cortó hacia la avenida del Malecón en busca de la calle Zanja. Mas, al girar por Galiano, los focos agresivos del auto aparecieron detrás, con la fijeza alucinante del ojo de Polifemo. La angustia se adueñó de todos.

—Dobla por Dragones— ordenó Silva Murray.

El chofer aceleró el motor, y el auto de la policía, interferido por un carretón de la basura, quedó rezagado. Cuando los perseguidos traspasaban el umbral del Centro Obrero, los perseguidores se apeaban blasfemando, después de espectacular frenazo. Uno de los esbirros entró precipitadamente en la casa contigua, camino de la azotea. Era el mismo que acechaba en la sombra mientras Martínez Villena hablaba.

Centenares de obreros pernoctaban en el centro. Pero Rubén se hallaba en una ratonera. ¿Cómo salir ahora de allí con la vigilancia redoblada y la implacable decisión de capturarlo?

Un chofer de guagua, de la ruta 10, Armando Arregoitia, todavía vivo, dio la clave. Llevó a Martínez Villena a una oficina y le dijo que se desvistiera, al tiempo que él lo hacía. Rubén lo imitó y se encasquetó su gorra hasta los ojos.<sup>381</sup> Era casi irreconocible.

---

381 Sarah Pascual la conservaría en su poder hasta 1940, en que la entregó al Partido Comunista.

Se organizó la fuga. Rubén saldría en medio de la avalancha de guagueros y tomaría un auto con Figueroa y Silva. En otro irán, para confundir a la policía, Asela, *Panchita* Batet, María Regla López y Ladislao González Carbajal, un joven comunista de pelo claro, ojos verdes y complexión parecida a la de Rubén, que se pondría su saco y su sombrero. Y así se hizo. Los esbirros, identificando a Ladislao con Rubén, se abalanzaron detrás de la segunda máquina, creyendo tener la presa en sus manos. Loca carrera. Cuando la alcanzan, encañonan y bajan a los ocupantes y los tiznan de improperios al comprobar que Ladislao no era Rubén y que Rubén se les había escapado.

Figueroa abandonó el carro varias cuadras más arriba y Martínez Villena y Silva Murray se apearon en la esquina de Neptuno y Manrique, en la puerta misma del edificio donde Gustavo Aldereguía tenía su consultorio. Rubén penetró, sin dificultades, en el apartamento de Gustavo: su enfermera lo había adiestrado, días antes, en la forma de abrir la puerta sin necesidad de llave, como en las aventuras de Rocambole y Arsenio Lupín. Sonó el teléfono. Respondió Rubén. Era Asela. Lo llamaba, con el corazón en suspenso, desde el local de la Juventud Cultural Deportiva Obrera de El Cerro.

Rubén se comunicó con José Antonio Fernández de Castro y éste fue a recogerlo con un chofer de confianza. Lo alojó en un cuarto independiente sito en la azotea de su casa, que solía usar para escribir. Y allí, ingiriendo whisky José Antonio, coca cola Santiago y leche malteada Rubén, estuvieron recordando las insólitas peripecias del día hasta muy avanzada la noche. Nunca olvidaría Fernández de Castro que, antes de tirarse a la cama, Rubén le preguntó a quemarropa:

—Oye, ¿en qué estás metido ahora?

—En Saco.

—¿En Saco? Pues éntrale a saco, viejo.

Y eso es lo que, cumplidamente, haría José Antonio en su libro inconcluso sobre el polígrafo bayamés.

La deslumbrante eclosión del alba anunciaba un espléndido día tropical. Cielo añil, mar inmóvil, aire límpido. Pero el sol iba remontándose sin que la ruidosa urbe despertase. Silencio, soledad, vacío. Ningún signo de actividad en las fábricas, en las tiendas, en las oficinas públicas, en los cafés. Los tranvías y guaguas roncaban, a rueda suelta, en sus paraderos. Habían desaparecido los pregoneros de periódicos y los chinos palanquetas. Las grúas del puerto semejaban monstruos momificados con un trasfondo de chimeneas paridas de gaviotas y de velámenes caídos. Rondas de policías y soldados eran la única señal de vida en las calles desiertas. A veces, un automóvil lleno



de esbirros o un camión erizado de fusiles atravesaban, raudos, la Plaza de la Fraternidad. La paralización del trabajo era completa.

Cuando Isidro Figueroa apareció en la azotea, Martínez Villena ya hacía rato que estaba escribiendo. Vestía traje oscuro, con camisa blanca y corbata encarnada. Muy tempranito, José Antonio ha ido a su casa a buscar la ropa que Asela le tenía preparada.

—¡Qué hubo, Isidro! ¿Cómo anda eso? Según los informes de Fernández de Castro, todo va marchando como lo planeamos.

—Va perfecto. Todo el mundo ha salido a la huelga menos los cabrones de la Hermandad.

—¿Y el Grupo?

—Ha respondido como un solo hombre.

—¡Magnífico...! Pero déjame concluir esto y nos vamos para el centro, porque, óyeme bien, hay que ir al centro, porque en el centro está mi puesto, porque nadie me lo va a impedir. Ya Asela lo sabe y allá nos encontraremos...

—¿Y a qué viene eso?

—Por si traes la instrucción de que ahora debo permanecer oculto. Mi vida no vale más que la de ninguno de los huelguistas. Imagínate que...

Y, abruptamente, comenzó a toser. La acuosa brillantez de la mirada y la rojez del cutis denotaban la altura de la fiebre.

La Habana era, en efecto, una ciudad muerta con las entrañas vivientes. Una extraña Bruja tropical, sin nieblas, sin canales y sin beguinas. Por el camino, Rubén iba relejendo el manifiesto del Partido Comunista, que se distribuiría profusamente ese día en el Centro Obrero y en los sindicatos.

“LA HUELGA GENERAL de hoy 20 de marzo, fecha histórica para nuestro proletariado —precisaba—, es la respuesta enérgica que la clase obrera de Cuba da a la criminal burguesía fascista que dirige Machado y a sus lacayos los amarillos, ante la suspensión arbitraria de la FEDERACIÓN OBRERA DE LA HABANA y de la CONFEDERACIÓN NACIONAL OBRERA DE CUBA, villanamente atacadas.

”Con esta acción política, contra todo el Estado burgués y su aparato policial, han demostrado los trabajadores a sus verdugos que no están dispuestos a tolerar la fascización (*sic*) de los sindicatos y la entrega de éstos a Fors y a Arévalo, ni las detenciones, expulsiones y asesinatos cobardes de sus líderes sindicales, como tampoco desde luego el aplastamiento brutal que tal agresión significa de todo el movimiento obrero de Cuba.

”Es hoy, compañeros, un día de lucha intensa contra la opresión burguesa y el imperialismo yanqui, un día de protesta de los trabajadores de Cuba, que paralizando por su voluntad unánime todas las actividades de la ciudad,

se lanzan a la calle a protestar, a luchar abiertamente, demostrando así que no están dispuestos a tolerar más los brutales crímenes de este machadismo asesino. Hoy da la clase obrera de La Habana, una intensa demostración de su fuerza y combatividad. Su espíritu de lucha ha crecido en vez de amilanarse y va a la conquista [...] del poder, a la creación de un gobierno de obreros y campesinos como el de nuestros camaradas de la Unión Soviética [...].

”Es hoy también [proseguía] la fecha continental de los parados, señalada por la CONFEDERACIÓN SINDICAL LATINOAMERICANA. La burguesía, con el fracaso de su régimen de bandidaje basado en la explotación, es la única culpable de esta miseria espantosa y desocupación creciente que obliga a los trabajadores a levantarse para aplastarla [...].

”Otra demostración y otra experiencia de nuestra lucha es este hecho de cómo los trabajadores han ido ligando más y más sus movimientos con los de los demás trabajadores de la América Latina y Estados Unidos por el triunfo internacional de nuestra clase [...].”

Y cerraba: “Contra el gobierno machadista, el amarillismo y el imperia- lismo yanqui.

”Por un gobierno de obreros y campesinos.”<sup>382</sup>

Una explosión de entusiasmo estremeció las paredes del centro. Rubén Martínez Villena subía la escalera con Isidro Figueroa. El piquete de autodefensa, destacado en la puerta, ha facilitado y protegido su acceso. No se cabía en el local. Miles de trabajadores deambulaban por las calles adyacentes, prestos a unirse a la manifestación proyectada. Sarah Pascual, Higinio Ordoqui y Asela aguardaban a Rubén en su oficina. Atendió algunas comisiones y se impuso del estado de la huelga por emisarios del Buró Político y dirigentes de la confederación. Marchaba triunfalmente. Pero había surgido una embarazosa desavenencia con los obreros anarquistas presentes en el centro: discrepaban del carácter pacífico de la manifestación. Pedían, a gritos, bronca y sangre. Casi todos provenían de las canteras de Jaruco y ocultaban bajo la blusa cartuchos de dinamita.

Inesperadamente, se introdujo en la oficina de Rubén el coronel Perdomo con varios soldados. Y, sin entrar en explicaciones y mirando fijamente a Martínez Villena, espetó esta frase amenazadora:

—Si la manifestación sale, va a ser tiroteada.

Acalorada discusión. Pero Rubén logró aplacar su belicosidad al argüirle que el único propósito que perseguían era hacer llegar directamente al gobierno el pliego de demandas. Perdomo cambió el tono. Y, si renuente

---

382 *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos, op. cit., t. 2, pp. 159 y 160.*

al principio, se transó al cabo y formuló una propuesta que, a su juicio, podía resolver la situación y evitar el enfrentamiento.

—Si nombran una comisión, me comprometo con ustedes a acompañarla y entregarle yo personalmente el pliego a Machado.

Rubén se la llevó al vuelo.

—Le daremos contestación después de estudiarla.

No podía escapársele que en la sorpresiva componenda subyace el interés desesperado del régimen de eludir un choque sangriento que desdibujase la imagen de hombre fuerte de Machado. ¿No había asegurado éste a los banqueros yanquis, con su congénita jactancia, que ninguna huelga que afectara el dominio neocolonial duraría veinticuatro horas?

Integraban la comisión delegados de importantes sindicatos. Sarah Pascual fue designada por los sombrereros y Ramón Nicolau por los zapateros.

Seguida a discreta distancia, en sendos Dodge, por Perdomo y un pelotón de policías, la comitiva enderezó sus pasos hacia el palacio presidencial, vía Campanario, Calzada de la Reina, Paseo del Prado y Colón. Pero, al adentrarse por la Calzada de la Reina, imprevistamente se le sumó, vivando la huelga y clamoreando anatemas, un grupo numeroso de obreros que desconocía lo ocurrido. Perdomo se acercó a los comisionados y, con voz airada, protestó de la engañifa de que era objeto. Trabajo costó, sacarlo del error. Se resolvió, entonces, a fin de evitar eventuales equívocos, abordar unas máquinas aparcadas, en las inmediaciones de la Fuente de la India. Interpretando el hecho a su antojo, varios obreros corrieron hacia el centro a informar que la comisión había sido apresada y conducida a la jefatura de policía. Previendo sagazmente que pudiera enredarse la pita, Sarah Pascual ha enviado un mensaje que explica el suceso.

Cuando apareció el recadero, la masa, enfurecida, azuzada por los obreros anarquistas, estaba a punto de salir a rescatar a sus compañeros. Enormes eran la confusión y el vocerío. El demonio de Bakunin se había posesionado de la gente.

Rubén se batía, apurando todos sus recursos dialécticos, con aquel molote incontrolable. Y sólo consiguió domeñarlo cuando, al fin, pudo dar a conocer el mensaje de Sarah, que esclarecía definitivamente la supuesta jugarreta de Perdomo. Se tranquilizaron, poco a poco, los ánimos, aunque persistió el rezongo de los anarquistas, que sobaban, defraudados, sus cartuchos de dinamita.

La comisión fue asaltada por los periodistas. Cuando supieron el motivo de la visita, un reportero, que acaba de interrogar a un edecán del tirano, exclamó:

—¡Ustedes están locos!

Tal como lo había prometido, Perdomo subió al tercer piso con el pliego de demandas.

Otro reportero, que se había colado en la antesala, bajó a toda prisa con el “palo” periodístico del día:

—Ya el presidente tiene las demandas.

La comisión regresó al centro con la noticia. Después se sabría que Machado, apenas termina la lectura del documento, empieza a patear la alfombra y a insultar a Perdomo:

—¡Eres un imbécil! ¡Eres un imbécil! Mira lo que esta chusma me ha traído. Poco menos que piden mi renuncia. Esto es una burla a mi autoridad que no puedo tolerar, que no tolero...

Y, enajenado y rugiendo como fiera agredida, sacudiendo a Perdomo y la boca soltando burbujas de rabia, como era usual en sus accesos de furia, profería a toda voz:

—Y a ese Martínez Villena, a ese traidor a la patria, a ese lacayo de Moscú que quiere tumbarme, a ese que se atrevió a llamarme asno con garras, a ese que es el verdadero culpable de todo, a ése hay que matarlo. ¿Me entiendes? ¡Hay que matarlo! ¡Hay que matarlo... !

Poco antes de la medianoche, lleno hasta el tope, el local del centro bullía de regocijo. A las doce en punto, rodeado de los dirigentes de la confederación, Rubén Martínez Villena le habló a la muchedumbre.

—¡La huelga ha concluido! Hemos dado una formidable demostración de pujanza, unidad, organización, firmeza y coraje. Pero esto es sólo el comienzo. Todavía es necesario luchar mucho y duramente. Tengo que decirlo. Ésta es la respuesta que debía la clase obrera a Machado por el asesinato de Mella...

Y, entretanto se disipaba lentamente la concurrencia, Rubén dictaba a un reportero del *Diario de la Marina* las respuestas a un cuestionario sobre la génesis, los propósitos y el desarrollo del paro.

En compañía de Asela, Figueroa y Silva Murray, el artífice de la hazaña logró escurrirse y abordar un fotingo en la esquina de Zanja y Campanario. Tornó la cabeza un instante. Un doloroso presentimiento le veló la mirada.

Figueroa se apeó cuando rebasaron la zona de peligro. Mas, antes de hacerlo, Rubén le había susurrado al oído:

—Voy a pasarme unos días en el domicilio de José Miguel Irisarri. Es un lugar seguro. Ya Fernández de Castro obtuvo su asentimiento.

Ahora sí estaba plenamente convencido de que la muerte lo acechaba arteramente.

Pasó una guagua medio vacía. Era la primera que reanudaba su cotidiano recorrido. Rubén creyó reconocer un pasajero. El auto se detuvo frente a la casa de José Antonio. Saludó a éste, le dio un cálido apretón de manos a Santiago y se despidió de Asela.

—¡Gracias por tu ayuda, *Chela*! ¡Cuídate! —fue lo único que acertó a decirle, con la voz quebrada.

Irisarri, a quien Rubén no conocía personalmente, lo esperaba en la puerta. De origen vasco, era un hombre menudo, de tez mate, ojos vivaces, pelo negro, voz de bajo y severo talante. Se ganaba la vida ejerciendo la abogacía. Y, aunque tampoco conocía personalmente a Rubén, le profesaba honda admiración. No sólo por su talento: también por su recio carácter y su generosa entrega a la redención de los humildes.

—Está usted en su casa, doctor. Permítame presentarle a mi madre y a mi hermana Mercedes. Será usted bien cuidado y protegido.

Y, tomándolo del brazo, lo condujo a su habitación. —Debe estar usted muy cansado. Ha sido una faena gorda. ¿Desearía comer algo antes de acostarse?

—Le agradezco de veras su noble y efusiva acogida, doctor Irisarri. Admiro su temple. A sabiendas, ha albergado usted en su hogar a un hombre que lo pone en riesgo. ¿Podría procurarme un vaso de leche y una aspirina? Con eso me basta.

Ninguno de ambos hubiera podido suponer a la sazón que, andando los años, Irisarri ocuparía un puesto en la historia revolucionaria y política de Cuba. Meses más tarde, la muerte heroica de Rafael Trejo cambiaría radicalmente su vida, como la de tantos espíritus retraídos o asqueados. Se ligó a un núcleo de estudiantes revolucionarios y comenzó a conspirar. En enero de 1931 fue detenido y compartió nuestra galera en el castillo de El Príncipe. A Pablo de la Torriente Brau y a mí nos llamó la atención: apenas hablaba, engullía el rancho con aire estoico, leía meditabundo los clásicos griegos y al atardecer repartía migajas de pan a los gorriones que revoloteaban en el patio.

Un día decidimos acercárnosle. Descubrimos, asombrados, que poseía una rara sensibilidad y una variada cultura —ni las teorías de Marx, ni los poemas de Walt Whitman, ni los textos de Martí le son extraños— y era un conversador delicioso. Nuevamente nos encontraríamos en el Presidio Modelo. Ahora acusado él de terrorista y con treinta años de condena.

El esfuerzo ciclópeo de esos días menoscabó rudamente la salud de Rubén. Requería atención médica y ambiente adecuado. No era dable, por supuesto, asegurar eso en condiciones de incierta clandestinidad y fiera persecución. El tirano había circulado a los cuerpos de represión la orden de capturarlo vivo o muerto. La dirección del Partido consideró inaplazable su salida del país,

no sólo para salvarlo de las garras de Machado, sino también de las perfidias de la tuberculosis. Tal vez, había dictaminado Aldereguía, una estancia prolongada en un sanatorio soviético pudiera todavía curarlo completamente o prorrogarle la vida. Escogido como enlace con él en ese dramático trance, Fabio Grobart se encargaría de comunicárselo.

La primera reacción de Rubén fue, desde luego, rebelarse. Pero Fabio, que lo quería y admiraba singularmente, irá convencándolo mezclando sabias dosis de paciencia, reflexión y firmeza. Aceptó, a la postre, con la condición de llevar la representación de la CNOC al Congreso de la Internacional Sindical Roja, próximo a efectuarse en Moscú. Y, a fin de viabilizar su salida legal del país, el Partido expresó su conformidad a las desesperadas gestiones que ya hacía Luciano Martínez con el secretario de obras públicas, Carlos Miguel de Céspedes, antiguo discípulo suyo en la Escuela de Pedagogía.

Rubén se empeñó también en que Asela lo acompañase. Y en la primera carta que le envía hace constar su preocupación por ella, por su situación de esos días y por la de los que vienen. “Anoche, Chelita, como estuve completamente solo —le dice—, pude analizar mi situación con más serenidad y pude *sentirla* en lo que ella tiene de destruir no sólo mi vida como miembro del Partido, sino mi vida en general como tal hombre en unión de ti. Y créeme que me pareció imposible mi Chela querida, trabajar en ningún lado sin tenerte a mi lado, sin tu auxilio, tus recomendaciones y tus reconveniones. Tú sabes que mi mayor actividad ha sido después de estar unido a ti.”<sup>383</sup>

En otra carta, consigna: “La casa es muy buena. La familia, muy corta y amable. [...]. Todos son muy discretos y atentos.”<sup>384</sup> Y en cuanto a su trasplante obligado a tan lejanos parajes, comenta: “No debes angustiarte por nuestra ida a la URSS. Tú sabes que es el único lugar seguro sobre la tierra para mí. No creas que a ti, que eres joven, te darán un trabajo como el de la mujer de R. Además, allí no podrás trabajar, ni tú ni yo, trabajar directamente entre los trabajadores, porque no poseemos el idioma. Tendremos sobre todo que trabajar para nuestro Partido y además estudiar. Estudiar idiomas, estudiar en la Escuela Oriental, ¿esto te parece mal? Yo comprendo la tristeza de abandonar la atención directa y continua del movimiento en que los dos *nos hemos hecho*, pero no queda más remedio y como revolucionarios comunistas tenemos que aceptar que podemos trabajar para el mismo desde lejos. Me preguntas sobre lecturas. ¿Qué voy a recomendarte? Tú sabes, que el movimiento entre las mujeres ha estado bastante desatendido. Lo primero serio que conozco a cuanto al trabajo entre las mujeres es la revista que tú

---

383 Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa*, ed. cit., t. 2, p. 359.

384 *Ibidem*, p. 366.

recibiste de Buenos Aires. Y aquí ese movimiento, en su aspecto puramente económico sindical, ahora es cuando comienza a levantarse. En general creo que los dos tenemos que estudiar, pero no aquí y ahora, sino allá mismo. Y aplicar nuestros conocimientos de ahora a profundizarlos y a ser útiles para el movimiento obrero revolucionario, especialmente el cubano, que es el que conocemos mejor por haber intervenido en él directamente.”<sup>385</sup>

Mientras los trámites formales de la salida de Rubén avanzan oficiosamente, los de Asela deparan tantas dificultades y dilaciones que ambos decidirían reunirse en Nueva York. No tardan en fructificar las diligencias de su padre con Carlos Manuel de Céspedes: quizá porque se quitaba de encima tan audaz enemigo, o por saberlo gravemente enfermo, o temeroso acaso de que su asesinato o encarcelamiento le trajese mayores complicaciones, el tirano accedió a que abandonara el país y autoriza a que se traslade a la casona de Amargura y Compostela, donde en la compañía de sus hermanos y Asela, permanecerá bajo vigilancia hasta su partida.

---

385 *Ibidem*, p. 367.

El día 1° de abril, tosiendo borrascosamente, comido por la fiebre y teñida de púrpura la luz verde de sus ojos, Rubén se despidió de Asela, de su padre, de sus hermanos David, Judith y Esther y de su cuñado Tallet en el muelle del *ferry boat*, que cubría diariamente el itinerario Habana-Cayo Hueso. Y, al volverse desde la escalerilla para decir adiós, avisó, entre un grupo de curiosos, una mano que lo saludaba con un pañuelo: era Blas Castillo.

No se detuvo en Miami, como han señalado algunos. Viajó en tren directamente hasta Jacksonville.

La primera vez que hizo ese trayecto iba como embaucado adalid del Movimiento de Veteranos y Patriotas. Ahora su memoria era un tumultuoso desfile de imágenes revolucionarias, de episodios legendarios, de luchas por la emancipación plena del hombre, de esperanzas fulgurantes en un asalto general al cielo que esta vez coronaría la victoria, como ya ha ocurrido en la Rusia de los zares y los rasputines.

En la tediosa jornada hacia Jacksonville —pueblos iguales, pantanos mefíticos, pálidas franjas azules— también tendría espacio Martínez Villena para evaluar, con reposada ponderación, el significado y “el alcance de aquella huelga que había movilizó a más de doscientos mil trabajadores, paralizado totalmente la capital y la ciudad de Manzanillo y parte de las actividades en Cienfuegos, Caibarién, Sagua y San Antonio de los Baños. No se equivocaba en sus apreciaciones y vislumbres.

El paro había sido, sin duda, el hecho político más importante e influyente acaecido, hasta esa fecha, en la república enfeudada. Constituía, por lo pronto, desde el punto de vista de la lucha de clases, la primera acción de masas encabezada por el partido marxista-leninista de la época, que sólo contaba en ese momento con cuatrocientos militantes en La Habana. La tiranía sintió temblar, por primera vez, la tierra bajo sus patas. Y, por primera vez asimismo, la sociedad neocolonial percibió que los pilares de su omnipotencia empezaban a oscilar. No en balde la huelga ha removido los cimientos de la estructura del capitalismo subdesarrollado dependiente.

El panorama de la lucha social contra el despotismo, la reacción y el imperialismo había cambiado. No sólo las ideas reformistas y el apoliticismo sindical son batidos a fondo y retroceden a marcha forzada: parejamente la clase obrera se ha transformado en una fuerza revolucionaria independiente con ideario y política propios. Ha devenido protagonista condicionante del



proceso nacional y social cubano. Y, por todo ello, su acción influiría —está influyendo ya— en el reanudamiento del combate estudiantil y popular que, directa o indirectamente, cuestionaría el dominio imperialista. A idénticas conclusiones ha arribado la dirección comunista. El salto cualitativo dado por el movimiento obrero es evidente en todos los órdenes. La autoridad política del Partido y su capacidad de movilización sobrepasa todos los cálculos. “Con esta acción —anotaría Fabio Grobart— el Partido pasó por el bautismo de fuego y conquistó definitivamente su derecho de ciudadanía en Cuba. El imperialismo y sus clases explotadoras nacionales, así como los teorizantes del aprismo de aquel entonces —combatidos con tanta razón por Mella y Rubén— podrían seguir hablando del comunismo como de una planta exótica o negar a la clase obrera su misión histórica de dirigente de la lucha de todos los explotados y oprimidos. Pero, después del 20 de marzo de 1930, ya no podrían negar que esa planta ha prendido profundamente en el suelo cubano y, en todos sus actos de engaño y traición al pueblo, se verían obligados a tener en cuenta la existencia del Partido Comunista.”<sup>386</sup>

Es indudable que la hombrada produjo un impacto incitante en el estudiantado universitario. Y nosotros lo aprovecharíamos para fortalecer el movimiento insurgente en la colina y precipitar su acción.

No fueron ajenos tampoco a la emoción revolucionaria suscitada por la huelga los trabajadores agrícolas y el campesinado. El Partido y la central sindical se lanzarán al agrupamiento y a la organización del sector más numeroso, gravitante y decisivo del proletariado. Pero antes de emprender esa tarea concentrarían todos sus recursos y energías para conmemorar el 1° de Mayo con un paro nacional completo y las banderas de la revolución al viento.

“La huelga de marzo de 1930 —diagnosticó y pronosticó Gustavo Aldereguía— derrumbó la soberbia de Machado. El empuje de las masas, un solo empujón de veinticuatro horas, conmovió la tiranía sangrienta. Allí cayó Machado, aunque demoró todavía tres años en huir cobardemente.”

Una nostalgia colérica, la misma que se adueña de Mella a su llegada a México, invadió a Martínez Villena desde que se aloja en una habitación sombría y felpuda de un hotel de Jacksonville. Su primera carta a Asela trasluce el estado de ánimo del peleador encadenado: “No puedes imaginarte lo doloroso que resulta pasar del trabajo y la lucha intensos y amados a una inactividad como la que sufro en estos días. ¡Tantos días de bregar sin descanso, juntas, manifiesto, asambleas, ¡toda la agitación magnífica de las últimas jornadas! y caer de pronto, primero en el sosiego de mi escondite en La Habana, y en seguida a esta paz de sepulcro en un cuarto de hotel... Créeme que hay que tener un carácter templado para resistir este cambio tan brusco [...].

---

386 Fabio Grobart: art. cit.

”Ni siquiera tengo la lectura como consuelo, pues los libros que me traje ya los conozco. Sin embargo, he releído parte de ellos [...].

”Mi otra lectura, ¡ay! es el diccionario. La menos amena más angustiada de las lecturas: un diccionario bilingüe [...]. Ahora, por la noche, después de comer a las ocho, volví a mi cuarto y me entró una nostalgia tremenda por la vida de allá, donde hay lucha y peligros. Entonces saqué de la maleta los pocos papeles que traje y me releí la carta que escribí al C. C. desde mi escondite. ¡Cuánto bien me hizo! Eso me conectó de nuevo con mis compañeros, me volví a sentir entre ellos; vi sus nombres escritos por mí. Me pareció ver actuar a nuestro C.C, hoy mejorado, no obstante el golpe que ha sufrido; veo desde aquí la lucha en el seno del Comité Conjunto; veo también los peligros que corren todos los compañeros, principalmente aquellos que son hoy la cabeza visible del movimiento. ¡Cómo deseo estar entre ellos! ¡Otra vez en la primera línea! Soy un infeliz soldado de vanguardia que han enviado a la impedimenta, con los enfermos y los heridos. ¡Y me muero a la inacción...! Cuánto mejor que lo maten a uno en el combate; por lo menos para uno mismo, egoístamente, es preferible; y yo me siento ahora egoísta, porque estoy solo. Quisiera estar allá, en el combate que tanto amo, usando las palabras de hierro para Arévalo y las palabras de vaselina para Fariñas; en el centro, en nuestro *hogar* de Dragones, en medio de las huelgas, en las comisiones engorrosas y difíciles, entre los compañeros y las compañeras heroicos, en las asambleas revolucionarias; ¡nunca olvidaremos los mítines gloriosos en que oímos a la masa obrera vitorear a nuestro Partido, que se levantaba entre las mismas filas apretadas de los trabajadores! [...].”<sup>387</sup>

Le escribió a Jorge Fernández de Castro y a Enrique Serpa. “Ahora mismo, al escribir tu nombre —le dice a aquél—, te me representaste en la noche que me acompañaste al centro: me parecía ver tu actitud perfectamente natural y tranquila, como la que corresponde a un hombre cuya sangre fría está garantizada por el uso de la pipa.

”No puedes imaginar el gusto con que cambiaría estos momentos —perfectamente anodinos— por aquellos en que veía bullir la vida, en que la palpitación de la masa repercutía en mis propios pulsos.

”Aquí en esta ciudad me hace el efecto de que soy un desecho, una sombra, un pedazo de algo inútil, tirado en un rincón. La violenta transición del último mes en Cuba a estos primeros días en Jacksonville, me ha hecho sufrir mucho: ha sido un gran choque psicológico pasar de la acción febril a la inacción más fría.

”Aquí lucho con el idioma y con la tristeza de ser inútil, que es algo mil veces más terrible que la ignorancia del idioma. Pero confío en que pronto volveré a luchar con cosas menos abstractas y más dignas de ser vencidas.”<sup>388</sup>

---

387 Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa*, ed. cit., t. 2, pp. 369-371.

388 *Ibidem*, p. 374.

Y al dirigirse a Serpa, su recordado amigo desde la tierna infancia, se expresa en tono coloquial: “En otro tiempo —años literarios— acaso hubiera bendecido esta soledad entre la muchedumbre. Pero ya hoy no me siento sino muchedumbre misma, como uno entre todos, y he mandado al carajo la selva interior con todas sus sabandijas y sus flores. Y ya ves (perdona) que mi literatura de hoy es hasta obscena, aun en el género epistolar.

”Al fin me fui de Cuba sin conocer tu nido ni tu hijo. ¡Qué quieres, chico! Entre mi persona y mis asuntos particulares, mis amistades privadas, mis inclinaciones sentimentales, mis familiares y mis amigos, es decir, entre mí mismo y todo lo que me era propiamente personal como individuo, ha habido en los últimos años una ancha circunferencia espinosa e inexpugnable, hecha de ocupaciones urgentes y cotidianas, de problemas, de luchas...

”Hoy pueden comprender en el centro de qué círculo me hallaba, por la forma brusca en que he sido extraído de él (al menos en Cuba). Y eso te explicará muchas rarezas y alejamientos míos. Pero aquí estoy, el mismo de siempre en cuanto a ti y a nuestro viejo cariño.”<sup>389</sup>

Cuando la locomotora se apercibía a enfilarse hacia la estación de Pennsylvania por el túnel del río Hudson, comenzaban a rutilar, entre las brumas, los rascacielos de Manhattan. Miles de hombres mascando chicle y de mujeres apestosas a *cold cream* se movían a codazos limpios y *excúseme* convencionales en el soterrado andén. Medio mareado, sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse, buscando baldíamente a José Manuel Acosta y a Alberto Moré, el viajero quedó inmóvil al pie de su maleta. La irrupción de ambos y sus cálidos abrazos lo llenaron de alborozo. Pero éste estalla al entregarle Acosta un manojito de cartas. Ese día hizo noche en el apartamento de Moré y, a la mañana siguiente, alquiló una habitación en la parte baja de la ciudad, muy cerca de donde vivían José Manuel y su esposa. Y, apenas despierta, empuña la pluma.

Sí, eso era lo previo: explicarle a Asela por qué había roto el compromiso de esperarla en Jacksonville. Aquella ciudad fea, hosca, maloliente, sórdida, le resultaba insoportable. No pudo más y se fue. Y, a seguidas, un renuevo criollo del epitalamio.

En la siguiente carta, sin que la efusión amorosa se diluya, le cuenta sus actividades políticas: le habían pedido varios artículos sobre los últimos acontecimientos en Cuba, otros para una publicación sindical y el *Daily Worker* y uno para la revista teórica del Partido Comunista Norteamericano. Ya los ha escrito. Y le puntualiza que, aunque los camaradas lo han tratado muy bien, con grande afecto y consideración, por desgracia cree que, a pesar de sus deseos, harán muy poco por ayudarlo económicamente. La caja del Partido está boqueando. La International Labor Defense se halla en

---

389 Ibidem, pp. 372-373.

bancarrota. Y a propósito, inquiere por el trabajo de la organización similar que ha contribuido a fundar algunas semanas antes de irse. Ésta, en efecto, se abrió paso y se ha fortalecido. Centró las actividades, desde el principio, en su objetivo primordial: el auxilio económico y legal a los presos políticos y sociales. Recuerdo que, en una de mis visitas al local de Defensa Obrera, como le llamábamos, conocí a Raúl Primelles, joven universitario que, no obstante la posición encumbrada de su familia, consagraba sus mejores afanes al cuidado y liberación de los explotados y perseguidos. (Murió hace pocos años, después de haber desempeñado importantes funciones diplomáticas en las Naciones Unidas y en Noruega. Antes había sido viceministro de relaciones exteriores del gobierno revolucionario.) Insiste, una y otra vez, en que Asela acelere los trámites de su viaje. La necesita. Ya ha conversado con Acosta sobre la posibilidad de tomar juntos un apartamento con cuartos independientes. El pintor le prestó su bufanda y sus zapatos de goma para que los use indefinidamente. Estaba lloviznando cuando fue a su casa. Y si no cuaja el proyecto que acaricia, se las arreglarían por su cuenta.

Tampoco —anota en otra carta— ha conseguido el dinero para abonar el pasaje de Asela hasta Moscú. Le preocupa el papel de Cuba en el Congreso de la Internacional Sindical Roja. “Sobre lo que me dices de los delegados —escribe—, ya puedes imaginar que me disgusta bastante el propósito del viejo. Yo creo como tú que él será inútil para ese viaje, y mejor sería que fuera cualquier compañero joven, más preparado, y que pudiera ser más útil. Tú misma ir en la delegación me parece difícil, pues si yo voy en ella, ya serían dos delegados no obreros aunque hayamos trabajado entre ellos, y no resultaría bueno.”<sup>390</sup> Y le preocupa, parejamente, la carencia de recursos y la vaga perspectiva de poder encontrar trabajo.

Angustiado por el presente y el futuro del partido cubano, estima indispensable que vayan a la Isla compañeros capaces de ayudarlo en esos críticos momentos. Plantea oficialmente la cuestión a la facción comunista de la ANERC, que citada por Leonardo Fernández Sánchez y Gabriel Barceló se reúne en el Centro Obrero de habla española. Esos compañeros deben ser, por supuesto, militantes del Partido y, preferiblemente, los que salieron de Cuba por propia voluntad. Acontece, empero, que los más preparados son los que se fueron perseguidos. No es fácil que accedan los primeros. A los segundos, forzados a vivir en la clandestinidad, es necesario proveerlos de techo y sustento. El Partido está urgido, en primer término, de cabezas políticas dirigentes. Luego de pasar revista a unos y otros, convienen en que los mejores son Vivó y Cotoño. Si el organismo tuviese fondos no habría problemas. Si careciera de ellos su única alternativa es buscarlos, ya que es muy difícil que la Internacional Comunista los aporte. “¡Qué miseria ésta!

---

390 Ibidem, pp. 383-384.

—acota—. Yo voy a plantear este asunto con toda agudeza donde sea preciso y para reclamar a la Internacional Comunista. Creo que tendremos todo el apoyo del Partido americano.”<sup>391</sup> ¡Y entretanto los tiranuelos, reaccionarios y politiqueros de América Latina se solazaban acusando a los comunistas de agentes a sueldo de Moscú!

Una mañana, yendo en el *subway*, se enteró, al ojear un periódico que otro leía, del fallecimiento de José Carlos Mariátegui, a quien tanto admiraba. Era un escueto cablegrama procedente de Lima. La noticia le anubarró el ánimo. El prematuro deceso del brillante ideólogo marxista y excepcional escritor constituía una pérdida irreparable para el movimiento comunista peruano y un golpe durísimo para la revolución latinoamericana. Pero su sillón de ruedas —símbolo de un combatiente que recomienda la batalla después de muerto— seguiría llamando a la lucha por las llanuras, las selvas y las montañas.

No deja de escribirle a sus hermanos, a su padre y a sus amigos más cercanos. Y, desde luego, largas misivas al Buró Político. Y los días pasan y la soledad aumenta y la inacción agobia y la nostalgia punza.

Rebosa de alegría. Está de fiesta. Asela se le ha unido después de tantos contratiempos y sinsabores. Arriesgando sus escasas reservas monetarias, se mudaron a un moderno edificio situado en una colina de la ciudad, cerca del parque Bronx, “verdadero bosque urbano, cuyos árboles se ven desde mi cuarto y al cual voy a ratos a reposar sobre la hierba o a dar cortos paseos”.<sup>392</sup> Por aquellos días bucólicos, improviso unos versos humorísticos, titulados “Mensaje prenupcial anticatólico”, que dedicó a Pablo de la Torriente Brau con motivo de su próximo casamiento. Su estado general ha mejorado. Pero la fiebre va y viene. Un médico especialista, que lo ha examinado, le asegura que su lesión pulmonar está ya seca. Rubén se burla del diagnóstico. “O éste es un alcorcho o me cree un necio” —consigna. “Lo cierto —comenta a Miguel Gener— es que he estado un mes en una lucha aguda de caer, levantarme y volver a caer.”<sup>393</sup> Sin embargo, abriga la ilusión de reponerse provisionalmente por otra temporada.

Pero nada le reanimaría tanto como la imponente expresión de fuerza, cohesión y beligerancia dada por el proletariado cubano el 1° de Mayo, justamente a los cuarenta días de la huelga que él había organizado y dirigido. Asela le refiere las actividades de la efemérides con deleitosa prolijidad. El paro, organizado por el Partido y la central sindical, fue absoluto de un extremo a otro de la Isla. Incluso el comercio cerró las puertas y las rotativas de los diarios se mantuvieron ociosas. Torrentes de obreros desfilan

---

391 *Ibidem*, p. 388.

392 *Ibidem*, p. 394.

393 *Ídem*.

por las calles y acuden en masa al mitin del Nuevo Frontón. Hablan Sarah Pascual, José López Rodríguez y Carmelo García, líder portuario, quien hizo el resumen. López Rodríguez leyó el mensaje enviado por Rubén, que fue estruendosa y largamente aplaudido. Un acento combativo, aglutinante y revolucionario caracterizó los discursos. Más de una vez, los esbirros intentarían cargar sobre los asambleístas, pero oficiales de la policía lo impidieron.

La demostración tradicional de la colina Lenin, en cambio, fue disuelta a balazos por tropas del tercio táctico de Guanabacoa. Numerosos heridos y el obrero Jesús Montero Hernández, muerto. Repuestos de la sorpresiva agresión y reorganizados, los manifestantes, decididos, marchan, clamoreantes, hacia el Ayuntamiento de Regla. Nuevamente los atacan soldados y policías. Más heridos y otro obrero muerto, José Pérez Pérez. Las industrias de La Habana declaran una huelga de veinticuatro horas en señal de protesta. Miles de trabajadores acompañan hasta el cementerio los cadáveres de las víctimas. Sarah Pascual despidió el duelo. El repudio activo a esos crímenes se prolongó durante varios días y abarcó hasta los segmentos reformistas y conservadores del proletariado. Su repercusión en las capas extraproletarias y en el estudiantado universitario era indicio ostensible de que el radio de la lucha política y social se extendía al pueblo en su conjunto bajo la influencia de las acciones revolucionarias del movimiento obrero.

La tiranía, por su parte, había resuelto ya oponer el terror abierto a la incontenible rebelión popular. El día 19 de ese propio mes, el ejército abrió fuego indiscriminado y cargó al machete contra la multitud que se había reunido en el mitin convocado en Artemisa por Unión Nacionalista. Seis muertos —niño uno de ellos— y más de cien heridos fue el trágico balance de esa alevosa masacre. La dirección de Unión Nacionalista presentó una querrela criminal contra el jefe del ejército. Pero Machado la respondió con una comunicación al Tribunal Supremo en que hace constar que él había impartido las órdenes “para disolver la reunión de Artemisa y para el uso de la fuerza con tal propósito y que era el único responsable”.<sup>394</sup> El tirano ha quemado todos los puentes.

En los días inmediatos a su partida hacia Moscú, Rubén torna a sentirse mal. Otra vez la tos, la expectoración, la febrícula, el cansancio, el insomnio, la inapetencia. Se despide de sus hermanos y de Tallet, en carta tan lacónica como conmovedora. Les escribiría de nuevo con Asela, que regresa a La Habana horas después de su salida. No podrá acompañarlo. La penuria se interpuso.

El trasatlántico alemán “New York”, en el cual viaja, levó anclas al oscurecer del 30 de julio. “Nunca olvidaré —le dice a Asela— los momentos de

---

394 Lionel Soto: *op. cit.*, t. 2, p. 22.

anoche. Nunca olvidaré la última visión que tuve de ti, alejándote de prisa por el muelle. [...].

”Los gritos eran alegres, pero todo para mí era triste.

”De pronto, entre la gente, entre tanto brazo que se agitaba, vi uno que no tenía la mano abierta, sino que levantaba el puño, con nuestro signo.

”Busqué la cara a que respondía, y pude, al cabo, reconocer a Paz [...].”<sup>395</sup> Era Alberto Moré. Esta carta consumió tantos pliegos dobles de papel como días duró la travesía hasta Cherburgo. Es un meticuloso diario de viaje, salpicado de observaciones sagaces, bellas imágenes, apasionados sentimientos, añoranzas salobres, minucias cotidianas, angustias fugaces y convicciones diamantinas. Léala quien quiera profundizar en la personalidad humana y revolucionaria de Rubén Martínez Villena.

Después de tocar en Southampton, el “New York” arribó al amanecer del 8 de agosto a Cuxhaven, en el majestuoso estuario del Elba. Se trasladó en tren a Hamburgo. Ha descansado en el viaje y se siente mejor, aunque le duele la espalda. Interminable espera en la estación, donde vio algunos jóvenes uniformados con camisetas pardas, tiesos y despreciativos. Al fin, apareció el compañero encargado de recibirlo. Y apenas se instaló en el hotel, se fue a la calle para ir a pie y bajo la llovizna a un mitin de masas, donde saludó en español a los presentes y casi todo el tiempo permaneció arrinconado en una incómoda escalinata. Se acostó muy fatigado y molesto. Hasta la maleta había tenido que cargar.

Surcando las aguas bravías del Báltico, rumbo a Leningrado, en un barco soviético. Su talante cambió y participó en las actividades organizadas por la tripulación, incluso en una fuerte controversia en torno al método de trabajo de los comunistas en los sindicatos reformistas. Era, precisamente, uno de los puntos principales de la agenda del congreso. Sostuvo la tesis de que los comunistas debían trabajar dentro de los sindicatos reformistas cuando la mayoría de los obreros están integrados en sus filas. Es necesario porque allí está la masa y no en otra parte. Y su objetivo es conquistarla, y cuando la conquiste de veras, llegó el momento de abandonar el trabajo dentro y organizar un sindicato revolucionario. La cuestión estaba íntimamente relacionada con el candente problema del frente único por la base o por la cima con los socialdemócratas, planteado por el vertiginoso avance del movimiento anticomunista, antiobrero, antidemocrático, racista e imperialista promovido por Hitler.

El vapor llegó a Leningrado un día después de haberse inaugurado el congreso. Canciones revolucionarias y discursos fraternales despiden a los delegados. Reverberaban las ondas grises del Neva bajo los puentes iluminados. La silueta del crucero “Aurora” le anudó la garganta. Era el símbolo

---

395 Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa*, ed. cit., t. 2, p. 397.



vivo de la portentosa epopeya, que destellaba en el Palacio de Invierno, el Instituto Smolny y la aguja del Almirantazgo.

El 17, ya en Moscú, la capital del mundo nuevo. Honda sacudida. Desde su cuarto del hotel contempla, vibrante, las torres rojas y las cúpulas doradas del Kremlin. Y se dio a laborar afanosamente en su ponencia. Pero la tos se ha ido agudizando.

Al terminar el congreso, donde sobresalió a tal punto que Lozowski alaba su actuación, el cansancio es tan grande que Rubén opta por recluirse en su cuarto. “Aunque leo, sin embargo estoy muy aburrido y muy triste —le escribe a Asela—. Me siento solo y me veo tan lejos de la lucha, tan imposibilitado de volver a ella, tan enfermo, que a veces sufro ratos de verdadera desesperación. Me acongoja y enfurece pensar que acaso he venido aquí para morirme en un sanatorio, a millares de kilómetros del sitio en que mi muerte pudiera servir de algo. Tú dirás que me pongo funesto y hasta ridículo, pero pienso en tantos casos que aunque no terminan, están años y años vegetando” en los sanatorios, sin mejorar, sin empeorar, viviendo una vida inútil. ¡Y yo no quiero eso, Chela! ¡Yo no quiero morirme poco a poco, vivir al margen de la lucha, como un testigo baldado! ¡No y no!

”Sin ninguna pose, con toda sinceridad te digo que prefiero la bala del esbirro.”<sup>396</sup>

“Ayer —continúa— pasé un rato de terrible desesperación: me trajeron la noticia de que ahorcaron a Wong en la cárcel de La Habana. ¡Qué horror: vuelve el procedimiento tenebroso del suicidio! Y tantos más que corren peligros semejantes. Tiemblo al pensar en nuestro querido Chico.<sup>397</sup> Estoy sufriendo la angustia de estar tan lejos, tan lejos, y recibir ya muy atrasadas noticias, cada vez peores. ¿Qué hacer? Hay que alzar las masas... y no podemos aún. ¡Qué impotencia maldita! Nuestro movimiento corre el peligro de ‘ser aplastado por el terror’. Pero los factores económicos pesan más, y al fin creo estallarán movimientos aislados y espontáneos, que pueden ser el inicio de un alzamiento general en los campos. [...] hoy el médico ha vuelto a verme, y al fin se ha decidido mi traslado a Crimea.”<sup>398</sup>

Quiere vivir, sobrevivir, curarse, retornar a Cuba, reanudar el combate. Pero siente que la enfermedad lo va aniquilando inexorablemente. Extrajo energías, sin embargo, para redactar un informe sobre la situación cubana a la Conferencia de Partidos Comunistas que se está efectuando en Moscú.<sup>399</sup> Empeora a tal punto que el 17 de septiembre creyó inminente su muerte.

---

396 Ibidem, p. 423.

397 Fabio Grobart.

398 Ibidem, p. 425.

399 Ibidem. El informe leído por Junco fue acogido con vivo interés y asaz comentado. El texto original se extravió. La copia que le envía Junco está “llena de errores” y le “faltan fragmentos”.



Estaba solo. Una claridad lechosa se filtraba por la ventana empañada. Haciendo un esfuerzo sobrehumano se irguió sobre la revuelta cama y, agarrando desesperadamente la pluma, entre accesos de ahogo, sudores helados y fatigas indescriptibles, escribió esta carta:<sup>400</sup>

*Moscú, 17 de septiembre de 1930*

*Asela, compañera mía, mi amada:*

*Tienes que ser muy fuerte; es necesario y yo te lo pido.*

*Acaso te escriba muy pocas veces más; acaso ésta sea mi última carta. Me he agravado aquí de tal modo, que tengo la convicción de que no hay remedio para mí. Ni siquiera creo iré a algún sanatorio, sino que moriré aquí en Moscú. Figúrate: el 8, después de muchos días de fiebre (salvo dos) en el hotel, y en un estado de debilidad espantosa, fui a la Sección Latinoamericana del Comintern, acompañado por Ramírez, para tratar al fin de nuestro Partido y del caso F.*

*Cuando acabé de informar y pedir para los dos asuntos, estaba hacía rato con un dolor terrible sobre la región apendicular que me llegaba hasta la espalda.*

*Tuve que suplicar suspendieran la sesión por algún tiempo para ver si me aliviaba: fue peor el dolor, y de allí J. y S: me llevaron al hospital del Kremlin; hubo que dar muchas vueltas y revueltas antes de tener acceso... y yo doblado de dolor. Al fin allí, tuve que esperar al médico como media hora. Pero me dio un vómito y entonces me llevaron a un cuarto de reconocimiento en que pude acostarme en un diván. Vino el médico, reconocimiento, etcétera, diagnóstico, apendicitis, y quizás hubiera que operar el mismo día. Por lo tanto, inyección de morfina y cafeína y traslado inmediato en ambulancia a un hospital quirúrgico. En ese hospital, en que estoy todavía, me hicieron nuevo reconocimiento y diagnosticaron cólico renal derecho. Me pusieron bolsas de agua caliente y por la noche otra inyección de morfina. Al día siguiente desperté sin dolor y el cólico no me ha vuelto; pero aquí, en una radiografía pulmonar que me han hecho han encontrado muy mal mi pulmón derecho, y algo afectado también el izquierdo. Mi debilidad general es espantosa; he tenido fiebres altas, llegando un día hasta 39,4°. Ayer y hoy (hasta ahora) he tenido muy poca temperatura, y estaba contento con eso, pero desde hace días no me siento bien del vientre, aunque me ponía lavados intestinales, y hoy he empezado a echar flemas y sangre. Es decir, tengo la seguridad de que mi tuberculosis se ha extendido al intestino, Claro que esto significa la muerte.*

---

400 Ibidem, pp. 426-428.

*Aquí, en Moscú, en este momento no pueden mandarme a otro lugar por no haber espacio disponible. Y es necesario esperar unos diez o quince días un lugar disponible en el Cáucaso.*

*Naturalmente que creo no iré al Cáucaso, sino que lo lógico es que muera aquí mismo. Durante toda mi vida he tenido oportunidad de curarme y no la he aprovechado y ahora que quiero —es decir, quería— curarme, no tengo oportunidad.*

*Nunca, o muy pocas veces, he sufrido como en estos días; dolores de toda índole, sobre los cuales no tengo fuerzas para escribirte, y desesperaciones terribles. Pero al cabo, ayudado seguramente por mi debilidad creciente, me he serenado por completo.*

*Chela de mi vida: No puedo escribir mucho porque me canso. Tú le dirás a mis tres hermanos que les mando un beso y un abrazo. También a mi padre. Y debes dar mis recuerdos a tu familia, que ha sido, toda, tan buena para mí. Encárgale a Judith un abrazo para Pepe y un beso para el sobrino.*

*Dile a los compañeros, Chela mía, que mi último dolor no es el de dejar la vida, sino el de dejarla de modo tan inútil para la Revolución y el Partido. ¡Cuánta envidia siento por mi situación de los últimos días de marzo! ¡Qué bueno, qué dulce debe ser morir asesinado por la burguesía! Se sufre menos, se acaba más pronto, se es útil a la agitación revolucionaria.*

*Chela: ¡Qué decirte a ti, mía? ¡Tengo tantas cosas que agradecerte! Si te hubiera hecho caso, también podría agradecerte la vida. Te agradezco en parte la que tuve hasta Nueva York. Dile a nuestro hermano el Chico, que lo he querido y lo quiero como él a mí; él siempre ha sospechado que no lo quiero mucho. (¿Qué será de todos ellos, qué será de mis hermanos presos?)*

*Tengo el consuelo de haberte ayudado a dar un contenido tan grande a la vida, que él mismo te resguardará del dolor de mi pérdida. ¡Hay que estudiar, hay que combatir alegremente por la Revolución, pase lo que pase! ¡Caiga el que caiga! ¡No lágrimas! ¡A la lucha! Cuida tu salud y estudia. Tu carta de fecha 21, tan vibrante de noticias, espejo de la lucha formidable de allá, tan llena de vida, me ha dado alientos para lo que vendrá. Estoy conforme.*

*Adiós... o quizás todavía hasta otra.*

RUBÉN

Veleros a la deriva, oscuros nubarrones vagaban caprichosamente sobre la vastedad yerma en el helado mediodía de otoño. Un largo y heterogéneo convoy, locomotora de copuda chimenea, fragatas atestadas de leña, conciertos de mugidos, cisternas rezumantes de petróleo, vagones asimétricos de pasajeros, avanzaba a cámara lenta hacia Sochi, dejando tras de sí el eco de estridentes silbidos y la estela de chispeante humareda. La escarcha fulgía en los postes de telégrafo que desfilaban al revés orillando los rieles. Hace varios años, a bordo de un TU-154, hice yo esa misma ruta en ciento veinte minutos. Dos días, cuando menos, invertía el tren en la década del treinta. En menos de uno cubre hoy la distancia. Algo aún más importante: lo que era entonces estepa pelada es ahora planicie exuberante de archipiélagos forestales y jugosos plantíos.

Asomado a la ventanilla de pulcro, cómodo y caldeado departamento puesto a su disposición, Rubén Martínez Villena contempla melancólicamente el paisaje vacío, esa oquedad deprimente tantas veces descrita por León Tolstoi. Su apariencia física era impresionante. Puro hueso y pellejo, los ojos hundidos, los pómulos chupados, el pecho plano, cerúleo el color de la piel. Aunque muy débil todavía, la fiebre y la tos han disminuido con asombrosa rapidez. No sólo creyó morir cuando le escribió a Asela con patético son de póstumos clarines: estuvo a punto realmente de zarpar en la barca de Caronte. Su prodigiosa vitalidad pospuso el tenebroso periplo. Conserva todavía el espeso bigote castaño que le creció en el hospital. Pero antes de salir de Moscú se tala —anotaría en su primera carta desde el sanatorio— “la perillita en formación que [le] estaba dando aspecto de poeta muerto de hambre del siglo XVI”.<sup>401</sup> “Quedé —añade— con una enorme melena.”<sup>402</sup> Y tan enorme que motiva chistosas ocurrencias a su compañero de viaje.

Era éste un joven médico, miembro del cuerpo forense del necrocomio de Moscú, alto, rubicundo, ojos grises, locuaz, muy simpático, bondadoso y atento, según lo caracteriza. La antípoda, en suma, de su macabro oficio. Al resultarle difícil pronunciar su apellido, lo llamaba por el nombre, que se pegaba al vuelo. Boris, en efecto, es un personaje común en la narrativa clásica rusa, ora boyardo, príncipe o nihilista. Iba a disfrutar sus vacaciones en un balneario del Mar Negro. Se entendían en francés. Impuesto por Rubén

401 *Ibidem*, p. 431.

402 *Ídem*.

de sus luchas en Cuba y de la dramática crisis de su enfermedad, Boris le infunde ánimo y esperanza, constituyéndose moralmente en sostén y guía del enfermo durante el prolongado trayecto. Como el tren carecía de coche restaurante y en las estaciones del camino la comida escaseaba, compartió con él los panecillos rellenos, arenques ahumados, frutas, compotas, chocolate y huevos cocidos que traía en el zurrón.

Batido por una lluvia espesa, el convoy arribó a Sochi a las once de la mañana del día 8 de octubre. Había partido de Moscú el día 6, aproximadamente a la misma hora y bajo una leve nevada. Sochi “es una ciudad chica, y en ella todo es muy malo —consigna Rubén—. Las comidas, infames; las camas, difícilísimas de encontrar (siempre están llegando ahí viajeros de paso que paran un día o dos), y además con chinches: en fin, allí en la estación esperé cuidando las maletas a que mi compañero fuera a sacar tickets para unos ómnibus que son los que dan el viaje a Sujumi, sitio en que está el sanatorio. Pero no había billetes para los ómnibus de ese día ni del siguiente: todos estaban vendidos. Tuvimos que buscar un albergue en Sochi. De casualidad y ayudados por el hecho de que mi compañero estuvo hace dos años allí y conoce la ciudad, pudimos encontrar alojamiento, malo y caro, pero alojamiento al fin”.<sup>403</sup> Y, apenas se instaló, fue a una barbería a tumbarse melena y bigote.

¡Cuánto dista la Sochi que conoció Martínez Villena de la que es hoy la ciudad balneario por antonomasia de la Unión Soviética! Hermosas avenidas bordeadas de palmeras de pencas ojivales, confortables sanatorios de descanso, modernos hoteles, playas de arena fina, conjuntos teatrales, campos deportivos, un parque poblado de árboles de casi todos los continentes y manantiales sulfurosos con propiedades curativas ya alabadas por Homero. En los alrededores de la urbe, junto a las suaves laderas de las montañas, las que se escalan en teleféricos, abundan los cultivos subtropicales: las naranjas mandarinas resplandecen al sol como pepitas de oro. Un nudo de asfaltadas carreteras da salida a sus productos y la comunica con el resto del país. Muchos turistas aprovechan la ocasión para visitar Novorosisk, vecina ciudad portuaria que fue escenario de cruentos combates durante la Gran Guerra Patria. Uno de sus mayores encantos es la melodía, compuesta por Shostakovich, que brota del recipiente donde arde la llama eterna en el monumento a los caídos. Cada hora rompe un acorde triste y luego, durante dos minutos, entra la orquesta sinfónica con solemnes cadencias.

“Pasamos en Sochi —refiere Rubén— el resto del día 8, bajo una lluvia casi continua, y el día 9, en que Boris [...] compró tickets para un ómnibus del día 10. Tuvo que levantarse a las tres de la madrugada, y ya había una cola de gente delante de la oficina —aún cerrada— donde expedían los tickets.

---

403 Ibidem, pp. 429-430.

La mañana del 10, ayer, fue buena en Sochi. Fuimos del alojamiento hasta el lugar de salida de los ómnibus para Sujum a las ocho, y a las nueve salimos en un autobús, a dar el viaje más bello que he dado nunca. ¡Cómo me acuerdo de ti! Pero al propio tiempo es un viaje emocionante. La carretera, muy bien pavimentada, aunque algo estrecha, va trepando y bajando por los montes, bordeando derriscaderos y precipicios: el viaje completo es de trescientos kilómetros [...], las curvas violentas se suceden de cada cincuenta a ochenta metros. Esas curvas —que están casi siempre al borde del abismo— son tan cerradas que la mejor manera de doblarlas es haciendo patinar el carro sobre las ruedas traseras; y esto es lo que hacen los chafteros de aquí, que son maravillosos maestros, artistas del timón. ¡Qué paisajes! El mar, los montes, los valles, todo el campo verde magnífico; y el propio camino, con sus mil recodos, sus sorpresas: pesadas y lentas carretas de bueyes —diferentes a las nuestras— o autobuses que cruzan, o peatones vestidos con los trajes típicos. En fin, algo espléndido... pero demasiado largo: salimos a las nueve de Sochi, y con tres paradas de media hora en el camino, llegamos a Sujum a las cuatro y media de la tarde.<sup>77404</sup> Y tampoco olvidará el ají relleno que devora en una rústica hostería.

Sujum es la capital de la República Socialista Soviética Autónoma de Abjasia. La entonces incipiente ciudad, que se descuelga de los alcores de su parte alta hacia una rada de aguas profundas y a lo largo de cuyas calles se alinean las palmeras, le causó muy grata impresión a Rubén. Cielo claro, calor tibio, brisa refrescante, flores encendidas.

En Sujum se alojó, con Boris, en una casa de tránsito que sólo alberga a los enfermos que van hacia los sanatorios. Comió con apetito y durmió en cama muelle. Y al día siguiente, a media mañana, se trasladó en un ómnibus especial al sanatorio de Gulprich, así conocido por su contigüidad al poblado del mismo nombre.

Estaba emplazado en la cima de un cerro boscoso. Era un edificio sólido, con pergeño de hotel veraniego, de cinco plantas, escaleras marmóreas, habitaciones grandes y largos soportales. A sus pies, se deshacen, con espumoso fragor, las fuertes olas del Mar Negro. El aire es seco, la atmósfera transparente, el sol radiante.

Formalizado el ingreso, Martínez Villena fue conducido a un salón de reconocimiento. Mientras el médico lo auscultaba minuciosamente, le vinieron a la memoria el sagaz estetoscopio y las cariñosas reprimendas de Gustavo Aldereguía. Auxiliado por Boris, que servía de traductor, el especialista soviético le hizo numerosas preguntas y anotaba las respuestas en la hoja clínica. La fluoroscopia completó la pesquisa: la lesión en el pulmón derecho se ha convertido en una caverna y aparecen pequeños focos de infiltración en el

---

404 Ibidem, p. 430.

izquierdo. Al concluir el examen, se despidió del enfermo con una diáfana sonrisa y un afectuoso apretón de manos.

Y, dirigiéndose a Boris:

—Dígale al compañero Rubén Viangel,<sup>405</sup> que yo seré su médico. Requiero, por supuesto, su plena cooperación para curarlo. Debe cumplir rigurosamente mis prescripciones...

—La tendrá usted, doctor, la tendrá —interrumpió Rubén—. Quiero curarme porque en Cuba me necesitan.

Almorzó con Boris junto a un ventanal del comedor que daba a un desfiladero ornado de pinos. Rubén le había insistido en que permaneciera con él durante varios días. Pero los esfuerzos de Boris por conseguirlo habían sido inútiles. Se despiden con los ojos aguados. Y, al esfumarse el autobús en un recodo de la serpeante carretera, se sintió, de pronto, solo en el mundo. Cuando se refugió en el cuarto, ya enteramente recobrado, su imaginación vuela añorante hacia la Isla lejana, donde bulle la lucha, donde está su deber, donde la vida y la muerte se trenzan en vibrante esperanza. Aún ignora la conmoción nacional originada por el asesinato el 30 de septiembre, en una manifestación revolucionaria, del estudiante Rafael Trejo. La última noticia directa de Cuba, recibida en Moscú, es un cablegrama de Asela fechado el 27 del propio mes.

Se alimenta copiosamente, reposa lo debido, duerme como una marmota. Arribó al sanatorio con ciento cuatro libras de peso. “Tengo menos tos y expectoración que en Moscú —escribe; fiebre sólo de una a tres décimas por la tarde [...] el espantoso color de papel un poco más claro que éste, ha desaparecido ya: empiezo a adquirir mi color propio, y me siento, en general, bastante más fuerte que a mi llegada; todo esto son progresos de sólo cinco días [...]. *Debo, pues, no obstante las circunstancias adversas, tener esperanzas.*” Pero, a seguidas, agrega: “Por otra parte, ¡cuánto esfuerzo necesito para no empeorar moralmente, para no caer en la desesperación y en las neurastenias, al pensar en todas las cosas que me son tan queridas y que están tan lejos y tan en peligro: el movimiento obrero de Cuba, nuestro Partido, mis compañeros y, entre ellos, tú [ ... ].”<sup>406</sup>

En un mes ha aumentado diez libras, la fiebre se ha ido, la expectoración es escasa. Mas su desasosiego por la incomunicación y la inactividad se acrecienta. Escribe casi a diario. Las respuestas se demoran semanas y, a veces, un mes. “No tengo palabras —expresa con acento beligerante— para describirte cómo es mi vida aquí, cómo es de tediosa e inútil; llena sólo de las cosas de la rutina cotidiana del sanatorio, y de una grande y sorda desesperación interior. Digo sorda, porque yo procuro acallar, apagar y hasta

---

405 Pseudónimo con el que se ha registrado en el sanatorio.

406 Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa*, ed. cit., t. 2, p. 438.

ignorar mi estado de ánimo, que es el de un encadenado. Tú me hablabas en tu carta del 8 de septiembre de la situación del movimiento, de la falta que hago, del desaliento de los obreros que me creen necesario, que en general creen indispensable “el líder” para cualquier campaña. Yo sé que desgraciadamente todavía nuestros obreros necesitan “el líder individual”, es decir, no ven claramente *su líder* —el Partido—, sino personificándolo en un individuo determinado.<sup>407</sup> En realidad yo no debo ser ese hombre, ni aspiro a tanto, porque sé que me faltan condiciones para ello; pero sí soy consciente de que hago falta por la carencia de intelectuales en el Partido y en el movimiento obrero, por mi conocimiento de nuestros problemas, de los intereses, psicología, virtudes y defectos de nuestro proletariado, y porque las circunstancias me llevaron a ocupar un lugar destacado a la cabeza del movimiento revolucionario. Yo sé que no obstante toda la represión, las expulsiones, los encarcelamientos, todavía quedan en nuestras filas buenos compañeros abnegados, y sé que de nuestras filas han surgido y seguirán surgiendo los líderes de hoy y de mañana. Pero ¿hasta dónde son capaces esos compañeros de conducir el movimiento obrero de hoy en Cuba? No es el de ahora un movimiento económico, sindical, que va a desembocar en huelgas y a lograr pequeñas ventajas materiales. ¿Hay entre nosotros ahora, después de tantas bajas, quienes puedan *ver* la situación *políticamente*? ¿Comprenderán en cada momento nuestros dirigentes que la lucha obrera de hoy en Cuba es sólo una parte, un episodio de los primeros fuegos de la gran batalla mundial, es decir, que la lucha es eminentemente una lucha política que va encaminada *desde ahora* a la insurrección y debe desembocar en la toma del poder? Mis temores ante los peligros que corre nuestra línea política son tan grandes como los que me inspiran los que corren la organización del Partido y la vida de los mejores militantes. ¡Y yo estoy aquí, a salvo de las garras de Machado!, pero ¡tan lejos!, ¡tan enfermo, tan inútil! Yo me conformaría, a pesar de lo mucho que amo, como tú sabes, la lucha en contacto directo con las fábricas y la masa, con vivir cerca de Cuba o en ella clandestinamente —separado físicamente de los trabajadores—, y realizar la obra que está ahora en su hora más oportuna: la propaganda [...] de nuestro Partido, la labor de prensa de clarificación clasista y de orientación revolucionaria que es hoy más necesaria que nunca. Ahora el proletariado de Cuba está maduro para que surja de su seno un grande, un verdadero Partido Comunista, es decir, para que el Partido se convierta en un Partido de masas. El fracaso económico del régimen capitalista, del régimen burgués-imperialista, está patente. Y en el orden político, ningún partido burgués —ni aun la U. N. [Unión Nacionalista] tiene bastante prestigio para gozar de la confianza de

---

407 No debo ser injusto con nuestros obreros: creo que en todos los países es igual. (Nota de Rubén Martínez Villena al pie de la carta.)

las grandes masas, escépticas ante los viejos, repetidos, idénticos programas, palabras y juramentos. La simpatía que disfruta la U. N. —que es indudable— no se basa en la confianza política del pueblo, sino es el reflejo de su odio a Machado. Nuestro Partido está en el mejor momento para crecer, para ganar el apoyo de miles y miles, de centenares de miles de trabajadores: él agita una bandera nueva, sin mancha; presenta ante las masas un programa audaz, revolucionario, *de salvación*: muchos de sus lemas por primera vez serán oídos por campesinos pobres, proletarios agrícolas, obreros atrasados; y estos lemas primero los deslumbrarán, luego los convencerán. No hay que desestimar, además, todo lo que ha aprendido el proletariado en sus últimas luchas. Creo que ya en otra carta —hablándote de la debilidad actual de nuestro Partido y las últimas represiones—, te dije que creía lo más importante ahora la aparición del órgano: ignoro si está saliendo: si sale aún desde aquí escribiría para él. La tarea primordial es *ganar las masas*, y en nuestras condiciones, la forma más practicable (y la que prepara el terreno para pasos aún más firmes) de ganar las masas, la forma de que hemos carecido siempre, es el órgano del Partido.<sup>7408</sup>

Y más adelante inquiere con visible ansiedad: “¿Cómo es el local de Revillagigedo, es más grande que Dragones? ¿Cómo está jurídicamente el asunto de la legalidad de la Confederación? ¿Sigue suspensa por el Gobierno? ¿Qué es del Chico? Continuamente pienso en él con gran temor. ¿Qué hay de los nacionalistas? [...]. Ya van a hacer siete meses (el 30) que salí de Cuba. [...]. ¿Cuándo nos reuniremos? Yo creo que yo estaré aquí, en el sanatorio, lo menos hasta febrero: mi lesión del pulmón derecho se transformó en los terribles meses últimos en una caverna. Pero ahora el proceso está paralizado. Sin embargo, tengo focos, es decir, lesiones en formación, en el pulmón izquierdo. Aquí he encontrado muy buenos médicos. Sin embargo, cuanto a tratamiento, parece que sólo aplican el neumotórax. A mí me lo han recomendado; y no tengo más tratamiento que el ‘naturista’, de alimentación, aire libre y reposo. [...]. Realmente, si salgo de aquí en marzo, no es tiempo muy bueno para ir a Moscú: empieza entonces a subir la temperatura, y el frío seco del invierno crudo se va transformando en el frío húmedo de los fines de invierno, iguales a los del principio. Pero si en esa fecha estoy en disposición de salir de aquí, no quisiera prolongar mi estancia más tiempo. En general, para el caso de mi mejoría, y con relación al futuro, no pienso quedarme en Rusia; quiero volver a América... y además tengo la esperanza de poder regresar a Cuba, porque algún cambio político de importancia me lo permita.”<sup>7409</sup>

---

408 Ibidem, pp. 441-444.

409 Ibidem, pp. 447-448.



La situación de aislamiento lo exaspera. Pero prosigue emborronando papeles, ilusionado siempre con obtener alguna respuesta. No sólo le escribe al Partido, a Asela, a su padre, a sus hermanos: le escribe también a sus amigos, a veces cartas, a veces postales. Algunas llegan; otras se pierden o no son contestadas. Ya chapurrea el ruso y, tras denodados esfuerzos, consigue descifrar las noticias de Cuba en los periódicos soviéticos. En la medida en que mejora, más le atormenta el ansia de volver a la patria, de reincorporarse a la pelea, de compartir el riesgo.

Los crepúsculos son prodigiosos en esa época del año. Se anuncian por una eclosión de rosas, azules, cárdenas, verdes, ocre, grises, blancos, que se deslían en una gama infinita de matices. Cuando el mar se traga súbitamente el postrer destello de luz, la noche se despliega como refulgente manto de piedras preciosas. Quizá alguna vez se haya despertado el poeta dormido y Rubén escribió versos que rompe después. Cuando menos, sus cartas destilan remembranzas y ensoñaciones en que asoma su ingénita fuerza lírica. Véase: “Aquí hay unas puestas de sol maravillosas, que me recuerdan las tardes del Vedado en los primeros días de nuestro amor. Y en las noches un cielo millonariamente estrellado invita a la contemplación, pero en tu compañía. Yo me acuesto muy temprano, a veces a las siete y media; pero desde mi cuarto, por la ventana, muy amplia, veo el jardín, el valle negro, y a veces el reflejo de la luna en el mar lejano. Y por esa ventana veo un gran pedazo de cielo. La otra noche algunos enfermos, que pasean por el jardín hasta las nueve y media, cantaron acompañados por una mandolina. Una de las canciones era como un estribillo que oímos juntos en New York la noche que Beatriz nos invitó al pequeño *party* en casa de uno de los compañeros. ¿Te acuerdas? Apenas hablamos después respecto a aquella reunión, cuyos asistentes tengo tan presentes ahora; veo sus caras risueñas, sobre todo la del tocador de la guitarra, a quien tanto llamaste la atención; la de aquella fea, flaca y sin embargo no desagradable muchacha, con muy buena voz, que cantó el *Ave María* de Gounod; la ‘del cuento’ de Vivó y la del buen mozo de su compañero; la del Chino Li cantando gravemente la Internacional... Nuestra vida en Nueva York —a pesar de las estrecheces, las incomodidades, mi enfermedad, etcétera— se me presenta ahora como una época feliz, de luna de miel. Creo que es porque ésa fue la época en que vivimos más el uno para el otro. ¡Yo era tan feliz yendo y viniendo contigo! ¿Te acuerdas de nuestros viajes a La Perla? ¿Y de nuestra primera excursión al Bronx, en que yo creí vivir algún cuento encantado de la niñez? Es una característica de los enfermos de tuberculosis hacer proyectos de felicidad: no sé si es por eso que todavía espero gozar contigo ratos de felicidad colectiva y personal.”<sup>410</sup>

---

410 Ibidem, pp. 444-445.

Le cuenta a su hermana Judith la vida monótona y aburrida que hace, “mucho más aburrida aún que la de la Quinta de Dependientes, pues allí iban a verme los amigos y compañeros, ustedes mismo [*sic*] y Asela; aquí he hecho buena amistad con algunos enfermos, pero, naturalmente, muchos no están ligados a mí más que por la coincidencia en este sitio. El lugar es muy bueno, con un gran clima, y el paisaje es magnífico. En realidad estoy magníficamente instalado y tratado. Aquí permaneceré..., no sé todavía cuánto tiempo. Acaso hasta el mes de febrero o marzo, en cuyo último mes hará ya un año de mi salida de Cuba”.<sup>411</sup>

Y concluye el texto con un consejo cariñoso y un arranque nostálgico: “Tú, Chona, debes no dar muchas clases orales; recuerda tus padecimientos de la garganta: yo sé lo que son las clases orales, cómo agotan y cansan, especialmente la garganta. Últimamente ha descubierto un médico que tengo “amigdalitis hipertrófica”, acaso sea de lo mucho que he hablado en mi vida. Pero todavía tengo esperanzas de hablar más. Y de volver allá (para seguir la lucha) [...]”.<sup>412</sup>

Mientras Moscú empieza a ceñirse de alburas en noviembre, en la costa del Mar Negro la temperatura ha ido descendiendo, paulatinamente, con el avance del invierno. Sin embargo, la fronda mantiene su brillo, el sol su fuerza y el cielo su tersura. Es un friecillo seco y agradable, que tonifica los pulmones y aguza el apetito. Bien abrigado y animoso, Rubén recorre diariamente los bosques aledaños al sanatorio.

Volvía de su caminata matinal cuando arribaba el correo. Se apresura baldíamente. ¡Nada! Casi tres meses datan de la última correspondencia de Asela. Escuetas noticias que han incendiado sus cavilaciones: el trágico saldo de la manifestación estudiantil, Rafael Trejo mortalmente tocado por un proyectil calibre 45, Pablo de la Torriente Brau con el cráneo sangrante, Isidro Figueroa herido de bala, estudiantes apaleados, Juan Marinello preso.

Ha recibido, en cambio, de Moscú, algunos recortes de la prensa cubana, que tampoco puntualizan mucho, salvo el fallecimiento de Trejo y su multitudinario sepelio. Ignora, empero, el alcance político y la significación popular de los sucesos. Desconoce todavía, en suma, que aquella combativa jornada, en la cual participan estudiantes de todas las ideologías y varios militantes comunistas —expresión en el campo de la pequeña burguesía radicalizada del proceso revolucionario que puso en marcha la huelga de marzo de 1930— ha registrado el inicio de la ruptura abierta de hostilidades del pueblo cubano contra la tiranía de Machado.

Después del forzado reposo del mediodía, Rubén le escribe largamente a Asela. Hace un recuento de las cartas que le ha enviado y de las que ha

---

411 *Ibidem*, p. 449.

412 *Ibidem*, p. 450.

recibido. Se queja, con hiriente amargura, de la desidia e insensibilidad de los compañeros de Moscú, a quienes imputa su incomunicación. Le habla de su creciente mejoría. Pero su preocupación cardinal es el aislamiento que padece y el afán desesperado de retornar a la batalla. Y concluye: “Yo me siento ya en condiciones de hacer sin peligro el viaje de regreso. Enseguida que políticamente sea posible debo regresar a Cuba. Claro que no me convendría llegar para ser puesto en la cárcel: como agitación, eso no vale nada, y me haría un gran daño físico. Pero acaso eso se pueda evitar. En fin, ustedes saben qué conviene: yo espero noticias u órdenes. [...]”

”Quiero —te exijo— que te cuides; recuerda que eres débil, y tómate tu tiempo de descanso. Yo sé —ahora— lo importante que es eso para poder trabajar con eficiencia y continuidad.”<sup>413</sup>

Justamente diez días después le escribe una carta por triplicado, que remite por tres vías distintas. Acaba de saber que Vivó le ha comunicado a Gonzalito<sup>414</sup> la noticia de su muerte difundida en La Habana.

En otra misiva vuelve al tema político: “Tampoco tengo noticias del movimiento y de la situación en Cuba, más que las referentes a los sucesos del 30 de septiembre [...]. ¡Esto es horrible! ¡Cuántas cosas estarán pasando y yo aquí ignorante de todo y engordando [...].”<sup>415</sup>

El 6 de diciembre, cumpleaños de Asela, le escribe una carta angustiada: “Tu carta de 30 de septiembre me llegó el 3 de noviembre y después... ¡nada! Ni una letra; es horrible esta situación; imagino cosas horribles, que estás presa, que estás herida o te han matado en un tiroteo con la policía, que estás muy grave, enferma quién sabe de qué. [...]. ¿Será posible alguna de esas desgracias? ¿Por qué no tengo cartas tuyas? ¿Por qué los compañeros de Moscú no me mandan más noticias sobre Cuba? ¿Escribirás y los intermediarios no enviarán las cartas? [...].”

¿Qué habrá ocurrido en Cuba después del 30 de septiembre? Sólo sé por un periódico semanal que se edita en inglés en Moscú [...], que en Cuba se celebraron elecciones el primero de noviembre con éxito de todos los candidatos de palacio, que nadie concurrió a las urnas, que los nacionalistas recomendaron el retraimiento y que Machado anunció nuevas represiones contra los comunistas. ¿Qué será de ti? ¿Cómo vivirás? Yo desde que vine aquí tuve el proyecto de enviarte, para el día de hoy, un regalito. Tengo veinte pesos que te iba a enviar en una carta; pero con las dificultades que hay, sin saber si mis cartas llegan o no, he tenido que suspender ese envío con el que te quería dar una sorpresa. Hasta hoy la única carta que me consta que ha llegado a tus manos es la primera que te envié desde Moscú, fecha

---

413 *Ibidem*, pp. 453-454.

414 Felipe González, dirigente comunista que estudia en la Escuela Leninista de Moscú.

415 Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa*, ed. cit., t. 2, pp. 457-458.

17 de agosto. [...]. Yo estoy bastante mejorado. He ganado quince libras en siete semanas. Peso ahora ciento veinte libras. No tengo fiebre, tampoco expectoración, y muy poca tos. No fumo: como bien y hago mucho reposo. Aquí hay un poco de frío.”<sup>416</sup>

Vuelve a escribirle al día siguiente. Ha recibido dos cartas de Moscú: “una —le dice— contenía un sobre, escrito por tu mano, y dentro una carta de David y dos manifiestos. En el de Defensa Obrera Internacional están escritas por ti unas palabras, tres líneas, pidiéndome dirección para literatura. Por lo que dice el sobre veo que estás enterada del sitio en que estoy. Por las pocas líneas que escribes, supongo que antes me has enviado una carta —que no he recibido aún, tu última en mi poder tiene fecha 30 de septiembre. La otra carta de Moscú era de Gonzalito [...], y me copiaba parte de una información del *New York Times* del 14 de noviembre, hablando de choques en las calles de La Habana, muertos, heridos, arrestos en masa, suspensión de las garantías en La Habana y sus alrededores, del ejército patrullando la ciudad, etcétera. Parece haber habido un serio motín, con choques en diversos sitios de la ciudad [...].

”...imagina mi angustia al ver precipitarse los acontecimientos —que previmos—, pero estando tan lejos del teatro de la lucha.

”¿Estarás herida? ¿Te habrán asesinado en un tiroteo? ¿Estarás presa? ¿Qué ocurrirá? ¿Y qué hace el Partido? ¿Qué los Nacionalistas? ¿Qué papel han jugado uno y otro en estos acontecimientos últimos? ¿Qué es del Chico, está ya repuesto de su enfermedad? [...]. El Partido, ¿se ha legalizado ya francamente o no? ¿Cómo se ha portado el campo con relación a los combates de calle de La Habana? ¿Ha habido repercusión de las luchas en el interior?”<sup>417</sup>

Las vísperas del nuevo año amaneció nevando en medio de una luz radiante. Alados copos se han posado como blancos pajarillos en los pinares, infundiéndole al paisaje un alegre aire de postal navideña. En la lejanía azulosa del mar, bandadas de gaviotas retozaban picoteando las espumas y la humareda de los barcos se esparcía morosamente, enroscándose en los celajes. Forrados hasta el cuello con gruesa lana, los enfermos se amontonan, bulliciosos, en las galerías, atraídos por el inusitado espectáculo. Pero Rubén Martínez Villena ha preferido contemplarlo desde la ventana de su habitación. Y allí permanece absorto, hundido en sí mismo, atormentado por sus recuerdos y añoranzas. Apenas prueba el humeante caldo pletórico de coles y albóndigas. Y cuando retorna a su cuarto se cubre la cabeza con la almohada y, al rato, se pone a escribir: “Estoy muy aislado de Cuba. [...]. Estoy muy impaciente, deseando saber, al menos, qué está ocurriendo. [...].

---

416 *Ibidem*, pp. 459-461.

417 *Ibidem*, pp. 462-463.

”Tengo unos deseos inmensos de volver a Cuba. ¿Cuándo será? Ya estoy bastante repuesto, peso ahora ciento veintiocho libras, y ardo en ganas de ‘entrar en acción’. Aquí me agoto de monotonía, de tedio, de fastidio, de no hacer nada. Yo creo que a fines de febrero (dentro de dos meses) podré ir a Moscú y allí se decidirá, qué debo hacer: pero mi deseo y mi opinión es regresar a Cuba, o al sur de los Estados Unidos, en caso de que lo primero se considere malo o imposible.

”Hoy es el último día del año, de este año tan lleno para nosotros de acontecimientos, de emociones diversas, de alegrías y de penas.”<sup>418</sup> Y el esplendor barroco del crepúsculo o encontró resonando, con melancólico gozo, aquellos días remantes, audaces y fecundos de la huelga de marzo.

En los albores de enero recibió letras de Judith y de Miguel Gener. A la hermana le resume su estado de espíritu en una frase: “La vida aquí es tan aburrida como un paseo de carnaval.”<sup>419</sup> Y al asiduo parroquiano de “El Café del Café”, donde solía reunirse antaño con sus compañeros de oficina, le expresa con lapidaria certeza: “Aunque tardíamente, voy conociendo aquí, por periódicos y cartas, los sucesos que tienen lugar en Cuba; veo a través de esos sucesos el calvario del pueblo. Menos mal que al final de ese calvario el pueblo no se alzaría sobre una cruz, sino sobre una barricada. Y después se alzaría también sobre el poder.”<sup>420</sup>

Emprende con su padre, suscitada por éste, porfiada aunque ceremoniosa polémica, en torno a sus dispares concepciones del mundo, de la vida y de la historia. El acero herrumbroso de Luciano Martínez, prototipo criollo del liberal decimonónico, se mellaría, aún más, al entrechocar con la hoja reluciente, templada y flexible del hijo. No obstante, sin ceder una pulgada ideológica de terreno, aquél se hace lenguas, en sus efusiones familiares, de la prosa brillante, la argumentación tundente y la sabiduría copiosa de su filial contrincante. No sólo le sirve el lance a Rubén de gimnasia intelectual: también le divierte.

Un largo silencio media entre la última carta de Asela y la que llega el 24 de marzo. La lee y relee sin salir del estupor que le ocasiona esta pregunta de sopetón: “¿Me iré al fin a Moscú, en abril o mayo?”<sup>421</sup> Y, a renglón seguido, le urge a comenzar los trámites pertinentes.

A pesar de su ansia de reunirse con ella y habérselo expresado más de una vez sin vencer los titubeos de Asela, la idea reñía ahora con su empecinado afán de retornar a Cuba cuanto antes. Medita bien la respuesta. Y empieza puntualizándole: “Yo quisiera —en todo sentido— que tú vinieras, es decir,

---

418 Ibidem, pp. 464-465.

419 Ibidem, p. 468.

420 Ibidem, p. 469.

421 Ibidem, p. 472.

por mí y por ti.<sup>422</sup> Pero a continuación arguye: “Ahora bien: todo esto está supeditado a que yo me quede o no en Moscú. El Chico tiene esa opinión: yo tengo otra: y al cabo el Partido de Cuba y la S.L.A. del Com. [Sección Latinoamericana del Comintern], decidirán en último extremo. Yo no sé qué harán conmigo. ¿Cómo hacer gestiones ya para tu viaje, como tú me indicas, si yo no deseo quedarme en Moscú y sostendré allí mi propósito de marcharme? Yo me quedaré sólo en el caso de que el Partido me lo ordene o lo resuelva así la Sección Latinoamericana. Si el Partido —no sólo el Chico— decide eso, inmediatamente yo comenzaré las gestiones para tu viaje. Personalmente, ¡cuan agradable me sería vivir y trabajar aquí un tiempo contigo! ¡Es casi un sueño!... Si tú supieras, la extraña sensación que produce el no estar perseguido, el ver al ejército como *nuestro* ejército, a la policía como *nuestra* policía, a la prensa como *nuestra* prensa... Y cuando pensamos en los compañeros, en los hermanos queridos que están allá lejos bajo el régimen del crimen y la barbarie del capitalismo agonizante, cuan amargo resulta ese hermoso contraste [...].”<sup>423</sup>

Abrió el grueso paquete de periódicos y revistas que le había traído el correo. La publicación de algunos data de meses. Hojeó los números de *Carteles* y de *Bohemia* y al revisar el índice de una *Revista de Avance* — fechada el 15 de junio de 1930— tropezó con un título que lo subyuga: “Palabras de Varona”. Las motiva la solicitud de Jorge Mañach después de una conversación que han sostenido.

“Desea Ud., Dr. Mañach, que repita para ‘1930’ lo que dije a Ud., sobre nuestra situación y la del mundo. Voy a complacerlo” —empieza el texto. Y continúa de esta guisa, que vale reproducir íntegramente:

“Por curioso contraste, Ud., en plena juventud y en plena ebullición productora, se ladeaba hacia el pesimismo, y su interlocutor, fatigado por la vida, parecía husmear hálitos de esperanza. Y me pedía Ud., que los trasmitiese a esa juventud que busca orientación, como la aguja imanada [*sic*] busca el Polo.

”Ojalá pudiera yo señalarle la ruta con dedo seguro. No me arriesgo a tanto. Pero sí a aconsejarle que se fije en las señales de un despertar de la inquietud creadora, que por todas partes se advierte. Va desvaneciéndose la cerrazón que pesaba sobre la conciencia, y se anhela salir del marasmo en que la dejó la gran catástrofe.

”Fijémonos primero en lo nuestro.

”En cuanto va de año, apenas pasa una quincena sin que se produzca alguna manifestación del desasosiego público. El pueblo se ha incorporado; parece tantearse el cuerpo gigantesco, y tratar de convencerse de que sus miembros

---

422 Ídem.

423 Ibidem. p. 473.

no están ya agarrados. Acontecimientos de suma trascendencia se han ido sucediendo. Desde los grupos de estudiantes intrépidos, conscientes del derecho, hasta las imponentes reuniones públicas de la nueva agrupación política y el despliegue de las masas obreras, en forma de avalancha irresistible, el Día del Trabajo.

”Vuélvase la vista atrás, muy poco atrás, y quedará patente el contraste. Sea cual fuere la honda causa, si alguna causa interna existe, el hecho innegable, lleno de enseñanzas y promesas, es que el país ha vuelto a darse cuenta de su fuerza. Porque sólo en su complicidad, querida o consentida, pueden los gobiernos alzarse a la dominación.

”Nos importa mucho ver todo lo que envuelve ese concepto. La energía social radica en el cuerpo social, o hablando con más propiedad, en el consensus de las voluntades individuales en su propósito colectivo. El gobierno, hombre o grupo, procura manejar esa fuerza, cualesquiera que sean sus fines, en provecho particular o en provecho general. Pero no lo puede sino en tanto que sus gobernados lo dejan hacer.

”Dirijamos ahora la vista más lejos.

”En torno nuestro, desde lo más próximo a lo más remoto, parece el mundo en período de gestación. El añoso árbol de la civilización occidental fue sacudido y casi derribado por la Guerra, que arrebató sus ramas en furioso torbellino de sangre. Pero sobre el viejo tronco pululan verdes renuevos. La reacción que sobrevino en el Occidente y en el Sur de Europa era natural y también naturalmente transitoria. La centralización pasará, la dictadura pasará, el fascismo pasará. En cambio, observemos estos hechos que van a lo hondo.

”La forma republicana se extiende por el centro y el sudeste europeo; la confederación soviética se esparce por la inmensa Rusia; China es república; la India se sacude y pone en pie. Oigamos la voz resonante de nuestra América: es saludo a nuevos tiempos; y en el viejo Anáhuac cristaliza otra forma de organización de la propiedad. El indio se transforma.

”¿Y el colosal imperio americano? Su sombra ingente se proyecta sobre nosotros, sobre nuestros vecinos. Tremenda amenaza silenciosa, que va paralizando como secreta ponzoña nuestros miembros. íncubo que chupa nuestra sangre.

”Sin vacilar respondo. El imperialismo americano ha llegado a su cúspide. Y a las cúspides se puede llegar; en ellas no es dable permanecer. La era del imperialismo ha completado su trayectoria. Un hindú, con la vista fija en las estrellas, se ha levantado para decir a la grande Albión: “Tienes que detenerte: ya es la hora.” Y volvemos a contemplar el singular espectáculo del pastor israelita amagando con su honda certera al Goliat atontado. La potente federación de Norte América, a su vez, ve surgir en su seno hombres agitados por el espíritu de la verdadera libertad, que claman hacia nosotros: “De donde

os va la amenaza, os irá también el aliento. ¡En pie, pueblos del Caribe! Las comunidades humanas no valen sólo por sus millones en hombres y en oro, sino principalmente por lo que realizan en la región superior del espíritu.”

”A mi vez, les hago coro, Dr. Mañach, y digo a los nuestros: ‘El mundo se transforma; hagámonos dignos de vivir en los tiempos que alborean’.”

—¡Viejo extraordinario! —exclamó Rubén al concluir la lectura—. Mientras Mañach se aferra desesperadamente a lo establecido, él se encara al futuro con juvenil optimismo. No exageró Mella al declararlo maestro de nuestra juventud revolucionaria. Sin duda, estas palabras revalidan el título... Y enderezó sus pasos hacia la soleada galería.

Mientras almorzaba, revolotearon en su memoria imágenes de los tiempos en que se empeñó en atraer a los intelectuales jóvenes a una posición combativa, antiimperialista, revolucionaria. Su prédica tenaz encuentra resonancia en varios y, más de una vez, conseguiría alinear al Grupo Minorista en significativas protestas en defensa de la soberanía nacional, las libertades democráticas y el progreso social. Refulgía, como ninguna otra, sin embargo, la evocación del viejo patriota al estampar su firma al pie de la carta pública a Machado, en demanda de la inmediata excarcelación de Mella, que muchos escritores y artistas, por miedo o conveniencia o instintiva razón de clase, habían rehuido suscribir.

Cuando más ilusionado andaba con la perspectiva de reunirse con Asela, inesperadamente recibió carta de ésta — fechada el 28 de febrero — en que le sugiere irse un año a un sanatorio de Suiza a completar su curación. “Acaso —repuso— eso es razonable, pero es muy difícil: acaso es imposible. [...] yo quisiera curarme, pero creo que eso es prácticamente un sueño. Podría acaso con más de un año de sanatorio, recuperar la salud casi por completo, pero volveré a caer al poco tiempo de comenzar la lucha. Esto es lógico; no es lirismo. Aquí hay otros sanatorios: esto sería más fácil que irme a Suiza [...]. *Añade a mi deseo de incorporarme a la lucha mi deseo —no lo olvides— de volver a ti. Todo me inclina a no seguir el consejo de Juan.* ¡Otros seis meses en un sanatorio! ¡Qué horror! ¡Qué sabrosa vida!, mientras los demás se matan luchando y yo sé que puedo ocupar un sitio en la trinchera!

Si yo me quedo un tiempo aquí, en Moscú, o en la URSS, *yo quiero que vengas [...]. ¡Ven!, o yo iré a ti.*<sup>424</sup>

La primavera esplendía ya en la costa del Mar Negro. Retoñan las flores, verdean los árboles, atéstanse las playas, fulguran las mariposas. El 26 de abril, nueva carta de Asela, cargada de amor y de fotografías. Le responde con requiebros, reconvenciones y esclarecimientos. Y, en lo que respecta al problema personal de ambos en el futuro, puntualiza: “Yo tengo ya sobre esto hecha una decisión, pues es la misma que tengo en el orden político:

---

424 Ibidem, pp. 477-478



volver a Cuba. *Tú eres la que hasta hace poco tenías —y aún tienes— indecisión respecto de venir o no a Moscú.* Pero tú comprendes muy bien que tu problema personal y el mío están en *segundo lugar*, y que *primero* hay que ver lo que *tenemos* que hacer y lo que *nos manden* a hacer, que es lo mismo, pues al fin y al cabo nuestros organismos nos encargarán hacer lo que las circunstancias exijan.”<sup>425</sup>

No le oculta tampoco que ha estado recluso una semana en el cuarto con una pleuritis. Bajó de peso y perdió el apetito. Pero ya se siente mejor.

La noticia es un simbombazo. El partido cubano lo ha designado su representante en la Internacional Comunista por tiempo más o menos indefinido. “Yo sé —le escribe a Asela— que es cierto lo que el Chico me dice, en cuanto a nuestro abandono y a la necesidad de un defensor, de un reclamante, de un “propagandista” aquí. Naturalmente que nada objeto al acuerdo del Partido, aunque mantengo y mantendré la opinión de que inmediatamente que haya posibilidades políticas debo regresar a Cuba.”<sup>426</sup> No escaparía a su fina sensibilidad que aquella dramática decisión está inspirada por la preocupación y el cariño de sus compañeros. Lo quieren vivo y sano.

Otro simbombazo. El 20 de mayo debe partir hacia Moscú. Minucioso reconocimiento médico el día anterior. La fluoroscopia arroja datos optimistas: la caverna en el pulmón derecho se ha reducido a menos de la mitad de su tamaño. Su estado general es bueno, la temperatura normal y recuperó dos libras de las seis que le arrebató la pleuritis. Sabedores de la larga permanencia que le aguarda, los médicos le recomiendan ahora el neumotórax. Uno de ellos le asegura que podrá curarse en un año o año y medio. Salió del consultorio entre regocijado y perplejo. Y en seguida se lo comunicó a Asela, despidiéndose hasta su próxima carta, que será desde Moscú.

En un barco blanco, de larga chimenea escarlata con una estrella dorada, rápido andar y muy confortable, Rubén hizo el viaje por mar a Sochi. No abandonó la cubierta de popa, azotada por fuerte brisa, hasta que la silueta del sanatorio se esfumó en el horizonte. Pisarla el andén de la estación central de Moscú en la mañana del 23 de mayo. Lluve continuamente, el viento silba y la escarcha deslíese en las calles espejeantes de la ciudad. Pero su corazón latía con tropicales hervores. Los revolucionarios cubanos residentes en la Unión Soviética lo han recibido con cálidas efusiones.

---

425 *Ibidem*, p. 480.

426 *Ibidem*, p. 482.

El regreso a Moscú, después de un año de forzoso apartamiento, entrañaría un cambio radical en la vida de Rubén Martínez Villena,

Se hospedó en un hotelito aledaño al local del Secretariado Latinoamericano de la Internacional Comunista. Advertido de su estado de ánimo, cuando Rubén visita a Enmanuel Manuilsky, secretario general de la organización, éste departió largamente con él sobre la situación en América Latina y acerca de los problemas estratégicos y tácticos de la revolución socialista en los países coloniales y semicoloniales y se despide del luchador sediento de pelea en tono entre afable y admirativo, con estas palabras:

—Se lo repito. Usted se ocupará en el Secretariado exclusivamente de Cuba. ¿Le parece bien?

Rubén sonrió conmovido. Al fin soltaba las amarras, tornaba a la actividad revolucionaria, recomenzaba a ser útil. La decisión dista, por supuesto, de satisfacer su afán de reanudar la brega en su propia tierra, en el seno del Partido, en contacto con los sindicatos, copartícipe de los denuedos y vicisitudes del pueblo cubano, Constituía, sin embargo, al menos simbólicamente, la antesala del retorno, la vuelta al camino, la ruta hacia la patria. Además, ahora está consciente de que para un revolucionarlo responsable *la salud es primordial*, como subraya en una de sus cartas; y, por eso, se ha propuesto seguir al pie de la letra, el consejo del médico: alternar el reposo con el trabajo.

La dirigencia del Secretariado le ha proporcionado las condiciones que requiere su salud física y moral. Concorre a su despacho, reducido aunque oxigenado por dos grandes ventanas, siete horas al día. Allí mismo almuerza. Media hora de siesta en el sofá. Un vaso de leche al caer la tarde. Cada cuatro días de labor, uno de descanso. Por otra parte, el frío húmedo de la estación ha ido desapareciendo. El sol ya calienta. Moscú empieza a constelarse de flores y frondas. En sus días de asueto y los sábados y domingos suele vagar por los parques de la ciudad, como en su adolescencia erraba por los barrios de La Habana antigua. A veces, lee recostado en el césped. Uno de sus pasatiempos favoritos es sentarse junto al río y entretenerse con los pescadores y bañistas, que pululan desde el amanecer. Y lo que más le atrae y regocija es participar en los juegos de aros y pelotas de los niños, mofletudos, rosados y alegres.

Dispone para su trabajo de una excelente biblioteca de libros y folletos revolucionarios —traducidos muy pocos al español y muchos al inglés y

francés— y de una hemeroteca bastante nutrida de periódicos y revistas latinoamericanas. El anaquel correspondiente a Cuba, convergencia de su interés y su pasión, era, por desgracia, el más desprovisto y atrasado. Tratar de ponerse al día fue la primera tarea que Rubén se impuso.

Con rítmica frecuencia, Rubén se reunía en su oficina con los comunistas cubanos y latinoamericanos a la sazón en Moscú. Honda contentura le produjo el reencuentro con Ramón Nicolau y Alejandro Barreiro. *Monguito* cursaba estudios de adiestramiento político e ideológico en la Escuela Marxista-Leninista, fundada por la Internacional. Ahora cargaba con responsabilidades mayores en el Partido y se había consagrado al cumplimiento de sus nuevas obligaciones y deberes. Pero seguía siendo el mismo de siempre: decidor, simpático, chispeante, alegre, dispuesto. Alejandro procedía de México, donde, a raíz del asesinato de Mella, estuvo preso en la cárcel de Lecumberri y sometido a horribles suplicios. Ha envejecido increíblemente y sufre de serios trastornos psíquicos. Cuando Blas Roca lo ve, años después, a su paso por España, desvaría a menudo y casi ha perdido la memoria. Rubén, que lo quería y apreciaba de veras, trata con especial cariño y deferencia al encandilado líder de la Federación Obrera de La Habana. No sólo había trabajado estrechamente con él en inolvidables condiciones de aislamiento, acoso y represión: Barreiro ha sido también, con Alfredo López, uno de sus maestros en la lucha sindical.

Aunque las discusiones versaban sobre variados temas y situaciones en América Latina, Europa y Asia —principalmente la revolución china— con sus mañas dialécticas Martínez Villena acababa por centrarlas en Cuba. Entendía que, de todos los países del área latinoamericana, era el único que maduraba efectivamente en su seno una revolución socialista. Naturalmente, tales apreciaciones promovían agrias respuestas de los representantes de Argentina, Brasil y Colombia. Pero Rubén insistía y volvía a insistir arguyendo razones inobjetables y demostrando con hechos la validez de su punto de vista.

No era faena fácil ni estaba a la vista la conquista del poder por la clase obrera. Era ésa, sin embargo, la dirección estratégica que ya había tomado históricamente el curso de los acontecimientos. El tramo por recorrer del proceso de liberación nacional es todavía bastante largo. Mas los factores conducentes a la revolución socialista empezaban ya a perfilarse con claridad. Es cierto que ese resultado dependía, en gran medida, de la integración en el cauce antiimperialista, patriótico, democrático y antimachadista, de las fuerzas concurrentes y coadyuvantes bajo la hegemonía del proletariado. Era ésa la tarea principal. No es tan hacedero, sin embargo, alcanzar ese propósito si no se conseguía vertebrar un frente popular antiimperialista que incluyese, con personalidad propia, al movimiento nacional revolucionario. Pero hasta

ahí no llegaba Rubén y, mucho menos, los revolucionarios latinoamericanos, profundamente intoxicados por el sectarismo, el dogmatismo, el divisionismo y el extremismo. Tenía, empero, razón en la perspectiva de su planteo teórico. Y, por eso, reclamaba obstinadamente que se priorizara la solidaridad con el movimiento revolucionario cubano, de los partidos comunistas y de las fuerzas antiimperialistas del continente. Horas y horas se invirtieron en este áspero debate. Nunca se excluyó del orden del día.

Una de las polémicas más intensas giró alrededor de la estructura de la actividad sindical azucarera en Cuba. Rubén sostenía, desde hacía ya varios años, que los trabajadores agrícolas e industriales de ese ramo debían y podían fundirse en un solo sindicato, como él mismo ha comprobado en fructuosas microexperiencias en Bainoa, Catalina de Güines y Jaruco. La cuestión, que se impugnó tenazmente por algunos conductores del Partido, hubo que someterla a la consideración de la Internacional Sindical Roja y ésta expresó su absoluta concordancia con la tesis del líder cubano. No tardará en aparecer en la Isla el potente Sindicato Nacional Obrero de la Industria Azucarera, cuenco materno de la Federación Nacional de Trabajadores Azucareros, que encabezaría el corajudo y lúcido dirigente Jesús Menéndez, asesinado, después de hazañas sin cuento, por el gobierno de Carlos Prío.

Hubo siempre un tópico sobre la mesa: la Unión Soviética. El país de la egregia proeza de Octubre apenas se reponía de los terribles, estragos de la invasión extranjera y de la guerra civil. La campaña de calumnias del imperialismo y su pertinaz hostigamiento económico dificultaban el proceso de recuperación. *Kulaks*, contrarrevolucionarios y técnicos extranjeros, con ramificaciones en algunos sectores de la burocracia, se habían confabulado en el criminal propósito de minar la sociedad soviética. Sucedíanse atentados y sabotajes a la producción y los servicios públicos. La hidra de la conspiración reaccionaria asomaba sus cabezas, de vez en vez, en círculos dirigentes. Pero el primer estado de obreros y campesinos se enfrentó implacablemente a sus enemigos, y los derrotó al cabo. Ya por ese tiempo, próximo a la conmemoración del décimo cuarto aniversario de la revolución, la situación había cambiado notablemente. Se reparó y hermoseó la capital. Un año después se iniciaron las obras de construcción del metro, uno de los más limpios, rápidos y bellos del mundo. Los frutos del primer plan quinquenal se palpaban ya en todos los órdenes. El nivel de vida ascendió. Se amplió la maquinaria industrial y los tractores hicieron irrupción en el campo. No cabe dejar de señalarse que, no obstante sus agobios económicos y carencias, la Unión Soviética, consecuente con el principio del internacionalismo proletario, consustancial al régimen socialista, prestaba ayuda decisiva a la revolución china y contribuyó constantemente al auge del movimiento nacional revolucionario que dirigía en Turquía Mustafá Kemal Atatürk.

Pero si Rubén, como dijera Carlos Rafael Rodríguez, dio siempre a la teoría la importancia y el rango que merecen, jamás olvidó el rango y la importancia de la práctica y, mucho menos, el vínculo recíproco que las liga. No podía ceñirse, por lo tanto, a los libros y a las discusiones. Y así empezó a alternar sus esparcimientos, que tanto favorecían su salud, con sus visitas a fábricas, granjas, escuelas y museos. “No tengo tiempo que perder en mí mismo” —se decía en sus soliloquios. Quiso ver y comprobar, por cuenta propia, la acción creadora del socialismo. Materializando una vieja ilusión, se arriesgó un día a viajar hasta la lejana central hidroeléctrica de Dniepropetrovsk, la más grande y potente del mundo por aquellos años.

Este ajetreo iba deteriorando la disciplina que se había impuesto Rubén. Si al principio cumplió estrictamente el plan médico, poco a poco empieza a infringirlo. Violó cada vez más el reposo después de almuerzo. Se acostaba tarde. Fumaba a escondidas. Cometía disparates. Un severo catarro lo mantuvo varios días en cama. Desde su arribo a Moscú, ha perdido seis libras. Y, aunque se da cuenta de que está volviendo a las andadas, se va dejando llevar por la corriente y llega un momento en que hace lo que le viene en gana. No cuentan las reconvenciones y advertencias de sus compañeros.

Sueña ahora, dormido y despierto, en reunirse con Asela. Le escribe y, a la postre, la convence. Ésta arranca de La Habana con sus habituales aprensiones y llega el 2 de julio a Moscú, tras de un accidentado viaje. Es un día de inolvidables emociones para ambos. Se sienten colmados de dicha. Y les parece que la vida se ha reducido, momentáneamente, a su amor, que retoña con lírico frenesí.

Consiguieron una cómoda y ventilada habitación en un hotel cercano al Moscova. Desde el amplio ventanal se divi” saba una panorámica partida por el trémulo fulgor del río y, casi tocándose con los dedos, la masa pétreo del Kremlin y el abigarrado complejo de iglesias y edificaciones que se alza dentro de la Plaza Roja. Solían cenar en un restaurante contiguo al hospedaje. Ya Rubén se había adaptado a la culinaria soviética y hasta degustaba sus matices. Asela, en cambio, añoraba los aliños y los platos criollos.

La ronda al mausoleo en que yacía el cuerpo de Lenin en un túmulo de cristal fue la primera visita pública de Asela. Muy apretada a Rubén y la respiración contenida, se adentran, paso a paso, en la severa cripta de mármol rojo oscuro que parece elaborado en la paleta de Rembrandt. Se detuvieron unos segundos: la frente abombada y la perilla de azafrán del genial conductor emergían vivas del prodigioso juego de luces. Diríase que está a punto de despertar.

Cuando retornan a la Plaza Roja, repleta de una multitud ondulante que se pierde en el atrio de la catedral de San Basilio el Magno, Rubén susurró:

—Lenin dio el ejemplo. En épocas de estoicismo forzoso para el pueblo, los dirigentes deben prodigar su estoicismo voluntario...

Generalmente, Asela lo acompañaba a la oficina. Leía o conversaba con los cubanos que acudían a verlo. Almorzaban tarde y adiós al reposo, no obstante las reprimendas de la esposa. A veces, cuando las discusiones se prolongaban, y no era infrecuente, Rubén regresaba al hotel sin haber comido. Ya los restaurantes han cerrado las puertas. Solía entonces ingerir un vaso de leche. Pero sus energías permanecían intactas. Los días de asueto o feriados recorrían la vasta ciudad y sus pintorescos arrabales. En esas improvisadas incursiones, apenas la fatiga despunta, se refugian en un aromático bosquecillo de abedules o en un parque frondoso y platican, incansablemente, en un rústico banco o en la hierba fresca salpicada de florecillas. Rubén pudo enterarse así, con lujo de detalles, de cuanto había acontecido en Cuba desde su salida, tanto de los sucesos políticos como de la vida menuda de su familia y de sus amistades personales. ¿Y cómo está *Pepe*? ¿Qué hace? ¿Y *Chona* y *Tere* y *David*? ¿Y el sobrino bolchevique? ¿Y Ramos y Gener? ¿Todavía Serpa pregunta por mí? ¿Y...? Nunca dejó de preocuparle el prójimo. Era la negación misma de la mineralización humana.

Supo, durante esos paliques, del intento de golpe militar subsiguiente a la caída de Trejo y de la frustrada conspiración castrense de fines de diciembre de 1930, que puso en estado de alerta al Partido. Y supo, asimismo, de la constitución, en los albores de 1931, del Ala Izquierda Estudiantil, que lo alienta sobremanera. Las posiciones, cada vez más politiqueras, del grupito de oportunistas y aprovechados que se habían adueñado de la dirección del Directorio Estudiantil Universitario, traen como consecuencia la definición y el deslinde. ¿Y cuál es la línea del Directorio ahora? Mientras los vivarachos cocinaban en la sombra fórmulas proimperialistas de avenimiento o compadrazgo con los primates de Unión Nacionalista, los más honrados, patriotas y consecuentes habían optado, jugándose la vida, por el petardo, el sabotaje y el atentado justiciero, a fin de mantener en jaque permanente a la tiranía. Asela le refirió, minuciosamente, el difícil derrotero del Partido, no obstante firme, sacrificado y audaz como siempre, y, a la par, enumeró los zigzagueos de Unión Nacionalista. Según el rumor callejero, andaba organizando una conjura militar, con la cooperación de Menocal y sus conmiltones, ávidos de compartir la riqueza y el poder.

—¿Y Pablo? ¿Qué es de Pablo? ¿Recibió mis versos?

—Sí, y se rió mucho. Está en plena pelea. Es uno de los fundadores del Ala Izquierda con Raúl Roa, Manuel Guillot, Ladislao González Carbajal y otros estudiantes. La mayoría de los expulsados del 27 se han agrupado en el ala. Chibás, desde luego, se quedó en el Directorio...

El ajedrez había sido antaño uno de los mayores entretenimientos de Martínez Villena, sobre todo cuando estuvo recluido en la Quinta de Dependientes y, después, aunque no tanto, a causa de su ácido humor, en el sanatorio. No es, desde luego, un maestro en la difícil ciencia de manejar diestramente reyes, caballos, torres, alfiles y peones. Mas jugaba ajedrez con pasión y habilidad. Solía decir que era la diversión intelectual más útil existente: la define como el placentero entrenamiento de la razón discursiva. Su vida turbulenta le ha impedido, durante los últimos años, asomarse apenas al tablero. Con el arribo de Asela, que le trajo uno diminuto de ébano y marfil para que distrajesen sus ocios, le retoñó la afición y disfrutaba horas de ensimismamiento, elucubración y reposo, que hartamente necesitaba. A título de curiosidad, digamos que Rubén es adicto a la apertura de Ruy López y al gambito predilecto de José Raúl Capablanca, a la sazón campeón mundial del señero deporte. Inquieta por sus apremios y descuidos, Asela fomentará indirectamente, por esa vía, el descanso que rehuye.

También el cine concitaba el interés de ambos, Rubén ha sido, desde muy joven, un devoto del nuevo arte. Pero hasta ahora no ha visto un filme soviético, a pesar de su propósito, desde que tornó a Moscú, de conocer la ya renombrada cinematografía socialista. Lo dejaba siempre para el día siguiente.

Coincidió ello con la llamada segunda explosión del arte filmico en el país de la hoz y el martillo. Éste había nacido el 27 de agosto de 1919, en que se nacionalizó el cine zarista, bajo una consigna de Lenin: “El cine es, de todas las artes, para nosotros, la más importante.” Las dificultades materiales y los contratiempos de diversa índole —carencia de actores, directores, guionistas— entorpecen su desarrollo hasta liquidada la guerra civil, lo cual facilita la edificación de grandes estudios, el ascenso a los niveles técnicos necesarios y la multiplicación de las salas y, subsiguientemente, la eclosión esplendorosa de cintas que iban a ganarse jerarquía internacional, a despecho del bloque capitalista.

Vio algunos filmes audaces y conmovientes de Pudovkin —*La madre*, *El fin de San Petersburgo*, *Tempestad sobre Asia*— y *El acorazado Potemkin*, obra maestra de la imaginación creadora, fidelidad a los hechos, sensibilidad revolucionaria y portentoso dominio del movimiento de imágenes de Serguei Mijailovitch Eisenstein. Quedó pasmado. Aquella épica del arte contemporáneo se había elaborado al margen de los artificios y trucajes del estudio: su escenario se reducía a la nave sublevada y a la gran escalinata de la ciudad de Odesa. Ni maquillaje, ni escenografía, ni estrellas. El único héroe era la masa: el diálogo y fusión de dos personajes colectivos. La volvió a ver varias veces. Y, luego, varias veces también, *La línea general*, un himno

arrebatado a la colectivización de la tierra, una plástica visión de formas e imágenes, un contrapunto dialéctico de metáforas a veces incomprensible, un barroco derroche de luces y sombras.

La sofocante sudoración acrecía cuando, la camisa remangada y casi encimados en la angosta oficina de Martínez Villena, los criollos se ensarzaban en acaloradas controversias sobre la situación en Cuba. La mayoría estaba convencida de que su curso tiende, indefectiblemente, a un desenlace violento. A mediados de julio, las noticias procedentes de La Habana reflejaban los premonitorios síntomas de un golpe de mano tramado por la dirección nacionalista. Pero Rubén ponía en duda que pudiera provenir de ese lado ninguna acción de tal tipo, a menos que estuviera promovida y apoyada por el imperialismo.

“... no *gracias* a los nacionalistas —escribe por esos días a su hermano David— (como pudiera parecer a primera vista) sino *a pesar* de los nacionalistas, que se han mostrado siempre muy pacifistas, el movimiento revolucionario sigue creciendo y el motor de este movimiento es la clase obrera y su Partido, de modo tal que cualquier cosa es posible ahora en Cuba donde la situación económica es verdaderamente pavorosa; lo mismo pueden comenzar levantamientos armados aislados y espontáneos que puede producirse la renuncia de Machado.

”De todos modos están allí viviendo momentos graves y las vísperas de acontecimientos políticos de importancia. Pero así está todo el mundo. La situación en Europa y sobre todo en Alemania es muy parecida a la que precedió a la conflagración Mundial del 14 y la nueva guerra Mundial está *detrás de la puerta*. No tengo perspectiva todavía de regreso, aunque mi deseo es estar ahora allí. Nunca ha habido en Cuba una situación tan interesante como la actual: ¡Quién sabe si cuando ésta llegue a tus manos ya será otra aún de más interés que ésta que yo conozco ahora”<sup>427</sup>.

Por un lacónico cablegrama inserto en *Pravda*, ampliado al día siguiente, se entera del fracasado revolico de Río Verde y de la captura de Mendieta y Menocal, sin disparar un tiro. Justamente en las inmediaciones de ese grotesco sainete, cuando se pregonaba el estallido de la “insurrección nacionalista”, Pablo de la Torriente Brau y yo, ambos escondidos en casa de Tallet y a punto de caer presos y encarcelados en la fortaleza de La Cabaña, convinimos por nuestra cuenta en que el Ala Izquierda Estudiantil no podía permanecer cruzada de brazos frente a una eventualidad a la cual el pueblo no sería ajeno. Los revolucionarios —decía Lenin y predicaba Mella— deben estar donde esté el pueblo en cualquier género de lucha contra el *status quo*, con la finalidad declarada de impulsar y dirigir su acción por el camino revolucionario. De esas reflexiones elementales surgió la iniciativa de enmendar la primera

---

427 Ibidem, pp. 489-490.



plana de *Línea*, nuestro órgano de combate ya en prensa, y atemperarla a las circunstancias. El panfleto “Tiene la palabra el camarada máuser” —título extraído por mí, que redacté el texto, de un poema de Maiakovski— proyecta una perspectiva revolucionaria a la participación independiente del movimiento obrero, las masas populares y los estudiantes antiimperialistas. No se marginó tampoco de los hechos el Directorio Estudiantil Universitario.

Millares de obreros, campesinos y estudiantes estuvieron prestos a empuñar las armas. Pero ni éstas se proporcionaron ni se contó con ellos en ningún sentido. Ilusamente, los caudillos pusieron todas sus esperanzas en el concurso del ejército y el apoyo de Washington. Pero no poca gente del pueblo acudió a la cita y se lanzó al campo con escopetas y machetes. La cobarde rendición de los jefes costó numerosas bajas a los insurrectos embaucados y la pérdida del general Francisco Peraza, que se sublevó con un puñado de jóvenes y, al ser sorprendido, fue asesinado en Loma del Toro. El gesto impar del pundonoroso mambí, la titánica resistencia de Arturo del Pino en una casa asediada de Luyanó y la épica proeza de los expedicionarios de Gibara iluminan el desastre y renuevan la fe.

Martínez Villena sabía después, por recortes de la prensa cubana, que entre las víctimas figuraba su primo Magoon. En carta a sus familiares de Alquizar, anota dolorido y colérico: “Desde que supe que había movimiento en la provincia de La Habana, pensé en ustedes y temí alguna desgracia. Pero de todos modos, mi sorpresa fue horrible cuando supe la verdad. [...]”

”Era mi buen Magoon, que jugó con nosotros, que vivió y estudió a nuestro lado, y que ha sido asesinado, entre el gobierno y los líderes farsantes del alzamiento.

”Si mi corazón no estuviera ya lleno de odio por los culpables de tanto crimen, ahora lo hubiera sentido por primera vez. Yo sólo quiero reponerme de mi enfermedad para dar todas mis fuerzas a la venganza de tanta víctima.”<sup>428</sup>

El embarazo de Asela cambió súbitamente el panorama. No fue una insensatez. Ya un ginecólogo le había recomendado la conveniencia biológica de tener un hijo. Sin embargo, lo importante era que satisfacía su más noble anhelo: prolongar en sus entrañas la vida de Rubén. Se sentía infinitamente feliz. Pero los trastornos y achaques del nuevo estado le habían afectado la salud física y moral. El frío húmedo del otoño, por otra parte, le molestaba sobremanera. Para evitar males mayores, ambos decidieron su inmediato regreso a Cuba. Mas antes de irse, Asela quiso, para su sosiego, que Rubén se hiciera un chequeo clínico completo en el hospital del Kremlin.

La situación pulmonar permanecía más o menos estacionaria, no obstante sus desaprensiones y disparates. En cambio, el análisis de sangre arrojaba un

---

428 Ana Núñez Machín: *op. cit.*, p. 238.

descenso alarmante de los glóbulos rojos. Fue una sorpresa para el especialista que, con esa anemia, pudiera mantenerse en pie.

Los últimos días de Asela en Moscú fueron de enorme trajín. Iría en tren hacia Alemania a fines de agosto y de Ham-burgo viajaría a Nueva York. Rubén la acompañó a la estación del ferrocarril, ocultando su angustia con cariñosos mimos y jocundo talante. Muda despedida. Asela lloraba. Cuando el convoy se perdió en la lejanía, Rubén sintió un vuelco en el corazón.

Los cuchillos traperos de los altibajos del tiempo lo hieren pocos días después. Fuerte enfriamiento, primero; después, bronquitis endemoniada; luego, neumonía.

Se ahondó la caverna del pulmón derecho y se reavivaron las lesiones del izquierdo. Más de quince libras bajó durante la enfermedad.

Cuando se repuso, la orden del médico fue terminante: inmediatamente retorno al sanatorio. Otra vez el recorrido ya conocido: Sochi, Sujumi, Gulprich. Solo, desalentado, tosiendo, febril. Había perdido toda esperanza, no ya de curarse, sino de mejorar. Pero ahora su propósito de volver a Cuba se ha convertido en obsesión. Y empezó a maquinarse la manera de conseguir el alta de los médicos.

Por esas casualidades de la vida, fue alojado en su antigua habitación y su médico fue el mismo que antes lo había atendido. Tornó a ser minuciosamente examinado. El rostro grave del especialista traducía el empeoramiento de su estado. Y exigió enérgicamente, de aquél, que le dijera la verdad.

—Se la diré sin ambages —repuso—. El terreno perdido es difícil recuperarlo. Está usted mucho peor que cuando ingresó la primera vez. No sólo la caverna se ha profundizado; tiene usted seriamente dañado el pulmón izquierdo. No puedo garantizarle nada...

Su epistolario con Asela se interrumpió durante varios meses. Escribía sin respuesta. Y, al fin, apareció una carta de aquélla. El propio día le contesta: “He recibido un paquete de revistas que me enviaste [...]. También me han llegado cartas de Judith, una tarjeta y un artículo de Marinello, y una copia de la carta de Roa en la polémica que conoces seguramente, así como una de éste. [...]. Conozco también la masacre del Salvador por la prensa burguesa y la nuestra. Me siento muy ansioso de entrar en la lucha, pero sin embargo, creo que permaneceré aquí hasta fines de mayo, como el año pasado.”<sup>429</sup> Guarda silencio sobre su estado.

En otra, le expresa: “...Por eso, el placer de estar aquí amargado por una especie de interior tortura [...], y se sufre algo como una angustia inexplicable, que es el dolor de gozar lo que no gozan todos; el dolor de estar en el paraíso viendo a los hombres debatirse en el infierno. Y entonces uno piensa: hay que ir allí; hay que bajar al infierno y luchar con ellos para transformar

---

429 Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa*, ed. cit., t. 2, pp. 493-494.

en victoria ese martirio.” Y agrega: “¡D.O.I.! Esta organización nueva es algo serio ya. Y será mucho más. *Sobre todo porque los obreros ven en ella al Partido*. Ésa es mi opinión. Yo reúno mis recuerdos y experiencias, sobre todo de mi último tiempo en Cuba, y veo ahora como entonces, que la clase obrera está *sedienta* de palabras políticas: *necesita y quiere* un Partido; sólo que esta voluntad todavía no es clara, pero busca aquí y allí formas concretas de expresión. Yo veo bien cuáles son allí los terribles obstáculos, casi imposibilidades, de ampliar la organización. Ahora el cambio del pelele Machado por otro títere del imperialismo sería una oportunidad [...] de romper el círculo de hierro de la represión, después, porque el proceder del nuevo gobierno sería una magnífica lección pa[ra] el pueblo, que *vería* que Mendieta es también ‘Machado’ [...].

”¡El grupo P. U. [Grupo Pro Unidad] destruido! Era la mejor falange sindical en Cuba...!

”¿Y quién será el estudiante ingrato de que me hablas sin decir nombre?

”¿Cotoño o Soler, o quién? [...].

”Hoy leo en *Moscow News* del 6 de marzo que en Cuba la policía asaltó a tiros el local de la Confederación y que hubo cuarenta obreros heridos y diez policías, y que sesenta y cinco obreros han sido detenidos. ¿Será verdad todo? ¡Qué horrible distancia! [...].

”Dile al Chico que a la fuerza he aprendido aquí lo que es paciencia.”<sup>430</sup>

“Ya estoy disponiendo todo para mi regreso a Moscú” —escribe en una carta, fechada en septiembre.

”¿Qué harán conmigo? Aún no lo sé, a pesar de que tú sabes que vine al sanatorio como condición previa a mi salida para América. Pero ¡quién sabe! Yo me veo en un callejón sin salida. Si regreso allá, lógicamente eso deba ser el fin, para antes de un año, a lo sumo; si me quedó aquí, vuelta a la declinación y vuelta al sanatorio, es decir, vegetar resbalando hacia abajo, ¡qué mierda! Nunca creí que me llegara a encontrar en tal situación que no supiera qué hacer: hay que coger un camino ¿cuál? [...].

”Tengo un cansancio moral tan grande, que sé que solamente el trabajo activo y en relación directa con la masa, podrá aliviarme. Y quisiera curarme de este cansancio, ya que la salud parece perdida para siempre.”<sup>431</sup> Y finaliza: “Solamente antes de ayer vine a recibir el libro de Guillén, que no sé cuánto tiempo hace que mandaste. Es una buena cosa: Guillén —a quien conozco hace mucho tiempo— *se ha encontrado*, y aunque algunos poemas recuerdan a los romances de García Lorca, hay cosas formidablemente originales, a fuerza de ser iguales a las palabras, frases y sentimientos del pueblo negro.

”...No estés tan amedrentada con el parto. Sólo tienes que hacer por fortalecerte, por ti y por el cachorrito. Yo, a pesar de todo, tengo una gran

---

430 *Ibidem*, pp. 495-497.

431 *Ibidem*, p. 498.

confianza. *La vida resuelve* todos los problemas que ella plantea. ”Fe y adelante.”<sup>432</sup>

Transcurren los meses, uno tras otro, uniformes, tediosos, vacíos; pero la enfermedad continúa avanzando y el ansia del retorno le roe las entrañas. Recibe cartas de Asela. Entre otras cosas, le puntualiza a Juan: “la Liga Antiimperialista [...] tiene ahora grandes perspectivas en Cuba [...]. Yo creo que [...] podría hacer suyos consignas del Partido sobre la derogación de impuestos en relación con el no pago de las deudas al imperialismo y el socorro a los desocupados. Una campaña por el desconocimiento de las deudas a W[all] St[reet] sería acogida con grandes simpatías y si ella se conecta con la derogación de la mayoría de los impuestos arrastraría a todas las capas de la población a quienes afecta directamente la política del “garrote” aplicada al sistema fiscal por el gobierno de Machado.

”Si se ligan [...] todos los perjudicados por el aumento de los impuestos se sentirán enemigos del imperialismo, o podremos convertirlos en aliados, provisionalmente al menos, en la lucha antiimperialista.

”...En cuanto al ABC, ya tenía noticias por la prensa de sus actos de terrorismo [...]. La campaña de terrorismo [...] tiene un lado positivo para nosotros: enseñará a las masas la inutilidad del procedimiento [...].”<sup>433</sup>

En octubre se le autoriza ir a Moscú por unos días. “Todavía —apunta— no ha caído nieve [...]. Ya los árboles de los bulevares y los jardines están casi desnudos y las hojas que les quedaban son tristes y muertas. Sin embargo [...], el otoño tiene sus aspectos hermosos: por ejemplo, la vista de los edificios del Kremlin —cuyas cúpulas han sido recién pintadas— con sus techos restaurados de un color verde tierno, rodeados del encaje fantástico de los ramajes casi secos y envueltos a veces en una leve neblina alumbrada de un sol enfermizo, resulta un espectáculo de extraña belleza. Yo no sé por qué amo tanto esta ciudad. Es decir, por qué la amo en sí misma, aparte de su significación histórica y política, aparte de su carácter de símbolo, de centro mundial de esperanza de las masas y de odio babeante de los explotadores. Acaso está y estará muy unida a mí mismo porque he sufrido mucho aquí. [...]. De allá —de la isla caliente— me llega en la prensa la relación fría de los últimos asesinatos: sigue la ‘emulación’ entre los dos terrorismos. [...]. ¡Qué situación asfixiante hay allí! ¿Cómo se vive? ¿Cómo se trabaja? No lo entiendo. Milagros de heroísmo que nos afirman en la confianza absoluta en el proletariado y en su Partido, no obstante los defectos, las faltas, los errores.”<sup>434</sup>

---

432 Ibidem, p. 499.

433 Ibidem, pp. 504-506.

434 Ibidem, pp. 510-511.

Los cubanos lo acogieron con vivas muestras de alegría y departen largamente con él. Pero la insidiosa humedad de Moscú lo encamó con un violento catarro, que degenera en bronquitis. Fiebre, expectoración, desgano.

Maltrecho y triste, retornó al sanatorio. Los médicos, aunque sin forjarse ilusiones, lo atienden con diligencia y delicadeza, infundiéndole ánimo. Les atribula profundamente el dramático espectáculo de aquella vida joven, ardiente y generosa que se va extinguiendo a ojos vista. Ni mejoraba ni empeoraba: se mantenía por el reposo y la sobrealimentación. Su amargura raya casi en la desesperación. “¡Qué desgracia —confiesa a Asela con desgarrada impotencia— que no he podido volver a Cuba de ningún modo! ¡Qué conjunto de detalles se han reunido para retenerme aquí, muñéndome de rabia, de angustia, más que de enfermedad!”<sup>435</sup> Las noticias de Cuba lo sobresaltan y desvelan. El movimiento popular revolucionario, en su conjunto, está, sin duda, en alza creciente. Pero el Partido y las organizaciones obreras arrostran una situación muy difícil: la mayoría de los dirigentes han muerto o están presos.

Era una mañana tormentosa, de lluvias y vientos incesantes, aquella en que Rubén Martínez Villena decide encararse con su destino y adoptar la decisión congruente: el retorno a Cuba. Juzga su incorporación a la lucha ineludible y necesaria. Solicita una entrevista con el director del sanatorio y le reclama el alta. Y a los sensatos razonamientos del anciano, expuestos con voz lenta y manoseando las gafas, le replica, despidiéndose:

—Yo sé, doctor, mejor lo sabe usted, que no tengo cura y quiero darle mis últimas energías a la clase obrera y al Partido Comunista de mi país. Con todos mis respetos, ni usted ni nadie puede impedirme el cumplimiento de mi deber...

El viejo médico le apretó la mano con temblorosa emoción.

Hace su maleta y toma el ómnibus hacia Sujumi. Esta vez le vuelve deliberadamente la espalda al sanatorio. Breve escala en Sochi. Aborda el tren, jubiloso y tosiendo. Tan aligero iba de conciencia que ni siente los estropeos de la larga jornada. Moscú lo recibe bajo una copiosa nevada.

Nada ni nadie podría ya disuadirlo ni refrenarlo. En menos de una semana cumplió los trámites oficiales para la partida. Se despidió de Manuilsky y de otros dirigentes soviéticos, que valoran, con conmovido respeto, su generosa y temeraria decisión.

—¡Salud y victoria! —le había dicho Manuilsky al despedirlo, a la usanza rusa, con sonoros besos.

Arropado en un grueso abrigo de piel de nutria, abordó el tren hacia Berlín. Los silenciosos abrazos que le prodigan al pie del vagón traslucían la angustia

---

435 Ibidem, p. 509.

reprimida de sus camaradas cubanos. No pudo él, en cambio, disimular la compleja ambivalencia de sus sentimientos: sufrimiento y alegría.

Cuando el convoy traspuso la última estación fronteriza, coronada con una fulgurante estrella roja, padeció de nuevo la patética soledad de sentirse solo entre los demás. Cerró los párpados morados, al lanzarse la locomotora, bramando y llameante, a través de las llanuras heladas de Polonia.

En Berlín se topó, inesperadamente, con Fabio Grobart. ¡Delirante festín de efusiones y remembranzas para ambos! Después de abandonar la cárcel, la persecución y los esbirros le hicieron intolerable la vida al *Chico*. El Partido dispuso, por eso, su salida subrepticia del país. Su meta era Moscú.

Evocando su encuentro con Martínez Villena, escribe Grobart: "...¡qué impresión penosa me produjo su estado de salud. Tenía fiebre alta, tosía sin cesar y en sus ojos había el brillo de un hombre gravemente enfermo. En vez de estar haciendo reposo, corría por las calles de Berlín en esos días lluviosos y fríos del otoño europeo, arreglando los trámites de su viaje a Cuba. Mis regaños por haber dejado a la Unión Soviética en esas condiciones no tenían sentido. Él sabía que le quedaba poco tiempo de vida y como decía, no quería 'malgastarlo guardando cama', sino siendo útil al movimiento revolucionario en ascenso en su querida patria. En nuestras conversaciones trataba de informarse hasta el último detalle del estado del movimiento obrero y de sus luchas, de la actividad y la política del Partido, de la situación personal de cada uno de los compañeros que conocía, de su familia, etc.

"Su preocupación máxima era impedir que la oposición burguesa a Machado, (dirigida por Mendieta, Menocal y el ABC, y no menos entregada al imperialismo que la camarilla gobernante), pudiera desviar al pueblo de la lucha revolucionaria, limitándola sólo a un cambio de gobernantes, mediati-zándola para que no destruyera un sistema social, que engendraba regímenes bárbaros a lo Machado".<sup>436</sup>

Rubén gestionó y obtuvo de los dirigentes comunistas alemanes el compromiso de enviar a Cuba una máquina impresora eléctrica silente, propia para el trabajo clandestino.

La nave que lo condujo a Nueva York —vía Hamburgo y El Havre— era una de las más modernas y veloces de la flota alemana del Atlántico. No obstante las duras inclemencias del tiempo, la travesía le resulta espiritualmente grata porque le fue dable gozar del inefable deliquio de un tumultuoso paisaje de olas gigantescas, vientos aullantes y nubes desgarradas, que le recordó el poema heradiano "El huracán".

---

436 Fabio Grobart: "Recuerdos sobre Rubén 1934-16 enero-1964" en: *Hoy* (La Habana): 2-5, 12 diciembre 1978, p. 2.

El buque ancló en el muelle de la Hamburgo Amerika Line una mañana brumosa y gélida. Allí lo esperaban los escasos amigos, encabezados por Leonardo Fernández Sánchez, que sabían de su viaje.

—No lo olviden —les advirtió—. Mientras permanezca en Nueva York me llamaré Roberto Méndez Valina. Mi estancia debe mantenerse en estricta reserva.

Se alojó en un pequeño apartamento de la calle Tercera, entre las Avenidas Lenox y Saint Nicholas, en el barrio de Harlem. No paró un minuto. Cada noche asistía al local del Centro Obrero de habla española —sede de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos— y, más de una vez, ocupó su tribuna sin que la concurrencia lo identificara, a despecho de su oratoria inconfundible. Una de las cuestiones urgentes que le planteó a Leonardo fue entrevistarse con William Z. Foster, secretario general del Partido Comunista de Estados Unidos. No sólo quería discutir con él y otros miembros del Comité Central la situación cubana: deseaba conocer, también, qué actitud concreta asumiría el Partido ante el ascenso creciente del movimiento revolucionario en la Isla y, asimismo, el texto de un proyecto de documento de aquél al respecto. La reunión se efectuó a los pocos días. Rubén salió complacido de sus resultados y, sobre todo, porque determinados reparos que había formulado a algunos conceptos del proyecto, que juzgó erróneos, se aceptan. El Partido, además, le prestaría plena cooperación a la delicada empresa de trasladarlo a Cuba. El Buró del Caribe, órgano regional de la Internacional Comunista, quedó encargado de la operación, juntamente con el partido cubano.

Cuando le escribe a Asela, todavía no ha recibido información alguna sobre su viaje.

“Estoy aquí varado —le dice—. He tomado —por necesidad— alguna participación en ciertas cuestiones de la oficina; ya te contaré. Aquí hay un asunto que va a dar juego y en el cual forzosamente tengo que intervenir y ya he intervenido.

”En pocas palabras: figúrate que cuando llegué aquí me enteré —porque Leo me lo comunicó— que en el próximo número de *Mundo Obrero* había algunas frases muy despectivas para Mella. Cuando investigué esto encontré que en dos artículos de ese próximo número se hablaba de Mella. Leo sólo había visto uno casi sin importancia. Pero yo encontré, en un párrafo aislado, suelto, escrito en un artículo sobre el aniversario de las tres LS, una sarta de frases propias para un párrafo de la Comisión de Control, en las cuales, sin decir una palabra de las virtudes de Mella, sólo que fue un valiente luchador antiimperialista, se le insultaba con afirmaciones falsas y escritas con odio —sin explicar en qué concretamente se manifestaban sus errores—, y se acababa diciendo que hubiera puesto el movimiento obrero a la cola de

la burguesía. Era, sencillamente [afirma con visible iracundia], el segundo asesinato de Julio Antonio Mella. He tenido ya —no discusiones, porque aquí nadie me discute excepto Vit. cuando le es posible—, pero conversaciones, especialmente con Mov. (autor del párrafo), en que los he inculcado y les he dicho —en términos marxistas de la autocritica que ellos usan para nuestro Partido— frases que por primera vez han oído sobre su trabajo. Pero Mov. está arrepentido, creo que sinceramente, ahora tiene una enorme curiosidad por conocer el artículo que el Buró me ha encargado escribir para el número de enero, precisamente sobre Mella. Por supuesto, yo sé de dónde y de quién personalmente, viene el odio contra Mella, que ha provocado esa opinión en el Buró. Él me mira, me sonríe, etcétera, pero con un gran recelo y con una contenida intención dañina, igual que un perro que quiere morder, pero no puede porque tiene un bozal, o más bien que no se atreve, porque el otro perro ni enseña los dientes, sino está tranquilo, con su collar de púas. Al fin, quité uno de los párrafos, y modifiqué otro. Pero ésta es la primera fase de la batalla.”<sup>437</sup>

¡Centinela insomne del prestigio revolucionario de Julio Antonio Mella —maestro de comunistas y guía de muchedumbres— logró disolver la miserable difamación urdida por un mezquino y mediocre aventurero latinoamericano!

Aunque con la salud crucificada, Rubén rebosa de contento. Ya está trabajando directamente para la revolución cubana. No sólo discute sus problemas y habla a las masas: plantea, asimismo, la necesidad de que los miembros más descollantes, útiles y templados de la ANERC se dispongan a introducirse clandestinamente en Cuba. Ya Gabriel Barceló, hace mucho tiempo, había dado el santo y seña. Compartí su largo cautiverio en el siniestro reclusorio de Isla de Pinos. Ahora, proscrito en Madrid, prepara su retorno a la lucha. “Es la hora —repetía Rubén, citando a Martí— del recuento y de la marcha unida”, aunque confinando el imperativo al ámbito de clase contra clase. Y también escribía profusamente artículos y panfletos para *Mundo Obrero*, *El Libertador del Caribe*, *El Comunista* y *Vida Obrera*. Hasta compuso algunos poemas revolucionarios de férrea estructura y vibrante contenido.

Escribió en aquella sazón varios ensayos de rica prosa y envidia marxista: “La expulsión de los cuatro líderes del Partido Comunista Español y sus enseñanzas”, “Qué significa la transformación del ABC y cuál es el propósito de esta maniobra” y “Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario”. Los dos últimos constituyen, a todas luces, sobresalientes hitos en la literatura revolucionaria cubana. Ni decir tengo que ambos se fraguaron al intenso calor de la polémica ideoló-

---

437 Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa*, ed. cit., t. 2, pp. 512-513.



gica en torno al carácter, contenido y fines del movimiento revolucionario y llevan el sello candente del combate.

No cabe ahora emprender su análisis minucioso. Rubén se encara, desafiante, al ABC, con motivo de la publicación de un folleto, en que su gerencia anónima da cuenta de la transformación de la secta terrorista pequeño burguesa reaccionaria en partido político nacional reformista de derecha, con ribetes fascistizantes. Es un documento astuto y bien escrito que denuncia el pretencioso empaque de su artífice: el ex minorista Jorge Mañach y jefe entonces de propaganda de la fastuosa tienda Fin de Siglo. No por ello precisamente trasmina el texto cierto aire de fatalismo finisecular, sino débese a algunas ideas cardinales del autor, oscilante entre tendencias y concepciones periclitadas y corrientes y conceptos neorreaccionarios. La nueva interpretación de la historia de Cuba de que se envanece el ABC y las nuevas fórmulas que propone para resolver la problemática nacional y social se reducen a una mañosa falsificación de nuestro desarrollo neocolonial y a falaces soluciones económicas, sociales y políticas que dejan intacto el dominio imperialista y le abren vías a la organización de un estado corporativo de ostensible pergeño fascistoide. Representa, sin duda, a contrario *sensu*, por sus deliberados disimulos y demagógicas estrategias, un exponente de la radicalización del movimiento revolucionario cubano. Rubén desenmascara implacablemente la maniobra y en un párrafo define la genuina postura abecedaria: *En el casco de una bomba tenéis preparado ya el incensario para Wall Street*. Volveré sobre el tema.

En el otro ensayo, Martínez Villena subraya que: “...la diferencia de nivel del movimiento revolucionario en Cuba con relación a otros países del Caribe proviene, en gran parte, de la mayor intensidad y profundidad con que la crisis mundial afectó y sigue afectando la economía del país. Por otra parte, es preciso también apreciar la existencia en Cuba desde hace años de organizaciones sindicales [...] que poseen tradiciones de grandes luchas, las cuales siguen en la actualidad la orientación de la Internacional Sindical Roja y la Confederación Sindical Latinoamericana, así como la debilidad de la influencia real de los reformistas dentro del movimiento obrero en comparación a la influencia de que han disfrutado, por ejemplo, en México y Colombia”.<sup>438</sup>

Tras de filosa indagación de las raíces de la crisis económica que ha conducido a la ruina a las dos industrias mayores de Cuba, la azucarera y la tabacalera, Martínez Villena puntualiza, concretamente, las principales contradicciones internas, cada vez más acentuadas, del campo burgués feudal-imperialista: “La contradicción dentro del propio capitalismo yanqui entre los dos grupos adversarios de fabricantes de azúcar de caña en Cuba,

---

438 Ibidem, p. 231.

grandes empresas con refinerías en los Estados Unidos [...] y aquellos fabricantes americanos o cubanos que no están ligados a las empresas refinadoras, quienes están colocados, por ende, en peor situación, y han intentado la lucha contra las refinerías de Estados Unidos; la contradicción entre los colonos y los centrales en la lucha por la participación respectiva en cada saco de azúcar; la contradicción entre los vendedores (exportadores) yanquis a Cuba y los azucareros yanquis causantes del alza de las tarifas, a lo cual atribuyen aquéllos la caída de la importación cubana y el alza de las tarifas en Cuba, contra ciertos productos de fabricación estadounidense; la contradicción, que indudablemente existe, entre esos vendedores americanos y cierta sección de la burguesía cubana, sometida al imperialismo a través de los bancos, pero que intenta la producción y el abastecimiento nacionales.”<sup>439</sup> Y a esas contradicciones se añaden, por supuesto, “la agudización de la fundamental contradicción entre las masas explotadas y oprimidas y las clases dominantes testaferras del imperialismo [...]. Esta enumeración de factores condicionantes da un “cuadro aproximado de la situación económica sobre la cual se desarrolla en Cuba la notable agudización de la lucha de clases y el pujante y creciente movimiento revolucionario”<sup>440</sup>

Según su buido análisis, “el problema principal para el imperialismo yanqui en Cuba es el conflicto de sus propias dificultades internas, dificultades de un régimen de explotación y dominación ya consolidado en la penetración casi exclusiva de los sectores básicos de la economía de un país, pero que ha llegado a ser insoportable para las masas en el mismo momento en que empieza a dar muestras de descomposición interior.

”Este problema plantea correctamente [s/c] al imperialismo yanqui en Cuba dos cuestiones: primero, cómo reconquistar, neutralizar o reducir a los elementos de su seno que se vuelven en su contra, no en calidad de elementos independientes que se oponen a su avance, sino —lo que es más grave— en calidad de partes del propio conjunto de las fuerzas imperialistas que se desintegran al empuje de las contradicciones internas; segundo, cómo conservar su dominio sobre las masas explotadas y oprimidas imponiendo la sumisión pacífica al proletariado y a las capas de campesinos pobres que, seguidos por sectores de la pequeña burguesía urbana y campesinos medios, están llevando a cabo, bajo la dirección del P.C., una lucha creciente contra el régimen burgués-feudal-imperialista de asesinato y hambre”<sup>441</sup>

“Al revés —advierte— que el conflicto con una burguesía nacional no sometida o con el imperialismo rival no vendido, conflicto que presenta una perspectiva históricamente favorable al imperialismo yanqui, pues constituye

---

439 Ibidem, pp. 235-236.

440 Ibidem, pp. 236-237.

441 Ibidem, pp. 237-238.

una dificultad de desarrollo, en el caso de Cuba el conflicto con sus propias contradicciones internas como régimen de dominación y explotación ofrece para el mismo una perspectiva desfavorable, ya que constituye en el fondo el comienzo de un proceso de decadencia y descomposición. Esto no excluye que al imperialismo yanqui le sea aún posible un mayor apoderamiento de la riqueza nacional, por ejemplo, controlando la producción agrícola que ha empezado a diversificarse (como ya procura hacerlo), o invadiendo algún otro sector de la economía del país. Pero tal cosa no modificaría sustancialmente la gravedad de su problema: ello implicaría, por una parte, una mayor agravación de la contradicción de los intereses del imperialismo con los intereses de las masas, y por otra parte, no atenuaría en nada las principales contradicciones internas que operan en los sectores económicamente estratégicos y decisivos de la dominación imperialista. En ese sentido, y teniendo en cuenta todos los hechos anteriormente señalados, es posible afirmar que *Cuba constituye en el presente el Eslabón más débil de la cadena imperialista en el Caribe.*<sup>442</sup>

Enumera los indicadores más significativos del ascenso de a lucha de liberación nacional y social en Cuba. “El movimiento huelguístico de los centrales azucareros —señala— es el acontecimiento de mayor importancia política en Cuba en el presente. Esto se desprende no sólo de las características que más adelante apreciaremos, sino de su significación general, puesto que él constituye un verdadero movimiento revolucionario de masas contra el imperialismo. Muchos elementos no marxistas, aunque simpatizantes con el movimiento revolucionario en Cuba, acaso no sean capaces de considerar la importancia política de esa huelga, precisamente porque ésta, su principal significación, les pasa inadvertida, especialmente si tienen el cerebro aturdido por el estallar de las bombas del ABC. Pero, ¿qué importancia puede tener en política la acción, por temeraria o violenta que sea, realizada por uno o por diez hombres, ante la acción coordinada de centenares y de millares de hombres, la que posee también aún más destacadas cualidades de fuerza y valor? ¿Qué significa, en política, el sacudimiento producido por una o por cien bombas, aunque derribara los mármoles del Capitolio o la cúpula del Palacio Presidencial, ante la conmoción producida por la lucha de millares de obreros en la industria azucarera, es decir, en el corazón mismo del dominio imperialista, el titiritero manejador de las marionetas que alojan aquellos edificios?”<sup>443</sup>

“Fundamentalmente —postula con el más ortodoxo acento marxista—, la política es una cuestión de masas, no una cuestión de hombres. Básicamente, el problema de Cuba es el problema de la opresión y la explotación imperialista. Cuando las masas en Cuba luchan revolucionariamente contra el imperialismo, ningún otro acontecimiento puede tener allí en política una

---

442 *Ibidem*, pp. 238-239. (Subrayados de Raúl Roa.)

443 *Ibidem*, pp. 241-242.

trascendencia mayor. Por esto mismo es que las huelgas de los centrales azucareros responden más elocuentemente que cualquier argumento a todos los enemigos de la revolución en Cuba, es decir, a todos los enemigos del pueblo desde Machado a los renegados del Partido Comunista, pasando por los teóricos del ABC y de la oposición burgués-latifundista. Ante la lucha huelguística en los centrales azucareros, todos los hombres más mesiánicos y los programas ‘salvadores’ de los políticos burgueses profesionales, cuelgan lamentablemente e inertes como banderas mojadas; todo el ruido de las bombas —que jamás han cambiado ningún régimen en la historia— no vale el alarido de la sirena de un solo ingenio llamando a los obreros a regresar, victoriosos, al trabajo; y la prédica de pasividad de Sandalio Junco afirmando que en Cuba las huelgas están condenadas al fracaso queda en un ridículo tan grande como la profecía de Machado prometiendo ante Washington que bajo su dominio ‘ninguna huelga demoraría en Cuba más de veinticuatro horas...’

”Las formas de lucha puestas en práctica por las masas en huelga han elevado esa lucha a una altura que alcanza a veces el carácter de una insurrección armada.”<sup>444</sup>

“Tal es —concluye— el proceso dialéctico que condena a muerte el régimen capitalista, el régimen de opresión nacional y explotación colonial del imperialismo. Las huelgas de los obreros azucareros en Cuba son así el anuncio de luchas más altas. Las banderas rojas, izadas a hurtadillas y en la noche sobre las chimeneas de los centrales y de la Armour Co., son los heraldos de otra bandera igual que será izada a pleno sol y flotará definitivamente sobre las torres de todos los centrates. *Los ojos de hoy no serán viejos cuando contemplan esa maravilla.*”<sup>445</sup>

No le fue dable verla a los suyos, prematuramente apagados. Pero miles de ojos de entonces la vimos y estamos viendo y la defendemos a precio de vida.

¡Buenas noticias de la Isla convulsionada y encendida! ¡Casi istos ya los preparativos del viaje!

Recibió una tierna carta de Judith, trémula de candorosos recuerdos, de hechos lejanos de su vida, de cuando compartía con sus hermanos el sol, el juego, la travesura y la ufanía. Estamos poniéndonos viejos, todos, inclusive el Benjamín de a familia, a quien ya hace unos tres años le extrañaba el fenómeno y me lo indicaba—le responde—. [...] La cuestión es conservar siempre un pedacito interior de niñez; mientras eso exista podemos estar seguros de que aún podemos mejorarnos ser más comprensivos, aprender cosas nuevas, ser capaces de generosidad) y así podemos alegremente acercarnos a la vejez, mientras algo no sólo permanece joven, sino está caminando hacia la juventud dentro de nosotros. ¿Sientes tú eso, no es verdad? Yo también, pero es cierto que se me pasa mucho tiempo sin que me de cuenta de que

---

444 *Ibidem*, pp. 242-243 y 247.

445 *Ibidem*, p. 250.

existe ese pedacito de infancia n mi interior (el cual se parece ya mucho a una máquina dura, inflexible, fría) mientras él está allá, en un rincón como un juguetito frágil perdido bajo un montón de tarecos sucios, feos, viejos.”<sup>446</sup>

En carta de parecido tono que le escribe, por esos días, a su hermana Esther, torna al tema: “Si acaso vuelves a verme algún día te vas a sorprender de lo distinto que estoy. Pero aunque viejo y muy endurecido, todavía los recuerdo a todos ustedes con el mismo cariño de siempre, y creo que aún me queda algún rinconcito simple e infantil en el interior y que podría otra vez echar junto contigo pedazos de pan duro a los chivos transeúntes, como hacíamos en el portal de Guanabacoa... hace más, hermanita, de veinticinco años. ¡Estamos viejos, viejos! Sólo por la lucha todavía me siento con juventud que no perderé sino con la vida.”<sup>447</sup>

Todo ha sido resuelto. Saldrá hacia Santiago de Cuba en el barco “Plátano”, de la Gran Flota Blanca, empresa naviera de la United Fruit Company, dueña de media América Central y de vastos latifundios en la provincia de Oriente. Es un navío de carga y pasajeros, que cubre la ruta de Nueva York, Santiago de Cuba y Puerto Cortés.

Va provisto de un pasaporte apócrifo, debidamente legalizado. Fue expedido el 29 de abril de 1933, a nombre del puertorriqueño José María Cintrón, nacido en el barrio de Miradero, el 14 de octubre de 1898, y súbdito yanqui por fuerza del status colonial de Puerto Rico. Y porta, asimismo, una copia certificada de la inscripción de nacimiento de Cintrón. La descripción de éste muestra evidente semejanza con el pequeño retrato que lleva el pasaporte: 5 pies y 7 pulgadas de estatura, pelo castaño oscuro y ojos verdes. Se le destinó el camarote número 8, de la clase turista.

El 13 de mayo de 1933, zarpó el “Plátano” de un muelle de Hoboken, una de las secciones del puerto de Nueva York. Nadie, como se convino, fue a despedirlo. Rubén instaló su maleta en el camarote y regresó a la cubierta. El júbilo le radiaba por los ojos como haces de luz verdeazul. La temperatura era soportable. Contempló cómo se desvanecían la línea de rascacielos y, poco a poco, la sedicente Estatua de la Libertad y los perfiles de la tierra.

Aquella reverberante mañana, cuando al doblar el buque el cabo San Antonio divisó el verdor aromoso de la costa cubana, el corazón le saltaba en el pecho lleno de estertores. No perdió ya el contacto con la Isla amada hasta arribar al puerto de Santiago de Cuba, asentado en una caliente hondonada al pie de los contrafuertes de la Sierra Maestra. Aquellas eminencias, salpicadas de girones de niebla, habían sido anfiteatros portentosos de la proeza mambisa. No moriría ya sin haber “recogido la visión del paisaje heroico”.

---

446 *Ibidem*, pp. 515-516.

447 *Ibidem*, p. 518.

Desembarcó sin dificultades, y subiendo a un fotingo de alquiler le pidió al chofer que lo llevara a la calle Trinidad, aledaña a las terminales marítima y ferroviaria de la ciudad. Rubén “vestía un traje gris oscuro, sombrero de castor, y usaba unos espejuelos de cristal blanco, redondos, para despistar a la policía”.<sup>448</sup>

La señora Manuela Quintana, viuda de Palancar, lo aguardaba impaciente desde muy temprano. La contraseña era simple: “Yo soy el amigo.”

Y allí irrumpió Rubén Martínez Villena, cerca ya del mediodía, cuando la canícula hervía en las calles sinuosas y empinadas. La señora Quintana lo recibió con los brazos abiertos y la expresión proverbial: “Está usted en su casa.”

Al atardecer se sentaron a la mesa, acompañados ahora por uno de los hijos de la viuda de Palancar. El menú consistía en una sopa de viandas y pollo frito. Cuando apenas habían probado la sopa, repicó el aldabón: era Blas Castillo, viejo militante comunista, conductor del coche dormitorio del tren central, encargado por el Partido de transportarlo a La Habana.

Abrazos efusivos y alegre palique en la salita. Finalmente, Rubén le manifestó a Castillo la conveniencia de llevarlo a un hotel, a fin de moverse con mayor soltura y confianza. Necesitaba asearse y descansar. La señora Quintana lo entendió perfectamente y, tras de cálida despedida, marcharon a pie hasta la calle San Félix Alta, número 6. Después de inscribirse en la carpeta, Rubén se despidió de Blas Castillo y se dirigió al ascensor. Habían quedado en que Martínez Villena tomara un auto y llegase a la estación de ferrocarril diez minutos antes de la salida y penetrara directamente al coche dormitorio por una rampa de carga para evitar encuentros riesgosos con periodistas o personas conocidas.

No se lo dijo a Castillo. Pero ha decidido visitar solo la tumba de José Martí durante la mañana del día 18. Era uno de los grandes sueños de su vida.

Alquiló un taxi y se limitó a decirle al chofer:

—Llévame al Cementerio de Santa Ifigenia y espérame.

La histórica necrópolis santiaguera conservaba aún, por aquella época, sus rasgos originales. Algunos muros estaban ennegrecidos y ulcerados por la humedad. Los cuartones del cementerio se adaptaban a las infractuosidades del terreno y el abrupto camino central ascendía entre espesos hierbazales y árboles diseminados.

Rápidamente, Martínez Villena encontró la tumba del héroe impar de la patria. El modesto monumento representaba un frontón clásico, como de pequeño templete greco-romano, en cuyo interior se conservaba el nicho primitivo en que fue depositado su cuerpo. Buscó en vano las flores y la bandera que ha añorado en versos anhelantes.

---

448 Enrique López: “Breve tránsito santiaguero de Rubén Martínez Villena”, p. 207.

Hondamente estremecido, Rubén permaneció unos minutos de concentrado silencio ante la sagrada huesa, olvidada y zaherida por las oligarquías rapaces que han dispuesto, a su arbitrio, de la honra y riquezas del país en contubernio con el imperialismo norteamericano, manipulando su memoria con abyecto cinismo.

Cabizbajo y lentamente caminó hacia la entrada y subió al auto. Se sentía, a la par, reconfortado y colérico. No moriría ya, tampoco, sin haberle rendido este homenaje a Martí.

Cumpliendo las indicaciones de Blas Castillo, penetró en el departamento privado del coche dormitorio “Bayamo”, donde lo esperaba el fiel y solícito compañero.

Un silbato sacudió el atestado andén y el largo convoy carmelita comenzó a moverse entre bufidos, vapores, campanas y pregones. Asomado a la ventanilla, Rubén contemplaba con avidez el desfile de muelles añosos, chozas enclenques, ceibas copudas, barrancas cenagosas, palmares espigados, algarrobos rutilantes, niños mugrientos, cafetos florecidos de rubíes, tunas espinosas, mangos dorados, bohíos misérrimos, canes huesudos, vislumbres radiantes de las altas montañas. Y a la ventanilla —violento contraste entre paisaje y paisana— permanecería pegado casi todo el tiempo, hasta que aparecen los destellos y las humaredas de La Habana.

Alborozo incontenible. Tosía y fumaba. Ardía la fiebre en sus sienas. No le importaba su suerte personal. Le importaba sólo el retorno a la lucha, al combate, a la revolución. Ya estaba en Cuba.

Cuando Rubén Martínez Villena se despereza aún soñoliento, el ruido de La Habana ascendía, multiplicado por ecos bulliciosos, hasta el amplio postigo de su aposento, situado en un primer piso de la calle Obrapía, vecino casi de su hermana Judith. Aquella estruendosa polifonía de traqueteos, fotutos, interjecciones y algarabías lo inundó de felicidad. No en balde ése es su barrio y el alboroto le era familiar e incluso grato desde hacía muchos años. A los pocos minutos, apareció Isidro Figueroa y, detrás, el desayuno y los cigarrillos. La hiriente claridad que se abalanzó por la puerta le deslumhró las pupilas. El cielo semejava un mar inmóvil de epidermis azul con dispersas manchas blancas de peces.

Encargado por el Partido de su atención y custodia, Figueroa había madurado las condiciones de estancia de Martínez Villena en sitio seguro y avituallado. El punto de encuentro fue el número 25 de la calle Reina, donde Blas Castillo compartía una habitación con el compañero Miguel Alfonso. Aguardó a que subieran. Y, al penetrar en la habitación, Castillo exclamó:

—¡Mira quién está aquí! Rubén respondió alegremente:

—¡Tú!

Y, después de estrecharlo fuertemente, como si ciñera al Partido en sus brazos, agregó:

—Ya estoy aquí entre ustedes, ya estoy en Cuba. He venido para trabajar, para luchar. Ustedes lo saben ya.

—Sí, estamos convencidos hace rato de que has venido a eso: ¡a trabajar, a luchar!

—¿Entonces? ¿Qué hago ahora? Estoy a la disposición de ustedes. Saben que he sido siempre un comunista disciplinado. Ustedes dirán qué tengo que hacer...

Isidro desvió la conversación atosigándolo a preguntas y se embarcaron en un prolongado diálogo, en el cual Rubén resumió sus vicisitudes, experiencias, desasosiegos y desesperaciones. Y de allí, esa propia tarde, en compañía de Castillo, lo trasladó en un auto de alquiler al refugio provisional de la calle Obrapía. Figueroa le había dejado un voluminoso legajo de papeles —acuerdos, orientaciones, circulares, manifiestos del movimiento obrero y del Partido— con el propósito de que pudiera conocer y manejar mejor la



situación. No se extrañó, por eso, de que aquella mañana apenas le hablara y se concentrara afanosamente en la lectura, sin quejarse del encajonamiento del cuarto y del calor abrasante que reinaba.

Sin embargo, no transcurrieron muchos días sin que le expresara su interés de ver a Asela. No obstante el riesgo que supone, el Partido accedió inmediatamente: aún Rubén no conocía a su hijita. Fue un encuentro cargado de hondas y tiernas emociones. Y ambos convinieron en ponerle a la niña el nombre de Rusela, compuesto por la primera sílaba del suyo y las dos últimas del de ella.

Luciano Martínez, que ya sabía de su estancia en Cuba, mostró su impaciencia por saludarlo. Se accedió también.

En ambos casos, coadyuvó, asimismo, la gestión en proceso para trasladarlo a otra casa, sita en la calle Aguacate, entre Lamparilla y Compostela, en el mismo vecindario. Se alojaría en una fresca habitación en el fondo de la azotea, aunque rodeado de modestos inquilinos, al parecer consagrados a sus menesteres. Había sido bien atendido y alimentado. Pero necesitaba urgentemente airear sus pulmones irritados. Tosía con frecuencia.

Rubén comentó, con risueña terquedad:

—Ahora dispongo de un poco de fresco, pero sigo entre paredes, y yo no he venido aquí a estar entre paredes.

—No, no —le repuso Isidro—, ya tendrás tiempo de salir a la calle.

—¿Cuándo?

—No sé, eso no depende de mí. Pero saldrás.

Efectivamente, el Comité Central se dedicó a organizar la reunión requerida por él desde su arribo.

Un atardecer, cuando ya asomaban los resplandores veteados del crepúsculo, sorprendió a Rubén en animada conversación con sus vecinos de la azotea. Y no les hablaba precisamente de pelota ni les recitaba versos. No sólo censuraba acremente la tiranía: intentaba, también, explicarles qué era el imperialismo y la necesidad de combatirlo hasta derrocar su dominio querían resolverse, de veras, los problemas del país.

Cuando llegó al cuarto, Isidro lo reprendió severamente:

—Esto es inexplicable. Nosotros tomando una serie de precauciones y medidas y tú ya comenzaste a dar un mitin en una azotea de la calle Aguacate.

Rubén sonrió maliciosamente.

—Te lo repito, viejo. Yo no he venido a estar entre cuatro redes. He venido para estar en la calle.

—Sí, pero eso se determinará en su momento.

—Comprendo, chico. Pero hay una cosa que tú ignoras. Esta gente me ha traído una revista *Bohemia*, de la época de los Veteranos y Patriotas, cuando yo me entrenaba para bombardear La Habana desde un avión, donde aparece

mi retrato y me reconocieron. Y, naturalmente, les he dicho que sí, que ése soy yo. ¿Y qué iba a decirles? Pero ésa no es la cuestión. Yo he vuelto a Cuba a luchar y para mí los días y para ustedes y para la revolución cubana, son preciosos.

—Bueno, vamos a dar la reunión y mañana mismo te proporcionaré la lista de los temas que se discutirán. A eso vine. Pero debes acopiar un poco de paciencia.

—Yo tengo la suficiente, pero no me la hagan perder. He podido percartarme, por la lectura de los documentos, de cómo está la situación. Siempre pensé que sería muy grave, mas ahora he podido apreciar que es cada vez más seria y preocupante.

La reunión se efectuó en el garaje de una residencia solitaria, recostada en las verdinegras riberas del Río Almendares. La brisa refrescaba, con intermitentes soplidos, la calurosa temperatura.

Los viejos compañeros de sacrificios y afanes le hicieron una cariñosa recepción. Ninguno, empero, pudo disimular la penosa impresión que les produjo su estampa física. Tosía a menudo. Pero de los ojos le brotaba su energía indomable con lumbres esmeraldinas.

Figuroa ha registrado, exactamente, los pormenores de la reunión. Jorge Vivó, secretario general del Partido, hizo un acucioso informe en que daba cuenta del fortalecimiento de la organización, de las tareas que se habían abordado y de las perspectivas de trabajo. Rubén expuso, con incisiva brillantez, sus puntos de vista y formuló innumerables preguntas. Se encaraba una situación objetiva y subjetivamente revolucionaria: ni el tirano podía ya gobernar ni el pueblo soportaba las condiciones de represión y miseria.

Inquirió, en primer término, sobre el nivel de los contactos con la Confederación Nacional Obrera de Cuba y con los sindicatos. Elevarlo rápidamente era, a su juicio, imprescindible para cualquier acción de tipo político que se emprendiera. Y quiso conocer si tanto aquéllos como el Partido poseían órganos de divulgación. Si la respuesta fue positiva respecto a éste, le inquietó sobremanera que apareciera irregularmente. Las dificultades técnicas se conjugaban, adversamente, con las persecuciones policíacas. Tal vez —apuntó alguien— su aparición pueda normalizarse cuando llegue la imprenta que Rubén ha conseguido en Alemania.

No le satisfizo la argumentación. Un partido sin un órgano habitual de expresión es como si estuviera mudo. Es como un hombre sin lengua. El tema se analizó detenidamente. La publicación periódica de *El Trabajador* era indispensable en aquella coyuntura. Y, asimismo, juzgó inaplazable la vigorización de los cuadros sindicales y la atención a los grupos de oposición en los sindicatos reformistas con el fin de ir forjando las bases para actividades mayores, aprovechando la circunstancia de que el Partido operaba

abiertamente y el prestigio que había adquirido era un tesoro que precisaba saber administrar.

Rubén se asignó algunas tareas colaterales y una principal: la de ir recuperando la legalidad con las debidas precauciones. No contraerse sólo a visitar algunos sindicatos y trabajar activamente en la dirección política sino, además, ligar vínculos con algunos dirigentes sindicales que no pertenecían al Partido e integrarlos a las actividades revolucionarias. No se adujo ningún reparo. Se temía por su seguridad y su salud; pero hubiese sido inútil. El fuego de la semilla rebrotaba, inexorablemente, en el surco.

Bienquisto del presidente Franklin Delano Roosevelt y graduado de la Universidad de Harvard, el embajador Sumner Welles había iniciado su gestión mediadora durante los primeros días de mayo. El tieso, elegante, presuntuoso y astuto diplomático, ducho en intrigas, embelecos y ambigüedades, comenzaba ya a reunirse con los representantes de la oposición pitiyanqui cuando Rubén Martínez Villena se introducía en Cuba. Al desembarcar Welles del “Peten”, una reata de abecedarios, mendietistas y maleantes le ha rendido pleitesía con serviles exclamaciones:

—¡Viva el presidente Roosevelt! ¡Viva el embajador *Some-ruelosf*! ¡Viva el *salvador* de Cuba!

Pero no faltó un tosco cartel que clamorease, con letras rojas, la protesta del pueblo.

No es salvar a Cuba, precisamente, la misión que ha encomendado a Welles el sagaz, elocuente y aprovechado adalid de *good neighbour policy*, flamante señuelo que intentaba encubrir el gran garrote con un espeso puré de zanahorias. Su tarea consistía, por el contrario, en mantener el *status quo* bajo control, decapitar el movimiento revolucionario y asegurar dominio económico norteamericano sobre la Isla. A lo sumo, le salía imperfecta la maniobra, procurar el remozamiento, n los consiguientes rejuegos, presiones y disimulos, de la estructura del machadato sin Machado. No entra en sus cálculos, en ningún caso, quitar graciosamente el odiado mandón para restituirle al pueblo de Cuba el pleno ejercicio de sus derechos soberanos. Trataríase, de haber sido así, de un cuento de hadas en vez de una operación imperialista.

En su política con Cuba, sometido el “nuevo trato” por vez primera a la prueba de los hechos, a Roosevelt le importaba sobre todo evitar que se frustrara la cosecha de medros y alabanzas que proyectaba recoger en la próxima Conferencia Panamericana de Montevideo. Esmerábase, por eso, en eludir cualquier paso que pudiera tildarse de intervencionista. De ahí que, con sutil hipocresía, rotúlase “mediación amistosa” la faena que ha asignado a Welles. Allá los ilusos y los bobos. Nada más distante del demagógico mote que la naturaleza misma del imperialismo. Aunque cambiase de faz, permanecía

inalterable, a, en suma, el mismo perro con diferente collar. Un disfraz, sin duda, inteligente y acorde con los tiempos. Desprestigiado y temido el uso descarnado de la fuerza, se imponía ocultar el *black jack* en guante de seda.

La enmascarada interferencia en los asuntos internos de Cuba coincidía con el recrudecimiento del terror, la violencia encadenada de los grupos de acción, el impulso creciente la rebeldía popular, la pujante organización de los obreros azucareros y el audaz movimiento armado iniciado por Antonio Guiteras en la provincia de Oriente. Su objetivo previo era rebasar esta situación explosiva, anuncio de conmociones mayores potencialmente riesgosas para la estabilidad del orden neocolonial. La vía escogida fue compeler a Machado a que se aviniera a un “tránsito ordenado y pacífico”,<sup>449</sup> sin excluir de antemano su permanencia en el poder, mediante “la negociación de un acuerdo definido, detallado y de fuerza obligatoria, entre el actual Gobierno cubano y los líderes responsables de las facciones que se le oponen, que lleve a una tregua en la actual agitación política peligrosa hasta el momento en que puedan celebrarse elecciones nacionales”.<sup>450</sup> Y, a fin de viabilizar el proceso, Welles se permite sugerirle que disminuya la represión y restablezca las garantías constitucionales. Estaba seguro de que ambas medidas aplacarían el descontento y la agitación. Su soberbia imperial y su miopía política le impedían percibir que la tormenta revolucionaria estaba a punto de estallar.

Machado reaccionó con ostensible desagrado a la propuesta de Welles. Súbitamente, empero, trocó la mueca en sonrisa cuando éste se refirió a la excelente disposición de su gobierno de ayudarlo en todas las formas posibles a fin de mejorar la agobiadora situación económica del país. Y, a ese propósito, le subraya el interés del presidente Roosevelt en suscribir un nuevo acuerdo comercial, el que, a cambio, por supuesto, del implícito monopolio del mercado cubano de importación, le proporcionaría de inmediato un respiro de tranquilidad y relajamiento.

Las fuerzas opositoras de derecha encabezadas por el ABC, a quienes persuadió rápidamente de que ése era el único dispositivo que admitía la Casa Blanca, no obstante la insistente demanda de éstas de sustituir a Machado por un presidente provisional comprometido con sus intereses, aceptaron la fórmula, con el beneplácito de Cosme de la Torriente, padrino *ad honorem* de la “mediación”, y solicitaron intermediario con el embajador. Antonio Guiteras, el estudiantado revolucionario, el movimiento obrero, los comunistas, amplias capas de trabajadores extraproletarios y algunas personalidades de relieve rechazan y combaten el re juego. La mesa redonda de la “mediación”, manipulada por Cosme de la Torriente y los dirigentes abecedarios Joaquín

---

449 Carlos Rafael Rodríguez: “La ‘misión Welles’”, en: *La lucha antiimperialista en Cuba*, Editora Popular de Cuba y del Caribe, La Habana, 1960, t. 2, p. 28. Ver Benjamín Sumner Welles: *Time for decision*, London, 1946.

450 Carlos Rafael Rodríguez: “La ‘misión Welles’”, art. cit., p. 31.

Martínez Sáenz y Jorge Mañach, se puso en marcha en medio del estampido de las bombas y de la lúgubre procesión de los asesinados, aspecto este que sólo inquieta en Washington por el daño que pudiera irrogar a sus inversiones y privilegios. Su tabla de valores era ajena, en el orden humano, a la monstruosa siega de vidas jóvenes, útiles, generosas. Como ahora mismo acontece con el genocidio cotidiano que se comete en El Salvador, ese pequeño país que se ha empinado hasta las más altas cimas del heroísmo, la dignidad y la abnegación en defensa de su soberanía, independencia y autodeterminación.

La lucha armada ideada y dirigida por Guiteras, bajo la égida de la organización Unión Revolucionaria de Cuba, con un programa de discreto corte antiimperialista, introducía un nuevo factor en el campo de fuerzas de la actividad revolucionaria. Con su insurgencia en abril de 1933 empezaba a tomar cuerpo propio y rumbo definido el movimiento nacional revolucionario, cuyos conceptos políticos cardinales ya habían despuntado, como señalase Mella, en las zonas más beligerantes, sensibles y avanzadas de la pequeña burguesía urbana, principalmente en la juventud universitaria de 1923, 1925 y 1927, afanosa de rectificaciones y cambios esenciales. Aunque Guiteras no era un desconocido —desde 1927 se había lanzado a la batalla—, el genuino sentido y alcance de su acción revolucionaria no fue apreciado ni entendido por el grupo progresista del estudiantado ni por los sectores determinantes de izquierda, a despecho de que su primer pronunciamiento había sido un llamamiento a la unidad de los combatientes, el segundo mantenerse alzado hasta la consecución de la caída de Machado y de la independencia absoluta de Cuba y el tercero repudiar la “mediación”. No se trataba tampoco, como supusieron algunos, de un arranque de desesperación pequeño burguesa. La irrupción de sus huestes guerrilleras en las estribaciones de la Sierra Maestra es la resultante de un proceso que viene gestándose desde 1932, con raíces en los componentes de la realidad cubana.

Ya Guiteras sabía a dónde iba y lo que quería.<sup>451</sup> Hombre de valor temerario y firmeza incommovible, personalidad subyugante y con indiscutibles dotes de mando, aunadas a un perspicaz olfato político, el joven dirigente había ganado prestigio y autoridad por su actuación denodada. La convergencia de sus acciones con el movimiento estudiantil, las organizaciones obreras y el Partido Comunista debía constituir una de las bases de la unidad revolucionaria y del frente nacional antiimperialista. De esa convergencia iba a depender, ni más ni menos, el destino ulterior del proceso revolucionario en su doble vertiente, nacional liberadora y socialista. Pero no se advirtió entonces ni se vertebró después por razones, motivos, circunstancias y respon-

---

451 Ver *Antonio Cinteras, su pensamiento revolucionario* (selección e introducción de Olga Cabrera), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974 y José A. Tabares del Real: *Guiteras*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

sabilidades imputables a unos y otros. Anticipémoslo ya. La funesta semilla del divisionismo sería la causa primordial de que la “revolución del 30” se fuera a bolina. No era la primera vez que eso acontecía en nuestra historia.

Con sentido heroico de sus deberes, Rubén Martínez Villena se había entregado a la brega. Entre triunfales aclamaciones reaparece en el Centro Obrero. Un festival de manos y discursos. Cada día establece nuevos vínculos y amplía su radio de actividades. Pero ya la afluencia constante de compañeros ávidos de oírle ha achicharrado su escondite. Se decidió cambiarlo de hospedaje. Rubén sugirió, y se acepta, el domicilio de Enrique Serpa, ubicado en un paraje recoleto, fresco y soleado de la Víbora, calle Altarriba, en el reparto Lawton.

La respuesta de Serpa a Isidro Figueroa fue terminante. —Esta casa es de Rubén. Lo pueden traer ahora mismo.

El nuevo alojamiento facilitó su contacto con Asela, sus hermanos, su cuñado Tallet y algunos viejos amigos, como José Manuel Valdés Rodríguez, recién llegado de la Unión Soviética. Fue allí donde yo también pude verlo.

La tremenda sacudida que me provocó su estado físico la he descrito en otro lugar. Cuando caí conmovido en su pecho aplastado, me pareció que abrazaba una sombra, una sombra afilada, una sombra que irradiaba rayos solares. Era el Rubén que yo había conocido y era otro. En su rostro pálido, de ángulos inverosímiles, llevaba la huella terrible de la enfermedad. Ni una palabra, sin embargo, de sus punzantes agonías. Admiraba el temple y la resistencia de aquella criatura que, de su propio vencimiento, extraía energías para seguir combatiendo. Y, más admirable, aún, el total olvido suyo de sí mismo. Con radioso optimismo que le infundía claro y vigoroso timbre a su voz maltrecha, habló de las perspectivas de la situación y, después, de la respuesta que acababa de concluir al periódico clandestino *Denuncia*, órgano del ABC, con motivo de la baldía intentona de enlodar su prestigio revolucionario a propósito de la paliza política que le había propinado a los trompeteros de la reacción fascizante y siervos anticipados del imperialismo yanqui. No le fue difícil silenciar a sus ocultos detractores y, especialmente, a Jorge Mañach, el resentido redactor de las difamaciones.

“Nuestros enemigos —resumía Martínez Villena— responden a la espada con bola de fango y el fango mismo es tan inconsistente que, lejos de alcanzarnos, queda adherido a las manos de los adversarios. El miedo y la sorpresa ante los golpes que el comunismo asesta a todos los ‘teóricos’ de la ‘salvación del pueblo’, el pánico a que las ideas y las opiniones de los comunistas arraiguen, en la masa, confunden a nuestros enemigos [...] y les obliga a dar los más grotescos pasos en falso, desde apoderarse de nuestros

escritos para adulterarlos y usarlos a su antojo, como ha hecho el gobierno en este caso,<sup>452</sup> hasta sembrar la mudez ideológica, rota sólo por el ‘aullido de odio’, como ha ocurrido entre los elementos dirigentes del ABC [...].”<sup>453</sup>

Pero la salud de Rubén se ha ido desmedrando con progre-í alarmante. Pudo haber descansado un poco en el hogar propicio de su amigo de la niñez. Hacía caso omiso de los angustiados consejos de éste y de los requerimientos chisporroteantes de Gustavo Aldereguía, quien si como revolucionario sobrecogía, como médico se desesperaba. Aumentaba la tos y subía la fiebre. A veces, la fatiga lo abate a pesar de sí mismo, organismo depauperado se hallaba ya en los umbrales de la extenuación.

Aún le restaba encarar, sin embargo, el desafío más dramático y trascendental de su vida revolucionaria: organizar y dirigir la huelga general política que derrocará la tiranía.

La creciente gravedad de Rubén, por una parte, y sospecho-s movimientos de pistoleros del ABC, por la otra, indujeron a sustraerlo por el momento de la luz pública. Su contundente tapaboca a *Denuncia* había desatado el odio criminal de la descaretada organización. Con el consentimiento de Gustavo Aldereguía, fue internado con nombre supuesto en el Instituto Clínico de La Habana, del cual era aquél codirector. Con el fin de mantener en secreto su estancia y facilitar, a la vez, la atención médica, se autorizó visitarlo a muy escasos compañeros. En su desesperado afán de salvarlo, Aldereguía había proyectado hacerle una toracoplastia. Aunque el riesgo quirúrgico era mayor que sus comprobados beneficios, no dudó en apelar al extremo recurso.

Vana ilusión. El enfado de Rubén por el inesperado cautiverio cobró tamañas proporciones. Se resistía coléricamente a todo tratamiento.

—Sabes mejor que yo, Gustavo, que tu ciencia y tus nobles deseos nada pueden hacer por mí. ¡Ojalá pudieras! En cambio, yo tengo mucho que hacer... Te ruego que me liberes cuanto antes de este nuevo tormento. Sobro realmente en esta cama. En la calle me es dable ser útil todavía —le reclamaba, cada mañana, a su médico, amigo y compañero.

Impotente y defraudado, Aldereguía intentaba calmarlo asegurándole que su reclusión sería breve. Y así fue. Una noche Rubén se trasladó a la residencia de una hermana de Asela, El Vedado. Gustavo lo despidió enjugándose una lágrima.

Al principio con cierta cautela y, después, a cara descubierta, Martínez Villena reanudó, gozosamente, sus labores de dirección, cohesión y movilización del movimiento obrero. Su vida corría, sin duda, menos peligro metido en las masas que en un escondite desguarnecido. Se resolvió, empero, buscarle un albergue; salúfero y seguro. Cuenta Isidro Figueroa que

---

452 *Heraldo de Cuba*, vocero de la tiranía.

453 Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa*, ed. cit., t. 2, p. 258.

se habló con Joaquín Valdés, ex secretario general del Partido y se alquiló una espaciosa y ventilada casa en la calle Árbol Seco colindante con el túnel del ferrocarril de Zanja. El viejo camarada de armas y su esposa, *Lola*, le prodigarán cuidados y cariños. Se adquirió el mobiliario indispensable, una mesa de trabajo y una máquina de escribir.

Aunque se restringen severamente las visitas, Rubén acabará por convertir el refugio, con la protesta inútil del *Abuelo*, en el centro de sus actividades revolucionarias. Incluso la dirección del Partido comenzó a reunirse cada vez con mayor frecuencia en el local. A poco, el abejero fue a toda hora. ¿Acaso habría podido ser de otro modo? El fuego de la semilla, reavivado por titánico soplo, pugnaba por expandirse en llamaradas envolventes. El sino personal de Rubén Martínez Villena se identificaba con el sino de la historia.

Hacia mediados del mes de julio de 1933, el sustentáculo de la tiranía se ha reducido a la apoyatura de los monopolios imperialistas, al bien remunerado aparato de represión, a la raquítica militancia del cooperativismo, a la rechinante mansedumbre de una burocracia indigente, a la grey espantadiza de los incondicionales y a parte de los grandes beneficiarios de la oligarquía, ya en proceso de disgregación política. Una ínfima parcela, en rigor, de la estructura de clase de la sociedad neocolonial.

La situación económica del país es caótica. El precio del azúcar ha caído a ras de suelo. Prácticamente se han agotado las reservas fiscales. El desempleo, el despido y los salarios se despeñan en el abismo sobre las espaldas de los trabajadores. Cunde el hambre. Miles de hombres y mujeres famélicos desafían las balas de los esbirros. La miseria popular se contabiliza en términos absolutos. Se paga puntualmente, sin embargo, la agobiante deuda pública: Wall Street no espera ni condona. Despléganse el descontento, la rebeldía, la resistencia. Se multiplican las huelgas en la ciudad y en el agro. La bancarrota objetiva del sistema concentra el odio de las masas en Machado. Las impulsiones y los signos de una sublevación nacional y social se encuentran presentes.

Ciertamente era la “hora del recuento y de la marcha unida” de todas las fuerzas revolucionarias, antiimperialistas, patrióticas, progresistas, democráticas y antimachadistas en el frente nacional de lucha correspondiente a la fase inmediata de la revolución agraria antiimperialista. ¿Hay, empero, posibilidades reales y caminos factibles para la consecución de este empeño? ¿Existe el mínimo de concordancia previa entre las corrientes, tendencias y movimientos concurrentes, afines o coadyuvantes?

El campo de fuerzas que ha ido perfilándose en el curso de la situación indica ya, real o potencialmente, según el caso, las vías de desarrollo, las



connotaciones ideológicas y las perspectivas claras o nubosas de la rebelión nacional y social que viene incubándose.<sup>454</sup> Su sector más relevante es, sin duda, el movimiento independiente de la clase obrera dirigido por el Partido Comunista. Hecho de tal dimensión y trascendencia ha solido omitirse o enmascararse en las evocaciones convencionales de la época.

El sector más combativo, audaz y honesto de raíz pequeño burguesa hasta entonces es la facción de fuerte inspiración patriótica, democrática y nacionalista del Directorio Estudiantil Universitario. Encabezado por Pío Álvarez, Félix Ernesto Alpízar, Floro Pérez, Willy Barrientos, Laudelino González y Salvador Vilaseca, es indudable que con su acción grupal violenta adelantaba el desplome de la tiranía e indirectamente socavaba los cimientos del dominio imperialista. Se ha discutido y aún se discute cuál táctica era más idónea: si ésta o la acción revolucionaria de masas. Estimo que la idónea era, y es, su conjunción dialéctica. Frente a situaciones análogas ambas son legítimas y necesarias. Apenas surgido el directorio, un puñado de logreros, oportunistas y demagogos, dirigidos por Carlos Prío, Manuel Antonio Varona y Rubén León, enemigos contumaces de la emancipación nacional y del movimiento revolucionario del proletariado, pujaría por adueñarse, hasta conseguirlo, de la conducción política del poderoso movimiento estudiantil impulsado por el asesinato de Rafael Trejo. Este temprano desvío de la verdadera ruta origina la necesidad de fundar el Ala Izquierda Estudiantil. No sólo ésta esclarece y orienta: salvaguarda, asimismo, la tradición revolucionaria de la juventud cubana.

Hasta el alzamiento de Antonio Guiteras en las postrimerías del machadato, no adquiere volumen político ni tinte ideológico el movimiento nacional revolucionario, aunque sus ideas han ido madurándose en el transcurso de los movimientos estudiantiles y de las luchas sociales. El sedimento nacional fascista, subyacente en la pequeña burguesía antimachadista de derecha, se movilizó al organizarse el ABC.<sup>455</sup> El sector de la burguesía no azucarera opuesta a Machado está ideológicamente representado en las dirigencias del ABC y de Unión Nacionalista, que no cesará ya de actuar como pieza de recambio del imperialismo. Los desprendimientos de esa agrupación política burguesa irán a integrarse en el directorio o en el ABC y, por excepción, en las huestes de Guiteras.

Encuadrar las fuerzas que podían y debían marchar juntas en un frente nacional de lucha contra la tiranía, la reacción y el imperialismo, capaz de airar y unificar las masas inconexas urbanas y rurales en contradicción con el orden social neocolonial o airadamente reviradas contra sus métodos

---

454 Ver Francisco López Segrera: *Raíces históricas de la Revolución Cubana*, UNEAC, La Habana, 1980. Afilado ensayo de interpretación marxista del proceso revolucionario cubano.

455 Ver Marisela Mateo: “El ABC opción reformista burguesa en la política neocolonial cubana”, en: *Anuario de Estudios Cubanos 2*, La Habana, pp. 329-432.

despóticos y su explotación desmedida, constituía la clave del derrocamiento revolucionario de Machado, de la conquista de la plena independencia y del establecimiento de un gobierno popular antiimperialista que, tras de coronar al nivel de los tiempos la revolución inconclusa de José Martí, abriera los diques a la edificación de la sociedad socialista y, por ende, al poder democrático de los obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales bajo la hegemonía del proletariado y la dirección del Partido Comunista. Nótese y anótese. Esa resultante, teóricamente indisputable, dependería de la agudeza de visión política, de la certera interpretación de la realidad nacional e internacional, de la valoración exacta del movimiento en conjunto de los intereses de clase, de la clara comprensión de las etapas entrelazadas del proceso revolucionario, de la dosis necesaria de audacia creadora, de la adecuada elección de los métodos y las formas de lucha, de la manipulación flexible de la táctica y, sobre todo, de la madurez revolucionaria de las fuerzas motrices, afines, coadyuvantes o concurrentes. Y debe reconocerse y proclamarse: cuanto nos faltó entonces para obtenerla le sobró después a Fidel Castro para producirla.

La unidad revolucionaria y el frente nacional de lucha pervivieron sólo como consigna abstracta. Unos y otros llamaban a su constitución y en porfía continuaban las fuerzas que debían unirse y luchar juntas. El clamor del Partido Comunista jamás cesaría. Mas en términos tales que lo distanciaban de parte considerable de las fuerzas revolucionarias o nacional reformistas operantes. Era obvio que, en las condiciones concretas de Cuba y a tono con la marcha de la historia, el carácter de la revolución no podía ser otro que el agrario y antiimperialista. No era tácticamente válido, en cambio, que propugnase la unidad revolucionaria y el frente único por la base bajo la hegemonía del movimiento obrero y de su partido de clase. Ni tampoco enarbolar como fórmula política inmediata el establecimiento de un gobierno soviético de obreros y campesinos, con errónea prescindencia de las etapas intermedias y de las situaciones transicionales en el camino del poder. Como propaganda de principio, la tesis era correcta; como táctica, funesta.

En posición subalterna o a remolque quedaban, por lo pronto, el movimiento nacional reformista conducido por las capas más avisadas y progresistas del estudiantado y el movimiento nacional revolucionario de Guiteras. Aquéllos, éstos y esotros anduvieron siempre a las greñas, sin perjuicio de compartir torturas, cárceles y persecuciones. A su vez, los elementos más reaccionarios y oportunistas del Directorio Estudiantil Universitario mantenían una postura abiertamente anticomunista y proimperialista. Por otra parte, ni los dirigentes del movimiento nacional reformista ni del movimiento nacional revolucionario habían manifestado interés alguno por concertar sus fuerzas con el movimiento obrero y el Partido Comunista. Éste, como se ha dicho, al demandar la unidad revolucionaria y el frente único, lo hace en modos

de subordinación política y de acatamiento ideológico que enervan toda posibilidad de entendimiento para una acción nacional liberadora de todo el pueblo, cuya premisa fuera el derrocamiento de la tiranía. Mientras más se aproximaba la batalla decisiva más se agudizaba el divisionismo en las dirigencias y bases. Nadie me lo cuenta. Lo viví y caí también, como tantos, no obstante mis dudas y aprensiones, en ese mayúsculo error.

Ésa era la situación real del campo de fuerzas protagónicas, afines, concurrentes y coadyuvantes cuando se inicia una huelga parcial de ómnibus en la ciudad de La Habana. Un pueblo entero aguardaba, con afán desesperado y determinación inquebrantable, la dirección certera, firme, responsable y compacta que lo condujera a la victoria.

A despecho de los respingos y reticencias de Machado, la “mediación” parecía desenvolverse, bajo el índice omnímodo de Welles, conforme a los intereses de la oposición burguesa restauracionista. Entre tanto, la agitación popular se extendía por la Isla expresándose, en pareja medida, contra la injerencia yanqui y la permanencia de Machado. Ni el embajador ni sus acólitos lo han advertido: la perspectiva de un “tránsito ordenado y pacífico” se ha diluido. Tampoco se percatan del volcán rugiente sobre el cual actúan. Ilusamente suponen tener el control de los acontecimientos.

La detención completa el 29 de julio del tráfico de guaguas y tranvías eléctricos en la capital fue, para unos y para otros, un violento choque con la realidad. La Confederación Nacional Obrera de Cuba y el Partido Comunista le habían proporcionado, desde el primer momento, su apoyo beligerante a las reivindicaciones de los huelguistas. Pero su acción iría mucho más lejos. Inmediatamente movilizan a los trabajadores del ramo, paralizan sus actividades en todo el país y les urgen a entrelazar sus demandas con las ya planteadas. En Santa Clara se introduce un nuevo factor que acelera y tonaliza el proceso: la salvaje represión de una demostración de maestros provoca el cierre espontáneo del comercio, de los teatros y de numerosas fábricas y talleres. Se declara “ciudad muerta”. Los actos de solidaridad afloran bruscamente, como lenguas... de lava, en las calles de La Habana. En una protesta efectuada el 1º de agosto en la esquina de Águila y San Rafael, cae mortalmente herido Marcio Manduley, significado dirigente del Ala Izquierda Estudiantil. Durante otra, escenificada en Santiago de Cuba, es asesinada América Lavadí, valerosa militante de la Liga Juvenil Comunista. La irrupción de las masas cobra dimensiones y fragores de mar aciclonado. La comisión mixta de la “mediación”, arredrada por el sesgo turbulento de los hechos, apela a los dirigentes del ABC para que la oposición “se abstenga de celebrar actos públicos”.

Sigue creciendo el paro con ritmo encabritado y, a poco, casi todo el país se halla inactivo. No es una huelga pasiva. Los obreros azucareros ocupan ingenios, bateyes, cañaverales. El día 4 de agosto la huelga es total. El ejército y la policía patrullan las ciudades y la guardia rural los campos. Mítines, manifestaciones y sabotajes se suceden en onda encrespada. Estallan bombas y petardos. No hay prensa ni emisoras. Funciona “radio bamba”. Bolas, boliches y bolones incendian la atmósfera. Se adueñan la confusión, el

desconcierto y el miedo de las esferas dirigentes de la tiranía y de los conductores de la “mediación”. Incluso los médicos han abandonado los hospitales y los empleados públicos se refugian en sus casas. Empiezan a escasear los alimentos y el agua.

Ya las reivindicaciones de clase, enarboladas por los sindicatos, apenas cuentan: sólo importa, en rigor, el derrocamiento de Machado. Ésa es la consigna unánime y la meta común. El paro nacional de solidaridad con demandas de tipo económico o de clase se ha transformado, dialécticamente, en una huelga general política de todo el pueblo. La Confederación Nacional Obrera de Cuba y el Partido Comunista comandan el torrentoso movimiento y lo guía, casi moribundo, desde su cama de enfermo, Rubén Martínez Villena.

Ha llegado el instante solemne de la audacia creadora y de las decisiones egregias: el “ahora o nunca” que define el rumbo y decide el alcance. Mas de ninguna parte brota la palabra de orden, la convocatoria precisa, la ruta congruente. La huelga prosigue su desarrollo incontrastable sin que se plantee el problema del poder y de sus raíces, formas y objetivos. Sin menguar ni desconocer las singulares dotes de Rubén Martínez Villena ni las crecientes de Antonio Guiteras, faltó, sin duda, el líder revolucionario de geniales aptitudes que requería la compleja, hirviente y fluida coyuntura.

Machado busca un entendimiento con los obreros. Envía, primero, sus emisarios. Concierta, después, una entrevista con el Comité General de Huelga. Accede a todas las demandas económicas y concede la legalidad a las organizaciones sindicales y al Partido Comunista.

La alta dirección del Partido ha recibido un cablegrama del Buró del Caribe, dependencia de la Internacional para la región: “Demoren venta final.”<sup>456</sup> Discusiones iracundas en torno al sentido del mensaje. Se acuerda, a la postre, ordenar, previa consulta, la vuelta escalonada al trabajo. El muestreo es inútil.

No hay obrero que ceda ni acceda. Rubén percibe a tiempo las catastróficas implicaciones de la consigna y se da la contraorden de continuar el paro.

Welles, por su parte, se afana en precipitar los acuerdos políticos y las reformas constitucionales que ha exigido de la tiranía. Ni ve, ni oye, ni entiende. Centenares de abecedarios de fila se suman al proceso. Los aguerridos militantes del Directorio Estudiantil Universitario se han incorporado a la huelga y constituyen uno de sus principales bastiones. Deliberadamente confundido por los más altos dirigentes del ABC, el embajador imputa la responsabilidad de la huelga a una estratagema de Machado. Baldíamente gestiona de la Célula Directriz medidas de emergencia enderezadas a impedir que la “mediación”, rebasada ya por la acción revolucionaria del pueblo, naufrague estrepitosamente y la situación se le vaya de las manos.

Zarandeado por la tormenta, Welles propone a su gobierno que le autorice a exigir de Machado la abdicación inmediata del cargo. Pretextando repentina

---

456 Lionel Soto: *op. cit.*, t. 2, p. 388.

indisposición, éste rehúye la entrevista. Cuando se efectúa ya todo estaba perdido para la “mediación” y para el tirano. Machado acepta, aparentemente, el ultimátum del embajador. Ha decidido, empero, jugarle la cabeza. Trama, por lo pronto, una intimidante matanza popular.

El 7 de agosto, en apogeo el potente movimiento de masas, una emisora clandestina de radio propala la destitución de Machado. La muchedumbre, delirante de júbilo, se abalanza inerte a la calle para festejar el suceso. Centenares de muertos y heridos. La soldadesca la ha agredido con saña feroz. Junto a mí y a Mario Fortuny, se desploma, sangrante, el estudiante Mariano Rodríguez.

Esa propia noche, el tirano apareció súbitamente, furioso y babeante, en la jefatura de la policía y, desde sus micrófonos, arroja una andanada de improperios contra Welles, repudia crudamente la intervención yanqui y emplaza con inaudita fanfarronería a Estados Unidos: si desembarcara un solo *marine* lo enfrentaría a la cabeza del ejército. Una hora después, la Cámara de Representantes adopta el acuerdo de repeler y condenar la intromisión de Welles en los asuntos internos de Cuba.

¿Arrepentimiento tardío? ¿Machado patriota? ¿Machado antiimperialista? ¿Machado revolucionario?

La ridícula farsa suscita la carcajada del pueblo cubano. No le quedaba ya otra alternativa que poner pies en polvorosa o perecer arrastrado en las calles.

La solidaridad con los huelguistas adquirió resonancia mundial después de la masacre del 7 de agosto. También cobró relieve significativo la protesta contra la intervención: provenía de pueblos de todas las latitudes y de gobiernos de América Latina y del Caribe, temerosos de escarmentar en carne propia análoga experiencia. Los gobiernos de México y de Argentina se dirigieron incluso a la Casa Blanca expresándole su disconformidad con las manipulaciones injerencistas de Welles. Con la mirada puesta en la Conferencia de Montevideo, el presidente Roosevelt no esquivó la advertencia: el secretario de Estado, Cordell Hull, le envió un rapapolvo indirecto al embajador y se refiere a las quejas y aprensiones que en América Latina estaba promoviendo la interpretación de su conducta.

Pero Welles continuaría empeñado en buscarle una solución “constitucional” a la situación y, a ese respecto, apeló a todas las argucias y artilugios en combinación con los “mediacionistas”. Machado rechazó indignado su nueva propuesta, acompañando el retórico gesto con altisonantes acuerdos de los partidos Liberal, Popular y Conservador en defensa de la soberanía y la dignidad de Cuba y en abierto rechazo a toda intrusión yanqui. Grotesco derecho al pataleo de zacatecas jubilados. La huelga, inyectada con nuevos ímpetus y vigos revolucionarios por la horrenda matanza, proseguía su curso arrollador a espaldas de los conciliábulos y las martingalas de la

“mediación” y de la tiranía. No concluirá hasta alcanzar su declarado e indoblegable propósito: abatir a Machado.

Tal vez sea ahora pertinente dilucidar la cuestión del asendereado “error de agosto”. La desafortunada medida fue aviesamente aprovechada por los reaccionarios de toda laya y los renegados del Partido Comunista, y mucho más después de caída la tiranía. Si antes se había difundido la malévola especie del “pacto” con el tirano, ulteriormente se esparce el infundio de la “traición” al pueblo cubano.

Ni pacto ni traición. Aunque de monta evidente y de adversas implicaciones para el curso del movimiento revolucionario, como hubo de reconocerlo el propio Partido, en desnuda crítica y autocrítica, el “error de agosto” fue eso: una equivocación política fruto de múltiples factores y contingencias. ¿Quién podría aducir, sin faltar deshonestamente a la verdad, que es obra de mala fe o consecuencia de una distorsión moral?

¿De dónde partió el error? ¿Quién lo generó? Nadie en particular fue responsable de su comisión. Sería, por eso, injusto atribuirlo a Rubén Martínez Villena o a cualquier otro dirigente del Partido. Quede nítidamente establecido: no fue una decisión personal; fue una decisión colectiva. Es la resultante, a la par, de una línea política y de una directiva externas, ejecutadas mecánicamente. La línea política es la vigente en las áreas coloniales y semicoloniales después del VI Congreso de la Internacional Comunista, y de su Buró del Caribe proviene el malhadado mensaje que precipita la resolución. De esa concepción teórica, estratégica y táctica dimana, precisamente, la idea de la unidad revolucionaria y del frente único antiimperialista que margina todas las corrientes, tendencias y agrupaciones revolucionarias, antiimperialistas, patrióticas, democráticas o antimachadistas de la coparticipación en la jefatura temporal del proceso. Y de esa concepción dimana, parejamente, la tesis de la huelga general como expresión exclusiva de la lucha de clase contra clase, con abstracción casi absoluta, en este caso, de sus factores condicionantes y del origen social de millares de combatientes o de simples trabajadores. Se reducía a Machado a mero epifenómeno y, por lo tanto, su sustitución no alteraba el orden de los factores. Más aún: se llegó a aseverar que un Machado “debilitado” era preferible para el proletariado a un sustituto fuerte y con aureola postiza. No sólo resultaba más hacadero arrancarle demandas de clase: abría más fácilmente el camino a la forja del poder obrero y campesino.

Aferrada a ese esquema mecanicista y sectario, la dirección del Partido no percibió inmediatamente el carácter revolucionario de la huelga, su poderosa fuerza expansiva y su implícita proyección antiimperialista. Quizás eso explique, asimismo, su total silencio respecto a la perspectiva en curso de la conquista del poder por las masas dentro del cuadro nacional liberador

o de una forma intermedia de poder popular, nacionalista y progresista. Se omitió la circunstancia de que las revoluciones no vienen hechas conforme a imágenes prefabricadas ni se desarrollan linealmente: se hacen y conforman durante el curso mismo de los acontecimientos.

Machado era, en efecto, un pelele del imperialismo. No se comprendió, empero, que su derrocamiento revolucionario entrañaba la apertura de un proceso nuevo, que podría desembocar en la fase previa a la instauración de una forma transicional de poder de la mayoría del pueblo, con impulsiones removedoras, democráticas y antiimperialistas. Eso habría dependido, por supuesto, de la conjunción de las direcciones y de las bases de las fuerzas más revolucionarias e influyentes. O para ser más concreto: de la unidad de acción y pensamiento del movimiento comunista y del movimiento nacional revolucionario, como fundamento de la adhesión militante del pueblo. No pudo ser. Ni siquiera se intentó seriamente a causa de las disparidades ideológicas de principios, los resabios políticos y las visiones astigmáticas de unos y otros, amén de la intensa campaña anticomunista desatada hacia varios años. Ni los comunistas se acercarían a Antonio Guiteras ni éste a los comunistas. Me consta, cuando menos, que quiso acercarse y jamás los atacó. La barrera del divisionismo se mantendría infranqueable hasta después del VII Congreso de la Internacional Comunista, salvo en las vísperas de la huelga general política de 1935 en que, unidos en el mismo empeño, Blas Roca y Antonio Guiteras se reunieron para discutir los respectivos enfoques del Partido y de la Joven Cuba. Ambos coinciden en que el movimiento fracasaría al carecer de los medios materiales y de la madurez organizativa indispensables para la conquista del poder.

Aquella dolorosa ocurrencia nos es familiar a cuantos participamos en esas lejanas contiendas. Y la han enjuiciado, con notoria lucidez y ejemplar objetividad, Fabio Grobart, Carlos Rafael Rodríguez y Lionel Soto, destacadas figuras del primer partido marxista-leninista. Importa sobre todo recordar también la fuerte censura de la Internacional Comunista sobre la línea adoptada durante el Gobierno de los Cien Días.

Intentaré resumir el minucioso, penetrante y veraz análisis de Lionel Soto. Un “sustituto fuerte” de Machado significaba para Rubén todo relevo impuesto por la intervención y, por ende, apoyado por la embajada, la oligarquía, los partidos políticos burgueses y, especialmente, el ABC, que sería el centro rector del nuevo campo de fuerzas de la reacción y el imperialismo. La decisión adoptada de vuelta al trabajo —señala Soto— constituía una abstracción política y, en consecuencia, inoperante, “pues no tenía en cuenta las supremas realidades del momento, ni los sentimientos que éstas habían hecho nacer y arraigar en los trabajadores. El error político del PC [continúa] es, en lo fundamental, un derivado directo de la línea política sostenida por



el mismo. El PC mantenía la estrategia de Revolución Agraria y Antiimperialista, sobre la base de la toma del poder por la clase obrera mediante los *soviets* de obreros, campesinos y soldados. La clase obrera, dirigida por su vanguardia revolucionaria, el PC, debía consolidar la alianza con los campesinos trabajadores y “arrastrar” a los sectores democráticos de la pequeña burguesía urbana. Esta unión de clases y capas de clases trabajadoras, que reconocieron la jefatura del PC, constituía las fuerzas revolucionarias. Todo lo demás era —dentro de esa concepción— la ‘oposición burguesa’. En una palabra, el PC sólo reconocía como fuerzas revolucionarias a aquellas que formaban sus aliados subordinados. En la práctica, esto significa que el PC consideraba dos aceras políticas: la del PC, de un lado; y la que no dirigía el PC, del otro, y que éste metía en un sólo saco y ponía el rótulo de ‘oposición burguesa’. En este sentido, todo lo que no pudiera lograr el PC carecía de virtualidad revolucionaria. Esta línea hacía que, en los hechos, el proletariado marchara casi solo, pues el movimiento campesino revolucionario era muy débil y los sectores pequeño burgueses prosocialistas —A la Izquierda Estudiantil, intelectuales de la Liga Antiimperialista, etc. —integraban una minoría valiosa pero pequeña”.

“La línea del PC era, pues —concluye el autor citado—, una línea de extrema izquierda, sectaria y que se pudiera definir como del PC ‘contra todos’. El PC concibió el triunfo popular como la lucha entre dos polos bien definidos: poder “soviético”, o poder de la oligarquía burgues-latifundista. No existía la posibilidad transicional de un poder pequeño burgués radical o radicalizable. Así, esta concepción llevaba a una táctica autosuficiente de la clase obrera y al desprecio a las alianzas con los elementos organizados más democráticos limitados que abrieran el camino a otros superiores. Ya, entonces y, siguiendo este orden de ideas, como táctica, ‘un Machado debilitado’ pudiera ser mejor que ‘la intervención’.”

Hubo otros factores objetivos y subjetivos que, al decir de Soto, contribuyen también “a ofuscar una visión más profunda de la realidad”: a) el carácter de enemigo principal del imperialismo yanqui; b) el desplazamiento de Machado como depositario de la voluntad principal del imperialismo; c) el debilitamiento evidente del machadato a partir de los primeros trajines de la mediación; d) el acatamiento de las fuerzas burguesas de oposición a los designios de la mediación; e) el reconocimiento, por la dirección del Partido, de que éste no era lo suficientemente fuerte aún para lanzarse a la toma del poder y la necesidad, por lo tanto, de hacer maniobras dilatorias que lo situaran en posición de ofrecer la batalla final; f) la decisión del ABC, a última hora, de apoyar la huelga después de haberla combatido tenazmente; g) la pérdida de prestigio y la desintegración interna de esta organización y su conversión en tropa de choque anticomunista y antiobrera del impe-

rialismo; h) la fragorosa resaca de la polémica entre Martínez Villena y el ABC; i) el acelerado proceso de recuperación por el Directorio Estudiantil Universitario de la inmensa mayoría del estudiantado y de vastas capas de la población, desencantadas por la conducta entreguista del ABC; j) la inexistencia de una entidad que agrupara públicamente a los antinjerencistas y antiimperialistas, fuera del Partido y de sus organismos colaterales, que favorece el espejismo de sólo dos campos en la oposición: Partido Comunista y oposición burguesa; k) la falsa óptica que transforma al ABC en enemigo principal; l) el prolongado alejamiento de Martínez Villena de la lucha real de Cuba, su desvinculación forzada de las masas durante el desarrollo de los acontecimientos y el estado crítico de su salud; m) las interferencias internacionales propias de los años que corrían y de los propios defectos de método y errores de la Internacional Comunista y el desconcierto suscitado por el ambiguo mensaje del Buró del Caribe.

Esta compleja conjunción de factores y condicionantes —sintetiza Soto— tendía “a reforzar —y no a neutralizar— la visión sectaria, deformada, de la realidad nacional que brotaba de lo que era la línea política del PC”. “Eran, como hemos dicho en otro lugar —reafirma Lionel—, errores, insuficiencias y caídas producto de la inmadurez y de la inexperiencia; de la falta de agudeza crítica y de sentido creador en el análisis. Era la etapa extremista, infantil y, en cierto ángulo, de un centralismo infeliz que descubría, cada vez más, un cariz mecanicista y formal. [...].

”...La huelga había perdido, hasta esfumarse, su aspecto económico para transformarse en una huelga política, de una fortaleza y unanimidad insoslayables; y un organismo como el PC, tenía que respetar y canalizar el deseo incommovible y casi frenético de las masas, que era, por demás, expresivo de una aspiración progresista y enteramente legítima. Lo económico subyacía pero no era lo dominante, porque las masas comprendieron por sus propias experiencias que con el machadato en el poder nada sería duradero, y porque la larga teoría de crímenes y atropellos inferidos al pueblo por la tiranía había trazado una frontera definitiva que hacía innegociable cualquier ofrecimiento que viniera de ese bando, tanto en lo político como en lo económico. Las masas, en una palabra, estaban irrevocablemente decididas a derrocar la tiranía.”

Soto insiste, finalmente, en la percepción tardía por el Partido de la descomposición creciente del ABC y el considerable volumen de las deserciones de fila en su seno. Ni tampoco ha advertido el veloz fortalecimiento del prestigio y la autoridad del Directorio Estudiantil Universitario al poder reagrupar esas fuerzas y otras marginales, como consecuencia de su brillante historia de luchas, de su actitud antimediacionista y del recobramiento de su independencia política, subordinada durante algún tiempo, por razones

tácticas, a las acciones del ABC. “El DEU por su naturaleza —puntualiza Soto—, es el vehículo de la porción más radical y revolucionaria de la pequeña burguesía urbana, si descontamos las huestes minoritarias del Ala Izquierda. Pero es, además, el órgano político que puede nuclear un estado de oposición intermedia —y muy poderosa y de gran cuantía— que es ajena a la oligarquía y al Partido Comunista.”

En su excelente ensayo “El movimiento obrero cubano de 1925 a 1933”, Fabio Grobart fija su punto de vista sobre el tema: “Mientras que el proceso de la *mediación* estaba en marcha, desde fines de julio se desarrollaron acontecimientos ante los cuales Sumner Welles resultaba impotente. Una huelga de los trabajadores de ómnibus de La Habana, motivada por una disposición abusiva del jefe del Distrito Central, Pepito Izquierdo, se convirtió en el chispazo necesario para producir la inevitable explosión revolucionaria.

Esta huelga, considerada por el ABC como una traición a la *mediación*, fue el inicio de una ola de huelgas que, en solidaridad con los obreros del transporte y por demandas propias, iba extendiéndose con velocidad tempestuosa a todos los sectores de la economía de un extremo a otro de la isla, transformándose así de hecho, en huelga general, a partir del 4 de agosto.

Dirigida por el Partido Comunista y la CNOC con el apoyo entusiasta del Directorio Estudiantil Universitario y la adhesión de todo el pueblo, la huelga general, que al principio parecía ser la suma de un gran número de huelgas aisladas de solidaridad y por reivindicaciones económicas, se convirtió objetivamente en una acción política unida de toda la nación, bajo la palabra de orden de ¡abajo Machado!

Pero de este nuevo carácter de la huelga no se percató inmediatamente la dirección del Partido y de la CNOC. Para ella la huelga general siguió siendo la misma suma de aisladas huelgas económicas y de solidaridad y, por consiguiente, creía que al ser ganadas las demandas, los huelguistas deberían volver al trabajo. No se dio cuenta de que la lucha contra Machado había entrado en su fase decisiva, ni de la firme disposición de los cientos de miles de trabajadores de no volver al trabajo mientras Machado continuase en el poder.

Esta miopía política se refleja también en una errónea conclusión que los dirigentes del partido sacaron de la justa apreciación de que sustituir a Machado por un gobierno de oposición burgués-terrateniente significaba dejar a Cuba como una semicolonias del imperialismo y a las masas populares en la miseria y en la esclavitud. Esa conclusión consistió en que, ante la imposibilidad de que Machado fuese reemplazado inmediatamente por un gobierno revolucionario de trabajadores, la lucha de la clase obrera no serviría para ayudar precisamente a esa oposición a escalar el poder.

Dicha conclusión fue profundamente falsa por ser mecánica, por no basarse en un análisis correcto del desarrollo dialéctico de la situación y, esencialmente, por no tener en cuenta que las masas revolucionarias enardecidas por la victoria sobre Machado y orientadas en su acción por una justa política de su vanguardia marxista-leninista sí podrían asegurar los cambios profundos, es decir, la realización del programa agrario antiimperialista, por el cual abogaba y luchaba desde su fundación el Partido Comunista.

Estas razones que acabamos de exponer sucintamente son las que explican por qué la dirección del Partido y de la CNOC, rectificaron el error momentáneo y, con los trabajadores, adoptaron la decisión unánime de no volver al trabajo mientras Machado estuviese en el poder.”

Rápidamente, en efecto, como ya hube de consignar, se desactivó la decisión sin que la huelga fuese entorpecida en ningún sentido. Ésta proseguiría, bajo la dirección del Partido y de la CNOC y la suprema jefatura de Rubén Martínez Villena, hasta barrer el machadato. Aunque la misma óptica persistirá durante el Gobierno de los Cien Días, el llamado “error de agosto” no alteró el curso del paro. Ni menoscabó tampoco el papel de vanguardia y la gloria del Partido y de su heroico conductor en el derrocamiento revolucionario de la tiranía.

Resulta pertinente puntualizarlo. El carácter antimachadista de la huelga de agosto y el contenido revolucionario de su desarrollo se evidenció desde sus comienzos. Fue perceptible desde que estalló el paro local que la inicia. No se reduce éste, como tantas otras acciones sindicales de la época, a la demanda de reivindicaciones inmediatas. Va enfilado directamente a frustrar la constitución del monopolio del transporte urbano que la tiranía pretende imponer en la capital. La CNOC, por supuesto, le ha dado pleno respaldo y, a la par, mueve todos sus resortes para expandirlo, con la finalidad de provocar afectaciones decisivas en las actividades económicas y administrativas de la nación. Cuando arrecia el apoyo activo de la clase obrera y se manifiesta la solidaridad de la población, el movimiento se transforma en la más aguda expresión política de la indomable batalla popular contra el régimen. No en balde la consigna unánime de los huelguistas es ¡abajo Machado! Su ritmo es vertiginoso y su impulso irrefrenable. Los efectos inmediatos saltan a la vista: dismantela la “mediación”, disloca el orden neocolonial y mina la fidelidad del ejército. En breves días, el paro local de ómnibus ha devenido huelga general revolucionaria de todo el pueblo. Un nuevo protagonista, hasta entonces ignorado desdeñosamente por Welles y sus lacayos criollos había aparecido en escena con fuerza indomeñable: las masas populares.

Diversas interpretaciones se han dado sobre la paternidad del golpe militar que precipitó la caída de Machado. Mayormente se atribuye a una

maquinación del embajador yanqui, enderezada a sustraer el desarrollo ulterior del proceso, en defensa del dominio imperialista y del control de la situación política que advenga. Confiados ciegamente en la lealtad inquebrantable de las fuerzas armadas a la tiranía, la sedición inesperada del batallón número 1 de artillería de costa fue una sorpresa conmocionante tanto para el titiritero como para sus títeres. Pero cuando se percata de la consumación en marcha del alzamiento castrense, el “mediador” aunque desconcertado y enfurecido, procedió a manipularlo dentro del contexto de sus objetivos.

Lanza por la borda a Machado y se dispone a sustituirlo “constitucionalmente”: licencia para el tirano y nombramiento previo del secretario de estado, general Alberto Herrera. Aún persiste en mantener al sátrapa mientras le sea dable.

Amenazando a unos y a otros con la intervención, se pone al habla con los cabecillas de la oposición mediacionista, de los partidos políticos machadistas y del ejército. Cambia el chucho, apenas se entera que la oficialidad sublevada no acepta la permanencia de Machado ni tampoco su trueque por Herrera. Telegrafía a Washington, se reúne y vuelve a reunirse, lidia con Ferrara y Torriente, corre de un lado para otro en un remedo diplomático del juego infantil de la gallinita ciega. Los sublevados desde luego, no constituyen un obstáculo político: salvo excepciones son proimperialistas y acatan la jefatura del embajador. Su problema es salvaguardar las posiciones en riesgo y preservar la vigencia de la institución, que saben desprestigiada y dividida. Se apresuran, por eso, a dejar constancia de que están prestos a plegarse a cualquier civil que no esté comprometido con la tiranía. El ex coronel Horacio Ferrer, aspirante a la presidencia bajo cuerda mediante turbias maniobras y abyectos galanteos, sale de la cancha como un bólido. Carece de respaldo. Surgió entonces, sonriendo en los brazos de don Cosme de la Torriente y sacramentado jubilosamente por Welles —naipe que llevaba oculto en un bolsillo—, el aspirante que cuadra a los oficiales y sirve al imperialismo hasta inclusive sacrificar sin escrúpulos la patria que contribuyó a fundar su glorioso progenitor. Y fue así como usurpó la silla presidencial Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, macha-dista hasta las vísperas.

Ya todo este miserable y vergonzoso rejuego de la “mediación” lo acaba de poner en claro Rolando Rodríguez en un libro, listo para la imprenta, de excepcional valor histórico.

De la fétida masa de documentos fidedignos que maneja, brota, chorreando cieno y sangre, el histriónico papel desempeñado por Sumner Welles en su supuesta gestión amistosa y los descartados nativos que lo acompañan en la farsa. Cuando se publique ya no habrá manera de engañarse ni confundirse.

Barrido tumultuosamente por la acción revolucionaria del pueblo, el Asno con Garras ha podido escapar a Nassau con la aquiescencia y protección del

“mediador” y sus vasallos. Mientras tanto, el saqueo y el fuego dan cuenta de las mansiones de sus verdugos, y las masas encolerizadas hacen justicia por sus propias manos, intuyendo acaso que jamás se haría por los tribunales. Quizás no fuera ése el procedimiento adecuado; pero los saqueados y los muertos del 12 de agosto de 1933 están bien saqueados y bien muertos. Nunca me arrepentiré de haber sido quien, juntamente con los estudiantes Manuel Guillot y Jorge Quintana, desde la emisora La Voz del Aire, sita en el hotel Palace, contiguo a la colina universitaria, en tanto mister Welles parteaba su engendro sietemesino, incitara al pueblo a adueñarse de las calles e imponer su autoridad y su poder.<sup>457</sup>

---

457 Este libro queda aquí trunco; su autor, por motivo de salud, no pudo concluirlo. Faltan los dos últimos capítulos. En uno, el análisis se dirigía hacia la estructura de clases de la sociedad cubana —hilo conductor de toda la trama del libro— a la caída del tirano, el rumbo que le dio Rubén a la organización del Cuarto Congreso de Unidad Sindical, los por qué y los por cuánto del 4 de septiembre, y, sobre todo, el por qué la revolución del 30 se fue a bolina.

En el otro, abordaría los avatares por los que pasó Martínez Villena a causa de la dolencia que lo aquejaba desde hacía varios años y que el 16 de enero de 1934 lo llevaría a la tumba.

Comoquiera que Raúl Roa ha escrito en diferentes momentos de su vida, y por diversas circunstancias, sobre Rubén Martínez Villena en la etapa convulsa del machadato, remitimos al lector a: *Bufo subversiva*, *La revolución del 30 se fue a bolina* y los dos tomos de *Retorno a la alborada*. Aun cuando el conjunto de estos libros rezuma la savia que su autor infundió al estudio del período, señalamos para los fines que perseguimos —completar lo que quedó trunco del libro— los trabajos “Rubén Martínez Villena”, “Mongonato, efebocracia, mangoneo”, “Escaramuza en las vísperas” y “Una semilla en un surco de fuego”, prólogo que Roa escribió para la edición en 1936, en Tampa, de *La pupila insomne*.

La obra quedará, no obstante, como fuente capital de la bibliografía sobre la recia personalidad, escritor de alto rango y revolucionario cabal, que fue Rubén Martínez Villena, paradigma de intelectual revolucionario. Raúl Roa no le va a la zaga. Lo demuestran su vida y obra. (*Los editores.*)

## ANEXOS

## RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA. SEMBLANZA CRÍTICA

¿Su vida? Atormentada y enhiesta como la de todos los espíritus superiormente estructurados. Formidable gesto de creciente rebeldía, alto luminoso en una tempestad de sombras.

¿Su obra? No es la de un orfebre de la rima; y menos, la de un infecundo y tenaz contemplador de las estrellas.

En él —en su temperamento excepcional— cuajó el milagro: el ensueño y la actitud combativa se adunan estupendamente. De vivir Francisco José Castellanos, hubiera registrado el hecho.

Rubén Martínez Villena marcha a la extrema vanguardia de su promoción. Identificado esencialmente con los nuevos postulados sociológicos y económicos que son banderas de combate para las generaciones noviestructurales, se les vio siempre esgrimir el mazo reivindicador de la protesta. Fue ayer “contra la realidad de un momento”. Hoy, contra la realidad de una época. Mañana contra todo lo que sea un obstáculo para el libre desenvolvimiento de los “tiempos nuevos” que apenas si instruyó José Ingenieros.

Y este hombre —que es todo un dinámico estallar de generosas rebeldías—, es también —o fue— un gran poeta: y supo de ese exquisito tormento de ofrendarse en holocausto a sus dolores y de ser consolado en sus desilusiones por el ruiseñor divino que arrulló a su homónimo<sup>1</sup> genial de Nicaragua, a la sombra de los pinos en la Isla de oro. Mas, ¿lo ignoráis todavía? Cinco años han corrido, y en ellos Martínez Villena no ha escrito un solo verso. ¿Y cómo habría de ser de otro modo si ya él no siente su tragedia? —ni siquiera sentirla—, ¿para qué?

Efectivamente, en Martínez Villena se ha operado una radical transmutación de todos sus valores y conceptos: lo mismo en política que en literatura y en poesía. Y como ese cambio significa que su trayectoria ideológica y espiritual ha variado de sentido, me parece ahora oportuno subrayar los lineamientos generales de ese ciclo de su vida que se acaba de cerrar.

Y este ciclo —o época vital— se caracteriza fundamentalmente por sus actividades literarias. La política científica —que el viejo Unamuno ha elevado a la categoría de religión, puesto que es la trama misma de la His-

---

1 Alusión al poeta nicaragüense Rubén Darío.



toria— no era aún precaución constante de su mente como lo es ahora. Y es que estaba en esa edad bendita en que se sueña con “el verdadero azul y la canción profana” y se llora sin motivo y se ríe sin saber por qué.

De ese modo sus ensayos primigenios denotaban fatalmente la influencia almibarada del romanticismo. El *corazón le dolió* y no pocas veces traspasado de melancolía, repitió frente a los desfallecimientos del crepúsculo aquel verso de Jules Laforgue: *Ah, qué cotidiana es la vida*.

Lógicamente, eso pasó. (Tenía que pasar) Y vino el luminoso hallazgo de la propia personalidad.

El tierno y melifluo rimador de serenatas y amores contrariados se reveló entonces como lírico potente.

Y dentro del coro de voces nuevas que al unísono empezaban a vibrar la suya fue, *personal*: jamás se confundió con la de sus compañeros de faena.

Era aquella —en el orden literario— una época de afirmación cubana. El modernismo —hasta cierto punto renovado por Regino E. Boti y complicado por José M. Poveda— había muerto con la publicación de *Versos precursores*. Era, pues, ineludible, orientarse por rumbos inéditos: crearse una cultura propia —limpia de fronteras—, ante la vida: una actividad rebelde y como norma la sinceridad. Fueron “los nuevos” —acertada denominación de Lizaso y Fernández de Castro— los que, recogiendo las trascendentales inquietudes del momento (guerra europea, revolución rusa) imprimieron a la lírica vernácula un matiz y dirección inconfundibles: Marinello, Tallet —solitario como un monolito—; Núñez Olano, Rubiera, los Loynaz y Martínez Villena.

En este, la ironía otoñal se alió a la técnica compleja y al motivo trascendente. El amor fue en sus estrofas, accesorio. Y el “no saber a dónde vamos y de dónde venimos”, una torturante y verdadera obsesión.

El soneto es el molde en que por lo regular Martínez Villena vació sus sensaciones. Y en su difícil manejo tiene vuelos estupendos, aciertos hereditarios. Entre ellos es imperioso citar “Motivos de la angustia indefinida”, en que el poeta, al fin, se queda solo: *como un verso de consonancia imposible*, ¿Otro ejemplo? “Paz callada”. Reproduce este soneto la angustia del hombre que no siente, ni espera, ni rememora nada. Por su dramatismo y la amargura inmedible que desborda, se diría un paisaje psíquico de Amiel. “Página de la droga celeste” —sueño de opio, oloroso a recuerdos baudelairianos— es una realización maravillosa: en que fondo y forma responden a las exigencias del autor.

“El campanario del silencio” fue el último soneto que escribió Martínez Villena. Técnicamente, perfecto. Vale más, empero, por cuanto indica la cabal transformación que en su almario se ha verificado. Con serenidad socrática,

con elegancia espiritual incomparable, el poeta le arranca los badajos a las campanas de sus propios versos para luego oír bajo sus sienes:

*¡el toque inverosímil del campanario mudo!...*

Pero no constituyen, ciertamente, estos sonetos, lo más representativo ni lo mejor de su escasa producción poética. El afilado humorismo que apuntábamos —rasgo fundamental de su manera— en ellos por ningún lado aparece. Y para encontrarlo en toda su plenitud, es imprescindible acudir a la “Canción del sainete póstumo” y a la “Defensa del miocardio inocente”, a mi juicio sus dos más perdurables creaciones.

En la “Canción del sainete póstumo” logra el poeta —ampliamente— su deliberado propósito de burlarse de la muerte. Y con tal fuerza que todo lo que hay de lúgubre y solemne y misterioso en el velorio queda desplazado como por encanto por la *hilarante virtud del disparate*, cuando entre los recodos de la semioscura sala se perfilan —insinuantes— *las apetecidas tazas de chocolate*.

Pero luego, allá en la madrugada —clarín del gallo en la campiña, fuga de estrellas en el cielo— sobre la nutrida y curiosa concurrencia:

*gravitará el solemne concepto del jamás*

Y de los rincones se alzarán —plegarias filosóficas—murmullos y cuchicheos. Y en alta voz como para ser oída hasta por los amodorrados, una jamona instruida dirá a su vecina: “Esa es la vida. Todos, pobres y ricos, torpes e inteligentes, van a confundirse con el equitativo seno de la madre tierra.”

Y todos, como obedeciendo a un ritmo interno único, responderían con la cabeza afirmativamente: “Sí, es verdad, todos tenemos que morir.” Y vestida de sol, perfume y aguas sonoras y trinos alados, llegará la mañana, pero ella —ligera del poema absurdo: en el que la risa y la tragedia se compenetran hasta confundirse— no vendrá. Así concluye la “Canción del sainete póstumo” que a pesar de sus méritos, incontestables, no es —como piensa Eduardo Avilés Ramírez— lo mejor que en Cuba se ha escrito, desde 1920 hasta hoy.

Otro es el fin —y la envergadura ideológica que persigue Martínez Villena en la “Defensa del miocardio inocente”. Ante todo, este es un poema revolucionario: más por su contenido que por lo que Emerson denominó magistralmente “la arquitectura del poema”. Se trata de impugnar la vieja tesis —reñida desde luego con la ciencia— de que el corazón “siente” y es el motor de los impulsos y arrebatos líricos. Y esto supone, inexorablemente, una actitud destructiva, negadora, iconoclasta. Martínez Villena —en nombre de la Santa Justicia y de la respetable justicia fisiológica— anonada la ancestral creencia. Y proclama

del miocardio a seguidas —con revolucionario criterio socialista— “la solemne verdad de su inocencia”; mientras el Gran Culpable —el cerebro— se oculta aviesamente “tras la sabia protección de la frente”.

De la “Defensa del miocardio inocente” sí puede afirmarse —sin comedimiento— que es una de las más auténticas realizaciones líricas de la nueva poesía cubana. Lo que no podrá decirse, por ejemplo de la “Sinfonía urbana” —particularmente floja. Y en cuanto a los rípios y “sonoras consonancias vulgares” que en sus versos abundan, Martínez Villena es el primero en señalarlos; que no en balde su honradez artística e intelectual le impide ser benévolo consigo mismo. De ahí que se resista a recoger su producción en libro. Y si alguna vez se decidiera a hacerlo —posibilidad remota— lo titulará inflexiblemente “Poemas del otro yo”, como para desligar así su responsabilidad histórica de una época que él detesta por estéril.

No quiere esto decir, por otra parte, que Martínez Villena haya renunciado para siempre a ser poeta. Versos subjetivos más nunca los hará; pero versos multitudinarios, llenos de iluminaciones colectivas, los escribirá a su hora cuando la alborada de la nueva era se quiebre en mil chispazos sobre el horizonte. Entonces... sus estrofas incendiadas por anhelos largo tiempo contenidos —restallar de látigos liberadores serán para nosotros, los que con él forjamos el mañana, heraldos de victoria.

Y tras la lluvia de cenizas su nombre se confundirá en la historia con el de Alejandro Block.<sup>2</sup>

Publicado en el “Suplemento Literario” del *Diario de la Marina* (La Habana), año 95, no. 274, 2 de octubre de 1927, 3ra sección, p. 34.

---

2 La página tiene como título general “La obra poética de Rubén Martínez Villena”. Se incluyen los poemas “El anhelo inútil”, “Página de la droga celeste”, “El soneto de los 100!!!”, “La ruta de oro”, “El enigma del amante inmenso”, “Motivos de l angustia indefinida”, “El cazador”, “Canción del sainete póstumo”, “Defensa del miocardio inocente”, “Paz callada”, “Capricho en tono menor”, “Insuficiencia de la escala y el iris”, “El campanario del silencio”, “El faro”. Peña ilustra la página. A partir de este homenaje surge la idea de realizar una colecta entre los amigos del poeta para publicarle un libro de versos. Entonces se originó la polémica entre Martínez Villena y Jorge Mañach; y el primero rechazó el proyecto.

Véase Ana Cairo: “Villena-Mañach”, en: *El Grupo Minorista y su tiempo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, pp. 357-475.

## UNA SEMILLA EN UN SURCO DE FUEGO

Para Judith<sup>3</sup>

*Yo destrozo mis versos, los  
Desprecio, los regalo, los olvido:  
Me interesan tanto como a la mayor parte  
De nuestros escritores le interesa la justicia social.*

No hubiera sido yo partidario, en otras circunstancias, de iniciar con sus versos la publicación de la obra escrita de Rubén Martínez Villena. Habría preferido y hasta reclamado que fuese por delante, con los pabellones en victorioso despliegue y al encuentro directo del lector, la tropa de choque de sus trabajos políticos. La razón es clara y nada tiene que ver con la calidad misma de su producción lírica. La grandeza de Rubén Martínez Villena, ese fulgor de aureola con que aparece constelado su nombre ante el pueblo, no le viene precisamente de su innegable condición de altísimo poeta. Como a Henri Barbusse —poeta altísimo también— a Martínez Villena le viene esa aureola y esa grandeza de su condición primaria y excelsa de intérprete iluminado del anhelo oscuro de las muchedumbres, de peleador apostólico por un mundo limpio de fealdades y de injusticias, donde el derecho al pan y el derecho al canto tengan pareja consagración. En esa gesta universal, implacable y generosa por transfundir a la realidad histórica la realización plena del hombre, desafió mil veces la muerte y quemó alegremente su vida. Y eso —y no sus versos estremecidos y bellos, ni su prosa literaria tan irisada de matices insólitos— es lo dominante y perdurable en él. Rubén Martínez Villena, hay que advertirlo a la entrada misma de su libro de versos, es ya un nombre y una vida —porque aún estando muerto él vivirá y alentará mientras su creencia lo exija— que pertenece, definitivamente, a la revolución de los oprimidos.

El propósito de llevar sus escritos al libro se remonta a la mañana misma en que fuimos, entre banderas rojas y canciones de fuego y el corazón desgarrado a entregarlo a la “mansa caricia de la tierra”. Nació junto a su tumba, prematuramente abierta, al calor dramático de las arengas, como un compromiso sagrado. Judith —su hermana dos veces, por la sangre y por el espíritu— asumió la dulce y dolorosa responsabilidad de convertirlo en realidad. Pero no tengo una idea precisa si estaba en el plan original de los editores el de inaugurar la impresión con los trabajos revolucionarios de

---

3 Este bosquejo biográfico fue ofrendado a Judith Martínez Villena cuando la vida soplaba en ella con ímpetu primaveral. Ahora, fragancia luminosa en el recuerdo de su muerte injusta, renueva el dolor entrañable de una amistad repleta de alegrías.

Rubén. Cabe presumirlo. De todas maneras, motivos insuperables obligan a diferir, por el momento, la publicación de su aporte valiosísimo al mixsismo militante.<sup>4</sup>

Por otra parte, una contingencia inesperada y asaz deplorable ha impedido, asimismo, que sea Enrique Serpa, conforme al criterio primitivo de los editores el que abra estas páginas con una interpretación general de la vida y de la obra literaria y política de Martínez Villena. Muestra admirable de lo que pudo haber sido su esfuerzo, en ese emocionado fragmento, espléndidamente escrito, que ofreció como primicia en un magazine dominical del periódico “Ahora”. Ese ensayo trunco de Serpa será mi guía leal y la referencia obligada en todo lo relativo a la personalidad infantil de Rubén.

Fué una mañanita de diciembre, muy tupida de brumas no obstante las aureas lanzadas del sol, que recibí, a través de Judith Martínez Villena, la encomienda de sustituir a Serpa a virtud de la contingencia apuntada. No debo, ni puedo ocultar el íntimo sacudimiento que ello me produjo. Hace ya largo tiempo que yo alentaba el propósito de escribir un libro sobre Rubén Martínez Villena. Un libro que lo devolviera como fué, con sus ternuras y sus cóleras, arrebatado y angélico, al seno desolado de sus compañeros de brega. Circunstancias adversas —ahora agravadas— han venido frustrando la realización del empeño. ¿Se quedará él en proyecto? ¿Será su destino el mismo destino de tantos otros libros y sueños que exaltan mi ya larga vigilia bajo constelaciones extrañas?

Por lo pronto, esta página apasionada y devota quedará como rastro encendido de la existencia recóndita —subconsciente— de ese libro anhelado.

## I

Agis, el espartano, fué descendiente directo de reyes. Saint Simón, conde San Martín y Bolívar, vástagos mimados de nietos de encomenderos con escudo rutilante a la puerta. Carlos Marx se casó con una hija del Barón Westfalia. Kropotkine era príncipe. Lenin se abrió a la vida entre pañales de seda.

No les fué a la zaga este revolucionario magnífico. Si el bisabuelo materno ostentó los refulgentes atributos y el aire condigno de un marquesado legítimo, del Real Tesoro por más señas, su genealogía arranca del infante don Juan Manuel, nieto de San Fernando, príncipe de Villena y turbulento señor de la poesía y de la prosa castellana en el siglo XIV. Sin embargo, al revés de ellos y a pesar de la gotita de sangre azul en las venas, Rubén

---

4 En esta sazón bueno es recordarlo, imperaba en Cuba un régimen de tipo fascizante, que tenía secuestrada la conciencia pública, cuajadas de cárceles y gran número de sus opositores en el destierro.

Martínez Villena vino al mundo en cuna modesta y en un pueblito sin historia, triste como un paisaje sin fondo, inmóvil como un lago muerto. Nació en Alquízar, provincia de La Habana, el 20 de diciembre de 1899. Su primer vagido coincidía así con los últimos resplandores de las cargas homéricas de Antonio Maceo y con un nuevo y más siniestro rechinar de cadenas, que todo lo envolvía y amargaba.

Tuvo por madre a Dolores M. de Villena y por padre a Luciano Martínez, a la sazón oscuro profesor recién graduado. De ambos, y de los dones y características heredados de ellos por Rubén, destacando a la vez lo que en éste fué aporte descollante y propio, Serpa ha dejado un acabado y penetrante esbozo, que juzgo pertinente reproducir.

*Era Dolores Villena —anota Serpa— una mujer de delicada belleza, rostro fino y gestos aristocráticos, que delataban la ranciedad de su estirpe. Tenía cabellos claros, azules los ojos y la voz melancólica y blanda, transida de ternura. Toda ella irradiaba simpatía, noble modestia y dulzura. Y así se mantuvo hasta los días postreros de su vida. Ni siquiera la enfermedad implacable y torturadora que la llevó al sepulcro pudo agriar la miel de su bondad. Se hallaba dotada, además, de una imaginación fértil y de una sensibilidad exquisita.*

*El padre de Martínez Villena, en cambio, es un hombre enérgico, saludable, laborioso y positivista. Tiene del honor un concepto estricto y un concepto riguroso hasta el escrúpulo de la probidad. La cultura pedagógica ha disciplinado su inteligencia. Y su realismo crítico, alerta siempre, cura de excesos y rebeldías su imaginación. De ahí que yo lo imagine poco dado a soñar y oponiendo siempre su pensamiento concreto al ideal abstracto. Y, sin embargo, su vida constituye, en verdad, la materialización de una quimera. Era en su juventud —ya casado— modesto profesor de Instrucción Pública, en Alquízar, sin más caudal que una voluntad firme, su inteligencia, el amor a sus hijos y la devoción a su esposa. Todo ello era suficiente para vegetar en un pueblo humilde. Y hasta para concretar la dicha de un hombre mediocre. Pero Luciano Martínez sintió el estímulo de una ambición loable, que lo incitaba a buscar otra vida más cómoda, siquiera fuese en beneficio de su progenie. Para conseguirlo únicamente se abría ante sus ojos un camino: el del trabajo y el estudio. Y decidió tomarlo. Pero, ¿cómo? El propósito, fácil en la apariencia, resultaba difícil de realizar. Alquízar, pueblo pequeño y pobre, era un ambiente asfixiante para su anhelo de prosperidad. ¿De qué valía ahí una ambición alta y conquistadora, sino hallaba presa digna de sus garras? Obligado entonces por las circunstancias, determinó trasladarse con su familia para La Habana. Aquí la lucha fue ardua, quizás fatigosa en extremo, pero, al mismo tiempo, fecunda. Encontró el profesor esforzado y anónimo dificultades y obstáculos. Mas su energía se mantuvo tensa. Y, al precio de la inteligencia y el estudio, fué conquistando la estimación de los*

*doctos, primero; de los estudiantes, después. El Estado se honró más tarde, ofreciéndole cargos técnicos de gran responsabilidad en la Secretaría de Instrucción Pública. La Universidad —donde obtuvo por oposición una cátedra— lo reputó uno de sus profesores más ilustres. Y es ahora, para la pública admiración, una gloria de la Pedagogía cubana.*

*Y de dos seres así, tan opuestos que unidos formaban un todo armónico, heredó Rubén Martínez Villena lo mejor que cada uno de ellos podía ofrecerle. La madre le transmitió su bondad perfecta, su finura espiritual y una potencia de imaginación extraordinaria. Y el padre, sus energías vitales y su actitud para las funciones intelectivas. Tal herencia, sin embargo siendo mucho, no era todo. Pero sobre aquellos factores genéricos, acrisolados al fuego de una naturaleza excepcional, floreció una inteligencia privilegiada. Y entre esa inteligencia y aquellos factores dieron vida a una individualidad que, por su valor de totalidad, destaca de su generación como “un verso de consonancia imposible”.*

En un buído comentario a la vida ejemplar de Pasteur, Gregorio Marañón ha pintado, con singular maestría, la tragedia del “alumno perfecto”. La historia registra, por excepción, que algún espíritu genuinamente egregio lo haya sido. En su casi totalidad las individualidades impares fueron estudiantes díscolos y sobremanera desdeñosos de la lección obligada del certamen y el premio. El régimen de relaciones sociales dominante y las formas correlativas de enseñanza han sido responsables, en el fondo, de esa actitud y de esa aversión representativas. La escuela, que debía ser amable torneo y fuga liberadora, ha sido y sigue siendo suplicio y grillete. ¿Hay, en realidad, algo que guarde más entrañable parecido con la cámara inquisitorial del medioevo que una escuela al uso? ¿No resulta consecuencia necesaria de ello el “terror” al colegio? El muchacho se ve cogido así entre las redes de un dilema ineludible: o la tortura del aprendizaje escolar, con todos sus rigores y vicios, o el alegre desasosiego del “tutivao”, con todos sus corolarios domésticos.

Rubén Martínez Villena, tan capaz como cualquiera de apelar al extremo recurso, tuvo, por singular paradoja en esta isla de mayores y dómines, el privilegio, la “gracia de una pedagogía eficaz”. La Escuela 37, enclavada en el Cerro, donde discurrió su clara niñez era, en efecto, una ventana abierta sobre la perspectiva ondeante de la vida. El maestro era allí consejero y amigo. Aquel colegio tenía algo que los demás no tenían: se aprendía sin esfuerzo ni fuerza. Como quien va a cazar tomeguines a la loma cercana, iban los muchachos a clase. En los bancos, codo con codo, se sentaban el negrito y el blanco, en fraternal mezclanza. Dominaba, empero, la faz demacrada, la sonrisa triste, el traje raído, el zapato roto, signos distintivos de pobreza.

Allí, cada mañana, se servía “desayuno gratis” a los que lo necesitaran y pidieran, que eran muchos.

Pero la Escuela 37 era, además, una pequeña república, con su presidente, su poder legislativo y sus tribunales. Los cargos representativos, conforme al sistema vigente, se cubrían por elección directa entre los propios alumnos. ¡Justas maravillosas, sin componte ni muñidores, sin bravas ni coaliciones! De esta manera, en la práctica desinteresada del autogobierno, los directores de la Escuela 37 contribuían a fomentar en los educandos, con una aguda percepción de la realidad circundante y de su propio futuro, el concepto de la responsabilidad y la preocupación ciudadana. El alcance social de este ensayo puede medirse en este hecho: para aspaviento de los reaccionarios de siempre, el orden y la disciplina escolar descansaban en la comunidad estudiantil. Salvador de la Torre y Luis Padró fueron así, sin sospecharlo siquiera, los precursores de las luchas recientes por una disciplina y una escuela nuevas.

En aquella atmósfera propicia, la personalidad infantil de Rubén se desarrolló en línea ascendente. No se propuso jamás ser el primero, pero lo fue casi siempre sin que nadie lo advirtiera, ni tomara a mal. Este rasgo suyo de sobresalir sencillamente, sin enterar al vecino, sin darse por enterado, fué característica general de toda su vida y raíz acaso de su magnetismo poderoso, de su difícilmente igualable capacidad prosélito. Sus compañeros de aula hablan todavía conmovidos de su inteligencia vivísima, de su atención sostenida, de su afán desbordado o de saberlo y de inquirirlo todo, de su sorprendente sentido de observación, de su memoria leal y afiebrada. Para él no había explicación ardua ni problema difícil. Vencía los obstáculos con la misma naturalidad con que el corredor de distancia devora la milla. Cuando el triunfo le sonreía, la alegría suya era de alegría limpia de todos. Si la suerte le era adversa, si otro le arrebatava el sitio de honor, sus compañeros lloraban a hurtadillas por él, ya que Rubén no encontraba otra manera de honrar al triunfador que participando sin reservas de su júbilo. ¡Cuántas veces no se venció a sí mismo entregando al amigo sus armas mejores! ¡Cuántas veces no sacrificó su respuesta precisa a favor del compañero apurado!

Sus condiscípulos veían, tenían que ver en él, al amigo mejor. Al amigo que todo lo daba y nada pedía, que no obstante sus zapatos nuevos y su ropa limpia era igual que ellos y nunca se sentía más feliz que en sus tugurios inhóspitos, que lo mismo sabía de Salgari y Nick Carter, que jugar a los trompos, degollar una pena y repartir su merienda. Al amigo, en fin, cuya bondad y cariño tenían un solo límite: la injusticia. Y era entonces que su endeble figura cobrava ante ellos estatura de hombre y ascendencia de jefe.



Fué así como llegó, aupado por sí propio, aclamado y contento, a la suprema magistratura de la república escolar, llevado al cargo cimero por la admiración y el amor, en votación torrencial que hizo época. Y ya presidente siguió siendo el mismo. Durante toda su vida será siempre igual: la “guilladera” cubana no tendrá nunca cabida en su espíritu. Pero aquella aventura escapada a Rousseau fué en Rubén algo más que circunstancial incidencia. Enrique Serpa —testigo de mayor excepción— la ha caracterizado en juicio certero.

*En aquel jugar al hombre con responsabilidad —escribe su amigo de infancia— halló su personalidad profunda medio adecuado para desenvolverse, enriqueciéndose al par. El poder que la confianza y el cariño habían puesto en sus manos, afirmó, depurándolos, su caudal de solidaridad humana y su ingénito espíritu de justicia. Parejamente desarrolló su voluntad de organización y le dio al hábito de la disciplina, que implica, tanto como saber obedecer, saber mandar. Y acaso la conciencia de aquel poder, fué la cuna de su talento político, de aquel gran talento político que, al correr de los años, habría de ganar para el proletariado cubano dos batallas memorables: la huelga general de marzo de 1930 y la que en 1933 organizó contra la criminal tiranía de Machado.*

Cierto día, ya al concluir su mandato presidencial, el director de la Escuela 37 llamó a Rubén a su despacho. Era la hora bulliciosa y jocunda del recreo. Cuando retornó al juego —un atorbellinado “uan, tu, tri”, con pelota de trapo— tenía la mirada más viva, vivísima, casi eléctrico, el ademán, la carita encendida. El director le había mostrado una carta, dirigida a Rubén, por Gerardo Machado, a la sazón secretario de Gobernación del gabinete de José Miguel Gómez, en la que lo felicitaba cálidamente por su intachable y ejemplar gestión al frente de la república infantil. ¡Quién iba a decirle al futuro y execrable tirano que, mucho tiempo después, aquel mismo muchachito cuyo civismo encomiaba, habría de lanzarle virilmente al rostro, en tumultuosa y memorable entrevista, la frase calificativa de “Asno con garras”.

Aquellos años transparentes y libres —raíz verdadera y profunda de su individualidad posterior— quedarán vivos y frescos en el recuerdo de Rubén. En vez de difuminarlo, el tiempo perfilará ese “pedacito de infancia” cada vez más netamente. Habrá instantes en que ese recuerdo tomará cuerpo en él —carne luminosa de su espíritu— y será su vida misma. Rubén guardará ese tesoro —única vez— con celo explícitamente avaro. Y lo llevará consigo, muy apretado a su pecho ya roto, donde quiera que vaya, donde quiera lo empuje el huracán sublime de su carrera revolucionaria. Irá con él al escondite y al Pleno, a la Quinta y al sindicato. Irá con él a New York y en el Cáucaso

frío, remotamente bello, ese recuerdo contará para él, solitario y enfermo, la canción inefable de los días claros.

“Mi infancia, es cierto, tuvo un esplendor de aurora”.

## II

Rubén Martínez Villena cursó su bachillerato en el Instituto de La Habana. Trece años acababa de cumplir cuando rindió, jovial y confiado, su examen de ingreso.

En el instituto sobresalió en primera fila desde que traspuso sus umbrales. Cosechó en todas las aulas y en todos los cursos simpatías, admiración y cariño. Predilecto de sus profesores, fué amigo generoso y desbordado de todos y camarada fraterno y solícito de los más humildes y tristes. Y aunque tuvo siempre la sonrisa alerta y a pasto la alegría, una rara seriedad se le cuajaba a menudo en el rostro, como si tuviera una confusa premonición de su alto destino. Por lo demás, la misma pasión de sabiduría, de desentrañarlo todo, de captar las causas recónditas, las esencias últimas de las cosas. Y eso en todas las asignaturas. Hacia el tercer año su espíritu insaciado e inquieto pareció polarizarse con especial delectación en la Geometría y en la Física.

Sin embargo, algo extraño y profundo empezaba a germinar en Rubén. Desde muy niño —él lo recordará luego— había siempre reaccionado con peculiar vibración ante las cosas sensibles. Una puesta de sol, un trozo furtivamente entrevisto de mar palpitante, una canción cristalina, una mariposa desorientada, una cara triste, suscitaban hondas resonancias en él. Pero ahora Rubén experimentaba, además, un impulso radiante y creciente de dar forma verbal, carne literaria, no sólo ya a sus respuestas ante las maravillas y sombras del mundo objetivo, sino también a sus más íntimas emociones y pensamientos. Tembloroso, una noche, dio febril salida a su impulso. Soledad y silencio propiciaban un ambiente adecuado. Por la luceta entreabierta, se colaba, con plateado sigilo, un rayo tenue de luna que se hacía nimbo en su cabellera revuelta color de tabaco maduro. El papel se llenó, poco a poco, de trazos y signos. Luego, lectura a hurtadillas. En seguida, otra lectura. Y otra. De pronto, se levantó con un salto felino, abrió la ventana, confundió un momento su mirada azul con el azul trémulo de los astros y sereno, en un gesto socrático, lanzó lo que había escrito a la calle desierta. Allá abajo, dispersos, los papeles se perdieron cantando en la sombra. A la noche siguiente, igual. Y así noche tras noche.

Apareció el poeta. En vano habría podido ocultarlo: todo su ser encendido delataba la divina fiebre que lo consumía. Deslumbrado y a la vez incon-

forme de sus propios hallazgos, se sacó afuera, en desenfreno magnífico, cuanto le vibraba por dentro. Vivía en el verso y para el verso. Trascendió así, entre ritmos y ensueños, las pruebas de junio sin percatarse siquiera de sus notas brillantes. Un curso más y sería bachiller. A mediados del mismo, voces sensatas le recordarían gravemente que ya iba siendo hora de escoger la carrera. Pero él, antes que nada, sería, tenía que ser fiel a su voz interior, aquella voz mágica que transmutaba en diamante y en oro el cobre vulgar de la vida diaria. Estudiaría, sí, cualquier cosa, probablemente Derecho. Mas él sería poeta, sólo poeta a pesar del birrete y la toga. Y en la pugna esforzada y hermosa por serlo, todo lo rimó.

Como él era muy joven y era aquella, época de modos y modas venidas a menos, de nostalgia servil y canija de ritmos y voces ya muertas, y de hondo y general desajuste y de insurgencias larvadas, su verso niño fué desorbitado, derretido y amorfo. Tuvo todos los matices y todos los desmayos, fué risa y fué llanto, grito sin eco y eco sin grito. El poeta acabó así por sentir un agotamiento progresivo —que vencía el ánimo y abría una compuerta cómplice al agua palúdica del pesimismo— en aquel ciego despilfarro de su fuerza lírica. Insensible, fatalmente, inhibida la facultad crítica, abandonado a su propio estrago, su numen se tonó sombrío, quejumbroso, desesperanzado. Dudó de todo, dudó de sí mismo: la vida fué “vano ejercicio” y la muerte jardín encantado. Fué así, a pesar de la estrella y a pesar de la flor, un negro sollozo inacabable. Sintió allá en lo hondo como un desgarramiento brutal y traspasado de angustia, ávido de remanso y sediento de luz, volvió su pupila tremante al pasado cercano, a su niñez soleada, sin torturas, remordimientos, blasfemias, ni sombras. El poeta se sintió ya hombre y con la vida vacía, como un trasto inútil, en el umbral dorado de la juventud.

Rubén sufrió entonces una crisis dilatada y profunda. Una de esas crisis de pura estirpe romántica que Jules Laforgue resumió en su verso que hizo inusitada fortuna: “¡Ah, qué cotidiana es la vida!” Coincidió la última etapa de esta crisis con el ingreso de Rubén en la Universidad, donde se matriculó, por propia determinación, en la Facultad de Derecho.

Fué aquel, sin duda, un minuto crucial de su vida. Otros, en parejo trance, saldrían definitivamente vencidos. Él, no. Él había nacido para superar los conflictos y seguir adelante con “la mirada en la cumbre”. Los más diversos y adversos sentimientos se embestían en su conciencia por eliminarse recíprocamente. De un lado, un concepto negativo y claudicante de la vida lo arrastraba virtualmente a la pasividad y al recuerdo, al vegetar resignado y a la autocontemplación estéril. De otro, una fuerza secreta, honda, imperativa, vibrante, envolvente, dominadora, luchaba por sacarlo intacto de la inminente y poralizadora neurosis.

Aquel duelo agonal tuvo por arena la décima. Oigamos, con el ánimo tenso, las voces de la pugna tremenda:

*Pero ya no tengo nada;  
árida, triste y oscura,  
será mi vida futura  
como mi vida pasada.*

.....  
*Porque mi ser necesita,  
para seguir su camino,  
algún cambio en el destino,  
bajo el que llora y se agita.  
Una pasión infinita,  
algo que acabe mi duelo,  
y que cumpliendo mi anhelo  
al abatir mi amargura  
me deje el alma tan pura  
como un pedazo de cielo...*

.....  
*Larga cuesta del vivir,  
cima escarpada y altiva  
donde voy “peñas arriba”  
sin fe para proseguir.*

.....  
*Emprende rauda subida,  
no importa que en tu carrera,  
en la zarza que te hiera  
vayas quedando a retazos,  
porque tus mismos pedazos  
me servirán de bandera.*

.....  
*Acabe ya mi tormento,  
cese mi rudo quebranto,  
concluyo mi triste llanto  
y mis dolores sin cuento.*

.....  
*Mira el fondo del abismo,  
desprecia su podredumbre,  
reánimate con la lumbre  
de tu enérgica protesta*

*y sigue luego la cuesta  
con la mirada en la cumbre!*

.....

Triunfó la fuerza centrífuga, la fuerza buena y generosa, la fuerza nutricia del desinterés y de la ofrenda, la fuerza que hace apóstoles y hace héroes. Y Rubén fué ganado así, por sí mismo, por lo mejor y más distintivo y determinante de su individualidad, para la vida y para la acción. No discurrirá mucho tiempo sin que se verifique ese supremo “cambio en su destino” que su ser clama desde lo más hondo y “necesita”. Y la suave melancolía que quedó como lastre de la fiera y jadeante batalla se irá diluyendo lentamente en un escepticismo inofensivo y blando, que, a veces, ante “el no saber a dónde vamos ni de dónde venimos”, o ante una pena entrañable, o un anhelo imposible, tendrá clamor de grito inconforme y sentido viril de protesta. Pero a la vez brotó en él —manantial ignorado— una penetrante y delicada ironía, una ironía que tiene de alfiler y de ala.

El ambiente universitario, por su parte, operará sobre Rubén como un tónico poderoso. Bajo el laurel centenario fermenta la vida y el futuro se atisba sobre la realidad del presente. Tuvo allí, a su sombra fragante y cargada de trinos, como Julio Antonio Mella más tarde, la revelación turbadora y confusa de la realidad circundante, del mundo político, hasta entonces inexistente para él. Y era hosca y era fea, y toda estaba enturbiada por un humo hediondo de apetitos oscuros y pasiones bajas, de pugnas comineras y sangrientas por el mangoneo de la cosa pública y por el predominio cada vez más amenazante y letal de los intereses norteamericanos en la economía y control del país, aquella realidad súbitamente revelada.

*Musa patria, esto no fué  
lo que predicó Martí.*

Rubén Martínez Villena sufrió una conmoción visceral. Era el despertar violento de su naturaleza política. Espíritu de reacciones extremas y netas, su primer impulso fue de asco y reniego. El segundo, sin transición alguna, de mezclarse al tumulto y enarbolando el cauterio y el látigo liquidar la gangrena y el lodo. No bastaba, ciertamente, el impulso inconcreto y magnífico: había que darle sentido y objeto. Pero ya su intuición maravillosa de poeta le advertía a su impaciencia sin norte que la coyuntura no tardaría en ofrecerse.

Por lo pronto, y en ansiosa vela de armas, se dio a la exploración crítica de nuestro pasado histórico. Pasó días enteros inmerso y absorto en la proeza mambí. Y por natural reacción —como antaño anhelara remedar a

Sandokan— sintió la nostalgia de Palo Seco y de la prédica fustigadora y ardiente de José Martí. Pero quiso más aún: quiso vivir una vida de peligro y de lucha, una vida abnegada y heroica como aquellas vidas de llama que incendiaron la manigua criolla a golpe de portentosas hazañas, quiso darse todo a una causa que lo mereciera.

Como huella rutilante de aquellos días calenturientos han quedado un intento de novela histórica y varios sonetos arrebatados.

A principios de 1919, y no obstante su manifiesta repulsa por los estudios jurídicos —más afilada y violenta cuanto más se adentraba en su sórdida entraña— Rubén empezó a trabajar por las tardes en el bufete “Ortiz, Jiménez Lanier, Barceló”. Este Ortiz no es otro que el enciclopédico y lenguaraz Don Fernando. Muy pronto, de mecanógrafo auxiliar, Rubén pasó a ser secretario particular de aquel. Ortiz ha descollado con luz propia donde quiera que ha metido su monstruoso entusiasmo y su poderoso cerebro; pero uno de sus grandes timbres de gloria a mi juicio es haber tenido dos secretarios particulares del calibre de Rubén Martínez Villena y de Pablo de la Torriente Brau.

Ya en la Universidad se iniciaban las primeras protestas contra la docencia anquilosada, corrompida y feudal. No había aún un criterio meridiano y firme de la raíz verdadera de los males académicos. Pero no cabía duda de que aquello era un síntoma de algo más hondo. En el subconsciente de aquel griterío bullían ya los gérmenes del movimiento universitario de 1923. Rubén estuvo a la cabeza de aquellas protestas, adquiriendo su encendida figura, de nítido perfil romántico, relieve de líder. Fue entonces que Juan Marinello trabó con él una amistad viva y honda, alimentada a la razón con idénticos afanes líricos y un común desdén por la abogacía. Andando el tiempo esa amistad, a virtud de radical discrepancia política, habría de sufrir un eclipse, para luego reaparecer, más honda y más viva que nunca, al encontrarse sus corazones soldados en la misma tarea redentora.

Aquellas escaramuzas estudiantiles tienen en Rubén distinta significación y sentido que en la mayoría de sus propios protagonistas. En su interior se va haciendo la luz. Y, a medida que ahonda en el análisis de los factores en juego, se va penetrando de que enmarcar rígidamente los males académicos al recinto universitario y no contemplarlos como la resultante obligada del proceso histórico, es atacar la enfermedad por las ramas.

En la conciencia de Rubén Martínez Villena se están ya gestando, sigilosamente, las premisas de su gran salto futuro.

### III

En 1920 y en torno a una mesa del café Martí empiezan a reunirse cada noche un grupo de escritores y poetas jóvenes. Son infinitamente más ricos en proyectos maravillosos que en realizaciones concretas; pero dotados en su mayoría de una amplia y escogida cultura y de positivo talento. Algunos ya han publicado su estrofa y su cuento; mas lo mejor y perdurable de ellos está precisamente en proceso de cuajo. Allí, cada noche, deshacen y componen el mundo, se agitan furiosos contra la Academia —la Real de la Lengua y la nativa y ojerosa de Artes y Letras— y los bardos melencólicos de turno, recitan sus versos y declaman sus prosas inéditas entre gráficas aprobaciones recíprocas, trituran el último libro y al prójimo ausente. En eso de cortar fluses son sastres maestros: no hay reputación ni prestigio que salgan ilesos de sus implacables tijeras. Alguna que otra gran figura merece su entusiasmado respeto: Martí, Verlaine, Darío, Varona, Herrera Reissing, Valle Inclán, Manuel Sanguily, Unamuno. Y a la hora de irse, ya en la alta noche, instintivamente lo hacen en grupo. En una palabra: la tertulia del café Martí poseía los atributos propios y característicos de una genuina peña literaria. Y como para que ésta fuese completa, al correr de los años, daría por lo menos un Judas y más de dos descastados.

En torno a la mesa del café Martí, casi siempre repleta de libros, cuartillas y vasos de agua, tomaron asiento más de un transeúnte ilustre y algunos escritores extranjeros temporalmente radicados en La Habana. Los contertulios diarios, los que nunca faltaban, lloviera o tronara, eran, entre otros que de momento escapan a la memoria, Andrés Núñez Olano, Enrique Serpa, Guillermo Martínez Márquez, Alberto Lamar Shweyer, Miguel Ángel Limia, Arturo Alfonso Roselló, Regino Pedroso, Rafael Esténger, Ramón Rubiera y Juan Marinello. Cuando Martínez Villena llegó al grupo eran visitantes frecuentes el cronista nicaragüense Eduardo Avilés Ramírez y los poetas españoles José María Uncal y Julio Sigüenza.

Las anécdotas, fanfarronadas y chismes de la peña de Martí fueron tan famosas en su hora como los martes de la calle Roma y en su casi totalidad se han conservado. Pero como no han tenido hasta ahora su biógrafo es lógico ya presumir que el tiempo dará cumplida cuenta de ellas. En rigor, no creo yo que se pierda nada que merezca la pena. Peñas literarias las ha habido y siempre las habrá y todas se parecen y parecerán como una gota de agua a otra gota de agua. Por lo demás, basta y sobra con un Pombo y un Ramón.

Rubén fue en la peña de Martí la nota impar. Tolerante, comprensivo, cordial, cristalino, sencillo, no tuvo nunca el gesto emperifollado de otros

tras de recitar su último verso, todavía aliente del largo y penoso cocido. Si enseñaba los suyos era a instancia reiterada del grupo. Y para él —caso insólito entre gente de pluma, donde la vanidad y la envidia crecen silvestres como el marabú en la campiña criolla— los ajenos siempre fueron acabados y bellos. Cuando Rubiera o Núñez Olano mostraban sus realizaciones perfectas, a él se le saltaba el gozo en los ojos y su palabra se atropellaba de elogios. Él dijo del grupo, públicamente, lo que el grupo jamás diría de él en privado. Y eso que era grande y ostensible la estimación y el cariño que todos le profesaban. La tertulia del café Martí duró un año poco más o menos, y, luego de un breve paréntesis, reapareció en “El Fígaro”. Los asistentes eran casi los mismos, con la excepción de Jorge Mañach, recién llegado de Harvard, Félix Lizaso y de José Z. Tallet, traído de la mano por Fernández de Castro con el júbilo del cazador que acaba de atrapar una presa rara.

Era aquel un momento crucial de las letras cubanas. El modernismo había sido ya liquidado en el mundo hispano. Los grandes poetas que le dieron lustre y sentido vivían la vida claustal y sin eco de los manuales de literatura. Empero, y como consecuencia de nuestro general retraso histórico, de nuestra coloneidad sustantiva, entre nosotros tenía aún seguidores fanáticos el finisecular movimiento. Fuera de Agustín Acosta, eran casi todos poetas de menos cuantía. José Manuel Poveda y Regino Boti son casos distintos. Ambos representan —más Poveda que Boti— una actitud, si nutrida en todas las conquistas y todos los hallazgos de los modernistas de aquende y allende el Atlántico, de franca y relevante afirmación personal. Temperamentos antihistóricos, desvinculados trágicamente de su tierra nutricia dan una sensación desagradable del desarraigo absoluto. Son los evadidos y deshumanizados de su momento.

La nueva promoción lírica, los “nuevos” de la Antología de Lizaso y Fernández de Castro —los que antes se reunían en Martí, luego en “El Fígaro” y compondrán posteriormente el “Grupo Minorista” al calor de “Social” y del bufete de Emilio Roig de Leuchsenring— siente la necesidad, más temperamental que histórica, de superar la estación modernista. Admira y exalta a Darío; pero, atenta a su propia difusa inquietud y a las voces que inquietan el mundo, siguen su camino adelante desembarazada de cisnes y de marquesas Eulalias. Las constelaciones han cambiado. La vida universal ha entrado a regirse por un nuevo cuadrante. Nuevas ideas y nuevos hechos apuntan en el horizonte enconado de la historia. La guerra imperialista de 1914-18 no sólo ha desangrado y empobrecido a los hombres. Ha puesto, parejamente, en quiebra, en trance de radial revisión, todas las instituciones y valores tenidos hasta entonces como permanentes. La revolución rusa



—cuya significación histórica y humana ha trascendido la del cristianismo, el renacimiento y la revolución francesa— abre perspectivas insospechadas a la vez que escinde en dos porciones antagónicas al régimen económico y social dominante. Una gran inquietud, cada vez más profunda y extensa, estremece las entrañas de la civilización occidental. Se percibe un sordo y oscuro y creciente rumor que brota de abajo, del hondón de la tierra, como un torrente interior que pugnara por abrirse paso buscando salida adecuada. Es el ascenso incontrastable de la masa al primer plano de la vida histórica.

Llega a Cuba el fragor del sacudimiento lejano. El sismo tiene su centro irradiador en Europa. Pero como Cuba está rodeada por todas partes por coloniales murallas, el fragor llega a ella con apagado y difuso rumor de resaca. El entrechocar de las clases sociales históricamente enemigas no tiene sino muy débil consciencia en la clase oprimida. Hasta 1924 —cuando ya la China y la India se desperezan de su pasividad milenaria— no surgirá el primer partido genuinamente marxista. Transcurrirán varios años sin que Bontempelli y Cocteau, Giradoux y Marinetti, Majakowski y Bretón lleguen al conocimiento y dominio de nuestra más avisada gente de letra. De Alejandro Block, ni se diga. Fui yo quien lo dio a conocer en 1927. Cuando el “vanguardismo” aparezca en nuestra literatura será una insurgencia trasnochada y vacía, amén de su fisonomía definitivamente reaccionaria. Y no será hasta 1927 que la poesía cubana tenga su primer latido social a través de Regino Pedroso y en poema —“Salutación Fraternal al Taller Mecánico”— que levantaría singular polvareda.

Los “nuevos” vieron así, comprimidas, por imperativos históricos, sus vagas apetencias renovadoras. Su poesía fue así, en general, tanteo y trasiego. (Tallet es excepción: poéticamente no cabe en el grupo.) Si algo tipifica a los “nuevos” es precisamente su ausencia absoluta de orientación definida. El descubrimiento lírico de José Martí —a los 30 años largos de haberse Rubén Darío proclamado su discípulo— no es un hecho fortuito. Pero mucho menos lo es que, ante el fracaso republicano, volvieran sus ojos al “Manifiesto de Montecristi”, poniendo sus esperanzas políticas a la sombra del ideario incumplido.

Todo eso, explica, desde mi punto de vista, la falta de unidad y coherencia esenciales, en la llamada promoción de los “nuevos”. Por eso, más que factores de un movimiento de renovación literaria —como se pretende caracterizarlos— son principalmente intérpretes a su manera del momento en que les tocó vivir. Y en eso, en el calor y el color, en el dramatismo y la fuerza, con que sus temperamentos traducen la vida, está la verdadera, la única novedad de los “nuevos”. Ello explica, asimismo, que sea Rubén Martínez

Villena, no obstante su obra escasísima, el poeta más destacado y la voz más auténticamente personal del grupo.

La enfermedad y muerte de su madre sorprendió brutalmente al poeta en plena faena, dejándole el pecho herido y el cerebro entre sombras. Fueron días de amargura y desolación infinitas, sin consuelo ni tregua, que él recordará siempre como los más espantosos y aciagos de su vida cargada de sufrimientos morales y físicos. Días en que sólo sentirá como signo de vida, bajo su sien torturada, “el toque inverosímil del campanario mudo”.

#### IV

En junio de 1922, casi al año de haber terminado la carrera, Rubén se graduó de doctor en Derecho Civil y Público. Dejaba tras de sí, en la colina universitaria, un bosque perfumado de afectos. Ahora la vida se abría ante él como un alba de promesas. Talento, cultura, verbo, simpatía, personalidad: le sobraban resortes para ser un gran abogado y hacerse rico, inmensamente rico y llevar una vida regalada y tranquila. En el bufete donde trabajaba, todavía estudiante, ya le había rondado más de una proposición tentadora. Pero él no sería abogado ni rico. Se lo impediría, no ya su condición de poeta; se lo impedía su conciencia. Y ante el asombro de Fernando Ortiz se quitó del bufete y escondió el pergamino. Luego lo usará como arma vibrante de lucha, para defender perseguidos y procesar la injusticia. De otro modo no concebía al abogado.

Ese año, en cambio, fué pródigo en versos. Hizo dos sonetos maestros: “La Ruta de Oro”, prefacio lírico a los “Poemas Cantábricos” de Uncal, y “El Cazador”, donde la delicadeza de la forma atenúa la crueldad del motivo. El “Homenaje al Monosílabo Ilustre” y “Presagio de la Burla Final” —sonetos también— ostentan su garra. Pero su realización cimera de ese año fué la “Canción del Sainete Póstumo”. Es un poema dolido e irónico, en el que el poeta se burla diabólicamente del velorio y de la muerte. Por la índole peculiar de la anécdota y la manera emotiva con que la resuelve, la “Canción del Sainete Póstumo”, sin ser su mejor creación, es la que más extensa popularidad ha disfrutado y disfruta. Como él mismo dijera, burlón, a Pablo de la Torriente Brau, es su “Niagarita”.

Rubén, sin embargo, se siente insatisfecho. Y no sólo de su obra poética y de sí mismo: insatisfecho de todo. El ambiente lo ahoga. Su naturaleza política —ya revelada en memorable ocasión— ansía cobrar, vida activa. Aquel ensimismado y estéril vivir —el verso es cárcel estrecha— es indigno

de él. La necesidad de actuar —imperativo de conciencia en Rubén— impone sus fueros. Actuar, ¿pero en qué? Rubén se hurga por dentro y no acierta a centrar políticamente su anhelo.

*Hay una fuerza  
concentrada, colérica, expectante,  
en el fondo sereno  
de mi organismo; hay algo,  
hay algo que reclama  
una función oscura y formidable.  
Es un anhelo  
impreciso de árbol; un impulso  
de ascender y ascender hasta que pueda  
;rendir montañas y amasar estrellas!*

Sufre otra crisis profunda. Ese denodado bruceo por darle contenido concreto a su vida, lo agota de nuevo. Siente así, y lo expresa en un soneto de factura herediana, la angustia del hombre que “no siente, ni espera, ni rememora nada”. Pero es sólo un momento.

¿Cómo enclaustrarse egoístamente en tu angustia —le dice al oído la fuerza centrífuga, la fuerza generosa y buena— cuando la isla entera reclama porque la saquen de la angustia y del fango?

Rubén Martínez Villena siente cómo le circula la indignación por las venas. No: él no será de los que contemplan el “crimen en calma”. El pondrá su inteligencia y su pecho en la lucha por acabar con el crimen.

La hora ha llegado. El 1923 es su bautizo político, que es también su eterno desposorio con la vida y con la acción. El ruinoso Convento de Santa Clara había sido comprado en tres millones de pesos por el gobierno de Zayas. Es una operación monstruosa. El país entero repudia el turbio negocio. Pero nadie osa decirlo. Rubén lo dirá. Y ante el mismo secretario servil que refrendó, sin corresponderle siquiera, el escandaloso decreto.

Mediodía. Academia de Ciencias. El salón está lleno. Minutos antes de iniciarse el acto se aparece Rubén seguido por un grupo de amigos. Incluyendo al líder bizarro, suman trece en total: José Manuel Acosta, José Antonio Fernández de Castro, José Ramón García Pedrosa, Luis Gómez Wangüemert, Alberto Lamar Schweyer, Primitivo Cordero Leyva, Félix Lizaso, Francisco Ichaso, Jorge Mañach, Juan Marinello, Calixto Masó y José Z. Tallet. La presidencia abre el acto y concede la palabra al Dr. Erasmo Regüíferos.

—Señoras y señores...

No dijo más. No pudo decir más. Una voz vibradora y viril le arrancó la palabra. Todas las pupilas se concentraron, de una vez, asombradas, en la magra y ardorosa figura por cuya boca salía aquella magnífica clarinada. La presidencia ensayó vanamente reducirla al silencio. Regüíferos temblaba. El público —un público de chaqué y circunspecto, público de Academia de Ciencias— no salía de su asombro. La presidencia dio por terminado el acto. Rubén y sus amigos se fueron altivos y pálidos.

Horas después Martínez Villena trascendía por primera vez las rejas de la cárcel. Al día siguiente, un juezcillo venal los procesó a todos por un delito de injuria. El hecho conmovió la conciencia pública. El pueblo, con esa percepción finísima que le caracteriza, advirtió en él un signo prometededor. Todo no estaba inficionado ni perdido. Había aún honradez y entereza.

Rubén, inflamado todavía, se hará eco del episodio en su enérgico “Mensaje Lírico-Civil”, dirigido al poeta peruano José Torres Vidaurre. Sus estrofas finales merecen ser recogidas, porque ellas contienen la imagen informe del futuro revolucionario:

*Pero esto es sólo un síntoma, hace falta una valla  
para salvar a Cuba del oleaje maldito:  
hay una aspiración de perpetuar el delito  
y la feroz política se rinde a la canallada.  
Hay patriotismo falso, de relumbrón y pompa,  
con acompañamiento de timbales y trompa:  
se cambian secretarios en situación muy crítica.*

.....  
*Hace falta una carga para matar bribones,  
para acabar la obra de las revoluciones;  
para vengar los muertos que padecen ultraje,  
para limpiar la costra terca del coloniaje.*

.....  
*Yo juro por la sangre que manó tanta herida  
ansiar la salvación de la patria querida,  
y a despecho de toda persecución injusta,  
seguir administrando el cáustico y la fusta.  
Aumentar en el peligro la obligación sagrada.  
(El oprobio merece la palabra colérica.)  
Yo, tiro de mi alma, cual si fuera una espada  
y juro, de rodillas, ante la madre América.*

Años después, aún no hace un lustro para nosotros, los estudiantes repetían mil veces el hecho en los cines y lugares públicos, denunciando los horrores y lacras del régimen de Machado. Pero la protesta viril de los trece quedará registrada en nuestra historia civil con el luminoso relieve que le da su condición de gesto precursor.

Ganado ya para la agitación y la lucha, Rubén funda enseguida con los protestantes de la Academia de Ciencias y un núcleo reducido de escritores y amigos, la “Falange de Acción Cubana”. En su manifiesto-programa —redactado por el propio Rubén— se definen clara y enérgicamente sus propósitos. La “Falange de Acción Cubana” surgía a la vida en un momento público cargado de sombras y podrido de vicios y se imponía como misión básica la crítica diaria y resuelta de los métodos corrompidos y corruptores del gobierno de Zayas, demandando su rectificación inmediata. En el orden ideológico, clamaba, y lucharía hasta lograrlo, por la implantación verdadera y efectiva de la república de Martí, la república limpia y próspera, libre y cordial, la república y no “la mayordomía espantada de Veintemilla, ni la hacienda sangrienta de Rosas, ni el Paraguay lúgubre de Francia”.

El desarrollo mismo de los acontecimientos, en vertiginosa precipitación, se tragan apenas nacida, la “Falange de Acción Cubana”. El desenfreno y el desbarajuste imperantes han llegado a su colmo. La intromisión extranjera, la crónica, adquiere por minutos descoco inudito. En lugar de Zayas, manda Crowder. El descontento y la agitación se dejan ya sentir con tal fuerza que un desbordamiento popular parece inminente. La Universidad es una hoguera. Hasta la “Sociedad Económica de Amigos del País”, deja oír su voz de condenación y protesta como antaño lo hiciera contra el absolutismo colonial y los traficantes de esclavos.

El movimiento se organiza y vertebra en la “Asociación de Veteranos y Patriotas”. Rubén es llamado a formar en su Consejo Supremo. Desde un principio, mantuvo un criterio insurreccional. La propaganda se puso en sus manos. Rubén despliega una energía y una actividad asombradoras. Cada domingo levanta su verbo empenachado y ardiente, cuajado de saetas y luces. En el Saint Just del movimiento.

Paralelamente, se inician los trabajos preparativos de la insurrección. Rubén también está en ellos. Hay que allegar pertrechos y crear células de combate, cerrar filas y mantener el fuego en los espíritus. Hay que hablar en Matanzas; él habla. Hay que hablar esa misma noche, en Bejucal: él se brindará sonriendo cuando todavía no se ha sacudido el polvo de la reciente jornada. Hay que dar una proclama a la prensa: es Rubén quien lo hace. Un día el Consejo Supremo acuerda, a petición suya, apoderarse de la dinamita

existente en las Canteras de Camoa: él va a la riesgosa aventura. Va con dos compañeros hercúleos encargados de acarrearla hasta el automóvil. Aquellos cargan, con visible esfuerzo, sendos paquetes bajo sus brazos de hierro. “Síguenos”, le dicen a Rubén. Y Rubén los sigue. El camino es pedregoso y largo, casi dos kilómetros. La noche densa. No se distingue a un metro. Cuando llegaron a la carretera, resoplando y sudando, y la boca repleta de ternos, Rubén, esa cosita endeble que fue físicamente Rubén, tiró al suelo, con desenfado simpático, un paquete de cincuenta libras... “¡Y después hablan de músculos!”

Rubén es una fuerza apasionada, febril, tormentosa. A la semana siguiente del lance narrado, embarcó secretamente para el sur de los Estados Unidos en cumplimiento de una trascendental misión. Se necesitaba un aviador experto y heroico que bombardeara los objetivos militares de La Habana: él sería ese aviador. ¡Siempre en primera fila, mientras los grandes caimanes apenas osaban sacar los colmillos!

En Ocala levantó su campamento, junto con dos compañeros, uno de los cuales era José Antonio Fernández de Castro. Jamás había montado en un aeroplano. Más aún: ni siquiera lo había visto de cerca. Pero bastarían quince días de estudio y de práctica para ponerlo en posesión y control de los secretos y resortes de la máquina voladora.

Cuando sólo aguardaba órdenes para hacerse al aire, fue detenido por agentes especiales de la policía federal. El gobierno de Zayas lo había denunciado. Estuvo preso, con sus dos compañeros, y por espacio de un mes, en la cárcel de Ocala. Estando allí supo del grotesco fracaso del movimiento planeado. No había contado él, en su inocencia política, en su buena fe candorosa, con el factor “veterano” y en el factor “patriota”. En el Consejo Supremo habían dominado siempre, a despecho de circunstanciales posturas, las fuerzas espurias. Todo, cualquier cosa, menos rifarse el pellejo. Nada que no tuviera la previa certificación de Washington. El desenlace no podía ser otro que el que tuvo.

Rubén Martínez Villena vio así fracasar, por la cobardía y maldad de los supuestos caudillos, su primer sueño político a cuya realización se había entregado pura y valerosamente. Cuando salió de la cárcel, y como no tenía un centavo y no estaba dispuesto a aceptar ayuda económica de nadie, ni siquiera de su propia familia, se dirigió a Tampa con el propósito de coleccionar a través de su esfuerzo el dinero necesario para costearse el regreso. Fue así como Rubén, obrero esforzado y anónimo en una fábrica de cerveza, conoció en carne propia el dolor y la infamia de la explotación del hombre por el hombre.

Ya en Cuba Rubén refugió su desengaño momentáneo en el verso y la literatura. A esta época corresponde, junto con el soneto egregio de los mil pesos evaporados, “La Medalla del Soneto Clásico”, y al par que el despunte maravilloso del prosista, lo más logrado, intenso y fluido de su producción lírica. La nota dominante en esa etapa estelar de su vida poética es, por un lado, el ansia incolmable de infinito, que se manifiesta, como ha dicho Regino Pedroso en bellísimo ensayo, “en un ancho anhelo, en una aspiración febril de llenar el mundo”. Y del otro, una preocupación honda y puramente humana, al margen de todo convencionalismo religioso, ante la vida y ante la muerte:

*Tengo el impulso torvo y el anhelo sagrado  
de atisbar en la vida mis ensueños de muerto.  
¡Oh, la pupila insomne y el párpado cerrado!  
¡Ya dormiré mañana con el párpado abierto!*

Es interesante constatar la ausencia casi absoluta del motivo amoroso en la poesía de Rubén. Como los compiladores literarios —dos poetas de gusto tan exigente como José Z. Tallet y Ramón Guirao— no han vacilado en recoger toda la obra publicada y cuanto material inédito han podido encontrar en infatigable y denodada búsqueda, puede el lector verificar por sí mismo el acierto. Véase cómo aún en sus balbucesos adolescentes y en lo más desvaído y manido de su cosecha no sólo es fácil hallar el chispazo deslumbrador de su genio lírico, sino que es mucho menos difícil percibir un soplo doloroso y extraño de clara raíz metafísica. Quizás la explicación esté en que cuando se ama demasiado —y él amó como un romántico fiel— de tanto adorar y limpiar de alherencias vulgares a la mujer querida, el amor se repliega pudoroso en sí mismo y se derrama —surtidor celeste— hacia adentro. Por excepción, cincelará Martínez Villena ese dije amoroso y delicado que es el “Capricho en Tono Menor”. ¿Especulación? ¿Realidad? No hace aún muchos días que Asela Jiménez —su esposa luego— vive en su pecho con llama inextinguible. Pero, enseguida, el poeta deplorará, angustiado de angustia entrañable, su incapacidad insuperable de aprehender el sentido recóndito del dolor humano:

*El espectro visible tiene siete colores,  
la escala natural tiene siete sonidos;  
puedes trenzarlos todos en diversas canciones  
que tu mayor dolor quedará sin ser dicho.*

Alado y trascendente, como Shelley, dirá de él Luis Araquistáin. Ni comparación más feliz, ni juicio que mejor lo defina poéticamente. Yo lo suscribo como resumen del mío.

Pero la aparición del prosista en Rubén, simultánea a su plenitud lírica, constituyó un verdadero suceso. No se trataba, en efecto de un prosista más. Ni siquiera de un buen prosista. Era, para decirlo de una vez, la revelación de un escritor como pocos han frutecido en nuestro medio aldeano: no sólo dueño de un instrumento personalísimo sino parejamente apto para apresar todos los matices y cultivar con acierto ostensible y propio todos los géneros. El cuento y la crítica literaria, la crónica y el panfleto adquirieron a través de su prosa nueva prestancia y peculiar colorido. Y hay en ella, como en lo más puro y descollante de su obra poética, una veta penetrante y suave de ironía que se cuela insensiblemente en el ánimo. Yo quisiera referirme con el detenimiento y la extensión que ellos merecen, a sus dos cuentos únicos, “Un Nombre” y “En Automóvil”, ambos antológicos. Quisiera, asimismo, entresacar párrafos culminantes de ellos. Razones de espacio lo impiden. Con todo, no resisto a la tentación de transcribir este trozo representativo de su prosa, tomado de su crónica “La Lluvia en las Calles”:

*En los días lluviosos la ciudad parece apagar sus ruidos: todo es recogimiento triste. Acaso por mera simpatía de color, el azul del uniforme policíaco se encapota tanto como el cielo. Los tranvías eléctricos rellenan el hueco de sus ventanillas con recios cristales calisténicos. Las banderas se cuelgan chorreantes, perdido su gracia y su color, paralelas o enrolladas al asta, sólo sigue flotando, delicadamente, con impermeabilidad mágica, el estandarte vaporoso de las chimeneas. Bajo el aguacero pertinaz, llegamos a reflexionar seriamente sobre la utilidad real del paraguas y hacemos la observación honrada de que los aleros sirven para que los transeúntes no vayan por las aceras cuando llueve.*

*Pero en La Habana hay, sobre todo, algo interesantísimo: es ese fango nuestro. Como nuestras calles —sorprendente milagro— no son de tierra blanda, el fango no es espeso y profundo, como el de esos caminos en donde se hunden hasta el buje las ruedas de las carretas atestadas. Nuestras calles son de sólidos adoquines, graciosamente levantados aquí y allá, como fijados con elegante negligencia; nuestras principales vías son de brillante asfalto, adornadas con hondos baches, caprichosa pero profusamente distribuidos; de modo que hoy ostentan la belleza miniaturizada de Escocia y de Suiza, regiones civilizadas de Europa.*

*Este aristocrático lodo de crasa consistencia y esos charcos de agua celeste depositada en los cuencos hospitalarios, tienen regocijadas travesuras.*



*El lodo trepa desesperadamente a las ruedas de los vehículos y en un júbilo de liberación, abrazado a la fuerza centrífuga, se lanza cariñosamente sobre los peatones. En su temible alegría, el agua y el lodo se divierten desalmidonan los driles rígidos y constelan los casimires severos de graciosos lunares coquetos.*

*Gracias a esos divertidos episodios callejeros se puede sufrir el tedio de los días de lluvia. Cuerpos en inverosímiles escorzos fugitivos, se unifican con las fachadas, para resguardarse del paso de los carruajes; graves hombres reumáticos se detienen a estudiar los lagunatos y los riachuelos de las bocacalles; damas venerables alzan la planta y el vestido en un delicado gesto de minué...Y el lodo resbala hacia las alcantarillas y las obtura; y las corrientes se ensañan sobre las debilidades del pavimento; y en los charcos adonde no llega el azote de la lluvia, el insecto que generosamente propaga la infección deposita la millarada de sus huevos.*

Por aquellos días, Fernando Ortiz había decidido recoger en dos tomos sus trabajos oratorios y andaba buscando a quién encomendarle el prólogo. No encontró a nadie más indicado y capaz que Rubén Martínez Villena. El hecho de que un espíritu ya maduro y tan descontentadizo como Ortiz asignara su presentación a Rubén —cuando su nombre estaba de vuelta de todos los elogios insignes— es la más exacta medida del prestigio y el talento literario de este.

Con ese motivo, Rubén empezó a frecuentar casi todas las tardes el bufete “Ortiz, Jiménez Lanier, Barceló”. Pablo de la Torriente Brau trabajaba ahora en el cargo que él antaño desempeñara. Anudaron sus corazones con la fuerza y celeridad que da la simpatía y la compenetración recíprocas.

*Yo era —refiere Pablo, comentando el inicio de esta amistad alegre y honda— algo más joven que él, no tanto por la edad como por el temperamento. Estaba entonces en el dominio de todos los “récorde” deportivos y conocía una porción de cosas del teatro y el cine. Rubén llegó a mi amistad profunda precisamente por esos caminos. Me hablaba de los “home runs” de Babe Ruth, de las carreras de Pavo Nurmi, de los “nocaute” de Jack Dempsey. Era maravilloso, pero mostraba tanto interés como yo por todo ello. En la azotea del “Bufete Ortiz, Jiménez Lanier, Barceló”, donde yo trabajaba y él había trabajado, cuando terminaban las labores de oficina, jugábamos a la pelota y nos divertíamos como dos “mataperros”. Luego, antes de bañarnos, corríamos, en cueros, por entre todas las salas del bufete, entre los pedestales de bustos serios y las ceremoniosas mesas de caoba. A veces, en broma, nos poníamos a imitar las ridiculeces de los tenores en “Rigoletto” y “El Trovador”, y a lo mejor se nos iban espantosos gallos.*

Pero Rubén, en unos días escasos, fué íntimo amigo mío. Y no sólo me contaba las alegres peripecias de su prisión de hombre joven, sino que me hablaba también de las tragedias de su adolescencia y del recuerdo dramático y dulce de su madre, descendiente de marqueses legítimos. Una vez Rubén me hizo un relato de una fuerza desoladora que yo nunca podré olvidar. Me contó la muerte de su madre; las increíbles delicadezas que tuvo con él; sus ternuras desgarradoras y también su vigilia infatigable, cuando se amarraba un fino hilo a la muñeca para despertar al más mínimo movimiento de la querida enferma. Luego, el conjunto de concatenaciones, de hechos, que la llevaron a la hora de la agonía. Después, cómo se apagó... Sin duda, pocas veces fué Rubén tan amigo mío como en aquella tarde, cuando dió tan excepcional beligerancia a mi sensibilidad.

Cierta vez, y en medio del juego, Pablo le habló de literatura y de versos. Rubén se detuvo sorprendido un momento, tiró la pelota y disertó larga y bellamente al respecto. Cuando supo más tarde que Pablo tenía un cuento escrito se lo pidió para verlo. La consecuencia fué su publicación inmediata.

En otra ocasión, afloró en le charla el tema político. Entonces su palabra tuvo chasquido de látigo. Y al aludir al fracaso reciente, fué como si una descarga eléctrica le sacudiera de pies a cabeza.

Minutos después, bajo el frescor sedante de la ducha, resumió su juicio con estas palabras, que cierran un capítulo de su vida: “Es una experiencia más. Ella demuestra que difícilmente pueden avenirse los ideales de los viejos con los ideales de los jóvenes.”

## V

Se iniciaban los trabajos preparativos del Primer Congreso Revolucionario de Estudiantes cuando Rubén Martínez Villena y Julio Antonio Mella fueron presentados. No hubo necesidad de preámbulo. Ni Rubén ignoraba a Mella, ni éste a Rubén. Y como existían entre los dos afinidades profundas y cualidades complementarias, ambos fueron amigos fraternales y viejos desde el primer cálido estrechón de manos. En largas y diarias conversaciones se comunicaron enseguida sus aspiraciones y ensueños y se comprometieron a seguir adelante en la lucha emprendida por la renovación general del país. Llevado por Mella, Rubén empezó a frecuentar —ya abogado— el círculo universitario donde aquél se movía. Era, sin duda, un ambiente totalmente nuevo para él. Había no sólo entusiasmo y pureza: había, asimismo, un verdadero anhelo de sacar a la Universidad y al país del cascarón colonial en que

vegetaban. Además, se hablaba un lenguaje enérgico y distinto; se planteaba nuestro gran problema histórico en términos ignorados para entonces por él. Fué allí donde oyó por primera vez la palabra clave de nuestra tragedia. Fue allí donde captó el contenido universal y sangriento de la palabra “imperialismo”. Rubén sintió como un milagroso florecimiento en su espíritu.

El congreso estudiantil se verificó poco tiempo después bajo la presidencia de Mella. Hubo izquierda, centro y derecha, obteniendo esta la mayoría de los sufragios en algunas cuestiones capitales y particularmente en la cuestión religiosa. Pero, aunque ferozmente batida, la izquierda logró tres triunfos señalados y trascendentes: la ponencia del “Grupo Renovación”, redactada y mantenida por Alfonso Bernal del Riesgo, sobre los principios, la táctica y los fines de la revolución universitaria; la Declaración de Derechos y Deberes del Estudiante y la creación de la Universidad Popular, propuestas y defendidas ambas por Mella. Rubén asistió afiebrado a todas las sesiones del congreso participando más de una vez en los debates.

Pero Mella, poseído ya de una ancha y entrañable inquietud revolucionaria, desbordó enseguida el marco universitario. Fué rectamente al sindicato y al obrero y allí proclamó su deseo de servirlo y su derecho inalienable de emanciparse. La Universidad Popular —puesta bajo la advocación iluminada de José Martí— empezó a funcionar en los centros y sindicatos obreros. Mella fué su secretario general y José Z. Tallet su presidente. Y compartían la tarea un grupo de estudiantes e intelectuales afines. Rubén estaba entre ellos. Cada noche, y en distintos lugares de la ciudad y en algunos pueblos cercanos, aquel núcleo de estudiantes e intelectuales revolucionarios —Gustavo Aldereguía, Alfonso Bernal del Riesgo, Jorge A. Vivó, Leonardo Fernández Sánchez, Ángel Ramón Ruiz, Aureliano Sánchez Arango, Sarah Pascual, entre otros— con Mella y Rubén a la cabeza derramaban su fervor y la luz del conocimiento marxista ante un auditorio estremecido y compacto. Meses después, y del mismo grupo cada vez más definido y pujante, surgió la sección cubana de la Liga Antiimperialista de las Américas. El movimiento izquierdista empezaba a tomar cuerpo en Cuba. No resulta ocioso constatarlo ahora que un racimo de grupos y sectores postmachadistas reclaman furiosa y pintorescamente la paternidad exclusiva del izquierdismo criollo.

La llegada de varios estudiantes deportados de Venezuela y Perú por Juan Vicente Gómez y Leguía reforzó considerablemente las actividades de grupo. Salvador de la Plaza y Gustavo Machado, y Luis F. Bustamante y Jacobo Hurwitz, traían encendido el fuego de la nueva inquietud y la carne joven ya macerada por el hierro opresor. La lucha revolucionaria cubana devino inmediatamente lucha continental. Apareció “Venezuela Libre”, y Rubén

Martínez Villena fue uno de sus directores. Pero Mella fue expulsado por un año de la Universidad que había pretendido enaltecer y redimir y Rubén tuvo sus primeros choques verbales con sus antiguos compañeros de letras, agrupados ahora en el “minorismo”. Mella se entregó ya, en ofrenda pura y plena, a la causa revolucionaria. Fundó el Partido Comunista de Cuba.

En noviembre de 1924, y entre un estruendo de congas, timbales y chambelonas, se verificaron las elecciones presidenciales, entregándole Zayas la presidencia a Gerardo Machado mediante una desvergonzada compra-venta. Durante su campaña política y capitalizando hábilmente en su favor el descontento popular provocado por el desenfreno zayista, Machado se había hecho revestir de atributos regeneradores y providenciales. Pero Julio Antonio Mella auguró, desde su revista “Juventud”, los días de dolor y de sangre que aguardaban a Cuba bajo la égida de Machado, a quien calificó certeramente de Mussolini tropical.

Rubén Martínez Villena tuvo, por su parte, una clara visión del futuro cubano. No poseía él aún el dominio de la dialéctica materialista, que sería luego arma invencible en sus manos; pero su extraordinario don analítico y su insólita capacidad intuitiva le fué suficiente para formular una deducción acertada de la realidad como proceso, viviendo así en su conciencia, anticipadamente, la angustia y el horror de los días por venir.

La nueva concepción de la vida y de la historia que empieza a arraigarse en él se refleja nítidamente en sus versos de entonces. Todavía Rubén no se ha liberado de todas sus amarras internas. El mundo viejo —su mundo inicial y formativo, su mundo nutricio— se revuelve agónicamente en la defensa de sus últimos baluartes. Esta lucha tremenda y oscura, ganada por la fuerza centrífuga ya en proceso de coloración definida, se manifiesta en dos actitudes extremas, aparentemente antagónicas: la afirmación categórica de la inutilidad de su vida pasada y la negación rotunda de cuanto signifique traba, superstición y prejuicio, expresadas, respectivamente, en el poema “Defensa del Miocardio Inocente”.

En la primera de las composiciones mencionadas, el poeta expresa todos sus anhelos y todas sus impotencias con desesperación prometeica. Sufre el “infructuoso cerebralismo insano”, el “temor del ansiado reposo” donde muere “la resignación a seguir inconforme de todo”, sufre “la maldición de Pallas en la gracia de Apolo”. Y ante su incapacidad de “traducir al verso la aspiración informe”, y el contraste terrible de su vida estéril, y la vida urgida de brazos fecundos que todo lo den por cubrirla de frutos, culmina su “angustia indefinida” en un grito perdurable y magnífico, en el que la desolación y la belleza se funden en una cartesiana afirmación de lucha, en un clamor de fe combativa: “Mi vida: una semilla en un surco de mármol.”

En la “Defensa del Miocardio Inocente” —su creación representativa y a mi juicio la más auténtica realización de la poesía cubana desde 1920 hasta la fecha en que fué escrita— el poeta es ya la negación que afirma, la afirmación hecha carne. Volcado hacia fuera, poseído del nuevo espíritu revolucionario que lo empuja a lo colectivo, en acerada inconformidad con el ayer y lo circundante, anonada la ancestral creencia que ha venido asignando al miocardio infeliz, al “pobre músculo hueco” la categoría de patrón del sistema nervioso cuando la realidad es que sólo es un “esclavo dócil”, un “manso proletario” del cerebro, de ese explotador sin entrañas que se “alberga tras la sabia protección de la frente”. Y proclamando la “solemne verdad de su inocencia con revolucionario criterio socialista” suspende sobre “su sencilla ingenuidad de cuatro cavidades” la amenaza de una “huelga de sólidos principios”. La “Defensa del Miocardio Inocente” abre una perspectiva insospechada en la poética de Martínez Villena. De haber seguido cultivando el verso habría llegado a realizaciones definitivas y habría sido, sin duda, el primer poeta revolucionario de Cuba, como es uno de sus poetas más descollantes de siempre.

Rubén fué protagonista por ese tiempo de un episodio que lo pinta de cuerpo entero. El periódico “La Nación” necesitaba cubrir urgentemente dos puestos que estaban vacantes: el de editorialista y el de corrector de pruebas. Rubén, que atravesaba a la sazón por serias dificultades económicas, fué llamado por el director del periódico para ocupar el primero. Cuando salió de su despacho, tenía el rostro radiante y en sus manos el nombramiento de corrector de pruebas. Inútil habían sido los halagos y súplicas de Gustavo Gutiérrez para que aceptara el cargo codiciado y jugoso de editorialista. Serlo —le había dicho Rubén como despedida— significa envilecer mi conciencia y someter mi pensamiento. Y yo nací precisamente para lo contrario...

Machado ascendió al poder el 20 de mayo de 1925. “Ninguna huelga durará más de un cuarto de hora bajo mi gobierno”, había afirmado enfáticamente sólo hacía unas semanas en New York ante un auditorio jubiloso de banqueros y “políticos”. La “Regeneración” empezaba enseñando los dientes. Pronto habría de mostrar el furor selvático que la alentaba. Fué asesinado el primer periodista. Fué clausurada la prensa adversaria. Una mañana las guásimas de Ciego de Ávila aparecieron cuajadas de isleños ahorcados. Un silencio profundo —silencio de plomo— invadió el ambiente. La tiranía, ya en marcha, había ganado su primera batalla.

La Universidad Popular y la Liga Antiimperialista iniciaron una campaña de denuncia pública contra el gobierno que tales métodos empleaba. En la Universidad Nacional hubo un encrespamiento amenazador. El gobierno se hizo de la vista gorda. Pero a principios de noviembre, y coincidiendo

con la clausura de la Liga Antiimperialista, la situación entre Machado y los estudiantes se agudizó sobremedida ante la tentativa gubernamental, al cabo lograda, de reinstalar en sus cátedras a los profesores expulsados en 1923. El 27 de noviembre por la mañana el problema hizo crisis. Llevado a la Universidad por Aureliano Sánchez Arango y Leonardo Fernández Sánchez, Mella levantó su oratoria encrespada y sonora señalándole a la masa el verdadero camino a seguir. Vino el Rector. Vino la policía. Mella pudo, sin embargo, escabullirse. Mas sólo por escasas horas. Esa propia tarde fué detenido y procesado con exclusión de fianza como supuesto inductor de un atentado terrorista en los bajos del teatro Payret. Rubén Martínez Villena se personó inmediatamente en la causa como abogado de Mella.

Como protesta a tan arbitraria medida, Mella se declaró en huelga de alimentos, desarrollándose al par una vigorosa y resonante campaña de agitación nacional, cuyo eje fué el Comité Pro-Libertad de Mella, organizado al efecto. Entre sus miembros pocos se movieron y gritaron como Rubén. El pueblo entero se puso, vigilante y erguido, junto al lecho del heroico revolucionario, demandando del gobierno su excarcelación inmediata.

Transcurrieron los días. Rubén y sus compañeros se debatían sin descanso por arrancar de Machado la orden que salvara a Mella, dispuesto a morir si no se le ponía en libertad. ¡Diecisiete días sin probar bocado! La protesta tenía ya carácter aciclonado. A Machado, sin embargo, parecía no afectarle. Mella, indudablemente, estaba perdido.

Fué en esas circunstancias desesperadas que el Comité acordó gestionar con el Lcdo. Barraqué que se le pusiera fianza a Mella. Rubén, Aldereguía, que era el médico de asistencia de Mella y Muñiz Vergara, conocido por el “Capitán Nemo”, fueron designados para entrevistarse con el secretario de Justicia.

A las once de la mañana siguiente, 12 de diciembre de 1925, franquearon la verja palacial de Barraqué, Rubén y Muñiz Vergara. Aldereguía, por recomendación de este último, se quedó a mitad de camino. Su temperamento impulsivo podía malograr la gestión encomendada, que era más bien de carácter diplomático. Barraqué, que estaba convaleciente de una gripe, los recibió en el patio. En el momento mismo en que Muñiz Vergara le informaba del asunto que allí los llevara, fué anunciado el presidente de la república. Barraqué dio orden de conducirlo a su presencia, aludiendo de paso a la oportunidad de la visita, ya que podrían Rubén y Muñiz Vergara tratar el problema directamente con Machado.

Pablo de la Torriente Brau ha referido el episodio con lujo de detalles en su artículo “Un minuto en la vida de tres protagonistas”. Yo me concretaré

a dar una versión sumaria del mismo, entresacando literalmente del trabajo aludido las palabras cruzadas durante la entrevista entre Rubén, Machado y Muñiz Vergara.

Machado parecía aquella mañana de un insólito buen humor. En cuanto reconoció a Muñiz Vergara, se le acercó sonriente y lo abrazó. Este no perdió tiempo en abordarlo.

—Mire, general —empezó diciendo el capitán Nemo— Mella es un buen hijo, no bebe, no juega... Es un joven apasionado, pero es un buen hijo... ¿Por qué no se le ha de poner fianza, como a cualquier otro peso común? ... Porque él no es un preso común, pero aunque lo fuera, por la ley se le debe poner fianza. Además, si él muriera a consecuencia de la huelga que mantiene, se iba a atacar rudamente al gobierno, se le iba a acusar de ser responsable de esa muerte, de haberlo asesinado, sólo por no ponerle fianza, que es todo lo que se pide...

Machado se iba transfigurando por la ira a medida que Muñiz Vergara hablaba.

—Usted es un buen hombre, capitán —le respondió con tono descompuesto—. Pero es demasiado ingenuo y cualquiera lo engaña. Mella será un buen hijo, pero es un comunista... Es un comunista, y me ha tirado un manifiesto, impreso en tinta roja, donde lo menos que me dice es asesino... ¡Y eso no lo puedo permitir! ¡No lo puedo permitir!...

Rubén, que había estado ligeramente apartado, pero atento al diálogo, irrumpió de pronto y dirigiéndose a Machado le habló así:

—Usted llama a Mella comunista como un insulto y usted no sabe lo que es ser comunista. ¡Usted no debe hablar así de lo que no sabe!...

Machado reflejó en una mueca horrible el asombro que le poseía. Se recogió un segundo en sí mismo y luego, con las venas del cuello abultadas, el acento bronco, se lanzó sobre Rubén manoteándole y con la mirada furiosa del paranoico cogido en falta:

—Tiene usted razón, joven. Yo no sé lo que es comunismo, ni anarquismo, ni socialismo. Para mí todas esas cosas son iguales. Todos son malos patriotas... Tiene usted razón... Pero a mí no me ponen rabo ni los estudiantes, ni los obreros, ni los veteranos, ni los patriotas... ni Mella... ¡Yo lo mato, lo mato!... ¡Lo mato, carajo!... ¡Sí, lo mato, lo mato!...

No pudo continuar. El muchachito, cuyo civismo antaño elogiara, ya hombre y haciéndolo bueno, le salió violentamente al paso y arrebatándole la palabra le restregó su desprecio profundo y lo clavó para siempre con un nombre que sería luego enarbolado por todo un pueblo como un cintarazo de fuego.

—Yo no lo había oído nunca; yo no lo conocía; sólo había oído decir que era un bruto, un salvaje... Y ahora veo que es verdad todo lo que se dice...

Y dirigiéndose a Muñiz Vergara, que ensayaba vanamente calmarlo:

—¡Pobre América, capitán, que está sometida a estos bárbaros!... Porque éste no es más que un bárbaro, un animal, un salvaje, una bestia... ¡Un Asno!... ¡Un Asno con Garras!...

Machado, acometido de un acceso de furia epiléptica, entre espumarajos de rabia, intentó replicarle a Rubén; pero ya Barraqué y sus ayudantes, temerosos de algo peor, se lo llevaban materialmente arrastrado, perseguido por la frase calificativa.

—¡Es un Asno!... ¡Un Asno con Garras!...

Barraqué, por su parte, pálido y tembloroso, les aseguró que la fianza solicitada sería puesta ese día. Cuando Rubén llegó poco tiempo después al bufete de Ortiz, Pablo de la Torriente Brau le oyó contar, con palabra vibrante y en los ojos irónicos una mal disimulada alegría, el tormentoso incidente.

—Es un salvaje, un animal, una bestia... ¡Un Asno!... ¡Un Asno con Garras!...

Y repetía la expresión, como satisfecho de haberla creado.

Mella fué puesto en libertad esa propia tarde a los diecinueve días justamente de haber iniciado la huelga. Apenas repuesto, Rubén y él tuvieron largas entrevistas. Pocas semanas después, amenazado de muerte y lleno aún el ambiente con los rumores de su hazaña, se vió obligado a salir clandestinamente del país.

Rubén salió de aquella escaramuza con bríos renovados. El estudio de Marx y Lenin le llevó largas horas. Pero al propio tiempo intensificó su labor en la Universidad Popular “José Martí”, estrechando su ligazón con la lucha diaria de las masas. En su afán de arrastrar a los intelectuales a la pugna social, frecuentó el “Grupo Minorista”. Fué entonces que tuvo su primer encuentro polémico con Jorge Mañach. Había éste publicado una glosa, con motivo de la muerte de José Ingenieros, en la que con doctoral suficiencia le negaba hasta la sal y el agua a la obra del excelso animador argentino. Rubén lo llamó al orden y le propuso discutir públicamente el aporte científico y filosófico de Ingenieros a la cultura americana. Cogido en el brinco, Mañach tuvo que confesar que él no conocía suficientemente la producción de Ingenieros, como para enfrascarse en un debate público sobre la misma.

Yo conocí a Rubén por esa época. Le fuí presentado en su casa en una reunión de la Universidad Popular “José Martí”, en cuyos cuadros yo deseaba ingresar. Concluida la sesión, tuve la oportunidad de conocer también a su hermana Judith y a José Z. Tallet, novios a la sazón. Una simpatía profunda



me ligó enseguida a todos. Con ese motivo mis visitas al centenario y amable caserón de Amargura menudearon. Cierta día, y con mucho misterio, le leí a Rubén un trabajo literario mío en el que había más paja que grano. Me oyó, sin embargo, con apasionado interés. Y poniéndome la mano afectuosamente en el hombro, me dijo: “Está estupendo”.

Otro día platicamos de versos. Yo hablé con exaltado entusiasmo de los suyos y hasta le comuniqué mi propósito de escribir un juicio sobre ellos. Pero él prefirió hablar de los versos ajenos. Ramón Rubiera acababa de dar a la estampa “Los Astros Ilusorios” y Rubén había tenido un huequito en el trajín tremendo de su vida revolucionaria para loar sus bellezas. A su juicio, ni Rubiera ni Tallet tenían pares dignos en sus respectivas maneras. Yo le pregunté entonces por qué no recogía su obra lírica en un libro. Y recuerdo que me respondió con estas palabras de Villiers L’ Isle Adams, que tan honda impresión le produjeron al leerlas por primera vez: “La notoriedad para el poeta debe ser una cuestión muy secundaria —por no decir absolutamente nula— cuando él se preocupa de su obra: él escribe para justificarse delante de sí mismo y aumentar su misericordia hacia las cosas sensibles”. Luego la charla derivó, sin transición alguna, hacia lo político. Me dio la sensación vivísima de estar en un terreno vitalmente grato a su espíritu. Le llamearon los ojos, su voz cobró un timbre extraño, su cuerpo todo era un alambre al rojo blanco.

El asesinato “misterioso” del líder ferroviario Enrique Varona, acaecido pocas noches después en Morón, suscitó un sordo movimiento de protesta en la clase trabajadora, de la cual era aquél uno de los dirigentes más capaces y queridos. La Universidad Popular “José Martí” demandó, desde su Boletín, el castigo de los culpables.

Brotó el cooperativismo y floreció la guataca. En las esferas oficiales, se empezó a hablar de prórroga de poderes. Las muertes “misteriosas” se sucedieron con aterradora frecuencia, especialmente en el campo. Como eran en su mayoría gente trabajadora y humilde, y la prensa toda le hacía el juego al gobierno, llegaban con enorme dificultad al conocimiento público.

Los integrantes de la Universidad Popular consideramos de extrema necesidad publicar un órgano que mantuviera encendida la protesta revolucionaria contra aquel sistema ominoso. Empero, cuestiones internas inaplazables, dilataron su aparición. Aconteció que la doctrina aprista se infiltró sutilmente en el grupo a través de la prédica habilísima de Luis F. Bustamante. Haya de la Torre completó la disolvente labor enviando cartas enormes y periódicas en las que la auto-apología y el sofisma se conjugaban por igual. Por su parte, Mella nos advertía, desde México, el error clamoroso

en que estábamos incurriendo al darle beligerancia al aprismo. La realidad es que, por una razón u otra, no pocos llegaron a sentirse apristas. Pero ni Rubén, ni Aureliano, ni Sarah Pascual tuvieron la más leve vacilación. El problema adquirió tal virulencia que se acordó llevarlo a una discusión definitiva. Se verificó ésta en la Federación de Bahía. Abierto el debate, Sánchez Arango habló, como él sabe hacerlo, defendiendo la tesis de la Liga Antiimperialista contra la supuesta doctrina antiimperialista mantenida por el APRA. Le siguió Esteban Pavletich, que intentó replicar su argumentación contundente. Habló entonces Rubén. Y habló, no obstante la debilidad visible que ya lo minaba, durante siete horas seguidas, sin parar un minuto, repartiendo tajos y llamaradas, pulverizando las interrupciones y sofismas de Bustamante, que fué su adversario, llenando la atmósfera de un humo ardiente de metáforas y sarcasmos. La doctrina aprista salió hecha pedazos de aquella embestida dialéctica. Sometido a votación el asunto, la Universidad Popular permaneció adherida a su doctrina inicial. El nacional-reformismo había sido definitivamente arrojado de su seno.

Pero aquella batalla había de costarle cara a Rubén. Estuvo varios días enfermo a consecuencia de haber salido a la calle todavía sofocado y lloviznando. Empezó a sentirse mal. Una palidez marcada se apoderó de su rostro levemente rosado. Huyeron el apetito y el sueño y sufrió de mareos. Pero él era hombre que anteponía su deber a todo. Se le había designado director de “América Libre” y la revista esperaba por él. La revista salió y en coyuntura propicia: en plena protesta estudiantil contra la Reforma Constitucional y Prórroga de Poderes. El “Gonfalon” y la mayoría de los comentarios editoriales y “entrefilets” fueron redactados por Rubén. Los dos números siguientes se publicaron en el intervalo de un mes.

Cuando el país entero se revolvía magníficamente contra la legalización del continuismo, apareció la “Biología de la Democracia”. Era una apología desvergonzada y pseudocientífica de la dictadura en América y particularmente en Cuba. Machado tuvo así su Vallenilla Lanz en Alberto Lamar Schwyer. La “Biología de la Democracia” tuvo escasos panegiristas y muchos detractores y hasta un Anti-Lamar en el libro de Roberto Agramante “La Biología contra la Democracia”, cálidamente acogido por la juventud. Emilio Roig de Leuchsenring, pidió, desde las páginas de “Social”, la expulsión de Lamar Schwyer del “Grupo Minorista”. El turiferario de la tiranía replicó negando la existencia virtual de éste. El “Grupo Minorista” publicó entonces, redactado por el propio Rubén, un extenso manifiesto desmintiéndolo enérgicamente y recogiendo, a la vez, sus puntos de vista en los problemas literarios, políticos y sociales. Este manifiesto fue, por singular paradoja, el epitafio del “Grupo Minorista”.

Se confeccionaba el cuarto número de “América Libre” cuando Rubén Martínez Villena tuvo una aguda congestión pulmonar. Aldereguía ordenó su traslado a la Quinta de Dependientes. La salida de “América Libre” coincidió con la clausura de la Universidad Popular “José Martí” y el célebre “proceso comunista” de 1927. La persecución se desató contra nosotros. Mientras algunos tuvimos la fortuna de capearla sin mayores riesgos, otros ingresaron en la cárcel. Como Rubén estaba casi postrado en esos días, fué dejado en la Quinta en calidad de detenido con un policía fijo en su cuarto de enfermo. Dos meses después, y a virtud de serle puesta fianza a los procesados, la vigilancia policíaca fue levantada.

Desde allí Rubén siguió laborando. Pero aquel trabajar a medias y aquella inacción obligada lo ponían violento. Ya no se sentía bien sin el fragor y la inquietud de la lucha. Yo le veía a menudo y conversaba largamente con él. Mi artículo sobre Alejandro Block lo entusiasmó vivamente. Recuerdo emocionado el tono hiperbólico con que me lo encareció delante de César García Pons, uno de sus amigos más solícitos y asiduos.

Aquellos días en la Quinta de Dependientes fueron decisivos para su vida. Fué allí donde su espíritu revolucionario maduró en el aislamiento propicio y de un salto impar cayó en la otra orilla, donde la existencia del hombre era otra vez “milicia sobre la tierra”. Pero ahora más que nunca. Ahora era la “lucha final” por traer el paraíso a un mundo donde había, colmándolo, un “dolor que iba desde la mañana hasta la noche, en primavera, verano, otoño e invierno”. Ese mundo sufría de esclavitud y de oprobio, sufría hambre y miseria, sufría una injusticia profunda que engendraba el odio y la guerra. Había un solo camino y un solo deber: virar ese mundo al revés y abrirle a los hombres todos, con el pan conquistado, las perspectivas inagotables del cultivo interior y del dominio de la naturaleza. Y para lograrlo era ineludible dejar de ser uno, diluirse en la masa, confundirse con ella, interpretar sus anhelos, servir sus intereses, vivir y morir por ella y morir y vivir para ella, para esa caríatide que siendo raíz de la historia “ha cargado sobre su cuello toda la historia dorada de los otros”.

Desde su cama de enfermo, Rubén miró en torno suyo y examinó su vida pasada. No tuvo una vacilación ni una duda: como Barbusse él había visto “un resplandor en el abismo”. Y como Barbusse se dirigió gozosamente a su encuentro. Todo lo dejaría para acelerar, con su sacrificio, el advenimiento de la nueva vida. Se había hallado al fin a sí mismo: “servir en silencio y desde abajo”. El “cambio” decisivo en su destino, que todo su ser implorara diez años atrás, se había producido. La “fuerza concentrada, colérica y expectante”, que reclamaba una “función oscura y formidable” había

encontrado objeto y sentido: Rubén Martínez Villena ingresó en el Partido Comunista de Cuba. La “semilla en un surco de mármol” devenía semilla en un surco de fuego.

Rubén me dijo un día: “No haré un verso más como esos que he hecho hasta ahora. No necesito hacerlo, ¿para qué? Ya yo no siento mi tragedia personal. Yo ahora no me pertenezco. Yo ahora soy de ellos y de mi partido”...

El domingo siguiente, y en el suplemento literario del “Diario de la Marina” a cargo entonces de José Antonio Fernández de Castro, apareció casi toda su obra poética conocida y una semblanza crítica mía. Rubén me recibió aquella noche alegremente enojado por mi travesura. Me colmó de elogios innmerecidos, me reiteró, no ya su propósito de no hacer un verso más como aquellos, sino que jamás recogería su producción en libro. Y si algún día se decidiera a hacerlo —perspectiva remota— le pondría como subtítulo “Poemas del otro yo”.

Pero no sospechaba Rubén el “rollo” que iba a armar la travesura de marras. Fernández de Castro fué el factor determinante. De él fué la idea, lanzada públicamente, de iniciar una colecta pública a fin de publicar sus versos maravillosos como un homenaje al poeta y como una manera indirecta de restituirle los mil pesos ganados, pero no cobrados, en un certamen literario. La propuesta fué ardientemente acogida en el gremio letrado. Núñez Olano la hizo suya en uno de sus impecables “Gestos Cotidianos”. Pero no todas las adhesiones y aplausos fueron de buena ley. Jorge Mañach se sumó, primero al proyecto, y luego, en otra glosa, reclamando previamente la exclusividad de la colecta para el gremio de marras, comentó con la peor intensidad el “aspecto literario” del mismo. Desde el título irónicamente discriminatorio —“Elogio de nuestro Rubén”— hasta la última palabra, esta toda llena de “esquinas cautelosas y recodos contradictorios, tal cual una vieja ciudad colonial”.

Rubén Martínez Villena le salió otra vez al paso a Mañach con una carta definitiva. El sentido recóndito de su glosa —medularmente insincera— quedó claramente al desnudo. En este aspecto, la carta de Rubén es una pieza antológica. Yo prefiero, sin embargo, transcribir la parte que Rubén denomina “rectificación necesaria” y que es el nervio central de la misma:

*No habrá tal homenaje, no habrá tal libro —replicó bizarramente Rubén— De modo explícito, terminante y sincero rechazo lo uno y lo otro. No puedo admitir el disparate (aunque muy cariñoso) de mi libro de versos publicado por suscripción popular. ¿Qué es eso? Si yo hubiera escrito un libro —no en versos pulidos sino en números poco poéticos y en ásperas verdades— demostrando la absorción de nuestra tierra por el capitalismo estadounidense, o las condiciones míseras de la vida del asalariado en Cuba,*

*quizás aceptaría y hasta pidiera que se editara por suscripción popular. En cuanto a la cotización dentro del “gremio”, como bondadosamente llamas al conjunto de los escritores, aparte de que no le daría al proyecto “dignidad” alguna, como crees, estoy, si cabe, más decidido a no admitirla.*

*Ya no soy poeta (aunque he escrito versos). No me tengas por tal, y por ende, no pertenezco al “gremio de marras”. Yo destrozó mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido: me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores interesa la justicia social.*

Cogido de nuevo en el brinco, Mañach reaccionó burdamente, haciéndose pasar por un “ser indefenso y humilde”, franciscano casi, y achacando innoblemente la actitud beligerante y sarcástica de Rubén a un amoscamiento de su vanidad literaria, “hambrienta de superlativos”. Por su parte, Rubén dio por concluido el asunto en una segunda carta tan formidable como la anterior y en la que Mañach no salió mejor parado de sus banderillazos de fuego. La publicación de su obra poética quedó así frustrada por el propio Rubén.

La mayoría de los escritores y toda la juventud revolucionaria estuvieron junto a Rubén en esta sonada polémica. Pero ni aquéllos, ni ésta, compartieron su sincero desdén por sus versos. Esos versos quedarán, con luz propia y eterna, en la historia literaria de nuestro país. Por eso, se recogen hoy y se publican como suyos, sin subtítulos aclaradores, como un homenaje ferviente y debido a su genio lírico. Los últimos que realmente escribiera, ya que no pueden estimarse tales algunas estrofillas de carácter social que viven anónimamente en las masas, fueron para festejar las nupcias azules y alegres de Pablo de la Torriente Brau y de Teté Casuso. Poeta, sin embargo, no dejó de serlo nunca. Poeta nació y poeta morirá. Toda su vida no es más que un emocionante torbellino, un poema rico de sentido humano, de superior calidad trágica.

La estancia en la Quinta mejoró notablemente a Rubén: los colores le volvieron al rostro, engruesó, su lesión tuberculosa entró en proceso de cicatrización. Pero aquel insólito refloramiento vital no cabía ya en un cuarto de enfermo. Y no encontrando otra válvula de escape a su energía contenida, se dió escribir una interpretación marxista del momento cubano, que nunca terminaría. Redactó, asimismo, una entusiasmada semblanza crítica de Regino Pedroso, saludando en él la aparición del poeta proletario.

Transcribo, como muestra, los párrafos que siguen:

*Versos preciosistas. Leyendas fastuosas... Es el consuelo del narcótico; es el suave idear sin más consecuencia que la decepción a la vuelta del ensueño.*

*Mas ¿por qué no hacer goce —gozoso deber— el presente terrible? El poeta clama su “oración inútil”. Y ello será broche que cierra una etapa*

*cumplida. ¡Fuera la lima y el buril del miniaturista! Una aurora cierta despunta victoriosa. Y la nueva rebeldía supone no ya la liberadora fuga al país ideal, sino la lucha de hoy en el terreno árido de la realidad inevitable. Es la revelación de un nuevo aspecto lírico en la evolución poética de Regino Pedroso. A él se deben la “Salutación Fraternal al Taller Mecánico” y “Los Conquistadores”.*

*El poeta obrero, descubre, como en el mito de Anteo, una fuerza inagotable que proviene de su origen y se mantiene y se renueva con el contacto. Y a golpe de martillo puede forjarse el verso que cante su tragedia, tal cual es, sin evasión consoladora y sin descanso; pero tremante de una “inmensa esperanza”. Manos invisibles separan la niebla que cubren los ojos llenos de visiones y una aguda clarinada rompe en la noche del alma un himno nuevo. Gana el verso, entonces, en sinceridad y en fuerza, lo que pierde en voluptuoso movimiento; y es así como, a nuestro ver, Regino Pedroso, artista de florentino refinamiento, narrador de bellas fantasías y amante como un primitivo de los símbolos, las supersticiones y las gemas, entrega hoy a su instrumento, ya sin secretos para el panida, su angustia de hombre de la época, el ritmo de su trabajo de herrero y la sorda cólera y vidente esperanza de su clase, hasta la cual llega hoy el llamado de la fatalidad histórica.*

Poco tiempo después, y desoyendo las advertencias del médico, Rubén abandonó la Quinta de Dependientes. Seis meses más encamado y acaso se habría curado definitivamente. Pero su afán de servicio, su generosidad militante enervaban en él todo instinto de conservación. Volvió a la lucha. Volvió al sindicato. Organizó y predicó. Llevó su palabra agresiva y consoladora a todos los talleres y a todas las fábricas. Vertebró voluntades afines, soldó antagonismos. Fue abogado de los perseguidos y fiscal del imperialismo. En un minuto de tregua, redactó un amplio y documentado trabajo —verdadera tesis marxista— sobre las posibilidades de sumar al movimiento sindical revolucionario a los obreros azucareros, del transporte y tabacaleros. En otro minuto se casó con Asela Jiménez, para, sin dejar de amarla con amor exclusivo, darse más aún a la brega absorbente y tremenda compartida con abnegación ejemplar por aquélla, desdoblada ya hasta su muerte en esposa y camarada de lucha. El Partido Comunista lo llevó a su Comité Central en premio a su abnegación, lealtad y coraje.

Era aquella una pugna fiera y hermosa, erizada de riesgos y dificultades. La persecución y el terror arreciaban por momentos. El aparato represivo funcionaba con precisión siniestra. Cada mañana un nuevo nombre ignorado iba a acrecer el martirologio fecundo del proletariado cubano. Los escopeteros de la tiranía no respetaban ya hora ni lugar. Ocurrieron hechos crispantes. Un

día apareció en el vientre de un tiburón, pescado en la bahía de La Habana, el brazo de un hombre, que, identificado por su esposa, resultó ser de Claudio Bruzón, detenido la tarde anterior con Noske Yalob y el estudiante Manuel Cotoño Valdés. El cadáver de Yalob fué encontrado poco tiempo después en los arrecifes del Morro amarrado a un lingote de hierro. Pero ya Rubén lo había dicho: “aumenta en el peligro la obligación sagrada”. El gobierno concentró sobre él una vigilancia acosadora y severa. No se le perdía pie ni pisada. Semanas más tarde, y en ocasión de ir a indagar, como abogado que era de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y de la Federación Obrera de La Habana, entonces unidas, la situación de varios huelguistas apaleados y presos, fué detenido en Jaruco.

¿Dónde estaban entonces los que lo insultaron cobardemente desde las páginas anónimas de “Denuncia”? ¿Qué hacían entonces los “revolucionarios” intervencionistas y reaccionarios que se honraron en atacarlo? ¿No había ya Machado acumulado suficientes crímenes y horrores para ponerse enfrente?

El 19 de enero de 1929 fué cobardemente asesinado en Ciudad México por agentes de Machado, Julio Antonio Mella. Rubén recibió una sacudida entrañable. La prensa desfiguró miserablemente el móvil político del crimen atribuyéndolo a cuestiones de faldas. En aquel coro de voces inmundas, sólo se alzó, denunciando el repulsivo atentado, un manifiesto, redactado por el propio Rubén, de los antiguos profesores de la Universidad Popular “José Martí”. Eran los firmantes, además de Rubén, que lo encabezaba, Aureliano Sánchez Arango, Gustavo Aldereguía, Sarah Pascual y yo.

Al revés de lo que presumieron sus enemigos, el proletariado convirtió su duelo en coraje, afilando su ataque, reorganizando su aparato sindical destruido, profundizando su lucha, elevándola hacia planos superiores, hacia una huelga de masas contra el régimen colonial y sus crímenes. Rubén Martínez Villena puso en la consecución de ese objetivo lo mejor de sus energías y toda su extraordinaria capacidad organizativa.

Rubén se metió, alentado y seguido por Asela Jiménez, en el subsuelo de las organizaciones trabajando día y noche. Fue una faena de meses y meses de oscura y fatigosa labor en la que dejó su salud para siempre. Rara vez se le veía por la calle. Sus amigos, al margen del problema que lo absorbía, no acertaban a entender su actitud. Empero, lo seguían queriendo, acaso por eso mismo, con mayor intensidad. Y él no era remiso al abrazo afectuoso cuando se los tropezaba por ahí. Era otro Rubén sin dejar de ser el mismo. Sólo que su cara empalidecía y afilaba y la tos pertinaz cortaba su palabra nerviosa y clara. La muerte iba, lentamente, sin resistencia casi, conquistando posiciones estratégicas.



Pero inútil la advertencia angustiada de Gustavo Aldereguía. Vano el consejo y la súplica de sus allegados. Él se había propuesto la realización de un objetivo y la lograría a costa de todo, aún de sí mismo.

Así fué. El 19 de marzo de 1930, en pleno apogeo del terror machadista, se lanzó la consigna de huelga general política a partir de esa noche a las doce. Esa propia noche se verificó un gran mitin de masas en el Centro Obrero. Había un lleno desbordante, no obstante el férreo cordón policiaco montado en la puerta. Allí estaban todos los amigos íntimos de Rubén. Allí estaba, visiblemente preocupado, el Dr. Luciano Martínez. A eso de las nueve apareció de repente Rubén entre un escudo de brazos fornidos. Saludó a sus amigos, saludó a su padre. Y, al éste insinuarle el gravísimo peligro que estaba corriendo, le respondió veloz con esta frase única, mientras apuntaba una leve sonrisa en sus labios ya exangües, comidos por un mal terrible: “Yo no soy capitán Araña”...

El mitin dio comienzo y Rubén escaló la tribuna. Su figura pálida y vibrante, iluminada y consumida por una fiebre de 39 grados, concentró la mirada anhelante de todos. Esa noche yo tuve la oportunidad de oír la más formidable arenga revolucionaria de toda su vida repleta de arengas. Recuerdo sus primeras palabras, que levantaron un tumulto de aplausos: “Decían que no habría huelga y hay huelga. Decían que yo no hablaría, y estoy hablando”...

El mitin culminó en un vocerío de mar en tormenta. La policía penetró en el local repartiendo “goma” a diestro y siniestro. Rubén logró evadirse disfrazado de chofer, escapando milagrosamente indemne de la cinematográfica y feroz persecución de que fue objeto por una jauría de matones a sueldo.

La huelga del 20 de marzo de 1930 ha pasado a la historia de la lucha de clases en Cuba con relieve específico. Duró veinticuatro horas, no obstante la soberbia declaración de Machado de no tolerarlas más de un cuarto de hora. El Partido Comunista se cubrió de gloria. Pero Rubén Martínez Villena fue condenado a muerte. Machado circuló su nombre a todos los puestos militares de la Isla. Y, como Mella en 1925, se vio obligado a salir del país el 1º de abril de 1930 e instalarse provisionalmente en New York.

Las esquinas de Harlem y el Centro Obrero de habla española, supieron muy pronto de aquella llamarada sonora. Día tras día, fustigó y denunció, calcinado de fiebre y entre golpes de tos, la situación imperante en Cuba. En esa campaña oratoria, fueron compañeros suyos Leonardo Fernández Sánchez, Porfirio Pendás, Carlos Martínez, Felipe González, Manuel Guillot, Aureliano Sánchez Arango y el inolvidable Gabriel Barceló. Junto a él, sin dejarlo un minuto, sofrenando estoicamente su angustia de esposa en ara de



la causa revolucionaria, estuvo siempre Asela Jiménez. Pero ya era tanta su tos y tan alta y constante la fiebre que hubo necesidad de imponerle reposo y silencio, ya que él no parecía percatarse de ello. Ni una ni otra cedieron. Y en vista de su gravedad progresiva fue, en compañía de Sánchez Arango, a verse con un médico. Este lo reconoció atentamente y al juzgarlo mortalmente enfermo, sin posibilidad de recobramiento inmediato, optó por ocultarle su verdadero estado y le dio, entre frases alentadoras y alguna palmadita en el hombro, un tubito con píldoras. Ya en la calle, Rubén le dijo a Aureliano, mientras arrojaba despectivamente el tubito: “Si se creará ese imbécil que no sé lo que tengo”.

Cuando llegó esa tarde a su cuarto, estuvo a punto de perder el conocimiento, tan débil se hallaba. Su enfermedad entró en una crisis aguda, agravada por la crudeza del clima y la escasez de medios. Fue entonces que se decidió enviarlo a Rusia, a un sanatorio del Cáucaso, como supremo recurso, llevando por propia determinación, no obstante su estado, la representación de C.N.O.C. al congreso de la I.S.R. próximo a celebrarse.

Apenas llegado a Moscú, creyó contadas sus horas, tan espantosamente mal se sentía. De ese instante supremo es esta carta de despedida a su esposa, cuyo texto en su casi totalidad reproduzco. Yo repito ahora mi comentario de otra ocasión: es una clarinada más que un adiós y en ella vive, con eterna palpitación el espíritu impar de Rubén Martínez Villena, como podrá constatarase enseguida:

*En Moscú, septiembre 17 de 1930*

*Asela, compañera mía, mi amada: Tienes que ser muy fuerte: es necesario y yo te lo pido. Acaso te escriba muy pocas veces más; acaso esta sea mi última carta. Me he agravado aquí de tal modo, que tengo la convicción de que no hay remedio para mí. Ni siquiera creo iré a algún sanatorio, sino que moriré aquí en Moscú. Figúrate: el 8, después de muchos días de fiebre (salvo dos), en el Hotel, y en un estado de debilidad espantosa, fui a la Sec. Lat. Am. del Comintern, acompañado por Ramírez para tratar al fin de nuestro P. y del caso F. Cuando acabé de informar y pedir para los dos asuntos, estaba hacía rato con un dolor terrible sobre la región apendicular que me llegaba hasta la espalda.*

*Tuve que suplicar suspendieran la sesión por algún tiempo para ver si se me aliviaba: fue peor el dolor y de allí J. y S. me llevaron al hospital del Kremlin. Vino el médico, reconocimiento, etc., diagnóstico: apendicitis y quizás hubiera que operar el mismo día. Por lo tanto, inyección de morfina*

*con cafeína y traslado inmediato en ambulancia a un hospital quirúrgico. En ese hospital, en que estoy todavía, me hicieron nuevo reconocimiento y diagnosticaron cólico renal derecho. Me pusieron bolsas de agua caliente y por la noche otra inyección de morfina. Al día siguiente desperté sin dolor y el cólico no me ha vuelto; pero aquí en una radiografía pulmonar que me han hecho han encontrado muy mal mi pulmón derecho, y algo afectado también el izquierdo. Mi debilidad general es espantosa; he tenido fiebres altas, llegando un día hasta 39,4. Ayer y hoy (hasta ahora) he tenido muy poca temperatura, y estaba contento con eso, pero desde hace días no me siento bien del vientre y hoy he empezado a echar flemas y sangre! Es decir, tengo la seguridad de que mi tuberculosis se ha extendido al intestino. Claro, que eso significa la muerte.*

*Naturalmente que creo no iré al Cáucaso, sino que lo lógico es que muera aquí mismo. Durante toda mi vida he tenido oportunidad de curarme y no la he aprovechado y ahora que quiero —es decir, quería— curarme, no tengo oportunidad.*

*Chela de mi vida: no puedo escribir mucho porque me canso. Tú le dirás a mis tres hermanos que les mando un beso y un abrazo. También a mi padre. Y debes dar mis recuerdos a tu familia, que ha sido, toda, tan buena para mí. Encárgale a Judith un abrazo a Pepe y un beso para el sobrino.*

*Dile a los compañeros, Chela mía, que mi último dolor no es el dejar la vida, sino el dejarla de modo tan inútil para la Revolución y el Partido. ¡Cuánta envidia siento por mi situación de los últimos días de marzo! ¡Qué bueno, qué dulce debe ser morir asesinado por la burguesía! Se sufre menos, se acaba más pronto, se es útil a la agitación revolucionaria!*

*Chela: ¿Qué decirte a ti mía? Tengo tantas cosas que agradecerte. Si te hubiera hecho caso, también podría agradecerte la vida. Te agradezco en parte la que tuve hasta New York. Dile a nuestro hermano el Chico, que lo he querido y lo quiero como él a mí; él siempre ha sospechado que no lo quiero mucho. (¿Qué será de todos ellos, qué será de mis hermanos presos?) Tengo el consuelo de haberte ayudado a dar un contenido tan grande a la vida, que él mismo te resguardará del dolor de mi pérdida. ¡Hay que estudiar, hay que combatir alegremente por la Revolución, pase lo que pase, caiga el que caiga! ¡No lágrimas! ¡A la lucha! Cuida tu salud y estudia. Tu carta de fecha 21, tan vibrante de noticias, espejo de la lucha formidable de allá, tan llena de vida, me ha dado alientos para lo que vendrá. Estoy conforme. Adiós...o quizás todavía hasta otra,*

RUBÉN

Superada la crisis y en cuanto se repuso un poco, Rubén fue trasladado al sanatorio de Tullsbunk, en el Cáucaso.

El reposo, la atención esmerada, la buena alimentación, los aires purísimos del lugar y sobre todo su inquebrantable voluntad de vivir, operaron favorablemente sobre su deteriorado organismo. Pero su inquietud entrañable vuela a diario sobre la isla lejana que sabe en formidable palingenesia. De una carta de entonces a su hermana Judith son estos párrafos, que denotan su tedio y su afán de pelea:

*Aquí estoy haciendo la vida monótona del sanatorio, mucho más aburrida aún que la de la Quinta de Dependientes, pues allí iban a verme los amigos y compañeros, ustedes mismos y Asela; aquí he hecho buena amistad con algunos enfermos, pero, naturalmente, muchos no están ligados a mí más que por la coincidencia en este sitio. El lugar es muy bueno, con un gran clima, y el paisaje es magnífico. En realidad estoy estupendamente instalado y tratado. Aquí permaneceré... no sé todavía cuánto tiempo. Acaso hasta el mes de febrero o marzo, en cuyo último mes hará ya un año de mi salida de Cuba.*

*Tú, Chona, debes no dar muchas clases orales; recuerda tus padecimientos de la garganta: yo sé lo que son las clases orales, como agotan y cansan, especialmente la garganta. Últimamente ha descubierto un médico que tengo “amigdalitis hipertrófica”: acaso sea de lo mucho que he hablado en mi vida. Pero todavía tengo esperanzas de hablar más. Y de volver allá para seguir la lucha!*

Volver a Cuba, seguir la lucha, vivir la vida peligrosamente, conforme al precepto de Nietzsche, es la obsesión que alucina su sueño y atormenta su insomnio.

Ya en enero de 1931 puede hablar de su notable, casi milagrosa, mejoría y de sus progresos en el conocimiento del ruso. “Ya chapurreo lo fundamental”, escribe. Pero aquella existencia monótona y quieta le va resultando imposible. “La vida aquí —comenta— es tan aburrida como un paseo de carnaval”.

En abril del propio año, se le permitió trasladarse a Moscú bajo condiciones determinadas: su inobservancia puede costar una recaída y una recaída significaba la muerte. Los primeros días siguió fielmente las instrucciones del médico. Después las fue cumpliendo a capricho hasta dejarlas por completo a un lado. No tenía tiempo que perder en sí mismo: él tenía que capitalizar en favor del proletariado cubano aquella estancia suya en la U.R.S.S. Se dio así al estudio afanoso de aquel trascendental experimento. Visitó usinas y fábricas, cuarteles y escuelas, museos y cárceles. Siguió con desbordante apasionamiento la construcción victoriosa del socialismo.

Sus cartas entonces revelan su alborozo y su asombro. Los artículos que a la sazón escribiera para distintas publicaciones revolucionarias rebosan su fe inquebrantable en el comunismo y su decisión religiosa de servirlo hasta el último aliento. Pero anheloso de ligarse a la lucha de manera práctica se puso a trabajar en la Sección Latino-Americana del Comintern. Eso significaba, asimismo, conectarse de cierto modo al problema cubano, que era su pensamiento central. Este dispendio sin tasa, comiendo a deshora y mal y durmiendo apenas, quebrantó de nuevo su salud en precario, sin que Rubén quisiera darse por aludido. Volvieron a reproducirse los síntomas inequívocos de su dolencia. El otoño lo sorprendió con un fuerte catarro. Y vino la recaída. El sanatorio del Cáucaso volvió a ser su refugio. Pero ya sin la efectividad de antes: ahora tenía un pulmón completamente perdido y el otro delicadamente dañado. Si no empeoraba, tampoco acusaba mejoría alguna apreciable: se mantenía por la sobrealimentación y el reposo.

En esos días dolorosos y fríos, en los que él tuvo la visión meridiana de su próximo fin, recibió una carta de su hermana Judith, temblorosa de recuerdos lejanos, de su infancia perfumada e ingenua y en lo hondo de su pecho jadeante hubo como un refloreamiento de ternura que aguló su mirada.

*La cuestión —le contesta— es conservar siempre un pedacito interior de niñez; mientras eso exista podemos estar seguros de que aún podemos mejorarnos (ser más comprensivos, aprender cosas nuevas, ser capaces de generosidad) y así podemos alegremente acercarnos a la vejez, mientras algo no sólo, permanece joven, sino que está caminando hacia la juventud dentro de nosotros. ¿Sientes tú eso, no es verdad? Yo también, pero es cierto que se me pasa mucho tiempo sin que me dé cuenta de que existe ese pedacito de infancia en mi interior (el cual se parece ya mucho a una máquina dura, inflexible, fría), mientras él está allá, en un rincón, como un juguetito frágil perdido bajo un montón de tarecos sucios, feos, viejos.*

Las noticias de Cuba son cada vez más alentadoras. El movimiento revolucionario estaba en alza creciente. Pero las organizaciones obreras sufrían una crisis profunda de elementos capaces de acoplarlas correctamente al ritmo vertiginoso de los acontecimientos: la mayoría de sus dirigentes habían muerto o estaban inutilizados en las cárceles. Rubén Martínez Villena decidió entonces, por sí mismo, su inmediato regreso. Solicitó una entrevista con el director del sanatorio. Y reclamó del mismo su “alta” a virtud de ser absolutamente necesaria su presencia en Cuba. Fueron inútiles los razonamientos del médico. “Yo sé que no tengo cura y quiero darle mis últimas energías a la clase obrera y al Partido Comunista”, replicó despidiéndose.

Rubén arribó a New York, animoso y tosiendo, con un pulmón de menos y el otro ya casi destrozado, una mañana brumosa de marzo. No hizo más que pisar tierra y ya estaba sobre una tribuna de la Liga Antiimperialista con el seudónimo de Méndez Valina. Y mientras preparaba sigilosamente su regreso a Cuba multiplicó sus panfletos y colaboraciones en las revistas y periódicos revolucionarios. Fue entonces que Rubén hizo un análisis detenido y profundo de las luchas interimperialistas en Cuba, que es quizás su trabajo revolucionario de mayor envergadura y aliento y, seguramente, el único escrito entre nosotros sobre tan fundamental aspecto de la realidad cubana. Fue entonces, asimismo, que redactó ese documento político maravilloso de penetración y agresividad, que es la crítica del Manifiesto-Programa del ABC, en la que, al propio tiempo que denuncia el contenido reaccionario de este, precisa el sentido histórico de la transformación de la secta terrorista en partido político fascistizante.

Este formidable trabajo —cuyo análisis detallado llevaría un espacio de que no dispongo— suscitó un cisco tremendo. El órgano oficial de la dictadura machadista, el “Heraldo de Cuba”, aprovechándose del ataque despiadado de Rubén a la dirección abecedario, reprodujo, previa adulteración insidiosa de su verdadero sentido, los aspectos que mejor convenían a sus intereses políticos.

Rubén Martínez Villena se desapareció un día de New York para reaparecer a la semana siguiente en La Habana, el 19 de mayo de 1933, en plena lucha revolucionaria por sus ideales. Desde las páginas anónimas de “Denuncia” se pretendió enlodar su prestigio revolucionario: detrás del chorro de cieno se ocultaba la pluma malévola y resentida de Jorge Mañach. Pero ya él estaba allí para reafirmar ese prestigio con su ejemplo, largando el resto con abnegación imponente, en duelo cerrado y abierto contra Machado y el imperialismo, como había febrilmente anhelado en sus noches interminables de enfermo. Por eso, le fue fácil silenciar a sus ocultos detractores con un tapabocas dialéctico que tituló “La aventura del artículo de un comunista y sus enseñanzas”.

*Nuestros enemigos —concluía Rubén— responden a la espada con la bola de fango y el fango mismo es tan inconsistente que, lejos de alcanzarnos, queda adherido a las manos de nuestros adversarios. El miedo y la sorpresa ante los golpes que el comunismo asesta a todos los “teóricos” de la “salvación del pueblo”, el pánico a que las ideas y opiniones de los comunistas arraiguen en las masas, confunde a nuestros enemigos, los enloquece y les obliga a dar los más grotescos pasos en falso, desde apoderarse de nuestros escritos para adulterarlos y usarlos a su antojo, como ha hecho el gobierno*

*en este caso, hasta sembrar la mudez ideológica, rota sólo por el “aullido de odio”, como ha ocurrido entre los elementos dirigentes del ABC.*

Pero ya Rubén estaba materialmente extenuado. No pasó mucho tiempo sin que tuviera necesidad imperiosa, no obstante su voluntad indomable, de hospitalizarse otra vez. Gustavo Aldereguía lo empezó a tratar. Era ya, sin duda, un caso perdido. Sin embargo, él creía que acaso una toracoplastia podría por lo menos dilatar su muerte.

Yo lo fui a ver entonces. Cuando caí conmovido en sus brazos me pareció que abrazaba una sombra, una sombra afilada, una sombra que irradiaba rayos solares. Era el Rubén que yo había conocido y era otro. En su rostro lívido de ángulos ya inverosímiles llevaba impresa la huella candante de la brega trituradora. Ni una palabra, sin embargo, de sí mismo. Toda la conversación se desarrolló alrededor del momento político. Esperaba sólo sentirse mejor para reintegrarse a los suyos. Admira la resistencia y el temple de este hombre que de su propio vencimiento, extraía fuerzas para seguir combatiendo. Y más admirable aún aquel olvido suyo de sí mismo, aquella lúcida autoextirpación de su intimidad y de sus sufrimientos. Varias semanas después supe, por el propio Aldereguía, que Rubén se había fugado de la clínica cuando lo preparaba precisamente para la operación.

El proceso mediatorio, entre tanto, llegaba a su ápice. El proletariado y las capas más avanzadas y maduras de la población se sublevaron contra aquel secuestro virtual de la revolución cubana por las fuerzas sustantivamente enemigas de su mejoramiento y liberación. Estalló la huelga general de agosto. Rubén Martínez Villena fue su conductor y su héroe. Desde su cuartico humilde, sobre una cama revuelta, perseguido de cerca por los esbirros del machadato y los pistoleros de la ABC, sofocado y febril, moribundo a momentos, él dirigió con mente lúcida y voluntad de acero el formidable movimiento. Pero sus propósitos se vieron frustrados al cabo, al ser este torcido y controlado por los sectores reaccionarios mediante un cuartelazo imperialista. Rubén denunció el verdadero sentido de la maniobra desde las páginas de “El Trabajador”.

Surgió entonces, veintiocho días después de la fuga criminal de Machado, el golpe del 4 de septiembre, que determinó de momento, una modificación apreciable en la correlación objetiva de las fuerzas sociales. Los acontecimientos tomaron un ritmo desorbitado. El país fue sacudido por una oleada de grandes huelgas. Cuba tuvo su primer intento de soviet en Mabay.

En medio de aquella agitación tempestuosa, llegaron de México, traídos por Juan Marinello y otros revolucionarios cubanos y mexicanos, las cenizas de Mella, aún insepultas. Esa mañana, y desde el balcón de la Liga

Antiimperialista, en Reina y Escobar, Rubén dirigió por última vez su palabra a las masas. Habló poco y apenas fue oído: la enfermedad le había estrangulado la voz. Pero algunos le oímos, los que estábamos más cerca de él y guardamos sus palabras, sus últimas palabras públicas, como tesoro preciado:

*Camaradas: Aquí está, sí, pero no en ese montón de cenizas sino en este formidable despliegue de fuerzas. Estamos aquí para tributar el homenaje merecido a Julio Antonio Mella, inolvidable para nosotros, que entregó su juventud, su inteligencia, todo su esfuerzo y todo el esplendor de su vida a la causa de los pobres del mundo, de los explotados, de los humillados... Pero no estamos sólo aquí para rendir ese tributo a sus merecimientos excepcionales. Estamos aquí, sobre todo, porque tenemos el deber de imitarlo, de seguir sus impulsos, de vibrar al calor de su generoso corazón revolucionario. Para eso estamos aquí, camaradas, para rendirle de esa manera a Mella el único homenaje que le hubiera sido grato: el de hacer buena su caída por la redención de los oprimidos con nuestro propósito de caer también si fuera necesario...*

Todavía tuvo Rubén energías, no obstante ya estar más muerto que vivo, para echar las bases del trabajo organizativo del Cuarto Congreso Obrero de Unidad Sindical. Y ya sin otra ilusión que salir cadáver de él, ingresó en el sanatorio “La Esperanza”. Desde allí siguió alentando y dirigiendo, empero los esfuerzos denodados de Aldereguía por reducirlo al reposo absoluto, por aislarlo de todo contacto con la calle. Él ha confesado como le asaltó, muchas noches, el temor de que se le hubiera escapado de su cuarto para “ir a la asamblea, a la propaganda, a la muerte”.

## VI

Se apagó súbitamente, como una “llama al viento”. Era enero y la noche clara y fría y él estaba solo y semidormido por el alcañoide piadoso. Unas horas antes Gustavo Aldereguía había auscultado en su pecho jadeante la presencia invisible de la muerte. Él lo ha contado con palabra trémula: “La lluvia de estertores que minaba sus pulmones me caló hasta la médula”. Pero al comunicarle Aldereguía la culminación victoriosa del Cuarto Congreso Obrero de Unidad Sindical, que era obra suya y él había presidido en espíritu, sus ojos relampaguearon de gozo y respiró mejor. Cuando volvió junto a él —ante el llamado angustioso del médico de guardia— lo encontró ya muerto, con “la cabeza en hiper-extensión, buscando aire en el aire afilado, sin un rictus amargo, sin una contracción”.



De la ciudad lejana y estremecida por los embates sangrientos entre lo viejo y lo nuevo —entre lo que se va y lo que viene— ascendía en ritmo creciente un rumor de marea, como si la muchedumbre que él había puesto en marcha se dispusiera, de una vez, a conquistar el futuro. En lo alto, lloraban conmovidos los luceros.

La mañana trajo a la urbe, con el oro jubiloso del sol, la aciaga nueva. Yo estuve allí junto a él, ya inerte, en silencio, el ambiente cuajado en llanto inconsolable, resultaba incomprensible verlo tranquilo, callado, inmóvil. Por un segundo todo aquello adquirió para mí la realidad de una pesadilla. Pero no. Allí estaba él, tendido a lo largo, envuelto en una sábana nítida, con un puñado de flores rojas junto a la cabeza vacía ya de inquietud, junto a la cabeza que “sólo se inclinó ante los libros”. Incrédulo aún, quise espiar su mirada, aquellos ojos suyos cargados de auroras. Y a pesar de mi anhelo y del dolor profundo, terrible, de su hermana Judith, siguieron sin lumbre, cerrados, perpetuamente cerrados. La tibia bruma que empañó los míos me devolvió a la tragedia, a la certidumbre indubitable de lo que yo me resistía a creer. Rubén había muerto. Aquel día “La Esperanza” vio salir por su pórtico, definitivamente rota, la esperanza más alta y más noble de la juventud cubana.

Fue tendido en el Salón de Actos de la Sociedad de Torcedores. Ni “anécdotas llenas de perversión”, ni “tazas de chocolate”. Grandes masas silenciosas de obreros y guajiros desfilaron durante toda esa noche junto a su ataúd, montándole guardia de honor puño en alto. Muchos de aquellos hombres humildes —en cuyo pecho él vivía sin saberlo— se inclinaban temblorosos sobre el cristal como queriendo transfundirle con la mirada vida y palabra irreconciliablemente negados a aceptar la realidad inexorable. Allí estuvo Asela Jiménez, la esposa amada con amor exclusivo, la solícita e infatigable compañera de brega. Allí estuvimos sus familiares, compañeros y amigos, congregados junto al “resto de lo que fue su yo”, para constatar una escena totalmente distinta a la que previeron sus versos. Allí estuvimos todos con él menos ella, no la del poema romántico, sino la que no podía estar por su tierna edad, su hijita, Rusela, que algún día llorará por esa noche hermosa y terrible en que ella estuvo en nosotros al no poder estar por sí misma.

Miles de obreros y estudiantes escoltaron a pie su cadáver, envuelto en la roja bandera del Partido Comunista de Cuba. Era el tributo obligado a su juventud arrebatada y generosa, a su sacrificio y a su abnegación, a su vida que había sido hoguera y fontana.

Sobre su tumba llovieron las rosas y la esperanza de un mundo nuevo, limpio de injusticias y fealdades, flameó en los discursos. Los versos de Manuel Navarro Luna revolotearon entre los pinos divinos que cantó el otro Rubén:



*¡Porque hay, tras este grito de nieblas doloridas,  
un sonreír de surcos y un despertar de vidas.  
Y él, que sembró su sangre en rojas sementeras,  
debe esperar que alcen su luz las primaveras!*

No le fue dable caer, como lo anhelara, en la trinchera ni en la emboscada alevosa. Pero había caído en su cama, que era todo, menos eso. En su cama, que, como el sillón de ruedas de José Carlos Mariátegui, quedará como símbolo heroico de lo que es capaz una voluntad tensa al servicio de un ideal.

RAÚL ROA

En el exilio, Tampa, 15 de enero de 1936.

## BIBLIOGRAFÍA

### LIBROS

- Actas de las sesiones plenarias de la Sexta Conferencia Panamericana*, La Habana, 1933.
- AGUILAR, ALONSO: *La crisis del capitalismo*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1979.
- ALMODÓBAR, CARMEN Y OLGA CABRERA (compiladoras). *Las luchas estudiantiles universitarias. 1923-1934*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- ÁLVAREZ ESTÉVEZ, ROLANDO: *Isla de Pinos y el Tratado Hay-Quesada*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- ARAQUISTAÍN, LUIS: *La agonía antillana; el imperialismo yanqui en el Mar Caribe*, Espasa-Calpe, Madrid, 1928.
- BALIÑO, CARLOS: *Documentos*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1964.
- \_\_\_\_\_: *Documentos y artículos*, Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, La Habana, 1976.
- \_\_\_\_\_: *Verdades del socialismo*, Ediciones Sociales, La Habana [1941].
- CABRERA, OLGA: *Antonio Guiterras; su pensamiento revolucionario*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- \_\_\_\_\_: *El movimiento obrero cubano en 1920*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1969.
- CAIRO, ANA: *El Grupo Minorista y su tiempo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.

- \_\_\_\_\_: *El Movimiento de Veteranos y Patriotas (apuntes para un estudio ideológico del año 1923)*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1976.
- CARPENTIER, ALEJO: *Razón de ser*, Universidad Central de Venezuela, Ediciones del Rectorado, Caracas, 1976.
- CEPERO BONILLA, RAÚL: *Azúcar y abolición*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971.
- COMISIÓN NACIONAL CUBANA DE LA UNESCO: *Julio A. Mella; documentos para su vida*, Comisión Nacional de la UNESCO, La Habana, 1964.
- CONSTANTINE, MILDRED: *Tina Modotti, una vida frágil*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979.
- DARÍO, RUBÉN: *Los raros*, Casa Editorial Maucci, Barcelona, 1905.
- DÍEZ CANEDO, ENRIQUE: *Letras de América; estudio sobre las literaturas continentales*, El Colegio de México, México, 1944.
- DOMENECH, FRANCISCO: *Tres vidas y una época*, Ediciones de la revista *Índice*, La Habana, 1940.
- DUMPIERRE, ERASMO: *Julio Antonio Mella; biografía*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, JOSÉ ANTONIO: *Nada más que 1 hombre*, El Siglo XX, La Habana, 1927.
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, JOSÉ ANTONIO Y FÉLIX LIZASO (compiladores): *La poesía moderna en Cuba 1882-1925*, Librería y Casa Editorial Hernando S.A., Madrid, 1926.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO: “Martí en su (tercer) mundo”, en: *Ensayo de otro mundo*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967.
- \_\_\_\_\_: *La poesía contemporánea en Cuba*, Orígenes, La Habana, 1954.
- FIGUERAS, FRANCISCO: *Cuba y su evolución colonial*, Imprenta Avisador Comercial, La Habana, 1907.
- GALBRAITH, JOHN KENNETH: *El crac del 29*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969.
- GONZÁLEZ CARBAJAL, LADISLAO: *El Ala Izquierda Estudiantil y su época*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- GRAMSCI, ANTONIO: *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Editorial Lautaro, Argentina, 1960.
- GUERRA, RAMIRO: *Azúcar y población en las Antillas*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970.
- \_\_\_\_\_: *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, Cultural, La Habana, 1935.
- GUIRAO, RAMÓN: *Bongó; poemas negros*, Editorial Minerva, La Habana, 1934.

- \_\_\_\_\_ (compilador): *Cuentos y leyendas negras de Cuba*, Ediciones Mirador, La Habana [1942].
- \_\_\_\_\_ (compilador): *Órbita de la poesía cubana. 1928-37*, Talleres de Ucar, García, La Habana, 1938.
- \_\_\_\_\_ : *Presencia*, Mendoza, Argentina, 1942.
- HARLOW, V. T.: *A history of Barbados*, At the Clarendon Press, Oxford, 1926.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO: *Ensayos críticos*, Imprenta de E. Fernández, La Habana, 1905.
- HIGHAM, C. S. S.: *The development of the Leewards Islands under Restoration*. Cambridge, 1921.
- INSTITUTO DE HISTORIA DEL MOVIMIENTO COMUNISTA: *El Movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- \_\_\_\_\_ : *Mella; documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- JENKS, LELAND HAMILTON: *Nuestra colonia de Cuba*, Editorial Palestra, Buenos Aires, 1959.
- LENIN, VLADÍMIR ILICH: “Qué hacer”, en: *Obras escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, s/a.
- LE RIVEREND, JULIO: *La República; dependencia y revolución*, Editora Universitaria, La Habana, 1966.
- LÓPEZ, ALFREDO, ANTONIO PENICHER Y PAULINO DIEZ: *Memorias del III Congreso Obrero Nacional*, Taller tipográfico San Nicolás no. 302, La Habana, 1926.
- LÓPEZ SEGRERA, FRANCISCO: *Raíces históricas de la Revolución Cubana*, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, La Habana, 1980.
- MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS: *El artista y la época*, Empresa Editora Amauta, Lima, 1964.
- MARINELLO, JUAN: *Contemporáneos; noticia y memoria*, Universidad Central, Las Villas, 1964.
- \_\_\_\_\_ : *Literatura hispanoamericana; hombres, meditaciones*, Ediciones de la Universidad Nacional de México, México, 1937.
- \_\_\_\_\_ : “Notas sobre la Revista de Avance”, en: *Índice de revistas cubanas*, Hemeroteca e Información de Humanidades, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, t. 2, 1969.
- MARTÍ, JOSÉ: *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- MARTÍNEZ VILLENA, RUBÉN: *Poesía y prosa*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1978.

- \_\_\_\_\_ : *La pupila insomne*, La Habana, 1936.
- \_\_\_\_\_ : *Un nombre; prosa literaria*, La Habana, 1940.
- MAZO, GABRIEL DEL (compilador): *La reforma universitaria. Ensayos críticos*, Edición del Centro de Estudiantes de Ingeniería, La Plata, Argentina, 1941.
- MESA, JOSEFINA (compiladora): *Rubén: antología del pensamiento político*, Dirección Política de las FAR, La Habana, 1976.
- NEARING, SCOTT Y JOSEPH FREEMAN: *La diplomacia del dólar; un estudio acerca del imperialismo norteamericano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO: *Isla de Pinos: piratas, colonizadores, rebeldes*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1976.
- NÚÑEZ MACHÍN, ANA: *Rubén Martínez Villena*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- \_\_\_\_\_ : *Órbita de José Z. Tallet*, UNEAC, La Habana, 1969.
- \_\_\_\_\_ : *Órbita de Regino Pedroso*, UNEAC, La Habana, 1975.
- \_\_\_\_\_ : *Órbita de Rubén Martínez Villena*, UNEAC, La Habana, 1964.
- PEDROSO, REGINO: *Obra poética*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1975.
- PICHARDO, HORTENSIA: *Documentos para la historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, t. 3.
- PORTANTIERO, JUAN CARLOS: *Estudiantes y política en América Latina (1918-1938); el proceso de la reforma universitaria*, Siglo XXI, México, [1978].
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO: *La historia y las generaciones*, Santiago de Cuba, 1958.
- Productor, El* [recopilación de artículos], Biblioteca Nacional José Martí, Departamento de Colección Cubana, La Habana, s/a.
- RIVERO MUÑOZ, JOSÉ: *La lectura en las tabaquerías*, P. Fernández, La Habana, 1951.
- \_\_\_\_\_ : *El movimiento laboral cubano durante el período 1906-1911. Apuntes para la historia del proletariado en Cuba*, Universidad Central, Las Villas, 1962.
- ROA, RAÚL: “Carta a Raúl Maestri”, en: *Bufa subversiva*, Cultural, La Habana, 1935.
- \_\_\_\_\_ : “La actitud política y social de José Ingenieros”, en: *Bufa subversiva*, Cultural, La Habana, 1935.
- \_\_\_\_\_ : “La revolución universitaria de 1923”, en: *Retorno a la alborada*, Universidad Central, Las Villas, 1964, t. 1.
- \_\_\_\_\_ : “Una semilla en un surco de fuego”, en: Rubén Martínez Villena: *La pupila insomne*, La Habana, 1936.

- \_\_\_\_\_ : *La jornada revolucionaria del 30 de septiembre*, Cultural, La Habana, 1934.
- ROCA, BLAS: *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, Ediciones Populares, La Habana, 1960.
- RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL: *Cuba en el tránsito al socialismo. 1959-1963*, Editora Política, La Habana, 1979.
- \_\_\_\_\_ : “La ‘misión Welles’”, en: *La lucha antimperialista en Cuba*, Editora Popular de Cuba y del Caribe, La Habana, 1960, t. 2.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO: *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la isla de Cuba a los Estados Unidos de América*, Imprenta La Propaganda, La Habana, 1900.
- ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO: *El Grupo Minorista de intelectuales y artistas habaneros*, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1961.
- SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE Y MONTORO, ANTONIO: *Ironía y generación, ensayos*, La Habana, 1937.
- SOTO, LIONEL: *La revolución del 33*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.
- SUMNER WELLES, BENJAMÍN: *Time for decision*, London, 1946.
- TABARES DEL REAL, JOSÉ ANTONIO: *Guiteras*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- \_\_\_\_\_ : *La revolución del 30; sus dos últimos años*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- TALLET, JOSÉ ZACARÍAS: *La semilla estéril*, Ministerio de Educación, La Habana, 1951.
- TEJERA, DIEGO VICENTE: *Textos escogidos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981.
- TIBOL, RAQUEL: *Julio Antonio Mella en El Machete; antología parcial de un luchador y su momento histórico*, Fondo de Cultura Popular, México, 1968.
- TORRE, GUILLERMO DE: *Literaturas europeas de vanguardia*, R. Caro Raggio, Madrid, 1925.
- TORRIENTE, COSME DE LA: *Mi misión en Washington*, Imprenta de la Universidad de La Habana, La Habana, 1952.
- TORRIENTE, LOLÓ DE LA: *Mi casa en la tierra*, La Habana, 1956.
- TORRIENTE BRAU, PABLO DE LA: “Mella, Rubén y Machado”, en: *Pluma en ristre*, Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1949.
- VITIER, CINTIO: *Cincuenta años de poesía cubana. 1902-1952*, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, La Habana, 1952.

- \_\_\_\_\_ : *Lo cubano en la poesía*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970.
- \_\_\_\_\_ : *Ese sol del mundo moral; para una historia de la eticidad cubana*, Siglo XXI, México [c 1975].
- VITIER, MEDARDO: *Las ideas en Cuba; proceso del pensamiento político, filosófico y crítico en Cuba, principalmente durante el siglo XIX*, Editorial Trópico, La Habana, 1938.
- WINKLER, MAX: *Investments of United States capitalism in Latin America*, World Peace Foundation Pamphlets, Boston, 1929.
- ZEVADA, RICARDO: *Calles, el presidente*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1977.

## PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- “Acuerdo de la Confederación Nacional Obrera de Cuba por el primer aniversario del asesinato de Mella”, en: *Boletín del Torcedor*, La Habana, 8, 1º de febrero de 1930.
- AGUIRRE, SEVERO: “Apuntes sobre la Liga Juvenil Comunista”, en: *Juventud Rebelde* [suplemento especial], La Habana, 5-8, 12 de diciembre de 1978.
- ALDEREGUÍA, GUSTAVO: “De mis recuerdos”, en: *Bohemia* (La Habana) 55 (33): 68-70, 79, agosto, 1963.
- Ahora* (La Habana) 17 de enero de 1934 y 18 de marzo de 1934.
- Amauta* (Lima) septiembre 1926.
- América Libre* (2) mayo 1927.
- Boletín Oficial de la Confederación de Estudiantes de Cuba*, 4 de septiembre de 1924.
- BOTI, REGINO: “La nueva poesía en Cuba”, en: *Cuba Contemporánea* (La Habana), 15(173): 55-71, mayo-agosto, 1927.
- BRAVO, FLAVIO: “Recuerdos de la Juventud Comunista”, en: *Juventud Rebelde* [suplemento especial], La Habana, 8-11, 12 de diciembre de 1978:
- \_\_\_\_\_ : “58 procesados sin fianza, en la ruidosa causa de los comunistas”, en: *El País* (La Habana): 1, 9 de julio de 1927.
- COLBY, ELBRIDGE: “La controversia sobre la Isla de Pinos”, en: *Revista Bimestre Cubana* (La Habana), 20(1-2): 62-69, enero-abril, 1925.
- “Convocatoria y actas del congreso constituyente del primer Partido Comunista de Cuba (16 y 17 de agosto de 1925)”, en: *El Militante Comunista* (La Habana): 45-46, agosto, 1975.
- COTOÑO, MANUEL: “Tres años de prisiones y de destierro”, en: *Carteles* (La Habana) (14): 27-48, junio, 1931.

- “Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista”, en: *Cuadernos de Pasado y Presente*. (Buenos Aires.) 43 noviembre 1973.
- ¡Cuba Libre! (para los trabajadores). (México.) 1(1) mayo 1928.  
 \_\_\_\_\_: 1(2).
- CRESPO GIRÓN, XIOMARA: “José Carlos Mariátegui”, en: *Bohemia* (La Habana) 65(45): 16-23, noviembre, 1973.
- “Declaración del Grupo Minorista”, en: *Social* (La Habana), 7, junio, 1927.
- “Directrices”, en: *Revista de Avance* (La Habana) 1(7): 153-155 junio 1927.
- FERNÁNDEZ, PABLO ARMANDO: “Esto es todo lo que digo”, en: *Lunes de Revolución* [suplemento de *Revolución*] (La Habana) 18, 23 de enero de 1961.
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, JOSÉ ANTONIO: “Una ignorada aventura patriótica de Rubén Martínez Villena”, en: *Bohemia* (La Habana) 26(12): 18-19, 55, 58, 61, abril, 1934.
- FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, LEONARDO: “Julio Antonio Mella”, en: *Bohemia* (La Habana) 62(24): 98-102, junio, 1970.
- FIGUEROA, ISIDRO: “El compañero Rubén”, en: *Santiago* (Santiago de Cuba) (16): 95-149, diciembre, 1974.
- GROBART, FABIO: “El cincuentenario de la fundación del primer Partido Comunista de Cuba”, en: *El Militante Comunista* (La Habana) 9-44 agosto 1975.
- \_\_\_\_\_: “El movimiento obrero cubano de 1925 a 1933”, en: *Cuba Socialista* (La Habana) 6 (60): 88-119, agosto, 1966.
- \_\_\_\_\_: “La primera organización de los jóvenes comunistas cubanos”, en: *Juventud Rebelde* [suplemento especial] (La Habana) 2-5, 12 de diciembre de 1978.
- \_\_\_\_\_: “Recuerdos sobre Rubén 1934-16 enero-1964”, en: *Hoy* (La Habana): 2, 16 de enero de 1964.
- GUEVARA, ERNESTO: “Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?”, en: *Verde Olivo* (La Habana) 2(14):22-29, abril, 1961.
- GUILLEN, NICOLÁS: “Martínez Villena”, en: *Lunes de Revolución* [suplemento de *Revolución*] (La Habana): 46, 23 de enero de 1951.
- Heraldo, El* (La Habana): 9, 22 de marzo de 1925.
- \_\_\_\_\_: 6, 15 de noviembre de 1924.
- \_\_\_\_\_: 6, 26 de noviembre de 1924.
- Heraldo de Cuba* (La Habana): 9, 19 de marzo de 1923.
- \_\_\_\_\_: 2, 20 de marzo de 1923.
- \_\_\_\_\_: 2, 21 de agosto de 1923.
- \_\_\_\_\_: 1, 1º de septiembre de 1923
- \_\_\_\_\_: 2, 3 de septiembre de 1923.
- \_\_\_\_\_: 19 de septiembre de 1923.
- \_\_\_\_\_: 14, 21 de septiembre de 1923.
- \_\_\_\_\_: 15, 5 de octubre de 1923.



- \_\_\_\_\_ : 1, 15 de octubre de 1923.  
*Juventud* (La Habana) 1(8-9) mayo 1924.
- LAZO, RAIMUNDO: “La teoría de las generaciones y su aplicación al estudio histórico de la literatura cubana”, en: *Revista Universidad de La Habana* (La Habana) (112-114): 40-81, enero-junio, 1954.
- LE RIVEREND, JULIO: “Isla de Pinos: pasado y presente”, en: *Cuba Socialista* (La Habana) 7(66): 97-114, febrero, 1967.
- MAÑACH, JORGE: “A nuestro Rubén, ironista”, en: *El País* (La Habana): 3, 17 de octubre de 1927.
- \_\_\_\_\_ : “Elogio de nuestro Rubén”, en: *El País* (La Habana): 3, 5, 5 de octubre de 1927.
- MARINELLO, JUAN: “El caso espantable de Laguado Jayme”, en: *Bohemia* (La Habana) 69(1): 44-49, enero, 1977.
- \_\_\_\_\_ : “El Manifiesto Antiimperialista”, en: *Granma* (La Habana): 2, 25 de octubre de 1973.
- \_\_\_\_\_ : “Recuerdos de Rubén”, en: *Santiago* (Santiago de Cuba) (16): 43-49, diciembre, 1974.
- MARTÍNEZ VILLENNA, RUBÉN: “A Jorge Mañach”, en: *El País* (La Habana): 3, 6, 19 de octubre de 1927.
- \_\_\_\_\_ : [Carta a Jorge Mañach], en: *Diario de la Marina* (La Habana): 42, 16 de octubre de 1927.
- \_\_\_\_\_ : “En automóvil”, en: *Chic* (La Habana) 11(88): 45-47, diciembre, 1922.
- \_\_\_\_\_ : “¡En guardia...!” en: *El Universal* (La Habana): 8, 28 de noviembre de 1923.
- \_\_\_\_\_ : “Gonfalón”, en: *América Libre* (La Habana) 1 (1), 1º abril, 1927.
- \_\_\_\_\_ : “Motivos de la angustia inmotivada”, en: *Chic* (La Habana) 14(121): 20 septiembre, 1925.
- \_\_\_\_\_ : “El puente y el rosario”, en: *El Universal* (La Habana): 1-2, 10 de octubre de 1923.
- \_\_\_\_\_ : “La Revolución de 1923”, en: *El Universal* (La Habana): 3, 5, 13 de noviembre de 1923.
- \_\_\_\_\_ : “Sentencia de muerte”, en: *El Universal* (La Habana): 3, 7, 17 de diciembre de 1923.
- MATEO, MARISELA: “El ABC, opción reformista burguesa en la política neocolonial cubana”, en: *Anuario de Estudios Cubanos* 2, (La Habana): 329-432.
- MELLA, JULIO ANTONIO: “Ante la farsa electoral”, en: *¡Cuba Libre! (para los trabajadores)* (México) 1(3) noviembre 1928.
- \_\_\_\_\_ : “La Conferencia de La Habana, bancarrota del Panamericanismo”, en: *El Machete* (México) 11 de febrero de 1928.

- \_\_\_\_\_ : “La Conferencia Panamericana es una emboscada contra los pueblos de América Latina”, en: *El Machete* (México), 31 de diciembre de 1927 y 7 de enero de 1928.
- \_\_\_\_\_ : “El Congreso Panamericano”, en: *El Machete* (México), 21 de enero de 1928.
- \_\_\_\_\_ : “Hacia la Internacional Americana”, en: *Venezuela Libre* (La Habana) 4(15): 7, 15 septiembre-diciembre, 1925.
- \_\_\_\_\_ : “Los nuevos libertadores”, en: *Juventud* (La Habana) 2(9): 7, 8, noviembre, 1924.
- \_\_\_\_\_ : “El terror blanco en Cuba”, en: *El Machete* (México), 20 de agosto de 1927.
- \_\_\_\_\_ : “La última farsa de los políticos y patrioterros”, en: *Juventud* (La Habana) 1(8-9): 16-17, mayo, 1924.
- \_\_\_\_\_ : “El mitin antimperialista del Tívoli”, en: *El Machete* (México) 14 de julio de 1928.
- NICOLAU, RAMÓN: “Sobre Rubén Martínez Villena”, en: *Santiago* (Santiago de Cuba) (16): 85-94, diciembre, 1974.
- \_\_\_\_\_ : “Nuestras entrevistas”, en: *El Heraldo* (La Habana): 3, 20 de abril de 1925.
- Nueva Luz* (La Habana), 20 de julio de 1925.
- ORTIZ, FERNANDO: “La Isla de Pinos es y será cubana”, en: *Revista Bimestre Cubana* (La Habana) 19(6): 426-438, noviembre-diciembre, 1924.
- PASCUAL, SARAH: “La fructífera juventud de Julio Antonio Mella”, en: *Bohemia* (La Habana) 55 (33): 20-23, agosto, 1963.
- \_\_\_\_\_ : “Mis recuerdos de Rubén y la Universidad Popular”, en: *Santiago* (Santiago de Cuba) (16): 51-84, diciembre, 1974.
- PEDROSO, REGINO: “Rubén Martínez Villena: el poeta y el hombre”, en: *Ahora* (La Habana): 4, 18 de marzo de 1934.
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO: “Rubén Martínez Villena (1899-1934)”, en: *Lunes de Revolución* [suplemento de *Revolución*] (La Habana): 34-42, 23 de enero de 1961.
- Revista de Avance* (La Habana), 15 de febrero 1928.
- ROA, RAÚL: “Evocación de Pablo Lafargue”, en: *Cuba Socialista* (La Habana) 2(6): 56-83, febrero, 1962.
- \_\_\_\_\_ : “Semblanza crítica”, en: *Diario de la Marina* (La Habana): 34, 2 de octubre de 1927.
- ROCA, BLAS: “Rubén Martínez Villena, un verdadero Jefe del Pueblo”, en: *Hoy* (La Habana): 1, 6, 17 de enero de 1948.
- RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL: “Lenin y la cuestión colonial”, en: *Casa de las Américas* (La Habana) 10(59): 106-115, marzo-abril, 1970.
- RODRÍGUEZ FEO, JOSÉ: “El ejemplo de Martínez Villena”, en: *Lunes de Revolución* [suplemento de *Revolución*] (La Habana): 18, 23 de enero de 1961.

- RODRÍGUEZ LENDIÁN, EVELIO: “La Isla de Pinos según el Tratado de París”, en: *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* (La Habana) (16) 1913.
- ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO: “Una vieja deuda de honor de los Estados Unidos”, en: *Social* (La Habana) (12): 40-70, diciembre, 1924.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO: “Amauta: su proyección y su circunstancia”, en: *Cuadernos Americanos* (México) (1): 142-149, enero-febrero 1977.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, ADOLFO: “Notas sobre Lenin y el arte”, en: *Casa de las Américas* (La Habana) 10(59): 106-115, marzo-abril, 1970.
- “Seguiremos el camino de la legalidad hasta donde alcance ese camino”, en: *El Universal* (La Habana): 1-2, 23 de octubre de 1923.
- Unión Nacionalista* (La Habana), 18 de julio de 1927.
- VALDÉS, JOAQUÍN: “Rubén Martínez Villena”, en: *Futuro Social* (La Habana) enero, 1938.
- VARONA, ENRIQUE JOSÉ: “Palabras de Varona. [Carta a Jorge Mañach]”, en: *Revista de Avance* (La Habana) 4(5): 161-162, junio 1930.
- Venezuela Libre* (La Habana), mayo, 1925.
- VILLAR BUCETA, MARÍA: “Minorismo y minoristas”, en: *Revista Universidad de La Habana* (La Habana) (166-167): 59-65, marzo-abril-mayo-junio, 1964.

# ÍNDICE ONOMÁSTICO

## Símbolos

- 1° de Mayo  
115, 232, 235, 243, 245, 270
- 1o de Mayo 244
- 1° de Mayo 181, 299
- ¡Cuba Libre!  
255, 256, 273, 275, 294, 296

## A

- Aballí, Ángel Arturo 139
- ABC 191
- Abdaman Bey, Mohamed Hafiz 168
- Academia de Artes y Letras 49
- Academia de Ciencias 41, 43, 44, 188
- Acosta, Agustín  
48, 61, 118, 166, 185
- Acosta, Alberto 65
- Acosta, José Manuel 76, 139, 192
- Agramonte, Armando 206, 297
- Agramonte, Ignacio 22, 36, 101, 195
- Agrupación Comunista de la Habana  
125
- Agrupación Comunista de La Habana  
16, 40, 74, 113, 128
- Agrupación Comunista de Manzanillo  
125
- Agrupación Socialista de La Habana  
38, 39
- Aguirre, Mirta 100
- Aguirre, Sergio 186
- Albadalejo, Mariano 61
- Alberdi, Juan Bautista 233
- Albizu Campos, Pedro 174
- Aldereguía 143, 144, 145, 192, 194
- Aldereguía, Gustavo 9, 11, 76, 105,  
108, 119, 138, 139, 142, 143, 15  
3, 161, 162, 183, 184, 185, 187  
, 192, 194, 206, 216, 221, 261,  
266, 290, 293
- Alfaro Siqueiros, David 145
- Alfonso el Sabio 35
- Alianza Revolucionaria Popular Ame-  
ricana o Alianza 237
- Allais, Alphonse 82
- Almazán, Andrew 168
- Almodóbar, Carmen 75
- Alsina Jiménez, Luis F. 8
- Álvarez, Aurelio 67, 283
- Álvarez Estévez, Rolando 113
- Álvarez Recio, Emilio 115
- Alzugaray, Carlos 65
- Amaral, Raúl 289
- Amauta  
157, 159, 166, 174, 184, 242
- América Libre 166, 174, 182, 183, 1  
84, 194, 196, 201, 302
- American Federation of Labor 289
- American Sugar Refining Company 73
- Anderson, Sherwood 172
- André, Armando 129, 130, 132
- Andreiev 117
- ANERC  
255, 256, 258, 283, 284, 297
- Ángel Lázaro 41, 43, 44, 57
- Antes, David 123
- Antiga, Juan 99, 250, 252
- Apollinaire 82, 172
- Aponte 161
- Aponte, Carlos

117, 119, 138, 161, 296  
APRA 168, 170, 192, 193, 234, 237, 240  
Aramburo, don Mariano 160  
Aramburo, Mariano 159  
Araquistáin, Luis 214  
Arévalo, Juan 111, 129, 231, 259  
Argüelles, Luis 65  
Armenteros, Pablo 170  
ARPA 235  
Arte 60  
Asamblea del Cerro 17  
Asamblea Universitaria 143  
Asociación de Estudiantes de Letras y Ciencias 136  
Asociación de Estudiantes del Instituto de La Haba 105, 139  
Asociación de Estudiantes Proletarios 290  
Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cub 254, 273, 291  
Asociación de Tabaqueros de La Habana 23, 25  
Asociación Internacional Socialista 32  
Asociación Nacional de Veteranos y Patriotas 69  
Asturias, Miguel Ángel 116  
Atenea 60  
Atuei 166, 173  
Audencia de La Habana 43, 129  
Augier, Ángel 214  
Averhoff, Octavio 196  
Avilés Ramírez, Eduardo 57, 139  
Azcárate, Carlos 37  
Azcárate, Nicolás de 23  
AZNAR 208

## **B**

Babe Ruth 279  
Bakunin 25  
Baldwin, Roger 168  
Baliño, Carlos 15, 30, 32, 38, 40, 86, 125, 126, 128, 130, 132, 142,

144, 149, 151, 157, 262  
Baralt, Luis A. 44  
Bara, Theda 96  
Barba Jacob, Porfirio 117, 139, 281  
Barbusse, Henri 168, 182, 228  
Barceló 296  
Barceló, Gabriel 178, 194, 203, 206, 219, 225, 243, 245  
Barceló, Matías 115  
Barnet, Enrique 34  
Barraqué, Jesús María 140, 141  
Barreiro 153, 236  
Barreiro, Alejandro 39, 121, 125, 128, 130, 142, 144, 147, 149, 151, 235, 242, 244, 249, 254, 262, 263, 270  
Barrientos, Guillermo 230  
Barros, Bernardo G. 49  
Barrymore, John 155  
Batet, Panchita 268  
Batista, Fulgencio 65, 94, 133, 275  
Bautista Sacasa, Juan 161  
Beard, Charles A. 301  
Bellegarde, Dantés 222  
Bernal del Riesgo 153  
Bernal del Riesgo, Alfonso 76, 105, 125, 128, 130  
Bernal, Emilia 49  
Bernstein 158  
Betancourt, Miguel 154  
Biblioteca Falangón 10, 36, 57, 58, 128  
biblioteca Martí 61  
Bisonte, Juan 117  
Blanco, Andrés 57  
Blanco, Carmen 268  
Blanco, Francisco 206  
Blanco, Juan 268  
Blanco, Rafael 49, 59  
Blasco Ibáñez, Vicente 78, 79  
Bluhme 139  
Bluhme, Otto 99  
Bohemia 60, 70, 136

Bolívar, Simón 44  
 Bonilla, Diego 99  
 Borges, Jorge Luis 116, 175  
 Borges, José Elías 230, 296  
 Borrero, Dulce María 49  
 Borrero Echeverría, Esteban 18, 47  
 Borrero, Juana 59  
 Bosch, Antonio 86, 164  
 Boti, Regino 172, 281  
 Boti, Regino E. 48, 59, 61  
 Bouzón, Claudio 224, 225, 229, 285  
 Boza, Mario 65  
 Bretao, Francisco 137  
 Bretón, André 171  
 Brull, Mariano 49, 59  
 Buesa, José Ángel 61  
 Bunge, Carlos Octavio 233  
 Bustamante 183, 193  
 Bustamante, Luis F.  
     117, 119, 138, 157, 192, 202  
 Byrne, Bonifacio 47

## C

Cabrera, Olga 34, 75  
 Cabrisas, Hilarión 61  
 Cachini, Marcel 168  
 Caffery 94  
 Cairo, Ana 171  
 Cairo Ballester, Ana 63  
 Calafates 164  
 Calles, Plutarco Elias 198  
 Cámara de Representantes  
     87, 118, 170, 177  
 Cambronne 114  
 Campoamor, Ramón 47  
 Campos Marquetti, Generoso 65, 72  
 Capablanca, José Raúl 163  
 Cardenal, Ernesto 294  
 Cárdenas, Lázaro 295  
 CARPENTIER 208  
 Carpentier, Alejo  
     57, 99, 122, 171, 173, 191, 253  
 Carreño, Alejo 65

Carrera, Jesús de la 160  
 Carrillo, Rafael 290  
 Carrión, Miguel de 49  
 Carteles 178  
 Casa de las Américas 54  
 Casal, Julián del 47, 59  
 Casanovas, Martín 171, 173  
 Casino Hispano-Cubano de Holguín  
     208  
 Casino Hispano-Cubano de San Luis  
     149  
 Caso, Antonio 106  
 Castalia 60  
 Castellanos, Francisco José 59  
 Castellanos, Jesús 18, 47, 49  
 Castellanos, Martín 263  
 Castelló, Roberto 206  
 Castillo, Blas 9  
 Castillo, Pedro A. 139  
 Castro 170  
 Castro, Fidel 18, 20, 29, 30, 39, 126  
     , 212, 239, 294, 299  
 Cebreco, Agustín 72  
 Cendrars 172  
 Centro de Dependientes 58  
 Centro Obrero 108, 120, 124, 137, 1  
     51, 265, 267, 269, 276  
 Centro Obrero de La Habana 12  
 Centro Obrero de Zulueta 105  
 Cepero Bonilla, Raúl 23, 186  
 Cervantes, Miguel de 90  
 Céspedes, Carlos Manuel de  
     21, 36, 101, 127, 297  
 Céspedes Quesada, Carlos Manuel de  
     72  
 Chacón y Calvo, José María 49, 59  
 Chapple, Sergio 61  
 Chaplin, Charles 96, 172, 293  
 Chaquetón 268  
 Chase National Bank 150  
 Chelala, José 296  
 Chiappe, Ana 158  
 Chibás, Eduardo R. 297

Chic 60, 82  
 Chocano, Santos 119  
 Chomat, Alberto 87  
 cines Fausto, Imperio y Verdún 68  
 Cine Verdún 70  
 Círculo de Artesanos 152  
 Círculo de Artesanos de San Antonio  
     de los Baños 105, 154  
 Círculo de Trabajadores 25  
 Círculo Nacional Fascista Cubano 108  
 Cisneros Betancourt, Salvador 18  
 Claridad 106  
 Claudel 172  
 Club de Propaganda Socialista 32  
 Club Femenino 41, 66, 139, 140  
 Cocteau 172  
 Colby, Elbridge 113  
 Colegio Hoyo y Junco 10  
 Collazo, Enrique 18  
 Comisión de Derecho Internacional  
     Público 226  
 Comisión Nacional Codificadora  
     159, 266  
 Comité Antiimperialista 104  
 Comité Antiimperialista de la Univer-  
     sidad 113  
 Comité Estudiantil Antiimperialista  
     113  
 Comité Manos Fuera de Nicaragua  
     254, 273  
 Comité Pro 1º de Mayo 122, 242, 298  
 Comité Pro 1º de Mayo 150  
 Comité Pro Libertad de Mella  
     138, 139, 142  
 Comité Pro Unidad Ferroviaria 298  
 Comité Pro Unidad Sindical 231  
 Comuna de París 26, 273  
 Confederación de Estudiantes de Cuba  
     76, 104, 108, 113  
 Confederación Nacional Obrera de  
     Cuba 10, 12, 122, 123, 124, 12  
     5, 139, 143, 144, 149, 202, 204  
     , 232, 249, 259, 264, 266, 268,  
     276, 298  
 Confederación Panamericana del  
     Trabajo 123  
 Conferencia de Bandung 168  
 Conferencia Panamericana 227, 232  
 Congreso Constituyente 40, 125  
 Congreso de Bruselas  
     166, 169, 182, 193, 237  
 Congreso de Bruselas contra el Impe-  
     rialismo y la O 236  
 Congreso de la Internacional Sindical  
     Latinoameric 79  
 Congreso Mundial 156  
 Congreso Mundial contra el Imperia-  
     lismo y la Opres 156, 168  
 Congreso Nacional Obrero 39  
 Congreso Regional de Obreros de la  
     Isla de Cuba 25  
 Consejo de Comisarios del Pueblo 156  
 Consejo Supremo 70, 72  
 Consejo Supremo Nacional 65  
 Consejo Universitario 134, 188  
 Constitución de Guáimaro 22  
 Convención Constituyente  
     18, 195, 229, 246  
 Coolidge  
     86, 90, 180, 222, 224, 226, 228  
 Cordero Leiva, Primitivo 41  
 Córdova, Federico de 49  
 Costello, Dolores 155  
 Cotoño 225  
 Cotoño, Manuel 192, 224, 255  
 Creci, Enrique 25  
 Crespo, Xiomara 157  
 Crowder, Enoch 62, 69, 72, 74, 86,  
     90, 105, 113  
 Crowder, Enoch H. 41  
 Cuadernos Americanos 241  
 Cuba Contemporánea 11, 16, 49, 166  
 Cuba Libre 255  
 Cuban Cane Sugar Corporation 73  
 Cuban Railway Company 72, 73  
 Cuba Socialista 26

Cuesta, José María de la 246  
Cueto, José Antolín del 133, 151  
Cuomingtan 170, 236  
Curtius, Ernst 172  
Cuxart, José 130

## D

Darío, Rubén 8, 9, 47, 57, 60, 273  
Deambrosis Martín, Carlos 168  
de Armas y Cárdenas, José 47  
DE LA HOZA 208  
DEL VALLE 208  
Despaigne, Demetrio 87  
Despaigne, Manuel 65, 69  
Día Internacional de los Trabajadores 183  
Día Internacional del Trabajo 298  
Diario de la Marina 108, 148, 167, 208  
Díaz, Adolfo 161  
Díaz Mirón 78  
Díaz Mirón, Salvador 116  
Diez Cañedo, Enrique 48  
Diez, Paulino 110, 122  
Dilthey 172  
Directorio Estudiantil 195, 196  
Directorio Estudiantil Universitario 178, 179, 245  
Doctrina Monroe 222, 224  
Dolz, Ricardo 196  
Domenech, Francisco 32  
Domingo del Monte 34  
Dorticós, Osvaldo 85  
Dreisser 172  
Duménigo, Baldomero 151  
Dumpierre, Erasmo 75, 113

## E

Echeverría 158  
Eduardo Abela 99  
Einstein, Albert 168, 228, 241  
Ejército Libertador 17

El capital 158, 225  
El Día 129, 139, 142  
El Estudiante 165  
El Fígaro 57, 60, 211, 296  
El Heraldo 106, 109, 110, 150, 208  
Eliot 172  
El Libertador 153, 166  
El Machete 145, 200, 228, 236, 253, 271, 273, 275, 282  
El Militante Comunista 40  
Elmore, Edwin 99, 119  
El Productor 27  
El Siglo 23  
El Universal 80, 81  
Engels, Federico 13, 20, 27, 38, 45, 119, 154, 206, 254, 280  
Enmienda Platt 17, 18, 73, 76, 95, 102, 118, 150, 222  
Erro, Luis Enrique 116  
Erskine 172  
Escuela Hoyo y Junco 36  
Estrada, Genaro 295  
Estrada Palma, Tomás 15  
Eugenio d'Ors 60

## F

Fabela, Isidro 228  
Fabio Grobart, 261  
Fabregat, Luis 129  
Facultad de Derecho 133, 134, 196  
Facultad de Filosofía y Letras 170  
Facultad de Jurisprudencia 290  
Facultades de Medicina y de Letras y Ciencias 196  
Fairbanks, Douglas 96  
Falange de Acción Cubana 44, 63, 64  
Falcón, César 168  
Falla, Laureano 104  
Faustino Sarmiento, Domingo 233  
Federación Cubana del Trabajo 289  
Federación de Corporaciones Económicas 164  
Federación de Estudiantes 93, 143



- Federación de Estudiantes de la Universidad de La 66, 113
- Federación Estudiantil Universitaria 136, 137, 138
- Federación Nacional de Torcedores 276
- Federación Obrera de Bahía 165, 192
- Federación Obrera de La Habana 39, 76, 105, 108, 110, 113, 122, 130, 149, 150, 151, 202, 204, 249, 264, 266, 268, 298
- Federación Universitaria del Perú 119
- Fernández Abreu 136, 144
- Fernández Abreu, Gerardo 137, 196
- Fernández Conchoso, Aurelio 133
- Fernández, Conchita 138
- Fernández de Castro 58, 118, 173, 176, 183, 209
- Fernández de Castro, José Antonio 10, 41, 57, 58, 59, 61, 70, 86, 87, 88, 89, 90, 93, 96, 100, 121, 139, 162, 166, 207, 213, 216, 250, 267
- Fernández Mascará, Guillermo 137
- Fernández Mascaró, Guillermo 275
- Fernández Retamar, Roberto 45, 101, 213
- Fernández Sánchez 284
- Fernández Sánchez, Leonardo 9, 76, 105, 108, 113, 114, 117, 118, 132, 136, 138, 142, 143, 144, 152, 161, 168, 254, 282, 283, 291, 296
- Fernández Sánchez, Leonardo 289
- Fernández, Wifredo 164, 230
- Fernández, Wilfredo 248
- Fernando III el Santo 35
- Ferrara, Orestes 180, 227
- Ferrocarriles Unidos de La Habana 277
- Figueras, Francisco 18
- Figuroa, Isidro 9, 206, 222, 261, 263, 268, 276, 278
- Fimmen, Eddo 168
- Flores Magón, Enrique 125, 126, 130, 138, 145
- Foncueva, José Antonio 165
- Fornaris, José 24
- Forneret, Xavier 82
- Fors, Alfonso L. 131, 137
- Fournier, Alberto 168
- Franca, Porfirio 65
- fray Luis de León 60
- Freeman, Joseph 75, 154
- Frente Sandinista de Liberación Nacional 205, 294
- Fuentes, Carlos 116

## G

- Gallegos, Rómulo 241
- GAMOLÍN 208
- Gandarilla, Julio César 77
- Ganivet 43
- Garay, Sindo 175
- García, Alberto J. 44
- García, Calixto 219, 230
- García, Carmelo 192, 270
- García Caturla, Alejandro 175
- García Íñiguez, Calixto 62
- García Lorca, Federico 175
- García, Manuel 137
- García Marruz, Fina 100
- García Menocal 285
- García Menocal, Mario 14, 35, 68, 103
- García Monge, Joaquín 174
- García, Octavio 137
- García Pedrosa, José Ramón 41
- García Pons, César 92
- García Sola, Antonio 43
- García Vélez 109
- García Vélez, Calixto 85, 86, 87, 89, 90
- García Vélez, Carlos 62, 63, 64, 65, 66, 68, 69, 70, 80, 94
- García Villarreal, Marcos 244
- Garza, Manuel 268, 269

- Gaspar Rodríguez, Emilio 49  
 Gay Calbó, Enrique 49, 99  
 General Alemán 289  
 General Sugar Company 72  
 Gener, Miguel 160, 265  
 Giménez Caballero, Ernesto 175  
 Giro, Radamés 8  
 Goldschmidt, Alfonso 168  
 Gómez, Felipe 263  
 Gómez, José Miguel 14, 34, 103  
 Gómez, Juan Gualberto 18, 297  
 Gómez, Juan Vicente  
     57, 118, 188, 230, 283, 296  
 Gómez, Máximo  
     13, 22, 36, 60, 101, 121, 244  
 Gómez Wangüemert, Luis 41  
 González, Abraham 287  
 González del Valle, Francisco 49  
 González, Felipe 263  
 González Manet, Eduardo 73  
 González, Miguel Ángel 279  
 González Prada, Manuel 99  
 Goya 172  
 Gramsci, Antonio 18  
 Gran Revolución 38  
 Grant, Thomas 151  
 Grau 94  
 Gremio de Viveristas 164  
 Gremio de Viveristas, Calafates y  
     Carpinteros de R 164  
 Grimberg, Yoshka 128  
 Gris, Juan 173  
 Grobart, Fabio 9, 22, 27, 40, 125, 1  
     28, 203, 261, 262, 263, 268, 278  
     , 279, 288  
 Grupo Colónida 158  
 Grupo Minorista 45, 96, 100, 121, 1  
     35, 156, 161, 162, 167, 171, 174  
     , 188, 190, 213, 250  
 Grupo Pro Unidad  
     206, 222, 276, 277  
 Grupo Pro Unidad Sindical Ferroviaria  
     276
- Grupo Renovación 76  
 Guerra de los Diez Años 23  
 Guerra, José Antonio 263  
 Guerra, Ramiro  
     43, 49, 166, 186, 223  
 Guerrero, Xavier 145, 152  
 Guevara, Ernesto Che 13  
 Guillén, Nicolás  
     37, 83, 176, 214, 218  
 Guillot, Manuel 230  
 Guiral Moreno, Mario 167  
 GUIRAO 208  
 Guiteras, Antonio 54, 94, 178, 204  
 Gutiérrez Cruz, Carlos 105  
 Gutiérrez, Gustavo 65, 69, 70  
 Gutiérrez, Viriato 104
- ## H
- Hamilton Jenks, Leland 301  
 Harlow, V. T. 186  
 Hart, Armando 253  
 Hart, William 96  
 Haya de la Torre, Víctor Raúl 76, 11  
     9, 168, 193, 234, 235, 236, 237  
     , 240  
 Henríquez Ureña, Max 49, 65  
 Henríquez Ureña, Pedro 48, 49  
 Heraldo de Cuba 42, 67, 131, 197  
 Heredia, José María 161  
 Hermandad Ferroviaria  
     111, 123, 151, 206  
 Hermandad Ferroviaria de Cuba 276  
 Hernández, Aida 283  
 Hernández Cartaya, Enrique 105, 133  
 Hernández Cata, Alfonso 49  
 Hernández, Eusebio 18, 121  
 Hernández, Eusebio Adolfo 105, 114  
 Hernández Miyares, Enrique 47  
 Hernández, Oscar J. 230  
 Herrera, José Pilar 203  
 Herrera, Julio 60  
 Herrera, Pilar 268  
 Herrera y Reissig, Julio 60

Higham, C. S. S. 186  
Hipócrates 216  
Hoover 293  
Hoover, Herbert 284  
Hughes, Charles Evans 223, 226  
Huidobro, Vicente 175  
Humboldt, Alejandro de 50  
Hurwitz, Jacobo 117, 138

## I

Ibáñez, Carlos 198  
Ibsen, Henry 43  
Ichaso, Francisco  
41, 59, 167, 171, 172, 190, 191  
Iglesias, Pablo 26, 32  
II Congreso de la Internacional Comunista 237  
III Congreso Obrero Nacional  
122, 123  
III Internacional 127, 128, 198  
Ilich Lenin, Vladímir 15, 17, 20, 26,  
35, 38, 39, 54, 86, 117, 119, 12  
6, 127, 128, 154, 156, 158, 182  
, 206, 233, 237, 238, 241, 242,  
254, 299  
Ingenieros, José 55, 77  
Institución Hispano-Cubana de Cultura 166  
Instituto de La Habana 132  
Internacional Comunista 291  
Iturralde, Rafael 249  
Iznaga, Juan N. 65  
Izquierdo, José, Pepito 246

## J

Jiménez, Asela 85, 96, 281, 292  
Joyce 172  
Junco, Sandalio 137, 244  
Junta de Reconstrucción Nacional 294  
Junta Nacional de Cuba Pro Independencia de Puerto 174  
Justo, Juan B. 158

Juventud 106, 112, 113, 133  
Juventud Comunista 93, 128  
Juventud Cultural Deportiva Obrera  
298  
Juventud Cultural Deportiva Obrera de  
El Cerro 279  
Juventudes Culturales Deportivas  
Obreras 281  
Juventud Obrera 280

## K

Kai Shek, Chang 237, 260  
Keaton, Buster 96  
Kollontai, Alejandra 156  
Korn, Alejandro 55  
Kourí, Juan B. 150

## L

La Aurora 23, 165  
Labor 291  
Lafarga, Gastón 116  
Lafargue, Pablo 26, 158  
La Gaceta Literaria 175  
Laguado Jayme 118  
Laguado Jayme, Francisco 117, 296  
La Internacional 29  
Lamar, Hortensia 42, 65, 139  
Lamar Schweyer, Alberto  
41, 166, 188  
Lamont, Thomas A. 180  
Landa, Luis 65  
Landrove, Manuel 137  
Lansbury, George 168  
Laredo Bru, Federico 65, 90, 109  
Las Antillas 60  
La Semana 287  
Lastres, Aurora 229  
La Voz del Maestro 249  
Lebón, Gustavo 233  
Léger 173  
Leguía 77, 117, 198  
León, Carlos 145

León, Daniel de 158  
 Le Riverend, Julio 113, 186, 301  
 Ley Arteaga 258  
 Ley de Emergencia Electoral 248  
 Ley Tarafa 62, 72  
 Lies, Fernando 49  
 Lies, Francisco 61  
 Liga Anticlerical 113  
 Liga Antiimperialista 11, 119, 121, 127, 132, 137, 139, 144, 145, 149, 153, 156, 159, 166, 168, 170, 185, 193, 196, 222, 232, 270  
 Liga Antiimperialista de las Américas 117, 170  
 Liga Antimperialista 10  
 Liga contra el Imperialismo y la Opre-sión Colonial 228  
 Liga General de Trabajadores de Cuba 25  
 Liga Juvenil Comunista 249, 280  
 Liga Nacional de Campesinos de Mé-xico 168  
 Limia, Miguel Ángel 57, 96  
 L'Isle Adam, Villier de 82  
 Lizaso, Félix 41, 57, 58, 100, 166, 190, 191, 209  
 Llaneras, Miguel 65  
 López, Alfredo 39, 76, 94, 104, 106, 108, 110, 111, 113, 120, 121, 122, 123, 124, 130, 137, 139, 144, 147, 149, 151, 152, 157, 268  
 López, Juan 145  
 López, Luis Carlos 60  
 López Méndez, Luis 99  
 LÓPEZ OLIVEROS 208  
 López, René 47  
 López Rodríguez, José 268  
 López Valiñas, José 287  
 Lorenzo, Anselmo 26  
 Lorenzo Luaces, Joaquín 24  
 Lorenzo Nieto 65  
 Loveira, Carlos 49, 59, 94  
 Loynaz del Castillo, Enrique 109

Lugones, Leopoldo 116  
 Lunacharski, Anatoli 76, 165  
 Luque, Adolfo 279  
 Lutero, Martín 236  
 Luz y Caballero, José de la 79

## M

Macau, Miguel 61  
 Maceo, Antonio 22, 36, 101, 126, 244  
 Machado 282, 284, 287, 288, 291, 293, 295, 296, 298, 299, 302  
 Machado, Antonio 85  
 Machado, Eduardo 117, 118, 119, 138, 204, 296  
 Machado, Gerardo 11, 12, 35, 40, 65, 72, 94, 103, 111, 113, 115, 117, 118, 121, 125, 129, 130, 131, 132, 133, 135, 136, 138, 139, 140, 142, 143, 144, 145, 150, 151, 156, 157, 163, 170, 177, 180, 183, 195, 196, 197, 218, 219, 221, 226, 228, 230, 231, 239, 242, 243, 246, 247, 248, 249, 253, 256, 258, 260, 274, 275, 279  
 Machado, Gustavo 117, 119, 138, 273  
 Mac Kinley, William 72  
 Madero, Francisco I. 295  
 Madison Square Garden 291  
 Maestri 183  
 Maestri, Raúl 192  
 Magoon 80  
 Magriñat, José 285, 287  
 Maiakovski, Vladimir 54  
 Maiakovski, Vladímir 55  
 Mañach, Jorge 41, 57, 60, 135, 149, 160, 166, 167, 171, 172, 190, 191, 209, 210, 211, 216, 218  
 Manduley, Rafael 65  
 Manifiesto comunista 158  
 Manifiesto de Montecristi 18, 66  
 Manrique, Jorge 210

- Maples Arce, Manuel 175
- March, Frederic 155
- Mariano Gómez, Miguel 199, 246
- Mariátegui, José Carlos 51, 55, 76, 99  
, 106, 119, 154, 157, 158, 159,  
174, 183, 198, 242, 291
- Marinello, Juan 9, 37, 41, 43, 48, 5  
3, 55, 57, 65, 72, 76, 92, 96,  
114, 118, 121, 138, 139, 149, 1  
61, 163, 166, 167, 171, 172, 17  
4, 190, 191, 212, 214, 218, 22  
8, 242, 302
- Marinetti 54
- Maroff, Tristán 273
- Márquez Sterling 295
- Márquez Sterling, Manuel 47
- Martí 280, 298
- Martí, José 8, 9, 14, 17, 24, 26, 27,  
30, 36, 46, 47, 50, 53, 59, 73, 7  
6, 77, 82, 83, 88, 101, 102, 106  
, 114, 118, 126, 150, 151, 160,  
161, 170, 172, 174, 177, 182, 1  
83, 212, 213, 214, 215, 221, 223  
, 228, 236, 253, 280
- Martínez Fraga, Pedro 44
- Martínez Franqui, Horacio 65
- Martínez Ibor, Salvador 90
- Martínez, Luciano 34, 36, 92
- Martínez Márquez 139
- Martínez Márquez, Guillermo 41, 44
- Martínez Ortiz, Rafael 226
- Martínez, Raúl 8
- Martínez Sáenz, Joaquín 44
- Martínez, Saturnino 23, 24
- Martínez Villena 280, 281, 282, 283  
, 288, 290, 292, 298, 302, 303
- Martínez Villena, Esther 57, 96
- Martínez Villena, Judith 57, 96, 266
- Martínez Villena, Lolita 57
- Martínez Villena, Rubén 8, 9, 10, 1  
1, 12, 13, 14, 15, 23, 31, 34, 3  
5, 36, 37, 40, 41, 42, 43, 44, 4  
8, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 6  
2, 63, 65, 66, 67, 68, 70, 73, 7  
4, 76, 77, 79, 81, 82, 85, 86, 8  
8, 91, 92, 95, 96, 97, 98, 99,  
100, 101, 102, 103, 105, 106,  
108, 110, 113, 114, 115, 117,  
118, 119, 121, 124, 128, 132,  
135, 138, 140, 141, 143, 144,  
147, 148, 149, 151, 152, 153,  
156, 157, 159, 161, 164, 166,  
167, 169, 171, 176, 178, 180,  
181, 187, 188, 191, 192, 194,  
200, 204, 206, 208, 209, 210,  
212, 213, 215, 216, 219, 221,  
222, 225, 229, 232, 235, 239, 2  
42, 243, 244, 245, 249, 252, 2  
53, 255, 261, 265, 268, 269, 2  
70, 272, 273, 274, 276, 277, 279
- Marx, Carlos 13, 20, 24, 26, 29, 38  
, 45, 52, 119, 126, 128, 154, 15  
8, 206, 241, 254, 280
- Masó, Blas 249
- Masó, Calixto 41
- Massaguer, Conrado 188
- Massaguer, Conrado W. 44, 61
- Matteoti 108
- Mazo, Gabriel del 75
- Mekston, James 168
- Mella 159, 160, 166, 169, 177, 178  
, 182, 183, 185, 187, 193, 196,  
197, 199, 202, 206, 221, 223, 22  
4, 228, 236, 237, 238, 241, 242  
, 245, 246, 253, 259, 260, 261,  
262, 264, 270, 273, 274, 279, 28  
0, 282, 283, 285, 286, 287, 289  
, 290, 291, 292, 294, 295, 297,  
298, 302
- Mella, Cecilio 115
- Mella, Julio Antonio 9, 10, 12, 15, 1  
6, 37, 39, 40, 54, 55, 65, 66, 6  
9, 73, 75, 76, 77, 80, 86, 93, 9  
4, 102, 104, 105, 108, 111, 113  
, 114, 115, 116, 117, 118, 120,  
124, 125, 126, 127, 128, 130, 1

32, 133, 135, 136, 137, 139, 140  
 , 142, 143, 145, 147, 149, 151,  
 152, 156, 168  
 Méndez Capote, Domingo 67  
 Méndez Peñate, Rodolfo 133  
 Mendieta, Carlos 65, 104, 109, 136,  
 239, 258, 283, 284  
 Menéndez, Vigil 130  
 Mercado, Manuel 29  
 Merchán, Rafael María 47  
 Merodio, Francisco Rey 284  
 Mesa, José 26  
 Mesa, Josefina 109  
 Messonier, Enrique 25  
 Miguel de Marcos 42  
 Mills, C. Whrigh 240  
 Mistral, Gabriela 58  
 Modotti, Tina 254, 287, 288, 291  
 Montalván Mujica, Teodoro 230  
 Montero, Gumersindo 249  
 Montero, Ramón 154  
 Montori, Arturo 49  
 Morales, Gustavo 168  
 Morales y Morales, Vidal 18  
 Mora, Manuel 228  
 Moreno Friginals, Manuel 186  
 Movimiento de Países No Alineados 168  
 Movimiento de Veteranos y Patriotas  
 16, 44, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 6  
 9, 70, 73, 74, 80, 94, 97, 98, 10  
 4, 109, 120, 360, 409  
 Muñiz Vergara, José 140, 141  
 Muñoz, Ana María 8  
 Münstsenberg, Willy 168  
 Mussolini, Benito  
 12, 108, 151, 221, 230, 291

## N

Navarro Luna, Manuel 61  
 Nearing, Scott 75, 154  
 Nehru, Jawahrlal 168  
 Neruda, Pablo 99, 175  
 Nervo, Amado 60

Nicolau, Ramón 9, 261, 268, 270  
 Núñez de Arce, Gaspar 47  
 Núñez Jiménez, Antonio 113  
 Núñez Machín, Ana 56, 87, 97  
 Núñez Olano, Andrés 37, 41, 53, 57  
 , 85, 96, 162, 209, 213  
 Nunguesser, Jean 88

## O

OEA 223  
 Ordoqui, Higinio 206, 268, 277, 278  
 Orfila, Arnaldo 99  
 Organización de Estados Americanos  
 224  
 Orozco, José Clemente 172  
 Ortega Gasset, José 172  
 Ortega, Luis 139  
 Ortega y Gasset, José 45  
 Ortiz, Fernando 14, 16, 37, 49, 59,  
 81, 82, 98, 99, 100, 113, 121, 1  
 39, 159, 160, 166, 190, 293  
 Orto 61  
 Osa, Enrique de la 165, 297

## P

Pablo de la Torriente Brau 159  
 Pacheco, Pablo 8  
 Padró, Luis 34, 36  
 Palacios, Alfredo L. 116, 237  
 Palma, Estrada 247  
 Parque Maceo 68  
 Partido Acción Democrática 242  
 Partido Bolchevique 261  
 Partido Comunista 12, 130, 137, 13  
 9, 142, 145, 147, 150, 152, 157  
 , 179, 193, 196, 199, 206, 207,  
 222, 224, 229, 231, 232, 245, 2  
 49, 258, 273, 274, 276, 288, 29  
 2, 303  
 Partido Comunista de Cuba 40, 125,  
 127, 128, 244, 256, 265, 268, 27  
 0, 279, 293, 302

- Partido Comunista de México 127  
 Partido Comunista Mexicano 282  
 Partido Comunista Venezolano 119  
 Partido Conservador 151  
 Partido Liberal 104, 151  
 Partido Nacional Revolucionario 242  
 Partido Obrero 32  
 Partido Obrero Socialista 32  
 Partido Ortodoxo en Cuba 242  
 Partido Popular 151  
 Partido Revolucionario Cubano  
     17, 27, 30, 126, 151, 242  
 Partidos Liberal, Conservador y Popular 164  
 Partido Social-Demócrata Obrero de Rusia 26  
 Partido Socialista 26, 31, 33  
 Partido Socialista Argentino 116  
 Partido Socialista de Cuba 32  
 Partido Socialista Internacional 32  
 Pascual, Sarah 9, 57, 76, 105, 108, 152, 153, 161, 165, 183, 187, 193, 205, 261, 263, 268, 279, 290  
 Pavletich, Esteban 117, 119, 150, 161, 183, 187, 192, 193, 204  
 Paz, Octavio 116  
 Pedroso, Manuel 226  
 Pedroso, Regino 10, 56, 57, 59, 83, 96, 107, 121, 149, 166, 176, 191, 206, 215, 216, 217, 218, 267  
 Peña Vilaboa, José  
     39, 125, 128, 130, 142, 262  
 Penichet, Antonio 105, 110, 122, 130, 137, 244, 255, 290  
 Peraza, general 284, 286  
 Pérez de los Reyes, Rodolfo 105  
 Pérez Díaz, Carlos 65  
 Pérez Escudero, Francisco 125, 128  
 Pérez, Floro 290  
 Pérez, José Miguel  
     125, 128, 129, 149, 262  
 Petskowski, Stanislav S. 156  
 Picasso 172, 173  
 Pichardo, Francisco Javier 48  
 Pichardo, Hortensia 63  
 Pichardo Moya, Felipe 185  
 Pickford, Mary 96  
 Piñera, Virgilio 82  
 Piñeyro, Enrique 47  
 Pino Santos, Oscar 156  
 Pita Rodríguez, Félix 215, 218  
 Plasencia, Mario B. 139  
 Plaza, Salvador de la  
     117, 118, 119, 138  
 Plejanov 184  
 Poe 82  
 Pogolotti, Marcelo 175  
 Ponce, Aníbal 55, 76, 135  
 Portes Gil 287  
 Portuondo, José Antonio 23, 45, 106  
 Poveda, José Manuel 48, 59, 61  
 Prado, Ángel 228  
 Prieto, Juan 268  
 Primera Internacional 26  
 Primer Congreso Nacional de Estudiantes 69  
 Primo de Rivera 103, 230  
 Primo de Rivera, Miguel 151  
 Protesta de los Trece 16, 61, 162, 211  
 Proudhon 25  
 Proust 172  
 Puertas, Antonio 224, 225  
 Pueyrredón, Honorio 227
- ## Q
- Quesada y Aróstegui, Gonzalo de 53  
 Quijano, Carlos 168  
 Quílez, Alfredo T. 44
- ## R
- Ramos, José Antonio 49, 59  
 Ramos, Julio 160  
 Ravines, Eudocio 168  
 R. Chibás, Eduardo 230  
 Recabarren, Luis Emilio 158

- Rego López, José 125, 128, 130, 147  
 , 203, 263, 268  
 Regüíferos, Erasmo 41, 43  
 Repertorio Americano 174  
 Revista de Avance 166, 167, 171, 172  
 , 174, 175, 176, 190, 205, 213,  
 228, 242, 302  
 Revista de Occidente 188  
 Revista de Oriente 153  
 Revista Universidad de La Habana 45  
 Revolución de Octubre 51, 53, 126, 1  
 35, 157, 170, 217, 280  
 Revolución Rusa 74, 159, 273  
 Revolución Socialista de Octubre 38  
 Reyes, Alfonso 58  
 Rigol, Jorge 131  
 Rivera, Diego 145, 172, 273, 290  
 Rivero Muñoz, José 24, 33  
 Roa, Raúl 100  
 Roca, Blas 9, 22, 169  
 Roca, Deodoro 99  
 Rodenbach 184  
 Rodó, José Enrique 50, 77  
 Rodríguez Abascal, Filomeno 263  
 Rodríguez, Carlos Rafael  
 20, 170, 238, 240  
 Rodríguez Embil, Luis 49  
 Rodríguez Feo, José 214  
 Rodríguez, José Ignacio 18  
 Rodríguez Lendián, Evelio 105  
 Rodríguez, Luis Felipe 49, 59, 61  
 Rodríguez, Venancio  
 123, 125, 128, 151  
 Roig de Leuchsenring 162, 171, 188  
 Roig de Leuchsenring, Emilio 44, 49,  
 61, 87, 96, 99, 100, 102, 113, 1  
 14, 121, 154, 161, 191  
 Roig San Martín, Enrique 25, 27  
 Rolland, Romain 52, 168, 228  
 Root, Elihu 72  
 Rosillo 87  
 Rubiera, Ramón 53, 148  
 Ruiz Williams, Enrique 87  
 Russell, Bertrand 172
- ## S
- Sabas Alomá, Mariblanca 72  
 Sabogal, José 157  
 Sacco 165, 183  
 Sagaró, Bartolomé 249  
 Saínz, Rafael 125, 128, 130  
 Samjovich, Yunger 125  
 Sánchez Arango, Aureliano 113, 138,  
 192, 230, 255, 283, 290  
 Sánchez de Bustamante, Antonio 246  
 Sánchez de Bustamante, Antonio  
 226, 246  
 Sánchez de Bustamante y Montoro,  
 Antonio 45  
 Sánchez Galarraga, Gustavo 61  
 Sánchez, Luis Alberto 236  
 Sánchez Vázquez, Adolfo 54  
 Sandino, Augusto César 165, 197, 22  
 2, 224, 226, 232, 237, 239, 253  
 , 259, 272, 273, 293  
 Sandino, Sócrates 273  
 Sanguily, Manuel 18, 47, 57, 59, 60,  
 65, 68, 101, 104, 121, 148, 161  
 Santos Chocano, José 116  
 Sarabia, Arturo 287  
 Sardiñas, Eulogio, Kid Chocolate 163  
 Sariol, Juan Francisco 61  
 Sartre, Jean Paul 240  
 Schwyer, Lamar 59, 139, 188, 190  
 Secades, Manuel 152  
 Segunda Internacional 38, 39  
 Sellén, Francisco y Antonio 24  
 Senado 18  
 Serpa, Enrique 10, 34, 44, 57, 85, 9  
 3, 96, 107, 118, 139, 162  
 Serra, Rafael 137  
 Sicre, Juan José 99  
 Sigüenza, Julio 57  
 Siles 198  
 Silva Herzog, Jesús 241  
 Silva, Luis Mariano 65



- Sindicato de Braceros y Jornaleros de Bahía 123
- Sindicato de la Industria Fabril 130
- Sindicato de Motoristas y Conductores 105, 152, 154, 165
- Sindicato de Obreros Escoberos 123
- Sixto de Sola, José 49
- Skabatvala, Shaping 168
- Smart 60
- Social 61, 100, 166, 188, 190
- Sociedad de Conferencias 49
- Sociedad de Torcedores 103, 105, 157
- Sociedad Económica de Amigos del País 10, 23, 135
- Sócrates 268
- Somoza, Anastasio 294
- Soto Barroso, Israel 115
- Soto, Lionel 229, 248, 260
- Soto, Oscar 65, 69
- Spelucín, Alcides 57, 107, 117
- Spengler, Oswald 51
- Stevenson, Robert Louis 155
- Swanson, Gloria 96
- T**
- Tagore, Rabindranath 168
- Teatro Martí 56, 68
- Teatro Maxim 62, 63, 67, 68
- Tejera, Diego Vicente 30, 31
- Tercera Internacional Comunista 39
- Teume, Emilio 41, 43, 44
- Thomas, Enrique 65
- Tibol, Raquel 168
- Toledo, Pedro de 208
- Torre, Guillermo de 51, 122
- Torre, Salvador de la 34
- Torres Vidaurre, José 43, 57, 117
- Torriente Brau, Pablo de la 9, 98, 99, 138, 140, 159, 293, 299
- Torriente, Cosme de la 73, 88, 112
- Torriente, Loló de la 131
- Torroella, Alfredo 24
- Toynbee 241
- Tracy, Spencer 155
- Tratado de Asistencia Recíproca 224
- Tratado de Reciprocidad 163, 257
- Tratado de Reciprocidad Comercial 18
- Tratado Hay-Quesada 112
- Trejo, Rafael 230
- Tren Blindado 290
- Tristán, Flora 158
- Trujillo, Santiago 285
- Ty Cobb 279
- U**
- UCEC 297
- Ugarte, Manuel 77, 168, 228
- Uhrbach, Federico 47, 48
- Uncal, José María 57
- Unión Cívica de Exiliados Cubanos 297
- Unión de Empleados de Café 152
- Unión del Ferrocarril del Norte de Cuba 276
- Unión de Obreros Antillanos 123
- Unión de Obreros del Ferrocarril del Norte de Cuba 110
- Unión Latinoamericana 135
- Unión Nacionalista 197, 239, 247, 248, 258, 259, 274, 283, 284, 290, 292, 297
- Unión Panamericana 222, 224, 227
- Universidad Popular 77, 95, 103, 104, 105, 106, 108, 110, 119, 132, 135, 144, 150, 152, 153, 154, 156, 165, 166, 170, 185, 193, 196, 200
- Universidad Popular González Prada 106
- Universidad Popular José Martí 10, 11, 36, 76, 78, 106, 113, 132, 139, 149, 152, 168, 169, 193, 201, 236, 279, 290
- Urbina, Luis G. 60
- V**
- Valdelamar, Abraham 158

- Valdés, Berardo 153  
 Valdés, Bernardo 105  
 Valdés, Joaquín  
     147, 206, 243, 262, 283, 292  
 Valdés Mendoza, Mercedes 24  
 Valdés, Miguel 125, 128  
 Valentino, Rodolfo 78  
 Valery 172  
 Valjean, Jean 200  
 Vallejo, César 99, 175  
 Vallenilla Lanz, Laureano 188  
 Vanzetti 165, 183  
 Várela, Félix 161  
 Vargas Llosa, Mario 116  
 Vargas Vila, José María 55, 198  
 Varona, Enrique José 18, 31, 37, 47,  
     57, 59, 65, 101, 110, 111, 121,  
     130, 139, 151, 152, 157, 161, 16  
     6, 174, 177, 178, 183, 189, 280  
 Varona, Miguel A. 65  
 Vasconcelos, José 76, 77, 168, 237  
 Vasconcelos, Ramón 156, 188, 227  
 Vassarman 128  
 V Congreso de la Internacional Comu-  
     nista 128  
 Velasco, Carlos de 49  
 Veloz (Martinillo), Agustín Martín 33  
 Venezuela Libre 98, 117, 118, 119, 1  
     22, 166, 296  
 Verde Olivo 240  
 Vía Libre 277  
 Viamontes, Orosmán 65, 114, 138  
 VI Conferencia Panamericana  
     174, 180, 219, 222  
 VI Congreso de la Internacional Co-  
     munista 239, 271, 275  
 Victoriano Betancourt, Luis 24  
 VII Conferencia Panamericana 94  
 VII Congreso de la Internacional Co-  
     munista 170  
 Vilaseca, Salvador 230  
 Villamil, Francisco 160  
 Villar Buceta, María  
     9, 100, 121, 166, 191, 214, 218  
 Villena, Juan Manuel de 35  
 Villoldo, Julio 49  
 Vitier, Cintio 47, 83, 172, 213  
 Vitier, Medardo 31, 49, 61  
 Vivó, Jorge A. 138, 156  
 Vulcano 149
- W**
- Waldo Frank 175  
 Walt Whitman 214  
 Wangüemert, Luis Gómez 162  
 Washington, Jorge 210  
 Wolter del Río, Germán 114, 118
- Y**
- Yalob, Noske 224, 225, 229, 285  
 Yunkers, Adia 182
- Z**
- Zacarías Tallet, José 10, 41, 57, 58, 5  
     9, 61, 70, 86, 97, 106, 118, 121  
     , 132, 139, 149, 162, 173, 176,  
     191, 192  
 Zadkive 173  
 Zaldívar, Olivín 133  
 Zaldo, Carlos 65  
 Zárraga, Belén de 273  
 Zayas, Alfredo 15, 41, 42, 44, 62, 6  
     7, 69, 71, 72, 79, 85, 86, 88, 90  
     , 104, 109, 113, 115, 249  
 Zayas Bazán, Rogerio 65, 152  
 Zetkin, Clara 168  
 Zorrilla, José 47  
 Zúñiga, Nicolás 123

## DATOS DE AUTOR

RAÚL ROA GARCÍA (1907-1982): Abogado, periodista e intelectual cubano, nieto de un destacado oficial del Ejército Libertador cubano. Se graduó de Doctor en Derecho Civil y Público en la Universidad de La Habana, y fue Profesor Titular, Vicedecano y Decano de la Facultad de Derecho. Fundador del Directorio Estudiantil Universitario y del Ala Izquierda Estudiantil, participó de la revolución de 1933 y guardó prisión durante la dictadura de Gerardo Machado. Tomó parte activa en las luchas políticas y estudiantiles, antes de 1959, del lado de los trabajadores y los estudiantes. En 1959 fue designado Embajador ante la Organización de Estados Americanos (OEA) y luego Ministro de Estado. Por su oratoria brillante y patriótica, y por sus ardientes polémicas con representantes del Gobierno de los Estados Unidos y de los gobiernos latinoamericanos corruptos de entonces, ganó del pueblo el apelativo de “Canciller de la Dignidad”. Ingresó al Partido Comunista de Cuba e integró su Comité Central. En 1976 fue elegido Vicepresidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Su prosa bella, creativa y muy comprometida dejó, entre otras obras: *La revolución del 30 se fue a bolina*, *El fuego de la semilla en el surco* y *Retorno a la alborada*.